MARC ELSBERG

BLACK OUT

EL APAGÓN

Nuestro país destruido de hoy

Annotation

¿ES POSIBLE DETENER EL CAOS?

Milán, viernes 1 de febrero. Un semáforo se avería repentinamente, causando un atasco en cadena y múltiples accidentes. Mientras desciende de su vehículo para comprobar qué ha sucedido, Piero Manzano, joven analista informático, se da cuenta de que toda la ciudad está a oscuras. En el transcurso de pocas horas, un blackout eléctrico afecta a toda la península italiana y empieza a propagarse por toda Europa: Suecia, Alemania, Francia, Austria, Bélgica y Holanda están a oscuras. El continente se está apagando. Piero, está seguro de que no es un fallo local. Cuando se pone en contacto con las autoridades, le acusan de ser el culpable: alguien se ha introducido en su cuenta de correo y enviado mails comprometedores. El verdadero responsable ha intentado dejar fuera de juego a la única persona capaz de acabar con sus planes. Mientras la situación en las calles, está tornándose dramática, y con varias plantas nucleares en situación crítica y amenazando la seguridad de millones de personas, Piero está decidido a probar su inocencia, aunque tenga que atravesar la noche de Europa.

MARC ELSBERG

Blackout. El apagón

Traducción de Beatriz Galán

Duomo

Sinopsis

¿ES POSIBLE DETENER EL CAOS?

Milán, viernes 1 de febrero. Un semáforo se avería repentinamente, causando un atasco en cadena y múltiples accidentes. Mientras desciende de su vehículo para comprobar qué ha sucedido, Piero Manzano, joven analista informático, se da cuenta de que toda la ciudad está a oscuras. En el transcurso de pocas horas, un blackout eléctrico afecta a toda la península italiana y empieza a propagarse por toda Europa: Suecia, Alemania, Francia, Austria, Bélgica y Holanda están a oscuras. El continente se está apagando. Piero, está seguro de que no es un fallo local. Cuando se pone en contacto con las autoridades, le acusan de ser el culpable: alguien se ha introducido en su cuenta de correo y enviado mails comprometedores. El verdadero responsable ha intentado dejar fuera de juego a la única persona capaz de acabar con sus planes. Mientras la situación en las calles, está tornándose dramática, y con varias plantas nucleares en situación crítica y amenazando la seguridad de millones de personas, Piero está decidido a probar su inocencia, aunque tenga que atravesar la noche de Europa.

Título Original: *Blackout. Morgen ist es zu spät*
Traductor: Galán, Beatriz
©2012, Elsberg, Marc
©2014, Duomo
ISBN: 9788415355847
Generado con: QualityEbook v0.75

Para Úrsula

Día 0. Viernes

Milán

Piero Manzano dio un volantazo desesperado, mientras el radiador de su Alfa se precipitaba indolente hacia el coche de color verde claro que tenía frente a sí. Se aferró al volante con las dos manos y le pareció sentir anticipadamente la inquietante concatenación de fatalidades previa a la colisión: un frenazo, el rechinar de las ruedas, las luces de los vehículos... y el choque. *Crash*.

El instante se dilató en el tiempo, y Manzano, delirante, pensó en una tableta de chocolate, en la ducha que había previsto darse en cuanto llegase a casa apenas veinte minutos después, en la copa de vino que iba a tomarse a continuación y en su cita con Carla, o Paula, ese fin de semana.

El Alfa se detuvo de golpe, a pocos milímetros de la colisión. Piero Manzano se hundió inevitablemente en el respaldo de su asiento. La calle estaba sumida en la más absoluta oscuridad. Los semáforos, en verde hacía apenas un instante, se apagaron de golpe dejando tan sólo la silueta de su resplandor en la retina del conductor. En cuestión de segundos se vio envuelto en un infernal estruendo de bocinas y metal retorcido. A su izquierda, los faros de una furgoneta se acercaban a toda velocidad. Allí donde había estado el vehículo verde claro asomaba ahora una pared de humo, sibilante y azul, y una lluvia de chispas centelleantes. Un golpe brutal empotró la cabeza de Manzano contra el cristal lateral y su coche dio varias vueltas de campana, como un tiovivo, hasta detenerse con una nueva colisión.

Piero abrió los ojos e intentó orientarse. Uno de los faros de su coche iluminaba los copos de nieve, que caían, juguetones, sobre el asfalto negro y húmedo. Le había saltado parte del capó. Unos metros más allá vio las luces traseras de la furgoneta.

No tuvo que pensar demasiado. Con un gesto raudo y veloz se desabrochó el cinturón de seguridad, cogió el móvil y salió del coche. En el maletero encontró el botiquín y el triángulo de señalización. No tenía ni idea de primeros auxilios (desde que se sacó el carnet de conducir, veinticinco años atrás, sus únicas incursiones en la enfermería se habían limitado a poner una tirita o combatir una resaca), pero aun así cogió ambos objetos y salió corriendo de allí. Mientras lo hacía observó su coche. La furgoneta le había destrozado gran parte del capó y el lateral izquierdo, y la rueda se había incrustado caprichosamente en el entresijo de metal del radiador. Siniestro total.

La puerta del conductor del camión estaba abierta. Manzano dio la vuelta a la cabina y se detuvo, petrificado.

Los faros delanteros del vehículo iluminaban el carril contrario con una luz fantasmagórica. La circulación también había quedado interrumpida en aquel sentido, y se veían vehículos accidentados por doquier. El utilitario verde

claro que poco antes había tenido frente a sí estaba ahora arrugado como un acordeón y empotrado bajo el guardabarros de un camión. De su capó, o de lo que quedaba de él, salía un humo denso que envolvía toda la escena. Ante la destrozada puerta del conductor se agitaba un hombre bajito y corpulento que llevaba un chaleco acolchado. El conductor del camión, supuso Manzano. Le pareció que el tipo estaba gritando, pero el concierto de bocinas le impidió distinguir sus palabras. Los más curiosos se habían acercado al lugar del accidente, y por algún extraño motivo, él también se precipitó hacia allí.

Lo que vio le hizo perder el equilibrio.

El choque había arrancado de su eje el asiento del conductor y lo había incrustado, literalmente, en el regazo de su acompañante. El tipo estaba inmóvil. Pendía del cinturón de seguridad, su cabeza tenía una postura insólita y el airbag le presionaba el costado. De la mujer que iba de copiloto sólo alcanzaban a verse un brazo y la cabeza. Tenía la cara ensangrentada y movía los párpados de un lado a otro pese a mantenerlos cerrados. Sus labios balbuceaban algo imperceptible.

El conductor del camión, mientras tanto, iba de un lado a otro intentando en vano ser de alguna utilidad.

-¡Una ambulancia! -le gritó entonces Manzano, para espabilarlo-. ¡Llame a una ambulancia!

La mujer del coche verde seguía balbuceando algo, pero no pudo entenderla. Desesperado, Piero intentó hallar algún signo de vida en el conductor. Pasó la mano por la ventana rota y le tomó el pulso del cuello. Nada. Y tampoco en las muñecas, eso saltaba a la vista. La cabeza del hombre se inclinó un poco más y él volvió a intentarlo, pero fue en vano. Se incorporó, desolado, y tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar.

-¡No hay cobertura! -gritó entonces el conductor del camión.

Los labios de la mujer dejaron de moverse. Por sus comisuras empezó a brotar un hilillo de sangre que aumentaba a cada respiración. La única muestra de que seguía con vida.

-¿Dónde está la ambulancia? ¿Nadie ha llamado a una maldita ambulancia?

-¡Demasiado tarde! -le respondió un hombre que vestía un elegante traje cuyos hombros estaban cubiertos de nieve.

Tenía la cara húmeda, y Manzano no supo decir si era cosa de la nieve o estaba llorando.

Poco a poco la zona empezó a llenarse de curiosos. Permanecían quietos y boquiabiertos bajo la nevisca.

Manzano les gritó que se marcharan, pero nadie le hizo caso. Ni siquiera tenía claro que lo hubieran oído. Sólo entonces se dio cuenta de algo que había notado justo antes del accidente: la calle estaba a oscuras. Habían fallado todas las farolas, y la noche parecía más tenebrosa que nunca. De hecho, ahora que lo pensaba, tampoco había luz en los edificios de la Piazza Napoli, en ninguno de ellos, ni se veía claridad tras las ventanas ni en los anuncios de neón. Tan sólo dos casitas, en la distancia, parecían haber

conservado la electricidad.

-Por el amor de Dios, pero ¿cómo se encuentra usted? -le preguntó un hombre que llevaba un anorak-. ¿Iba también en el coche?

Manzano negó con la cabeza.

-No, ¿por qué?

El hombre señaló su sien izquierda y le dijo:

-Necesita un médico. Siéntese.

Fue entonces cuando notó la presión en su frente, de la que emanaba un calor húmedo que le bajaba por la oreja hasta el cuello. Y tenía las manos ensangrentadas, aunque era posible que la sangre no fuera suya sino de las víctimas del accidente...

Estaba mareado.

El concierto de bocinas remitió ligeramente. La única que no se resignó a remitir, la que sonaba más fuerte y con más insistencia, era la bocina del destrozado coche verde claro.

Mientras Piero Manzano se tambaleaba sobre el asfalto, intentando no perder el conocimiento, aquel sonido resonó en la noche oscura como un último y desesperado grito de auxilio.

Roma

La señal emitió un pitido intermitente, y una batería de luces empezó a parpadear en los monitores que Valentina Condotto tenía frente a sí.

-¿Qué demonios está pasando? -gritó, mientras pulsaba las teclas con desesperación-. Primero la frecuencia se pone por las nubes y ahora... ¿ahora se apaga? ¿Pero cómo? ¡Todo el norte de Italia ha caído! ¡Así, sin más!

Hacía tres años que Condotto había sido nombrada controladora de sistemas operativos de la compañía Terna para la zona de Roma, y desde entonces se pasaba ocho horas al día supervisando la corriente eléctrica de la red italiana, así como su interacción con las redes de los países vecinos.

La primera vez que entró en aquella sala, con sus paredes cubiertas de aparatos electrónicos y su infinidad de pantallas, creyó que había ido a parar a una película de James Bond.

El enorme monitor de seis por dos, que proyectaba con absoluta precisión todas las zonas sometidas a control por la compañía, solía mostrar una serie de líneas y cajitas sobre fondo negro: la red eléctrica italiana. A izquierda y derecha, un montón de pantallas con los datos actualizados de las redes. Y sobre la mesa de Condotto, otras cuatro pantallas, algo más pequeñas, con otras cifras, curvas y diagramas.

-¡Todo el país está en ámbar! -le gritó su compañero de trabajo, el también controlador Giuseppe Santrelli-. Tengo a Milán al teléfono. Quieren recuperar la potencia pero no logran que Enel estabilice la frecuencia. Quieren saber si nosotros podemos.

Condotto maldijo la epidemia de gripe. Ella no tendría que haber estado allí, sino en casa, cenando tranquilamente. Pero la chica que ocupaba el turno siguiente al suyo se había puesto enferma, y la sustituta que le habían buscado también había cogido la grite. De modo que sólo quedaba ella. Agotada pero sana.

-¡Sicilia está en rojo!

El código de los semáforos: verde, la red funciona correctamente; ámbar, hay dificultades; rojo... apagón. Gracias al sistema de prevención europeo, cualquier operador del sistema puede saber, en todo momento y en tiempo real, qué zonas están en riesgo de sufrir una crisis; lo cual, en una época en la que el mundo entero -y por supuesto también la red eléctrica- está informatizado y conectado a nivel internacional, supone una absoluta necesidad.

Bueno, al menos el resto de países no parecía afectado...

-Voy a tener que coger algo de potencia de los franceses, suizos, austriacos y eslovacos.

Lo más probable era que el delicado equilibrio de las redes estuviera acusando las frías temperaturas de aquel febrero. Como cada invierno, el

caudal de los ríos era escaso, y la producción de energía hidráulica se había reducido casi a la mitad. Por otra parte, la regulación rusa del suministro de gas para todo el invierno había empezado hacía ya tres semanas y provocaba verdaderos embotellamientos energéticos, sobre todo en el centro de Europa. En las horas punta -a mediodía y hacia el final de la tarde-, tenían que aumentar la capacidad de las plantas eléctricas e importar más corriente. El proceso se hacía de un modo automático, regulado con efectividad por los ordenadores, que estabilizaban el flujo de corriente en apenas unos nanosegundos, y los humanos se limitaban a comprobar que todo funcionara correctamente, y a reducir en ciertos casos la frecuencia eléctrica a menos de cincuenta hercios, para evitar males mayores en los generadores de energía. Los ordenadores sólo intervenían cortando el suministro en los casos de oscilaciones de corriente muy significativas.

La pantalla principal tenía un enorme cuadrante iluminado en rojo, que indicaba a Condotto que los ordenadores de todas las regiones al norte del Lazio y los Abruzos habían agotado la energía de la red. Y Sicilia también estaba afectada. Por lo visto, en aquel preciso momento sólo la mitad inferior de la bota disponía de electricidad. Más de treinta millones de personas estaban a oscuras.

Algún extraño motivo había provocado que la red se forzara en exceso. La fluctuación de frecuencia empezó a resultar peligrosamente desproporcionada y derivó en más apagones automáticos.

-¡Ups! ¡Cada vez es peor! -exclamó Santrelli-. ¡Calabria, Basilicata y parte de Puglia y Campania también están en rojo, y las demás regiones en ámbar! ¡Mira! ¡Por el amor de Dios, ahora Francia y Austria tienen problemas!

-¿Es culpa nuestra? -preguntó Condotto, nerviosa.

-Ni idea. Yo sólo veo que los suizos también tienen algunas zonas del sur en ámbar, y... qué extraño... hasta en Suecia sucede lo mismo.

Condotto maldijo en voz alta. ¿Cómo podía Santrelli estar tan tranquilo? La curva de frecuencia volvió a aumentar. La energía residual se expandió rápidamente por los distintos compensadores de la red en busca de nuevas tomas de frecuencia que permitieran estabilizar la situación. Aquello tenía que acabar cuanto antes. Condotto empezó a buscar desesperadamente una solución, una salida a aquel terrible embrollo... y por lo visto no fue la única en intentarlo.

Ybbs-Persenbeug

Herwig Oberstätter alzó la vista del cuadro de control y aguzó el oído. Sobre su cabeza, el techo de la central eléctrica, alta como una catedral gótica de acero y hormigón, recogía el zumbido de los generadores y lo repartía en forma de eco por toda la estancia.

Desde la estrecha pasarela metálica que atravesaba la planta eléctrica a media altura, el técnico echó un vistazo a los tres generadores rojos. Estaban perfectamente alineados, y sus contornos cilíndricos, erguidos cual edificios, aspiraban llegar a la cima de aquella inmensa construcción. De lejos parecían unos gigantes, unos gigantes soberbios e impertérritos, y Oberstätter podía sentir la energía que palpitaba en su interior. Dotados con ejes de acero gruesos como troncos y conectados por las turbinas Kaplan que quedaban justo bajo sus pies, en cada uno de los generadores se arremolinaban imanes de varias toneladas de peso y alambres kilométricos que soportaban varios cientos de revoluciones por minuto. Allí se generaban los campos magnéticos que alentaban la tensión eléctrica y convertían en energía el movimiento. Pese a sus estudios de ingeniería, Oberstätter nunca llegó a entender aquel milagro, que era sin duda el origen de la vida moderna: cables de alta tensión, transformadores de energía, transmisores y conductores, acercaban la magia de la electricidad a los rincones más remotos del planeta. Si la energía eléctrica desapareciera, el mundo quedaría paralizado.

Una docena de metros bajo sus pies, el Danubio invitaba a fluir, entre las palas de unas turbinas grandes como camiones, a más de mil metros cúbicos de agua por segundo. En aquella época el río estaba en su peor momento, pero, aun así, la corriente seguía aportando la mitad de la energía de alto voltaje que precisaba toda la región.

Ya de niño, en la escuela, Oberstätter aprendió que la central hidroeléctrica de Ybbs-Persenbeug, inaugurada en los años cincuenta del siglo XX, era una de las estaciones energéticas más grandes e importantes de Austria. Lo que no supo hasta nueve años después de haber empezado a trabajar en ella era que la presa que habían levantado en el río Ybbs era enorme -de unos cuatrocientos sesenta metros de largo y hasta once de alto-, y gestionaba eficazmente toda la energía que producían aquellas aguas. Desde entonces, Oberstätter controlaba los tres enormes generadores rojos de la central como si se tratara de sus propios hijos.

Volvió a escuchar con atención. Tras nueve años de trabajo en la fábrica reconocía bien los sonidos de sus máquinas. Y ahí había uno que no lograba localizar.

Era viernes por la tarde. La gente volvía a casa tras la semana laboral, y quería tener luz y estar calentita y bien. Era, pues, el momento del día en el que se consumía más electricidad. Las plantas energéticas de Austria

funcionaban a la perfección, pero durante aquellas horas solía ser necesario importar algo de los países vecinos.

Dado que la energía eléctrica resulta extremadamente difícil de guardar, en todo el mundo hay especialistas cuyo cometido consiste en ir transformando en electricidad la energía que poco a poco va necesitándose. Las continuas alteraciones en las necesidades de los usuarios provocan por lo general innumerables y bruscos cambios de frecuencia, y los generadores -con su velocidad rotatoria- son los responsables de mantener lo más equilibrada posible la frecuencia de la red.

De pronto, Oberstätter comprendió qué era aquel ruido. Cogió su walkie-talkie y gritó a sus colegas de la fábrica:

-¡Algo va mal!

Inmediatamente, la voz de uno de sus compañeros le llegó metálica y entrecortada a través del aparato:

-¡Ya lo vemos! ¡Acabamos de tener una bajada de tensión impresionante!

El rumor era cada vez más fuerte y empezó a acompañarse de un golpeteo irregular. Oberstätter observó los enormes cilindros con angustia y espetó al walkie-talkie:

-¿Una bajada, dices? ¡Pues esto suena más bien a subida! ¡Van a explotar! ¡Haz algo!

¿Pero en qué narices estaban pensando ahí abajo? ¡Los generadores no tenían un defecto de presión, sino un exceso! ¡Qué extraño! ¿A qué podía deberse tanto movimiento? ¿Quién necesitaba tanta energía? Era como si ahí fuera, en la ciudad, todo el mundo hubiese encendido las luces y aparatos eléctricos al mismo tiempo.

Y si la frecuencia de la red era tan inestable como para afectar a los mismísimos generadores... Eso significaba que algo extraño estaba pasando. Que algo iba mal. ¿Un enorme apagón en la ciudad, quizá? ¿Era posible que varios miles de austriacos se hubiesen quedado sin luz a la vez?

Impotente y desesperado, Oberstätter vio cómo los enormes generadores rojos vibraban cada vez con mayor intensidad, hasta empezar a dar verdaderos saltos. ¡Si seguían aumentando de revoluciones, las máquinas explotarían con su propia fuerza centrífuga! De acuerdo, había llegado el momento de intervenir manualmente.

-¡Apagad las máquinas! -gritó Oberstätter al aparato-. ¡Desconectadlas, o nos explotará todo en la cara!

Sin dar crédito a lo que estaba presenciando, el hombre se quedó inmóvil ante aquellos monstruos de fuerza indomable cuyo alboroto superaba ya cualquier otro sonido de la central. Los tres cilindros vibraban con irregularidad y parecía que sólo quedaba esperar a que salieran disparados hacia el techo del edificio, impelidos por su propia potencia interior.

Pero entonces, sin lógica alguna, el ruido cesó.

El temblor había durado apenas unos segundos, aunque a Oberstätter le había parecido una eternidad.

El repentino silencio resultaba fantasmal. Entonces, y sólo entonces, el técnico se dio cuenta de que se habían apagado todos los fluorescentes de la sala. Sólo quedaban encendidas las pantallas y las luces de emergencia.

Todas las máquinas se habían parado. ¡Seguramente, aquello afectaría a media Austria, y ahora todo estaría a oscuras!

Oberstätter notó el sudor que le caía por la frente.

-Vale, todo ha vuelto a la normalidad -dijo, dirigiéndose al walkie-talkie, y haciendo un esfuerzo por parecer calmado-. ¿Alguien sabría explicarme lo que ha pasado? ¿Cómo es que no habéis intervenido antes?

-¡No se nos ocurrió apagar las máquinas! Por el contrario, teníamos una bajada de tensión y pensamos que teníamos que traer más agua.

-¿Una bajada de tensión con ese ruido? ¡No tiene sentido! Bueno, sea como sea, tenemos que recuperar el ritmo y sincronizarnos.

-Me temo que no será tan fácil -dijo la voz entrecortada al otro lado de la línea-. Baja a echar un vistazo. Parece que no somos los únicos con problemas hoy.

Brauweiler

-Suecia, Noruega y el norte de Finlandia, Italia y el sur de Suiza están fuera -dijo el operador, por encima de cuyo hombro se asomaba a mirar Jochen Pewalski-, así como sus países vecinos, Dinamarca, Francia y Austria, y también Eslovenia, Croacia y Serbia. E.ON presenta irregularidades, y Vattenfall y EnBW lo tienen todo en ámbar, igual que los franceses, polacos, checos y húngaros. Y en Inglaterra hay flecos.

Jochen Pewalski, director de la Red de Conexiones Eléctricas Amprion S.L., llevaba más de treinta años trabajando en aquel complejo energético situado al oeste de Colonia, y que desde 1928 gestionaba la infraestructura eléctrica de alto voltaje de la antigua Central Renano-Westfaliana, popularmente conocida como «Centro de conexiones de Brauweiler». El enorme tablero que tenía delante, de dieciséis metros de largo por cuatro de alto, con sus líneas amarillas y verdes, y la cantidad de pantallas repartidas por las mesas de los operadores, le recordaban a diario el compromiso que tenía su equipo, y él mismo, con aquella sociedad.

En Brauweiler se verificaba, regulaba y repartía toda la red eléctrica de Amprion, una de las cuatro grandes sociedades energéticas de Alemania y por tanto de toda Europa, para los voltajes comprendidos entre los 380 y los 220 kilovatios.

Además, en Brauweiler se coordinaba todo el trabajo cooperativo de esas cuatro grandes sociedades alemanas, y se supervisaba y hacía el balance general de toda la red eléctrica del norte de Europa. Eso incluía Bélgica, Bulgaria, Alemania, Holanda, Austria, Polonia, Rumanía, Eslovaquia, la República Checa y Hungría.

Desde la liberalización de los mercados energéticos, hacía apenas unos años, el trabajo de Pewalski había ido volviéndose cada vez más complejo y de mayor responsabilidad. En la actualidad, la corriente fallaba más que nunca y sufría infinidad de percances desde que se originaba hasta que llegaba a su destino. Si las centrales hidroeléctricas austriacas, pongamos por caso, no lograban generar toda la electricidad que necesitaban para cubrir las últimas horas de la tarde -siempre las más exigentes-, tomaban lo que necesitaban de las centrales nucleares eslovacas. Unas horas después, era más que probable que las centrales energéticas españolas tuvieran que sacar de algún aprieto a los franceses y a su exceso de iluminación. Era un continuo toma y daca; el modo que la electricidad había elegido para repartirse por toda Europa, desde las redes de alta tensión hasta las redes de distribución regional, velando por el equilibrio entre sus generadores y sus consumidores.

Y era precisamente ese equilibrio el que parecía haberse ido al garete en varias zonas de Europa, observó Pewalski.

-Esto es peor que lo de 2006 -dijo el operador, desesperado.

El director recordó que ambos habían estado allí la noche del cuatro de noviembre de 2006, cuando las redes vecinas saturaron sin previo aviso las líneas de alto voltaje de E.ON: un crucero del vecino astillero de Papenburg tuvo que ser trasladado por los canales hasta la costa, y aquello provocó un exceso de tensión en las líneas que unían Landsbergen y Wehrendorf. El apagón fue inmediato; cayeron líneas en toda Europa. Pese a que trabajaron febrilmente para combatir el apagón, Pewalski y sus colegas no pudieron evitar que unos quince millones de personas se quedaran sin electricidad durante más de una hora y media, que fue el tiempo que tardaron en deshacer el terrible entuerto con la ayuda de todos sus colegas internacionales. En aquella ocasión esquivaron por un pelo el colapso absoluto de la red, pero ahora... Ahora la situación parecía mucho peor.

-Toda la República Checa está en rojo -dijo el operador.

En 2006, Europa cayó de oeste a este, en tres bloques de tensión diferenciados y con distintas frecuencias energéticas. El único que sufrió apagones fue el del centro. De hecho, dada la brecha endémica que se abría en Europa entre la productividad del norte y la necesidad del sur, los expertos ya habían previsto la posibilidad de que aquello sucediera en algún momento, llegado el caso.

Pero en esta ocasión todo era distinto.

Los italianos habían alertado de sus problemas hacía apenas veinte minutos. Los motivos no estaban claros, pero en cualquier caso no habían logrado controlar la situación. Mientras el sur se colapsaba, Suecia advirtió también de sus problemas por mantener la tensión, y enseguida se le sumó toda Escandinavia. Parecía que el duro frío invernal estaba afectando a varias zonas europeas en el peor de los momentos...

-La red alemana tiene que mantenerse activa a toda costa -dijo Pewalski con firmeza-. Si la perdemos, caerá toda la conexión este-oeste.

En la central se pusieron a trabajar frenéticamente. Los operadores trasladaban la energía a las líneas que aún estaban en funcionamiento, intentaban restablecer las que habían caído, y enviaban la energía sobrante a los depósitos de las centrales energéticas a los que aún les quedaba espacio libre. O eso, o soltaban la carga directamente, obligando a interrumpir el trabajo de varias fábricas o dejando a miles de personas en la más absoluta oscuridad.

Pewalski observó atónito cómo pasaban al rojo nuevas líneas del tablero.

-Más problemas en E.ON y Vattenfall.

Más líneas en ámbar.

-El oeste de Austria está a punto de colapsarse.

Rojo.

-No hemos podido evitarlo.

Pewalski hizo un esfuerzo por mantener la calma, pero empezaba a sentirse superado por todo aquello. Si conseguían mantener activa la corriente eléctrica de varias áreas de Europa podrían restaurar con relativa facilidad las

redes que habían fallado, pero si todo se apagaba... Un reactor nuclear o una central térmica carbonera no podían reactivarse como una turbina de gas o como el depósito de una maldita central energética, y menos aún si no contaban con energía externa para ponerse en marcha. Si en Francia se apagaban todos los puertos energéticos de la compañía AKW, *La Grande Nation* tardaría horas -cuando no días- en recuperarse, y perdería seguramente una parte importantísima de su producción. Pero, tal como estaban las cosas, parecía que ninguna de las redes vecinas se hallaba en disposición de contribuir a estabilizarla... y lo mismo sucedía, por uno u otro motivo, en todos los países de Europa.

-España en ámbar.

-De acuerdo, ya es suficiente -dijo Pewalski con determinación-. Blindemos Alemania... Si es que aún estamos a tiempo.

A pocos kilómetros de Lindau

-Espero que tengamos suficiente gasolina -dijo Chloé Terbanten.

Sonja Angström desvió brevemente su atención del paisaje nevado junto a la autopista y miró su reloj de pulsera. Iba en el asiento de atrás junto a Lara Bondoni. Terbanten conducía y Fleur van Kaalden, que en aquel momento estaba tamborileando sobre su muslo el ritmo de la música que sonaba en la radio, iba de copiloto.

-Mejor no nos arriesgamos y repostamos antes de salir de Alemania -propuso van Kaldeen.

Debían de estar cerca de la frontera con Austria, a poco más de una hora de la cabaña que habían alquilado para esquiar durante toda una semana. A izquierda y derecha del coche empezaban a verse ya las estribaciones de los Alpes que la luz de la luna iba presentando entre las nubes, y el contorno de las pintorescas granjas de la zona. A la vista de la oscuridad reinante en todas ellas, Angström se sorprendió de lo pronto que se retiraba a dormir aquella gente.

-¡Por fin un viaje sin hombres! -exclamó Terbanten al ponerse en marcha, pero, a la vista de las enérgicas protestas que provocó su frase, se apresuró a precisar, con una carcajada-: ¡Bueno, quiero decir que no nos los llevamos puestos desde aquí!

Las cuatro amigas llenaron de maletas enormes, bolsas de deporte, esquís y snowboards el maletero y la baca del Citroën de Terbanten, y se pusieron en camino. Desde que salieron ya habían repostado una vez y se habían tomado un café en la gasolinera, donde aprovecharon para ligar con un grupo de suecos que se dirigían a Suiza a practicar snowboard.

-Un kilómetro para la siguiente área de servicio. -Van Kaalden señaló el cartel de la autopista junto al que Terbanten pasó como una exhalación.

Angström miró hacia delante en busca de las luces del área de servicios, pero no vio más que el paisaje iluminado por la luna.

Terbanten tomó la salida que le indicó van Kaalden. Una curva muy abierta.

-Ah, queda al otro lado de la autopista -dijo Bondoni, al ver por su lado del coche una gran explanada y una maraña de luces que enfocaban en todas direcciones.

Terbanten pisó el freno.

-¿Qué es esto?

Las únicas luces que iluminaban la gasolinera eran las de los coches que esperaban a ser atendidos y formaban largas e informes colas a partir de los surtidores. El resto del área de servicio estaba en la más absoluta oscuridad. Aquí y allá, algún discreto rayo luminoso. Linternas, tal vez.

Terbanten acercó su coche a una de las colas. Muchos de los conductores habían salido de sus coches y de sus bocas se escapaban pequeñas nubecillas

de humo blanco. Junto los surtidores de gasolina, los empleados de la gasolinera iban de un lado a otro, nerviosos y uniformados, incapaces de imponerse al caos. Terbanten dejó encendidas las luces de su coche y todas bajaron a ver qué sucedía.

Angström notó enseguida el frío que se coló por sus tejanos y su jersey. El coche de delante tenía matrícula alemana. Ella era la única de las cuatro que sabía hablar un poco aquel idioma, así que se acercó a preguntar.

-Un apagón -le dijo el conductor, a través de la ventanilla semiabierta.

Y lo mismo le dijo uno de los trabajadores de la gasolinera.

-¿Y por eso no podemos repostar? -inquirió.

-Las bombas de los surtidores funcionan con energía eléctrica. Sin ella no podemos hacer que la gasolina suba desde los tanques.

-¿Y no tienen un plan de emergencias? ¿Una fuente alternativa?

-Qué va. -El chico se encogió de hombros, impotente-. Pero seguro que rápidamente recuperamos la corriente -añadió.

-¿Cuánto rato lleváis así? -preguntó ella, echando un vistazo a la larga cola que se había formado junto a los dispensadores y a la cantidad de coches que rodeaban la gasolinera y el restaurante del área de servicios, también a oscuras. Mal día para tener un apagón, justo aquel viernes, antes de la semana de vacaciones de invierno...

-No sé. Quince minutos, quizá.

Quizá, pensó Angström mientras volvía hacia las otras para explicarles lo que había descubierto.

Al oír las noticias Terbanten dio un golpe sobre el techo del capó y dijo:

-¡Pues en marcha! ¡Ya repostaremos en la siguiente gasolinera!

Bonn

-Ha fallado todo -confirmó Helge Brockhorst-. Aquello era Brandenburgo, lo cual implica que ya hemos perdido toda la República Federal Alemana.

Se dejó caer en una silla y miró la pared que tenía frente a sí: doce cubos con sus respectivas pantallas de cincuenta pulgadas, construidas en 2006. Apenas uno de los muchos detalles que convertían el Centro de Comunicaciones del Estado Federal y los Länder -GMLZ, en su acrónimo alemán- en el punto de mando neurálgico de Alemania en momentos de crisis.

-La televisión aún funciona -dijo uno de sus colegas, encargado de controlar los soportes técnicos del GMLZ-, pero los usuarios no reciben la señal.

En las pantallas más pequeñas, ubicadas en la pared de al lado, podían verse todos los canales de televisión que aún estaban en disposición de emitir su señal. Brockhorst había esperado que al menos uno de ellos emitiera un informativo sobre el apagón, por breve que fuera, pero en su lugar vio las típicas series vespertinas, los acostumbrados programas diarios, los insufribles reality shows. Lo más probable era que las televisiones también estuvieran luchando por combatir el problema y entender lo que estaba pasando. Todo había ido tan rápido... En menos de tres cuartos de hora la red eléctrica europea había caído, así, sin más. Si no estaba mal informado, en aquel momento sólo quedaba energía en la península Ibérica y parte de Gran Bretaña.

La última vez que pasaron por algo semejante, los medios no lograron hacerse eco del problema hasta que ya estuvo prácticamente solucionado, apenas dos horas después, pero en esta ocasión... En esta ocasión Brockhorst no tenía claro que el asunto pudiera arreglarse con la misma celeridad.

-¡Tengo a Brauweiler al aparato! -le dijo una compañera, con un teléfono a cada oreja-. Dice que contemos al menos con cuatro o cinco horas de apagón.

Brockhorst conocía a Jochen Pewalski, con el que la chica estaba hablando, porque colaboraron en el asunto de 2006. Un buen hombre. Seguro que sería el primero en tenerlo todo controlado.

A esas alturas casi todos los especialistas de la empresa se habían reunido en la sala central, empezando por los responsables de cada país y de las distintas organizaciones humanitarias. Las conversaciones eran intensas y confusas, los unos interrumpían a los otros y la mayoría aprovechaba también para llamar a sus familias e informarles de que el apagón iba a durar más de lo acostumbrado. Brockhorst pensó en su mujer y en sus tres hijos, en su casa unifamiliar a las afueras de Bonn. Sabía que no tenía que preocuparse por ellos: hacía ya varios años que instalaron un generador de energía en el sótano, por si tenían alguna emergencia. De algo tenía que servirle trabajar en la central de crisis energética, ¿no? El tanque que construyeron tenía suficiente gasóleo como para abastecerlos una semana, y su mujer sabía cómo

ponerlo en marcha, así que se sentía más que tranquilo. De todos modos, en algún momento tendría que llamarla para informarle de que aquella noche no iría a dormir.

-Bueno, pues entonces centrémonos en solventar los problemas del ministerio de Interior.

-De acuerdo -le contestó ella.

-¿Alguien en Brauweiler sabe a qué se debe este despropósito? -preguntó Brockhorst.

Berlín

-¿Cómo que no lo sabe? ¿Qué significa que no lo sabe?

El ministro del Interior, vestido con esmoquin, estaba plantado delante de la pantalla. Era un hombre alto y corpulento, con la cara roja y el pelo ralo, y parecía enfadado. Frauke Michelsen no recordaba la última vez que lo vio ahí, en el centro de recursos eléctricos del ministerio. Aunque quizá se debiera a que ella misma se dejaba caer poco por ahí.

Ahora la sala estaba llena hasta los topes. Allí había colaboradores de la administración pública, técnicos de la información, miembros de la policía federal y todo tipo de activos de seguridad ciudadana, así como el gabinete de crisis en pleno. Michelsen los conocía más o menos a todos. El único que faltaba era su superior, el director del gabinete de crisis y protección ciudadana del Ministerio del Interior, que en aquel momento se encontraba en un seminario un par de edificios más allá y había delegado en ella toda responsabilidad. Michelsen no le había informado de la presencia del ministro del Interior. Truquillos de la profesión, ya se sabe.

En veinte años de carrera laboral en la administración pública y los servicios diplomáticos, Michelsen sólo había podido medrar hasta el puesto de directora de departamento. «Eres demasiado brillante y demasiado guapa para llegar más arriba», le había dicho uno de sus superiores hacía ya más de una década. Desde entonces decidió ser más interesada y no decir siempre la verdad, lo cual -debía admitirlo- tampoco le había servido de mucho. Aunque quizá lo menos adecuado para el ascenso de su carrera fuera su irrefrenable debilidad por el buen vino, que en ocasiones la llevaba a mostrarse más sincera de lo que exigía la situación.

En fin, el caso es que, dadas las circunstancias, nadie podía tomarse a mal el enojo del ministro. Por su atuendo era obvio que había tenido que abandonar precipitadamente algún tipo de banquete o celebración.

En la pantalla principal, Helge Brockhorst, del Centro de Comunicaciones del Estado Federal y los Länder, suspiró al oír las preguntas del ministro y respondió, lacónico.

-Es más complicado de lo que parece.

Respuesta incorrecta, pensó Michelsen. La pantalla parpadeó, como si hubiera interferencias. Una vez más, la mujer se preguntó por qué habrían montado el centro de comunicaciones en Bonn en lugar de unificarlo todo en Berlín, junto al ministerio, pero tenía entendido que alguien iba a hacer algo en aquel sentido.

-Si me lo permite, señor ministro -se entrometió el secretario de Estado Holger Rhess-, quizá el señor Bädersdorf pueda resumirle la situación.

Tenía que ser Bädersdorf, se dijo Michelsen. Había trabajado muchos años en la federación de la industria del agua y la energía antes de que los *lobbies*

decidieran instalarlo directamente en el ministerio.

-Imagine la red de energía eléctrica como la circulación sanguínea de un cuerpo humano -le dijo Bädersdorf-, con la única diferencia, quizá, de que tiene varios corazones, que son las centrales energéticas. De ellas sale la corriente que se reparte por todo el país, del mismo modo que el corazón bombea la sangre por el cuerpo, y hay varias líneas eléctricas, del mismo modo que hay varias venas y arterias. Las líneas de alta tensión serían equiparables a la vena aorta, que transporta mucha cantidad de sangre en un trayecto muy breve, y luego están las líneas de tensión media, para trayectos más largos, y las líneas regionales, que hacen llegar la electricidad hasta el último consumidor. Estas últimas serían como los capilares que reparten la sangre por cada célula del cuerpo.

Mientras hablaba, Bädersdorf iba tocándose el cuerpo con la idea de ilustrar mejor aún sus explicaciones. Estaba claro que no era la primera vez que explicaba aquello, y Michelsen tuvo que admitir, no sin una cierta envidia, que la analogía resultaba realmente útil para entender de qué iba aquello.

Michelsen no era una técnica, pero cuando le concedieron aquel puesto, hacía ya tres años, estuvo informándose concienzudamente -como hacía siempre- de cuánto competía a su nueva responsabilidad: la gestión de la infraestructura crítica del ministerio.

-Hay dos puntos fundamentales que debemos tener en cuenta: el primero, que la red sólo puede mantenerse estable a una frecuencia determinada y constante (siguiendo con la comparación con el cuerpo humano, pensemos que si la tensión sube o baja demasiado nos desmayamos), y el segundo, que es muy difícil almacenarla o mantenerla quieta. De ahí que deba estar siempre en continuo movimiento, como la sangre. Dicho de otro modo, sólo puede crearse cuando se necesite, y las necesidades cambian considerablemente en función de la franja del día en que nos hallemos. Del mismo modo que el corazón tiene que bombear con más fuerza cuando hacemos una carrera, así también las fuerzas energéticas tienen que crear picos de uso adecuado, o echar mano de centrales adicionales para la ocasión. ¿Hasta aquí me siguen?

Recorrió la sala con la mirada y obtuvo varios gestos afirmativos. Sólo el ministro seguía con el ceño fruncido.

-¿Pero cómo puede ser que esto afecte a toda Europa? ¡Pensaba que la red eléctrica alemana era segura!

-Y lo es, señor ministro. Al menos en principio, lo es -respondió el «jefe de las unidades», que era como lo llamaba Michelsen en secreto-. De ahí que hayamos sido uno de los últimos países en perder el suministro eléctrico y uno de los primeros en empezar a recuperarlo. Pero no olvidemos que nuestra red no es una isla en medio de Europa.

Tocó las teclas de uno de los ordenadores y sobre la pantalla más grande apareció un mapa de Europa en el que se veía una densa red de conexiones, cada una de ellas marcada con un color diferente.

-Esto es un mapa de la red eléctrica europea. Como puede verse, todas las

líneas están estrechamente relacionadas entre sí.

-A la vista de este mapa, ya no queda nada de la línea que hace referencia a Alemania -dijo Michelsen, incapaz de reprimir el comentario.

-Bueno, yo no diría tanto...

La mirada del secretario de Estado fue de todo menos amable, pero no se dejó intimidar por ella.

-¿Y qué diría entonces? ¡Una de las principales redes de comunicación ha pasado a manos de una empresa holandesa!

-Permítame recordarle -le respondió Bädersdorf- que en las negociaciones con la Unión Europea sobre la desconcentración de productores y transportadores, Alemania se manifestó claramente en contra de una separación definitiva de emisores, y buscó alternativas eficaces con la ayuda de otros estados. Siempre hemos alegado que esta estructura del mercado energético europeo dificulta la buena gestión de las situaciones de emergencia.

Por desgracia tiene razón, pensó Michelsen, y le dejó que siguiera adelante.

La imagen de la pantalla cambió y dio paso a un gráfico de color azul sobre el que había una red de líneas que simbolizaban centrales energéticas, centrales transformadoras, fábricas y edificios de viviendas.

-Antes contábamos con proveedores de energía nacional, que eran quienes se encargaban de generar y distribuir la corriente, de modo que la gestión del suministro y abastecimiento recaía en unas solas manos. Pero ahora, tras la liberalización del mercado energético, la estructura ha cambiado radicalmente: hoy tenemos generadores de energía por un lado...

Las centrales energéticas de la pantalla cambiaron de azul a rojo.

-... y distribuidores por el otro.

Las líneas de enlace entre unos y otros se iluminaron en verde.

-Y entre unos y otros se han generado lo que podríamos llamar -en la pantalla aparecieron unas figuras nuevas, edificios con el símbolo del dólar-, bolsas de energía. Aquí es donde los generadores y los comerciantes de electricidad fijan los precios. Cabe decir, pues, que el suministro de energía depende de distintos agentes, y que en casos como el que nos ocupa tienen que coordinarse para poder reaccionar.

Michelsen estaba en parte indignada por el descarado alegato de Bädersdorf, de incuestionable acento *lobby*, y con el que obviamente pretendía defender los monopolios -más o menos ocultos pero siempre existentes-, pero en parte estaba también afectada, pues sabía que sus argumentos estaban más que justificados. Sea como fuere, sintió la necesidad de completar su intervención y dijo:

-O eso, o buscar el modo de generar sus propios beneficios. El principal objetivo de estos agentes no es devolver la electricidad a la industria y el pueblo, sino generar ganancias. Y son muchas manos para poco pastel. Y en tiempos de crisis las decisiones deben tomarse en cuestión de minutos.

-Desconocemos los motivos de la avería, pero puede estar seguro de que

todo parte de un mismo hilo. Al fin y al cabo, nadie sale ganando con esto.

-¿Pero cómo es posible que desconozcan los motivos de la avería? -preguntó uno de los colegas del departamento de seguridad pública.

-Los sistemas son extraordinariamente complejos; tanto que no me veo capaz de explicarlos con facilidad. Tras los apagones de los últimos años tardamos varios meses en descubrir las causas que los provocaron, y es que todas fueron distintas: el tiempo, errores humanos, instalaciones en malas condiciones... hasta un eclipse solar, tuvimos.

-¿Y cuánto cree que tendremos que esperar esta vez? -preguntó el secretario de Estado-. ¿Cuándo recuperaremos la energía?

-Según nuestros informes, mañana a primera hora la mayor parte de las zonas afectadas deberían haber recuperado la electricidad.

-Lamento que mis intervenciones puedan resultarle poco amables, pero estamos hablando de toda Europa -intervino Michelsen-. Es la primera vez que nos enfrentamos a una crisis de estas dimensiones y desconozco cómo pueden prever su duración. -Carraspeó, y con su tono más profesional añadió: -Soy la responsable del gabinete de crisis y protección ciudadana. Si mañana por la mañana el transporte público no funciona, los trenes y los aviones no pueden realizar sus desplazamientos, las administraciones y las escuelas no tienen calefacción, el suministro de agua no llega a la mayor parte de la población o las telecomunicaciones y la información no pueden asegurarse... tendremos un problema. Pero no uno cualquiera, sino uno muy grande. Así que quizá sea el momento de prepararnos para ello, ¿no les parece?

-¿Cómo pretenden recuperar la electricidad? -preguntó el ministro del Interior.

Bädersdorf le respondió inmediatamente:

-Lo normal sería empezar a generar pequeñas redes-satélite en torno a las centrales energéticas para asegurar la estabilidad de la frecuencia de la base, y poco a poco ir haciéndolas más grandes, en función de las necesidades de cada central, hasta que empiecen a conectarse y a sincronizarse entre ellas.

-¿Y cuánto suele durar este proceso?

-Depende. Quizá baste con unos segundos, pero quizá sea necesario esperar unas horas para la reconstrucción total. Después, la sincronización es relativamente rápida.

-Pero se trata de un proceso delicado y pueden volver a darse apagones, ¿no? -preguntó Michelsen.

-No tiene por qué -la contradijo Bädersdorf-. Aunque admito que en esta ocasión la recuperación puede durar algo más de lo acostumbrado.

-¿Hay zonas afectadas en toda Europa? -preguntó el ministro-. ¿Estamos en contacto con los otros países?

-Ahora mismo íbamos a ponernos manos a la obra -respondió Rhess.

-Bien. Declaren el estado de emergencia y manténgame informado de cualquier novedad. -El ministro se dio la vuelta para irse. -Espero que tengan una velada muy productiva.

Ya le vale, pensó Michelsen. ¿Productiva? La velada iba a ser más bien... larga.

Schiphol

Delayed.
Delayed.
Delayed
En las últimas horas, todas las compañías aéreas habían anunciado retrasos en sus vuelos.
-¿Falta mucho? -preguntó Bernadette, abrazando con ternura a su muñeca preferida.
-Mira -le dijo su hermano, haciéndose el interesante-, allí pone que nuestro vuelo llega con retraso.
-¡Pero yo no sé leer!
-¡Bebé! -le dijo Georges, burlándose de ella.
-¡Y tú también!
-¡Bebé! ¡Bebé!
Bernadette empezó a llorar.
-¡*Maman*!
-¡Basta ya! -reprendió François Bollard a sus hijos-. Georges, deja de fastidiar a tu hermana.
-A este paso no llegaremos a París hasta medianoche -se lamentó Marie, la esposa de Bollard. Parecía cansada.
-Es viernes -le dijo él-. Suele pasar.
Estaban rodeados por un enorme grupo de gente que, como ellos, se había acercado a los paneles informativos para saber cuándo despegaría su avión. El de París tendría que haber salido hacía una hora, pero ahora indicaba que lo haría a las diez de la noche. De pronto, Bollard sintió también el cansancio acumulado durante toda aquella semana de trabajo. Habría dado lo que fuera por estar ya en su suave y cálida cama, durmiendo plácidamente junto a su mujer. Pero en lugar de eso se hallaban en uno de los mayores aeropuertos de Europa, y no podían hacer nada que no fuera esperar. Y los niños estaban más pesados que nunca, lógicamente. Tenían muchas ganas de volver a París y ver a sus amigos y a sus abuelos, y a cada rato estaban más insoportables. Bollard se preguntó qué pasaría si volvieran a retrasar la hora de partida...
Todos los asientos de la zona estaban ocupados, y poco a poco la gente empezó a sentarse también sobre sus maletas o directamente en el suelo. Y en los restaurantes se habían formado colas enormes de gente cada vez más impaciente. Bollard echó un vistazo alrededor para ver si encontraba un lugar tranquilo en el que sentarse a esperar los cuatro, pero el gentío era tal que no pudo ver nada a más de dos metros de distancia.
-¿Y ahora qué pone? -preguntó Bernadette.
-¿Cómo dices?
-Genial -oyó decir a su mujer, justo antes de leer lo que ponía en el panel.

Cancelled.
Cancelled.
Cancelled.

París

Lauren Shannon enfocó con su cámara a los dos hombres que tenía delante. James Turner, corresponsal de la CNN en Francia, había plantado el micrófono bajo la nariz de su interlocutor.

-Nos hallamos ante la central de bomberos parisina, en la plaza Jules Renard -dijo Turner-. Me acompaña François Liscasse, general de la división, jefe de la brigada de *sapeurs-pompiers* de París, que es el nombre con el que se conoce a los bomberos en la capital francesa.

Los copos de nieve brillaban bajo el foco de la cámara como bombillas encendidas.

Turner se dirigió a Liscasse.

-General Liscasse, hace ya cinco horas que París se ha quedado sin electricidad. ¿Tiene usted alguna idea sobre cuánto más va a durar esta situación?

Pese al frío que hacía, Liscasse no llevaba más que un uniforme azul y un casco, que a Shannon le hizo pensar en el general De Gaulle. Al fin y al cabo, en París los bomberos son una unidad militar que depende del ministerio del Interior...

-Me temo que no puedo facilitarles ninguna información al respecto. Tengo a todos mis hombres repartidos por París y sus alrededores. Miles de ellos. No en vano somos el mayor cuerpo de bomberos del mundo, después del de Nueva York. Así pues, esperamos que la población parisina se sienta segura y confiada pese a las circunstancias. Por el momento estamos centrando todos nuestros esfuerzos en liberar a los ciudadanos de los vagones del metro y de los ascensores, en atender a las víctimas de los numerosos accidentes y en sofocar los fuegos aislados que han empezado a sucederse.

-¿Sabe usted, general Liscasse, cuántas personas siguen atrapadas?

-Ya hemos liberado a miles, pero no sabría decirle cuántos quedan aún. El problema es que, como todo el mundo está utilizando sus móviles y hay sobrecarga en las redes, muchas de las personas que se han quedado atrapadas en los ascensores no logran ponerse en contacto con nosotros para informarnos de su situación, y nuestros hombres van de casa en casa, comprobando que todo esté en orden.

-¿Quiere eso decir que algunos tendrán que esperar a mañana para ser salvados?

-Bueno, esperemos que la electricidad vuelva esta misma noche. En cualquier caso, atenderemos hasta el último ciudadano, se lo garantizo.

-General...

-Gracias. Y ahora, le ruego que me disculpe. Tengo que seguir trabajando.

Turner disimuló el rechazo mirando hacia la cámara y esbozando una sonrisa.

-Les ha hablado James Turner, desde la «noche sin corriente» de París.

Turner hizo a Shannon la señal para que cortara y se despidió de la espalda que sin decir nada más había empezado a alejarse de él. Se subió el cuello de la chaqueta y le dijo a Shannon:

-Vamos, ahora quiero saber algo de ese tío del Ministerio del Interior. Acompáñame.

Como cámara y chófer de Turner, Shannon había aprendido a moverse con celeridad por el tráfico parisino. El caos de circulación que se había formado hacía apenas unas horas había empezado a remitir, pero aun así tardaron veinte minutos en recorrer una distancia ridícula.

-¡Vuelvo a estar sin cobertura! -gritó Turner, maldiciendo en voz alta y tirando el móvil a sus pies.

Shannon siguió conduciendo, impertérrita. De vez en cuando pasaban junto a alguna ventana en la que se veía luz. El resto de la ciudad estaba a oscuras. Mucho antes de llegar al ministerio, la Rue de Miromesnil se había cerrado a la circulación. Shannon dejó su coche delante de un vado, y salieron.

Llevaba dos años viviendo en París. Al acabar la carrera se propuso dar la vuelta al mundo, pero una vez en París no quiso marcharse de allí. Al principio quiso hacer periodismo, pero entonces le ofrecieron el trabajo de cámara junto a Turner y se quedó sin tiempo para estudiar. Turner era un imbécil arrogante que se creía Bob Woodward, pero a su lado Shannon había viajado mucho y había aprendido una barbaridad. Ella era, con diferencia, la mejor investigadora que él había tenido, la que le encontraba las mejores historias y la que sabía cómo redactarlas y presentarlas, pero Turner nunca la dejaría aparecer ante la cámara. De ahí que en el poco tiempo libre que le quedaba Shannon hubiese empezado a componer sus propios artículos y a colgarlos en YouTube.

Siguieron a pie hasta la valla del edificio, rodeada de policías.

-Prensa -dijo Turner, mostrándoles su identificación.

-Lo siento -se limitó a responder el agente.

Turner esgrimió todos los argumentos habidos y por haber, pero ni los policías ni los otros tres grupos de periodistas que en pocos minutos se arremolinaron junto a la valla del edificio tenían la menor intención de dejarlo pasar.

-Hágase a un lado, por favor -le pidió el policía.

Shannon vio los faros de varios coches que se acercaban.

Los vehículos pasaron junto a ellos casi sin frenar y entraron en el edificio por el pequeño hueco que los policías habían abierto para ellos. Shannon encendió la cámara y enfocó a los coches, pero éstos tenían los cristales tintados y no pudo ver nada.

-¿Y bien? -preguntó Turner.

-Bueno, yo he cogido la imagen panorámica -respondió ella-. ¿Qué has visto tú?

-Nada. Demasiado oscuro.

Shannon echó un vistazo al dispositivo de su cámara y revisó la grabación.

-Aquí hay algo, una historia -dijo-. Pero la pantalla es demasiado pequeña. Tengo que ir al estudio a ampliar la imagen. Quizá allí veamos algo más.

Saint Laurent-Nouan

-¡Maldita sea! -dijo su mujer Isabelle, mientras Yves Marpeaux se ponía la chaqueta sobre el grueso jersey de lana-. Mi marido trabaja en la central nuclear y nosotros aquí, a menos de quince kilómetros de distancia, sin luz ni calefacción.

Con todas las capas de jerséis y chaquetas que se había puesto, la mujer parecía aún más deforme de lo normal.

-¿Y qué quieres que haga? -rezongó él, encogiéndose de hombros.

Por Dios, qué ganas tenía de salir de casa. ¡Isabelle llevaba horas atosigándolo con sus quejas!

-Y los chicos están igual -dijo ella, por milésima vez.

Por suerte no habían llegado a comprarse uno de esos teléfonos modernos que se cargan enchufándose a la corriente. Isabelle tardó una hora y media en localizar a su hijo después del apagón, y unos segundos después habló con su hija. El chico vivía con su familia cerca de Orleáns, y la chica, en las afueras de París.

-Llevo horas buscándoos -les había dicho-, pero las telecomunicaciones....

Marpeaux no había podido decirles mucho más, aparte de que ellos también estaban a oscuras.

-¡Imagínate las quejas de tu madre!

Cerró la puerta al salir y dejó a su mujer en la fría y oscura casa. En la calle, su respiración se elevó hacia lo alto en forma de nube blanca. El cielo brillaba sereno y estrellado.

El Renault se puso en marcha sin problemas. Por el camino, Marpeaux intentó sintonizar la radio para oír las noticias. Muchas de las emisoras habían enmudecido, y las pocas que quedaban emitían música o informaban de lo que ya había leído en Internet antes de que el ordenador se desconectara definitivamente.

El paisaje oscuro, con sus campos desiertos y desnudos de hojas, hacían irreconocible aquella zona, una de las preferidas por el turismo francés. En primavera, la región volvería a llenarse de millones de turistas nacionales e internacionales dispuestos a pasear por las colinas del Loira, a visitar los magníficos castillos en busca de huellas nobles y aristócratas, a comprar y beber vino y a empaparse, aunque fuera brevemente, del maravilloso *savoir-vivre* del corazón de Francia.

Marpeaux llegó a la región veinticinco años atrás, pero no la escogió por su belleza, sino porque le habían ofrecido un buen puesto de ingeniero en la central nuclear de Saint Laurent.

Tras veinte minutos de conducción apareció ante él la silueta de la pequeña localidad de Saint Laurent-Nouan, insólitamente oscura aquella noche, sin luces en las ventanas ni en las calles, pero, eso sí, con las enormes torres de

refrigeración de la central nuclear irónicamente iluminadas -aunque menos de lo normal, todo fuera dicho-, elevándose tras el pueblo. Es extraño -se dijo Marpeaux al ver al coloso una vez más- que desde hace doscientos años no hayamos desarrollado significativamente las técnicas básicas de nuestro trabajo y no las hayamos sustituido por alguna propuesta más moderna. En sus orígenes, las centrales nucleares no eran más que máquinas de vapor gigantes, al estilo de las que empezaron a crearse a principios del siglo XVIII, y ahora todo seguía igual, sólo que en lugar de madera y materiales combustibles utilizaban uranio o plutonio enriquecido para encender los generadores.

Con una potencia algo inferior a mil megavatios, la planta era una de las más pequeñas del país. Los dos reactores de presión hidráulica quedaban justo a orillas del Loira, de donde tomaban el líquido refrigerante. Cuando Marpeaux empezó a trabajar en el complejo, a finales de los ochenta, los dos viejos reactores UNGG del recinto aún estaban en funcionamiento. Atrás quedaba el terrible incidente que tuvo lugar siete años atrás, en el que un elemento combustible de la fábrica se fundió por algún motivo desconocido y contaminó el edificio hasta el punto de tener que cerrarlo durante dos años y medio. A principios de los noventa, pues, la *Electricité de France* detuvo la actividad de los dos viejos reactores.

Marpeaux pasó el control de seguridad de la entrada y aparcó el coche en la misma plaza de la que lo sacó hacía apenas quince horas, justo después de acabar su turno de noche y pasar el testigo a los del turno de mañana.

El ochenta por ciento de la energía francesa proviene de centrales nucleares. Si las noticias de las últimas horas eran ciertas y la red eléctrica había sufrido un fallo generalizado, lo más probable era que los reactores estuvieran funcionando en modo emergencia. Aquello frenaría el manejo de las barras de combustible nuclear y detendría en última instancia la mayor parte de la reacción nuclear en cadena. Gracias a su actividad profesional, Marpeaux sabía desde hacía décadas algo que la mayoría de la humanidad desconocía, sobre todo antes de la catástrofe de Fukushima, y era que un reactor apagado continúa produciendo calor y debe seguir siendo ventilado. Aunque sólo se alcanzase el diez por ciento de la temperatura normal acostumbrada, aquello era suficiente para deshacer un reactor no ventilado y provocar el mayor accidente jamás previsto. Normalmente, la energía de los sistemas de seguridad y ventilación provenía de la red eléctrica pública, y si ésta fallaba, saltaban los sistemas de emergencia. La planta de Saint Laurent tenía tres sistemas independientes para cada bloque, todos alimentados con motores de gasóleo y diseñados para soportar al menos una semana de actividad.

Cuando abrió la puerta del gabinete de dirección oyó los pitidos y los aullidos de distintos indicadores de peligro. Hacía casi veinte años que Marpeaux controlaba los reactores de aquella planta y más de ocho que estaba al mando de uno de los tres turnos del día, de modo que las situaciones como aquella habían dejado de acelerarle el pulso hacía tiempo. Al entrar en la sala,

con sus cientos de luces e indicadores, se sentó y empezó a dirigir a una docena de conductores de reactores hasta sus puestos, tranquila y concentradamente. Algunos controlaban las cifras, los indicadores y las luces, y otros consultaban los mamotretos, gordos y pesados como ladrillos, que describían detalladamente el significado de todas las señales y explicaban cómo podían apagarse. Todos aquellos hombres eran trabajadores experimentados que, al menos dos semanas al año, hacían todo tipo de ejercicios de reciclaje, a cual más complicado, para comprobar su capacidad laboral.

El controlador de la pantalla lo saludó estrechándole la mano.

-¿Qué novedades hay?

-Se ha caído un bloque de gasóleo. El número dos. Justo al inicio.

-Y los demás... ¿funcionan?

-Sin problemas.

Marpeaux no pudo evitar pensar en una serie de terribles acontecimientos relacionados con el suministro de electricidad. Como los de 2006, por ejemplo, cuando el equipo de la central eléctrica Forsmark estuvo más de veinte minutos sin saber lo que tenían que hacer. Tiempo después, las investigaciones que se hicieron al respecto dieron paso a resultados de lo más diversos. Por una parte, los directivos de la fábrica, como no podía ser de otro modo, coincidieron con las autoridades suecas y finlandesas en decir que, según los datos de sus respectivas oficinas de protección contra las radiaciones, no llegó a correrse peligro en ningún momento. Por otra, no obstante, varios analistas y reconocidos observadores, como el propio jefe de obra de la fábrica, sin ir más lejos, aseguraron que la situación había sido extraordinariamente crítica y que habían estado a punto de sufrir el mayor accidente previsible.

Era cierto que desde que él se puso al mando de los turnos de la fábrica ya se habían encontrado con varias situaciones incómodas de este tipo: en una ocasión llegaron a estar una hora entera sin electricidad, pero siempre habían logrado que todo volviera a la normalidad. Y lo habían hecho con tanta delicadeza que ni siquiera les había hecho falta informar a las autoridades o al Organismo Internacional de Energía Atómica -OIEA-, cuya sede estaba en Viena. Sin embargo, que sus colegas no tuvieran claro lo que estaba pasando le produjo un cierto y desagradable malestar.

-¿Tiene alguna relación con las pruebas?

Hacía tres días, precisamente, habían revisado el sistema de emergencias de la fábrica.

El director del turno de noche se encogió de hombros.

-Ya sabes cómo es esto. No sabremos nada hasta dentro de un par de meses, cuando ya hayamos reparado y reconstruido todo.

Los hombres del turno de Marpeaux fueron llegando poco a poco y sustituyendo a sus respectivos homólogos. Las discusiones sobre el tema se intensificaron, pero nadie logró llegar a una conclusión. Algunos dejaron de

mostrarse preocupados y otros empezaron a estarlo.

Marpeaux pidió a dos de sus hombres que revisaran a conciencia el panel del gasóleo, y él se concentró en los instrumentos.

Milán

-Respire... inspire...

El estetoscopio que la doctora desplazaba sobre su espalda estaba frío.

-Ya le he dicho que estoy bien -reiteró él.

Ella, una mujer joven que parecía haber salido de una de aquellas series de hospitales que daban en televisión, dejó el estetoscopio y cogió una linternita con la que enfocó los ojos de Manzano.

-¿Dolor de cabeza? ¿Mareos? ¿Desmayos?

-No, no, nada.

Manzano estaba sentado sobre una camilla, desnudo de cintura para arriba, en el minúsculo espacio del ambulatorio del Ospedale Maggiore de Milán. Aunque sólo había perdido el conocimiento durante unos segundos, los equipos de rescate insistieron en llevárselo consigo. Al fin y al cabo, su coche ya no era más que un montón de chatarra, y ni siquiera los bomberos iban a hacer algo por recuperarlo. La semana siguiente tendría que buscarse un vehículo de alquiler para ir a visitar a sus clientes. Seguro que ninguno de sus problemas informáticos podía esperar hasta que él decidiera qué hacer con los restos de su coche.

Durante el trayecto en ambulancia intentó enterarse del estado de las otras dos víctimas del accidente, pero los enfermeros no supieron -o no quisieron- decirle nada al respecto. Lo acompañaron hasta la entrada del hospital y allí, en recepción, pasó casi una hora esperando.

-Abra la boca.

Manzano obedeció, y la doctora inspeccionó su laringe. La relación entre su cuello y la pequeña herida en su sien le parecía un misterio y no pudo estar callado por más tiempo.

-Vamos, arrégleme lo de aquí arriba y déjeme volver a casa -exigió.

-¿Tiene a alguien que pueda cuidarlo?

-¿Se está ofreciendo usted?

-No.

-Vaya, qué lástima.

-Levántese.

Manzano se incorporó de un salto.

-Camine hasta esa hendidura del suelo, dé una vuelta a la salita y vuelva aquí.

Otro de esos ridículos ejercicios. ¡Por favor, no estaba borracho! Además, aquella habitación era tan pequeña que podía cruzarla con cuatro pasos. Hizo lo que le pedía la doctora y volvió a la camilla. Ella sonrió satisfecha y le pidió que volviera a sentarse.

-¿Seguro que no quiere quedarse un poco más?

-Si quiere que nos tomemos una copa de vino, me quedaré encantado. Si

no...

-Muy tentador, sin duda -dijo ella con una fría sonrisa-, pero aquí el alcohol sólo lo usamos como desinfectante.

-En tal caso, propongo ir a mi casa y abrir un buen Barolo. Las radiografías podemos ahorrárnoslas, ¿no?

-Podemos -repitió ella, mientras cogía una jeringa.

Manzano se mareó en cuanto vio la aguja. No era en absoluto un tipo miedoso, pero cuando se trataba de medicamentos sentía un pánico descontrolado e infantil.

-Tenemos que reservar las radiografías para los casos de máxima necesidad -dijo la doctora-, al menos hasta que vuelva la luz. Estamos echando mano de los generadores de emergencia y tenemos que ser austeros por lo que pueda pasar. Le voy a poner un poco de anestesia local, luego le coseré la herida y ya podrá irse a casa, ¿de acuerdo? Escuece un poco...

-¿Es necesario? -preguntó él, pálido como un muerto.

-¿Prefiere que le cosa la herida sin anestesia?

Manzano se aferró a los bordes de la camilla.

-¿Aquí también se han quedado sin luz? -preguntó, básicamente para distraerse, y bajó la cabeza para no ver la aguja.

-Toda la ciudad está sin electricidad, según parece. Hace una hora que atiendo a tipos como usted, y la sala de espera cada vez está más llena. Accidentes que se producen porque los semáforos han dejado de funcionar, personas que se han caído porque los vagones de metro en los que iban se detuvieron con brusquedad... Mire, ya está. Le quedará una cicatriz junto a la ceja, pero no es muy grande. Seguro que le dará un toque interesante.

Manzano se relajó de nuevo.

-Sí, como Frankestein.

En esta ocasión la sonrisa de la doctora fue amable y sincera. Manzano se puso la camisa con el cuello ensangrentado y el abrigo con la manga también algo manchada, dio las gracias a la doctora y salió de la salita.

Una vez en la calle buscó en vano un taxi. Volvió a la recepción del hospital y pidió ayuda al recepcionista, que lamentándolo mucho se encogió de hombros.

-En cuanto funcione el teléfono intentaré pedirle uno, pero sepa que el tiempo medio de espera está ya en una hora... Los servicios públicos no funcionan y los taxis están saturados. Esto parece la gran avería de 2003.

Toda Italia, veinticuatro horas sin electricidad. Cualquier ciudadano italiano recordaba aquello. Ojalá esta vez durara menos.

Manzano pidió al recepcionista que le indicara en un mapa dónde estaba el hospital. Calle Francesco Sforza. No muy lejos de la catedral. Bueno, en la hora que tenía que pasar esperando al taxi le daba tiempo de sobras para llegar a su casa, en la Via Della Francesca. Se sentía con fuerzas. Y quizá de camino volviera la luz y pudiera coger un metro o un tranvía. Dio las gracias al recepcionista, se subió el cuello del abrigo y se marchó de allí.

En la calle, los faros de los coches se difuminaban bajo la oscuridad de los edificios y dibujaban entre las calles sinuosos rayos de apática luz. La gente se movía de un modo distinto a lo acostumbrado, pensó Manzano. Más inquieta, con más torpeza. El viento helado se colaba en su abrigo.

Anduvo por las calles hacia la catedral, acompañado en todo momento por un espectacular concierto de bocinas. Pasó junto a la iglesia y se encaminó hacia la Via Dante, que llevaba a la calle Parco Sempione. Allí las bocinas sonaban aún más. Los tranvías se habían quedado cruzados en medio de las vías y bloqueaban la circulación. Siguió avanzando por las calles obstruidas. En algunas callejuelas le costó abrirse paso entre los edificios y los coches, que en su desesperación por salir de los embotellamientos habían subido incluso a las aceras. Avanzó hasta la plaza Buonaparte. Allí también reinaba el caos. De vez en cuando, un nuevo bocinazo desesperado o indignado. En un edificio vio un piso iluminado. Mira, alguien tenía un generador. Por primera vez desde el accidente, Manzano pensó en su casa. No estaba preparada para afrontar una situación como aquella. En su cabeza se agolparon imágenes del accidente. Manzano intentó olvidarlas y se preguntó si tenía que llamar a los bomberos para que le trajeran su coche. Bueno, eso ahora podía esperar. Mañana... Mañana por la tarde tenía una cita con Carla, y luego subiría con ella a su casa. ¿O iría a la de Julia? A ver si era cierto lo que le había dicho la doctora sobre su cicatriz.

La mayor parte de las tiendas por las que pasaba habían cerrado, aunque sus carteles con la palabra «abierto» indicaban lo contrario.

Fascinado, se dio cuenta de que empezaba a ver cosas que hasta aquel momento le habían pasado desapercibidas: letras bizarras sobre los locales, edificios con claros ventanales junto a los que había pasado cientos de veces pero cuyas fachadas jamás se había detenido a mirar... En un minúsculo colmado vio una figura inclinada hacia delante, buscando algo a la luz de las velas. Sobre la puerta de cristal, un cartel con la palabra «Chiuso». Llamó de todos modos.

Un anciano con un delantal blanco se acercó a la puerta y lo observó con detenimiento. Al fin, abrió. Sobre la puerta tintineó una campanita.

-¿Qué desea?

-¿Puedo comprar algo?

-Sólo si me paga en metálico. Sin electricidad no puedo aceptar tarjetas.

A Manzano le sorprendió que en circunstancias normales sí las aceptara. Con lo pequeño que era el colmado... En aquel momento le llegó el olor a jamón y a queso, a fruta y a pan. Sacó el monedero y empezó a contar.

-Me quedan cuarenta euros.

El hombre lo miró de arriba abajo.

-¿Mujer? ¿Hijos?

A ver si el tipo sólo atendía a padres de familia...

-No.

-Pues con cuarenta le bastará. No parece comer usted mucho. ¿Qué le ha

pasado en la cabeza?

El anciano dejó la puerta abierta y desapareció tras el mostrador.

-Un pequeño accidente por culpa del apagón.

La temperatura de la tienda era muy agradable. Las mejillas de Manzano empezaron a arder.

-Prepárese algo bueno para esta noche. Tome algo que le guste a la luz de las velas. Y lea un libro, ya que no tenemos televisión -dijo el anciano.

Manzano compró bresaola, salami, taleggio, queso de cabra, champiñones y alcachofas, y una barra de pan. El hombre lo metió todo en una bolsa en la que ponía «Alimentari Pisano» y le preguntó:

-¿Una botella de vino tinto para acompañar?

-No, gracias, tengo en casa.

Cuando salió del colmado, tenía aún veinticuatro euros. Se despidió del anciano y se alejó de allí acompañado por el sonido de la campanita sobre la puerta.

Piero Manzano vivía desde hacía tres años en el tercer piso del edificio más antiguo de la calle Piero Della Francesca. La portería estaba a oscuras, y mientras avanzaba por el rellano no veía siquiera sus manos extendidas frente a sí. En la oscuridad oyó gritos, quejas y palabras de consuelo.

No cogió ascensor, pero no fue sólo porque no funcionaba la corriente. El aparato era muy antiguo y no le daba buena espina, así que siempre subía caminando. Avanzó poco a poco, con una mano en la pared.

En el piso de arriba se veía algo de luz. Las escaleras subían como una espiral en cuyo centro se hallaba el hueco del ascensor, y en el rellano del primer piso se había reunido prácticamente toda la comunidad de vecinos, con velas y linternas, para discutir sobre la situación y calmar a las dos mujeres que se habían quedado atrapadas entre el primer y el segundo piso.

-¿Ya han llamado para pedir ayuda? -preguntó Manzano al llegar.

-No logramos contactar con urgencias ni con los bomberos -le respondió el notario Carufio, que vivía en el cuarto-. Ambas líneas comunican todo el rato. ¡Pero vaya!, ¿qué le ha pasado?

-Ah, no es nada -sacó su móvil y marcó el número de emergencias-. No tengo cobertura -dijo-. ¿Quién está en el ascensor?

-Mi prima y su hija -se lamentó Carufio-. ¡La pobre tiene mala suerte! ¿Sabe que le pasó exactamente lo mismo en el apagón de 2003? Parece una broma, ¿verdad?

-Vaya por Dios. Oiga, señor Carufio, si no me necesitan me voy a casa. He tenido un accidente, también por culpa del apagón, y me gustaría descansar.

-Claro, claro, descuide -le dijo el hombre-. No sirve de nada que nos quedemos todos aquí. Gracias por su ayuda.

Ya en su piso, lo anómalo de la situación le hizo sorprenderse de sus rutinas. ¡Qué fácil era moverse por el espacio tan conocido! Levó la mano justo hasta la cerradura de la puerta, colgó el abrigo justo en el perchero, sin titubeos, dejó la bolsa con la compra justo encima de la mesa, abrió la puerta del baño

con resolución...

Después de tirar de la cadena, el depósito del agua se vació con un ronquido. Manzano echó de menos el sonido con el que se llenaba, al tiempo que el agua salía por el inodoro. Abrió el antiguo grifo del lavabo y oyó un ronquido parecido al de antes. Volvió a tirar de la cadena pero fue en vano. Ya no tenía agua.

-Genial.

Aquello empezaba a ser demasiado, pensó. Sin electricidad podía pasar unas horas, pero... ¿sin agua? ¡Y con lo sucio que estaba!

Cuando oyó los golpes en la puerta se llevó un susto de muerte.

-¡Uuuh, soy un fantaaasma!

Era la voz de su vecino, Carlo Bondoni.

A la luz de la vela que llevaba en la mano e iluminaba su angulosa cara y su pelo canoso y despeinado, Bondoni parecía uno de los ancianos de los cuadros de Caravaggio. Cuando vio a Manzano dejó escapar un grito:

-¡Joder! ¿Qué te ha pasado?

-Un accidente.

-No hay luz en toda la ciudad -le explicó Bondoni-. Acaban de decirlo en la radio.

-Lo sé -respondió Manzano-. Los semáforos no funcionan. Mi Alfa está para el desguace.

-Bueno, ya lo estaba antes.

-Tú sí que sabes animar al prójimo.

-Ten, enciende una vela en su memoria. -Bondoni le dio una vela-. Así no tendrás que estar a oscuras.

Manzano encendió su vela con la llama de la de Bondoni.

-Gracias. Seguro que yo también tengo alguna, en algún lugar, pero así la encontraré antes.

-Bueno, tú eres el ingeniero y experto informático, ¿no? No puedes hacer nada contra este despropósito. La tele no funciona, Internet tampoco, y nadie puede ver tres en un burro. Seguro que esos modernos contadores que están instalando en todas partes se han cargado algo.

-Vamos, entra. Aquí fuera hace frío. ¿Has cenado?

-Paso. Seguro que tienes en casa alguna castaña encantadora que me hará morirme de envidia.

-Hoy no. Y menos con esta frente.

-¡Anda ya, chico! No es más que un rasguño, y te hace interesante.

-Mira, es la segunda vez que alguien me dice lo mismo. Pero lo de chico... Me temo que hace tiempo que dejé de serlo.

-¡Caray, Piero! ¡Yo daría lo que fuera por volver a tener cuarenta y tres años!

-¿Vas a entrar de una vez o no?

-Si insistes...

Bondoni cerró la puerta a sus espaldas y siguió a Manzano hasta la cocina.

Éste se lavó las manos con el agua de una botella. Encontró una caja con velas largas y una bolsa de velitas medio llena. Encendió unas cuantas y las repartió por la habitación. Mientras tanto, Bondoni fue quejándose de las compañías eléctricas, los canales de agua, las empresas de televisión y por supuesto los políticos, que al final eran los verdaderos culpables de todo. Manzano abrió la nevera para meter lo que había comprado.

-La corriente de la nevera también sale de los enchufes -le dijo Bondoni con una sonrisa maliciosa, al ver la expresión de Manzano ante la nevera a oscuras-. Deja la comida en la ventana... O espera un par de horas más. Sin calefacción no tardaremos en estar todos helados.

-¿Cómo que sin calefacción?

-Tampoco funciona. Pero no te quejes. Piensa que después de la guerra...

-... tú eras un enano y no te enteraste de nada.

-¿Pero qué dices? -Bondoni fingió sentirse ofendido.

Manzano abrió la ventana y dejó la comida sobre la alfombra de nieve que cubría el alféizar. Tras las ventanas de los vecinos vio las tenues luces de varias velas.

Con dos botellas de agua y una vela fue al baño y se lavó lo mejor que pudo. Se puso una camisa limpia y unos tejanos y después revolvió el trastero y su despacho. Una docena de ordenadores nuevos y viejo, decenas de hardwares, una radio antigua y por fin, en una caja que ni siquiera había abierto, encontró lo que andaba buscando: la linterna. La cogió junto con la radio y volvió a la cocina. Mientras tanto Bondoni había preparado la cena y, al verlo, levantó las manos con una botella de vino en cada una.

-¿Ésta o ésta?

Por supuesto, eran sus dos mejores botellas.

-El Barolo.

El vino le hizo pensar en el verano; en el olor a pinos bajo el sol...

-Voy a echar un vistazo al contador. Vuelvo en seguida.

-¡Te acompaño!

Bajo los fusibles había una caja negra que llevaba varias décadas allí, como en todas las casas de Italia, con sus típicos numeritos sobre fondo rojo, o negro, y esas ruedas que giraban más o menos rápido en función del consumo de energía de cada hogar. Pero desde hacía algunos años había también una cajita blanca y plana, propiedad del llamado Smart Meter, o contador de energía inteligente.

-Si pusieras esa cajita en la cocina podría pasar por un reloj para calcular tiempos de cocción -bromeó Bondoni-, en el dormitorio, por un despertador, y en el baño, por un aparato para tomar la presión. ¡Todos los contadores son iguales! Seguro que dentro tiene esas placas...

-¿Te refieres a las placas de circuitos?

-A ésas, sí. Chips sin alma a los que puedes dar la forma que te apetezca. Siempre he pensado que eso de «form follows function» es una barbaridad, pero esto... ¿Cómo llamaríamos a esto? ¿«Form follows la inutilidad»? Su

dedo huesudo y largo señaló la pantalla gris. Ni siquiera muestra nada. ¡Vaya fraude!

-Si no hay corriente no tiene que mostrar nada.

Volvieron a la cocina y Manzano sirvió el vino.

-¿Tienes respuestas para todo, eh? -dijo Bondoni, sin poder reprimir el tono de reproche en su voz.

-Es sólo que no soporto las quejas sobre la innovación y los nuevos descubrimientos, y menos de gente que lleva gafas, que llama por teléfono y viaja en coche con toda comodidad. Eso también fue nuevo algún día y nadie lamenta su uso.

-¡Vaya, vaya! ¡Voy a cenar con un devoto del progreso! Está bien, no discutiré. Brindemos por el nuevo mundo. ¡Salud!

-Y por tu retiro. ¡Salud!

Cerca de Bregenz

-¡Aquí tampoco podemos! ¡No funciona ninguna gasolinera! -exclamó Terbanten-. ¡No me lo puedo creer!

Angström asomó la cabeza entre los dos asientos de delante y observó el caos que tenía ante sí. Caía una densa cortina de nieve y los coches se habían acumulado como en la gasolinera anterior: desordenados, impacientes, algunos intentando abrirse camino para salir de allí. Señaló el marcador de gasolina del tablero de mandos del Citroën. Una luz naranja indicaba que ya estaban en reserva.

-Con la gasolina que nos queda no llegamos a la cabaña ni locas -dijo-, así que tenemos dos opciones: o nos quedamos aquí a esperar que vuelva la luz...

-Lo cual puede durar toda la noche... -la interrumpió Tarbanten.

-... o salimos de la autopista y buscamos un sitio en el que pasar la noche -concluyó van Kaalden.

-Vale, pero tampoco podemos entretenernos buscando, ¿eh? -intervino Terbanten una vez más-. La reserva de este coche no da para mucho, y como nos despistemos nos quedaremos tiradas en medio de algún paraje austriaco. Aquí al menos nos congelaremos rodeadas de gente.

Angström consultó su Smartphone.

-Qué rabia que Internet tampoco funcione. Si no, podríamos encontrar en seguida una pensión por aquí cerca.

El reloj marcaba las 22.47.

-Hace rato que tendríamos que estar en la cabaña, brindando con ponche frente a la chimenea... -suspiró-. ¡En fin! ¿Quién prefiere quedarse aquí y quién salir a buscar un hotel?

Las cuatro votaron lo mismo.

-Nos quedamos.

-Pero yo tengo hambre -añadió Bondoni.

-Pues creo que la tienda y el restaurante están cerrados -dijo Terbanten.

-Voy a echar un vistazo. Además, también tengo que ir al lavabo. ¿Alguien me acompaña?

-Yo voy -dijo van Kaalden.

Angström también quiso ir con ellas, y Terbanten se quedó en el coche. Bien envueltas en sus anoraks, las tres mujeres se abrieron paso entre los coches hasta llegar a la tienda. Muchos estaban vacíos, otros tenían el motor en marcha. En algunos de ellos los pasajeros se habían cubierto con abrigos y ropa abrigada y ahora dormían tras el hielo que iba acumulándose en sus ventanas. Desde uno de los coches, un niño los saludó con la mano.

-Tétrico -dijo Bondoni.

La gasolinera estaba cerrada, efectivamente. Dieron la vuelta al edificio y encontraron los servicios en la parte de atrás. En cuanto abrieron la puerta les

llegó un olor intenso y desagradable. Angström alcanzó a ver las pilas de los lavabos, pero el resto quedaba a oscuras y no pudo distinguir nada más.

-Yo no entro aquí ni loca -dijo.

Siguieron hasta la tienda del área de servicio. Tras una ventana, Angström vio temblar una débil llama. La puerta estaba abierta. Dentro se oían voces.

-Aquí hay alguien -dijo Bondoni.

Reconocieron una tenue luz tras los cristales ahumados de la puerta. Cuando entraron, Angström no pudo evitar pensar que estaban viviendo una aventura; nada peligroso ni atrevido, sino más bien una aventura como las de antes, cuando de niña la pillaba una tormenta fuera de casa y tenía que volver sola en bicicleta. Todas las mesas estaban ocupadas. Algunas tenían velas. La gente hablaba, comía, callaba, dormía. Aquí la temperatura era mucho más agradable que fuera, pero olía a humanidad. Un hombre con una chaqueta fina se acercó hacia ellas. Llevaba una pajarita.

-Está todo lleno -les dijo-, pero si encontráis un hueco libre y queréis quedaros, no hay problema.

-¿Tiene algo para comer? -preguntó Angström.

-Se ha acabado casi todo. Lo mejor que podéis hacer es ir a la cocina. Os darán lo que les quede, siempre que sea comestible. Y tendréis que pagar en efectivo. Lamento que no podamos atenderos como solemos. La luz, el agua, los servicios sanitarios, la calefacción, el aire acondicionado, el horno, las neveras, los lectores de códigos de barras y tarjetas... todo se ha estropeado. En realidad mi turno acabó ya hace tres horas, pero no me veo capaz de echar de aquí a toda esta gente.

-¿Ha dicho que tampoco funcionan los lavabos?

-Eso he dicho, lo siento.

-¿Y adónde puedo ir, si ya no aguanto más?

Ybbs-Persenbeug

Los nueve hombres estaban inmóviles frente a los monitores de la sala de control.

-¡Y... vamos!

Oberstätter pulsó la tecla. Llevaban tres horas hablando por teléfono, discutiendo, suponiendo y presuponiendo, pero seguían sin saber qué había provocado el colosal apagón.

Lo único de lo que estaban seguros era de que Europa se había quedado sin energía. Y las centrales hidroeléctricas, como la suya en Ybbs-Persenbeug, junto al Danubio, eran las primeras a las que las autoridades recurrirían para recomponer el entuerto, pues eran las únicas que podían reiniciarse sin ayuda. También sabían a qué se había debido la parada de emergencia de su planta: el apagón generalizado había provocado un brusco y radical aumento de la frecuencia en las redes que aún funcionaban y el desajuste no pudo corregirse a tiempo. De ahí que el software de infinidad de plantas energéticas se desactivara automáticamente en cuestión de segundos, con el fin de evitar la explosión de los generadores. Oberstätter no se había equivocado al interpretar el ruido de sus generadores, pero no lograba entender cómo era posible que sus colegas de la sala de mandos hubiesen interpretado mal las señales del panel. Y ahora sólo esperaba que la instalación no hubiese quedado dañada.

Había llegado el momento de reiniciarla. Una planta hidroeléctrica no es como una cafetera, en la que basta con apretar un botón para que se ponga en funcionamiento, sino que hay que tener paciencia. El agua debe entrar en las turbinas poco a poco, activar los generadores, poner en marcha los ventiladores y reorganizar muchos otros componentes antes de crear propiamente la electricidad.

-¡Parad! -dijo uno de sus colegas, señalando con el dedo una de las pantallas-. Aquí. Riesgo de cortocircuito en XCL 1362. Y acabamos de empezar. Genial. Armin, Emil, bajad a echar un vistazo.

-Esto implica al menos una hora más de retraso -dijo uno de los aludidos.

-Pero no tenemos otra opción -respondió su superior-. No podemos poner esto en marcha mientras veamos algún peligro.

Cogió el teléfono y marcó el número del gabinete de crisis de la central.

Berlín

Michelsen hizo un esfuerzo por mantener la voz calmada antes de contestar:

-Le recomiendo que se dirija a nuestro gabinete de prensa. Además, en unos minutos daremos una rueda de prensa y el ministro dirá unas palabras. -Tiró el teléfono al suelo y gritó-: ¿Se puede saber cómo demonios ha conseguido este hombre mi número? ¡Malditos periodistas!

En las últimas tres horas, Michelsen había tenido que instalarse en el centro de operaciones del ministerio del Interior, como todos los demás. Al principio creyeron que el entuerto se desharía rápidamente, pero las últimas noticias no hacían prever nada bueno. Michelsen cogió todos sus papeles y se acercó a uno de los operadores. En la pantalla, de nuevo, Helge Brockhorst, del Centro de Comunicaciones del Estado Federal y los Länder, en Bonn.

-... y lo mismo sucede con el cuarto cuadrante. Algunas de las centrales locales han podido reiniciarse brevemente, pero luego han vuelto a fallar. En algunas regiones empiezan a considerar la posibilidad de declarar el estado de emergencia.

Nada nuevo, vaya. Hacía años que se sabía que algo así podía pasar, y se suponía que estaban bien preparados para afrontar la situación. En Alemania, los Länder debían combatir la crisis, y ante amenazas nacionales debía intervenir la confederación. Era por ello que cada dos años tenía lugar un experimento que se conocía con el pirotécnico nombre de *Länderübergreifende Krisenmanagementübung/Exercise*, LÜKEX en su versión abreviada, que venía a significar algo así como «ejercicios coordinados de gestión de la crisis en los Länder». Cada LÜKEX implicaba un complejo trabajo de prevención y coordinación de acciones entre la división organizacional de la Alianza, las unidades de crisis de los Länder y los operadores privados de infraestructuras críticas. En la última edición participaron siete ministerios, la cancillería en pleno, el gabinete de prensa de la Alianza, varias asociaciones de seguridad nacional, diversas personalidades encargadas de la seguridad de los Länder, instituciones humanitarias como la Cruz Roja, y una gran cantidad de empresarios de los más diversos ámbitos: suministros, sanidad, transportes o telecomunicaciones, por ejemplo, todos dispuestos a poner a prueba sus planes de emergencia en caso de un ataque cibernético o un apagón general. Michelsen rezó para que todos aquellos participantes estuvieran ahora en sus puestos, listos para actuar. Los ejercicios que se realizaban en los LÜKEX eran complejos y ambiciosos, tal como podía deducirse del hecho de que necesitaran dos años para organizarlos. Y, según había visto con sus propios ojos, la seriedad y urgencia de esos ejercicios se atesoraba a menor escala ante cualquier imprevisto. Imprevistos en los que ahora no quería ni pensar. De pronto tenían que organizarse y coordinarse planes de emergencia para todas las competencias del Estado y los sectores de

la sociedad. Para empezar, había que proteger del caos a la población (bomberos, Cruz Roja, servicios de soporte técnico e instituciones benéficas dispuestas a liberar a la gente de los metros y ascensores...), después, había que velar por mantener el orden y la seguridad en las calles (policía, servicios de información, atención al consumidor, solución de problemas...); y también, por supuesto, tenían que asegurarse la atención médica y el suministro de agua y alimentos. Michelsen sabía que los hospitales y ciertas administraciones públicas contaban con generadores de energía alternativos, al igual que muchas industrias privadas y empresas de explotación agrícola, y le constaba que de ese modo podrían abastecerse varias horas, o incluso días. Lo peor a estas alturas eran el tráfico y el abastecimiento de alimentos y agua a los ciudadanos. La lista de obligaciones abarcaba todos los ámbitos de la rutina de ochenta millones de personas en toda Alemania, o, según decían los informes -a los que no le quedaba más remedio que prestar atención-, de cientos de millones de personas en toda Europa. Lo cual lo empeoraba todo aún más. Durante las averías y catástrofes regionales de los últimos años, los afectados habían contado siempre con la ayuda de fuera: bien de otras regiones, bien -en el peor de los casos- del extranjero. Pero ahora «fuera» quedaba demasiado lejos. Las noticias de fallos eléctricos llegaban incluso de Rusia, aunque allí no habían sufrido ningún apagón. Llevaban varias horas conectados con el Centro de Información y Monitorización de la Unión Europea en Bruselas (CIM), y éste ofrecía a toda Europa lo que el Ministerio del Interior brindaba a Alemania: coordinación, organización, información.

Michelsen se apresuró hasta la salida y pasó junto a la sala de reuniones en la que el ministro del Interior estaba manteniendo varias videoconferencias con sus colegas europeos. En el pasillo la esperaban otros siete colegas de distintas divisiones y juntos entraron en la sala de prensa para preparar la intervención del ministro.

El ministro y sus seguidores intercambiaron preguntas y respuestas más o menos desesperadas.

-¿Se conocen ya los motivos del apagón?

-No. Todavía no tenemos ningún indicio al respecto. Para la prensa: lo más importante ahora es la reactivación de los suministros. Ya nos dedicaremos a las investigaciones cuando el pueblo pueda volver a ducharse, salir de compras e ir al trabajo.

-¿Para cuándo está previsto que recuperemos la electricidad?

-Es difícil decirlo. Hasta hace poco los especialistas eran optimistas, pero llevamos seis horas intentando reactivar las redes y parece que se nos resisten. Para la prensa: los especialistas están trabajando intensamente para volver a poner en marcha los generadores de energía.

-¿Por qué se ha apagado toda Europa? Está claro que no es casualidad.

-Bueno, las redes modernas están estrechamente relacionadas entre sí, y si una falla es posible que acaben fallando todas. A tal efecto, el ministro encargado de la modernización de las redes energéticas y los sistemas

eléctricos lleva un tiempo centrándose en pulir todas las interacciones en el plano europeo.

-¿Servicios de urgencias?

-Todos movilizados. Los bomberos han liberado a miles de personas en toda Alemania, la Cruz Roja y el resto de instituciones benéficas han prestado ayuda a los enfermos y ancianos y también nos hemos encargado de la infinidad de viajeros que se habían quedado tirados en la calle.

-¿A qué se refiere?

-Sin electricidad no se puede repostar.

-¿Bromea?

-En absoluto.

-¡Pues hoy precisamente empezaba la semana blanca en muchas regiones de Alemania!

-Los servicios técnicos también están alertados y dispuestos para la movilización.

-¿Los militares?

-Están listos para ayudar en lo que haga falta.

-¿Qué les decimos a aquellos que mañana seguirán sin luz?

Milán

-... en las zonas afectadas han cerrado escuelas y establecimientos...

Bondoni se inclinó aún más sobre la vieja radio portátil de Manzano en la que sonaba la voz del locutor.

-¿Y cómo sabremos cuáles son las zonas que continúan afectadas?

-Seguro que lo notas -le dijo Manzano, haciendo una señal con la mano para indicarle que quería seguir escuchando.

-... y para evitar los atascos en los transportes públicos, las autoridades recomiendan que nos agrupemos para viajar en coche y que, en la medida de lo posible, evitemos los desplazamientos innecesarios.

Él no podía realizar ningún desplazamiento con su coche, ni necesario ni innecesario. ¿Cuánto le pagaría por el viejo cacharro la compañía de seguros?

-... y a quienes estén de viaje o hayan salido a pasar el fin de semana fuera... recuerden que la mayoría de las gasolineras han agotado su combustible, los trenes que aún no se han cancelado circulan con enorme retraso y la circulación aérea ha quedado completamente interrumpida hasta nuevo aviso. Y todo esto afecta, por supuesto, al resto de Europa.

-¿Al resto de Europa? -exclamó Bondoni-. ¡Anda ya! ¡Ya estamos otra vez con las exageraciones! ¡Son todos unos sensacionalistas!

Manzano no pudo evitar pensar en la prima del señor Carufio y en su hija, atrapadas en el ascensor. No hacía ni una hora que los bomberos habían venido a liberarlas de su angustiosa situación.

-Las industrias eléctricas están trabajando con ahínco para solucionar el problema y recuperar los suministros lo antes posible.

-Eso espero -murmuró Bondoni, sirviéndose una copa de vino.

La segunda botella. Manzano, más indulgente ahora, gracias al efecto de la primera, había abierto el Serralungo de Germano Ettore. ¡Así daba gusto pasar un apagón! De hecho, no hacía ninguna falta que siguieran escuchando aquellas noticias tan angustiosas. Manzano apagó la radio y se tomaron el vino en silencio. Se habían pasado la tarde charlando. De todo y de nada. La verdad, ya se había olvidado de casi todo. Sentía el alcohol entre las sienes, y la herida le dolía.

Manzano pensó que el tiempo parecía ir más despacio desde que empezó el apagón. Se quedó escuchando el silencio. Igual que le sucedió de camino a casa, de pronto se dio cuenta de que algo faltaba. Algo que solía pasarle desapercibido pero que ahora, de algún modo, echaba de menos: el murmullo de la nevera; el goteo del grifo; la televisión o la radio de los vecinos, que las escuchaban siempre a todo volumen. En aquel momento sólo se oía la respiración algo pesada de Bondoni, el ruido de su garganta al tragar el vino, el roce de su camisa con el jersey al alargar el brazo y dejar su copa sobre la mesa.

-Es hora de irse a la cama -dijo el anciano, al tiempo que se levantaba con un suspiro.

Efectivamente, el reloj que Manzano tenía sobre la puerta de la cocina marcaba la una y diez. Lo acompañó hasta la puerta, y al hacerlo le sobrevino una extraña sensación que no supo identificar... La aparcó a un lado y dio unas palmaditas en el hombro de su vecino, a modo de despedida, cuando se dio cuenta de que algo había cambiado. Por la puerta de su despacho, que había quedado entreabierta, se colaba un débil rayo de luz.

-Espera -le dijo a Manzano, dirigiéndose a su despacho, que tenía dos ventanas que daban a la calle.

-¡La iluminación de la calle ya funciona!

Bondoni llegó a la habitación mientras él alargaba la mano para tocar el interruptor. Arriba, abajo. Arriba, abajo. El despacho siguió a oscuras.

-Qué extraño. ¿Por qué hay luz en la calle y aquí no?

Manzano volvió al pasillo y abrió la caja del contador. Todas las palanquitas estaban en la posición correcta, igual que el interruptor principal. En un display podía leerse «KL 956739».

-Ahí fuera hay electricidad -dijo Manzano, hablando más bien consigo mismo, y luego añadió, dirigiéndose a Bondoni-: Prueba por favor con el interruptor que queda junto a la puerta.

Kilck, klack. Nada.

-Vamos a estudiarlo mejor...

-¿Cómo dices?

Pero Manzano no le contestó porque había vuelto a desaparecer en su despacho, del que reapareció en pocos segundos con su portátil en la mano.

-¿Qué haces? -le preguntó Bondoni.

Mientras encendía su aparato, Manzano se preguntó cómo podría explicar lo que se traía entre manos a su vecino de sesenta y tres años, quien sólo utilizaba el ordenador para escribir e-mails y navegar un poco por Internet.

-Ya sabes lo curioso que soy, ¿verdad? Pues bien, cuando nos instalaron los contadores nuevos decidí estudiarlos con atención.

Escribió algo en su teclado mientras seguía hablando.

-Los contadores de energía son, en principio, como pequeños ordenadores. -Manzano decidió ahorrar a Bondoni los detalles, que en aquel momento no le parecieron relevantes, y se limitó a explicarle que, por motivos económicos, los contadores poseen chips de memoria pero no discos duros-. De ahí que los llamen Smart Meter, que quiere decir medidores inteligentes. Gracias a ellos las compañías eléctricas pueden no sólo leer los datos de la energía que utilizamos, sino también manipularla a distancia.

-A mí me dijeron que podían cortarme la luz -dijo Bondoni.

-Eso lo hacían antes, cuando no pagabas.

-¡Pero si yo siempre he pagado!

-Pues por eso nadie te ha cortado la corriente... o reducido. Por lo que sé sólo pueden recortar el suministro. Nunca cortarlo del todo. Para ello, como

para tantas otras cosas, las compañías eléctricas tienen sus propios códigos.

-¿Como éste de aquí?

-Exacto.

-Y lo que para nosotros es más interesante: las posibilidades de contactar son recíprocas. O sea, que si nos esforzamos un poco... nosotros también podemos acceder a sus datos.

Bondoni sonrió.

-Lo que seguramente no es del todo legal.

Manzano se encogió de hombros.

-¿Y cómo vas a hacerlo? -preguntó Bondoni.

-Utilizando un interfaz de infrarrojos. Hoy en día puede hacerse casi con cualquier ordenador. O con un móvil. Ya lo hice en una ocasión, básicamente para descubrir qué podía hacer este trasto, y cómo.

Por aquel entonces tuvo que modificar ligeramente su antiguo ordenador. Con la ayuda de una tarjeta adicional adecuada y del software correspondiente, logró convertir su pc en un sistema de radio definido por software. A partir de ahí pudo utilizarlo como un receptor -y un lector, y un emisor- de ondas de alta frecuencia y de cualquier señal de la Power Line Communication con la que la compañía eléctrica intentara manipular los contadores.

-¿Me lo dices en serio? ¿Así de sencillo?

-Bueno, es sencillo para gente como yo -respondió Manzano, sin inmutarse.

-¿Y no necesitas contraseñas? ¿Los datos no están protegidos?

-Pues claro que sí, pero son facilísimas de hackear. Te sorprendería saber lo fácil que es encontrar cualquier contraseña en Internet, si sabes dónde buscarla.

-Seguro que esto es ilegal.

En esta ocasión fue Manzano el que sonrió.

-Sólo queremos saber quién nos está manipulando, ¿no?

Entre tanto, en su pantalla podían verse los datos que había estado buscando.

-En aquella ocasión pude acceder a los códigos de control. Mira, aquí está la lista, ¿la ves? Con este código el proveedor de energía da la orden de informar sobre el consumo actual. O con ese de allá reduce el suministro a doscientos vatios de potencia. Y luego están aquellos, que son los que reestablecen todos los accesos a la red: uno para reiniciar el contador, otro para recargar la memoria de los programas en la red... y muchos más.

Bondoni estudió atentamente la lista, y luego volvió a mirar el contador.

El código del display también está en la lista, pero en rojo.

Y ahí es donde todo empieza a ponerse interesante. Los datos han sido introducidos por una compañía americana, que no sólo gestiona el mercado europeo sino también el estadounidense. Pero allí se utilizan otros códigos, siempre distintos y no intercambiables, porque suelen hacer referencia a algo que aquí no existe. Como por ejemplo la resolución de separarse

completamente de la red. La orden de desconectarse. Mira, ¿ves esto?

Bondoni leyó las cifras y las letras que Manzano le indicaba:

-«KL 956739». ¡Por el amor de Dios! -una vez más, su rostro, iluminado de azul por el fulgor de la pantalla del ordenador, le recordó al de un fantasma-. ¿Significa esto que los americanos se han apropiado de tu corriente?

-No, significa que, aunque la orden de desconectar la corriente no está en el manual italiano, por algún motivo se ha colado en sus servidores y está influyendo en ella. Pero ahora viene lo mejor: como el contador no está determinado para informar sobre este código (básicamente porque ni siquiera está prevista su existencia), lo que hace es obedecer la orden de desconectarse, pero sin enviar ningún informe al proveedor.

-¡Un momento, un momento! A ver, para que lo entienda un vejestorio como yo... ¿insinúas que los contadores han sido desactivados pero que las compañías eléctricas ni siquiera se han enterado?

-¡Bondoni, para ser un vejestorio con una botella de vino metida entre pecho y espalda, lo pillas todo con una facilidad pasmosa!

-Pero ¿quién puede haber dado esa orden tan repentina?

-Ésta es la cuestión. Un fallo en el sistema, quizá. Pero acabas de darme una idea. Vamos. -Mientras hablaba, arrastró a Bondoni hasta la puerta-. Veamos lo que pone en tu contador.

Manzano esperó impaciente a que las manos de su vecino, algo torpes por la edad y el vino, acertaran a meter la llave en el paño.

El aparato de Bondoni mostraba la misma combinación de cifras y letras. Manzano, con la boca abierta, no daba crédito a lo que estaba viendo.

-Pero esto es... ¡no puede ser casualidad! Esto no me gusta; no me gusta nada -susuró. Y, ya de vuelta al pasillo del rellano, añadió-: ¡Voy a probar algo! -Se agachó para coger su ordenador, que había dejado en el suelo frente al contador, y le dijo a Bondoni-: Vuelvo a mi piso.

-¡Por el amor de Dios! ¿Qué qué quieres hacer ahora, en plena noche?

-Tendrás que esquivar al demonio, para lograr el amor de Dios...

-Bueno, creo que lo mejor sería no disgustar a ninguno -dijo, respondiendo a la broma.

Dos minutos después, ya en el piso de Manzano, éste conectó el portátil al contador, vía infrarrojos. Y después se sentó en una silla, a esperar.

Bondoni se dejó caer en otra que tenía a su lado y se quedó mirando el aparato con curiosidad.

-¿Y ahora?

-Ahora vamos a fingir que somos una compañía de electricidad. Con el portátil puedo contactar con el contador y ordenarle que nos reinstale la corriente. Veamos lo que pasa entonces.

Tecleó el código.

En la cocina se oyó un breve zumbido y después algo resonó levemente.

Vuelve a darle al interruptor, a ver qué pasa.

Bondoni obedeció y en el pasillo se encendieron dos fluorescentes.

-¡Madonna! ¿Puedes hacerlo también en mi casa?

-Sólo si dejas de mencionar a los santos y los cielos y los demonios. Venga, probemos en la cocina, y mira si la nevera funciona.

Bondoni desapareció tras la puerta de la cocina, y, al poco, Manzano vio la luz que se encendía. Justo después oyó el sonido de las gomas de aislamiento de la nevera, y por fin la voz de su vecino, gritando:

-¡Funciona!

-Genial. Pues vamos a tu piso.

En cuestión de minutos, Manzano había reprogramado los dos contadores y ambos recuperaron la corriente. Lo primero que hizo el anciano fue ir al lavabo, y Manzano aprovechó el momento para entretenerse mirando las fotos que había repartidas por el comedor. Fotos de las vacaciones. De Bondoni con su mujer, ya fallecida. De Bondoni con su hija. Oyó el ruidito del chorro cayendo en el agua inodoro, y luego el sonido de la cadena.

-¡Pues sigue sin haber agua! -gritó el hombre.

-¡Mierda! Tendré que aplazar mi baño. Con las ganas que tenía... -Y luego, señalando las fotos, añadió-: ¿Qué tal está tu hija?

Sabía que trabajaba en la Comisión Europea, en Bruselas, pero no recordaba en qué departamento.

-¡Fenomenal! ¡Imagínate: hace poco la recomendaron para un ascenso! No te creerías el dinero que gana ahí. Y todo gracias a que pude pagarle los estudios con mis ahorros.

-Bueno, así el dinero vuelve en la familia.

-Pero los alquileres en Bruselas son mortales, ¿sabes? Y ella no para. Hoy mismo, sin ir más lejos, ha salido a esquiar con unas amigas. A Austria. Como si en Italia no hubiera lugares magníficos a los que viajar en la semana blanca. ¡Ay, esta juventud!

Mientras escuchaba a su vecino, Manzano también sintió ganas de ir al lavabo. Lógico, después de la botella de vino que se habían tomado... Le dio las buenas noches a Bondoni, quien a su vez le agradeció el vino y la luz, y cerró la puerta al salir.

Al llegar a su piso casi le molestó la luminosidad. Por unos segundos añoró las horas de silencio y lentitud que acababan de pasar... aunque lo cierto era que el parloteo de Bondoni no le había dejado saborearlo cuanto hubiese querido. Apagó la luz del pasillo y corrió el cerrojo. Al llegar al comedor enchufó el portátil para cargarlo, se sentó frente a la tele y miró por la ventana, hacia la calle. Excepto el iluminado público, todo estaba a oscuras. Lo cual tampoco era tan extraño, dada la hora que era.

No podía dejar de pensar que en su contador había un código desconocido, y decidió que, ya que no lograba sacárselo de la cabeza, podía unirse al enemigo en lugar de enfrentarse a él. De modo que entró en Internet y buscó novedades sobre el apagón. Y encendió la tele y dio un repaso a los distintos canales. Algunos habían interrumpido su emisión; el resto ofrecía su programación normal. Ni una palabra del apagón. Sólo la RAI y los telediarios de las

diversas emisoras pusieron un *ticker* a pie de pantalla en el que podía leerse «Apagón en gran parte de Europa. En breve les daremos más noticias».

De igual modo, en la prensa apenas podía leerse nada al respecto. ¡Y eso que ya habían pasado varias horas desde el apagón! Sólo en Twitter, por fin, pudo leer un montón de comentarios relacionados con el tema, aunque la mayoría no eran más que tautológicas afirmaciones sobre la falta de electricidad, preguntas sobre quién más estaba sin luz ni agua, y reflexiones más o menos tóxicas sobre el hecho de que gran parte de Europa se hubiese visto afectada a la vez. La mayoría de los mensajes eran de hacía varias horas, y pronto pudo intuir que al menos España, Inglaterra, Francia, Alemania y los Países Bajos estaban pasando por lo mismo. Bostezó y se frotó los ojos. Parecía que los medios tradicionales no concedían demasiada importancia a la noticia. Bueno, no debía de ser tan horrible. Hasta los periodistas preferían meterse en la cama y taparse con una buena manta, a la espera de que mañana todo hubiese vuelto a la normalidad. Yo tendría que hacer lo mismo, se dijo Manzano. Pero antes quiero saber si alguien más ha descubierto el código. Y, en cualquier caso, tenía que informar de ello en algunos de los foros en los que solía participar. ¿O debería llamar directamente a la compañía eléctrica? Fuera como fuera, tenía que cerrar un momento los ojos. Sólo un momento. Un momentito de nada.

Berlín

Michelsen ordenó que le enviaran un taxi a las dos de la mañana. El trayecto por las oscuras calles de la ciudad la dejó conmocionada. El taxista quería hablar de la situación y debatir sobre el tema, pero ella se limitó a responderle con monosílabos hasta que el hombre captó el mensaje y se calló. En la radio sonaba un jazz de medianoche. La prensa dormía a aquella hora. La cabeza de Michelsen no dejaba de dar vueltas, y todo lo que pensaba estaba relacionado con la misma idea: ¿y si al volver al ministerio, dentro de muy pocas horas, los especialistas no habían logrado solucionar el problema?

Le habría encantado poder darse una buena ducha, pues la tensión del día la había hecho sudar. Su piso estaba frío. No tenía agua, ni en el lavabo ni en la cocina. Ya se había imaginado que sería así, pero la desilusión hizo mella en su agotamiento al confirmarlo.

Entre otras cosas, porque tuvo que admitir, avergonzada, que no estaba preparada para algo así.

Y eso que el Ministerio del Interior había invertido mucho dinero en la impresión, en ocho lenguas distintas, de su folleto *Preparados para una emergencia*, cuyo contenido estaba también colgado en la página principal de su web. Michelsen le había echado un vistazo hacía mucho tiempo, y en teoría sabía todo lo que ahí se decía, pero, como la mayoría, en los tiempos de bonanza no se tomó en serio las advertencias. El típico caso de «en casa del herrero cuchillo de palo»... Como directora en funciones del departamento de crisis y de protección ciudadana, no tenía en casa ni la aconsejada cantidad de agua y alimentos para dos semanas ni una radio con las pilas cargadas. En su día pensó que en caso de emergencia podría utilizar la radio del coche y que, de todos modos, en una situación así pasaría la mayor parte del tiempo en la oficina, así que no tenía que preocuparse demasiado por lo que tenía en casa.

Con la poca energía que le quedaba y un par de toallitas húmedas se lavó como pudo y se metió en la cama. Sobre el pijama llevaba un jersey, y en los pies, calcetines de lana. El despertador, evidentemente, estaba apagado. Programó el de su móvil a las tres y media, y sintió un escalofrío al pensar en el día siguiente. Se durmió rezando en silencio para que al despertar todo volviera a estar en su sitio.

Centro de mando

En aquel preciso momento le habría encantado poder ver Europa desde la Estación Espacial Internacional. La oscuridad se había apoderado de todo, y allí donde hasta hacía poco había visto finas líneas y puntos iluminados, no quedaba nada. Según los primeros informes -y sus propios cálculos-, a esas alturas al menos dos terceras partes del continente estaban sin electricidad... Y aún caerían más. Se imaginaba a los responsables de aquel terrible desaguisado devanándose los sesos para recuperar la normalidad, maldiciendo las condiciones meteorológicas o los problemas técnicos o los errores humanos, pero sin tener ni la más remota idea de lo que había pasado en realidad ni de cómo controlar aquel coloso que hasta hacía pocas horas habían creído dominar. Quizá aún lo creyeran. Quizá pensaran que aquella vez iba a ser como las otras, un fallo temporal que se solucionaría en pocas horas, como las veces anteriores, y que no sería más que una anécdota -o, como mucho, el argumento de alguna historia de suspense- para las sobremesas del futuro. Bueno, historias sí contarían, pero no serían aquellas frivolidades sobre el aumento de la natalidad justo nueve meses después del apagón, ni tampoco aquellos relatos románticos sobre la recuperación de una sociedad más esencial en la que la gente durmiera en tiendas de campaña o fuera a lavarse al río, como si estuviera de campamento. Dentro de unos días todos los europeos iban a creer que las historias que contarían en el futuro serían más bien como las noticias sobre la guerra que hasta ahora habían visto en los telediarios, o como los reportajes sobre las catástrofes que azotaban a países menos favorecidos. Después, dentro de unas semanas, empezarían a pensar que quizá las historias no se contarían demasiado, y que sufrirían el mismo proceso de abandono y secretismo que las que nos contaban nuestros abuelos y bisabuelos sobre la guerra que asoló Europa -y con ella el mundo entero- y que en la mayoría de los casos se obviaba porque dolía o avergonzaba demasiado. Y entonces, muy poco a poco, primero uno y luego otro y otro, empezarían a darse cuenta de que el tiempo de las historias había acabado, porque la propia historia iba a reescribirse de nuevo.

En una gasolinera cerca de Bregenz

A Angström la despertaron unos murmullos. Cuando movió la cabeza se dio cuenta de que tenía la nuca dolorida. ¿Se había quedado dormida en mala posición? De pronto lo recordó: estaba en la gasolinera de una área de servicio, sin electricidad y con cientos de personas en la misma situación que sus amigas y ella. Abrió los ojos y, aún adormilada, vio a un montón de gente que se levantaba y se dirigía hacia la salida, susurrando. Tenía la cabeza de van Kaalen recostada sobre su hombro. La apartó con sumo cuidado y escuchó con atención. Cada vez había más gente despierta, desorientada, observando con curiosidad al grupo -cada vez más numeroso- que se marchaba.

¿A dónde irían? Angström se levantó y cruzó la habitación, sorteando a todos aquellos que habían acabado durmiendo en el suelo. Se metió la mano en el bolsillo del anorak y palpó el móvil. Le llegó el olor a ropa húmeda, a sudor, a nieve derretida, a sopa. Tenía las manos y la cara helados; la sala se había enfriado durante la noche. No había llegado aún a la puerta cuando oyó que alguien decía en voz alta: «La gasolinera vuelve a funcionar».

El murmullo se convirtió en un parloteo. Cuando Angström llegó a la puerta, muchos se habían puesto en pie de un salto y se precipitaban hacia la puerta, empujando para salir.

Fuera hacía un frío polar. La noche no tenía ni una estrella. Al otro lado del oscuro aparcamiento vio las luces encendidas de la gasolinera, en la que la gente se agolpaba con un tesón cada vez mayor.

Angström se dirigió también hacia allí, se pasó la mano por el pelo para peinarse y entró en la gasolinera. Una vez dentro, se dio cuenta de que la mayoría de los aparadores y las neveras estaban casi vacíos. Las voces a su alrededor sonaban cada vez más enfadadas o decepcionadas, y pronto comprendió por qué: los surtidores seguían sin funcionar. La verdad, no se le había ocurrido pensar que sus vacaciones de invierno fueran a ser así. De pronto se sintió cansada, sucia y hambrienta. Negó con la cabeza como si quisiera apartar de sí esos sentimientos y cogió pan, bocadillos, galletas y bebidas de los estantes. Después se puso a la cola.

-Sólo se puede pagar en efectivo -dijo el tipo que estaba detrás de la barra, en un dialecto que no entendió. Angström casi siempre pagaba con tarjeta, y por eso había cogido poco dinero en efectivo para el viaje. Se llevó la mano al bolsillo, sacó el monedero y pagó con uno de los pocos billetes que allí había. Luego recogió el cambio, dio las gracias al dependiente y se marchó.

En el área de servicio vio a un montón de gente que, como ella, se había despertado con el ruido y había decidido salir para ver qué pasaba. Tenía frío y decidió ir a hablar con las otras.

Entró en el local a contracorriente. Dentro ya estaba todo el mundo

despierto. Olía a humanidad. Todo estaba sucio y hasta pegajoso. Angström pensó que necesitaba ir al lavabo y que estaba hambrienta. El sitio en el que había dormido con sus amigas estaba vacío y no quedaba ni rastro de ellas. Se dirigió entonces al lavabo, que estaba en el piso de abajo, pero no llegó a bajar más que tres peldaños: la escalera estaba negra como la boca del lobo y la peste era sencillamente insoportable. La noche anterior habían ido las cuatro hasta unos matorrales que quedaban algo alejados del aparcamiento y habían hecho pipí allá. Lo mejor sería repetir la maniobra, pero antes acercarse al Citroën para ver si las otras ya estaban allí.

Así fue, efectivamente.

-¡Nuestro desayuno! -dijo a modo de saludo, levantando las manos en las que llevaba las bolsas.

-¡Ay, qué bien! -exclamó van Kaalden señalando hacia la gasolinera-. Ahí dentro ya casi no quedaba nada.

-Pero sigue sin haber gasolina -añadió ella.

-Sí, ya lo hemos oído -dijo Bondoni.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó van Kaalden.

-No sé, pero yo ahora tengo que ir a un sitio -dijo Angström, entregándoles las bolsas.

Con las primeras luces del alba se dirigió hacia la zona que separaba el párking de los campos más allá de la gasolinera. Pese al frío y a lo espacioso del lugar, ya de lejos podía olerse que aquella zona se había convertido en una enorme letrina colectiva. Anduvo un poco más, con la esperanza de que dejara de ser tan horrible. A cien metros de la estación, al final del aparcamiento, vio un arbusto que le pareció adecuado. El suelo estaba lleno de huellas húmedas y lodosas, y Angström prefirió no mirar. A menos de dos metros de allí vio a alguien en cuclillas. Murmuró algo ininteligible, algo que debería haber sonado a disculpa, y se alejó corriendo de allí, prestando mucha atención a lo que pisaba. Un poco más adelante, alguien más, y después una mujer sosteniendo a un niño que hacía pipí. Angström maldijo en voz baja. Al fin dio con un sitio en el que no se sintió observaba. Llevaba consigo pañuelos y toallitas húmedas que había cogido la noche anterior, de modo que hizo lo que tenía que hacer tan rápido como le fue posible y se alejó corriendo de allí.

Ya en el coche, Bondoni y Terbanten daban buena cuenta de sus bocadillos. Angström se sentó junto a ellas en el asiento de atrás. Estaba húmedo, y tan frío que podían ver su aliento en forma de vapor. En la radio se oía la voz de un locutor que recomendaba a sus oyentes que no realizaran ningún trayecto ni emprendieran ningún viaje que no fuera estrictamente necesario.

-Muy gracioso -dijo Angström.

-¡Dicen que, según parece, ayer por la noche falló la electricidad *en media Europa*! -dijo Bondoni-, y que en algunas zonas tardarán un poco en recuperarla.

-¿En media Europa? -Angström sacó uno de los bocadillos de su envoltorio-. ¿Pero cómo es posible? ¿Han dicho algo de esta zona?

-No. Mientras veníamos hacia el coche hemos intentado descubrir algo más, pero aquí nadie sabe nada, y los pobres trabajadores de la gasolinera están hasta el gorro de la situación.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Terbanten-. No podemos seguir aquí quietas, con el frío que hace, ni en el espontáneo y súper higiénico campo de refugiados que han montado en el restaurante.

-¿Llamamos a un taxi? -propuso Angström-, ¿o intentamos localizar un transporte público que nos vaya bien? Yo creo que tenemos gasolina suficiente como para llegar a la próxima estación o parada de bus. Y ya volveremos a buscar el coche y el resto del equipaje cuando haya pasado toda esta locura.

-¿Y si en el sitio al que vamos tampoco hay electricidad?

-Al menos no tendré que compartir el lavabo con cientos de desconocidos, y tendré una bañera, una cama y una chimenea.

En aquel momento llegó Van Kaalden.

-¡Brrrr! ¡Qué asco! ¡Yo no me quedo aquí ni un segundo más!

-De eso estábamos hablando, precisamente -dijo Angström, antes de repetirle su propuesta.

-Hombre, un taxi es caro, pero entre cuatro...

-Pues tenemos que llamar... y esperar a ver si encontramos uno libre -dijo Terbanten.

Angström se retorció para sacar su móvil del bolsillo del pantalón.

-No hay cobertura -dijo, decepcionada-. Lo que nos faltaba.

En el aparcamiento, alguien empezó a tocar la bocina. ¡Como si fuera a servirle de algo! Y el caso es que se le sumaron unos cuantos.

Van Kaalden, Terbanten y Bondoni tampoco tenían cobertura.

-Ni luz ni teléfono ni gasolina. ¿Qué más puede pasar? -Terbanten tuvo que gritar aquellas frases para que las demás pudieran oírla más allá del estruendo de las bocinas.

-¿Pero qué le pasa a la gente? ¿Están todos locos? -se preguntó Angström.

-¡Pues a mí me están entrando ganas de sumarme a ellos! -exclamó van Kaalden.

-Pero no sirve de nada -opinó Angström.

-¿Cómo que no? ¡Sirve para soltar los nervios! ¡A veces es necesario!

-Una estampida de búfalos no debía de ser muy distinta a aquello, pensó Angström. Por suerte, la manada de coches no podía salir disparada en cualquier dirección, cegada por la ira, y arrasar con cuanto encontrara a su paso. Se quedó en silencio y escuchó con inquietud el estruendo, cada vez mayor.

Milán

Manzano se desperezó. Estaba estirado en el sofá, con el portátil sobre las piernas. Y se había quedado helado. ¿Qué hora era? Afuera todo estaba oscuro. Las farolas de la calle se habían apagado. Abrió la tapa del ordenador (que había bajado sin llegar a apagarlo) y vio que el reloj marcaba casi las siete. Lo que le desconcertó, no obstante, no fueron aquellas cifras, sino la indicación que brillaba justo junto al reloj: no se había cargado. ¿Pero cómo...? Antes de sentarse en el sofá lo había enchufado -de eso no le cabía la menor duda, básicamente porque el cable aún estaba en el enchufe-, pero por algún insólito motivo no había servido de nada. De pronto recordó que ayer también había encendido la tele, y que ahora estaba apagada, del mismo modo que la lámpara de pie que quedaba junto al sofá. Dejó el ordenador a un lado y dio a los interruptores. Nada. Cogió la linterna de la cocina y fue hasta el contador. Volvía a estar parado. Sin ninguna esperanza apretó el interruptor de la lámpara del pasillo, que evidentemente no reaccionó. Volvía a estar sin electricidad. Regresó al salón y se asomó a la calle por la ventana. No se veía ni una luz.

En el portátil aún tenía suficiente batería, pero no podía conectarse a Internet. Maldiciendo, quiso volver a cerrarlo cuando cayó en la cuenta de que el router WLAN dependía de la corriente y por eso no podía encenderse ni activar el módem. Se quedó pensando unos minutos y al fin cogió del despacho otro portátil -uno más viejo- y un cable de módem, lo conectó directamente al cojinete del teléfono y se sentó a su lado, junto a la pared. Ese modelo aún llevaba instalado un módem telefónico, y por suerte aún conservaba el papel con los códigos para entrar en Internet. Mientras tanto calculó mentalmente cuantas horas de batería le quedaban. Tres en el portátil nuevo, unas quince más sumando las de otros ordenadores que tenía en el despacho, y un par de baterías de reserva. La conexión a Internet fue un éxito, aunque iba lenta y se interrumpía.

Entró en uno de los foros técnicos en los que colaboraba, e informó de los acontecimientos de las últimas horas. Nadie decía una palabra sobre ese código fantasma de los contadores que él había visto y desactivado por la noche, de modo que decidió explicarlo brevemente, compartiendo el número del código y su contenido. A ver si alguien reaccionaba al leerlo... Después buscó el número de teléfono de Enel, la compañía eléctrica, y no se dio cuenta de que no tenía línea hasta que hubo marcado el número.

Lo intentó entonces vía Internet, pero nadie contestó a su llamada. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué opciones le quedaban? Volvió a la página principal de Enel y se apuntó la dirección de la central de Mailand. No tenía demasiadas esperanzas de que lo atendieran, así que también se apuntó la dirección de la siguiente estación de policía.

Día 1. Sábado

Berlín

-Casi el setenta por ciento del país continúa sin electricidad -dijo Brockhorst, del Centro de Comunicaciones del Estado Federal y los Länder (GMLZ), al otro lado de la pantalla.

Michelsen se sintió como si se hubiese empotrado en una pared. El despertador del teléfono la había sacado de un estado más cercano al coma que al sueño. Su piso, evidentemente, no se hallaba en el treinta por ciento del país que contaba con electricidad. Durante unos minutos se preguntó si sería capaz de reprimir sus necesidades hasta llegar a la oficina, pero, evidentemente, no podía. Eso significaba ir al lavabo a primera hora, como siempre, y no poder tirar después de la cadena. Asqueada y desesperada, lo intentó varias veces con la vana ilusión de que funcionara al menos una vez más y se lo llevara todo hacia los canales. Pero fue en vano. Y su acostumbrada ducha con agua caliente se convirtió en un uso discriminado del agua fría y las toallitas higiénicas. Le quedaban aún una docena aproximadamente. Seguro que aquel día no podría comprar ninguna más, porque lo más probable era que colmados y supermercados no estuviesen dispuestos a abrir sus puertas sin electricidad.

-Y no parece que vaya a arreglarse pronto -añadió otro colega.

-Con lo que nos acercamos peligrosamente al estado de emergencia -dijo Michelsen.

En el centro de recursos eléctricos del Ministerio del Interior seguía reinando una apremiante y tensa actividad. Pero al menos se estaba calentito. Y los retretes funcionaban. Y había luces en los espejos de los lavabos, donde Michelsen pudo peinarse y maquillarse, y donde en algún momento acabarían duchándose todos. Quizá fuera aquel el motivo por el que el secretario de Estado volvía a estar allí.

-¿Pero a qué se dedican esos inútiles de las empresas energéticas? -dijo una compañera del departamento de seguridad ciudadana-. ¿Por qué no arreglan este embrollo?

-Los estados de emergencia se llaman así por algo -le dijo el secretario de Estado Rhess-, pero no convocaremos a todos los ministros hasta que sea estrictamente necesario.

En Alemania, el estado de emergencia era una cuestión que afectaba a todos los Länder. El responsable acostumbraba a ser un funcionario de la administración central, generalmente jefe del distrito en cuestión, aunque, en la práctica, quien tenía la última palabra era siempre el presidente del Gobierno.

-Los señores ministros tendrían que ir a mi casa a hacer sus necesidades -dijo Michelsen-. O a la casa de otros treinta millones de alemanes. Imaginaos lo que pasará como no podamos lavarnos ni tirar de las cadenas un día más.

¡Imaginaos una familia de cuatro miembros!

-¡Será como vivir en pocilgas! -apuntó Rhess.

-Y no tardaremos en tener verdaderos problemas de higiene. Si los especialistas no consiguen recuperar la energía, mañana por la mañana a más tardar deberíamos empezar a evacuar a todos aquellos ciudadanos que vivan en bloques de edificios que se hayan quedado sin agua e instalarlos en alojamientos de emergencia. Sé que son millones de personas, pero si no lo hacemos se multiplicarán las epidemias. Dé la orden de que empiecen a organizarse. Y ésta es sólo una de la infinidad de medidas que deberemos tomar en las próximas horas. ¿Cómo vamos a hacerlo sin declarar el estado de emergencia? Necesitaremos la ayuda de la policía, y principalmente del ejército. Los servicios sanitarios y el cuerpo de bomberos están trabajando ininterrumpidamente desde la primera hora del apagón. No les podemos pedir más. Sea como sea -tuvo que coger aire para tranquilizarse-, tenemos un problema añadido, y es que en todas nuestras previsiones, en todos nuestros simulacros y por supuesto en toda situación real pretérita, los apagones afectaban sólo a una zona del país, o como mucho a una región, pero no a casi toda Alemania, y mucho menos a media Europa. Pensemos en la inundación del río Oder, o para no apartarnos del tema eléctrico, en el apagón de la región de Münster. En ambos casos contamos con la inestimable ayuda de activos, servicios y materiales de otras zonas de Alemania, pero ahora, en la situación en la que nos encontramos, esto es del todo inconcebible. No sé si todos tenemos claro este punto. ¡Estamos ante una emergencia nacional! Berlín no recibirá ninguna ayuda de Brandenburgo, Baden-Wüttemberg no contará con el apoyo de Baviera. Evidentemente, ayer mismo informamos de todo al CIM (el Centro de Información y Monitorización de la Unión Europea), pero no les pedimos ayuda, entre otras cosas porque, aunque lo hiciéramos, no podrían dárnosla. Me apuesto lo que sea a que ellos mismos renunciarán en breve a solicitar el respaldo del resto de Europa. Que conste en acta que abogo por que el principal ministro de cada Land declare el estado de emergencia en su territorio, y que sea lo antes posible.

El secretario de Estado, Rhess, la miró como si le hubiese tirado una copa de vino tinto sobre su camisa blanca nueva.

-Hace unos minutos he hablado por teléfono con los presidentes de nuestros principales proveedores de servicios energéticos -dijo entonces, con una sonrisa maliciosa-, y me han dicho que estaban seguros de que podrán recuperar la corriente a lo largo de esta mañana.

Michelsen notó que empezaba a arderle la cara, como si le hubiesen dado una bofetada. ¿Por qué no le había informado de aquel detalle en lugar de dejarle soltar toda su perorata? Se sintió molesta, y atacada.

-¿Y qué le hace pensar que podemos confiar en ellos? Llevan doce horas asegurando lo mismo, y yo no he visto ningún avance significativo, la verdad. ¿Sabe usted cuántos hospitales en este país cuentan con un sistema de emergencia de entre veinticuatro y setenta y dos horas? ¿Entiende que la

mayoría ha consumido ya la mitad de su energía de reserva? ¿Qué cree que sucederá dentro de muy poquitas horas en las unidades de cuidados intensivos, o en la atención a los niños prematuros? -Dio una palmada brusca y rotunda-. ¡Paf! Y se acabó. Dígaselo a los presidentes con los que ha hablado.

Tenía que calmarse. Su actitud sólo conseguiría provocar el rechazo de cuantos la escuchaban. Rhess odiaba los arrebatos emocionales.

-¿Ha oído usted algo al respecto, Brockhorst? -preguntó entonces, dirigiéndose a la pantalla del ordenador desde la que el encargado del GMLZ había estado siguiendo la discusión.

-Esto...

Michelsen comprendió que la pregunta lo había puesto en una situación comprometida. Básicamente porque no podía confirmar lo que acababa de asegurar el secretario de estado.

-Olvídelo. -Cerró los ojos unos segundos e hizo un esfuerzo por dejar la mente en blanco. Dejó que sus pensamientos acabaran de pasar, como nubes de tormenta, y, ya recuperada la compostura, se dirigió a Rhess y añadió-: Espero que sus presidentes cumplan con su palabra.

París

-Tenemos toneladas de material -informó Turner al entrar en la redacción, pero enmudeció de golpe al ver que ahí no había más que algunas pantallas encendidas y un montón de velas-. ¡Eh! ¿Qué ha pasado?

-¿Cómo que qué ha pasado? ¿Por qué llevamos toda la noche trabajando? -le preguntó Shannon irónicamente-. ¡Ha habido un apagón general! Y por lo que parece, en la redacción no teníamos sistema de emergencia.

-Exacto -dijo Eric Laplante. Su cara parecía azul a la luz de la pantalla de un portátil-. Sólo funcionan los portátiles a los que aún les queda batería. Estoy intentando encontrar algún aparato más.

-Genial -dijo Turner-. ¿Tenemos horas de material pero no podemos utilizarlo?

-Podemos montarlo en los portátiles -dijo Shannon-. Algunos tienen el software que necesitamos. Creo que el único problema será trasladar los datos, ¿no, Eric?

-Bueno, Internet aún funciona -respondió Laplante-, pero tenemos que recurrir a los satélites, porque, evidentemente, nuestros servidores y routers no funcionan sin electricidad. De ahí que la transmisión sea tan débil.

-Nos queda la opción de colgar el trabajo en Internet, ¿no? -dijo Shannon.

-A ver, ¿qué tenéis?

-Bomberos sacando a gente de los ascensores, gente atrapada en los metros, escenas de pánico en la Gare du Nord, donde todos los paneles informativos, taquillas, tiendas y trenes en general han dejado de funcionar, algunos accidentes de tráfico, una entrevista al jefe de bomberos y tomas del caos que se ha formado frente a los supermercados y dentro de ellos.

Shannon conectó la cámara a uno de los portátiles para pasarle la información.

-Algunos hasta nos han dejado entrar en sus casas, donde no tenían ni luz ni agua ni calefacción. Y también tenemos algunas imágenes positivas y esperanzadoras: un hospital que sigue funcionando sin problemas gracias a su dispositivo de emergencia, gente que colabora con otra gente, que comparte el agua o los alimentos con sus vecinos, que ayuda a los ancianos a subir la compra por las escaleras...

Turner puso en marcha el ordenador y observaron las primeras tomas.

-Ésa de ahí es muy buena -dijo, refiriéndose a una secuencia que habían tomado en el metro.

Sólo porque se te ve todo el rato en pantalla, pensó Shannon. Pasó un trozo rápido hasta llegar al trozo en el que grabaron lo del ministerio del Interior. Cuando tuvo el coche en pantalla, detuvo la imagen. Tras los cristales tintados del automóvil podía distinguirse, no sin dificultad, la silueta de un rostro. Lo pasó por algunos filtros y los contornos se volvieron más nítidos, mejor

definidos y contrastados.

-Yo conozco esta cara... -murmuró Turner.

Pero no tienes ni idea de cómo se llama, pensó Shannon.

-Es Louis Oiseau, el mismísimo presidente de la Électricité de France en persona -dijo ella.

-Pues claro, ya lo sabía -le espetó Turner.

-Qué escena más maravillosa -dijo ella entonces:- el jefe del imperio eléctrico descubierto al entrar en misión secreta en el ministerio.

En aquella toma, Turner desaparecía tras una nube de copos de nieve.

-Vaaaa -dijo- esto no interesa a nadie...

-Yo no estaría tan seguro -interrumpió Laplante-. Al fin y al cabo, medio país está a oscuras, y por lo visto hay más países afectados. Ni siquiera sabemos si podremos presentar la noticia.

-¡Eso es! -exclamó Shannon-. Por eso es importante esta escena: primero presentamos el drama humano y luego mostramos el coche y dejamos en off la pregunta: «¿Puede acaso ir aún peor?».

-Lauren, por favor -le espetó Turner-. Tú encárgate de aguantar la cámara, ¿vale? Los periodistas somos nosotros dos.

Pues sin mí estarías perdido, inútil arrogante, pensó ella. Pero se mordió los labios y calló.

Milán

-¿Qué desea denunciar? -dijo el tipo uniformado que lo atendió tras la ventanilla de cristal, tenía profundos surcos bajo los ojos.

En la recepción del edificio de la policía olía a orín y a excrementos. Tras él esperaban ya dos personas más. A través del micrófono, Manzano volvió a explicarle la historia de los códigos. Llevaba su portátil en la mano, y lo dejó sobre el mostrador.

-¿Y a quién quiere denunciar?

-No lo sé. Eso ahora no importa. Lo importante es denunciar el hecho a los directivos de las compañías eléctricas. Seguro que ustedes pueden acceder a ellos con más facilidad que yo.

-Es decir, que su denuncia no es más que una sospecha. -El hombre lo miró como si hubiese querido pegarle una patada para echarlo de ahí-. ¿Y por esto espera que llame a Enel? -Subió el tono al decir aquello-. Señor, ¿no tiene usted nada mejor que hacer que perder el tiempo con estas tonterías? ¿Es consciente de lo que está pasando ahí afuera? Mis compañeros y yo mismo llevamos horas sin pegar ojo intentando minimizar los efectos de esta tragedia, vigilando a los delincuentes, disuadiéndolos de aprovecharse de la situación, controlando el caos en las estaciones de tren y de metro, acompañando a los ciudadanos a sobrellevar este trance... ¿Y usted me pide que me dedique a investigar una hipotética conspiración internacional? ¿Tiene usted idea de la cantidad de chalados que se han acercado últimamente a esta ventanilla para explicarme por qué se ha ido la luz? ¡Uno ayer me dijo que estaban a punto de invadirnos los extraterrestres, y otros me han asegurado que habían sido los chinos, o los rusos, o los americanos, o los terroristas, o los masones, o el propio gobierno alemán, o una extraña combinación estelar o que se trataba directamente del fin del mundo! ¡Así que haga el favor de decirme por qué demonios tengo que escuchar ahora sus chorradas!

Cuando el hombre empezó a gritar, Manzano se asustó. Pero poco a poco su sorpresa fue convirtiéndose en rabia. Aquel tipo estaba agotado y de nada le serviría utilizar argumentos racionales, así que cuando el policía se detuvo para coger aire, él le interrumpió gritando a su vez:

-¡Pues por un simple motivo! ¡Porque ahora mismo voy a repetir mi denuncia y voy a grabarla en mi móvil, y dentro de un tiempo sus superiores sabrán quién fue el culpable de bloquear esta información! ¡Y cuando el Gobierno pida cuentas a la policía, su nombre aparecerá en todos los telediarios!

Sacó el móvil del bolsillo, activó el vídeo y volvió a explicar brevemente lo que había descubierto. Luego mencionó el día y la hora, dijo en qué comisaría se encontraba y, dirigiéndose al policía, preguntó:

-¿Su nombre, por favor?

El hombre lo miró sin dar crédito a lo que estaba pasando. Por fin, tras unos segundos de titubeo, acertó a responder.

-Gracias -dijo Manzano, apagando el teléfono-. Y ahora... ¿podemos continuar?

La gente empezó a impacientarse, pero él los ignoró. Oyó a un hombre que le increpaba:

-Oiga, ¿de verdad no tiene nada mejor que hacer? ¡Me acaban de robar el coche!

Manzano se dio la vuelta y se topó con un tipo alto con un abrigo marrón sobre cuyo cuello le caía una melena grasienta.

-¡Necesito que la policía haga algo! -le dijo, con voz ronca de fumador-. ¡Deje de molestar al carabiniere con sus locuras!

Manzano no se dejó intimidar, pese a que el tipo era el doble de grande que él.

-¿Quiere compartir con él la culpa de que el apagón no se resuelva lo antes posible?

Antes de que el tipo le contestara, Manzano notó que alguien le cogía por los hombros y le arrancaba el móvil de la mano.

-Vamos a ver qué tenemos aquí... -Era la voz del policía al que había grabado, pero esta vez no se oía a través del micrófono.

Manzano se defendió y quiso darse la vuelta, pero otro policía lo sostenía con fuerza. Ambos debían de haber salido de sus cabinas mientras él se despistaba con el gigante del abrigo marrón.

-¡Suélteme!

-¡Cuidado, o tendré que arrestarlo por ofrecer resistencia a la autoridad!

Manzano hizo un esfuerzo por controlarse. Desesperado, vio cómo aquel inútil toqueteaba su teléfono sin el menor reparo.

-Bueno -dijo éste al fin, satisfecho-, aquí tiene su teléfono. Es posible que haya perdido usted algún dato, pero mejor eso que todo el móvil, ¿verdad? Alfredo, creo que ya podemos dejar que el señor salga de aquí.

Manzano estuvo a punto de reaccionar con la misma agresividad que ellos, pero al final se lo pensó mejor, cogió su móvil y su portátil y salió de la comisaría sin decir palabra.

Ya en la calle, vio que el tráfico matinal había empezado a tomar la ciudad. Aún temblando de rabia e impotencia, avanzó por la acera en busca de un taxi. Dos calles más allá vio uno y le hizo señas.

Apenas hubo subido al coche y dicho la dirección al taxista, el hombre empezó a quejarse y a insultar a los demás conductores. Como el transporte público no funcionaba, las calles estaban aún más llenas de lo normal.

-Pero eso es bueno para usted, hombre -le dijo Manzano-. Hoy seremos muchos los que necesitaremos un taxi.

-¿Y de qué me sirve si no avanzamos? ¡El contador va por metros, no por minutos! Y no quiero hacer trampa como algunos de mis colegas, que se están aprovechando de la situación para cobrar el doble por cada trayecto. ¡En fin!

¿Me ha dicho que quiere ir a Enel, verdad? ¿Trabaja usted allí?

-No.

-Lástima. Pensé que podría explicarme qué demonios está pasando.

-Quizá podría. Pero no estoy seguro de que usted quisiera escucharme -dijo Manzano, más bien hablando consigo mismo.

-¡Media Europa, imagínense! -Al oír aquello, el taxista subió el volumen de la mini-tele que tenía incorporada en el salpicadero.

Un periodista estaba dando las últimas noticias. Algo alterado, informó sobre el caos en los aeropuertos y las estaciones, las salas de espera y los hospitales. Cientos de miles de viajeros en todo el continente habían perdido sus billetes. Las residencias y las pequeñas empresas, los bancos y la mayoría de las tiendas estaban cerrados. Los estudiantes parecían ser los únicos que le veían la parte positiva al asunto.

-Es una locura -dijo el taxista-. Igual que en 2003. -Se rio-. Bueno, al menos ya sabemos de qué va todo esto de los apagones y podemos afrontarlos mejor.

Ojalá fuera cierto, pensó Manzano, haciendo un esfuerzo por no volver a pensar en el incidente de la comisaría.

Tras la ventana, las fachadas de los edificios iban apareciendo como decorados. Imágenes sombrías. Porterías oscuras. Ventanas opacas. La ciudad parecía inerte. Pese a la gente y al caos en la calle, Milán tenía un aspecto fantasmal.

Manzano casi había olvidado al locutor de las noticias cuando oyó una frase que le llamó la atención.

-¿Puede subir el volumen?

-... de modo que el apagón ha afectado prácticamente a toda Europa, de norte a sur...

En la pequeña pantalla apareció un mapa de Europa. Primero se oscurecieron Italia y Suecia, y después, poco a poco, el resto de países.

-¿Ha dicho que el apagón se originó en Italia y Suecia? -preguntó al conductor.

-Sí, ¿por qué?

Manzano sintió un escalofrío. Intentó ordenar los pensamientos que empezaron a agolpársele en el cerebro.

-Porque Suecia e Italia son los únicos países de Europa que ya han incorporado prácticamente en todo su territorio los nuevos contadores de electricidad. Los llamados contadores inteligentes.

Y allí era donde había empezado todo. Tenía la piel de gallina, y sintió una oleada de pánico que a duras penas pudo controlar.

-¿Y? -preguntó el taxista.

La intuición que tuvo al descubrir el código acababa de convertirse en certeza. Alguien había manipulado las redes eléctricas italiana y sueca, y quizá alguna más del resto de Europa. Y en una acción sin precedentes, ese alguien había desconectado, literalmente, un continente. Los especialistas habían dedicado conferencias, reuniones y cimeras a debatir sobre esta

posibilidad, pero siempre la habían acabado desestimando. Y de pronto era real. En tan sólo unas horas se habían perdido billones de euros. Aquello no podía durar ni un día más, o el caos se apoderaría del mundo y en una semana reinaría la más absoluta de las anarquías. ¿Quién iba a decirlo? Todos se habían equivocado. Por suerte aún no sabía nada de esto cuando fui a la policía, pensó. Aquel cretino me habría tomado por loco y me habría retenido allí. Y lo mismo hará el taxista si le digo lo que pienso. Intentó centrarse y recuperar la compostura. Vamos, Piero, estás delirando. Esto no es más que un apagón. Otro de tantos. Ya pasará. En unas horas te estarás riendo de esto.

De pronto se sintió ridículo. ¿Qué diablos pretendía explicar a una de las mayores empresas energéticas de Europa?

En aquel preciso momento el taxi se detuvo frente al palacio de cristal de Enel.

Después de pagar se dio cuenta de que acababa de quedarse sin dinero.

Las puertas de la empresa estaba cerradas, y ante ellas había reunida una gran cantidad de periodistas, mirones y aplicados trabajadores. Manzano contó al menos siete equipos de televisión, una docena de fotógrafos y un montón de gente que no logró ubicar.

Manzano se abrió paso entre la masa y explicó a uno de los guardias de seguridad que tenía que entrar a toda costa. Tras el hombre, en el vestíbulo de la empresa, un par de puntos de luz y un mostrador en el que se veía a dos mujeres hablando por teléfono y a un hombre mirando una pantalla.

-Hoy no dejamos entrar a nadie.

Con la poca paciencia que aún le quedaba, Manzano volvió a explicar su descubrimiento y suplicó a aquel hombre que le dejara al menos hablar por teléfono con alguno de los responsables. Los periodistas le empujaron hacia delante, ajenos por completo a su presencia, mientras el guardia le daba la espalda y hablaba por el walkie-talkie.

Manzano cogió aire y fingió dejarse llevar por la masa. Antes de que ambos pudieran darse cuenta, el segurata y él estaban separados por un montón de periodistas, y Manzano estaba ya a la puerta de la empresa. Pero allí había otros muchos guardias formando una cadena humana imposible de sortear.

-Escuche -dijo de nuevo, incansable al hombre uniformado que tenía delante-. Sé cómo se ha originado todo este caos y tengo que explicárselo como sea a alguno de sus jefes. ¿Cómo justificará si no a sus superiores que no me dejó entrar cuando estábamos a tiempo de evitar una tragedia aún mayor? ¡Porque créame que tendrá que justificarlo!

El guardia intercambió una mirada de asombro con su colega, que no les perdía de vista desde la distancia, y después de intercambiar dos palabras con él y con alguien más por el walkie-talkie, se dirigió a Manzano y le dijo:

-Venga conmigo.

Manzano cruzó la cadena de policías y siguió a aquel hombre hasta el interior de la empresa, donde los tres trabajadores parecían más bien niños perdidos en el bosque.

Una de las mujeres lo saludó con un gesto de agotamiento.

-Espere aquí. En seguida lo atenderán.

Manzano entendía que se tomaran medidas de seguridad, pero estaba a punto de perder la paciencia. Si aquella gente supiera lo que sospechaba y lo que esperaba para los próximos días, lo habrían atendido con la velocidad del rayo. Se sentó en uno de los sillones de diseño del vestíbulo, pero cuanto más rato pasaba menos seguro se sentía de sí mismo.

Veinte minutos después, justo cuando empezaba a valorar seriamente la posibilidad de marcharse de allí, vio llegar al director junior de Enel. Parecía salido de un anuncio: joven, alto, elegante, perfectamente afeitado, impecablemente trajeado, incluso en un día como aquel. Sólo las ojeras lo delataban, y daban a entender que él tampoco había dormido bien aquella noche. Se presentó mientras le estrechaba la mano. Mario Curazzo. E inmediatamente le preguntó:

-¿Cómo puedo saber que no es usted periodista?

-Pues porque no llevo ni cámara ni grabadora, pero sobre todo porque no quiero preguntarle nada, sino explicarle algo.

-Esta frase parece típica de un periodista, amigo. Bien, si creo que me hace perder el tiempo lo invitaré a que se vaya inmediatamente.

Era obvio que hablaba en serio, y a Manzano le pareció bien.

-¿Sabe lo que significa KL 956739? ¿Le dice algo? -preguntó Manzano.

Curazzo lo miró sin pestañear, y al fin respondió:

-Es un código de los contadores. Uno que en Europa no se utiliza.

Ahora fue Manzano quien se sorprendió. O Curazzo se había especializado precisamente en aquel tema, o el tío era realmente bueno. O ya sabían lo que había pasado.

-Pues estaba en mi contador ayer por la noche. ¿Por qué?

De nuevo aquella mirada impávida. Manzano se preguntó si debía contarle también lo de que había hackeado su Smart Meter y desactivado el código. Al principio pensó que lo mejor era no decir nada -al fin y al cabo había delinquido-, pero en el último momento le pudo su orgullo de programador y acabó explicándoselo todo con pelos y señales.

Curazzo lo escuchó sin mover un solo músculo de la cara, y al fin dijo:

-Acompáñeme.

Lo precedió por pasillos acristalados y desiertos.

-¿Nadie más ha venido a decirles esto? -le preguntó Manzano.

-Ahora mismo lo sabremos -le respondió Curazzo, siempre lacónico.

Llegaron a una sala enorme que tenía una pared cubierta por una pantalla gigantesca. Decenas de personas trabajaban ante una cantidad ingente de ordenadores dispuestos en forma circular en el centro de la sala. Manzano se sintió como si acabara de entrar en el centro de mando de la nave espacial de alguna serie de televisión. Por la cantidad de ojos rojos, caras sin afeitar y pelos hirsutos parecía evidente que la mayoría de los allí presentes no había dormido demasiado. Al contrario que Caruzzo, todos se habían sacado las

chaquetas o los jerséis y la mayoría se había arremangado la camisa. Olía a humanidad y se oía un murmullo de fondo que barajaba varios idiomas.

-El centro de control -le indicó el director junior.

Lo acompañó hasta un grupo en el que todos estaban inclinados sobre una mesa. Cuando se los presentó, le pareció que estaban agotados. Ninguno de ellos se mostró excesivamente interesado en conocerlo... Hasta que Manzano volvió a explicar su historia, por tercera vez.

Un hombre mayor, con el botón superior de la camisa desabrochado y la corbata algo aflojada, le preguntó:

-¿Y cuando se despertó volvía a estar sin corriente? ¿Está seguro de que no lo ha soñado?

La placa de su solapa indicaba que se llamaba L. Toppano.

Manzano notó que se ponía rojo como un pimiento.

-Completamente. ¿Nadie les ha dicho nada parecido?

El hombre negó con la cabeza.

-¿Es posible que el código fuera introducido por error?

-No.

-En las noticias he oído que el apagón ha empezado en Italia y Suecia. ¿Es eso cierto?

-Somos uno de los primeros países, sí.

-Precisamente los únicos que tienen Smart Meters en casi todas las viviendas. ¿Qué casualidad, no?

-¿Está diciendo que cree que los contadores han sido manipulados? -le preguntó un tipo con bigote y cuidadosamente peinado. En su placa, el nombre U. Parigi.

-Yo lo hice ayer. ¿Por qué no iba a poder hacerlo alguien más?

-¿Cientos de millones en toda Italia?

Manzano ni siquiera se había detenido a preguntarse cómo lo habrían hecho, pero estaba claro que si alguien podía acceder a un contador, también podría acceder al resto, mediante un virus o un gusano o lo que fuera.

-El problema no son los contadores -dijo Troppano, dirigiéndose al resto de los allí reunidos, como si quisiera recordarles algo de lo que habían estado hablando-. Las redes tienen algún tipo de inestabilidad y debemos encargarnos de localizarla y reducirla. -Y dicho aquello volvió a mirar a Manzano y le dijo-: Muchas gracias por intentar ayudarnos. El señor Curazzo lo acompañará a la salida.

Manzano abrió la boca para responderle, pero Curazzo lo cogió amable pero firmemente del codo.

De camino a la salida, Manzano le pidió a Curazzo que comprobara los contadores y comentara el asunto con otros especialistas. Esperaba al menos haber plantado en él la semilla de la curiosidad, o de la duda, y que en las próximas horas acabara echando un vistazo a algún contador. Pero no se hacía demasiadas ilusiones al respecto. Una vez en el vestíbulo le pidió a la recepcionista que le llamara a un taxi, pero uno en el que pudiera pagar con

tarjeta.

-Las máquinas no funcionan -le dijo ella-. En este momento nadie acepta tarjetas.

Manzano, agotado tras la mala noche que había pasado, y profundamente disgustado por sus fracasados intentos de convencer a policías y especialistas, se desesperó al calcular lo que tardaría en llegar a casa a pie; pero era demasiado orgulloso para pedirle ayuda a Curazzo.

Oyó los gritos de los periodistas que se agolpaban en la entrada y tuvo una idea. Se despidió de Curazzo con la mano y se dirigió hacia la salida.

Así debía de sentirse una estrella de cine al pisar la alfombra roja, pensó mientras avanzaba hacia las cámaras. Bueno, al menos en uno de esos festivales de cine independiente. Porque tampoco eran tantos periodistas, ni le hacían fotos, enloquecidos. Lo que sí le hicieron, al menos algunos, fueron preguntas.

-¿Qué sucede?

-¿Cuándo volveremos a tener electricidad?

-¿Cuándo saldrá alguien a darnos explicaciones?

-¿Trabaja usted aquí?

La última pregunta se la hizo una chica de la que no pudo ver mucho más que un abrigo de felpa con capucha y unas gafas grandes.

Manzano no tenía ninguna experiencia con los medios. No era nada tímido, pero prefería evitar los lugares excesivamente concurridos. Claro que, si quería dar a conocer su descubrimiento, tenía que dirigirse al mayor número de oyentes, y ¿qué mejor que un grupo de periodistas ávidos de noticias?

-¿Cuántos de vosotros os habéis dado cuenta de que esta noche hemos vuelto a tener luz durante unos minutos? -preguntó, y sin esperar respuesta se dispuso a explicarles, de un modo ya rutinario, su descubrimiento sobre los contadores.

No había dicho más que tres frases cuando las cámaras y la atención se desviaron de su persona y enfocaron a otro sitio. Desconcertado, Manzano se interrumpió y se dio la vuelta. Tras él, frente a la puerta del edificio, acababa de aparecer Mario Curazzo, e indicaba a los periodistas que podían acercarse.

-Señoras, señores -dijo, solemnemente-, dentro de una hora el consejo de administración dará una rueda de prensa. Si desean esperar en el vestíbulo y calentarse con una taza de café...

Antes de que Manzano pudiera añadir una palabra, la masa siguió a Curazzo hasta el interior del edificio. Al pasar junto a él, uno de los periodistas lo miró con sorna.

El viento le pareció aún más frío que antes... Ni siquiera tenía claro dónde estaba. A la ida se había dejado llevar tranquilamente por el taxi y no había prestado atención al camino. Y además, tenía ganas de ir al lavabo, y no había un solo bar o restaurante abierto a la vista. ¿Hacia dónde tenía que ir para llegar a casa?

Bondoni se asomó a la ventana del comedor y miró a la calle. El edificio estaba extrañamente silencioso. Él llevaba puesto un jersey de lana y su abrigo de invierno, pero aún así tenía frío. ¡Iba a coger un resfriado! Por enésima vez marcó el número de su hija. Nada. No había cobertura. Lara le había dejado apuntada la dirección del sitio al que iban, en el Tirol, pero no le había puesto el número de teléfono.

La verdad es que no estaba demasiado preocupado: su hija era una mujer muy fuerte y con recursos. Lo había heredado de su madre.

La mujer de Bondoni murió hacía tres años. No le gustaba pensar en ello. Y desde hacía un tiempo, por suerte, había dejado de tenerla constantemente en la cabeza.

Estaba a punto de probarlo con el teléfono fijo cuando oyó un ruido extraño. La nevera y el termo de la cocina se habían puesto en marcha, del mismo modo que la lámpara de pie que tenía junto al sofá y que por lo visto se dejó encendida. El edificio se llenó de exclamaciones y gritos de sorpresa, alivio y admiración. Bondoni suspiró aliviado. Se sentó junto al radiador y esperó a que se calentara. ¡Vaya tontería, aún tardaría un rato! Encendió la tele e hizo un poco de zapping. Las noticias sobre el apagón ocupaban todos los canales. Los periodistas se agolpaban, congelados, frente al parlamento, los ayuntamientos, las plantas de energía y las torres de control de las grandes centrales eléctricas, y con voz excitada informaban sobre los últimos acontecimientos y aportaban datos y gráficos que explicaban perfectamente qué funcionaba y qué no, y sobre todo por qué.

Imágenes de una torre de alta tensión.

-... resulta que las torres y antenas de telefonía móvil se alimentan de la energía de la red eléctrica. Si ésta cae, se activa una batería de reserva que permite seguir gestionando la torre durante varias horas, algo distintas en función de la empresa y el país al que pertenece. De ahí que en este momento casi nadie pueda hablar por el móvil...

A no ser que acabe de volver la luz, como aquí, pensó Bondoni. Seguramente por eso no podía localizar a mi hija.

-Los antiguos teléfonos fijos, en cambio, reciben su energía directamente de las líneas telefónicas -siguió diciendo el periodista, apoyado por las imágenes correspondientes-. De ahí que sólo los ciudadanos con una línea fija y un teléfono antiguo cuyo repetidor tuviera energía podían hablar sin ningún problema.

Qué interesante, se dijo Bondoni. Por eso a mí me funcionaba a ratos... en fin, ahora que ha vuelto la luz ya no necesito saber nada de esto.

En otro canal, una mujer con abrigo de felpa informaba ante el micrófono de que el apagón europeo empezaba a remitir en todos los países afectados.

Bondoni pensó de nuevo en su hija. ¿Quizás ahora podría localizarla?

-El número al que llama está apagado o fuera de cobertura.

En aquel momento le vino a la mente su lavabo. Fue hacia él, cogió aire antes de abrir la puerta y deseó con toda el alma que la cadena también

hubiera vuelto a funcionar. En el retrete flotaban aún los restos de su visita matinal, y no desprendían precisamente olor a rosas, aunque el frío lo hacía todo más soportable. Tiró de la cadena. Un breve ronquido y el sonido del agua llenando el depósito. Poco después tiró una vez más, y el agua cayó con fuerza y se llevó cuanto allí había.

Se dio la vuelta, satisfecho, cuando su mirada se topó con el contador del pasillo de su casa. Abrió su tapita y lo inspeccionó con curiosidad. Vio que tenía varios números, como siempre. Estaba a punto de volver a cerrarlo cuando vio que éstos cambiaban: KL 956739.

Bondoni reconoció el código enseguida. ¿Qué significaba aquello? Justo entonces, los números y letras del código desaparecieron de la pantalla, y su piso volvió a quedarse en silencio. Con la tapita del contador aún en la mano, Bondoni se quedó en silencio para intentar oír el susurro de los radiadores, el murmullo de la nevera, el parloteo de la televisión... pero fue en vano. Su piso había vuelto a quedarse sin energía. Y los sonidos pasaron a ser ecos irónicos en su memoria. Bondoni se acercó a los interruptores y los movió de arriba abajo, pero nada. Con el deseo de que aquello no fuera más que un problemilla técnico y que en seguida volviera todo a la normalidad, Bondoni recorrió toda la casa, tocando todos los enchufes y todos los botones (el de la tele, el de la cafetera, el de la lavadora...), pero fue en vano.

¿Se habría enterado de eso su vecino Manzano, el crack de la informática? Bondoni fue a buscarlo: salió de su piso y llamó al timbre de la puerta de al lado. Esperó unos segundos y entonces se dio cuenta de que el timbre no funcionaba. ¡Caray, qué tonto! Llamó a la puerta con los nudillos. Dos veces. ¿Era posible que hubiese salido? Pero ¿adónde podría haber ido, con aquel tiempo de perros y sin coche?

Una granja cerca de Dornbirn

Angström llamó una vez más a la puerta rústica de madera oscura. Su coche estaba a diez metros de allí, al inicio del camino que daba a la granja. Terbanten y van Kaalden la esperaban dentro. Bondoni, que también hablaba un poco de alemán, la había acompañado.

Habían salido de la gasolinera en contradirección, por el camino reservado al personal, y acababan de parar en el primer edificio que habían encontrado, para preguntar por la estación de tren más cercana.

Nadie les abrió la puerta. Estaban seguras de que en la granja había alguien porque oyeron mugir a las vacas y era obvio que alguien tenía que cuidarlas. Decidieron rodear la casa e ir hasta los establos para ver si encontraban allí al granjero.

La puerta del establo estaba entreabierta. El mugido de las vacas sonaba ahora tan fuerte que Angström llamó a la puerta por pura formalidad: era imposible que alguien la oyese. Cuando entraron se sintieron arropadas por el olor del establo, cálido y agradable. Ante ellas se abría un pasillo a cuyos lados estaban encerradas las vacas.

-¿Hola? -dijo Angström en voz baja, aunque en seguida se dio cuenta de que tenía que gritar más que los animales si pretendía que alguien la oyese.

-¡¿Hola?!

No obtuvo respuesta.

Avanzaron lentamente por el pasillo, con la idea de ver si al otro lado encontraban a alguien.

-¿Por qué mugen tan fuerte? -preguntó Bondoni, vociferando-. ¿Es normal?

-¡Y yo qué sé! -le contestó Angström, igual de alto.

Por fin dieron con una persona: estaba sentada sobre un taburete y tan inclinada hacia delante que casi desaparecía bajo el vientre de una vaca.

-¡Hola! ¡Disculpe! -dijo Angström una vez más.

Unos ojos desconfiados, atrapados en el centro de una cara masculina y marcada por años de trabajo al aire libre, las miraron de arriba abajo y volvieron a darles la espalda. Sin levantarse y sin apartar las manos de lo que estaba haciendo, el granjero dijo algo que no entendieron.

Angström hizo un esfuerzo por expresarse en alemán: se presentó y le dijo lo que buscaban.

El rostro del hombre no se suavizó ni un ápice, pero al menos se levantó y se limpió las manos en una especie de delantal. Llevaba botas de goma y un jersey de lana agujereado y manchado. Tras él, un cubo casi lleno de leche.

De nuevo, Angström apenas entendió lo que dijo el granjero. Sonriendo, le enseñó su mapa de carreteras. Él la miró y le indicó un punto con el dedo. Después, con un acento al fin inteligible, le explicó cómo podían llegar a la siguiente estación.

-Pero dudo que funcionen los trenes -añadió-. La mayoría se han cancelado.

Ellas le dieron las gracias y se dispusieron a marcharse, pero antes Angströn quiso hacerle una pregunta:

-¿Por qué mugen tan fuerte estas vacas?

-Les duelen las ubres -respondió el tipo, malhumorado-. Sin corriente no funcionan las máquinas de ordeñar y por eso tenemos que hacerlo todo a mano entre mi mujer y yo, con la ayuda de dos vecinos. Pero vamos lentos. Tenemos más de cien animales, y muchos tienen las ubres a punto de explotar. Por eso les pido que me disculpen, pero tengo que volver a trabajar.

Angström cruzó una mirada con Bondoni y supo que ambas habían tenido la misma idea.

-¿Es difícil? -preguntó.

-¿El qué?

-Ordeñar. Quiero decir, ¿cuesta mucho aprender a hacerlo?

El hombre la observó como si analizara adónde quería ir a parar.

-Usted nos ha ayudado -dijo Angström-. Quizá nosotras podamos ayudarle a usted. En el coche tenemos dos amigas más.

-En realidad no es nada difícil -gruñó él, mirándolas una vez más de arriba abajo. Al fin se rio y dijo-: Si queréis intentarlo...

Milán

Manzano llegó a la Via Piero della Francesca helado de pies a cabeza. Se había pasado tres horas caminando por la ciudad. Habría dado lo que fuera por una ducha de agua caliente, pero en su lugar se encontró con un piso que debía de estar a diez grados. Dentro de poco no hará falta que deje los alimentos en la ventana, porque en casa hará tanto frío como en una nevera conectada... No se quitó el abrigo. Decepcionado, se dio cuenta de que ni siquiera podía prepararse un café, y por supuesto un té caliente también había pasado a formar parte del grupo de deseos irrealizables. Comprobó los contadores. Estaban apagados. No había ni pizca de corriente, de modo que no podría reprogramarlos. Se sentía como un león encerrado en una jaula, deambulando de un lado a otro a la espera de encontrar algo que hacer. Nadie le había creído, ni la policía ni los especialistas, y la prensa ni siquiera le había querido escuchar. Y como no podía ir a trabajar -no podía visitar a sus clientes y tampoco llamarlos por teléfono-, decidió investigar un poco más y se sentó en el sofá con su portátil y un edredón.

Pero Internet no funcionaba.

Fastidiado, cerró el ordenador justo en el momento en que llamaban a su puerta.

-¿Estás seguro?

Manzano estaba de pie delante de su contador, inspeccionando los números que se habían apagado. Bondoni estaba junto a él.

-Puede que esté algo viejo, pero no soy tonto, ¡ni ciego!

Manzano volvió a sentir el mismo escalofrío que le había recorrido la espalda varias veces aquel día y que no tenía nada que ver con el frío que hacía en todas partes.

-Esos idiotas...

-¿Quiénes?

Explicó a su vecino dónde había pasado casi todo el día y cómo lo habían ignorado y rechazado.

-¿Y por qué iban a hacerlo?

-¿Hacer qué?

-Creerte o tomarte en serio.

-Estoy convencido de que alguien está manipulando la red. No soy un experto en el tema, pero en mi opinión esto es lo que pasa: alguien desactiva de golpe todos los contadores; eso provoca un extraordinario aumento de potencia en las fuentes de alimentación; se produce entonces una reacción en cadena que afecta a toda la red eléctrica y acaba inutilizándola. Entonces las compañías de electricidad intentan recuperar la corriente, por decirlo de un modo sencillo, y lógicamente logran hacerlo. Pero en cuanto vuelve a haber

corriente, nuestro misterioso saboteador empieza el juego de nuevo. Y las compañías no entienden lo que pasa.

-Porque no han querido escucharte.

-Tú lo has dicho.

-¡Porque tu teoría parece una locura! -Antes de que Manzano pudiera responderle nada, Bondoni se apresuró a levantar las manos y añadió-: Yo te creo, ¿eh? Pero tienes que admitir que la cosa suena algo... delirante...

-Sí, lo sé, lo sé. Pero ¿qué quieres que haga? ¿A quién más puedo explicarle mi teoría?

-Bueno, no sé. Si en Italia no te escuchan igual tendrías que intentarlo en otro país...

-Claro, buena idea -se burló Manzano-. ¿Qué tal si llamo al presidente de los Estados Unidos?

-A la Unión Europea.

-¡Por supuesto! ¡Seguro que ahí me escuchan todos!

-¡Por Dios, haz el favor de callarte y deja de reírte de mí! ¡Y piensa! ¿Quién trabaja allí?

Poco a poco, Manzano entendió a dónde pretendía llegar Bondoni.

-¡Tu hija! ¿Y a qué estamos esperando?

Bondoni puso cara de preocupación...

-Lara se fue ayer a esquiar a Austria.

-Sí, ya me lo dijiste ayer. Bueno, pues llamémosla.

-Ya lo he intentado, pero no hay cobertura.

-Pues entonces estamos como al principio. Genial.

-Voy a intentarlo otra vez -dijo Bondoni.

Manzano recordó que su vecino tenía un teléfono antiguo en su casa. Se había burlado de él muchas veces por tenerlo, pero ahora le parecía una bendición.

Fueron a su piso juntos, pero Bondoni no pudo dar con su hija. La línea no funcionaba. Se quedó mirando a Manzano con gesto inexpresivo.

-Quizá esté tan tranquila bajando por una pista de esquí.

-O quizá aún esté en la carretera.

-O quizá ni siquiera haya salido. ¿Tiene teléfono fijo en Bruselas?

-Sí, ya lo he intentado. Y en su despacho. Pero ahí no hay nadie.

-¿A dónde has dicho que iba?

-Al Tirol. Me pasó la dirección del sitio al que iban, por si acaso.

-Yo he estado allí. -Se quedó un rato pensativo y luego añadió-: ¿Te queda gasolina en alguna de aquellas garrafas que llenas cuando te enteras de que el precio está bajo?

Bondoni frunció el ceño.

-¿Para qué?

-¿Sí o no?

-Sí.

-¿Y cómo tienes el depósito del Fiat?

-Creo que lleno, pero... -De pronto, Bondoni entendió a dónde quería ir a parar Manzano. Entonces levantó el dedo y empezó a moverlo arriba y abajo, como si estuviera riñendo a un niño que acabara de hacer una travesura-. No. No. Es imposible. ¡Estás como una cabra!

-¿Tienes una idea mejor? -dijo Manzano, sonriendo-. ¿O tienes algo que hacer? ¿Cuánto tardaremos? ¿Tres, cuatro horas? Y además -dijo, cogiendo de la solapa el abrigo de Bondoni-, en el coche estaremos calentitos.

Una granja cerca de Dornbirn

-¡Ah, qué maravilla! -Terbanten se acercó aún más a la chimenea del comedor de la granja.

Angström estaba sentada a la mesa junto a las otras, dando buena cuenta de lo que la granjera les había preparado: pan, mantequilla, queso, jamón, y un vaso de leche recién ordeñada. Todas estaban comiendo con verdadero apetito. Todas menos van Kaalden, pensó Angström, que parecía algo ausente, observando su vaso de leche aún tibia porque acababa de salir del animal. Le cuesta coger el vaso, pensó. Bueno, a ella también: tenía los brazos destrozados, agotados de tanto ejercitarlos, como cuando salía a hacer windsurf mucho rato y no se llevaba el trapecio.

Las tres amigas, los granjeros y sus vecinos estaban pasando un rato francamente agradable, divirtiéndose de lo lindo al comentar los percances que les habían surgido al ordeñar a aquellos animales tan enormes. El granjero, con sus dedos huesudos y sus manos enormes, lloraba de risa al parodiar los movimientos de ellas y éstas, sin poder evitarlo, se sumaron a sus carcajadas.

Algo después, cuando el hombre entendió que sus espontáneas ayudantes se habían quedado sin gasolina, les preguntó cuántos kilómetros les quedaban para llegar a su destino.

-Unos sesenta kilómetros, creo. Una hora más o menos.

Entonces el vecino -un hombre algo más alto que el granjero y con una cara y unas manos que daban a entender, sin lugar a dudas, que él también tenía una granja- les dijo:

-Con diez litros deberíais tener suficiente. Yo tengo el depósito lleno, así que os los puedo pasar.

Angström tradujo al resto la oferta del hombre y asintió encantada.

-¡Magnífico, gracias! ¡Se lo pagaremos, por supuesto!

El hombre le respondió inmediatamente, sin alterar su expresión amable:

-Claro, claro, contaba con ello. Cuatro euros por litro.

Angström tragó saliva. ¡Eso era más del doble de lo normal! Intercambió una mirada con Bondoni, y una vez más se dio cuenta de que pensaban lo mismo: no valía la pena enfadarse. La oferta y la demanda no tienen nada que ver con la justicia o la legalidad. Lo importante era conseguir gasolina.

Acabaron de comer y dieron una vez más las gracias al campesino, quien les regaló algo de provisiones para el trayecto: cuatro botellas de leche tibia recién ordeñada, una barra de pan, mantequilla y un buen trozo de jamón casero.

El vecino, entre tanto, había aproximado su furgoneta a la parte trasera del Citroën, y con una manguera pasó la gasolina de un vehículo al otro. Angström le pagó y le dio las gracias. Diez minutos después estaban en la

autopista.

-¡Un baño! ¡Mi reino por un baño! -exclamó van Kaalden, olisqueando sus brazos como si quisiera aspirar y eliminar el olor a establo que tenían todas.

Ybbs-Persenbeug

Tranquilo e imperturbable, el Danubio mantenía su cauce por el paisaje. A sus orillas, los campos teñidos de blanco, y los árboles con sus copas desnudas recortaban sus siluetas contra el cielo gris. El muro de contención de la central eléctrica no es más que una ilusión del poder del hombre, pensó Oberstätter. Podemos frenarlo y redirigirlo, pero no detenerlo. Y ni siquiera podemos controlarlo realmente, tal como nos demuestran cada año las inundaciones.

Había dejado de nevar. Oberstätter siguió con la mirada los remolinos del agua mientras daba una calada a su cigarrillo y repasaba mentalmente los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. No había vuelto a casa, aunque en algún momento llegaron los hombres del turno de noche. Había dado alguna cabezada en los camastros de emergencia que tenían en la central, pero la mayor parte del tiempo la había pasado intentando lograr que el coloso volviera a funcionar. Los diferentes grupos de trabajadores habían ido toda la noche de un lado a otro, pues en la central no habían dejado de aparecer inesperados indicadores de error que los habían obligado a dejar lo que estaban haciendo para localizar el elemento distorsionador y solucionar el problema. Pero en todas esas horas no habían logrado dar con el maldito error. Todas las cuestiones técnicas parecían estar en orden, y sin embargo... ¿de qué les servía que en la central estuviera todo bien? Si el software tenía un problema, su deber era controlarlo.

Los intentos de sabotear automáticamente las centrales eléctricas no habían dejado de sucederse desde los años veinte del siglo pasado, pero el verdadero salto exponencial se dio con la incorporación progresiva y sistemática de los ordenadores, durante los años sesenta. Desde entonces, éstos habían ido haciéndose cada vez más imprescindibles, y asumiendo cada vez más responsabilidades. Sin ellos, la gestión de las centrales eléctricas sería ahora tan imposible como la organización de las complejas redes energéticas. Oberstätter no pudo evitar pensar en su propio coche. El primer utilitario que tuvo, un volkswagen escarabajo que le encantaba, podía haberse considerado aún como una máquina. Su vehículo actual era en realidad un ordenador con ruedas. Para localizar sus fallos, el mecánico de turno ya no se estiraba en el suelo para echarle un vistazo o le abría el capó para ver de dónde salía el humo, sino que conectaba un pequeño ordenador al motor del automóvil y leía el código de error.

El año pasado, lo recordaba bien, Oberstätter se gastó una fortuna en reparar el coche de su mujer. El sistema había indicado un fallo en el líquido de frenos, y en el taller le recomendaron cambiar todos los manguitos. Sin embargo, el ordenador siguió indicando que había un fallo. «Quizá el problema esté en los propios frenos», dijo el mecánico, y también se los

cambiaron. Pero la señal de fallo permaneció allí, impertérrita. Entonces un mecánico sugirió que revisaran la maquinaria del sistema electrónico, y entonces la señal desapareció.

Oberstätter apagó su cigarrillo, lo tiró en uno de los ceniceros que había repartidos por el patio exterior de la central, y volvió a la zona de control.

-Tiene que ser un problema en el software -dijo, dirigiéndose al director del turno de noche.

-Yo había pensado lo mismo -le respondió éste-. La pregunta es por dónde empezamos.

En una central eléctrica se combinan muchos programas. Los más complicados son los llamados Supervisory Control and Data Acquisition Sistems -Sistemas SCADA, en su versión inglesa abreviada-, esenciales para la gestión de la instalación, y que están formados por los más diversos componentes: desde un hardware complejísimo de control programable y de guardado automático, hasta la más simple versión de Windows. Los sistemas SCADA organizan el devenir cada vez más complejo del mundo moderno. Ya sean programas industriales, organización de infraestructuras o gestión de puertos, aeropuertos, estaciones ferroviarias, centrales eléctricas, centros comerciales o estaciones espaciales. Ellos hacen posible que un grupo de personas surque los mares en un petrolero gigante, o que varias decenas de ellas trabajen en una fábrica automovilística, o que un mismo aeropuerto permita aterrizar y despegar diariamente a varios millones de pasajeros.

-No tengo ni la más remota idea. El Sistema SCADA fue revisado concienzudamente y ya no creo que podamos volver a acceder a toda la información... Bueno, empezaré por los ordenadores con Windows. Que conste que en 2002 ya me manifesté en contra de utilizar este sistema operativo porque me parecía demasiado inseguro. El propio Microsoft se horroriza cuando alguien le instala algún Windows 2000 sin algún tipo de parche de seguridad, pero el fabricante del software nos lo prohíbe.

El director del turno de noche miró hacia la sala de máquinas a través del enorme cristal que la rodeaba. Oberstätter sabía lo que estaba pensando. Si se decidía a interrumpir los intentos de puesta en marcha de la central tras haber revisado todo el software, podrían pasar días antes de que la central volviera a suministrar energía. Y la decisión dependía sólo de él.

-Espero que nadie nos haya colado un gusano informático como el Stuxnet -dijo Oberstätter.

-¡Con esto no se bromea!

-No estaba bromeando.

El troyano salió a la luz en otoño de 2010, tras afectar irremediablemente una central nuclear iraní. Muy poco después, una agencia de noticias china también denunció que cientos de documentos y sistemas de control del Reino del Medio habían sido infectados por el gusano, y en seguida pudo localizarse en otros muchos sistemas y dispositivos informáticos. Más de la mitad de las centrales eléctricas alemanas se infectaron con el virus, cuya especial

arquitectura, no obstante, posibilitaba ciertas gestiones e imposibilitaba otras. Los especialistas sospechaban que los creadores del gusano fueron los israelíes, en colaboración con el servicio secreto norteamericano, y que el objetivo fue la central atómica iraní, pero nunca pudo demostrarse nada y el asunto quedó en meras especulaciones. Hoy en día, los verdaderos creadores y el objetivo último del Stuxnet continúan siendo un misterio. En varias ocasiones se ha dicho que para la creación y desarrollo del virus fue necesaria la intervención de todo un equipo de programadores de distintas disciplinas y que invirtieron una cantidad de siete cifras en dólares americanos. Además, quienes activaron el Stuxnet conocían a la perfección los procesos internos de las centrales a las que atacaron. Sea como fuere, estaba claro que Stuxnet no había sido, ni mucho menos, el resultado de una broma juvenil ante un ordenador personal.

-Seguir así no tiene sentido -dijo al fin el superior de Oberstätter-. Tenemos que dejar de intentar poner la central en marcha. Voy a informar al centro de operaciones.

Ratingen

En el amplio aparcamiento no había demasiados coches, pero eran más de los que acostumbraban a verse ahí un sábado de febrero. El suelo estaba cubierto en su mayor parte por una fina capa de nieve. Las ráfagas de viento jugueteaban con ella, barriéndola de un lado a otro, formando pequeñas nubecillas blancas que destapaban el suelo negro de asfalto. En aquel árido paisaje invernal, el enorme cubo de cristal y hormigón de diez plantas parecía algo desubicado. Sobre la azotea del edificio, unas letras azules se recortaban sobre el cielo gris: «Talaefer SA». En algunas de las ventanas se veía luz.

James Wickley aparcó su SLS Roadster en el espacio reservado a la berlina que durante la semana utilizaba como vehículo de empresa. Pero hoy era sábado y se permitía el lujo de visitar la sede en su coche deportivo, por el que había pagado más de lo que un empleado medio de Talaefer cobraba en todo un año.

Como presidente de la junta directiva no era extraño verlo pasar el sábado en su despacho. Todo aquel que trabaja tanto y consigue para su empresa tantos beneficios, bien merece el premio de utilizar el coche que le venga en gana, se decía él siempre. Por supuesto, nunca iba a ver a un cliente con su deportivo descapotable. Para el día a día la empresa tenía el Mercedes clase S que en ocasiones conducía personalmente y en ocasiones dejaba en manos de su chófer.

Saltó del coche, se cerró el abrigo pero sin abrocharlo -al fin y al cabo sólo tenía que dar unos pasos hasta la entrada- y llegó hasta la puerta de cristal que daba paso al vestíbulo y en la que pudo verse reflejado: una figura larguirucha y un pelo tan engominado que ni siquiera las ráfagas de viento lograban desordenarlo.

Por suerte, en el sótano del edificio había mandado montar unos generadores de energía para casos de emergencia -de propulsión diesel-, que en aquel momento le permitieron utilizar el ascensor para subir hasta su despacho, en la última planta, y mantener funcionando la calefacción.

Tiró el abrigo sobre una silla y encendió su ordenador. Mientras éste se iniciaba, Wickley miró la foto que tenía colgada en la pared de enfrente: un hombre joven, vestido la moda de los años setenta, junto a un antiguo ordenador. En blanco y negro.

Bruno Talaefer creó su primer sistema de control en 1973, y en pocos años logró que su idea se materializase en una empresa y que ésta prosperase de tal modo que en pocos años pasara de ser una sencilla compañía de la provincia de Nordrhein-Westfalen a tener alcance universal. A mediados de los ochenta, el astuto empresario convirtió la entidad en una sociedad anónima que entró en bolsa, y él se retiró a formar parte de la junta de supervisión. Desde sus inicios, Talaefer SA desarrolló sistemas de control para la creciente industria

de la logística y el transporte, y pronto incluyó en sus protocolos la búsqueda de recursos y soluciones para los proveedores de electricidad. Después, desde principios de los ochenta se encargaron hábilmente de asistir a las mayores organizaciones en la gestión del enorme cambio estructural de la industria energética, y en la actualidad más del veinte por ciento de sus ventas y ganancias provenía de este campo.

Nacido en Bath y criado en Londres, Singapur y Washington -su padre era diplomático-, James Wickley fue alumno de Cambridge y Harvard y desde hacía cuatro años presidía el consejo de administración de Talaefer SA, convencido de que la expansión laboral de su sector iba a ser extraordinaria en los próximos tiempos. Tras la desregulación de los mercados europeos en las últimas décadas, el cambio estaba a la vuelta de la esquina. La inauguración de las llamadas Smart Grids (redes eléctricas inteligentes) dio paso a una idea de bonanza empresarial de alcance mundial. El pensamiento básico era sencillo: hasta el momento, los productores de energía de las grandes centrales habían sido los encargados de crear y distribuir la corriente por las redes internacionales, hasta llegar al usuario final. De hecho, este sistema aún funciona en parte. Todo el mundo sabe lo necesaria que es la electricidad: las centrales hidráulicas, atómicas y de carbón la producen continuamente, y para los momentos de mayor fluctuación, tanto en la creación como en los puntos álgidos de la producción, tenemos las centrales calóricas, principalmente de gas.

Vista esta necesidad, parece obvio prever que en el futuro aparecerán muchas más centrales, de todos los tamaños. Y las fuentes de su productividad podrán ser tan caprichosas como el sol o el viento. En pocos años la todavía joven industria energética tendrá sus momentos álgidos y vivirá sus picos de actividad. Algo así como si a las plantas de microenergía les pusieran plantillas para caminar.

Con el aumento de pequeños, independientes e impredecibles proveedores de energía, las redes clásicas lo tenían todo más complicado. El número de centrales eólicas y solares ya era lo suficientemente elevado como para suponer una creciente amenaza a la estabilidad de la red, y ahora sólo faltaba que cada hogar, o incluso cada individuo, acabara disponiendo de su propia mini central eléctrica y liberara la energía que creyera oportuno, cada vez que tuviera un excedente en la productividad.

Por otra parte, la decisión política de los estados europeos de dedicar las décadas siguientes a desvincular la energía eléctrica de los combustibles fósiles -como el aceite, el carbón o incluso la energía nuclear- jugaba un papel muy importante en toda aquella situación. Prácticamente toda Alemania se mostró a favor de una implementación masiva de centrales eólicas. Los enormes parques eólicos del mar del Norte tenían como finalidad dotar de energía a las instalaciones eléctricas del sur, que la devoraban con avidez. Los ecologistas se encontraron ante un dilema: tras varias décadas manifestándose a favor de la creación de fuentes de energía alternativa, de pronto debían

admitir que los molinos de viento, los cables de alta tensión y los embalses de almacenamiento iban a desfigurar todo el país. La industria de la construcción estaba encantada; los ciudadanos, no tanto. Y llegados a este punto aparecieron también en escena las ya mencionadas Smart Grids. La idea era que se autogestionaran. En este sentido, se repartieron por toda la red infinidad de sensores de alta velocidad cuya función era medir la tensión y la calidad de la energía en tiempo real. Para no sucumbir ante la red inteligente, las pequeñas centrales energéticas tuvieron que fusionarse en centrales virtuales. Los usuarios iban a recibir las Smart Meters. Según un informe de la Unión Europea, de hecho, en 2020 la mayor parte de Europa ya estaría equipada con esta nueva tecnología.

Así pues, todo consorcio que se preciara -y por remota que fuera su relación con el área de negocio original-, hizo lo posible para subirse al tren de la modernidad: desde las clásicas empresas eléctricas y tecnológicas hasta los grandes productores de coches -que de pronto pretendían instalar sus motores en las consultas médicas o en los edificios de la administración-, pasando por los colosos de la comunicación; todos empezaron a regenerarse en función de sus competencias comunicativas y de su integración en la red.

Visto lo visto, James Wickley sabía perfectamente que lo primero que tenía que hacer era reactivar el sistema. Pero su ordenador le indicaba que en aquel momento ni siquiera tenía acceso a Internet.

Se dirigió a la gran sala de reuniones. Allí lo esperaban ya los directivos a los que había convocado la noche anterior para debatir sobre lo que pasaría si llegaba a producirse, precisamente, lo que acababa de suceder; es decir, un apagón general.

-Hasta ahora no tenemos respuesta ni de los explotadores, ni de los trabajadores de las instalaciones ni de las propias centrales eléctricas -explicó el director comercial-. He mandado montar un *callcenter* en el edificio, por si los clientes necesitan ayuda o consejo.

-Bien -dijo Wickley-. ¿Contamos con suficientes técnicos?

-Por el momento sí -respondió el director de recursos humanos-. Estamos intentando localizar a los que faltan, en la medida de lo posible, aunque lo cierto es que esperamos recuperar pronto la energía y que no nos veamos obligados a perseguirlos a todos. No al menos hasta el lunes por la mañana, entre otras cosas porque las líneas telefónicas apenas funcionan. Seguro que para entonces ya no necesitaremos tanta ayuda y todos nuestros técnicos volverán a estar aquí.

-Eso espero -le respondió Wickley-. ¿Comunicación?

Aquella lacónica pregunta iba dirigida al jefe del departamento de comunicación, un hombre anguloso con el pelo prematuramente cano.

-Por ahora no hemos sufrido ningún ataque de la prensa -respondió-, pero tengo previsto escoger a algunos periodistas de confianza y organizar un par o tres de entrevistas dirigidas en las que queden bien claras la fiabilidad de nuestros productos, la indudable competencia de nuestros ingenieros y

desarrolladores de software, y nuestra apuesta por el futuro, dado que tenemos ya un buen número de interesantísimos proyectos en marcha.

¡Magnífico! Este hombre está en mi línea -pensó Wickley-. Pero ahora... vamos al punto clave de esta reunión.

Se inclinó hacia delante, recorrió con la mirada a los veinte hombres que tenía ante sí y dijo:

-¡Este apagón es una oportunidad única para nosotros! En pocas horas todo habrá pasado, pero los ciudadanos no lo habrán olvidado. Ni lo harán, mientras nosotros podamos evitarlo.

Se levantó de un salto.

-Es el momento de hablar de nuestros competidores a todas aquellas personas que aún se muestran indecisas; es el momento de explicarles que las ideas que les ofrecen son poco ambiciosas y precisan de una indispensable renovación.

Y si aprovechaban la oportunidad, en la próxima década Talaefer SA mejoraría considerablemente su ratio de crecimiento anual.

-Quiero -dijo al fin, sin dejar de mirar a sus interlocutores- que el lunes por la mañana concertéis visitas con todos aquellos que tengan algo que decidir. Ya no se trata de convencerlos con el aliciente añadido de lujosos viajes de estudio al extranjero, sino de hablarles simplemente de hechos y de productos Talaefer. -Se apoyó con las manos en una de las mesas y añadió, con voz firme-: Para el lunes quiero que me tengáis preparadas las mejores presentaciones, con el apagón como punto de partida e hilo conductor.

La cara de cuantos lo escuchaban no dejaba lugar a dudas: ninguno de ellos había esperado oír algo así. La mayoría tenía a su familia en casa, sin luz ni agua ni calefacción, y esperaba reunirse con ellos lo antes posible. Bueno, todos tendrían que esperar un poco más.

-¡Amigos! ¡Mostremos al mundo entero lo que es la energía!

París

Cuando le despertó la música, Shannon maldijo a uno de sus compañeros de piso, Émile. En París los alquileres estaban por las nubes y era prácticamente imposible hacerse cargo de uno sola. Ella se dejaba casi la mitad del sueldo en la habitación del apartamento que compartía en Montparnasse... ¿y encima no podía ser exigente con quien convivía? Se tapó la cara con la almohada para poder seguir durmiendo, desesperada, cuando de pronto le asaltó la pregunta: ¿de dónde venía aquella música? Shannon se incorporó en la cama e intentó despertarse.

Salió al pasillo tal como estaba, vestida sólo con pantalones cortos y una camiseta, cruzó el pasillo y entró en el cuarto de baño. Una vez allá abrió los grifos del lavabo -un modelo muy antiguo-, tanto el de agua caliente como el de la fría, y se lavó la cara y los dientes, para quitarse, por fin, el mal sabor de boca. Adormilada, miró su reflejo en el espejo: la melena marrón y desordenada le caía por la cara.

El agua corría. Se oía música. La cadena del retrete funcionaba.

Se abrigó con el albornoz y fue hacia la cocina. Allí estaban Marielle y Karl desayunando. En la radio se oía hip-hop. Shannon no lo soportaba, y menos aún a primera hora de la mañana, pero aquel día estaba feliz de oírlo.

-Buenas -dijo, a modo de saludo-. ¿Vuelve a haber corriente?

-Por suerte -dijo Karl.

El robusto alemán de pelo rizado y negro era uno de sus cuatro compañeros de piso. Marielle había nacido cerca de Toulouse, Émile era británico y Danja provenía de un pueblecito de Alemania del Este.

Shannon se sirvió un café con leche en una taza grande. De modo que la apresurada visita del presidente de la Électricité de France al Ministerio del Interior había sido en vano, pensó. Bueno, o eso o todo lo contrario: quizá aquella visita había sido precisamente el detonante de que todo se hubiera solucionado con tanta rapidez. ¿Para qué, si no, se habría desplazado hasta allí?

-Pero no en todas partes -añadió Karl, con la boca llena de comida y un marcado acento alemán (del que ella no podía burlarse en absoluto, puesto que su acento americano era igual de pronunciado, cuando no peor)-: en muchas zonas del país la gente sigue helada y sin calefacción. La zona en la que viven mis padres, por ejemplo.

-¿Has hablado con ellos? -preguntó Shannon.

-No. No había cobertura. Pero en las noticias han dicho que hay más países afectados. Sobrecargas del invierno, las han llamado.

Shannon mordisqueó una rebanada de pan con miel.

-La mayoría de los transportes públicos de París vuelven a funcionar con normalidad.

-Bien -dijo Karl-, porque en unos minutos tengo que salir hacia la Uni.

-¿Hoy? ¡Pero si es sábado!

Él se encogió de hombros, limpió sus cubiertos y salió de la cocina. Shannon, entonces, explicó a las otras dos lo que había estado haciendo aquella noche, y luego le preguntó a Marielle qué tal le había ido en casa.

-Bastante bien -dijo ella-. Me he puesto un jersey gordísimo, me he metido en la cama bajo un montón de mantas y me he pasado casi todo el apagón durmiendo.

-El mejor método, sin duda.

Shannon se dio una ducha con agua ardiendo, se sentó ante el portátil y empezó a trabajar con el material de la noche anterior. Ella colaboraba con Turner, pero tenía un contrato abierto, de modo que podía publicar por su cuenta todo el material que él hubiese rechazado. Primero navegó por algunas de las páginas de noticias y comprobó sus cuentas en las redes sociales, y luego preparó su propio artículo sobre el tema escogiendo varias de las imágenes que grabó la noche anterior y subiéndolas de inmediato a YouTube.

En cuanto acabó se abrigó bien y salió a la calle a comprar. El pequeño supermercado del barrio, dos calles más allá, estaba abierto. Por el camino, Shannon prestó atención a las secuelas del apagón de las últimas horas, pero París y los parisinos parecían haber recuperado la rutina con toda normalidad.

En el camino de vuelta se encontró con su vecina, Annette Doreuil. A sus sesenta y tantos años, Annette iba siempre perfectamente arreglada, y hoy llevaba también, como Shannon, dos bolsas con provisiones en las manos.

-¡Querida! -exclamó-, vaya tardecita la de ayer, ¿eh?

-Sí, yo me pasé toda la noche cubriendo noticias -dijo ella, mientras entraban en el vestíbulo y subían juntas al ascensor-. La corriente empezó a volver hacia las seis de la mañana, progresivamente.

-Mi hija y su familia están en Ámsterdam. Iban a regresar ayer por la noche, pero su vuelo se canceló con todo este desaguisado.

-Oh, lo siento. Sé que tenía usted muchas ganas de ver a sus nietos.

El ascensor se tambaleó un poco y se detuvo entre dos pisos. A Shannon se le encogió un poco el estómago, pero el cubículo volvió a moverse inmediatamente.

-Ya sólo nos faltaba esto -dijo Doreuil, con una risita nerviosa.

Después de aquello, las dos mujeres permanecieron calladas y se quedaron mirando los pisos de su edificio, que iban pasando ante sus ojos, al otro lado de la puerta de cristal. Shannon se bajó en el cuarto. Nunca se había sentido tan feliz de abandonar aquel ascensor.

A partir de ahora subiría más a menudo por la escalera.

-Recuerdos a su marido. Y espero que pueda ver pronto a sus nietos.

-Eso espero.

Cerca de Bellinzona

La autopista estaba menos concurrida de lo normal. Bondoni le había dejado conducir, y desde que salieron de Milán había apretado a fondo el acelerador del Autobianchi 112 de 1970 y apenas lo había hecho bajar de los ciento cuarenta kilómetros por hora. El coche tenía casi los mismos años que él, y aunque estaba en perfecto estado, era tan ruidoso que sólo podían oírse si ambos alzaban mucho la voz. El resultado, evidentemente, era que ambos acabaron callando. Bondoni encendió la radio y juntos escucharon las noticias y los informativos especiales que en todo el mundo dedicaron al apagón.

Lamentablemente, el depósito no estaba tan lleno como Manzano había esperado, pero Bondoni guardaba en el garaje las suficientes garrafas de reserva como para poder cubrir tranquilamente los cuatrocientos kilómetros que los separaban de su destino, e incluso el camino de vuelta a casa, sin tener que parar en ninguna gasolinera. En el minúsculo maletero metieron cuatro garrafas de veinte litros cada una. Antes de cerrar la tapa, Manzano se descubrió a sí mismo deseando que todo acabara cuanto antes y que aquella aventura no pasara de ser una anécdota. Sin embargo, las noticias de la radio no eran nada alentadoras: la mayor parte de Europa continuaba sin electricidad.

Ya habían llegado a Suiza, habían dejado Lugano tras de sí y se habían puesto en dirección Bellinzona, cuando la aguja de la gasolina entró en la zona de reserva, marcada en rojo.

-Tenemos que repostar -dijo Manzano, al ver el cartel que anunciaba una área de servicio.

El área estaba ocupada por cuatro camiones aparcados en fila, a la izquierda, y tres utilitarios a la derecha. Junto a uno de estos últimos, un hombre caminaba arriba abajo, y fumaba. Manzano y Bondoni bajaron del coche y estiraron las piernas. Manzano abrió el capó, sacó una de las garrafas y empezó a llenar el depósito.

Escuchó el sonido de la gasolina al caer en su nuevo recipiente, y también, a sus espaldas, el motor de los pocos coches que pasaban por la autopista. Intentó recordar cuándo fue la última vez que repostó con una garrafa. De hecho, intentó recordar si lo había hecho alguna vez. Había tantas gasolineras y era tan fácil echar mano de ellas...

-¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¡Un mini camión-cisterna! -dijo una voz detrás de él, antes de soltar una risita gutural sobre su propio chiste.

El fumador, ya sin cigarrillo, observaba atentamente el interior del maletero.

Manzano no lo había oído llegar. No le gustaba aquella situación, y el hombre tampoco. Ni la desfachatez con la que miraba su coche, ni su tono de voz.

-Nos espera un trayecto muy largo.

-¿Hasta dónde vais a ir con semejante carga?

¿Y a él qué le importaba?

-A Hamburgo -minitió.

-¡Caray! Un viaje muy largo para una cafetera sobre ruedas.

Manzano ya había vaciado la garrafa. La cerró y la volvió a meter en el maletero. Al moverse vio que del coche del fumador salían otros dos hombres y se acercaban hacia él. Ellos tampoco le gustaron. Cerró el maletero y tragó saliva.

-¡Oiga usted! -le espetó Bondoni-. ¡Este coche es un clásico, no una cafetera!

-Sí, claro, lo que tú digas -le respondió el hombre, con su desagradable risa gutural-. Pero con él no llegaréis a Hamburgo ni de broma. ¿No preferís vendernos una garrafa? ¿O dos?

Manzano tenía ya la mano en el pomo de la puerta del conductor, listo para subir al coche.

-Lo lamento, pero ya le hemos dicho que tenemos un largo trayecto por delante, y necesitamos hasta la última gota.

Entretanto, los acompañantes del fumador habían llegado hasta ellos. Uno se detuvo justo delante del coche y el otro avanzó hasta Bondoni, que en aquel momento estaba a punto de meterse en el coche.

Entonces, el fumador cogió a Manzano por el brazo y le dijo, en un tono que no dejaba lugar a dudas:

-¿Estás seguro de que no quieres pensártelo dos veces?

Manzano lo miró sin miedo, y luego bajó la vista a la mano que sujetaba su brazo. Al ver que el tipo no le soltaba intentó apartarse, pero éste le apretó aún más fuerte.

-Suélteme -dijo Manzano, manteniendo la voz tranquila, aunque en su interior notaba que todos sus músculos se tensaban y las sienes empezaban a arderle...

-Necesitamos gasolina -dijo el tipo, endureciendo la voz-. Hasta ahora se la he pedido con amabilidad.

Se podía decir más alto, pero no más claro. Manzano no lo dudó más. Con un brusco movimiento le dio un rodillazo entre las piernas. Es obvio que éste no se lo esperaba, porque cayó al suelo, doblado. Manzano, entonces, aprovechó para empujarlo y dejarlo tirado sobre el asfalto, y para sentarse a toda prisa en el asiento del conductor, mientras Bondoni, tan rápido como él, aprovechaba el desconcierto que se había creado para subir igualmente al coche por el lado del copiloto.

Con la mano izquierda, Manzano cerró el pestillo de su puerta, y con la derecha metió la llave en el contacto y puso en marcha el coche. Afuera, su atacante acababa de ponerse en pie, y el tipo que estaba delante del coche separó las piernas, como si así pudiera impedir que el coche saliera de allí. Bondoni intentó cerrar la puerta con todas sus fuerzas, pero el tercer tipo

había logrado meter un brazo y estaba estirando del anciano para hacerlo salir del coche. Manzano pisó el embrague y dio gas a fondo, y el motor hizo un ruido que no dejaba lugar a dudas: iban a salir volando de allí. El fumador había empezado a dar patadas y porrazos a la puerta de Manzano, y el que estaba frente al coche no se movió ni un centímetro. Durante unos instantes sus miradas se cruzaron, y entonces Manzano soltó el embrague. El Autobianchi dio un salto adelante, y el tío que estaba ahí plantado se comió el morro del coche y salió disparado hacia el cristal delantero del coche, rodó por el capó y cayó inmediatamente hacia su derecha, yendo a parar justo sobre el fumador. El tercero, en cambio, empezó a correr a su lado, sin soltar el brazo de Bondoni, que gritaba como un desesperado mientras evitaba que aquel hombre no lo sacara del coche. Manzano aceleró. Por el retrovisor vio al fumador corriendo tras ellos. El segundo hombre seguía estirado en el suelo, y el tercero acabó soltando a Bondoni, de puro agotamiento. El anciano cerró la puerta a toda velocidad y Manzano voló hacia la autopista mientras Bondoni hacía verdaderos esfuerzos por recuperar la compostura y sentarse en su asiento con una cierta normalidad.

-¿Pero qué ha sido esto? -preguntó, sin aliento.

-Salteadores modernos -respondió Manzano, con el pulso acelerado.

Volvió a mirar por el retrovisor para ver si sus asaltantes aún los seguían. Se preguntó si habría herido realmente al tipo al que atropelló, aunque en el fondo debía admitir que no le daba ninguna pena, sino más bien rabia e impotencia. De hecho tendría que denunciarlos porque habían intentado robarle. ¿O se había equivocado al dejarlo ahí tirado y abandonar el lugar de los hechos pese a ver al tío en el suelo?

-¡Malditos bastardos! -gritó Bondoni-. Mi coche. ¡Mi coche! ¡Seguro que ese idiota lo ha abollado!

Espero que el apagón acabe pronto, pensó Manzano. ¿Qué pasará si se alarga más en el tiempo? Si en apenas unas horas la gente ya está así de agresiva... ¿Qué va a ser de nosotros?

Y mientras se preguntaba aquello no dejaba de mirar por el retrovisor...

Berlín

Desde la ventana del edificio que separaba el Ministerio de la calle Alt-Moabit, Michelsen observaba atentamente la llegada de las berlinas negras. El ministro del Interior había convocado a los presidentes de las juntas directivas de las principales empresas productoras y distribuidoras de electricidad de toda Alemania. «Gabinete de crisis», les había anunciado Michelsen al citarlos. Todos sabían que les iba a caer una buena bronca, pero al mismo tiempo eran conscientes de que no podían negarse a asistir. Quien no se presentase en la reunión, ya podía empezar a lidiar con toda suerte de obstáculos políticos. De modo que nadie rechazó la convocatoria.

En la pequeña sala de juntas que quedaba a la espalda de Michelsen, todo el equipo de funcionarios y ministros que constituían el núcleo duro del «estado mayor de emergencia» esperaba pacientemente, ojeando ciertos formularios y charlando. Algunos llevaban jerséis gruesos o suéters bajo las americanas. El propio ministro se encontraba en uno de los despachos de al lado, haciendo llamadas desde el teléfono fijo.

Michelsen había pensado en preparar una sorpresa, y el ministro se había mostrado de acuerdo: en lugar de reunirse en una de las salas de juntas del ministerio, alquilaron un espacio en el edificio que quedaba justo enfrente. El bufete de abogados que lo solía ocupar había cerrado por el apagón, y la temperatura del interior había bajado ya hasta los doce grados. (Bajo su traje chaqueta, ella llevaba ropa interior térmica.)

Desde el tercer piso en el que se encontraba, Michelsen podía ver perfectamente las expresiones de desconcierto que iban poniendo los directores al llegar a la calle, salir de sus coches y buscar el lugar al que correspondían las indicaciones que les habían dado. La mayoría ya había estado antes en el ministerio, y de ahí que, al menos durante unos instantes, creyeran que aquella dirección se trataba de un error.

En el edificio del bufete no funcionaban ni los timbres ni las entradas automáticas. En el vestíbulo los esperaba un portero que les abría la puerta y les indicaba el camino hasta el tercer piso... al que tenían que subir por las escaleras, por supuesto. Michelsen esperó junto a la ventana hasta que vio entrar en el edificio al último de los invitados. Entonces, con una sonrisa maliciosa, se dirigió hacia la puerta y esperó a que llegaran los primeros invitados.

Pasaron varios minutos; Michelsen no quería perderse ni un detalle de todo aquello y quiso abrir la puerta personalmente. Frente a ella, dos hombres de mediana edad. Bajo sus melenas grises y canosas, dos caras acaloradas, rojas como tomates. Ambos llevaban abiertos sus caros abrigos de invierno, que dejaban entrever sus no menos caras camisas de marca. Michelsen oyó pasos que venían de la escalera de incendios. Invitó a pasar a los dos caballeros que

tenía delante y se quedó a esperar al resto. Poco a poco, todos fueron subiendo los tres pisos. Todos con abrigos y trajes oscuros y con corbatas de lo más discretas. La mayoría, sin aliento.

-Sigan por aquí. Todo recto. No, no se han equivocado. El ministro los está esperando.

Apretones de manos al entrar en la sala. Los recién llegados se quitaron los abrigos. Algunos aún tenían la frente perlada de sudor. Pocos minutos después, ya estaban todos sentados.

Uno de aquellos grandes directivos -el director ejecutivo de E.ON, creía recordar Michelsen-, empezó a frotarse las manos como si quisiera hacerlas entrar en calor. Era un tipo de aspecto atlético y no parecía cansado tras subir los tres pisos, y precisamente por ello era el primero en notar el frío.

Cuando el ministro del Interior entró en la sala, todos se levantaron de sus asientos.

-Caballeros -los saludó él-. Siéntense, por favor.

Obedecieron. Sólo quedó de pie un asistente del secretario de Estado, escondido tras un atril en una esquina de la sala.

-Como pueden ver, hoy hemos escogido un lugar extraño para nuestra reunión. Dado que no tenemos electricidad, me temo que no puedo ofrecerles café ni té, y les ruego encarecidamente que reserven el uso del lavabo para otro momento y otro lugar; a ser posible uno en el que el agua llegue y se vaya y cumpla con su misión.

Dicho aquello, el ministro tomó asiento.

-Espero que en el transcurso de esta reunión recordemos permanentemente lo que hace veinticuatro horas están sintiendo unos sesenta millones de ciudadanos y ciudadanas alemanes.

Michelsen observó disimuladamente las reacciones de los allí reunidos. La mayoría logró mantener la cara de póquer, concentrados e interesados en las palabras del ministro, pero algunos no pudieron disimilar una mueca en la comisura de los labios: una breve sonrisa irónica y, por qué no, algo airada.

-Mientras nosotros en el ministerio, y ustedes en sus despachos de dirección, contamos con generadores de emergencia que nos permiten estar calentitos y a gusto, ahí fuera los ciudadanos se enfrentan al frío y la oscuridad, sin agua y sin acceso a los alimentos, los medicamentos o el dinero. Todos ustedes saben cuál es la situación.

Hizo una seña imperceptible al asistente, que pasó con diligencia la primera hoja que tenía sobre el atril.

Por algún motivo, aquel momento emocionó a Michelsen: llevaban años sirviéndose de la tecnología para acompañar charlas, conferencias y debates con imágenes, sonidos, montajes de fotos, vídeos o lo que fuera, proyectados siempre sobre una pantalla de última generación, y de pronto se veían abocados de nuevo al uso del papel. El viejo y fiel papel, siempre útil y dispuesto, que necesitaba la ayuda de alguien que le fuera pasando las páginas. De pronto recordó aquella época en la que no había móviles, aquellos

coches que no eran ordenadores sobre ruedas -y cuyos guardabarros abollados podían repararse cogiendo alguna pieza del desguace-, aquellos mensajes que se tenían que escribir en papel y enviar por correo postal, y no plagados de emoticonos en ordenadores y móviles, o como simples indicaciones de «me gusta» en las redes sociales. Pero la nostalgia no le duró demasiado. Sabía que la organización del mundo moderno dependía esencialmente de la precisión y la capacidad de gestión y transmisión de la electrónica. Como el suelo que nos sostiene o el aire que respiramos, así también contamos con una red de energía invisible que nos facilita infinidad de actividades diarias...

Volvió a concentrarse en lo que estaba pasando en aquella sala. En el atril.

El asistente mostró un mapa de Alemania. Estaba rojo prácticamente en su totalidad, y sólo tenía algunas zonas verdes.

-El caos se ha instalado en las calles, estaciones y aeropuertos, y la economía, desgraciadamente, ya ha perdido cientos de millones.

La seña. Página siguiente. Una única cifra en rojo: –200.000.000 euros.

-Desde hace veinticuatro horas les oigo decir a todos que el problema está a punto de solucionarse, pero lo cierto es que ya hay varios países que han declarado el estado de emergencia.

La seña. Página siguiente. Otro mapa. Nordrhein-Westfalen, Rheinland-Pfalz, Hessen, Hamburgo, Baden-Wüttemberg, Baviera, Brandenburgo y Sajonia en rojo.

-Pensaba que nuestras redes eran seguras. Los servicios de emergencia trabajan al límite de sus capacidades. No podemos pedir ayuda al extranjero porque en Europa todos están igual que nosotros. Ustedes son los responsables de todo esto. Y yo estoy harto de excusas.

Miró atentamente a todos los allí reunidos antes de continuar:

-Hagan el favor de decirme qué es lo que está pasando en realidad. Las cartas sobre la mesa, caballeros. ¿Debo declarar el estado de emergencia en todo el país?

Michelsen observó todos aquellos rostros. ¿Habrían hablado entre ellos? Seguramente sí. Lo cual significaba que tenían una estrategia... o que no habían logrado ponerse de acuerdo, en cuyo caso cada uno estaría esperando a que otro destapara sus cartas primero. Se cruzaron miradas. Un cincuentón atractivo y de aspecto decidido, con el pelo completamente canoso y peinado con raya, se puso tenso, casi imperceptiblemente. Curd Heffgen presidía uno de los mayores imperios de transmisores en red, y Michelsen lo sabía bien. Además era el presidente de la comisión de gestión del agua y la electricidad: el *lobby* de la industria energética alemana. En aquel momento, pensó Michelsen, una de las personas a las que menos envidiaba del mundo. Su empresa era sin lugar a dudas una de las más difíciles de gestionar en toda Alemania, pues desde hacía años la propia industria la acusaba en mayor o menor medida de enriquecimiento indebido y agravio al consumidor, al tiempo que tenía el deber de rendir cuentas al gobierno y cumplir con los presupuestos políticos y del estado. No había muchas otras empresas que se

vieran en semejante obligación de conciliar intereses tan distintos. Mientras las grandes organizaciones eléctricas fomentaban la prolongación en el tiempo de las centrales nucleares, los pequeños operadores y el resto de centrales se habían manifestado en contra, pues les parecía una competencia desleal. Por otra parte, se estaban promoviendo las energías alternativas, como la solar o la eólica, y aquello suponía un problema para los representantes de la energía eléctrica tradicional: como estaban exigidos por ley y su flujo energético dependía de las condiciones meteorológicas, se hizo necesario expandir su campo de acción y aumentar su infraestructura, lo cual, a su vez, alteró peligrosamente la estabilidad de la frecuencia en la red. Un trabajo de alta diplomacia, pues, el suyo. Y encima ahora le tocaba hablar en nombre de todos.

-Admito -empezó a decir Heffgen- que hasta el momento no hemos sido capaces de sincronizar esfuerzos y recuperar nuestras redes.

Caramba, pensó Michelsen, no sólo se erige en portavoz sino que además admite la culpa. Qué valiente. A ver qué pasa ahora...

-Lo que sucede, básicamente -siguió diciendo Heffgen-, es que apenas contamos con redes de máximo alcance, y en el plano regional nos topamos con la dificultad de que la frecuencia de las pocas zonas que aún no se han visto afectadas es demasiado inestable.

Genial. Retiro lo de valiente, se dijo Michelsen. El tipo sólo estaba parafraseando un poco lo de «no es culpa nuestra».

-Quizá alguno de nuestros colegas de producción pueda explicarnos lo que está pasando.

Así que pasa el testigo. Y uno calentito, además. ¿Quién se atreverá a cogerlo?

Heffgen se recostó en su silla y cruzó los brazos para dar a entender que él ya había acabado.

-¿El señor von Balsdorff, quizá? -intervino el ministro.

El interpelado, un hombre con algo de sobrepeso y la piel porosa de fumador se pasó la lengua por los labios, nervioso.

-Mmm... Tenemos más problemas con las centrales eléctricas de lo que cabría esperar en un caso como éste -explicó-. Ninguno de nosotros se había visto nunca en una situación semejante. Ni siquiera en las simulaciones preventivas. En el peor de los casos, habíamos previsto un fallo en el treinta por ciento de la actividad total, pero ahora estamos hablando de más del doble. Seguimos, pues, investigando...

-¿Está usted sugiriendo -le interrumpió el ministro en un tono de voz inquietantemente suave- que en las próximas horas tampoco van a poder solucionar el problema y devolver a los ciudadanos su acceso a los suministros básicos?

Von Balsdorff miró al ministro, angustiado.

-Estamos haciendo cuanto está en nuestras manos. Todo lo que sabemos, con todo nuestro interés. Pero no, por nuestra parte no podemos garantizar que

esto vaya a solucionarse rápidamente. -Y dicho aquello, se mordió los labios.

-¿Y ustedes, caballeros? -preguntó el ministro al resto de los allí presentes.

Leves movimientos de cabeza, ojos bajos, gestos de negación.

Michelsen notó que en su interior crecía el mismo sentimiento que la sacudió hacía ya algunos años, cuando dos policías llamaron a su puerta y le preguntaron si era la hija de Thorsten y Elvira Michelsen. En los rostros de los allí presentes reconoció la misma reacción: no hacía falta decir nada más; todos empezaban a entender la gravedad del accidente.

Pese a la gélida temperatura de la habitación, Michelsen se dio cuenta de que estaba sudando, y empezó a notarse el pulso en el cuello.

Ischgl

A un tiempo aliviada e impaciente, Angström observó las montañas nevadas que se elevaban hacia el cielo por doquier. A punto de llegar a su destino, las cuatro amigas se morían de ganas de darse una buena ducha de agua caliente, ir a un lavabo en condiciones, dormir en camas limpias y pasar una velada tranquila, charlando frente a la chimenea.

-¿Puede ser que los telesillas estén parados? -preguntó van Kaalden cuando pasaron junto a las primeras pistas de esquí.

-Eso parece, sí.

-¡No me digas que aquí tampoco tienen electricidad!

-¿Habéis hecho alguna vez esquí de fondo?

-¡Anda ya! -exclamó Terbanten-. ¡No fastidies!

-¡Pero si es chulísimo! O podemos ir de excursión a pie, sin necesidad de utilizar las telesillas.

-No os preocupéis. De todos modos, hoy tampoco nos iba a dar tiempo de subir a las pistas -dijo Bondoni-. Y seguro que mañana todo vuelve a funcionar.

La calle hacía una pendiente ascendente bastante pronunciada. Angström se puso en marcha hacia el pueblo en el que habían reservado una cabaña, y diez minutos después ya estaban allí. Sobre una empinada ladera vieron una docena de cómodas cabañas de madera, algo demasiado juntas entre sí. De algunas de las chimeneas salía humo. Dejaron el coche en el aparcamiento, que estaba casi lleno, y se dirigieron hacia la primera cabaña, en la que podía leerse un cartel en el que ponía «Recepción».

Una vez dentro, una joven vestida con un traje chaqueta las saludó amablemente. Angström aspiró el olor a madera que impregnaba la sala, y a continuación se disculpó por haber llegado tarde.

La joven les sonrió y les dijo que se alegraba de que, al menos, hubieran logrado llegar.

-Muchos de nuestros clientes aún no han venido -añadió, justo antes de apuntar sus nombres junto a la fecha del día-. Seguidme, os enseñaré vuestra cabaña.

Por una serie de caminos estrechos y dispersos entre casitas de madera, la chica las condujo hacia un segundo grupo de cabañas, algo más abajo que el primero. Angström se quedó con la boca abierta al ver el valle que se abría ante sus ojos, y las montañas que lo rodeaban.

-Por desgracia nosotros también hemos sufrido un apagón, y en las cabañas no funcionan ni la luz ni el agua ni la calefacción. -Angström miró a sus compañeras y vio la decepción reflejada en sus ojos-. Pero -se apresuró a añadir la chica- haremos todo lo posible para que vuestra estancia aquí sea lo más placentera posible. Además, gracias a la idea original de las instalaciones,

tenemos suerte dentro de la mala suerte.

Dio la vuelta a la llave para abrir la puerta y les indicó que pasaran. Por un minúsculo pasillo se llegaba a una pequeña pero agradable estancia, con asientos de madera y una bonita chimenea. Las paredes estaban cubiertas de telas bordadas con refranes.

-Como veis, cada cabaña tienen una chimenea que basta para calentar las habitaciones, así que al menos no pasaréis frío. Tenemos leña de sobras.

A continuación les enseñó la minúscula cocina. Angström no pudo evitar pensar que en Internet todo parecía más grande. Pero se estaba calentito, olía bien y tenía encanto. Era muy agradable.

-El horno de la cocina también puede funcionar con leña. No sé si preferís comprar la comida fuera o cocinar vosotras mismas, pero al menos sabed que tenéis las dos opciones. Y también podéis coger nieve y ponerla al fuego para que os deis un buen baño caliente -sonrió-. Creo que las montañas no se quejarán si les cogéis un poco. Es como volver al pasado, ¿verdad? ¡Súper rústico!

Luego volvió a ponerse seria y les enseñó los dos pequeños dormitorios, a los que se llegaba subiendo una estrechísima y discreta escalera que salía del salón. En cada uno de ellos había dos camas individuales, a izquierda y derecha de una ventana, junto a la pared. Un armario completaba el austero mobiliario. Angström se preguntó cómo se suponía que iba a meter ahí dentro su equipo de esquí y toda la ropa que necesitaba para una semana.

-Y aquí está el baño. Mirad, os hemos dejado un par de cubos por si queréis utilizarlos para llenar la bañera y añadirle luego agua ardiendo. -Al ver las miradas escépticas de las cuatro amigas, la joven se apresuró a añadir-: Por supuesto, os haremos un descuento por las incomodidades. Yo creo que lo mejor que podemos hacer todos es mirar la parte positiva del asunto: no pasaréis frío y os podréis bañar. Y aunque los preparativos sean algo más complejos de lo normal, os aseguro que es mucho más de lo que la mayoría puede disfrutar en este momento. También podéis utilizar los lavabos: sólo tenéis que recordar de tener siempre listo un cubo con agua. Por ahora os hemos dejado dos bien llenos.

Al ver la naturalidad con la que su anfitriona capeaba las dificultades que se le presentaban, Angström no supo si ponerse a reír o a llorar, Al final, no obstante, decidió hacer caso de su consejo y mirar la parte positiva del asunto.

-Pese a la precariedad en la que nos hayamos -siguió diciendo la joven-, también podéis usar la sauna y comer en el restaurante, porque ambos funcionan también con leña. -Se detuvo y las miró, sonriendo-. Lógicamente, espero que mañana podáis disfrutar por fin de todas las comodidades de nuestras instalaciones. En recepción, por cierto, tenéis un teléfono fijo que funciona perfectamente. Lo digo por si no teníais línea en los móviles.

Visitaron la sauna y el restaurante, y volvieron a su cabaña a deshacer las maletas y descansar.

-¿Quién se baña primero?

Lo echaron a suertes, y Van Kaalden fue la afortunada.

-Primero ordeñamos vacas y después calentamos nieve -se quejó Terbanten-; ¡parece que hayamos viajado en el tiempo!

-Sí, así era la vida hace unos siglos -dijo Angström mientras arrastraba el cubo por la nieve, para llenarlo-. La diferencia es que entonces no rezaban para que al día siguiente todo fuera mucho más cómodo. -Se dio cuenta de que el ejercicio le estaba haciendo entrar en calor.

-Me alegro de vivir en nuestro siglo, la verdad -dijo Bondoni.

-Venga, seguro que recordaremos este fin de semana durante el resto de nuestra vida. ¡Tomémoslo como una aventura! -añadió Angström, mientras entraba el cubo en la cabaña.

Saint Laurent-Nouan

Pese a que el turno de Marpeaux no consiguió arreglar el gasóleo estropeado la noche anterior, el resto de sistemas previstos funcionó durante todo el rato de un modo impecable, así que Marpeaux regresó tranquilamente a casa a primera hora y durmió unas horas. Luego volvió a subir al coche para oír la radio. El locutor anunciaba buenas nuevas: mientras gran parte de Europa continuaba sin electricidad, los expertos franceses habían logrado controlar el problema en bastantes regiones, y a lo largo de aquella noche esperaban poder ofrecer, al menos, los servicios básicos a la mayor parte de sus ciudadanos.

Marpeaux intentó localizar a sus hijos vía móvil, pero las redes telefónicas seguían sobrecargadas o sin cobertura. Tras oír las previsiones de los medios, milagrosamente, su mujer interrumpió -al menos por un tiempo- su batería de quejas y esperó tiritando a que volviera la corriente para poder encender la calefacción.

Por la noche, cuando Marpeaux volvió a su puesto, el colega del turno anterior lo recibió con buenas noticias:

-Hace unos minutos hemos recibido la orden de preparar el reactor para volver a ponerlo en marcha.

A lo largo de su carrera laboral, Marpeaux había contemplado, dirigido e incluso realizado personalmente aquel procedimiento decenas de veces. El truco consistía en coordinarse con el resto de operadores de tal modo que la energía entrante fluya sin oscilaciones. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

-¿Ya estamos en red?

-Hace tres horas que recibimos energía con regularidad.

Aquello significaba que la refrigeración de emergencia ya no dependía de los generadores diesel.

-¿Y qué me dices del gasóleo estropeado?

-Que ya no lo está.

-¿Lo habéis comprobado?

-Listo para ponerse en funcionamiento. Suerte con la puesta en marcha. Buenas noches.

Milán

-¿Y si tiene razón? -preguntó Curazzo a Trappano-. Admitamos al menos que parece una buena explicación para una caída tan repentina y generalizada.

-¿Puedes hacer el favor de dejarte de sandeces? ¡Bastantes problemas tenemos ya!

-Escúchame sólo un segundo -siguió Curazzo, tozudo-. Échale un vistazo al proceso cronológico. -Cogió un diagrama de la mesa de al lado-. El apagón empezó ayer por la noche. Así, de pronto, sin motivo aparente y en varias regiones a la vez. Y a partir de ahí se produjo una reacción en cadena. Nos pasamos toda la noche intentando recuperar la corriente, y de hecho lo conseguimos en muchas zonas. En el caso de Milán coincide con las horas que ese tío nos ha dado. Pero apenas una hora después... zas, la red vuelve a fallar. Como si alguien hubiese esperado a que lo lográramos, para volver a boicotearlo todo, colarse en los contadores de las casas y provocar oscilaciones de frecuencia aún mayores y de peor solución.

Trappano miró a Curazzo sin parpadear.

-¡Nadie puede colarse tan fácilmente en millones de casas a la vez! Mira, no pienso perder ni un segundo más con tonterías de este tipo. No, al menos, hasta que haya agotado todas las opciones razonables, lógicas y plausibles para solucionar toda esta barbaridad.

Ischgl

Manzano agradeció las indicaciones a aquel hombre que le atendió linterna en mano. Apenas se veía el pueblo que dormía entre los Alpes. Las calles estaban oscuras. Tras las ventanas se veía alguna que otra vela, pero poco más. Dadas las circunstancias, habían tenido suerte de cruzarse con alguien por la calle.

Devolvió el mapa a Bondoni.

-Espero que no necesitemos cadenas -dijo éste.

En un inglés muy precario, el hombre les había explicado que tenían que subir una calle algo empinada y con curvas para llegar a las cabañas en las que esperaban encontrar a la hija de Bondoni.

-Por favor, por favor, que esté aquí -dijo el hombre-. Estamos locos por haber hecho todo este viaje...

En las curvas, los faros del coche iluminaban la nieve que se acumulaba a los lados de la carretera. Media hora después, tras conducir zigzagueando en la más absoluta oscuridad, vieron un par de luces al final de la calle.

-Tiene que ser allí.

Encontraron la entrada flanqueada por la nieve y aparcaron en una pequeña explanada en la que vieron más coches. Manzano los iluminó con su linterna.

-Aquí hay una matrícula belga. ¿Sabes si éste es el coche en el que venía?

-Ni idea.

Sobre la cabaña que quedaba más cerca del aparcamiento podía leerse un cartel que decía «Recepción». Entraron. Los recibió una joven vestida con un traje chaqueta. Un poco más allá, un grupo charlaba animada y plácidamente junto a una chimenea.

Manzano explicó a la chica quiénes eran y a quién habían venido a buscar. La joven les dedicó una mirada algo escéptica, pero al cabo de unos segundos cedió y les explicó que, efectivamente, Lara Bondoni y sus tres amigas se habían instalado en una de sus cabañas hacía apenas unas horas.

-¡Qué bien! -exclamó Bondoni-. Pero... ¿cómo que hace sólo unas horas? ¿No tenían que haber llegado ayer?

La joven fingió que no lo había oído y los acompañó hasta la cabaña.

-¡Papá! Pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y tú, Piero?

Manzano y Lara se habían visto alguna vez a raíz de las visitas que ésta hacía a su padre en Milán, y lo cierto es que le parecía una mujer estupenda. Pequeña e inquieta, y con la cabeza muy bien amueblada.

-¡Pasad! ¿Y a ti qué te ha pasado en la frente? -preguntó, señalándole los puntos de la herida.

-Un pequeño accidente -dijo él, intentando apartar de sí, una vez más, la terrible imagen de la mujer aplastada en su propio coche.

Detrás de Lara Bondoni apareció una de sus amigas. Manzano calculó que tendría unos treinta y tantos. Era algo más alta, delgada y con una melena negra, larga y lisa que ofrecía un interesante contraste con sus bonitos ojos azules. Bondoni la presentó como Chloé Terbanten.

La cabaña era algo pequeña, pero muy agradable. En la chimenea del comedor crepitaba un fuego potente y reparador. En el comedor, sobre un banco de madera que hacía esquina y ocupaba buena parte de las dos paredes, una tercera mujer descansaba con las piernas en alto. Cuando vio entrar a los dos hombres se levantó de un salto y los saludó. Debía de ser tan alta como Terbanten, y ni el grueso jersey de lana con el escudo de Noruega que llevaba puesto logró que Manzano pasara por alto sus curvas femeninas. Por lo demás: una nariz respingona y pecosa, una melenita rubia cortada por encima de los hombros y unos ojos azules que parecían brillar en la oscuridad... y que se posaron brevemente en la herida de Manzano, pero sin preguntar.

Me gusta este sitio, pensó Manzano, cubriendo con la vista la cabaña y a las tres mujeres.

-Ésta es Sonja Angström -dijo Lara Bondoni-, la nota sueca de nuestro cuarteto. Y la cuarta, la holandesa, está ahora mismo en la bañera.

-¿Tenéis agua caliente? -preguntó Bondoni, casi gritando-. ¿Y una bañera?

Su hija soltó una carcajada.

-Sí, pero sólo si trabajamos duro para lograrlo. No me digas que habéis venido desde Milán sólo para daros un bañito caliente...

Berlín

Michelsen no estuvo de acuerdo con la decisión tomada por el gobierno respecto al estado de emergencia: declararlo sólo en algunas regiones del país le parecía un error, pero, por supuesto, se guardó mucho de comentar su opinión en voz alta.

Con lo que sí se quedó satisfecha, en cambio, fue con la convocatoria de un nuevo gabinete de crisis, más concurrido y ambicioso. Para el día siguiente, si la situación no cambiaba sustancialmente, se organizaría un pleno extraordinario del gobierno y un encuentro del gabinete con los jefes de gobierno de los Länder.

De mayor calado fueron aún los procedimientos de inclusión de las instituciones europeas en todo el asunto, aunque el gobierno se resistía a solicitar ayuda del extranjero. De todos modos, y dadas las cifras que se barajaban y las informaciones que iban teniendo, poca iba a ser la ayuda que recibirían, llegado el caso. Parecía que Noruega, Francia y algún que otro país había logrado recuperar la red eléctrica, al menos en parte, pero ahora estaban ocupadísimos intentando salvar su propia situación.

Tras el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001, todo el mundo occidental sufrió la sacudida que, entre muchas otras cosas, cambió su manera de pensar con respecto al concepto de protección del Estado y de la sociedad. También Alemania, por supuesto. Hasta el momento se había velado por la creación de organizaciones locales o regionales, pero con el cambio de siglo los gobiernos comprendieron que la protección ciudadana y los mecanismos de prevención y emergencias debían ser lo más ambicioso posible y abarcar todos los estratos de la sociedad. Y lo mismo servía para la emergente Europa. De ahí que debieran desarrollarse sistemas capaces de incluir en los mismos procesos a agentes estatales, públicos y privados.

Durante los años siguientes, pues, se idearon estructuras nacionales e internacionales cuyo objetivo era contribuir a una mejor organización, comunicación y colaboración en caso de emergencia. En Alemania llegó a crearse, incluso, la Oficina de Protección Ciudadana del Ministerio del Interior.

Hasta hacía muy poco, los componentes del gabinete de crisis habían sido siempre funcionarios del propio Ministerio del Interior, pero últimamente se había abogado por un grupo de coordinación interministerial de alcance nacional, cuya dirección quedó en manos del Ministerio del Interior. Del secretario del Estado Rhess, concretamente.

Pero aquel día, el superior directo de Michelsen y director del gabinete de crisis y protección ciudadana, no había dado señales de vida. Ojalá no le hubiera pasado nada.

Adecuaron algunos espacios en torno a la actual sala de juntas y

conferencias: se montó una nueva sala de reuniones y se llevaron mesas y sillas a otra espaciosa habitación para facilitar el trabajo del personal de enlace, tanto del gabinete de crisis como del IntMinKoGr, la impronunciable abreviatura de Interministeriellen Koordinierungsgruppe (grupo de coordinación interministerial). Allí se instalaron todos los funcionarios que provenían de otros ministerios, y pudieron estar en contacto permanente con el centro de emergencias y con los diversos gabinetes de crisis, locales y nacionales. También se habilitó un despacho para el director del IntMinKoGr, más allá de su sala de juntas y su oficina.

Para acceder a todo aquel espacio había que mostrar una autorización y marcar un código de entrada en las puertas electrónicas. Varios generadores de emergencia, con corriente para unas cuantas semanas, aseguraban el buen funcionamiento de las instalaciones.

El apagón había afectado a todas las capas y ámbitos de la sociedad, desde los asuntos relacionados con el tráfico hasta las cuestiones de seguridad, pasando por los suministros de alimentos o la sanidad. Junto al secretario de Estado para la seguridad del BMI -el Ministerio del Interior-, Michelsen nombró también a un representante de cada ministerio: alimentación, agricultura y protección al consumidor -BMELV-, salud -BMG-, transporte, construcción y el desarrollo urbano -BMVBS-, medio ambiente -BMU- y asuntos exteriores -AA.

En las salas reinaba una actividad frenética. Los trabajadores probaban sus ordenadores y sus teléfonos, y llenaban sus mesas de papeles y documentos. Todos sabían que se enfrentaban a una nueva y larga noche. La propia Michelsen había vuelto a pasarse por su piso, a esas alturas ya helado como una nevera, y había cogido ropa y artículos de higiene para tres días. Quería estar preparada para lo que pudiera venir, ya que en su momento no lo estuvo en su casa.

Estaba a punto de llamar a un representante de la agencia federal de ayuda técnica cuando le vino al encuentro una funcionaria del Ministerio de Medio Ambiente. Tras ella, un colaborador del Ministerio de Asuntos Exteriores.

-Acabamos de recibir un mensaje de la República Checa -dijo la mujer.

Michelsen leyó su nombre en la placa identificativa: Petra Majewska.

-En la central nuclear de Temelín han sufrido un incidente.

Michelsen notó un escalofrío que le recorría la espalda. Hacía años que las centrales nucleares recibían duras críticas por sus dudosos estándares de seguridad... y Temelín sólo quedaba a sesenta kilómetros de la frontera con Alemania.

-Las autoridades checas no son lo que se dice modélicas, ni excesivamente generosas, a la hora de informar sobre los incidentes en sus reactores -dijo Michelsen, mientras volvía a sentir un escalofrío en la espalda-. ¿A qué creen que se debe que en esta ocasión hayan llamado para comunicarnos la situación?

-La versión oficial -respondió Majewska- es que han fallado dos de los tres

generadores diesel de energía de emergencia de uno de los reactores. Los checos insisten en que la turbina que aún funciona ha podido mantener la central en funcionamiento y que la situación está controlada.

Dios mío, por favor, haz que esto sea cierto. Temelín quedaba al este de la República Checa, y por tanto en la dirección predominante del viento... Pero el tiempo podía cambiar: Chernobil quedaba mucho más al este y sus devastadoras consecuencias alcanzaron en su día toda Europa. Aún hoy, más de un cuarto de siglo después, hay zonas de Baviera en las que no se pueden comer setas ni cazar jabalíes porque aún hay riesgo de un exceso de radiación en ellos. Michelsen habría querido dejar de pensar en todo eso, así como en la posibilidad de verse obligada a recomendar una evacuación generalizada de cientos de miles de personas para evitar riesgos da cualquier tipo, dada la situación actual.

-¿Qué dice el Organismo Internacional de Energía Atómica al respecto? ¿Os habéis puesto en contacto con ellos en Viena? ¿Están al corriente de la situación?

Seguro que sí, se respondió a sí misma Michelsen. Viena quedaba a poco más de doscientos kilómetros de Temelín.

-Sí, dicen exactamente lo mismo que los checos.

-Aun así -dijo Michelsen-, no lo dejéis. Seguid preguntando. Estad atentos.

No sería la primera vez que las autoridades nacionales e internacionales manejan informaciones diferentes. Si en el caso de los esturiones, por ejemplo, se hubiese presentado ante el Organismo Internacional de Energía Atómica -OIEA- el nivel 0 o el 1 de la Escala Internacional de Sucesos Nucleares y Radiológicos -INES en su abreviatura inglesa, la más usada a nivel mundial-, los austríacos y alemanes no habrían pasado de considerarlo un «ensayo». Y eso que la ocultación, o directamente el menosprecio de los incidentes, era una práctica muy propia y reiterada por los responsables de la mayoría de gobiernos a nivel mundial.

-Quiero saber en todo momento lo que está pasando en realidad, y si hay alguna posibilidad de que la situación empeore... aún más.

Al contrario que los generadores de emergencia, ella no necesitaba refrigeración: el escalofrío se había instalado a su espalda y empezaba a desplazarse amenazadoramente hacia su nuca.

Ischgl

-¿Tenéis idea de lo que estáis diciendo? ¿De lo que supondría que estuvierais en lo cierto?

Angström tenía patas de gallo, probablemente de sonreír a todas horas. A Manzano le parecían muy atractivas, aunque desde luego no pensaba hacer ningún comentario en voz alta sobre las arrugas de una mujer.

Van Kaalden se había unido al grupo al salir de la bañera, con la melena mojada envuelta en una toalla. Tras explicar a las cuatro amigas el motivo de su viaje, el salón se había quedado en el más absoluto silencio. Sólo se oía el crepitar del fuego en la chimenea.

-La cuestión no es *si estamos* en lo cierto -respondió Manzano, calmado-. Estoy absolutamente seguro de que lo que digo *es* cierto. Lo importante ahora es saber qué podemos hacer. Qué debemos hacer. -Miró al grupo y continuó-: Pensadlo vosotras mismas: el apagón empezó hace ya veinticuatro horas, en toda Europa, y pese a las promesas que vamos oyendo en la radio no parece haber habido ninguna mejora real. ¿Alguna de vosotras había vivido algo semejante?

-Cierto... en 2003 se solucionó todo en un día -dijo Lara Bondoni-. ¿Y qué sugieres que hagamos?

-Tú trabajas en la Unión Europea. ¿Conoces a alguien a quién puedas hablarle de este tema?

-No sólo yo -respondió Lara-. Sonja también está ahí.

-Y después de lo que nos has contado -dijo Angström-, no creo que fuera a disfrutar demasiado de mis vacaciones.

-Pero ¿por qué crees que en la Unión Europea te escucharán? Recuerda que ayer los italianos se libraron de ti sin miramientos... -preguntó Bondoni.

-No lo sé, pero al menos tengo que intentarlo. Te aseguro que no habría hecho cuatrocientos kilómetros si hubiese pensado que esto era una tontería. Lo que sucede es grave. Muy grave.

-¿Qué me dices, Sonja? ¿Puedes hacer algo al respecto?

Angström asintió, pensativa.

-Yo sola no. Aún no. Pero sé a quién debemos dirigirnos.

Bruselas

Hacía tiempo que Terry Bilback no se sentía tan feliz en su puesto de trabajo. Su oficina estaba calentita, el retrete iba bien, había agua caliente... Y la luz, los ordenadores, Internet e incluso la cafetera funcionaban a la perfección. Al contrario de lo que sucedía en su piso de dos habitaciones del centro de Bruselas, indecentemente caro, y del que ni siquiera había podido salir en coche aquella mañana, porque el transporte público no funcionaba y la circulación estaba bloqueada.

De todos modos, la felicidad no duró demasiado. Igual que el resto de sus colegas del Centro de Información y Monitorización de la Unión Europea (CIMUE, o simplemente CIM para ellos), Bilback había pensado que aquello del apagón no duraría mucho.

Pero se equivocaba. A lo largo de la mañana empezaron a recibir las primeras llamadas y peticiones de los países que formaban parte del grupo.

En el CIM había siempre unas treinta personas trabajando, todas de nacionalidades distintas, y con tres campos de acción principalmente:

En primer lugar, era el centro de comunicación continental. En caso de que se produjera una catástrofe, en el CIM convergían las peticiones de socorro y las ofertas de ayuda de los estados miembros. A él pertenecían todos los países de la Unión Europea, además de Islandia y Noruega. Cada uno de ellos tenía un contacto que actuaba de intermediario con el CIM y que facilitaba las relaciones con el Centro, tanto de ida como de vuelta. En el caso de Alemania, por ejemplo, el intermediario era el Centro de Comunicaciones del Estado Federal y los Länder: GMLZ.

En segundo lugar, el MIC debía informar a todos sus miembros, así como al resto de la sociedad de las actividades e intervenciones actuales. En el *Daily* MIC, además, se advertía diariamente de posibles catástrofes naturales, como inundaciones o incendios forestales.

Y en tercer lugar, el CIM era el encargado de coordinar las ayudas en dos niveles: en la central se comparaban las ofertas y las demandas, se identificaban los déficits y se buscaban soluciones al respecto. En no pocos ámbitos, el MIC estaba formado por expertos en la materia.

Sea como fuere, los tres campos de acción tenían en todos los casos un denominador común: quien pedía auxilio era un país, y quienes ofrecían ayuda, decenas de ellos.

Pero desde ayer por la tarde todo había cambiado: no dejaban de recibir señales de emergencia y peticiones de ayuda (Italia, España, Liechtenstein, Dinamarca, la República Checa, Hungría, Eslovaquia, Eslovenia y Grecia), y, sin embargo, nadie se ofrecía a ayudar. Los países que aún no habían solicitado refuerzos estaban luchando para controlar su situación. Bilback contaba con que las primeras demandas concretas llegaran al caer la noche, a

no ser que la situación y las posibilidades generales de abastecimiento cambiaran radicalmente.

Pero la pregunta del millón era: ¿de dónde podía venir la ayuda?

Se preguntó si tendría que hacer horas extras. Como aquello no mejorase, los de arriba necesitarían la ayuda de todos los trabajadores del centro. Bueno, de todos modos tampoco le apetecía demasiado volver a su piso helado, sin luz ni agua... En el MIC, en cambio, había incluso algunas duchas. Si por él fuera, pues, se quedaba allí toda la noche.

Le sonó el teléfono, una vez más. No había parado en todo el día. No conocía el número. Tenía prefijo austríaco.

-¡Hola, Terry! Soy Sonja Angström.

-¡Sonja! ¿Has podido llegar a tu cabaña?

Angström se rio.

-Bueno, con algún que otro impedimento... Sin energía, las gasolineras no funcionaban...

-¿Y qué habéis hecho?

-Ordeñar vacas.

-¿Perdona?

-Ya te lo explicaré cuando nos veamos. Ahora préstame atención, por favor. Supongo que tendréis un trabajazo de órdago pero... ¿puedes dedicarme cinco minutos?

-¿Tenéis corriente en Austria? Porque según el prefijo que veo en pantalla estás en Austria, ¿no?

-Sí, sí, estoy en Austria. Y no, no tenemos corriente. ¿Vosotros?

-Sólo funcionan los generadores de emergencia. O sea, que en el despacho estamos bien, aunque el ambiente está un poco tenso, como ya debes de imaginar.

-¿Muchas llamadas de socorro?

-Aún no, pero no tardarán en caer. A no ser que alguien solucione toda esta locura y podamos volver a la normalidad, claro.

-Bueno, pues por eso llamo. He oído una historia insólita, algo que me ha parecido muy interesante, pero creo que gestionarla no es de mi competencia, ni tampoco del MIC, sino más bien de la Europol. ¿Podrías pasarme el teléfono de su central, por favor?

-¿De qué se trata?

-Te paso al vecino de una de mis amigas, ¿vale? Él te lo explicará mejor que yo. Se llama Piero Manzano. Es programador informático y ha descubierto algo. En mi opinión, algo muy inquietante.

Ischgl

Cuando Manzano acabó su explicación, en un inglés prácticamente impecable, Angström vio formarse unas arrugas en las comisuras de sus ojos.

-¿Cómo que esto no es de su competencia? -gritó al teléfono, con el ceño fruncido.

Angström le hizo una señal para que le devolviera el aparato.

-¡Típico! -exclamó Manzano, antes de pasárselo con un bufido.

-¿Terry? ¿Qué sucede?

-Estaba a punto de explicarle a quién debía dirigirse para ganar tiempo cuando ha empezado a gritar...

-Ay, perdona, es que en Italia lo han tratado mal y ha tenido un par de experiencias bastante desagradables...

-Ya veo... Está bien, lo entiendo. Pero lo que dice suena a teoría de la conspiración. ¿Qué tipo de persona es tu amigo, o el amigo de tu amiga, o quien quiera que sea?

-A mí me parece sensato.

-Si lo que dice es cierto, el apagón sólo puede deberse a tres cosas: un fallo técnico (lo cual no dejaría de ser una casualidad absurda y desproporcionada), un acto de delincuencia o un ataque terrorista. No quiero ni imaginar lo que podría pasar si el tipo estuviera en lo cierto. Los organismos responsables de estas cuestiones en la Unión Europea serían la oficina anti-terrorista o la Europol...

-... a las que no se puede acceder con normalidad porque sus teléfonos son secretos. Y yo no me he traído los códigos de vacaciones, lógicamente.

-¿Quieres que te los pase?

-Es mejor que la llamada llegue desde un teléfono interno.

-¿Insinúas que yo...? -Bilback respiró hondo-. ¿Y cómo sé que no van a burlarse de mí si les voy con una historia como ésta?

-Me temo que no puedes saberlo, Terry. No hasta que lo hayas hecho. Pero quizá te conviertas en un héroe: ¡el primero en dar la noticia!

-Ya sabes lo que les pasa a los mensajeros de malas noticias...

-Si lo que decimos es cierto, la noticia no es mala, sino buena: al fin sabremos el motivo del apagón, y sólo así podremos empezar a combatirlo.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

Y al cabo de unos segundos...

-¿Cómo se llamaba el programador informático? Nombre, fecha de nacimiento, dirección.

Angström trasladó la pregunta a Manzano.

-¿Por qué lo pregunta? -dijo el italiano.

-Quiere saber quién le ha pasado la información, lógicamente.

-Piero Manzano, 3 de junio de 1968. Vivo en la Vía Piero della Francesca,

en Milán.

Ella repitió lo que había oído y oyó a Bilback tecleando la información en el ordenador.

-Dame unos minutos -dijo éste, al fin-. ¿Dónde puedo localizarte? ¿En el número que veo en pantalla?

-Eso espero.

Angström colgó y resumió la conversación a los demás.

-La oficina antiterrorista o la Europol -exclamó el viejo Bondoni-. ¿Pero cuál de las dos? ¿O es que en realidad no sabe a quién dirigirse?

-En mi empresa pasa lo mismo -suspiró Terbanten-, a veces no sé si tengo que hablar con marketing o con publicidad, con ventas o con recursos humanos.

-¿Y qué haces entonces? -le preguntó Lara.

-Los llamo a todos, por si acaso.

-Terry hará lo mismo, estoy segura.

-Lo creeré cuando nos llame a nosotros.

La Haya

François estaba junto a la ventana de su salón, viendo llover. Empezaba a oscurecer. Por el jardín habían repartido todos los recipientes que habían podido encontrar: cubos, cazuelas, ollas, cacerolas, jarras, vasos, cuencos de cristal, platos de postre... La lluvia bailaba en el interior de todos ellos, ajena a las circunstancias. Como si nada. A su espalda, sus hijos jugaban en el salón. Su mujer, Marie, estaba sentada en el sofá y leía a la luz de las velas. Habían encendido la chimenea. El salón era la única habitación de la casa en la que no hacía frío.

A Bollard le gustó la idea de trabajar en una ciudad que le parecía símbolo de Europa y de su administración. Los edificios palaciegos y las residencias señoriales hacían pensar en el rico pasado de La Haya, y los gobiernos y los reyes preferían aquella tranquila ciudad a los excesos de Ámsterdam. Los unos tenían allí su residencia, los otros, un lugar en el que pasar largas temporadas. Bollard vivía con su mujer y sus dos hijos en una bonita casa del siglo XIX, a quince minutos del mar, con escaleras de piedra y mucha madera. Los niños iban a la escuela internacional y su mujer era traductora.

Cuando le hicieron la oferta, hacía apenas un año, no tuvo mucho tiempo para pensárselo. Pero le llegó en un buen momento. Bernardette estaba a punto de entrar en P-3 y George iba a pasar a primaria. Ambos tenían reservado el curso en buenos colegios de París, pero en La Haya no era difícil encontrar plazas libres en las escuelas internacionales. Siempre que pudieran pagarse, claro. Y como representante francés de la Europol, él podía permitírselo. Tras muchos años de servicio en el ministerio, Bollard esperaba poder afrontar nuevos retos y oportunidades en el marco internacional. Y las previsiones de medrar tras una estancia de dos años en un destino internacional eran incuestionablemente atractivas... suponiendo, claro está, que durante aquellos dos años supiera mantener y cuidar sus contactos. Pero en eso siempre había sido bueno. De modo que... ¿por qué no ir a La Haya? París quedaba apenas a quinientos kilómetros. En avión, una horita. Suponiendo que el vuelo no se cancelase, claro. Como ayer.

Por suerte no tuvieron que hacer cola para buscar un sitio en el que pasar la noche. El aeropuerto de Schiphol no era de los más concurridos, y no quedaba a cientos de kilómetros de su casa. Subieron al coche y en menos de una hora volvían a estar en en La Haya. El viaje de vuelta fue extraño: la autopista estaba a oscuras y el tráfico era más denso de lo normal.

Bollard recorrió el pasillo hasta la puerta del jardín y se puso botas de goma y chubasquero. Una vez fuera, vació siete recipientes casi llenos en un cubo grande y los volvió a dejar en el césped. El cubo, en cambio, lo entró en casa y lo vació en la bañera, que ya estaba casi llena. Luego lo sacó de nuevo al jardín y regresó al comedor.

-¿No puedes conseguir en algún sitio un generador de emergencia para nosotros? -le preguntó Marie.

-La Europol no tiene. Al menos, no para uso privado de sus trabajadores.

La mujer suspiró.

-Esto no es normal. No entiendo por qué tardan tanto en solucionar el problema.

-Es extraño, sí.

-Bueno, tú trabajas con infraestructuras críticas, ¿no?

-Sólo en el caso de que por «crítico» entiendas «terrorista». Y me temo que un apagón no tiene nada que ver con eso.

-¿Pues con qué tiene que ver? ¿Ya saben cuál es el problema?

-Todavía no.

-Claro. Todos esos inútiles prefieren sacar sus castañas del horno en lugar de unir esfuerzos para encontrar soluciones significativas.

Le disgustó el tono que utilizaba su mujer. No es que él fuera muy amigo del concepto «Europa», y el hecho de trabajar precisamente para una institución europea no era para él más que un paso hacia un puesto mejor considerado -y remunerado- a su vuelta a Francia. Parecía que Marie sólo quería provocarlo, y aunque sabía que lo mejor era no decir nada, se sintió obligado a intervenir para defender, ni que fuera levemente, la institución.

-O eso, o es que no hay nada significativo que solucionar.

-Que Dios te oiga.

En aquel momento sonó el teléfono. Bollard corrió hasta el pasillo y lo descolgó. Al otro lado de la línea, un tal Däne, de los servicios informativos, le indicó que estaba a punto de pasarle con un colega británico que trabajaba en Bruselas y acababa de hablar con un italiano que lo llamaba desde Austria. Bollard estaba aún intentando comprender toda aquella información, cuando oyó un clic en la línea.

El británico en cuestión, un tal Terry Bilback, trabajaba en el Centro de Monitorización e Información de la Unión Europea en Bruselas, y le explicó una historia increíble sobre la intervención de los contadores de electricidad en Italia. Bollard lo escuchó con atención y le hizo algunas preguntas. Por toda respuesta, el británico le dio un nombre, una dirección y un número de teléfono. Allí podría localizar al italiano y hacerle todas las preguntas que quisiera.

Bollard colgó y reflexionó unos instantes sobre lo que había oído. Después volvió a coger el teléfono y marcó el número con prefijo austríaco.

Manzano colgó.

-¿Y bien? -le preguntó Angström, cuando éste se reunió con el resto del grupo, cómodamente ubicado en torno a la chimenea.

Todos lo miraron con atención.

-Era un tipo de la Europol -dijo-. Por lo visto informará del asunto a las autoridades suecas e italianas.

-Espero que no siga los procedimientos oficiales -dijo van Kaalden-, o nos pasaremos aquí el resto de la vida.

Por favor, que la comparación no sea cierta, pensó Manzano. Con el francés sólo había hablado brevemente sobre las posibles consecuencias de su descubrimiento, y, la verdad... Sacudió la cabeza como si quisiera apartar de sí aquellos pensamientos.

-¿Puedo beber algo? -preguntó, simulando despreocupación.

Lara Bondoni le pasó un vaso con un líquido humeante que olía fenomenal.

-Os hemos conseguido otra cabaña. Dadas las circunstancias, muchas de las reservas han quedado desocupadas, así que quedaban sitios libres. Seguro que allí estáis mejor que en vuestras casas, frías y desangeladas -les explicó, sonriendo.

Manzano bebió, con la esperanza de que el vino caliente disipara sus peores predicciones.

-Bueno -dijo entonces, dirigiéndose a Angström-, y ahora cuéntanos en qué trabajas. Parece que tienes muy buenos contactos en las altas esferas.

La Haya

Bollard colgó el teléfono y volvió al comedor.

-Voy al despacho.

Marie levantó la vista del libro y lo miró.

-¿Ahora? ¿Un sábado por la tarde?

Lo observó con atención, intentando interpretar la expresión de su cara. Dado el cargo de su marido, un trabajo urgente y repentino no podía significar nada bueno.

-¿Tengo que preocuparme?

-No -mintió él.

Condujo durante menos de diez minutos por las oscuras y solitarias calles. En la central de la Europol se veían algunas luces. El edificio había sido construido con las técnicas y los materiales más modernos de protección del medioambiente, aunque también se habían tenido en cuenta todo tipo de factores de seguridad y los generadores de emergencia funcionaban a la perfección. Hacía muy poco que la central había sido trasladada a aquel edificio -en 2011, apenas-, de modo que era todo muy nuevo. Y en el mismo complejo se hallaba también, entre otros, la Organización contra el Uso de las Armas Químicas (OCPW), el Tribunal Internacional de Justicia para la antigua Yugoslavia (ICTY) y el World Forum Convention Centre, además de una serie de espacios adecuados para ofrecer ruedas de prensa, conferencias, talleres, restaurantes y demás ofertas y servicios.

Bollard fue a buscar a Dag Arnsby, que era quien sugirió que le pasaran la llamada.

-Tuvieron suerte de localizarme. De hecho tendría que haber estado en París.

-Lo sé -respondió el hombre, algo rechoncho y con el pelo oscuro y rizado-, pero está claro que dieron con el tipo adecuado.

-Yo no estaría tan seguro... En cualquier caso, me alegro de que estés aquí. ¿Me ayudas a echar un vistazo al banco de datos?

Cogió una silla y se sentó junto a Arnsby.

-Para empezar, vamos a ver qué tienes de un tal Piero Manzano.

Desde 2005, la Europol contaba con un sistema de información automatizado en el que los estados miembros introducían toda la información que necesitaban: en un banco de datos aportaban detalles sobre sospechosos o presuntos culpables; en otro, información sobre testigos y víctimas de malos tratos o torturas de cualquier tipo; en otro, personas de contacto, acompañamiento o información. A estos últimos sólo tenían acceso los analistas como Arnsby. Bollard no pudo evitar pensar en la recurrente -y en ocasiones más que acalorada- discusión sobre la protección de datos. No todos coincidían con él en decir que los mecanismos de control eran suficientes y

adecuados.

Arnsby introdujo el nombre del italiano.

-¿Es éste? -preguntó.

La pantalla mostraba a un hombre de mediana edad, de rasgos angulosos, mandíbula prominente, nariz delgada, pelo negro, corto y rizado, ojos marrones y piel blanca.

-Piero Manzano -leyó Bollard en voz alta-, metro ochenta y siete, setenta y ocho kilos, cuarenta y tres años, programador. Perteneció varios años a un grupo de hackers italianos que se colaba en las redes informáticas de las empresas y los organismos estatales para descubrir fallos en su seguridad. Por ello fue condenado hacia finales de los noventa, pero sólo preventivamente. Por lo demás, en 2001 pasó unas horas detenido en Génova tras participar en las manifestaciones de protesta de 2001 ante el G-8.

Bollard lo recordaba perfectamente. Génova había supuesto una debacle para la imagen extranjera de la policía italiana: durante los disturbios que se produjeron en torno a la cumbre de los ocho jefes de Estado más influyentes del mundo, uno de los manifestantes recibió un disparo y cientos de ellos resultaron heridos de mayor o menor gravedad porque la policía italiana actuó con sorprendente brutalidad. Años después, algunos de los miembros del cuerpo fueron juzgados y condenados, mientras que otros se libraron porque el asunto había prescrito.

-Ya veo qué tipo de persona es... -observó Bollard, hablando más bien consigo mismo.

Encorsetado desde muy pequeño en el mundo de las estrictas normas sociales de la clase media-alta francesa, que siempre se ha creído más alta que media, observaba a los activistas, sobre todo si eran más bien de izquierdas, con un cierto escepticismo, por decirlo de un modo eufemístico. Eso sí: aunque siempre había censurado este tipo de acciones de los italianos, jamás habría caído en el error de enfrentarse a ellos en una manifestación, pues era perfectamente consciente de que en estas circunstancias no siempre se podía mantener la calma, y menos si alguien intentaba apedrearte.

-Oficialmente trabaja como autónomo. Es informático, experto en redes. Y aunque algunos sospechan que no ha abandonado el activismo, no se le ha vuelto a relacionar con nada parecido. O sea, que sabe de lo que habla cuando dice que su contador tiene un código que no le gusta -dijo Arnsby.

-Ya me lo ha parecido cuando hablé con él. Incluso me ha dado alguna pista: me ha dicho que la compañía eléctrica italiana tenía que ser la primera en revisar los códigos de los routers. No sé a qué se refiere, pero parece que tiene sentido...

-Y si lo que dice es cierto... ¿puede ser que la tragedia tenga la magnitud que mi desinformado cerebro está empezando a calcular?

Durante el trayecto a su oficina, Bollard no dejó de pensar en aquello. Contempló todas las opciones y barajó todas las posibilidades.

-No deseo provocar que cunda el pánico -dijo al fin-, pero la tragedia parece

considerable. Y su magnitud también.

-Porque si alguien es capaz de infiltrarse en la red eléctrica italiana, manipular los códigos de los contadores y bloquear su actividad, lo más probable es que también pueda hacerlo en las redes de otros países, ¿no?

Bollard se limitó a alzar las cejas y apretar la mandíbula.

-Sea como fuere, no debemos perder de vista esta posibilidad.

-¿Y qué se hace en estos casos?

-Se informa al director del departamento de operaciones, quien a su vez informa al director general y a los directores del resto de departamentos de la casa. Y se debate y estudia sobre el tema.

-Ah, pero ése será un proceso largo, y entretanto ya habrá vuelto la luz -dijo Arnsby-. Hoy es sábado. Por la tarde.

-A mí me has encontrado, ¿no? Y en caso de emergencia podemos contactar con la oficina de enlace de los respectivos estados miembros, es decir Italia y Suecia.

-¿Y qué opinas tú como jefe del departamento antiterrorista? ¿Crees que estamos ante un caso real? ¿Algo serio? Y, por cierto, ¿por qué has dicho Suecia?

-Porque el hacker italiano -dijo Bollard, señalando la pantalla que tenía ante sí- me ha dicho que en Suecia había pasado lo mismo que en Italia, y que allí también han cambiado casi todos los contadores por aparatos nuevos, idénticos a los italianos. Por supuesto, le he dicho que dos países no pueden provocar que fracase toda Europa.

-¿Y que te ha dicho?

-Lo que imaginas. Que los «malos» seguro que han emprendido más acciones en el resto de países.

-Pero ¿dónde? ¿Y cómo?

-Ni idea. Éste es el problema.

-¿Podría ser cosa de un solo hombre?

-No, imposible. Y éste es el segundo problema.

-Un problema enorme.

-No llames al mal tiempo.

-Tienes que informar a todos tus contactos.

-No, eso sería absurdo, y exagerado. Estamos barajando una hipótesis, y como tal debemos tratarla. En todo caso deberían ser los italianos y los suecos quienes dieran la voz de alarma. Y deberían hacerlo cuanto antes, para no perder tiempo.

-De acuerdo, pues. ¿Y si, también hipotéticamente, ese tío lo único que quiere es hacerse el interesante?

Bollard hizo una mueca.

-Pues seré el hazmerreír de todo el mundo. Y la Europol utilizará mi nombre en todos los chistes internos, y la prensa me abrirá en canal.

-Ah, bueno. ¿Sólo eso? Mmm... ¿Y qué vas a hacer?

Milán

De las últimas treinta y seis horas, Curazzo sólo había dormido una. Como director junior del consejo de administración técnica tenía una gran responsabilidad en todo aquel asunto. Y lo mismo sucedía con el resto del equipo del improvisado gabinete de crisis de la empresa. El ambiente en Enel estaba cargado; los trabajadores, irascibles. La disciplina y las formas se habían ido diluyendo. Los cuellos de las camisas estaban abiertos; las americanas, colgadas del respaldo de alguna silla y las bolsas de patatas o los bocadillos de máquina estaban abiertos, mordidos y abandonados sobre -o bajo- las mesas. La comida y la bebida no tardaron en convertirse en un problema. El bar de la empresa se había quedado sin reservas, y lo mismo sucedía con los supermercados, las tiendas y hasta los restaurantes de la zona. A los responsables de los suministros se les había pedido que hicieran un reparto extra durante la noche, pero por ahora no había aparecido nadie.

Mirara donde mirara, Curazzo no veía más que rostros cansados y gestos de desconcierto y decepción.

-No lo entiendo -dijo Franco Solarenti, director de la oficina de gestión de crisis-: hemos perdido un montón de centrales eléctricas. El ochenta por ciento tiene problemas para reiniciarse. Por algún motivo, tras ponerse brevemente en marcha vuelven a dar error, y los transformadores también se han vuelto locos.

-Sería posible que los desajustes y fluctuaciones del voltaje hubiesen provocado la caída de alguna de las centrales -concedió uno de los ingenieros jefe-, pero de todas...

-Vamos, hombre, con los recortes de los últimos años... -dijo Solarenti-. Era de esperar que pasara algo así. ¡Ya lo decía yo!

-Caballeros, así no vamos a ninguna parte -intervino Franco Tedesci, director técnico de la empresa y responsable de la gestión de crisis-. Necesitamos una solución, y la necesitamos ya.

Curazzo asintió, ausente. El walkie-talkie le sonaba en el bolsillo del pantalón. Parecía que tenían visita.

-¿Hola? ¿De qué se trata? -dijo al aparato.

-Policía.

-Voy.

Se alejó del grupo sin añadir palabra y bajó hacia el vestíbulo de la recepción, donde, efectivamente, vio a dos hombres. Pero no tenían pinta de policías. Uno de ellos se presentó como Dottore Ugo Livasco, y el otro como Ingeniere Emilio Dani.

-¿Qué puedo hacer por ustedes?

-Tenemos un mensaje de la Europol -le respondió el ingeniero-. Nos consta que ya ha sido usted informado de que los contadores de energía de nuestro

país han sido manipulados y es más que probable que éste sea el origen del apagón y de todo este terrible alboroto.

Curazzo notó que la sangre se le agolpaba en la cabeza al recordar al tipo de aquella mañana. Tras invitarlo a salir del edificio, él había intentado sacar el tema en un par de ocasiones, pero, tras ser rechazado por su superior, decidió olvidarse del asunto y no volver a pensar en ello. Y lo había logrado, claro, hasta ahora.

-Sí, lo recuerdo, pero es que trata de una hipótesis bastante improbable -dijo-. Antes de entrar en funcionamiento, nuestros sistemas pasan unas complejas pruebas de satisfacción, y nos consta que son seguros.

Dani se encogió de hombros.

-Créame, a mí también se me ocurren millones de cosas mejores que hacer en una noche de sábado, aunque sólo fuera quedarme tranquilo en casa -donde, por cierto, tengo un magnífico generador de emergencia-. Así que le propongo algo: colabore con nosotros, ayúdenos a hacer nuestro trabajo, refutemos esta locura de hipótesis, y nos iremos de aquí lo antes posible.

Tras dos días de trabajo ininterrumpido, todos los rostros de los trabajadores de Enel estaban pálidos, pero en aquel momento... En aquel momento se quedaron más blancos que el papel. No tuvieron que buscar demasiado. Los dos policías forenses y expertos informáticos de la Europol habían propuesto empezar por los logs de los routers.

-¿Y por qué?

-Nos han aconsejado que lo hiciéramos.

Dieron con ello en pocos minutos.

En principio, los contadores inteligentes instalados en los hogares y empresas italianos estaban interrelacionados por routers de distribución, como cualquier red informática, y en ellos podían leerse los datos log, es decir, todos los datos que documentaban las señales enviadas al contador.

-Aquí lo tenemos, efectivamente: el contador ha recibido la orden de interrumpir la corriente.

Cuatro decenas de trabajadores se habían reunido ante la gran pantalla de la sala central, sobre la que el director técnico de la empresa, Solarenti, estaba presentando los datos y gráficas correspondientes. Para alguien que no supiera de programación informática, lo que mostraba el experto no era más que un montón de columnas de números y letras.

Curazzo seguía la explicación con la piel de gallina.

-La orden no viene de nuestra central -estaba diciendo Solarenti-, sino del exterior. Por lo visto alguien ha logrado colarse en un contador, y de allí ha ido extendiéndose al resto. Ni siquiera ha necesitado un virus. La red le ha servido de plataforma.

Solarenti esperó a que sus palabras hicieran efecto. En la sala no se oía ni una mosca. Tan sólo las máquinas se atrevieron a seguir funcionando.

-Dios mío -dijo al fin alguien, rompiendo el silencio.

-¿Y cómo ha podido suceder algo así? -se animó a decir alguien más-. ¿Qué hay de nuestros sistemas de seguridad?

-Nos encargaremos de descubrirlo lo antes posible.

-Pero esto... -añadió un tercero-. Esto implica que es cierto que alguien ha apagado la luz. ¡En toda Europa!

-El problema es que no sólo la ha apagado -respondió Solarenti-, sino que puede volver a hacerlo cada vez. El hacker se ha colado en nuestras casas y empresas y se ha quedado con nuestra red. Y cuando logramos recuperar la corriente y estabilizar toda una zona, el tío vuelve a dar la orden, lo bloquea todo y la corriente vuelve a fallar.

-¡Es como si jugara con nosotros!

-Ésta es la mala noticia, sí. Pero también tenemos una buena: ahora que conocemos cuál es el origen podemos bloquear la orden de los contadores y hacer que dejen de obedecerla. En este mismo instante nos ponemos manos a la obra. En unas horas habrá acabado todo.

Si aquello hubiera sido una película, seguro que tras la última frase todos habrían empezado a aplaudir y a abrazarse entre sí. Sin embargo, en la vida real la sala siguió en el más absoluto silencio. Era como si cada uno de los allí presentes estuviera recordando las palabras que acababa de oír y grabándolas en su memoria. La red eléctrica italiana había sido víctima de un atentado. Aún no se sabía de quién, ni por qué. No habían recibido ningún chantaje, ni ninguna amenaza.

-Esto es un desastre -suspiró Tedesci; y luego, dirigiéndose a los dos criminalistas que estaban a su lado, añadió en voz alta-: Caballeros, creo que en este asunto deberíamos andarnos con pies de plomo y ser extraordinariamente precavidos.

Ambos lo observaron atentamente, a la espera de que siguiera hablando.

-La noticia no debe trascender -continuó él entonces, en voz baja-. De hecho, ni siquiera la Europol debería saber nada al respecto. Ya lo han oído: ¡en dos horas habrá acabado todo!

El Ingeniere Emilio Dani inclinó la cabeza, pensativo. El Dottote Ugo Livasco dedicó a Tedesci una mirada indescriptible.

-Caballeros -repitió el director técnico, con una mirada impaciente-, entre 2001 y 2005 invertimos tres mil millones de euros en este sistema, e instalamos treinta millones de contadores en toda Italia. ¡Treinta millones! ¿Tienen idea de lo que significaría que la noticia saliera a la luz?

El ingeniero asintió. Curazzo tuvo la sensación de que el gesto simbolizaba más un «te comprendo» que un «estoy de acuerdo», y sus sospechas se confirmaron en cuanto el Dottote Livasco tomó la palabra:

-Lo entiendo perfectamente. Pero ¿no se le ha ocurrido pensar que el autor de semejante manipulación podría haber actuado de forma semejante en otros países de Europa? Al fin y al cabo, el apagón es de una magnitud sin parangón... Y estamos moralmente obligados a advertir a todos del peligro.

-En la actualidad sólo hay un país que cuente con un sistema parecido al

nuestro: Suecia. Podríamos sugerirles que nos avisen si encuentran algo que les llame la atención...

-La decisión de que la noticia trascienda o no, no depende de nosotros. Nuestra obligación es informar de nuestras investigaciones.

-Pero esos calientasillas de Bruselas...

-La Europol tiene su sede en La Haya -le corrigió Livasco.

-¿Y qué más da? ¡Por mí como si se instalan en el Caribe! ¡Esa gente lo proclamará todo a los cuatro vientos, aunque sólo sea para demostrar que están haciendo algo! -Tedesci estaba muy alterado-. Voy a llamar a mi amigo, el canciller. Que él decida lo que hay que hacer. ¡Estamos ante una cuestión de seguridad nacional!

El rostro de Livasco se endureció, y sus labios se arquearon formando una fina sonrisa.

-Me temo que su amigo el canciller no está autorizado para tomar la decisión, pero me parece muy bien que lo llame. Mientras tanto, yo llamaré a la Europol.

-¿Está insinuando que no piensa rendir cuentas al ministro del Interior? -le preguntó Tedesci.

-Por supuesto que lo haré. Le informaré de todo, detallada y minuciosamente, y espero que él haga lo propio con el canciller.

-Me parece que no me está entendiendo -sibiló Tedesci-. ¿Quiere usted echar a perder su carrera en la Policía?

La sonrisa de Livasco se convirtió ahora en una mueca manifiestamente sarcástica, y mirando al italiano fijamente a los ojos, le contestó:

-Ya veremos qué carreras se echan a perder después de esto...

Curazzo vio que uno de los colaboradores de Solarenti le susurraba algo al oído. Éste asintió y se acercó al grupo. El responsable de la gestión de crisis, Tedesci, lo observó con la mandíbula apretada.

-Creo que tengo una buena noticia -dijo Solarenti, abarcando a todo el grupo con la mirada y señalando el gráfico de una red eléctrica que aparecía en verde en el ordenador.

-Los códigos tienen que introducirse en el sistema a través de cifras, y éstas van extendiéndose progresivamente al resto del país...

En el gráfico podían verse tres grandes puntos desde los que surgían todas las líneas rojas que iban tiñendo el mapa de Italia.

-Si extraemos el momento en el que se ha originado cada fallo podremos seguir el recorrido inverso del apagón e identificar en qué contadores se originó todo.

Solarenti hizo un gesto a su colaborador para que tocara algo en el ordenador, y todos pudieron ver en la pantalla lo que acababan de escuchar. Las líneas rojas fueron desapareciendo progresivamente hasta quedar sólo tres puntos rojos sobre el mapa de Italia.

-¿Está insinuando -intervino del Dottore- que podemos saber el lugar exacto en el que los hackers intervinieron los primeros contadores?

Solarenti asintió.
-Estoy diciendo que ya lo sabemos. Las direcciones exactas. Y son tres.

Día 2. Domingo

Turín

-Ya hemos llegado -dijo Valerio Binardi.

Estaban ante una puerta de roble. A un lado, el timbre -sin nombre-. Al otro, su colega Tomaso Dello. El casco lo protegía del frío, y, en la parte que le cubría la mandíbula, llevaba integrado un micrófono para dar órdenes a su equipo.

Tras él, seis hombres del Núcleo Operativo Centrale di Sicurezza -NOCS-. O, dicho con otras palabras, el equipo antiterrorista de la Policía del Estado. Chalecos antibalas, pistolas cargadas, el ariete listo para actuar.

Seis hombres más esperaban tras las ventanas abiertas del domicilio que quedaba justo encima, listos para lanzar unas cuerdas y entrar en el piso en cuanto les dieran la señal. En los edificios circundantes, otros tantos especialistas, con prismáticos de visión nocturna, tenían la misión de cubrir a sus compañeros. A la entrada del edificio y por toda la manzana se habían repartido varias tropas, y las furgonetas estaban aparcadas en la esquina de la calle.

El insólito silencio que había seguido al apagón dificultó el acercamiento, aunque no lo impidió, y más teniendo en cuenta que aquella unidad, precisamente, recibía el nombre de *Sicut Nox Silentes*, es decir, «Silenciosos como la noche».

No sabían si el piso estaba habitado o no. Hacía menos de dos horas que habían recibido la orden de entrar en acción. Los helicópteros se habían ubicado cerca del barrio, a las afueras de Torino, pero no pudieron hacer muchos más preparativos, pues les habían dicho que no tenían tiempo que perder.

En la breve reunión preliminar que mantuvieron definieron los tiempos con toda precisión. No podían fallar en nada: en aquel preciso instante, en otros dos puntos de Italia había una segunda unidad NOCS y una tropa del Gruppo di Intervento Speciale -el grupo antiterrorista de los Carabinieri-, respectivamente, también listas para actuar.

Binardi no sabía a quién estaban cercando exactamente, pero no le cabía la menor duda de que el asunto era serio: las dos unidades antiterroristas de Italia se habían unido para actuar a la vez, y aquello no podía significar nada bueno. Echó una última mirada a su reloj de pulsera. Las seis de la mañana. Fuera aún era oscuro.

Por fin, recibieron por radio la orden de atacar.

El ariete echó la puerta abajo, y los hombres del NOCS lanzaron granadas de humo al interior del piso. En el interior, pues, niebla y oscuridad. Binardi corrió a la primera puerta y la abrió de una patada. Lavabo. Vacío. Segunda puerta. Armario. Vacío. La puerta del salón estaba abierta. Los colegas entraron en el piso en bloque. Podía oír el atenuado sonido de sus botas sobre

el parquet. Revisaron el piso en pocos minutos, pero allí no había nadie. Como único mobiliario, un sofá viejo, unas estanterías y dos puertas más, ambas cerradas. Un equipo fuera, y Binardi con los suyos dentro. Una habitación con una litera. En la cama de arriba, un niño observa a Binardi con los ojos abiertos como platos. Él coge el arma instintivamente. El niño empieza a llorar. Luego otro niño en la litera de abajo. Binardi mira a su alrededor e indica a uno de sus hombres que se encargue de la cama de abajo. Él, la de arriba. Levanta la manta. El niño está solo. No hay peligro, pero no sueltan las armas. Los niños se apretujan en la esquina de la cama, contra la pared.

Veinte segundos después, el comunicador que Binardi lleva en el casco le indica cómo está la situación:

-Dos adultos en un dormitorio. Parece que los hemos despertado. Por lo demás, todo limpio.

-Oído -dijo Binardi al aparato.

Sintió que su cuerpo se relajaba y el subidón de adrenalina remitía. Podrían haber llamado al timbre, al final.

La Haya

Bollard desconectó el proyector. Si había algo que tenía claro desde la noche anterior, era que iba a tener que ahorrar cada gota de gasóleo del generador de emergencia.

Habló por teléfono con sus colegas italianos y suecos, dejó el número de su móvil en la central y volvió a casa, a su fría habitación, para meterse en la cama con la esperanza de que al día siguiente todo se hubiese solucionado.

A las cuatro de la mañana, el teléfono lo arrancó de un sueño nada reparador. Los suecos fueron los primeros en llamar, apenas media hora antes que los italianos. Ambos países confirmaban las peores sospechas: los contadores daban muestras de haber sido manipulados.

No hacía mucho que los expertos habían empezado a discutir sobre los peligros de las modernas redes eléctricas. La mayoría de ellos pensaba que los sistemas eran lo suficientemente complejos y estaban lo suficientemente protegidos como para no tener que preocuparse durante mucho tiempo. En general, las redes eléctricas europeas operaban profesionalmente siguiendo el criterio n-1, según el cual cualquier recurso eléctrico -un transformador, un cable de alta tensión, una planta de energía... -podía fallar en cualquier momento sin afectar al resto de la instalación. Por lo tanto, un incidente localizado en algún punto, fuera éste el que fuera, no tendría que provocar en ningún caso un fallo mayor. Como mucho podría suceder que varios de estos incidentes localizados tuvieran lugar a la vez, pero esto sólo se daba en situaciones realmente insólitas o con una meteorología especialmente adversa. Sea como fuere, y pese a todos los adelantos y medidas preventivas, no podía olvidarse que el factor humano aportaba siempre un punto de indefinición a todos los adelantos y medidas preventivas... y a la seguridad en los sistemas.

Hasta la fecha, los ataques a las compañías eléctricas apenas habían tenido consecuencias, y en muy pocas ocasiones habían afectado a más de una región. Los principales culpables de estos ataques solían ser extremistas nacionales. Tal fue el caso, por ejemplo, de la llamada Noche de Fuego de 1961, al sur del Tirol. En ella, varios grupos criminales que se hacían llamar «combatientes por la libertad» sabotearon las redes eléctricas de varios pueblos y pequeñas ciudades, inutilizando la iluminación pública, los dispositivos de alarmas y gran parte de la telefonía y demás infraestructuras, con el fin de sobrecargar a la policía, a los bomberos y al resto de servicios de emergencia y dejándose el camino libre para nuevos y sistemáticos ataques a la población... Pero esto de ahora era otra cosa.

Treinta minutos después de la llamada de los suecos, Bollard estaba sentado en su despacho, teléfono en mano, alarmando a todos los que pudiera localizar. Entretanto, sus contactos en Italia y Suecia le enviaron sendos informes con las primeras impresiones de sus indagaciones. Hacia las siete de

la mañana había reunido ya a la mayor parte del equipo, unas dieciocho personas, que en aquel momento debatían acaloradamente en la sala de juntas. Una vez más, Bollard se sorprendió al ver las pocas mujeres que allí había. De la junta directiva sólo faltaba el director de la Europol, el español Carlos Ruiz, que el jueves había viajado hasta Washington para asistir a una reunión de la Interpol y ahora sólo pudo ponerse en contacto con ellos por videoconferencia.

-Hemos emprendido una acción coordinada -dijo Bollard-. Nuestros colegas en Italia y Suecia han localizado tres posibles puntos de partida, correspondientes a tres viviendas, y en menos de dos horas han enviado a sus unidades especiales a comprobar qué es lo que estaba sucediendo en ellas. Los interrogatorios a los inquilinos -o a los antiguos inquilinos- se están llevando a cabo a toda velocidad. Por otra parte, también en el resto de Europa se están emprendiendo acciones de este tipo, aunque no se están revisando los contadores, evidentemente, porque en su mayoría son analógicos.

»He mandado redactar un primer dossier para los oficiales de enlace de todos los estados miembros. En él les comunicamos los descubrimientos llevados a cabo en Italia y Suecia, y los emplazamos a poner manos a la obra: todos los sistemas de suministro de energía deben ser revisados. ¡Todos! Desde las centrales nucleares hasta los más discretos operadores de redes. Y después de esta reunión, como no podría ser de otro modo, informaremos minuciosamente a la Comisión Europea, a la Interpol y al resto de autoridades contempladas en los procedimientos.

Bollard hizo una pausa, y luego continuó:

-Creo que todos somos conscientes de la importancia de esta misión. No exagero si les digo que esto lo más serio que hemos tenido entre manos desde que se fundó nuestra oficina.

El director de la Europol, en Washington, carraspeó al otro lado de la pantalla del ordenador desde el que había estado siguiendo la reunión, y dijo:

-A partir de este momento decreto el veto de vacaciones; todos los trabajadores de la Europol deberán presentarse en sus puestos lo antes posible y permanecer en ellos hasta que hayamos solucionado el problema, o bien hasta nuevo aviso. Señora Teneeren -añadió, dirigiéndose a la directora del departamento de Comunicaciones Corporativas-, ¿qué estrategias comunicativas están previstas para informar a los ciudadanos?

La británica, una atractiva mujer de cuarenta y tantos años, se estiró la chaqueta antes de contestar:

-Vista la cantidad de empresas y jurisdicciones involucradas en este asunto, debemos tener muy en cuenta la posibilidad de que se produzcan filtraciones más o menos distorsionadas de la situación. Todas las preguntas que lleguen a nuestro departamento deberán pasar por mí y al final seré yo misma quien las responda. En cuanto a las cuestiones idiomáticas... la Europol investigará cualquier posibilidad de manipulación, con ayuda de las autoridades de las distintas nacionalidades. Pero aún no vamos a confirmar nada.

-¿Es cierto -siguió preguntando el director Carlos Ruiz- que el primero en dar la voz de alarma, el primero en conocer la información sobre los contadores, fue un programador italiano que condujo cuatrocientos kilómetros para poder ponerse en contacto con nosotros después de haber sido ninguneado por la policía y la principal empresa proveedora de electricidad de su país?

-El hombre apareció en nuestro centro de datos -respondió Bollard, cogiendo el testigo.

-¿En qué contexto?

-Se infiltró en centros de redes informáticas, empresas y ministerios para llamar la atención sobre la precariedad de los sistemas de seguridad. Es un hacker. Y uno muy bueno, según parece, pues logra entrar allí donde se propone... O al menos lo lograba hace unos años. Ahora parece que se ha retirado.

-¿Cómo lo definiría? ¿White Hat o Black Hat? -preguntó Ruiz.

-Es difícil decirlo -respondió Bollard, sorprendido.

Jamás habría imaginado que el director supiera de aquel asunto, aunque sólo fuera de un modo superficial. Para Bollard todos los hackers eran criminales, y esto incluía a los White Hats, aunque ellos sólo interviniesen en redes extranjeras. Los Black Hats, por su parte, eran unos vándalos indiscutibles que malmetían y robaban información, o lo que fuera, sin ningún tipo de miramiento.

-También sabemos que participó en las manifestaciones de los noventa, y que en los disturbios contra la cumbre del G-8 en Génova acabó siendo detenido.

-¿Cree que puede tener algo que ver con los responsables de todo este asunto?

Bollard tuvo que admitir, al menos en su fuero interno, que ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello.

-¿En qué sentido? ¿Piensa que quizá se haya arrepentido de sus actos al ver todo lo que está sucediendo?

-Sí, algo así. En cualquier caso, no quiero que lo pierdan de vista -respondió Ruiz-. Quizá pueda ayudarnos a estirar del hilo y llegar hasta sus cómplices.

-O quizá no tenga nada que ver con el asunto.

-En tal caso, suponiendo que el hacker italiano de verdad fuera tan buen informático y estuviera tan limpio de culpa como usted pretende, señor Bollard, quizá pudiera servirnos de ayuda, ¿no le parece? Ya lo ha hecho una vez, y en estos momentos aquí necesitamos la colaboración del mayor número de trabajadores posibles. Por otra parte, si estuviera involucrado en el asunto y quisiera llevar a cabo algún otro tipo de sabotaje... podríamos observarlo detenidamente y abortar su movimientos.

-¡Pero eso sería como prestarse a dormir con el enemigo!

A Bollard, la idea de colaborar con un revolucionario de izquierdas como aquel italiano no le gustaba nada...

-Estoy convencido de que con ustedes estará en buenas manos y no podrá volver a atacarnos -dijo Ruiz-. Encárguese del asunto personalmente, Bollard.

Centro de mando

La respuesta del director de la Europol lo sorprendió. El rostro anguloso del hombre, con su pelo corto y canoso, no mostraba ninguna reacción extraordinaria al otro lado de la pantalla, y lo mismo sucedía con el resto del equipo, congregado ante la imagen del director en la sala de reuniones.

Tenía que ser precisamente la Europol, tan cargada de burócratas, la que tuviera más interés en deshacer el entuerto, ¿verdad? -se dijo-. Querían saber quién les había apagado la luz, y pensaban seguir hasta la pista más remota... Tenía verdadera curiosidad por saber cuánto tardarían Berlín, París y el resto de países en verse en la pantalla como gallinas asustadas y desplumadas.

Que llamaran al italiano, sí, que lo llamaran. Aunque el tipo le había sorprendido e incluso había trastocado ligeramente sus planes, ya no podría hacer nada más para ayudar a los de la Europol. Y ellos lo sabrían de inmediato. Pobres... todavía no tenían ni idea de lo que se les venía encima. Tendrían que haberlo previsto. Podrían haberlo hecho. Pero ni siquiera se habían parado a pensar que alguien pudiera seguir dominándolos eternamente, como él hacía ahora. Hacía años que las señales eran del todo inequívocas, pero, por algún motivo incomprensible, todos habían decidido no prestarles atención. Pues bien, ahora sabrían lo que significa la impotencia. La fiesta no había hecho más que empezar.

Ischgl

Angström se despertó con la sensación de tener una cabeza gigante bajo la que su cuerpo pendía como un simple apéndice. Era un milagro que la almohada pudiera cubrírsela toda. En la cama de al lado oyó respirar a Fleur. Abrió los ojos unos milímetros, con mucho cuidado, y enfocó la vista más allá de su almohada. La luz de la mañana brillaba anaranjada a través de las cortinas de cuadritos rojos y blancos de su habitación, y Angström pensó que parecía la luz de un anuncio barato de carretera. Volvió a cerrar los ojos y maldijo el ponche. Poco a poco logró incorporarse de la cama hasta poner los pies en el suelo. Estaba helado. Avanzó torpemente hasta el lavabo. Se escandalizó de lo fría que estaba la taza del retrete. Tiró de la cadena. Nada. Entonces lo recordó. Seguían sin electricidad. Cogió el cubo de agua que habían dejado preventivamente en el baño y lo vació a medias. Se dirigió a la pila del lavabo. No se miró demasiado en el espejo. Pensó que una ducha calentita le sentaría de perlas, pero en su lugar se lavó la cara con nieve fundida. Al menos le sirvió para despejarse. Cogió un paracetamol del botiquín e hizo cuanto pudo para devolverle la dignidad a su rostro. Luego se peinó, volvió a la habitación y se vistió en silencio. Fleur seguía durmiendo a pierna suelta. Cómodamente vestida con unos tejanos y un jersey muy abrigado que se compró en un viaje a Noruega, Angström bajó al comedor. Había sido la primera en despertarse. En la chimenea quedaban apenas unos restos carbonizados de madera que se deshicieron, sin más, cuando sopló para intentar avivar las brasas. Entonces puso dos troncos nuevos y volvió a encender el fuego.

Cuando reservaron la cabaña les dijeron que el desayuno iba incluido en el precio, pero dadas las circunstancias Angström no tenía muy claro si aquello iba a ser posible...

Fuera brillaba el sol. Acababa de aparecer tras la montaña que tenían justo delante. El valle, en cambio, seguía a la sombra. La nieve deslumbró a Angström, pero ella cerró los ojos y saboreó la calidez de los rayos de sol en su piel. Sobre el felpudo de la entrada había una cesta de picnic, y en su interior, pan negro, mantequilla, jamón, queso, embutidos, mermelada y hasta dos termos con té y café. Cogió la cesta y la llevó a la cocina. Se sirvió una taza de té y fue a sentarse al banco de la entrada, al sol.

Se estaba tan bien... Parecía imposible que ahí fuera hubiera tantos problemas... Aunque quizá ya se habían solucionado y aquellas cabañas eran las únicas que no habían recuperado aún la corriente.

Angström cerró los ojos y se dejó acariciar por los rayos de sol. Entre las manos, la taza con té caliente.

-No volveré a tomar ponche en mi vida.

Abrió los ojos. Frente a ella estaba Manzano, algo apartado para no taparle

los rayos de sol. Angström se rio.

-Eso mismo he dicho yo al levantarme.

Él respiró hondo, dio media vuelta para señalar las montañas y dijo:

-Maravilloso, ¿no te parece?

-Sí -respondió ella-. ¿Dónde está el padre de Lara?

-Sigue durmiendo. Las últimas treinta y seis horas han sido muy estresantes para él. Ya no tiene edad para estos trotes...

-También han sido estresantes para ti, ¿no? Después de todo lo que nos contaste...

Manzano se rio.

-¡Bueno, al menos yo no he tenido que ordeñar ninguna vaca!

Angström tuvo que hacer un esfuerzo para recordar de qué habían hablado la noche anterior, pero lo que estaba claro era que aún tenía agujetas en los antebrazos.

-¿Te apetece un té o un café?

-No quiero dejaros sin desayuno.

-Bueno, si se acaba pediremos más.

-Entonces vale, gracias. Un café.

Angström cogió una taza y el termo de la cocina. En el piso de arriba, alguien acababa de entrar en el baño. La cabaña empezaba a despertar. Volvió a salir al porche. Manzano se sentó a su lado, en el banco, y envolvió la taza con las manos. Apoyó la cabeza en la pared de la cabaña y cerró los ojos.

-Lo pasé muy bien ayer -dijo-. Fue una velada muy agradable, pese a todo.

-Sí -dijo ella, adoptando la misma postura que él.

Manzano se había mostrado muy interesado en su trabajo en el CIMUE y no tardaron en ponerse a hablar del bien y del mal y de todo un poco. De todo un poco, vamos. Estuvieron despiertos hasta las tres de la mañana al calor de la chimenea que ardía en la cabaña de la recepción. A Angström le pareció que van Kaalden estaba encantada con el italiano. Cada vez que él decía algo, su amiga reía como si fuera lo más ingenioso que hubiese oído en la vida. Y bebió más ponche que nadie. Seguro que se levantaba con una resaca descomunal.

-¡Buenos días, tortolitos! -Terbanten estaba en la puerta de la cabaña, con una taza en la mano.- ¿Puedo sentarme con vosotros?

A Angström le dio un poco de rabia que Chloé apareciera justo en aquel momento. Con lo cómoda y bien que estaba...

-Aquí -dijo Manzano sin abrir los ojos, dando unas palmaditas en el banco para indicarle que a su lado había sitio.

Se acabó la calma. Terbanten empezó a hablar por los codos, como siempre, y Manzano fue apuntando algún que otro comentario, más que nada por educación.

Angström estaba a punto de levantarse para marcharse de allí cuando oyó pasos en la nieve. Una de las chicas de recepción se acercaba por el camino, entre las cabañas.

-Señor Manzano, acaba de llamarle un tal señor Bollard. Ha dicho que volverá a llamar en diez minutos, y que haga el favor de ponerse porque es muy importante.

Manzano, de pie ante el mostrador de recepción, sostenía el auricular con una mano y asentía en silencio. Ya estaba completamente despierto. Angström se hallaba junto a él.

-Mal -estaba diciendo entonces, en inglés-. Habría preferido equivocarme.

-Nosotros también -le respondió Bollard al otro lado de la línea.

-¿Encontraron alguna cosa más?

-¿Dónde?

-No sé. En otros países. Entre los distribuidores. En las centrales eléctricas. Usted mismo ha dicho que un apagón en Italia y Suecia no puede afectar a toda Europa.

-Hemos solicitado investigaciones a todos los Estados.

-¿Han solicitado investigaciones?

-La Europol no puede hacer más. Ni siquiera tenemos el personal adecuado. Lo cual me lleva a hablarle del segundo motivo de mi llamada. Mire usted, no quiero irme por las ramas, así que le seré claro: conocemos su pasado, y también sabemos que es usted bueno en su trabajo. El director de la Europol quiere que trabaje con nosotros, como consejero. Aquí, en La Haya.

Manzano enmudeció unos segundos. Sabía que muchos hackers solían acabar cooperando con las empresas y organismos oficiales cuya seguridad habían burlado, y aunque la mayoría de ellos sólo trabajaba por el beneficio económico, le constaba que muchos de aquellos hackers cooperaban con el FBI para obtener un tipo de información que de otro modo les estaría vedado.

-¿Sabe usted que hace unos años fui detenido y juzgado?

-Sí, porque es usted lo suficientemente bueno como para colarse en las empresas y los organismos que haga falta.

-No, porque fui tan estúpido que no pensé en esconderme.

-Pero no ha vuelto a pasarle.

-Quizá porque no he vuelto a actuar.

-Claro. O quizá porque se ha vuelto usted más astuto. En cualquier caso... ¿qué me dice? ¿Se apunta? Es el director en persona quien lo reclama. Por el dinero no se preocupe -añadió Bollar.

Manzano posó la mirada en la ventana. En la nieve blanca que brillaba al sol. Creía que había contemplado todas las posibilidades, pero se equivocaba. Jamás se planteó la opción de que la policía lo llamara para pedirle su colaboración. La policía nunca había sido amable con él. Lo habían reprimido y detenido, se habían burlado de él y, hacía apenas dos días, lo habían tratado como a un estúpido. ¿Por qué iba a colaborar con esa gente? Los recuerdos de la manifestación de Génova le vinieron inevitablemente a la cabeza: aquellos tipos uniformados dispararon sin miramientos contra un manifestante. Manzano los tuvo delante, cerrando filas, con sus cascos, sus escudos y sus

porras. A estas últimas no sólo las vio, sino que las sintió en su propio cuerpo, aunque lo único que hizo fue gritar por el altavoz. Aquellos tíos lo golpearon sin miramientos y sin razones. A él y a muchos otros. Sólo porque sí.

- Creo que no voy a aceptar -dijo al fin-. Ya les he puesto sobre aviso. Ahora es cosa suya.

-Le sugiero que recapacite -le dijo Bollard-. Tómese su tiempo. Y apúntese este número de teléfono, por si cambia de opinión. Sólo una cosa más: si se decide a colaborar con la Europol, deberá mantener su actividad en el más absoluto silencio. Todo lo que hagamos respecto a esta crisis deberá ser tratado con la máxima discreción.

Secretismo, por supuesto. Cómo no. Lo que sea para que el pueblo no se entere de nada. La observación no hizo sino reafirmarlo en su decisión.

-Definitivamente, creo que no soy la persona que necesitan -dijo.

-Piénselo un poco más. Volveré a llamarlo en una hora.

Angström siguió la conversación de Manzano con una tensión cada vez mayor. Las respuestas del italiano la llevaban a imaginar los comentarios que podrían estar sonando al otro lado de la línea, y cuando éste al fin colgó se confirmaron todas sus sospechas.

La noche anterior habían empezado a hablar sobre lo que sucedería si el apagón se alargaba en el tiempo, pero en seguida cambiaron de tema: la realidad era demasiado dura para lo distendida y agradable que estaba resultando la velada. Dado su trabajo en el Monitoring and Information Centre, Angström era seguramente la mejor informada del grupo. No es que fuera la primera vez que se enfrentaban a una situación similar: ahí estaba el terremoto de Haití, por ejemplo. La sueca recordó las imágenes que transmitió la televisión y los informes que recibieron varios días después de la tragedia. Millones de personas en situaciones higiénicas infrahumanas, sin agua ni alimentos ni medicinas, sufriendo los ataques de merodeadores y saqueadores en todas las esquinas, con escenas de verdadera desesperación en los pocos lugares en los que podía brindarse alguna ayuda... Apartó de su mente aquellas imágenes. En Europa gozamos de una administración que funciona perfectamente y de un sistema de ayudas muy bien coordinado, se dijo. La cuestión era... ¿cuánto tiempo podríamos aguantar con esta administración y este sistema de ayudas?

Mientras volvían a la cabaña, no pudo evitar preguntar a Manzano por qué no quería ir a La Haya y colaborar con la Europol.

Manzano se encogió de hombros y le dijo:

-No tengo una buena relación con la policía, creo que ya lo sabes. Además, no tengo claro cómo podría ayudarlos.

-Bueno, ya los has ayudado una vez. ¿Por qué no seguir haciéndolo?

-No soy ningún experto en el tema. Estamos hablando de sistemas específicos y muy concretos.

-Estamos hablando de tu campo: la informática.

-Pero me piden que haga algo que no he hecho nunca. Es como si a ti te dijeran que dejes de coordinar las ayudas para las situaciones catastróficas, y que en su lugar te dediques a, por ejemplo, montar un campeonato de esquí. De un día para otro.

-Bueno, no sería lo mismo, pero entiendo a lo que te refieres.

Cuando llegaron a la cabaña los demás ya habían puesto la mesa para el desayuno. También estaba ahí el viejo Bondoni, a quien Manzano explicó las novedades.

-¡Pues claro que vas a ir, ya lo creo que sí! -exclamó el hombre sin dudarlo-. ¿O piensas dejar nuestro futuro en manos de esos inútiles?

-¡No exageres, Bondoni, esos tipos son profesionales!

-Sí, claro, tan profesionales que no se les ha ocurrido mirar en los contadores hasta que un hacker italiano les ha llamado la atención sobre los códigos.

-Ellos también habrían acabado descubriéndolo tarde o temprano...

-Más bien tarde, según parece. No, querido amigo, no permitiré que te escaquees tan fácilmente. Ya no eres tan joven como para empeñarte en verlo todo blanco o negro.

-Desde luego que no. En todo caso lo vería en Bits y Bytes.

-¿Por qué te manifestaste en otras épocas? ¿Por qué te enfrentaste a la policía? Querías salvar el mundo, ¿no? Pues bien, ahora tienes la oportunidad de hacerlo de verdad.

Para no tener que responder a eso, Manzano mordió un trozo especialmente grande de pan.

-Déjalo tranquilo, papá -dijo Lara Bondoni-. Es él quien debe decidir.

El hombre suspiró.

-Está bien. Tú sabrás lo que haces, Piero. El caso es que por ahora no tendremos agua ni calefacción, y dentro de poco tampoco tendremos comida, ¿no? Genial. Pero entonces estoy más cómodo aquí que en casa.

Y dicho aquello untó una rebanada de pan con mantequilla y mermelada.

-No tiene por qué ser así -le contradijo Manzano-. Ahora que ya saben lo de los códigos, deberían poder reactivarlos sin problemas y hacer que todo vuelva a la normalidad...

-Pero tú sospechas que el responsable de todo esto lleva algo más entre manos, ¿no es cierto? -apuntó Angström.

-Bueno, se me ha pasado por la cabeza la idea, sí. Sobre todo después de la llamada de ese tío de la Europol y de su afirmación de que un apagón en Italia y Suecia no tendría que haber afectado al resto de Europa.

-¿Estáis insinuando que no han logrado controlar el apagón? -preguntó van Kaalden.

-Por ahora no -respondió Angström.

-Pues yo también me quedaré aquí con el padre de Lara.

-Claro. ¡Lo habrías hecho de todos modos! Hoy es nuestro primer día de vacaciones, ¿recuerdas? Quizá deberíamos disfrutarlas un poco, y no dejar

que nada ni nadie nos las eche a perder.

Tus vacaciones ya estaban estropeadas antes de empezar, pensó Angström, sólo que no quieres aceptarlo. Al mirar a sus amigas se dio cuenta de que estaban pasando por las dos primeras fases propias de una conmoción: desconcierto y negación. Era como si Manzano les hubiese hablado de una desgracia -un accidente de avión, por ejemplo- y ellas se hubiesen quedado muy afectadas durante unas horas, pero después lo hubiesen superado, y hasta olvidado. Sintió que se le revolvía el estómago. Se preguntó si sus amigas serían conscientes de la magnitud de la tragedia que atenazaba a Europa... Aunque quizá era mejor que no lo supieran.

-Si no he entendido mal, lo que haces en Bruselas -estaba diciéndole Manzano, en ese momento-, tus colegas van a tener un exceso de trabajo en los próximos días.

Angström asintió.

-Sí, yo también lo había pensado. Oye, Piero... si al final te decidieras a aceptar el trabajo en La Haya... ¿podrías pedirle a ese tal Bollard que te consiguiera dos billetes de avión en lugar de uno?

Manzano la miró, sorprendido.

-La Haya está a dos horas en coche de Bruselas -le dijo-, y si nadie me acerca un poco no sé cómo llegaré hasta allá. Pero tengo que ir. Van a necesitar toda la ayuda posible.

Berlín

Para Jürgen Hartlandt, criminalista de la unidad ST 35 de la Policía Criminal Federal, los terrenos del Treptower Park de Berlín reflejaban como ningún otro lugar en toda la ciudad lo irregular que había sido la historia de los conflictos internacionales durante el siglo XX y lo que va del XXI. A principios del siglo pasado, los batallones del Káiser partieron de estos terrenos hacia la batalla. Después, la policía los tomó para asegurar la ley y el orden en la capital de la joven República. Con el tiempo, cuando Berlín cayó bajo la dictadura nacionalsocialista, el ejército se dedicó a formar aquí a los militantes de las Waffen-SS, para el inminente exterminio de los judíos. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, el Ejército Rojo ocupó estos mismos terrenos y los confiscó bajo el cínico nombre de policía del pueblo. Después de que los dictadores de la llamada República Democrática Alemana encerraran definitivamente a sus ciudadanos tras el muro de Berlín, las tropas fronterizas jugaron un papel determinante en la Guerra Fría. Durante la caída del Telón de Acero en 1989 la misión dejó de tener sentido y el ejército se apropió de los terrenos del Treptower Park. Los ciudadanos no tardaron en empezar a manifestar su interés por vivir en aquella zona, víctimas de un nuevo conflicto global cuyas consecuencias conducían inevitablemente a la actual realidad de los terrenos. Desde finales de siglo, y sobre todo tras los ataques de 2001 a Estados Unidos, la Oficina de la Policía Criminal Federal ubicada en Berlín se dedicó a luchar contra el terrorismo y a proteger a la población, y desde 2004 se les unió el recién creado Centro de Inteligencia Sobre Contraterrorismo (GTAZ, en su acrónimo alemán).

Hartlandt trabajaba en el complejo desde hacía cinco años. Entre sus primeras investigaciones destacó su descubrimiento y encarcelamiento del «Grupo de Sauerland», una asociación terrorista, islamista radical, cuyos miembros fueron condenados a penas de muchos años por sus supuestos ataques con explosivos.

En aquellos cinco años, como es lógico, había pasado algún que otro momento en el que se había sentido superado por los acontecimientos, pero nunca de un modo tan exagerado como en aquella mañana de domingo.

Ni siquiera hizo el amago de ir a su oficina, sino que se dirigió directamente a la sala de reuniones. Allí lo esperaban ya algunos colegas, con los rostros tensos y el gesto peocupado. Hartlandt tomó asiento y debatió brevemente sobre alguna que otra idea. Un cuarto de hora después apareció el presidente de la GTAZ en persona y lo saludó brevemente.

-Esta mañana, los suecos e italianos han admitido que sus contadores han sido manipulados, y que esto podría haber sido el detonante principal del súper apagón.

Un murmullo generalizado recorrió la sala, pero el hombre siguió hablando:

-El hecho de que el fallo se haya extendido a toda Europa nos lleva a pensar que quizá sigamos recibiendo mensajes de este tipo en los próximos días.

El panorama que pintó a continuación fue mucho peor de lo que Hartlandt había oído hasta el momento en la radio. Los responsables no descartaban la posibilidad de que la corriente fallara varios días más, lo cual haría necesaria una evacuación de emergencia y medidas de primeros auxilios para decenas de millones de ciudadanos.

Cuando le preguntaron quién había reivindicado el ataque a los contadores, el presidente de la GTAZ se limitó a decir:

-No lo sabemos. Por ahora no hemos podido discernir si se trata de un golpe de Estado político, de una cruzada religiosa, de un atentado terrorista, un ataque criminal o una declaración de guerra.

Como no podía ser de otro modo, la última frase provocó una nueva oleada de murmullos en la sala...

-Damas y caballeros -dijo entonces, a modo de conclusión-, en un par de horas recibiremos un primer informe en el que se nos explicará por qué no hemos tenido noticia alguna sobre la inminencia de un acontecimiento de semejante magnitud -y por tanto no hemos podido combatirlo ni atenuar sus consecuencias-, y también, de paso, se nos indicarán los hechos e informaciones que debemos tener en cuenta a partir de este momento, dada la situación de emergencia en la que nos encontramos. Hartlandt, cuento con usted para coordinar las investigaciones.

La Haya

Marie metió las maletas en el coche. Tuvo que hacer dos viajes para poder con todas. Los niños llevaban sendas mochilitas con sus juguetes preferidos.

-¡Nos vamos de vacaciones! -dijo Bernadette, feliz.

-Pues yo no quiero irme -se quejó Georges.

-Por favor, Georges, no te quejes. El viernes tenías muchas ganas de ir a ver a los abuelos a París.

-Ya, pero no fuimos.

Ella sabía que la noche anterior había pasado algo. Algo importante. Su marido se había quedado a trabajar hasta muy tarde, y a la vuelta lo había visto más tenso que nunca, más incluso que antes de nacer su primer hijo, por mucho que él se esforzó en disimularlo. Le preguntó qué sucedía, por supuesto, pero él le respondió que no podía decírselo, y en su lugar le propuso que cogiera a los niños y se fuera unos días de vacaciones a un lugar con agua caliente y electricidad. Reunirse con sus padres no era una opción, porque no tenían suficiente gasolina en el depósito como para llegar hasta París.

-Venga, vámonos ya.

-¿Papi no viene?

-Tiene que trabajar. Él vendrá por la noche.

Marie Bollard cerró la puerta con llave. En su calle, con sus señoriales casas y jardines, todo parecía estar como siempre. El cielo estaba cubierto de nubes.

Se aseguró de que los niños llevasen bien puesto el cinturón de seguridad, y se puso en marcha. El tráfico era más denso de lo normal. Lógico, pensó: nadie podía coger el transporte público. Encendió la radio. Estaban hablando del apagón, cómo no. Entrevistaban a gente de la calle. Uno se quejó de la compañía eléctrica y dijo que iba a ponerles una denuncia; otro dijo que el único modo de salir bien parado de aquella situación era tomarse las cosas con calma. «¡Sólo espero que mi retrete vuelva a tener agua pronto!», dijo, sonriendo. Marie se preguntó de dónde saldría la energía que permitía el funcionamiento de las radios.

-¿A dónde vamos? -preguntó Georges.

-A aquí al lado. En un cuarto de hora habremos llegado.

-¿Y para eso llevamos tantas maletas?

-Es que nos quedaremos varios días.

Después de pasar la ciudad de Zoetermeer, el GPS le indicó que saliera de la autopista. Marie Bollard siguió las indicaciones del aparato hasta llegar a una granja espectacular.

La fachada del edificio estaba coronada por uno de esos magníficos tejados de cañas típicos del norte de Alemania, y en el patio de delante vio aparcados un todo terreno, dos berlinas y un tractor.

Aparcó ahí al lado.

-¡Abajo, niños!

Apretó el timbre de latón de la puerta de madera, bellamente tallada, y al cabo de unos segundos se encontró ante una mujer de su edad. Llevaba pantalones de pana, una camisa de cuadros y un jersey de lana, y tenía una expresión muy amable bajo su melenita rubia.

Bollard se presentó.

-Mi marido ha hablado con usted -añadió.

-Yo soy Maren Haarleven -dijo la dueña de la granja, con una sonrisa-. Bienvenidos. ¿Os apetece tomar algo o preferís ver vuestra habitación?

-La habitación, por favor.

La granja estaba calentita. Era un edificio muy bien cuidado, pero al que el paso de los siglos apenas había dejado una pared recta. La decoración había sido escogida con mucho gusto. Sencilla pero elegante, y muy adecuada al entorno. Haarleven los precedió al primer piso por una escalera estrecha. Allí vieron un pasillo largo con varias puertas a los lados. La dueña de la granja abrió una de ellas.

La habitación era agradable y espaciosa. Un sofá y dos sillones que tenían pinta de ser muy cómodos, un par de ramos de flores, varias antigüedades rurales... Y el blanco como color predominante.

-Ésta es una de nuestras suites -le explicó Haarleven-. Lo que veis es el salón, obviamente. Aquí al lado tenéis la cocina, que tiene una mesa bastante grande, y allí el lavabo y dos habitaciones.

-¡Un lavabo!

Dio la vuelta a los grifos. Corría el agua. Bollard reprimió un grito de alegría y pensó en la ducha que se pegaría lo antes posible.

-¡Esto es maravilloso!

-Sí lo es -se rió Haarleven-. El apagón no nos afecta, por suerte. Vengan conmigo, le enseñaré algo, y a la vuelta podemos sacar sus maletas del coche y subirlas a su habitación.

Ya en el piso de abajo, Haarleven fue hacia la parte trasera de la casa. A izquierda y derecha había dos enormes casetas cuadradas. La mujer se dirigió a la de la izquierda y abrió una puerta muy grande. Tras ella, Marie y sus hijos vieron... ¡un montón de pollitos! El techo estaba cubierto de lámparas de calor.

-Como ven, nos dedicamos a la avicultura.

Georges y Bernadette gritaron entusiasmados.

-Imagínese lo que pasaría si aquí también nos quedáramos sin electricidad. En cuestión de horas morirían todos congelados.

Los invitó a entrar, cerró la puerta y avanzaron por el pasillo central, flanqueados por pollitos a izquierda y derecha, hasta salir por el otro lado. Una vez fuera, se dirigieron hacia la segunda caseta, cuya puerta era de metal. En esta ocasión, el interior estaba muy oscuro. Bollard sólo pudo distinguir una especie de armario grande y verde del que salían distintos tubos y cables.

-Tenemos nuestra propia mini-central eléctrica -dijo Haarleven, con una

indudable nota de orgullo en la voz-. Se alimenta de madera y pellets. No dependemos de ninguna compañía de electricidad pública, y como además tenemos nuestro propio pozo de agua, el apagón no nos ha afectado lo más mínimo... -Cerró la puerta-. Por lo menos hasta ahora, que se nos han disparado las reservas. ¡En media hora hemos llenado todas las habitaciones! Y creo que todos los que llamaban eran colegas de su marido. ¿Qué extraño, no le parece? ¿Sabe usted a qué se debe?

Me temo que lo sabremos todo muy pronto, pensó Marie. Sus sospechas eran cada vez peores...

París

-Damas y caballeros -dijo Guy Blanchard, dirigiéndose a las cámaras mientras se recolocaba el auricular con los dedos-, hoy tenemos la oportunidad de dar a conocer a todos los franceses, y ya de paso a Europa y al mundo entero, no sólo el Centre National d'Études Spatieles (el CNES), sino también, y sobre todo, el Centre National d'Exploitation Système, entre cuyos directivos tengo el honor de contarme. Pues yo les aseguro, con toda humildad, que sin este último la agencia de estudios espaciales no tendría energía ni para encender la cafetera.

-Indiscutiblemente satisfecho, Blanchard miró al ejército de periodistas que se había acumulado en la sala de prensa. Estaba acostumbrado a las cámaras y los flashes.

-Reconocemos que el apagón que asola toda Europa desde hace ya dos días ha acabado afectando también a Francia, y queremos disculparnos por ello. Es una tragedia que el pueblo francés haya tenido que pasar todas estas horas sin luz ni calefacción. Sin embargo, y como muchos ya han podido comprobar, hemos logrado contener la situación y hemos devuelto la corriente a muchas zonas del país, al contrario que nuestros vecinos de toda Europa. Todavía se nos resiste algún que otro punto, pero estamos convencidos de que en las próximas horas todo volverá a la normalidad. Las películas, las imágenes y los gráficos de mi presentación las encontrarán en el DVD que hemos adjuntado a su dosier de prensa y a los informes de prensa de las páginas de Internet del Réseau de Transport d'Electricité y de la Electricité de France.

Un ayudante inició el espectáculo en la gran pantalla que quedaba justo a su espalda.

-El apagón general ha supuesto para el común de los afectados un terrible desafío. Sólo un ejemplo: como sin duda ya saben, la mayor parte de la energía francesa proviene de las centrales atómicas, y por su propia idiosincrasia, cuando los generadores se apagan resulta extraordinariamente complicado volver a encenderlos en poco tiempo, aunque nuestros expertos los han afrontado con una extraordinaria profesionalidad.

Blanchard se permitió apartar la mirada a la pantalla durante unos segundos, para comprobar si las imágenes de la presentación iban al ritmo de sus explicaciones.

-Ello nos ha permitido construir en pocas horas una serie de islas de electricidad en torno a las centrales energéticas, que de este modo podrán ir ampliándose sucesivamente.

En el mapa que tenía a sus espaldas, una serie de pequeños puntos empezó a convertirse en un grupo de manchas con una presencia cada vez mayor.

-A lo largo de las últimas horas hemos podido ir sincronizando todas estas redes regionales aisladas hasta el punto de que el cincuenta por ciento de la

población vuelve a tener asegurados los suministros básicos...

-Monsieur Blanchard. -La voz de su ayudanta sonó en el pinganillo que llevaba en la oreja, pero él continuó su discurso, imperturbable.

-... y nos sentimos muy orgullosos de ello pues somos uno de los poquísimos países de Europa que han conseguido contener el apagón...

-Monsieur Blanchard, es muy importante. -La voz del pinganillo empezaba a ponerle nervioso.

-... y gracias a la estabilidad de nuestras redes podremos ayudar al resto de estados europeos a salir de este descomunal embrollo.

-Concluya la rueda de prensa.

¿Qué acababa de decirle su ayudante?

-Concluya la rueda de prensa inmediatamente. Es una urgencia.

¿Cómo que una urgencia? ¿Qué tipo de urgencia?, se preguntó, y en seguida dijo, dirigiéndose al público:

-Bueno, esto es todo por el momento. Gracias por su atención.

Los periodistas empezaron a hacerle preguntas, pero él las evitó todas, se alejó del púlpito y corrió hacia la sala de al lado.

Su ayudanta lo esperaba con los ojos como platos, y Blanchard le gritó:

-Como no me diga que ha venido a verme el presidente -como mínimo-, ya puede ir metiendo sus cosas en cajas.

-Es mucho peor de lo que imagina -le respondió ella-. Tiene que subir inmediatamente al centro de control.

-¿Pero qué ha pasado? ¿Cuál es el problema?

-No tienen ni idea de lo que ha pasado. Ése es el problema.

Blanchard se metió en el ascensor.

En una sala con monitores y mesas llenas de ordenadores, los trabajadores discutían acaloradamente entre sí. Algunos estaban apoyados sobre las mesas y observaban las pantallas con expresión atónita. Otros hablaban acaloradamente por teléfono. El monitor más grande, uno que ocupaba prácticamente toda una pared, mostraba la imagen de las últimas horas. Algunas regiones verdes y algunas rojas. El resto de pantallas de la sala estaba azul.

Se le contrajo el estómago. Se precipitó hacia el primer ordenador y miró la pantalla, en la que sólo podía leerse una indicación:

DRIVER_IRQL_NOT_LESS_OR_EQUAL

Stop: 0 × 00000001(0 × 000003E8, 0 × 00000002, 0 × 00000001, 0 × 903A7FC4)

RT86WIN7.sys-adress 9003a7FC4BASE at 90397000, datestampo 49a65b16

-¿Se puede saber qué demonios ha pasado?

El hombre al que se dirigió, un trabajador con muchos años de experiencia, sacudió la cabeza, desesperado.

-Se ha ido todo. Pantallas azules. En todos los ordenadores. Parece un apagón absoluto.

-Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

-Hace unos diez minutos. Al principio sólo teníamos problemas con algunos aparatos aislados, pero en seguida han ido cayendo todos.

-¡Por Dios! Bueno, vale, a ver, calma...

Blanchard empezó a devanarse los sesos. De acuerdo, ya no podían ver cómo iban las cosas, pero eso no significaba que ahí afuera todo hubiese fallado, ¿no? Eso es, era como si estuviesen pasando la noche en un barco, en mitad del océano, sin luz ni maquinaria de control, pero con los motores aún en marcha. No tendrían problemas mientras no se topasen con ningún acantilado, iceberg u ola excesivamente grande. Pero en cuanto lo hicieran, en cuanto apareciera algún tipo de dificultad y tuvieran que corregir los operadores manualmente... Entonces tendrían verdaderos problemas.

En ese momento uno de los trabajadores empezó a mover un teléfono sobre su cabeza.

-¡Tengo al Centro de Operaciones al otro lado de la línea! -gritó.

Allí los operadores no analizaban el estado de la red, sino de los servidores que la controlaban. El barco que surcaba los mares de noche y sin maquinaria empezaba a notar un ruido extraño en el motor.

-El Centro de Operaciones tiene graves problemas.

-¡Mierda! ¡Envíen a Albert Proctet! ¡Díganle que yo también voy de camino! Y si aquí necesitan algo, ya saben dónde encontrarme.

Y dicho aquello abandonó la sala a toda prisa.

Desconcertado, Turner se quedó mirando el micrófono que el directivo del Centre National d'Exploitation Système había dejado vacío sin dar paso al turno de preguntas. En la sala, un murmullo en el que confluían la sorpresa, las críticas y las suposiciones taimadas empezó a coger cada vez más cuerpo, hasta que algunas voces aisladas empezaron a exigir respuestas a gritos. Respuestas, y la presencia de algún responsable que les diera explicaciones. Mas no apareció nadie. Al cabo de unos minutos, todos los periodistas empezaron a recoger sus cosas y a marcharse de allí. Shannon y Turner se sumaron al resto. Mientras salían de la sala de prensa, la mayoría fue quejándose de la falta de profesionalidad ante los medios, menos Shannon, que se mantuvo callada. No habría sabido decir por qué, pero tenía la sensación de que tras aquella brusca interrupción del discurso de autobombo, ese tal Blanchard escondía algo. Era evidente que aquel tipo adoraba las cámaras y la popularidad, y estaba segura de que no habría renunciado a ellas con semejante docilidad de no haber tenido una razón de peso. No habían llegado aún a la salida del edificio, cuando la intuición de Shannon se confirmó: en la calle se oían gritos y bocinas, y a través de la puerta de cristal vieron a ciudadanos que avanzaban crispados por las aceras, toqueteaban sus móviles con nerviosismo, gesticulaban exageradamente o discutían con otros

ciudadanos por cualquier nimiedad.

El día era gris, y el viento, desagradable. Shannon no tardó en reconocer el motivo de tanta excitación. Todos los escaparates de la calle estaban apagados, igual que los semáforos y las señales luminosas. Y los coches no podían circular.

-¡No, por favor, otra vez no! -se quejó Turner-. ¿Pero no acaba de decirnos el tipo ese que ya había pasado todo?

-Bueno, pues volvamos a entrar -propuso Shannon-. Nos deben una explicación.

Se dieron la vuelta para regresar al edificio, y justo en aquel momento vieron al personal de seguridad cerrando las puertas por dentro.

En el centro de operaciones, Blanchard se encontró con el mismo caos que reinaba en el centro de control. Una simple mirada a los monitores le bastó para localizar el problema.

El jefe de los servicios informáticos del departamento, Albert Proctet, un hombre joven con barba de tres días y una camisa de colores, lo esperaba con el ceño fruncido, y señalaba las pantallas en las que, junto a muchos puntos verdes de control, brillaban también algunos naranjas y rojos.

Cada puntito de aquellos simbolizaba un servidor que controlaba y protegía la red. El hecho de que alguno de ellos cayera de vez en cuando no era poco frecuente. Los sistemas estaban asegurados de tal modo que cuando un servidor caía, otro ocupaba su lugar.

-El sistema de reemplazos funcionaba perfectamente, hasta que cayó el primero de los servidores.

Dicho con otras palabras: una de las estaciones de conmutación de la red eléctrica sufrió algún tipo de percance y fue desactivada. Ningún problema, en circunstancias normales, porque el sistema eléctrico preveía esta posibilidad y la zona afectada pudo cubrirse con otros conmutadores y cableados. El problema era que ahora luchaban con una red que cada vez se parecía más a un tapiz lleno de puntos, y cada uno de ellos se mantenía allí con un equilibrio muy inestable. Cada reemplazo podía generar una partición en la electricidad de toda una región.

Uno de los hombres que había en la sala advirtió a Blanchard de que lo estaban llamando por teléfono.

-¡El centro de control!

Se acercó al aparato y se puso el auricular en la oreja.

-¿Qué sucede?

-Acabamos de perder la región seis -dijo una voz al otro lado de la línea.

Blanchard cerró los ojos y se imaginó la enorme pantalla de la sala de control, en la que una red de líneas verdes acababa de volverse roja.

En los monitores, ante sus propios ojos, tres luces de color ámbar enrojecieron de pronto, y tres más lo hicieron dos minutos después.

-La región dos pasa a ámbar -dijo la voz al otro lado de la línea.

-La región dos y cinco en rojo, la cuatro en ámbar, no, perdón, ahora en

rojo. ¿Pero qué está pasando? ¡Volvemos a perder toda la red!

El barco sin maquinaria de control empezaba a perder el rumbo, y surcaba los mares sin saber muy bien a dónde iba ni por qué.

La Haya

-¿En qué habían pensado? -preguntó Manzano. Se había avanzado a la insistencia de Bollard y lo había llamado él-. ¿Qué esperan que haga, y dónde?

-Aquí, en La Haya -le respondió Bollard, preguntándose qué debía haber provocado el cambio de actitud de aquel hombre-. Hemos reunido un montón de información, y estoy seguro de que podría ayudarnos con los análisis.

-Me había traído ropa para tres días, y ya he utilizado la mitad. Las lavadoras no funcionan y las tiendas están cerradas.

-Seguro que encontraremos una solución.

-¿Y dónde me alojaría?

-En un hotel. Uno con generadores de emergencia.

-¿Todavía queda alguno con habitaciones libres?

El italiano tenía buenos argumentos, y a Bollard le habría gustado decirle que tenía razón y que lo mejor sería que se quedara donde estaba, pero el director Ruiz tenía otros planes para él.

-La Unión Europea tiene suficientes contingentes en los hoteles de La Haya.

-La Haya... ¿Y cómo voy a llegar hasta allí?

-Le prepararé un avión.

No me creo que esté haciendo esto, se dijo Bollard. Estoy hablando con el tipo de persona a la que debería perseguir, y en cambio le estoy prometiendo un avión.

-Pero ¿cómo? Pensaba que los aviones no funcionaban.

-No se preocupe usted por eso. De mi trabajo ya me ocupo yo.

-Una trabajadora del CIMUE querría venir conmigo -dijo Manzano-. Dice que la necesitan en Bruselas.

-Ningún problema. Habrá sitio.

Saint Laurent-Nouan

Marpeaux tardó en comprender qué le había despertado, hasta que oyó maldecir a su mujer. Se quedó estirado e intentó seguir durmiendo. Dio la espalda a la puerta, pero la oyó maldecir una vez más mientras iba de un lado a otro de la casa. Él se frotó los ojos, se levantó, fue al lavabo y tiró de la cadena. No había agua. Lo intentó una vez más, pero sin éxito. Y tampoco salía agua de grifo. Marpeaux lanzó un suspiro y tocó el interruptor de la luz. ¡No! ¡Otra vez no!

-Volvemos a estar sin corriente -le dijo su mujer, desde el otro lado de la puerta, con los brazos en jarras.

Marpeaux se encogió de hombros.

-¿Y yo qué quieres que haga?

Ella movió la cabeza.

-Sólo te lo digo...

No podría pegarse esa ducha caliente que tanto anhelaba, pues. Se vistió y marcó el número de la central. Respondieron al tercer timbrazo.

-Hola, soy Yves -dijo al jefe del turno de día-. ¿Va todo bien?

De fondo podían oírse señales de alarma.

-No estoy seguro -respondió una voz agitada al otro lado de la línea-. Acabamos de sufrir un nuevo y rapidísimo apagón.

¿Entonces por qué dice que no lo sabe? ¡La respuesta es obvia!, se dijo Marpeaux.

-¿Qué son esas señales que oigo de fondo?

-Tienen que ver con el suministro de energía de emergencia. Ahora no puedo hablar. Quizá luego.

Y dicho aquello, colgó. Marpeaux hizo lo propio. Su colega trabajaba en la central desde hacía once años, y llevaba tres como jefe del turno de día, pero Marpeaux nunca lo había visto tan estresado como entonces.

Sin pensárselo dos veces salió al pasillo, se puso una chaqueta y sin dejar de correr le dijo a su mujer, que lo miraba con la boca abierta:

-¡Tengo que ir a la central!

Ischgl

Tras el desayuno se sentaron en el banco que quedaba frente a la cabaña, al que añadieron alguna hamaca para caber todos juntos. Angström no dejaba de pensar que toda aquella situación era surrealista. ¿Pero qué podían hacer si no? Llorar y desesperarse no servía de nada. Aun así -todo se ha de decir-, el ambiente estaba muy enrarecido. Por algún motivo habían renunciado a sus promesas matutinas y habían pedido unas botellas de Prosecco. Sólo ella y Manzano prefirieron no beber. Van Kaalden y Terbanten planearon una salida hacia el mediodía, pero tras la tercera botella de Prosecco, Angström empezó a dudar de que pudieran hacerla.

Hacia las doce se presentaron en la cabaña dos hombres uniformados.

-¿Piero Manzano y Sonja Angström? -preguntó el más bajo de los dos.

Angström se incorporó, y Manzano se presentó a los hombres.

-Somos policías. Nos han indicado que pasemos a recogerlos. En el valle les espera un helicóptero, listo para llevarlos.

El parloteo del resto del grupo se interrumpió de golpe. Ambos sacaron sus maletas de la cabaña. Angström se despidió de sus amigas con un abrazo.

-Que tengáis una feliz semana -les dijo.

-Nos vemos a la vuelta. Cuídate mucho.

En los rostros de todas ellas podía leerse el miedo y la preocupación que hasta el momento habían preferido beber. Y es que la despedida removió e hizo salir a flote todos los sentimientos...

Angström se fijó en el abrazo que Manzano le dio a Bondoni. Le sorprendió que se tuvieran tanto cariño. ¿O quizá fuera su consciencia de la solemnidad del momento?

-¿De verdad puedo dejarte aquí solo? -preguntó Manzano al padre de Lara.

-No estoy solo, sino perfectamente acompañado.

Manzano se dirigió a Lara:

-¿No os importa que se quede? Seguro que esto no entraba en vuestros planes...

Lara pasó el brazo por encima de los hombros de su padre, y dijo:

-Nuestros planes no tienen nada que ver con lo que está pasando desde el minuto cero, y, además, a mi padre lo veo demasiado poco. Así que no te preocupes nada. Sólo siento que vosotros tengáis que marcharos.

Soltó a su padre y lo abrazó a él.

-¡Mucha suerte!

La policía los condujo hasta el valle en un 4 × 4. Durante el viaje se quedaron en silencio, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Veinte minutos después se detuvieron en un campo cubierto de nieve en el que los esperaba el helicóptero, que se puso en marcha en cuanto ellos llegaron.

-¡Es la primera vez que viajo en un trasto de éstos! -gritó Angström por encima del ruido del motor, mientras corrían agachados hacia el aparato.

-¡Y yo! ¡Y además odio volar!

Ratingen

Pese a ser ya mediodía, la luz en la piscina cubierta tenía un tono crepuscular. El agua aún no estaba demasiado fría, y los treinta minutos de natación ayudaron a Wickley a calentarse. Salió de la piscina y sintió el frío en el cuerpo. Se frotó el pelo con la toalla, se secó y se envolvió en su albornoz. Su mujer se le acercó con una toalla sobre los hombros.

-¿Crees que la invitación seguirá en pie, dadas las circunstancias? -preguntó.

-Nadie ha hablado de anular nada -respondió Wickley-, y como puedes ver, yo acabo de asearme.

-Pues yo preferiría una ducha de agua ardiendo, la verdad -suspiró ella-. Además, ¿cómo iban a avisarnos si la anulaban? No nos funciona el teléfono, ni el móvil ni el e-mail, y seguro que a los von Balsdorff les pasa lo mismo, así que ya me dirás tú cómo iban a informarnos de que se ha anulado la fiesta.

-Sigmund von Balsdorff es el dueño y director de una de las mayores centrales eléctricas del país. Me juego el cuello a que tiene un generador de emergencia en el sótano de su casa...

-No como nosotros.

-... y por eso ni siquiera se le ocurre pensar que a sus invitados puede que las cosas no les vayan tan bien...

-Ojalá fuera así.

-... e incluso es posible que crea que todos tenemos generadores de emergencia...

-¿Y por qué no tenemos, ahora que lo dices?

-... pero por otra parte, estoy absolutamente convencido de que si quisiera anular alguna cosa, Sigmund encontraría el modo de avisarnos, aunque fuera mediante un mensajero a caballo.

-Bueno, la idea de pasar el día en una casa con calefacción tiene su punto, ¿eh?

-Venga, no te quejes -dijo Wickley cogiéndola del brazo-. Hasta hace unos minutos estabas tan ricamente sentada ante la chimenea, y no has pasado ningún frío...

-¡Pero ahora tendré que meterme en esta piscina helada porque no tenemos agua!

Wickley se echó el pelo hacia atrás con las manos:

-Si quieres, se me ocurre un modo de hacerte entrar en calor... -dijo, mientras metía su mano helada bajo la blusa de su mujer.

Ella lanzó un gritito y se apartó de un salto.

-¡Vale, vale, me has convencido! ¡Vamos a casa de los von Balsdorff!

Saint Laurent-Nouan

Marpeaux se mantuvo todo el rato en segundo plano. Junto a él, la responsable de la rueda de prensa y el director de la central eléctrica en persona. El centro de control parpadeaba como un árbol de Navidad. Casi todos los jefes de las centrales eléctricas estaban parapetados con enormes libros tras los paneles de mando. El encargado del turno de día iba de un lado a otro, entre ellos, discutiendo aquí y allá y dando todas las indicaciones de las que era capaz. Entonces se puso a hablar por teléfono, y por fin se acercó a Marpeaux y al director y les dijo:

-La presión en el reactor y la temperatura del sistema de refrigerado primario siguen subiendo -informó.

Marpeaux se fijó en que el pobre hombre tenía la frente perlada de sudor.

En Francia, todas las centrales eléctricas activas operan con reactores de agua a presión. A diferencia de los de agua en ebullición, como el de la planta de Fukushima-Daiichi, los reactores franceses cuentan con dos circuitos aislados de refrigeración, uno primario y otro secundario. En el primario se acumula una elevada cantidad de radioactividad, que corre por los recipientes a presión del reactor. En ellos, el agua se calienta hasta una temperatura de 320 grados a 150 bares. Según el principio de un intercambiador térmico, el agua en ebullición pasa por unos tubos que a su vez están rodeados de agua del circuito secundario, y la calientan. Gracias a los tubos, la radioactividad queda presa, al menos en su mayor parte, en el circuito primario. Y después, mientras el agua que vuelve a enfriarse se envía de nuevo a través del reactor, el circuito secundario, ahora caliente, genera un vapor muy poco radiactivo que propulsa las turbinas. Desde este punto de vista, los reactores de agua a presión resultan de lo más fiables... Aunque es evidente que en aquel momento no lo estaban siendo.

Desesperado, Marpeaux buscó todo tipo de explicaciones para aquella terrible anomalía -desde la caída de uno de los grupos de reactores diesel hasta ventiladores mal abiertos, o cerrados, pasando por fallos electrónicos en la seguridad o conducción del sistema, o los defectos que hasta ahora nadie conocía. Esto es lo que por ahora había podido deducirse de los incidentes de las últimas décadas: que muchos de ellos habían sido desestimados por los expertos, quienes los consideraban imposibles, justo antes de suceder efectivamente.

-¿Los motores diesel? -preguntó Marpeaux.

-Dos de ellos ni siquiera se han puesto en marcha, y en cambio el tercero, el que la última vez había fallado, funciona con normalidad, o al menos eso es lo que dicen los indicadores. Hemos enviado a tres equipos a comprobarlo.

Lo primero que tenían que hacer era controlar a toda costa la temperatura del circuito primario y la presión del recipiente del reactor. Aún disponían de

suficientes opciones antes de verse obligados a tomar medidas más drásticas, como por ejemplo vaciar el vapor altamente reactivo del circuito primario para disminuir la presión del recipiente del reactor.

Marpeaux no pudo evitar pensar en las dos tragedias que ya habían asolado Saint Laurent. Tanto la de 1969 como la de 1980 se originaron en los reactores de magnox -retirados hacía tiempo del servicio- de una antigua construcción de los bloques A1 y A2. La Escala Internacional de Sucesos Nucleares y Radiológicos -la INES- calificó con un nivel cuatro sobre siete los dos desastres atómicos franceses, que pasaron a encabezar las listas de los peores accidentes jamás sufridos en el país. Después de aquello, los bloques quedaron inutilizados. Su descontaminación y posterior puesta en marcha iban a costar una verdadera fortuna, y pocos años después los retiraron definitivamente del servicio.

-París no se alegrará nada con todo esto-observó el director.

Marpeaux se preguntó con ello si se refería a la Électricité de France o a las autoridades... o quizá a ambos. Los incidentes siempre llegan en el peor momento. Dado que ni la tele ni la radio funcionaban, la información y las advertencias al respecto de la contaminación no iban a llegar al pueblo... Aunque quizá fuera mejor así, dado que aún no había nada definitivo. Para Marpeaux, la sensación de no tener en realidad ni idea de lo que había sucedido ni de por qué seguía fallando todo era, si cabe, más angustiosa aún. Y llevaban más de una hora dando palos de ciego.

La Haya

El helicóptero los llevó hasta un aeropuerto militar de Innsbruck, y desde allí tomaron un pequeño jet hasta La Haya. Los acompañó un oficial de contacto austriaco de la Europol, que aprovechó el viaje para ponerlos al día de cuanto sabía... Lo cual, todo fuera dicho, no era demasiado. A esas alturas, más de tres cuartas partes de Europa estaban ya sin electricidad, y varios pueblos y ciudades pequeñas habían empezado a organizarse para asegurarse el abastecimiento básico. Manzano, con todo el disimulo de que fue capaz, intentó descubrir si el hombre estaba al corriente del asunto de los códigos italianos, pero si lo estaba no dijo nada al respeto.

Tras dejar el jet en Holanda se encontraron cara a cara con el viento y la lluvia. A los pies de la escalerilla los esperaba un hombre con un abrigo oscuro de invierno. A Manzano le llamó la atención la vivacidad de su mirada. Tenía el pelo corto y de un color marrón-rojizo que brillaba a la débil luz del sol. Dijo llamarse François Bollard.

-¿Qué le ha pasado en la frente?

Tenía que hacerse a la idea -pensó Manzano- de que iban a hacerle la misma pregunta muchas más veces a partir de aquel momento. Quizá debiera inventarse una respuesta absurda para hacerlo todo más divertido... Pero no: ahora no estaba para bromas.

-Se estropeó un semáforo -respondió.

-¿Uno, dice? Venga, lo acompañaré hasta su hotel, señor Manzano. Está muy cerca de mi despacho. Dentro de dos horas tenemos la primera reunión en la que queremos que esté presente. Para el viaje de la señorita Angström a Bruselas hemos preparado un coche, y ya la está esperando en el hotel.

-Gracias. Espero que tenga suficiente gasolina... -dijo Angström.

-Las autoridades tienen grandes reservas de gasolina, descuide usted -le respondió Bollard.

Manzano se entristeció al pensar que Angström no se quedaría con él. Le gustaba su estilo directo e intenso, y además era buena escuchando y tenía sentido del humor...

-Querrá usted utilizar su ordenador mientras trabaje con nosotros, ¿no es cierto? -estaba diciendo Bollard, entretanto-. Igual que nosotros. Si no le importa, me lo llevaré para que lo revisen y se aseguren de que no puede dañar nuestros equipos. ¿Algún inconveniente?

Manzano dudó unos instantes, y al fin respondió:

-Ninguno, siempre que yo esté presente mientras lo revisan.

Condujeron por largas calles con edificios bellos y antiguos que daban cuenta de la riqueza y el señorío de aquella vetusta ciudad comercial. Manzano nunca había estado en Holanda, y lamentó que se detuvieran justo ante un insulso inmueble de nueva construcción. Sobre la entrada, un rótulo:

«Hotel Gloria».

-Tengo que hacerte una pregunta algo descarada -le dijo entonces Angström-. ¿Puedo subir contigo a la habitación y darme una ducha caliente? Seguro que en mi piso de Bruselas tardaré un tiempo en poder volver a hacerlo...

-¡Por supuesto! -le respondió Manzano, feliz de aplazar un poco más la despedida.

Bollard entregó a Manzano un pequeño mapa de la ciudad y le marcó en él el camino hasta la central de la Europol.

-Cuando llegue identifíquese, y en seguida bajaré a buscarlo.

El Hotel Gloria era un edificio funcional y anodino. El vestíbulo estaba decorado con copias de muebles de diseño y, por lo visto, no ofrecía habitaciones sino pequeños apartamentos con servicio incluido. El suyo tenía un pasillo con una pequeña cocina americana, un baño, un lavabo y un dormitorio bastante grande con un par de sofás, una silla y un escritorio. Moderno y práctico. Manzano se preguntó de qué le iba a servir la cocina. En aquel momento no quedaba ya ninguna tienda abierta...

-La comida, en el restaurante del hotel -le dijo en aquel momento el botones, como si le hubiese leído el pensamiento-. Lamento informarle de que el menú es muy reducido, dadas las circunstancias.

Mientras Manzano organizaba su parco equipaje, Angström desapareció en el baño. Él hojeó las revistas e informaciones del hotel mientras oía el sonido de la ducha. Se quedó unos minutos ensimismado, escuchando el agua, y por fin cogió el teléfono y marcó el número de las cabañas de Ischgl. Oyó el sonido de dos timbrazos, y por fin el de la voz de la amable recepcionista, a quien dejó un mensaje para Bondoni y las amigas de Angström: les dijo que habían llegado bien a La Haya y que esperaba que todo acabara pronto y pudieran volver a verse. Colgó, se dejó caer en el sofá y encendió la tele. En la mayoría de los canales, la pantalla estaba negra o con niebla, pero encontró uno de noticias en inglés que aún funcionaba. En él, una reportera muy abrigada aparecía ante una gran sala en la que varios hombres con monos blancos trabajaban con afán.

-... empezando a pudrirse. Y aunque estamos a nueve grados y yo tengo un frío terrible, la cámara refrigeradora que tengo a mis espaldas -y que debería estar bajo cero- ha dejado de congelar. ¡Al fin y al cabo, llevamos veinticuatro horas sin electricidad!

El cámara cambió el plano y enfocó una sala de paredes y estanterías blancas en la que se amontonaban un montón de cajas y envoltorios.

-Esta cámara refrigeradora pertenece a una de las mayores empresas de alimentación del mundo, y en su interior guarda unas dos mil toneladas de alimentos por valor de varios millones de euros. Con ella podría haberse alimentado una ciudad grande durante todo un día.

Al fondo de la pantalla, un trabajador abría una caja con un cuchillo y sacaba un paquete de su interior. Manzano no supo ver de qué se trataba, pero

entonces el hombre cogió de nuevo el cuchillo, metió la mano en la ranura que acababa de realizar y acercó el objeto a la cámara: era un trozo de carne brillante y verdoso.

-Toda esta comida se ha estropeado y hay que tirarla. ¡Se trata de una verdadera tragedia, y lo peor es que en toda Europa hay cientos de casos como éste! Así pues, y aunque lo más probable es que ahora mismo, en los países del norte y el centro de Europa, los ciudadanos estén quejándose de las bajas temperaturas y de la falta de calefacción (puesto que sus hogares son mucho más fríos que los de Gran Bretaña), lo cierto es que ellos al menos saben que sus alimentos se conservarán en buen estado durante más tiempo. Mary Jameson, Dover.

Pero no dices que la mayoría de esas personas que viven en países helados y entumecidos, con alimentos bien conservados y comestibles gracias al frío, no podrán cocinarlos ni prepararlos de ninguna manera porque no tendrán electricidad para hacerlo, pensó Manzano.

Angström salió del baño con tejanos y un jersey de lana de cuello alto. Iba frotándose el pelo con una toalla.

-¡Oh, ha sido maravilloso! ¿Alguna novedad?

-Nada que no supiéramos.

-Me seco el pelo y me marcho ya.

Y dicho aquello, desapareció de nuevo en el baño. Manzano oyó el ruido del secador y siguió mirando las noticias de la tele. El presentador que había en el estudio cambió de tarjetita y dio paso a la siguiente información.

-A continuación, un ejemplo extraído de Dinamarca nos da a entender que en los países en los que hace mucho frío la gente tampoco está tan tranquila como Mary ha querido hacernos creer.

En la pantalla apareció la imagen de una calle. En las aceras, la gente caminaba ensimismada, ostensiblemente cubierta con varias capas de ropa, y con vaho saliendo de su boca.

-Aquí en Aarhus la temperatura está bajo cero, y desde que se dio el apagón sus ciudadanos se han quedado sin agua caliente ni calefacción. -La voz en off hizo una pausa y continuó-: Durante las primeras horas les bastó con abrigarse o cubrirse con mantas, pero la noche pasada un hombre intentó calentarse por otros medios. -La cámara mostró la foto de un bonito edificio de color gris-. Quiso hacer una hoguera en su casa.

La pantalla se volvió de color negro y Manzano pensó que se había estropeado, pero justo en el momento que iba a cambiar de canal empezó a brillar una lucecita amarilla en el centro. Poco a poco fue haciéndose más grande, tiñéndose de naranja y absorbiendo cuanto encontraba a su paso. Unas imágenes temblorosas captaron el fuego que salía por las ventanas. La cámara se alejó y pudo verse todo un edificio en llamas. Una imagen terrible. Asoladora.

-Los bomberos apenas pudieron hacer nada. El fuego estaba fuera de control y el edificio, de más de trescientos años, quedó completamente destrozado.

Las casas vecinas también se vieron afectadas.

Dos camillas cubiertas con mantas. Los cuerpos de las víctimas, intuyó Manzano.

-El hombre que encendió el fuego perdió la vida, y también una mujer de ochenta años que vivía en el piso de arriba.

Personas en pijama, cubiertas de hollín, tosiendo, con la cara cubierta de lágrimas.

-Otras doce personas resultaron gravemente heridas, y más de ochenta tuvieron que ser evacuadas y acogidas en un pabellón municipal improvisado para la causa.

La imagen del presentador en el estudio. Manzano admiró su gesto impertérrito, su compostura. Qué profesional.

-Hasta aquí un ejemplo de las consecuencias que...

Angström apareció en la puerta con su maleta.

-Ya estoy.

Manzano apagó la televisión y la acompañó al vestíbulo.

Una vez allí, ella lo miró intensamente y lo abrazó.

-Mucha suerte -le dijo.

-Igualmente -respondió él, devolviéndole un abrazo que ambos alargaron algo más de lo normal, teniendo en cuenta que sólo se conocían desde el día anterior.

-Cuando todo esto haya pasado tenemos que quedar para tomar algo, ¿vale? -propuso ella, al separarse, esforzándose por sonreír y dándole una tarjeta de visita, en cuyo reverso había escrito su dirección y su número de teléfono personal.

-Claro -dijo Manzano-. Llámame cuando llegues, ¿vale?

-Si encuentro un teléfono que funcione...

Subió al coche y lo saludó con la mano. Manzano se quedó mirando su melenita rubia a través del cristal del coche. Justo antes de girar la esquina, Angström se dio la vuelta y le sonrió. Manzano notó un nudo en la garganta. Después, la calle quedó desierta.

Y empezó a llover.

París

-Bien, ¿qué tenemos?

Blanchard se secó el sudor de la frente. En la central informática del CNES había reunido a los mejores especialistas en software de toda Europa: aproximadamente una docena de hombres que se inclinaban sobre sus ordenadores portátiles, de los que salían decenas de cables.

-Tenemos una mega infección en el sistema -dijo Albert Proctet.

-¿Una infección? -exclamó Blanchard-. ¿Cómo que una infección? -Se dio cuenta de que estaba gritando e hizo un esfuerzo por contenerse-. Tenemos uno de los mejores sistemas de seguridad de toda Francia, ¿y usted me dice que alguien lo ha infectado?

Proctet se encogió de hombros.

-Es lo único que se me ocurre para explicar lo que está sucediendo. Ya estamos escaneando todos los sistemas con nuestros mejores software antivirus, pero por ahora no hemos tenido suerte, y me temo que aún tardaremos un rato en obtener resultados.

-¡Pero no tenemos un rato! -Blanchard volvió a gritar, incapaz de mantener la calma-. Hace unas horas estaba ahí afuera asegurando a la prensa que las redes francesas eran las más seguras de toda Europa, y ahora... ¡Voy a ser el hazmerreír del mundo entero! ¿Hemos gastado varios millones de euros en un sistema en el que cualquiera puede colarse y echar un vistazo? ¿Y qué hay de los backups?

Como la mayoría de los grandes operadores de redes, el CNES tenía una copia en su central en la que se incluían todos los sistemas, que se grababan en caso de emergencia.

-Están igual -respondió Proctet-. Alguien ha trabajado a conciencia...

-¡Alguien nos ha jodido a conciencia, querrás decir! -explotó Blanchard-. ¡Rodarán cabezas, puedes apostar que lo harán!

-Como usted diga, pero ahora necesitamos todas las cabezas para salir de ésta.

A Blanchart le sacaba de quicio la desfachatez de aquel joven, aunque debía admitir que hasta el momento había tenido razón en todo lo que decía.

-¿Cuáles son los pasos a seguir a partir de ahora? -preguntó al fin, visiblemente más calmado.

-En estos momentos están adaptando un ordenador con el sistema base instalado -le respondió Proctet-. Los dejaremos trabajar unas horas y entonces lo analizaremos. El problema es que, tal como están las cosas, muchos de los paquetes de software que necesitaríamos para nuestras investigaciones sólo están accesibles vía Internet, y ahora da muchos problemas de conexión: o tiene las líneas sobrecargadas o directamente han caído.

Blanchard no daba crédito:

-¡No me lo puedo creer! ¿Cómo es posible que no tengamos esas cosas aquí en DVD o en los servidores?

Proctet le sonrió:

-Me temo que no tenemos DVDs, y los servidores están infectados.

-Pero ¿qué clase de sistema de protección tenemos? -le espetó Blanchard, a punto de volver a perder los nervios. Sin embargo, en seguida se recompuso y continuó-: Bueno, y entonces... ¿qué hacemos?

-A estas alturas sólo nos queda comprobar los sistemas de arriba abajo. Hemos mandado llamar a un par de especialistas que ya están en camino.

Düsseldorf

-Estamos encerrados en una helada sala de reuniones -dijo Sigmund von Balsdorff, obviamente enfadado- como si fuéramos alumnos de un instituto... y todo por una hipótesis.

Entre el grupo que se había congregado en casa de los von Balsdorff estaban los principales representantes de las grandes empresas de energía y electricidad alemanas, los directivos y pesos pesados de los más diversos sectores económicos del país y un famoso actor de televisión. Wickley conocía de vista a la mayoría, porque había coincidido con ellos en otras ocasiones, y a otros los había tratado un poco más desde el punto de vista laboral.

-Una escenificación de lo más eficaz -observó Kostein, directivo de una importante cadena de televisión cuya observación mereció una mirada de asombro por parte de von Balsdorff.

La multinacional en la que trabajaba Kostein era una de las principales empresas colaboradoras con la de von Balsdorff, de la que llevaba la imagen pública.

-Quiero decir desde el punto de vista técnico -se apresuró a añadir Kostein-, aunque quizá resulte un poco exagerada. Pasarnos dos días al calor de la chimenea y lavándonos con el agua de la piscina puede resultar de lo más divertido. A mí me hace sentir como en mi época de excursionista. ¡Hasta he cocinado salchichas a la brasa! -dijo, soltando una risotada, consciente de que muchos en aquella sala pensaban exactamente lo mismo que él.

-Todo esto -apuntó la asesora van Kolck- es culpa de quienes manejan las centrales nucleares, sin preocuparse como conviene de la reconstrucción de los sistemas de energía.

Como venían haciendo todas las grandes empresas de asesoramiento institucional en los últimos años, la que presidía van Kolck también había formado a sus propios agentes en los asuntos relacionados con la energía, había promovido, subvencionado y publicado estudios, organizado conferencias, invitado a lujosos viajes a directivos, políticos y grandes empresarios del momento para debatir sobre el tema, y, en fin, todo cuanto hiciera falta para demostrar su competencia en un determinado ámbito, o cuando menos para fingirla y mantener contactos. La necesidad de asesoramiento de la industria y las autoridades hizo que durante un tiempo estos asesores crecieran como la espuma hasta llegar a ser cientos de miles. Hacía ya mucho tiempo que los delegados de la Cámara Alta de la República Federal no decretaban las leyes por sí solos, sino en función de las necesidades de los empresarios con mejores contactos o con argumentos más tentadores, fuera en el campo que fuera: finanzas, medicina... o, por supuesto, energía.

-No todos opinan lo mismo que usted -dijo Uwe-Hans Debblerlein, fundador de una de las mayores plantas productoras y explotadoras de energía eólica.

-No me cabe la menor duda -respondió van Kolck-. Es obvio que está usted de acuerdo con la explotación de la energía eólica, porque le aporta una riqueza indecente.

-La energía solar también puede ser muy útil para Alemania -dijo Achim Breden, directivo de una gran empresa técnica.

Debberlein se rió.

-Yo también pensaría lo mismo si mi empresa hubiese invertido miles de millones en DESERTEC.

-¡Un proyecto extraordinario! -exclamó Noot. Era obvio que pese a no ser aún las dos del mediodía, el actor le había dado al vino algo más de lo que era propio y adecuado... -. Conseguimos independizarnos del petróleo, pero no de los caprichos de los dictadores árabes. Ahora no nos presionan con el combustible sino con el sol. ¡Una alternativa realmente genial!

-Las circunstancias en esos países están cambiando -le recordó Breden-. Los movimientos democráticos...

Noot se dio una palmada en la frente.

-¡Ah! ¡Ahora entiendo de dónde vienen los llamados movimientos democráticos! De acuerdo, lo admito, esto es mucho más sutil que lo de Bush en Irak.

-No puedo aguantar más, señor von Balsdorff -interrumpió entonces Jutta Dorein, directora de una importante clínica privada-: permítame saciar mi curiosidad: ¿cómo es que tiene usted corriente, luz y agua?

Von Balsdorff le dedicó una sonrisa cómplice y asintió con la cabeza antes de responderle:

-Síganme, se lo mostraré.

El grupo lo siguió por el pasillo principal, y por el camino se les añadieron tres invitados que acababan de llegar. Al final, un grupo de unas veinte personas siguió a von Balsdorff hasta el sótano de su casa.

El dueño les mostró primero, brevemente, su transformador de combustible. La técnica que utilizaba aquel aparato había sido despreciada durante muchos años por considerarse excesivamente cara. Sin embargo, los nuevos materiales y las últimas técnicas la habían ido volviendo cada vez más interesante. Al contrario que los motores, que quemaban portadores de energía como el petróleo, los transformadores de combustible convertían en corriente la energía del gas o el agua, por ejemplo, y lo hacían mediante un proceso químico.

-Aquí tenemos un moderno contador de energía inteligente -dijo von Balsdorff-. En realidad es mucho más que un contador: es el sistema de gestión energética de todo el edificio, y lo convierte en un hogar inteligente. Un Smart House, como dirían los americanos. -Mientras hablaba sacó su móvil del bolsillo-. Y puedo gestionarlo todo desde aquí.

-¡Oh! ¿Tiene cobertura? -preguntó una mujer, visiblemente emocionada.

-No, pero para distancias cortas funciona vía Bluetooth.

-¿Vía qué? -preguntó la mujer a su vecina, en un susurro.

En la siguiente sala, von Balsdorff les presentó una unidad de cogeneración de energía eléctrica.

-Éste también produce en algunos momentos más corriente de la que necesita un hogar medio y puede alimentar la red de corriente. Nuestros socios ya están ofreciendo estos modelos en el mercado.

Y dicho aquello, von Balsdorff dio unas palmadas, cual granjero que pretendiera meter en el corral a una bandada de gansos, y añadió:

-¡Bueno, amigos, ya es suficiente por ahora! ¡No hemos venido aquí a trabajar!

Los invitados volvieron al piso de arriba. Por el rabillo del ojo, Wickley vio llegar a dos nuevos invitados más. El empleado que los recibió asintió brevemente después de hablar con ellos, les indicó que esperaran donde estaban y se dirigió hacia von Balsdorff, que fue el último en subir las escaleras. Le susurró algo confidencialmente y éste lo siguió hasta los recién llegados. Una vez con ellos, miró a su asistente, y con la mano le hizo un gesto que no dejaba lugar a dudas: tenía que acompañar al resto de los invitados de vuelta al salón. Aquellos dos hombres tenían algo que a Wickley le llamaba la atención. Algo que le resultaba extraño, aunque no sabría decir qué era. No parecían invitados. Fingió quedarse algo rezagado y observó la escena desde el pasillo. Los dos hombres no se habían quitado los abrigos y hablaban con von Balsdorff como si quisieran convencerle de algo muy importante. Éste los escuchaba atentamente mientras asentía con la cabeza. Pasados unos minutos, los hombres se fueron por donde habían venido, pero sólo para regresar inmediatamente con sendas y pesadas maletas. Von Balsdorff los condujo hasta una puerta que quedaba junto a las escaleras. Por primera vez, Wickley pudo verles la cara: sus rostros tenía la tez tan blanca como las paredes de la casa, y lo mismo podía decirse de la de von Balsdorff. El directivo, cuyo aspecto hasta hacía apenas unos minutos era bronceado y saludable, parecía haber envejecido diez años de golpe.

Poco después, éste reapareció solo en el vestíbulo y volvió a reunirse con sus invitados.

Wickley le salió al paso:

-¿Trabajando el fin de semana? -preguntó, fingiendo secarse las manos, como si hubiera ido al baño.

-¿Cómo dice? Ah... sí... -Von Balsdorff hizo un gesto indefinible con una mano-. Ya sabe cómo son los negocios...

Von Balsdorff se sumó al grupo y Wickley lo vio reír de nuevo, interesarse por las conversaciones e incluso bromear, pero su piel no llegó a recuperarse, y siguió tan pálida como si acabaran de informarle de la muerte de sus hijos.

La Haya

Con la ayuda del mapa de Bollard, Manzano no tardó más de diez minutos, efectivamente, en llegar a la central de la Europol. En el hotel le prestaron un paraguas porque había empezado a llover. Durante el camino fue pensando en la extraña evolución de los acontecimientos. Sentía verdadera curiosidad por saber qué demonios quería de él la Europol. Su antigua fama de hacker no le parecía motivo suficiente, y era muy poco probable que no supieran nada de su activismo post-arresto. Evidentemente, Bollard estaba en lo cierto cuando presuponía que no se había quedado de brazos cruzados, sino que, más bien, había sido más cauto y había llamado menos la atención. Tampoco el descubrimiento del código le parecía motivo suficiente para convocarlo en la central de La Haya. Sus reflexiones no lo conducían a ninguna parte, y su pensamiento empezó a dispersarse. Pensó en Sonja Angström. ¿Habría llegado bien a Bruselas?

En el complejo de edificios no se notaba ni rastro del apagón. De las ventanas salía una luz que iluminaba aquel día gris y los empleados iban de un lado a otro, atareados, ajenos al caos que reinaba fuera de allí. Manzano anunció su llegada en recepción, y al cabo de unos minutos el propio Bollard bajó a buscarlo.

Mientras subían en ascensor al cuarto piso, Bollard le preguntó (en inglés, como siempre):

-¿Ha comido algo?

-Sí, en el menú del hotel había merluza con patatas.

-¿Qué tal estaba su habitación?

-Tenía agua caliente, calefacción y hasta una tele, así que no puedo quejarme. Sólo tengo que solucionar el tema de la ropa...

-Si me dice su talla y lo que necesita, me ocuparé de ello.

Manzano no era nada adicto a la moda, pero la idea de que un desconocido escogiera su ropa no acababa de convencerlo. Quizá fuera porque le recordaba la época en que su madre solía hacerlo.

Bollard lo precedió hasta un despacho que parecía recién estrenado. De hecho debía de serlo, porque los muebles aún olían a nuevo. En la alargada mesa que quedaba en el centro de la sala, los esperaba un tipo bajo y gordo con un moderno portátil frente a sí. Bollard lo presentó con un sonoro nombre francés y añadió:

-Él revisará su ordenador, señor Manzano.

Manzano le entregó su portátil, receloso, y mientras el hombre lo encendía, Bollard le entregó a él un papel.

-Un contrato de confidencialidad.

Manzano se leyó el contrato pero sin perder de vista un segundo la pantalla de su ordenador.

Un formulario estándar. Casi todos los que le contrataban le hacían firmar uno como aquél. No esperaba encontrar grandes secretos que guardar. Todo aquel negocio era tan grande y abarcaba a tanta gente que habría sido imposible guardar un verdadero secreto por mucho tiempo. En algún momento, antes o después, se habría filtrado algún tipo de información y se habría hecho público por vanidad, táctica política, envidia o cualquier otro motivo. Garabateó su nombre sobre el papel y se lo devolvió a Bollard. Después se volvió hacia el técnico informático, que por ahora no hacía más que mirar sus archivos, sin intentar quitarle ninguno ni instalarle ningún otro.

-¿Le apetece un té? -preguntó Bollard-. ¿O un café?

-Un café, si es tan amable.

Bollard cogió un teléfono interno y pidió dos tazas de café. Después volvió a dirigirse a Manzano.

-En cuanto acabemos con esto iremos a otra sala y tendremos nuestra primera reunión de trabajo. El primer análisis de la situación. Verá que el resto de los presentes son colaboradores de la Europol o expertos con los que llevamos muchos años colaborando. No todos tienen un carácter fácil, pero todos son excelentes en su trabajo.

Llamaron a la puerta. Una joven apareció con el café.

-¿A qué cree que nos enfrentamos? -preguntó Manzano.

-He aquí el tema de nuestra reunión.

Se tomaron su café.

-Es usted francés, ¿no? -preguntó Manzano-. ¿Cuánto hace que está en La Haya?

-Un año.

-Viniendo hacia aquí he visto que en las casas no hay electricidad. ¿Puedo preguntarle cómo es que ustedes sí que tienen?

Bollard le respondió con toda franqueza.

-En mi casa tampoco tengo. Me he visto obligado a enviar a mi familia a una granja con autoabastecimiento energético porque mis hijos estaban muertos de frío.

Sonó el teléfono, y Bollard lo cogió. Manzano pudo oír la voz al otro lado de la línea, pero fue incapaz de distinguir lo que decía.

-Ya veo -dijo Bollard-. De acuerdo, lo entiendo. Mal.

Colgó el aparato, fue a su escritorio y miró algo en su ordenador.

-Mal -repitió.

Apretó con energía una de las teclas, y la impresora que quedaba junto a su mesa empezó a funcionar. Bollard fue sacando los papeles uno a uno.

-Interesantes noticias...

Miró el reloj.

-¡Mierda! Disculpe. Nuestra reunión está a punto de empezar y yo aún tengo que hacer dos llamadas.

-¿Les funciona el teléfono?

-Tenemos dispositivos de emergencia que nos posibilitan utilizar las líneas

telefónicas, sí, pero sólo funcionan cuando quieren y con llamadas internacionales. Las nacionales apenas resisten.

Bollard marcó un número, esperó y habló en francés.

-Hola, *maman*. -Su madre. Manzano estudió francés cuatro años, en el colegio, y no se le daba mal. El recuerdo de aquellos tiempos y el parecido de aquel idioma con el suyo le permitió entender bastante bien el contenido de aquella conversación.

Bollard estaba advirtiendo a su madre.

-No, ahora no puedo decirte nada más. Mañana, o pasado mañana a lo sumo, tendréis más información. Pero presta atención: coge la vieja radio del garaje, asegúrate de que tiene pilas, y sintonízala en un canal de noticias. Vigila con las provisiones: ahorrad cuanto podáis, ¿me oyes? No comáis si no tenéis hambre. Y asegúrate de que el pozo sigue intacto. Intentaré ponerme en contacto con los Doreuils en París y enviarlos a vuestra casa. Por favor, sed amables con ellos, ¿vale? Venga, pásame a papá.

Silencio. Bollard se quedó esperando, con el teléfono al oído.

El gordo bajito cerró su portátil y le dijo:

-Todo en orden, gracias.

-¿Sigue habiendo Internet? -preguntó Manzano.

-Para la mayor parte de la población ya no, pero aquí estamos conectados al *backbone*...

Las principales conexiones troncales de Internet, pensó Manzano. Tienen un montón de routers de todo tipo que llevan los datos por todo el mundo mediante cables de fibra óptica.

-... y por ahora se mantiene estable.

Levantó el pulgar de la mano derecha para que lo viera Bollard y salió de la habitación.

-Hola, papá. Ya le he explicado algunas cosas a *maman*. Puede que los Doreuils vayan a visitaros. Te ruego que seas muy precavido con lo que voy a decirte a continuación: mañana por la mañana, lo antes posible, ves al banco y saca todo el dinero que puedas. Y... no quisiera ponerme demasiado pesimista, pero comprueba si tienes a punto tu escopeta y si te queda suficiente munición.

Manzano no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, y por lo visto lo mismo estaba sucediéndole al padre de Bollard. Éste se detuvo para dejarlo hablar y luego continuó:

-No. Sólo digo que vale más estar preparados. Pero no se lo cuentes a *maman* ni a los Doreuils. Puede que mis sospechas no se cumplan y no hace falta preocupar a nadie más. Os quiero mucho. Nos vemos.

Manzano miró a Bollard con preocupación. El francés no parecía el tipo de hombre que iba diciendo a sus padres «os quiero mucho» en cada conversación. Se preguntó qué tipo de información tenía que haber recibido para reaccionar así.

Bollard marcó entonces otro número y volvió a hablar en francés. Manzano

tardó un par de frases en reconocer que estaba hablando con su suegro. En esta ocasión, la conversación no fue tan fluida: Manzano dedujo algunas partes a partir de lo que decía Bollard, pero estaba claro que en esta ocasión su iterlocutor tenía mucho que decir...

-Id a casa de mis padres. Os están esperando.

-...

-Por favor, no me hagas más preguntas. Sigue mi consejo, y hazlo lo antes posible.

-...

-Esta vez la corriente no volverá tan rápido.

-...

-Coged bastante ropa. Puede que dure varios días.

-...

-¡Sí! -Bollard empezaba a impacientarse-. Puede que una semana. Quizá incluso más.

-...

-Mis padres tienen leña, un pozo privado y varios gallineros.

-...

-Asegúrate de sacar todo el dinero que puedas del banco, ¿me oyes? Ve a un cajero ahora mismo, o acércate mañana al banco cuando estéis en casa de mis padres.

-...

-No puedo responderte a eso. Confía en mí. Y no se lo digas a nadie. Tenéis que salir de París antes de que todo el mundo quiera hacerlo.

-...

-Sí, ella y los niños están bien, no te preocupes. Un abrazo a los dos.

Bollard colgó el teléfono. Parecía más pálido y asustado que antes. Con la mirada perdida miró a Manzano y le dijo:

-Vamos. Empecemos con la reunión.

La sala de reuniones tenía en su centro una majestuosa mesa ovalada. En una de las paredes, seis grandes pantallas. La mayoría de los presentes eran hombres. De hecho, Manzano sólo vio a una mujer. Bollard le mostró su asiento y fue directo a otro que se encontraba justo debajo de los monitores.

El vecino que le tocó a la izquierda resultó ser un rollizo cincuentón con gafas de montura de oro y un poblado bigote bajo su redonda nariz. Dirigiéndosele en inglés, se presentó como Jan Lenneding, trabajador de la Europol.

A su izquierda, un tipo algo más joven de facciones angulosas y cuerpo fibrado. Triatlón, pensó Manzano, o Ironman. También trabajaba para la Europol.

Él se presentó a ambos diciéndoles que lo habían contratado como consultor, lo cual les despertó una evidente sorpresa.

-Buenos días, damas y caballeros.

Bollard se había puesto de pie, y hablaba en inglés.

-Suponiendo, claro, que pudieran llamarse buenos.

Llevaba en la mano un pequeño mando a distancia. En la pantalla que quedaba justo encima de él podía verse un mapa de Europa. La mayor parte del continente estaba pintada de rojo. Noruega, Francia, Italia, Hungría, Rumanía, Eslovenia, Grecia y un montón de países más alternaban el verde con regiones más rojas.

-Esta sala será a partir de ahora nuestro centro de operaciones. Inmediatamente les explicaré por y para qué: hace ya casi cuarenta y ocho horas que la mayor parte de Europa se ha quedado sin electricidad, aunque en algunas regiones han logrado recuperarla durante varios minutos. Aparecen sombreados en el mapa. Desde esta mañana sabemos que esta recuperación no ha sido más que una casualidad. Ayer por la noche nos informaron de que los contadores inteligentes de Italia y Suecia habían sido saboteados mediante la introducción de unos códigos ajenos al programa.

El bigotudo vecino de Manzano se inclinó hacia él y le susurró:

-Se ve que los contadores inteligentes no lo son tanto...

-Pese a todo, la manipulación de las redes de dos países europeos no debería ser suficiente como para provocar el descalabro de todo un continente. En anteriores crisis, el protocolo consistía en aislar los sistemas inestables para estabilizar el resto en cuestión de horas, pero en esta ocasión, por algún motivo que aún desconocemos, no nos ha sido posible. Y ésta es nuestra mayor preocupación.

En la pantalla que había a sus espaldas aparecieron varios gráficos, unos con círculos y otros con barras.

-Durante los ejercicios de prevención de posibles apagones masivos ya previmos que algunas centrales eléctricas podrían sufrir daños debido a las oscilaciones de frecuencia, pero nuestras estimaciones nos llevaron a hablar de entre el diez y el treinta por ciento.

Con el mando a distancia movió los porcentajes de los gráficos que tenía tras él.

-En la mayor parte de los países europeos parece que el porcentaje real es mucho mayor. ¡En algunos llega incluso hasta el ochenta por ciento!

Un murmullo recorrió la habitación.

-Tenemos, pues, muchas más centrales eléctricas afectadas de lo que pensábamos, y todas ellas tienen serias dificultades para volver a ponerse en funcionamiento.

Una voz masculina interrumpió el discurso de Bollard y dijo:

-Los daños provocados por las oscilaciones de frecuencia deberían poder solucionarse casi por completo con la desconexión de emergencia automática. ¿Saben si los generadores o los transformadores han sido afectados?

-Eso sería una catástrofe -observó otro.

-Por ahora tenemos pocos datos fiables al respecto. El primer informe que nos entregaron hablaba sobre ciertas dificultades a la hora de reiniciar las

máquinas.

-¿Stuxnet? -preguntó alguien-. ¿O algo parecido?

Lo estamos comprobando. Puede que los resultados tarden un poco en llegar.

-«Ciertas dificultades» -intervino otro- no suena precisamente a problemas en los generadores.

-Cierto -dijo Bollard-. Los expertos están intentando encontrar las causas reales de esas dificultades. Pero hay una tercera pieza en todo este rompecabezas. Una con la que hemos dado esta mañana.

Volvió al mapa del país con las zonas coloreadas en rojo y verde.

-Desde las diez de la mañana, los ordenadores de un gran número de centrales eléctricas han empezado a colapsarse y a quedar fuera de combate. Noruega, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Polonia, Rumanía, Italia, España, Serbia, Hungría, Eslovenia y Grecia están perdiendo el control.

En el mapa cada vez había más países pintados de rojo. Y entre los allí presentes cada vez eran más intensas las exclamaciones de espanto al comprender lo que estaba pasando.

-A partir de entonces, cuantos han podido han hecho un esfuerzo por recuperar, o al menos mantener activa la escasa red que aún les quedaba, pero lo que en cada una de las centrales se interpretó al principio como una insólita casualidad resulta ahora evidente al mirar este mapa general: damas y caballeros, Europa está siendo atacada.

La sala enmudeció durante unos segundos, hasta que al fin un hombre al otro extremo de la mesa preguntó:

-¿Y sabemos quién nos ataca?

-No -respondió Bollard-. Sólo sabemos que se envió a un equipo de profesionales a investigar los contadores en los que se había iniciado el ataque (tres en Italia y tres en Suecia) y que cuatro de las casas en las que se hallaban están ocupadas por ciudadanos libres de toda sospecha.

Bollard les mostró entonces varias imágenes que seguramente provenían de los equipos especiales. En algunas de ellas, Manzano reconoció una decoración típicamente italiana.

-Los inquilinos de estos cuatro pisos coincidieron en decir que, poco antes del accidente, alguien había llamado a su puerta y se les había presentado como trabajador de una compañía eléctrica. Al principio dudamos de sus testimonios, pero al poco llegamos a la conclusión de que las explicaciones que daban todos ellos resultaban lógicas y convincentes. En este mismo momento tenemos a varios expertos charlando con ellos para obtener un retrato robot de cada uno de los supuestos trabajadores de las compañías eléctricas que entraron en sus viviendas. Pero quedaban aún otros dos pisos por investigar. Las autoridades nacionales tuvieron muchas dificultades para obtener los datos de los inquilinos, porque algunos de los bancos de datos habían quedado bloqueados por el apagón. Me consta que a estas alturas, no obstante, ya disponemos de toda la información y ninguno de los datos

obtenidos nos ha llevado a pensar que allí viviera algún tipo de criminal o terrorista. Queremos seguir investigando, pero a cada día que pasamos sin electricidad se vuelve todo más complicado.

-Visto lo visto... ¿Vamos a declarar el estado de guerra?

-Esta decisión debe recaer en cada uno de los estados afectados y, en última instancia, en la OTAN. El problema es que no sabemos quién nos ataca, y por tanto no podemos defendernos de él. ¿Se trata de un poder europeo? ¿O son terroristas? ¿O simples criminales? En el primer caso sí podríamos declarar el estado de guerra. En el segundo y el tercero, en cambio, la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado es cosa de la policía. En este sentido nuestra empresa tendría un peso específico, y por ello solicito para empezar la colaboración de todos los responsables de comunicaciones interestatales. Ante una amenaza de esta magnitud no tiene ningún sentido querer avanzar en soledad. Damas y caballeros, en sus e-mails y en el servidor (con el nombre «Blackout») encontrarán ya los informes redactados tras estudiar los casos de Italia y Suecia. Tendrían que reenviarse lo antes posible a todos los organismos nacionales. Por otra parte, necesitamos que nos informen de todo cuanto sepan sobre posibles manipulaciones de cada uno de los Estados, ya sea en las centrales energéticas, ya en las principales empresas francesas o del resto de los países europeos.

Bollard recorrió el grupo con la mirada y continuó:

-Asegúrense, por favor, de pasarnos lo antes posible cualquier información, sospecha o descubrimiento que hayan hecho. Nosotros lo introduciremos todo en el sistema de análisis y lo trasladaremos al resto de organismos nacionales.

-Como los ciudadanos se enteren de esto... -gimió un hombre a la izquierda de Manzano.

-Pero no lo harán. Aún no -lo interrumpió Bollard con firme determinación.

Manzano esperó a Bollard a la salida de la sala de reuniones.

-¿Lo ha dicho en serio?

-¿El qué?

-Que por ahora no van a advertir a la gente de lo que sucede.

-A los ciudadanos les diremos que el apagón durará unas horas más, y en ciertos lugares, quizá, algunos días. Hablarles sobre un posible ataque terrorista desataría el pánico y no aportaría nada positivo.

-¡Pero usted sabe que no se tratará de unos días en ciertos lugares!

-Todos los organismos europeos se han puesto en marcha para tomar medidas y precauciones al respecto, y sabrán actuar cuando llegue el momento. No olvide que ha firmado usted un contrato y que todo cuanto oiga decir en esta sala debe mantenerse en el más absoluto secreto.

-Sí, claro, por supuesto -respondió Manzano, sin disimular su disconformidad.

Bollard lo miró fijamente a los ojos durante unos segundos, y luego se dio la vuelta y se fue hacia su despacho.

Manzano lo siguió. Aún había otra cosa que necesitaba decir.

-El software para la puesta en marcha y el control de las redes eléctricas es muy complicado y especializado. Hay muy pocas empresas en todo el mundo capaces de soportar un sistema de este tipo. Ya han mencionado Stuxnet. ¿Sería muy complicado realizar una lista de todas las centrales, redes y empresas eléctricas que están teniendo problemas, y apuntar en cada caso el proveedor de su software?

Bollard siguió avanzando hacia su despacho, imperturbable, pero al llegar a la puerta se detuvo, se dio la vuelta y dijo:

-Lo que me pide no es tarea fácil, y me temo que el resultado no será tan evidente como usted pretende. ¿Qué espera encontrar?

-Aún no estoy seguro.

Bollard lo miró con escepticismo.

-Tengo una leve sospecha -dijo Manzano, angustiado ante la intensidad de aquella mirada-, y si dispusiera al menos de los datos de un par de países... creo que me sería de gran ayuda.

Bollard asintió.

-Veré lo que puedo hacer.

París

Evidentemente, el ascensor de casa de Shannon no funcionaba, como tampoco el transporte público ni nada que necesitara electricidad. Agotada, la joven subió las escaleras que conducían a su casa. Al menos arriba podría descansar...

Se había pasado dos horas caminando, desde la redacción hasta su piso, y había hecho fotos con la cámara de su móvil, hasta que éste se quedó sin batería.

Al llegar a su rellano vio maletas y bolsas frente a la puerta de sus vecinos. En ese preciso momento Bertrand Doreuil apareció con otra bolsa. Shannon sabía que antes de jubilarse, aquel hombre alto y delgado de pelo ralo y canoso había tenido un puesto de máxima responsabilidad en un ministerio. Doreuil era un interlocutor brillante y un vecino amable y solícito.

-Buenas tardes, monsieur Doreuil. ¿Huye usted a alguna parte? -le preguntó Shannon, con una sonrisa-. ¡No me extraña!

Doreuil la miró algo desconcertado.

-Eeeeh... no... Vamos a pasar unos días con los suegros de mi hija.

-¡Vaya! ¡Su mujer no me había dicho nada!

-Es que acaban de invitarnos. Ha sido algo espontáneo.

Shannon echó un vistazo a la cantidad de maletas que había en el rellano. No parecía que fueran a pasar un par de días, sino más bien que fueran a dar un par de vueltas al mundo.

-Parece que llevan ustedes un montón de regalos para sus consuegros -dijo, siempre sonriendo-. Espero que ellos tengan electricidad.

Tras el señor Doreuil apareció su mujer diciendo:

-¡Ah, no hay problema! Los Bollard tienen mucha leña... y si tienen hambre matan una gallina de su gallinero, ¡jajaja!

Su marido se rio con ella, pero no parecía contento con el comentario.

-Acabo de estar en una rueda de prensa en la que nos han asegurado que pronto recuperaremos la normalidad.

-Seguro que sí -dijo la señora Doreuil, con voz meliflua.

-Al menos eso dijo antes de este nuevo apagón -continuó diciendo Shannon-. Pero ahora que lo pienso... ¿no esperaba la visita de su hija, señora Doreuil?

-Ah, sí, pero ha tenido que aplazar su viaje porque con el apagón no había vuelos, y ahora su marido no puede irse de La Haya.

Su marido la miró con firmeza, y Annette Doreuil sonrió, incómoda, y volvió a dirigirse a Shannon.

-Esto... ¿Serías tan amable de coger nuestro correo, querida?

Algo no iba bien. Todas las frases del matrimonio empezaban con partículas dubitativas, y aquello no era propio de su templanza habitual.

-Por supuesto -dijo Shannon, con el tono de voz más despreocupado que pudo, aunque su cabeza iba a mil por hora.

Había visto al yerno de los Doreuil en un par de ocasiones. Tenía un puesto de máxima importancia en la Europol. Algo así como jefe del departamento antiterrorista, creía recordar. ¿Por qué no iba a poder dejar su trabajo un par de días ante un simple apagón? ¿Y por qué el señor Doreuil había lanzado una mirada tan apremiante a su mujer cuando ésta le habló de ello?

-¿Pero su hija se encuentra bien, no? -insistió.

-Ellos tampoco tienen electricidad, pero por lo demás, bien -respondió la señora Doreuil-. Hoy mismo hemos hablado con su marido...

-Cariño -la interrumpió el señor Doreuil-, creo que ya lo tenemos todo. Debemos darnos prisa o llegaremos tarde. Ya sabes que los Bollard suelen acostarse pronto.

-¿Quieren que les ayude a bajar las maletas? -preguntó Shannon. Tienen un montón y el ascensor no funciona.

-Eres muy amable... -empezó a decir la señora Doreuil.

-... pero no hará falta -concluyó su marido-. De todos modos, muchísimas gracias.

Shannon dio las gracias al cielo porque ni la dueña de la casa ni su compañero de piso hubiesen querido invertir un solo euro en un teléfono moderno. Gracias a aquello, el viejo aparato tenía línea y ella pudo ponerse en contacto con la redacción, donde también habían rescatado un antiguo ejemplar del archivo que les permitía seguir comunicados -al menos relativamente- con el exterior.

-Hay algo que aún no sabemos -aseguró a Laplante con insistencia. No había podido localizar a Turner-. Tienes que informar a la corresponsal de Bruselas. Que se mueva.

-No consigo dar con ella.

-Vale, pues entonces iré yo misma a La Haya. ¿Cuánto puedo tardar? ¿Cinco horas?

-Pensaba que no tenías coche.

-Y no lo tengo. ¿Me dejas tú el tuyo?

-¿Y cómo vuelvo yo a casa? ¿Y cómo vengo mañana al despacho? El transporte público no funciona...

-Pues que la empresa me preste uno.

-¿Para qué? ¿Para que sigas una idea tan vaga? No te lo dejarán ni de broma.

-Eric, créeme. ¡Aquí se cuece algo! Un directivo antiterrorista de la Europol se ha visto obligado a quedarse en La Haya en lugar de viajar un par de días con su familia. ¿No te parece sospechoso?

-No, quizá no quiera arriesgarse a viajar sin electricidad...

-¡Venga ya, no me fastidies! ¿Estás diciéndome que la historia no te interesa?

-Bueno, intentaré dar con nuestros corresponsales en la zona de Benelux...

-Y cuando los encuentres habrá acabado todo.

Colgó con rabia. Abrió su portátil e intentó conectarse a Internet a través de la vieja línea del teléfono. La señal era muy débil y la mayoría de las páginas no llegaban a abrirse, o lo hacían lentamente y con interrupciones. Bueno, pero al menos funcionaba. Buscó en las páginas amarillas internacionales. François Bollard, Europol, La Haya. No dio con el teléfono privado de Bollard, pero sí con una dirección.

-¿Y cómo se las arreglaría para ir a La Haya? Los trenes no funcionaban... ¿Una línea de bus, quizá? Su ordenador le dio unas cuantas opciones. Mañana por la mañana podía estar allí. Shannon miró el reloj. El bus salía en cinco horas, si es que al final lo hacía, claro. Miró cuánto dinero llevaba en la cartera. Setenta euros. No era suficiente. Buscó en todas las bolsas, bolsillos, cajones y armarios de su habitación, y al final reunió ciento cuarenta euros. Seguía siendo demasiado poco.

Bajó a la calle en busca del cajero más próximo. En la radio había oído decir que muchos seguían funcionando y que los bancos abrirían al día siguiente. Pasó su tarjeta por la ranura prevista a tal efecto, junto a la puerta, y entró en la antecámara en la que estaban los cajeros. Las pantallas estaban encendidas, como siempre.

Shannon comprobó su saldo.

2167 euros.

Los magros ahorros de varios años de trabajo tras la cámara periodística.

Sacó mil quinientos euros, los metió en el bolsillo de su pantalón y volvió corriendo a su piso.

Una vez allí preparó una bolsa con ropa de abrigo, sus dos cámaras digitales, todas las pilas y baterías que pudo encontrar por casa y, por último, su portátil. Tardaría al menos una hora y media en llegar a la parada de autobús caminando. Llamó al servicio de taxis y una voz grabada de mujer le dijo que las líneas estaban ocupadas pero que la atenderían en breves momentos. Diez minutos después, colgó, desesperada. Se puso su plumón y las botas más abrigadas que tenía, se echó la bolsa al hombro, se dio la vuelta para mirar su piso una vez más, y se marchó. La escalera estaba oscura como la boca del lobo.

La Haya

Con la cabeza a punto de estallar, Manzano regresó a su habitación del hotel. Seguía lloviendo. ¿Y si llamaba a Sonja Angström? Ella le había dado su número del MIC y tenía ganas de saber si había llegado bien, así que lo marcó. Tras varios timbrazos oyó una voz femenina, pero no era ella.

-¿Con Sonja Angström, por favor?

-Está de vacaciones -dijo su interlocutora.

Manzano no se sintió con ánimos de explicarle que Angström debía de estar a punto de aparecer por la puerta para echarles una mano con el trabajo, así que dio las gracias y colgó, sin más. Quizá haya ido primero a su casa, se dijo. Para cambiarse de ropa y comprobar que todo estuviera bien... También tenía el número de su casa, pero cuando lo marcó vio que no había línea.

Se estiró en la cama, abrió su portátil y se metió en la página de la Europol. El gordo bajito le había dado un Código de Acceso, y cada vez que entrara en la página, su ordenador sería sometido a un escrutinio por parte de los controladores informáticos de la organización. Así, de paso, la Europol aprovechaba para controlar todos los movimientos de Manzano con el portátil. Sólo si pasaba el filtro podía acceder a la red interna de la organización. Obviamente, en el caso de la Europol toda medida de seguridad estaba más que justificada, y más aún si el que accedía era un extraño como él.

Bollard le había recomendado que antes de empezar a hacer algo se familiarizara con los fundamentos de la organización. En la página principal encontró un archivo en el que, al menos según el título, había información primordial. Hizo click en él.

-¿Y qué es lo que hace?

Bollard había llamado brevemente a la puerta de la habitación del hotel, y luego había entrado sin esperar a que le dijeran el correspondiente «adelante». Aquella habitación se diferenciaba del resto por la cantidad de equipos electrónicos que había repartidos por el suelo, junto al escritorio. Tres pequeñas pantallas mostraban sendas imágenes en blanco y negro de otra habitación de hotel. En la del medio reconoció a Manzano, sentado sobre su cama y con el portátil sobre las piernas. Parecía muy concentrado. Estaba leyendo, y sólo de vez en cuando escribía alguna cosa.

No le había costado demasiado convencer a las autoridades holandesas para que vigilaran a Manzano y le pincharan el teléfono. Mientras el italiano estaba en el helicóptero, los especialistas habían entrado en la habitación y la habían llenado de micrófonos y cámaras. Y en otra habitación del hotel, dos pisos por encima de la de Manzano, un par de trabajadores hacían turnos para vigilarlo. Y si salía del hotel, un equipo de la secreta también salía con él. No es que Bollard pensase que se trataba de uno de los saboteadores, ni mucho menos,

pero la situación era comprometida y no quería correr ningún riesgo.

-Nada especial -respondió el vigilante, un chico de unos treinta y tantos años y aspecto malhumorado. Ha llamado tres veces por teléfono.

-¿A qué números?

-Primero al MIC, en Bruselas. Ha preguntado por Angström. Luego al particular de Angström, pero tampoco la ha localizado allí. El tercero a un complejo hotelero rural de Ischgl. Ha dejado un recado y el número de teléfono de su habitación a un tal Bondoni. Le ha preguntado qué tal estaban él y las chicas y ha dicho que volvería a llamarlo después. Desde entonces está sentado en su cama, leyendo en su portátil.

-¿Sólo lee?

-Por lo que he visto hasta ahora, sí.

-De acuerdo, pues me marcho. Avíseme si hace algo que le llame la atención.

Bollard se preguntó si no sería mejor ir a dormir a su despacho. Allí tenía una ducha y un sofá de lo más cómodo, había calefacción y no gastaría gasolina... Pero no quería dejar solos a Marie y a los niños en su primera noche en la granja.

En la calle había más coches que de costumbre. Aún les quedaba gasolina. Aquello cambiaría en los próximos días, pensó. Su depósito, por ejemplo, estaba ya a la mitad. Tras los acontecimientos de las últimas horas, todas las empresas habían empezado a gastar las reservas de gasolina en los empleados que les parecían más insustituibles, aunque en realidad estaban previstas para los bomberos y las ambulancias.

A la entrada de la granja había una docena de coches. Bollard añadió el suyo, llamó a la puerta y fue recibido por una mujer rubia con camisa de cuadros que se presentó como Maren Haarleven. La dueña de la granja.

-Pase, pase -le dijo-. Su familia está cenando.

Bollard la siguió hasta una amplia sala en la que había dos grandes mesas alargadas, ambas ocupadas. Reconoció algunas caras. Él mismo se había encargado de comentarles aquella opción después de colocar a su familia.

Los niños lo recibieron entusiasmados. Estaban felices en la granja y con los animales. Durante la cena no hablaron de nada serio, y no fue hasta que los niños se quedaron dormidos cuando Marie le preguntó en voz baja:

-¿Vas a decirme lo que está pasando?

-Vais a tener que quedaros aquí unos días. Parece que los niños están contentos, ¿no?

-En las noticias han dicho que en casa ha vuelto a irse la luz.

Bollard comprendió que al decir «en casa» se refería a Francia, y asintió.

-He hablado con mis padres, y con los tuyos.

-¿Y cómo están?

-Bien -mintió-. He pedido a tus padres que vayan a visitar a los míos.

-¿Y eso por qué? -preguntó Marie, frunciendo el ceño.

-Por si el apagón se alarga.

-¿Y por qué iba a alargarse?

-Nunca se sabe...

-¿Y por qué a casa de tus padres? ¿Por el paisaje? ¿Para que vuelvan a visitar los castillos del Loira?

-Porque tienen un pozo propio, una chimenea y algunas gallinas.

Hacía ya varias décadas que los Bollard habían vendido su granja a un Bed&Breakfast que arrendaba terrenos en la época de la burbuja inmobiliaria, y la verdad es que cerraron el trato en un momento tan bueno que sus padres habían vivido desde entonces con un gran nivel de bienestar. Las gallinas, así como unos pocos cerdos y vacas, los guardaron para uso propio.

Marie lo miró con evidente preocupación, pero decidió no seguir preguntando. Sabía que él no siempre podía explicarle todo lo que sucedía en su trabajo.

-Bueno -dijo-, espero que se lleven bien.

Berlín

Michelsen sólo había estado en la Oficina Federal del Canciller para actos públicos. Y si por ella fuese nunca habría ido a uno como aquél. No estaba sola. La acompañaban trabajadores de todos los departamentos del gabinete de crisis. En pocas horas habían elaborado una presentación... si es que podía llamarse así. Al ver aquella escena Michelsen no pudo evitar pensar en las imágenes del infierno de Hieronymus Bosch. Desde que recibieron las últimas noticias aquella mañana, todos habían pasado a un nuevo estadio. La calma brillaba por su ausencia. Tras pasar los controles de seguridad de la entrada, un joven la precedió hasta la sala de prensa del segundo piso, donde se sumó al resto de los invitados, y otros dos colaboradores la ayudaron a conectar sus portátiles. Nadie hablaba demasiado. Todos se limitaban a intercambiar las informaciones más imprescindibles. La conmoción era excesiva. El comportamiento racional y profesional -o por lo menos su simulación- parecía la única estrategia posible para no perder la compostura. La propia Michelsen estaba sorprendida de su templanza, aunque sabía que era sólo pasajera. No podría contener los nervios durante mucho más. Ojalá no los perdiera en un mal momento...

Esperaban a su público en silencio. Michelsen se dio cuenta de que todos evitaban mirar a los demás. Nadie quería que reconocieran el miedo en su mirada. En una pared de la habitación, diez pantallas repartidas en dos filas, una sobre la otra. En varias de ellas podían verse los rostros de varios caballeros ya entrados en años. Algunos ya habían estado en la cima sobre la energía mantenida con el canciller. Michelsen reconoció a Heffgen y a Balsdorff. Se toqueteaban las chaquetas y ordenaban sus papeles frente a la cámara ante la que estaban sentados. Pasaron varios minutos. El cielo berlinés estaba tan oscuro como los pensamientos de todos ellos. Michelsen pensó en lo privilegiada que era por poder estar allí, en una habitación con calefacción y agua corriente... Unos pasos apresurados la sacaron de sus pensamientos.

El canciller fue el primero en entrar. Determinado, rápido, serio. Estrechó la mano a todos y cada uno de los presentes. Era un hombre delgado con la espalda ligeramente encorvada, como suelen estarlo siempre las espaldas de los más altos, que inconscientemente se arquean para estar más cerca de la altura media. Sus rasgos angulosos le recordaban -a ella y a casi todos sus conciudadanos- a aquel otro cabeza de estado alemán que había pasado a los anales de la historia como el más influyente y exitoso de todos: Honrad Adenauer. Michelsen estaba bastante convencida de que aquella similitud física le había ayudado mucho a lograr el éxito político... pese a que él tenía treinta años menos que Adenauer cuando fue nombrado canciller, y pese a la diferencia en sus tendencias políticas. La crisis económica había tenido unas consecuencias obvias y dignas de tener en cuenta, como la revalorización de

las ideas y los presupuestos socialistas. De ahí que resultara especialmente curioso que alguien que venía de las finanzas se hubiese ganado el cariño de los funcionarios y el electorado socialista en general. Ella misma, Michelsen, no lo votó. Le parecía un oportunista. Aunque, si se paraba a pensarlo bien, todos se lo parecían. Quizá su decisión se debiera sólo al hecho, pues, de haber crecido en una época en la que la política aún parecía tener algo que ver con las ideas. Sea como fuere, había que reconocer que el hombre estaba gestionando mejor la crisis económica que la mayoría de sus colegas de Occidente. Y ahora también, como no podía ser menos, su presencia desprendía un aura de firmeza y fuerza que, sinceramente, era de agradecer.

-Les doy las gracias a todos los que han tenido a bien acompañarnos hoy aquí, y aprovecho para saludar a todas las damas y caballeros que estarán también presentes en esta reunión vía satélite -dijo el canciller, abriendo así su discurso-. Los acontecimientos de los últimos días confieren a esta reunión un significado muy distinto al que teníamos previsto cuando la convocamos. Los descubrimientos que hoy han llegado hasta nuestros oídos (los marcadores de Italia y Suecia, así como las novedades en Francia y otros países) nos alejan cada vez más de la posibilidad de que todo esto pudiera tratarse de una serie de desafortunadas casualidades. Los organismos de seguridad europea hablan de un poderoso ataque a los sistemas de energía europeos. Para que nos hagamos todos una idea de lo que estamos hablando, he pedido a los ministerios que nos ayuden a situarnos y que nos expliquen cómo es actualmente el escenario en el que nos hallamos. -Hizo una pausa y bebió un trago de agua.

Michelsen esperó que a continuación el canciller hiciera algún gesto dramático o llamara la atención de algún modo, pero nada más lejos de la realidad: se limitó a intercambiar una mirada de soslayo con su secretario de Estado, Rhess, quien asintió con la cabeza, y entonces continuó:

-Damas y caballeros, les dejo con el secretario Rhess.

Éste se levantó y empezó a hablar.

-Alemania lleva casi cuarenta y ocho horas sin electricidad. Todos conocen sin duda el informe *Peligros y vulnerabilidad de las sociedades modernas*, que presentamos en el año 2011 en el marco de educación, formación e investigación sobre las nuevas tecnologías.

Seguro que la mayoría no lo habían leído, pensó Michelsen.

-Pues bien, en él presentábamos ya lo que sin duda eran -y son- las principales consecuencias de una situación de crisis o emergencia global. En primer lugar está la necesidad de conseguir alimentos, dado que la mayoría de los supermercados y colmados han cerrado. Nuestra colega Michelsen, directora del departamento de protección ciudadana en el Ministerio del Interior, nos ilustrará sobre esta cuestión.

Michelsen se levantó y tomó la palabra. Mostró imágenes de los puertos y las carreteras, de barcos de mercancías detenidos en pleno mar y de trenes descarriados o, simplemente, estacionados en mitad de las vías. Explicó que

las cadenas de producción se habían interrumpido radicalmente, ya fuera por falta de combustible o porque todos los sistemas modernos trabajan con electricidad, y a modo de ejemplo siguió el proceso de producción de un alimento determinado, véase la leche, desde el momento en que se ordeña a los animales en las granjas -electrónicamente- hasta la última y más compleja uperización del producto. Habló de la imposibilidad de mantener los productos a temperatura adecuada sin la ayuda de la energía eléctrica, y reflexionó sobre el inevitable malogro de éstos, que acabarían agriados, contaminados, degenerados o putrefactos -aunque no utilizó todas estas palabras en su exposición, para no parecer demasiado catastrofista-. Habló durante más de una hora; mostró un montón de imágenes, explicó un montón de gráficos y porcentajes, y reflexionó, en definitiva, sobre el hecho de que todo, absolutamente todo, estuviera supeditado a la electricidad. Hasta las tiendas y los supermercados necesitaban la corriente para poder atender a sus clientes. La mayoría de ellas ya ni siquiera podía subir sus persianas o abrir sus puertas, y la mayoría de los dependientes tardarían una eternidad en atender a los clientes sin la infinidad de aparatos electrónicos que los ayudaban, por ejemplo, a encontrar los productos, reconocer sus precios o sumar sus cantidades con facilidad.

-Pero volvamos al principio -dijo, tras casi una hora de exposición-; con el problema de la leche nos encontramos también ante otro problema más grande, uno que sólo podemos combatir en parte. Los que hayan nacido en el campo, o quizá hayan ido con sus hijos a visitar alguna granja, sabrán que las vacas se ordeñan electrónicamente y por la mañana, cuando sus ubres están más llenas. Hay que pensar que a estos animales se los ha criado precisamente para dar leche, y que cada uno de ellos puede producir unos cuarenta litros al día. Imaginen cómo serán sus ubres. Y luego imaginen cómo estarán después de dos días sin vaciarse. Los granjeros sólo pueden acceder manualmente a una parte muy pequeña de sus reses. Todas las demás sufren unos dolores horribles e insoportables debido al peso y a la hinchazón... De hecho, aunque recuperáramos la electricidad ahora mismo, para muchos de esos animales ya sería demasiado tarde.

Al pensar en ello sintió que se le anegaban los ojos en lágrimas. En la pantalla pudieron ver infinidad de animales muertos, apilados y formando verdaderas montañas. Las imágenes pertenecían a la crisis de las vacas locas, en los años noventa.

-Tendremos que ir acostumbrándonos a este tipo de imágenes -dijo-. Y lo mismo pasará con las gallinas, que morirán de frío, y con los cerdos, que aunque no son tan sensibles acabarán muriendo también.

Michelsen se detuvo unos segundos para coger aire.

-Y también tendremos grandes problemas en el cultivo de frutas y verduras. El riego, la calefacción y la ilustración funcionan con electricidad. Imaginen el efecto de todas estas catástrofes en la economía del país. Millones de alimentos se echarán a perder y millones de personas irán a la bancarrota.

Se detuvo unos segundos más para permitir a sus interlocutores hacerse a la idea de lo que estaban oyendo -cosa que sucedió, indiscutiblemente, en gran parte gracias a la fuerza de las imágenes que acababan de ver.

-En fin. Hasta aquí, parte de lo que tenía que decirles sobre los alimentos. Pero, tal como pueden ver en este gráfico, los temas se interrelacionan entre sí, y, más importante aún que la alimentación, es la posibilidad de suministro de agua.

»Ya hay muchas regiones en las que los ciudadanos se han quedado sin agua, básicamente porque las bombas que permitían su acceso a los hogares han dejado de funcionar. No sé cómo lo tienen ustedes, pero en mi casa no puedo ducharme ni beber agua del grifo. Y... bueno, un par de días sin ducharme podría pasarlos con relativa facilidad (al fin y al cabo, al final todos acabaremos oliendo igual de mal y ya nadie se fijará en mí), pero el agua se utiliza para muchas cosas más; para apagar, en definitiva, todo tipo de fuegos, literales y metafóricos, ambos de vital importancia. El tema no es tan horrible en los pueblos como en las ciudades, pero al final, cuando se sequen los pantanos y la lluvia deje de llenar cazuelas, será igual de duro para todos.

»Damas y caballeros -con estas palabras pretendía dar solemnidad a lo que iba a decir a continuación-, tenemos que empezar a evacuar a los ciudadanos y reubicarlos en alojamientos de emergencia; de otro modo, la espiral de hambre y sed empezará a crecer exponencialmente y también lo harán las víctimas de esta tragedia sin parangón.

»Dicho esto, otro de los grandes campos en los que necesitamos el agua es el correspondiente a las clínicas y los hospitales, pero para hablar de este tema nadie mejor que mi colega Tornhüsen, del ministerio de salud pública, que les explicará cómo está la situación actual.

Se sentó. El susodicho, un hombre rollizo de unos cincuenta años cuyo rostro reflejaba una más que evidente falta de sueño, tomó la palabra y empezó a hablar de los problemas de la sanidad: después de recordarles a todos que el sistema de salud alemán era uno de los mejores de Europa y estaba bastante mejor preparado que otros para lo que pudiera pasar, también les recordó que había que ser precavidos y que no estaría de más empezar a pensar en algún plan de acción. En pocas horas empezarían a fallar los generadores de energía de emergencia, y tanto las urgencias como las salas de operaciones como las salas de partos, por ejemplo, no podrían atender a sus pacientes, por falta de luz, de medios y de instrumental. En las próximas horas era más que probable que aumentasen las infecciones, las epidemias, o, por qué no decirlo, las pandemias. Y que no hubiese suficientes médicos ni medicinas para todos. Los enfermos crónicos, como por ejemplo los diabéticos o los infartados, como dependen de sus tomas, serán los primeros en notar todo este horror. Y ahí estarán también las residencias de ancianos, los enfermos en coma, los que dependían de alguna máquina para seguir con las funciones vitales activas, los bebés prematuros... No se podrán realizar operaciones ni llegarán a tiempo las medicinas; no habrá anestesias ni

desinfectantes ni vendas, porque los camiones no llegarán a sus destinos...

Tornhüsen bebió un vaso de agua y continuó.

-Cientos de personas, cuando no miles, tienen la vida amenazada por esta catástrofe.

Michelsen se mordisqueó el labio inferior. Hacía unos años una amiga suya enfermó y murió de ELA -Esclerosis Lateral Amiotrófica, una enfermedad desesperante provocada por la progresiva degeneración del sistema nervioso, cuya disfunción paraliza poco a poco a sus pacientes y cuyo pronóstico, por el momento, es mortal- y recordó la tragedia y la rabia por no tener medicamentos para aquella enfermedad. Si lo que decía Tornhüsen era cierto, millones de personas iban a sentir algo parecido en los últimos días, pero en este caso no porque no se conocieran los remedios, sino porque no se tenía acceso a ellos.

-Dios santo -dijo una voz que Michelsen no supo identificar.

-Necesitamos un paquete de medidas para afrontar toda esta situación, y lo necesitamos ya. ¿Rolf?

Y dicho aquello, Tornhüsen se sentó y dio paso a Rolf Viehinger, director del departamento de seguridad pública del Ministerio del Interior. Pese a sus casi sesenta años, Viehinger era un hombre interesante y muy atractivo. A Michelsen le gustó desde el primer momento, y en una época estuvieron a punto de tener un lío amoroso, pero las convicciones políticas de Viehinger, un derechismo del que hacía bandera, hicieron que las cosas no salieran bien. Al fin y al cabo, el abuelo de Michelsen sufrió todo tipo de torturas por enfrentarse a unos nazis en un campo de concentración, y aquello no podía olvidarse tan fácilmente. Sea como fuere, había que dar al César lo que era del César, y Michelsen admitía que Viehinger era un gran profesional y un magnífico orador.

-Las crisis -empezó diciendo él, tras saludar a los presentes-, despiertan a menudo lo mejor del ser humano. En las últimas cuarenta y ocho horas hemos presenciado una infinidad de gestos pequeños pero al mismo tiempo enormes. La Cruz Roja, los bomberos, la policía, los médicos y enfermeras, y toda aquella gente que no se ha limitado a proteger a los suyos, sino que ha entendido que «los suyos» somos todos y eso es lo que nos hace grandes. Sin embargo, el ser humano es caprichoso y complejo, y la historia nos ha demostrado que a largo plazo la bondad es más difícil de practicar. Cuando el hambre apriete y el cansancio limite el entendimiento, y sobre todo cuando la gente se entere de los motivos del apagón y cunda el miedo... la fachada de la civilización caerá y dará paso al interior de unas casas egoístas e individualistas, a un sálvese quien pudeda generalizado cuyas consecuencias pueden ser más devastadoras que cualquier crisis de por sí.

»En este sentido, deberíamos dirigir la vista a esas zonas de cada país que, por un motivo u otro, aún tienen electricidad. En estos momentos, el porcentaje de la sociedad que tiene acceso a la electricidad es de un veinte o un treinta, a lo sumo. Pronto empezará a saberlo más gente, y todos querrán

buscar asilo, o cobijo, en esos oasis de electricidad. Al principio serán los amigos y conocidos, pero en unos días será todo el país. Y eso será un problema, como sin duda entenderán. Habrá que movilizar a la policía hacia esos lugares, si no queremos tener más conflictos aún.

-Queridos colegas, aún nos quedan muchas cuestiones que debatir, pero seguro que más de uno agradecerá que hagamos ahora una pausa para estirar las piernas o ir al lavabo, ahora que aún podemos. Si les parece bien, volveremos a encontrarnos dentro de diez minutos o un cuarto de hora, ¿de acuerdo?

Todos los presentes se levantaron, los fumadores corrieron a las escaleras de emergencias para poder encender sus cigarrillos al aire libre, y los demás se dirigieron a los pasillos o a los lavabos. Todo tenía un extraño aire de normalidad, salvo por un pequeño pero significativo detalle: nadie cogió su móvil para mirar el correo, enviar algún mensaje o buscar alguna noticia en Internet. Todos habían interiorizado que las líneas telefónicas ya no funcionaban.

-¿Qué opinas? -le susurró Tornhüsen entonces.

-Creo que están todos en shock -respondió ella, también en un susurro.

París

Evidentemente, no encontró ni un taxi. Shannon cruzó la ciudad por la Ile de la Cité hasta la Gare du Nord, desde la que salía su autobús. Las farolas, los semáforos y la mayoría de los edificios estaban a oscuras. Las únicas luces que aún podían verse eran las de los faros de los coches. Llegó a la estación poco después de las diez de la noche. Allí también estaban a oscuras, salvo por alguna que otra lucecita de emergencia. En las puertas de entrada de la estación se apelotonaba un montón de gente. Como ella no sabía dónde estaba la terminal de autobuses, empezó a abrirse paso entre la multitud. A la débil luz de la noche, los viajeros frustrados habían convertido la estación en un cuartel de emergencia. Había gente sentada y estirada por todas partes. Algunos maldecían en voz alta. Los niños lloraban. En las taquillas, los vendedores de billetes intentaban tranquilizar a los clientes, o al menos eso le pareció a Shannon por los gestos que les vio hacer. En el aire, y pese al frío, flotaba un olor denso a humanidad, en ocasiones mezclado con el de residuos fecales.

Dado que los paneles luminosos estaban apagados, Shannon buscó alguna pizarra en la que se indicaran los destinos de los autobuses. Fue de un lado a otro de la estación apartando como podía a quienes le cerraban el paso y pasando por encima de piernas y por debajo de brazos extendidos, hasta que al fin dio con un tablero en el que se veía la palabra «BUS». Ojalá no se refiriera sólo a los autobuses del área metropolitana... Siguiendo la flecha, salió del edificio y fue a parar a un aparcamiento en el que había varios autobuses aparcados en batería. Entre ellos, gente que buscaba algo o que esperaba junto a sus maletas. Diez minutos después había encontrado, al fin, el autobús que se dirigía a La Haya. Miró hacia las ventanas. Aún quedaban asientos libres. Aun así, preguntó al conductor para asegurarse:

-*Oui, La Haye* -le respondió él.

-¿Tiene que hacer alguna parada para repostar? -Durante sus investigaciones periodísticas se había enterado de que la mayoría de las gasolineras no funcionaban y no tenía ningunas ganas de quedarse tirada a medio camino.

-*Non.*

-¿Y dónde puedo comprar un ticket?

-Hoy aquí mismo. Las taquillas están cerradas. Y sólo aceptamos dinero en metálico. Son cincuenta y seis euros, por favor.

Shanon pagó y buscó un asiento libre. En la última fila encontró dos que estaban juntos. Con un poco de suerte, nadie se sentaría a su lado, pensó. Siete horas de viaje en un autobús no eran precisamente placer, y menos aún si a tu lado se sentaba alguien con excesivas ganas de hablar o mal olor corporal... Dejó su bolsa en el estante de encima de los asientos y se sentó junto a la ventana. Pero ¿qué estoy haciendo? Se dijo: ¿Quién me manda a mí meterme

en este lío? Pero ahora ya está hecho. Ya está. Al menos, en el autobús no hacía frío. El conductor encendió el motor. A cada persona que subía, Shannon rezaba para que no escogieran el asiento junto al suyo, y al final así fue. Pocos minutos después, el vehículo se puso en marcha y se alejó del edificio de la estación.

Shannon dobló su plumón, lo apoyó en la ventana y lo utilizó como almohada.

Fuera, las sombras de la ciudad pasaban corriendo frente a ella. En algún momento las siluetas empezaron a hacerse más débiles, y el paisaje, iluminado apenas por un cielo nublado y sin luna, quedó sumido en la más absoluta oscuridad. Shannon se quedó mirando la oscuridad sin pensar en nada.

Berlín

El siguiente en participar fue el secretario de Estado, Rhess.

-Dicen que el dinero rige el mundo...

Qué atrevido, soltarle esta frase a un gobierno, pensó Michelsen. No sabía que Rhess fuera tan valiente,

-... pero la pregunta ahora es: ¿y qué pasará cuando se nos acabe el dinero?

Ella se quedó en silencio, esperando a ver cómo se las arreglaba el secretario para salir de aquel entuerto.

-Nuestro colega Torhüsen ya lo ha mencionado. Es posible que el mundo de las finanzas sea el que esté mejor preparado para enfrentarse a un apagón. Los bancos aún podrán mantener su negocio en marcha unos cuantos días más. Aunque los cajeros automáticos ya empiezan a fallar, los clientes aún pueden sacar el dinero de sus cuentas en las sucursales, y seguirán haciéndolo hasta que los furgones que transportan el dinero se queden sin gasolina. Las filiales pequeñas cerrarán en tres o cuatro días. Las mayores tardarán una semana, quizá. Miren en sus propios monederos, amigos. ¿Cuánto dinero llevan? La ruptura del círculo económico tendrá enormes consecuencias sobre la economía y la sociedad. Las empresas no podrán pagar a los proveedores ni a los empleados, y tampoco comprar productos nuevos. La bolsa está bien preparada para todo tipo de alteraciones, y lo mismo sucede con el banco central europeo y los organismos de compensación monetaria sobre los que se erige todo el sistema de transacciones financieras. La historia se complica para todas aquellas personas y empresas que quieran utilizar los servicios financieros. Dado que las líneas telefónicas e Internet también han empezado a fallar, lo único que pueden hacer es presentarse directamente en las ventanillas del banco y cerrar sus negocios en persona. Eso significa que mañana las bolsas europeas podrán volver a abrir -y así lo harán-, aunque lógicamente con una brusca caída. Lo más probable es que el negocio se vea reducido. En cuanto la noticia de la conspiración salga a la luz, la bolsa sufrirá un baño de sangre. El valor de las empresas alemanas disminuirá radicalmente. En los próximos meses, muchas serán víctimas de las multinacionales extranjeras, que se ofrecerán a comprarlas. ¿Y qué decir de la cantidad de pequeñas y medianas empresas que no podrán volver a recuperarse después de las pérdidas que les suponga este terrible parón? Seguramente todos coinciden en afirmar que deberíamos dedicar nuestros mayores esfuerzos a cubrir las necesidades básicas de la sociedad, pero yo propongo que no perdamos de vista estos otros aspectos, importantes a mediano y largo plazo.

Michelsen se dio cuenta de que Rhess no había manifestado su tesis hasta ahora, al final del discurso. Buena estrategia. Al fin y al cabo, se trataba de jugar a un juego mayor.

-Señores, ya hemos tratado los temas más explosivos. Todos menos uno: la comunicación entre nosotros y con el ciudadano. Estamos en una situación catastrófica, y así deberíamos reconocerlo. La mayor parte de las líneas telefónicas fijas y móviles empezaron a fallar en la noche del viernes al sábado, y lo mismo sucedió con el BOS-Funk, el sistema de radio reservado a las autoridades. Sólo está previsto que aguante activo dos horas -aproximadamente- desde el momento en que falla la electricidad.

-¡Por el amor de Dios! ¿Quién autorizó semejantes plazos de mierda?

Rhess ignoró el improperio y continuó:

-El sábado fue casi imposible mantener una conversación entre la Cancillería, los Länder y los servicios de urgencias. A lo largo del día de hoy, los sistemas de repuesto han ido instalándose, y los de emergencias han podido reequiparse de tal modo que a estas alturas podemos volver a comunicarnos entre nosotros, aunque sea de un modo algo rudimentario. Pero seguimos echando de menos una conexión fluida y sin interrupciones con ciertas regiones del país. De algunas de ellas no hemos recibido información, o sólo un poco, a cuentagotas, ya sea por satélite, sintonías de radio amateur o canales de televisión que aún pueden emitir aunque apenas tengan espectadores...

Michelsen lo vio negar con la cabeza.

-El Ejército de la República Federal Alemana, el Bundeswehr, podría habilitar una red de oficinas que ayudaran a desgravar al ciudadano y lo liberaran de ciertas cargas económicas. Pero ello también precisaría energía y combustible. Deberíamos incluir lo antes posible las radios amateurs -les aseguro que hay más de las que imaginan-, porque sus equipos son relativamente fuertes, aunque también tienen el problema de las baterías, lógicamente. Y los satélites están sobrecargados. Vamos a montar unos centros de radiotelegrafía para optimizar nuestras opciones en este sentido...

Hizo una pausa antes de continuar:

-La información que pueda darnos el pueblo es ahora inmensa, extraordinaria. Por supuesto, hay planos, advertencias y folletos en los que se nos explica cómo debemos comportarnos en caso de apagón, pero, con la mano en el corazón, ¿cuántos de los aquí presentes los hemos leído, por mucho que estén íntimamente relacionados con nuestro trabajo? Resulta que hay un folleto del Ministerio del Interior en el que nos recomiendan a todos tener en casa una radio que funcione con pilas. ¿Cuántos de ustedes la tienen? ¿Cuántos tienen pilas en su casa? Nos hemos acostumbrado a vivir en un mundo que funciona con la televisión, Internet y los teléfonos móviles. Es probable que muchos de ustedes ni siquiera tengan un teléfono fijo en casa. Tampoco les serviría para mucho, créanme, pues las reservas de energía de estas líneas fijas van desde los quince minutos a las ocho horas. Y las líneas móviles ya han caído todas. Como no hay electricidad, los aparatos no pueden recargarse. Para el común de los ciudadanos, Internet también ha quedado fuera de juego, y sólo pueden acceder aquellos que aún tienen electricidad. Y

lo mismo puede decirse de la televisión y la radio. Dicho con otras palabras: los ciudadanos, ahí fuera, no saben lo que está pasando. La única información con la que cuentan es la de los rumores y habladurías, y eso puede convertirse en algo realmente peligroso. Tenemos que asegurarnos de que la información llega al mayor número de gente posible, o entraremos en una dinámica destructiva y sin vuelta atrás. Los servicios de rescate, bomberos, policía e instituciones benéficas aún tienen activa sus redes de comunicación, ¿verdad? Me consta que su infraestructura no les permitirá acceder a toda la sociedad, pero al menos podrían esforzarse en ofrecer información al tiempo que realizan sus servicios.

Ya habían discutido largo y tendido sobre este tema, recordó Michelsen. Por supuesto, había varias posibilidades de ofrecer información en situaciones de emergencia, pero todas resultaban muy rudimentarias: tal era el caso, por ejemplo, del Sistema de Advertencia por Satélite (SatWaS), con el que el Estado Federal podía intercalar noticias en la radio y la televisión -pero no tenía ninguna utilidad si no funcionaban la radio ni la televisión-, y lo mismo sucedía con el Sistema Alemán de Información para Prevención de Emergencias (deNIS) u otros que funcionaban a través de Internet o la telefonía móvil.

-¿Sabemos cuánto tardaremos en recuperar los servicios de energía y electricidad en todo el país? ¿Algún pronóstico? -preguntó el canciller-. Muchas centrales aún funcionan.

-Los proveedores y explotadores de la red ya no se atreven a responder a esta pregunta -dijo Rhess-. Por no saber, ni siquiera sabemos cuáles son los sistemas que están afectados. Pueden ser centrales eléctricas, redes de distribución... Simplemente, no lo sabemos. Y así es imposible hacer predicciones.

-¿Y qué me dice de las centrales nucleares? -preguntó el Ministro de Economía.

-Han caído todas -le respondió el Ministro del Medioambiente y Seguridad de Reactores Nucleares.

-Aun así tenemos que seguir enfriándolas, si no me han informado mal. ¿Funcionan los sistemas de emergencia? ¿Los generadores de estas centrales no son diesel? ¿Cuánto pueden durar las reservas?

-Según el informe emitido tras los controles de seguridad realizados en las centrales nucleares alemanas, y a partir de los acontecimientos vividos en Fukushima, éstas tienen suficiente carburante para aguantar setenta y dos horas sin energía...

-¿¿Sólo setenta y dos horas?? -exclamó alguien en la sala.

-Pero la mayoría aguanta más. Según este mismo informe, depende en cada caso de la empresa explotadora.

«La empresa explotadora». No me puedo creer que esté oyendo esto, pensó Michelsen.

-Cito directamente del informe: «Determinaciones contractuales o acuerdos

verbales para la transmisión de ayudas o material empresarial. Hasta la fecha no disponemos de ningún modelo de entrega para la transmisión de ayudas o material empresarial ante un caso de, por ejemplo, daños o influencias del exterior. Los explotadores de las centrales nucleares están introduciendo grandes cantidades de petróleo y carburante en las diversas plantas, a fin de asegurar su funcionamiento durante varias semanas. No disponemos de declaraciones que adviertan sobre la protección de estos recursos utilizados para combatir las influencias externas ni para asegurar la seguridad en su transporte. Salvo pocas excepciones, todas las plantas nucleares tienen acceso a grupos electrógenos de su entorno. En estos casos, el tiempo de disponibilidad de los grupos de electrógenos móviles es claramente inferior a setenta y dos horas».

O sea, que como muy tarde mañana por la noche muchas de las plantas nucleares van a tener que ser reabastecidas, pensó Michelsen. Seguro que nadie había contado con un panorama como éste. Sea como fuere, ahora era prioritario asegurar que en menos de setenta y dos horas todas ellas iban a ser recargadas con petróleo y carburante, o de lo contrario...

-Nos hemos puesto en contacto con los responsables de las explotaciones -continuó diciendo el ministro- y nos han asegurado que no habrá ningún problema con el petróleo. En el caso del carburante, empezará a racionalizarse inmediatamente y quedará supeditado al uso que de él hagan las autoridades y los servicios de urgencias. El Organismo Internacional de Energía Atómica de Viena y las autoridades francesas han advertido sobre la seriedad de la situación en la central nuclear de Saint Laurent, y la precariedad de otras tantas plantas.

-¿Saint Laurent? ¿Dónde está eso?

-Al sur de París.

-¿Supone un peligro para Alemania?

-Por ahora no.

El Ministro de Economía asintió, pensativo, pero pareció satisfecho con la respuesta.

Michelsen no quiso echar más leña al fuego mencionando cualquiera de los muchos otros problemas de las centrales nucleares alemanas, aquellos que por ahora no tenían consecuencias pero que podían llegar a tenerlas en un plazo de tiempo no muy lejano, como por ejemplo la caída de los sistemas de emergencia y seguridad. Cada vez había más trabajadores con dificultades para llegar a la central nuclear -ya fuera por falta de medios o de ganas-, y los que quedaban llevaban muchas horas empalmando turnos y estaban sencillamente agotados, lo cual aumentaba drásticamente las posibilidades de que cometieran errores. Además, muchas de las medidas de seguridad no podían llevarse a la práctica, o sólo de un modo sesgado, como por ejemplo la limpieza y descontaminación de los monos de los trabajadores.

El secretario de Estado Rhess interrumpió los pensamientos de Michelsen.

-Pero no quisiera acabar mi intervención sin aportar al menos una noticia

positiva -dijo-. Por el momento, la colaboración internacional funciona extraordinariamente. Tanto los procesos bilaterales previstos como los que tenían que llevarse a cabo en la unión europea funcionan a la perfección, y gracias a ello hemos podido acelerar en todo momento el tiempo de respuesta y la gestión de la información. Fue la colaboración supranacional la que logró descubrir en tiempo récord que los contadores habían sido manipulados y que el apagón respondía a un ataque consciente y no a una serie de terribles coincidencias. Por ello les ruego que sigan en la misma línea y que no duden en proteger la grandeza de Europa con todas sus fuerzas, aunque sin olvidar -añadió, al darse cuenta de lo ostentoso de su última afirmación- que no podemos hacer mucho por ayudar ni recibir ayuda de nadie. Éste será, sin duda, uno de los mayores esfuerzos a los que nos veremos obligados en los próximos días; de ahí que la oficina de asuntos exteriores se ha acogido a un programa de ayuda internacional, en colaboración, como no podía ser de otro modo, con Bruselas. Muchas gracias por su atención.

-¿Ayuda internacional? -preguntó el presidente von Brandenburg-. ¿Y de dónde va a venir?

-De Estados Unidos, Rusia y Turquía, en primera instancia.

-¿Por correo postal? ¿Con un lacito? -insistió von Brandenburg, pero nadie se rio.

-Nos ayudarán más de lo que ahora parece posible, ya lo verá -respondió Rhess con frialdad.

Apenas se hubo sentado cuando la ministra y presidenta de Hessen tomó la palabra para preguntar:

-¿Tenemos ya alguna idea de quién puede haber realizado el ataque y por qué?

-No -respondió el ministro del Interior-, pero las investigaciones avanzan a gran velocidad.

-La pregunta ahora -intervino el ministro de Defensa- es ¿por qué Europa? ¿A quién podría interesarle que suframos así? Económicamente, este apagón va a suponer un golpe durísimo a escala mundial, un ataque a los mercados del que nadie va a salir beneficiado. Más de quinientos millones de consumidores europeos compran en Rusia, China, Japón, India y Estados Unidos. Si Europa sufre, ellos también. Y lo mismo podría decirse de un atentado militar: las relaciones diplomáticas con las grandes naciones mundiales son de lo más correctas, aunque, como todos saben, últimamente habíamos tenido alguna fricción con Rusia y China. También estamos, como no podía ser de otro modo, en contacto directo con los comandos centrales de la OTAN, y no disponemos del menor indicio de actividades hostiles por parte de alguna nación.

-¿Y qué hay del crimen organizado? ¿El chantaje a cambio de un rescate? -sugirió el ministro de Sanidad.

-No sé qué decirle... Por el momento nadie ha reclamado nada, y desde luego, sea quien sea el culpable de todo esto, debe de estar muy loco para

ponerse en contacto con alguien, pues sabe que va a ser perseguido por las autoridades de todo el mundo.

-Con lo que acabamos yendo a parar a la variable más probable: la del ataque terrorista -dijo el ministro del Interior.

-¿A esta escala? -preguntó el ministro de Transportes, sin dar crédito.

-Quizá se les haya escapado de las manos. Piense en los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Los terroristas querían chocar contra las torres gemelas, pero no habían previsto que se cayeran.

-Sigo sin entender por qué Europa -insistió el ministro de Transportes-. Piénsenlo: el primer objetivo de los islamistas ha sido siempre Estados Unidos.

-Piense en Madrid y Londres en 2005 -le recordó el ministro del Interior-, o en los atentados frustrados de Alemania en 2007, por ejemplo. Somos los aliados de Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo mundial. Las tropas alemanas estuvieron en Afganistán, apoyamos el boicot contra Irán... ¿necesita que le dé más ejemplos? Si alguien busca motivos, seguro que los encuentra.

-Damas y caballeros -les interrumpió el canciller-, lo que ahora necesitamos es abastecer a la población y asegurar el orden público. Agradezco al ministerio del Interior, así como a todos sus trabajadores, la brillante exposición que nos han ofrecido, y vista la situación propongo que se declare el estado de emergencia en todos los Länder del país. El Estado Federal tomará las riendas y coordinará acciones para combatir la catástrofe. Se creará un gabinete de crisis permanente bajo la dirección del Ministerio del Interior y el propio Parlamento, o el comité permanente, definirá en las próximas horas todos los fundamentos jurídicos necesarios para defender el orden y la seguridad en el país.

-¿Cómo vamos a informar al pueblo? ¿Qué vamos a decirle? -preguntó Rhess.

El canciller miró a sus interlocutores brevemente, con más decisión que inquietud, antes de continuar:

-Mientras desconozcamos los motivos de los responsables últimos de todo esto, el apagón no será más que una caída en masa de la energía eléctrica por causas desconocidas, y así se lo transmitiremos al pueblo. Cualquier otra opción sólo contribuiría a inquietar y asustar a la población.

-¿Está diciendo que vamos a ocultar nuestras sospechas? -preguntó Michelsen.

-Estoy diciendo que no vamos a provocar el pánico.

-En mi opinión sería más razonable que la gente supiera a qué atenerse. -No podía entender aquella actitud arrogante y condescendiente de los máximos directivos, ya fueran políticos, científicos o economistas-. La experiencia dice que, tarde o temprano, la verdad siempre acaba imponiéndose.

-Celebro que comparta con nosotros su opinión, pero espero que en este caso la verdad acabe imponiéndose tarde -dijo el canciller.

Y el desastre será cada vez mayor, pensó Michelsen, meneando la cabeza, mientras Rhess intervenía:

-Piense que tenemos que llegar a un acuerdo internacional al respecto. Todos los países debemos dar la misma información a nuestros ciudadanos. Ningún país debe adelantarse al resto, por el interés común.

El canciller se levantó.

-Damas y caballeros, gracias por su asistencia. Volveremos a vernos mañana a las doce de la mañana, cuando no antes, y desde ahora nuestra cita será diaria.

París

A Bollard sólo le faltaba tener ahí a Ambrose Tollé. El secretario del presidente no tenía ni treinta años, vestía como el modelo de una revista de moda y se comportaba como si fuera el propio presidente de los Estados Unidos.

Tras el último apagón, Monsieur le Président había enviado a Tollé a La Haya para que lo mantuviera informado de los últimos acontecimientos, y para transmitir a Blanchard y al resto de responsables del CNÉS lo disgustados que se sentían los máximos responsables del gobierno.

En presencia de Tollé, ni siquiera Albert Protect tenía la calma de esta mañana, aunque el principal motivo de la frente perlada en sudor y el consiguiente olor a miedo del jefe de los servicios informáticos eran los resultados del test que habían llevado a cabo a primeras horas de la tarde.

-Con esta tecnología no podemos ofrecer un suministro estable de energía -explicó Blanchard.

Aquello era una asunción de incapacidad, y sabía que tarde o temprano tendría que rendir cuentas por ello; si no en unas horas, sí cuando todo hubiese vuelto a la normalidad.

Desde las tres de la tarde toda Francia volvía a estar sin electricidad. Habían caído prácticamente todos los servidores de los órganos de coordinación y gestión de la red, y también habían fracasado los sistemas de apoyo.

-Ya le he explicado lo de los servidores de prueba que colocamos justo tras las pantallas azules (es decir, tras el bloqueo de los sistemas) y el consiguiente trabajo de investigación que realizamos -dijo Blanchart-, pero por desgracia los resultados no han resultado de demasiada utilidad: instalar algo nuevo sobre la base de las rutinas de instalación ya dadas no es una buena solución. Alguien ha infectado el sistema, y lo ha hecho a consciencia. No nos basta con nuestro *know-how* actual. Necesitamos aires nuevos, y por eso hemos invitado a varios expertos en la materia. Esta misma noche se pondrán manos a la obra.

-¿Esta misma noche? -preguntó Tollé con frialdad-. ¿Cómo que esta misma noche? ¿Por qué no ahora mismo?

-Porque aún no han llegado todos. Tienen los mismos problemas que el resto de los ciudadanos, ¿sabe? Les cuesta localizar a sus colaboradores, tienen que ocuparse de sus familias... Ya sabe a qué me refiero...

-¿Qué le digo entonces al presidente? ¿Cuándo recuperaremos la corriente?

-Aún no podemos saberlo -tuvo que reconocer Blanchard, angustiado.

¿Cómo se las arreglaba aquel joven pomposo y estirado para hacer que se sintiera tan mal?

-No aceptará semejante respuesta.

-Pues tendrá que hacerlo -dijo Protect, para sorpresa de Blanchard.

Tollé apretó la mandíbula. Haciendo un esfuerzo por dominarse, y con un

tono de voz perfectamente controlado, el secretario respondió:

-Dígame lo que necesita para acelerar los resultados, y yo me encargaré de que lo tenga.

Blanchard pensó en la cantidad de veces que había deseado algo de los políticos y no se lo habían concedido. Ciertamente, aquellos hombres y mujeres sólo se comportaban como tales cuando sucedía algo malo. Entonces se plantaban ahí, de pronto, como salvadores del mundo, endosando a otros sus errores del pasado y otorgándose a sí mismos el papel de héroe de la trama. Le entraron ganas de vomitar, pero, la verdad, no tenía ni fuerzas para eso.

Berlín

Michelsen se preparó otro café. Habría dado lo que fuera por poder dormir en una buena cama, pero en su lugar se tomó el café de un trago, puso otra cápsula en la máquina y volvió a su mesa con la taza de nuevo llena.

Tenía ante sí un trabajo inhumano, que afectaba en mayor o menor medida a todas las capas de la sociedad, a todos los ámbitos de la vida. Por cuanto le concernía, quería hacerse a la idea de lo que estaba pasando. Quería una visión general, algo que le permitiera ver los distintos puntos y acontecimientos de las últimas horas.

Empezó a escribir.

Agua
Alimentos
Sanidad
Alojamiento
Comunicaciones
Orden público
Transportes
Dinero / finanzas
Infraestructuras
Suministros
Internacional

¿Eran éstos los puntos más importantes? Bueno, si había olvidado alguno, siempre estaba a tiempo de añadirlo. Empezó una página nueva, y en la primera línea escribió:

DÍA 2 (DOMINGO)

Copió y pegó la lista que había redactado antes y la completó con sus notas:

Agua

Desconocemos el estado actual. No llega a muchas zonas del país.

Los organismos regionales aún no tenían claro el estado de la cuestión. Tendría que esperar hasta mañana para saber alguna cosa más.

Alimentos

Al día siguiente, el primer lunes después del apagón, la mayoría de las tiendas de ultramarinos y alimentación, así como los supermercados, mantendrían sus puertas cerradas, y los que abrieran no recibirían género nuevo. Los congelados ya se habrían estropeado o estarían a punto de hacerlo. Habría que organizar algunos puntos de venta y ofrecer comida envasada. Escribió aquello a modo de telegrama y pasó al siguiente tema:

Sanidad

Falta de combustible en los hospitales; el personal no siempre llega a tiempo para su turno, muchas de las farmacias están cerradas y otras tantas ya no disponen de material. En muchas consultas no atienden a los pacientes, y en los hospitales y residencias empieza a reinar el caos.

Alojamiento

Organizar alojamientos en centros de acogida.

Comunicaciones

Informar a la población sobre la autoayuda. El canciller tendrá que hablar sobre el estado de la nación (aunque aún no quiere).

Orden público

Por el momento todo en orden. La sociedad se muestra muy solidaria.

Transportes

El tren recogerá a todas aquellas personas que se hayan quedado tiradas con el autobús. Las empresas de transportes, obligadas a compartir las reservas de combustible. El tráfico privado en las calles no es más intenso de lo esperado. Decenas de miles de personas se han quedado tiradas junto a gasolineras y en los aeropuertos, y deben ser atendidas. ¿Revisar gasolineras?

Dinero / finanzas

Aporte de dinero en efectivo a través de las taquillas de los bancos. El pago con tarjeta no funciona.

Infraestructuras

Algunos centros industriales en estado crítico (principalmente en el sector farmacéutico)

Suministros

Incalculables. Zonas aisladas con electricidad en, aproximadamente, el 20% del país. En otras, apenas suministros básicos durante unas horas al día. Centrales nucleares con carburante para un mínimo de tres días.

¡¡¡Asegurar los suministros!!!

Internacional

Primeros acuerdos (UE, OTAN, ONU, bilateral); problemas en las centrales nucleares de Saint Laurent (F) y Temelín (Ch) y diversas fábricas.

Día 3. Lunes

La Haya

Lo primero que Shannon notó fue un intenso dolor en la nuca, y luego cayó en la cuenta de que algo había cambiado. El motor del autobús había dejado de ronronear y el vehículo ya no se movía. Abrió los ojos. Se notaba los párpados hinchados. Fuera era negra noche. Oyó el trajín de los pasajeros que se levantaban, recogían sus equipajes y se dirigían hacia la salida. Lentamente estiró sus entumecidos músculos y miró por la ventana.

Pese a la oscuridad pudo distinguir un letrero: «La Haya».

Se frotó los ojos y miró su reloj. Eran casi las siete. Habían llegado con retraso. Cogió su plumón y deseó con toda el alma darse una buena ducha de agua caliente y tomarse un café humeante, aunque nada le hacía presagiar que pudiera satisfacer alguna de las dos cosas. La farolas estaban apagadas; los edificios, a oscuras y las calles, desiertas. Esperó a que bajara todo el mundo y salió última del autobús. En cuanto puso los pies en el suelo sintió una bofetada de aire helado en las mejillas. Se subió la capucha de la chaqueta y estiró sus guantes tanto como pudo.

Intentó orientarse. Según parecía, se hallaba en una estación. El edificio no era muy grande; le recordaba a la de alguna ciudad pequeña de Francia. Nunca había estado en La Haya. De hecho, la única ciudad que conocía en Holanda era Ámsterdam.

Se dirigió al edificio principal, el de las taquillas de información, en cuyo vestíbulo brillaba tenuemente alguna que otra lámpara de emergencia. Había varias personas de pie, moviéndose inconscientemente de un lado a otro o bien quietos, esperando su turno ante uno de los dos mostradores abiertos.

Cuando le tocó su turno, Shannon recurrió a su mejor inglés para preguntar:

-¿Habla usted inglés?

-Un poco.

-¿Es usted de aquí?

-Sí.

Entonces Shannon acercó al mostrador el papel en el que había apuntado la dirección de François Bollard.

-¿Sería tan amable de decirme dónde queda esto y cómo puedo llegar hasta allí?

El hombre que estaba tras la mampara leyó el papel y le dijo:

-Esto está a una media hora caminando. O eso, o coge un taxi... o... si es que lo encuentra, claro.

Shannon le pidió que le indicara el camino, al menos aproximadamente. Él le nombró varias calles, todas con nombres rarísimos para ella, y le mencionó algún cruce en el que no debía equivocarse de ningún modo. Hasta se los apuntó en el papel. Shannon le dio las gracias y se marchó. Ni siquiera intentó buscar un taxi: tenía que ser cuidadosa con el dinero. Su estómago protestó de

hambre. En la mochila llevaba alguna barrita de chocolate. Cogió una y se la comió. Aquí las farolas también estaban apagadas. Tras las ventanas, en cambio, podían verse lucecitas débiles y titilantes: velas, se dijo. Apenas se cruzó con nadie que fuera a pie. Lo que sí había, en cambio, era coches.

Las indicaciones del hombre de la estación le resultaron muy útiles, y fue encontrando todas las calles que él le había mencionado. Mientras aligeraba el paso para entrar en calor, pensó en lo que le diría a François Bollard. De pronto, su viaje le parecía mucho más absurdo de lo que le había parecido ayer al subir al autobús, aunque al mismo tiempo sentía una fuerza especial que la empujaba a avanzar.

Apenas media hora después había llegado a su destino. Se detuvo frente a la casa y comparó la dirección real con la que tenía apuntada en el papel. El nombre de la puerta confirmó que estaba en el lugar adecuado. El yerno de sus vecinos vivía con su familia en una coqueta casa de obra vista de finales del siglo XIX. De hecho, todos los edificios de la calle eran del mismo estilo. Frente a los garajes, una inmensa mayoría de monovolúmenes y coches familiares.

Shannon se quedó mirando la casa durante unos minutos, a la espera de reconocer algún signo de vida en su interior, pero fue en vano. Por fin se decidió a dar unos golpecitos en la puerta, básicamente para evitar que el frío se colase por todas las costuras de su ropa. Esperó unos minutos y volvió a intentarlo, esta vez algo más fuerte. Como no había electricidad, ni siquiera intentó llamar al timbre. Una vez más... Acercó la oreja a la puerta para ver si oía algo en el interior de la casa, pero nada. Lo intentó una última vez. Esperó. Escuchó.

Al cabo de diez minutos se dio por rendida. Allí no había nadie. Notó que la vergüenza enrojecía sus mejillas. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que aquello pudiera pasar. François Bollard no estaba en casa. Quizá al final sí hubiese ido con su familia a Francia, o se hubiese instalado en un hotel en el que hubiera electricidad... En aquel momento le sobrevino todo el cansancio de los últimos días, más aún, de los últimos años, y el frío, el hambre y la sed, y el deseo de una ducha. Empezó a tiritar. Los ojos se le anegaron en lágrimas y se sintió muy sola. Le temblaban los labios, hizo un esfuerzo por coger aire y respiró hondo para tranquilizarse. Por fin, sacó la notita de su bolsillo y le dio la vuelta para ver la dirección de la Europol.

Bruselas

Angström tenía la nariz tan fría que casi le dolía. Se subió el edredón hasta los ojos y esperó a que la nariz se le atemperase un poco. Sólo entonces se atrevió a sacar una mano de debajo del edredón y las mantas con las que había combatido el frío de la noche y movió el interruptor de la mesita de noche. Nada. Seguían sin luz. Volvió a meter el brazo a cubierto y reflexionó sobre las consecuencias de todo aquello.

Era consciente de que tenía una ventaja informativa elemental con respecto al resto de los europeos. Dado que las sospechas de Piero Manzano se habían confirmado, debía suponer que el apagón se alargaría más en el tiempo.

Manzano... ¿cómo estaría ahora? ¿Qué estaría haciendo?

Angström se preguntó si estaba preparada para una situación como aquella o no. ¿Qué podría necesitar para sobrevivir mejor y más tiempo? Agua, tal como constató ayer por la tarde. Alimentos. Dinero. Tenía que levantarse lo más rápido posible y ver si aún estaba a tiempo de encontrar un supermercado abierto y un banco.

Se arrastró fuera de la cama y fue al lavabo. Ayer aún pudo tirar de la cadena, pero hoy ya no quedaba agua en el depósito. Pese a todo, no pudo evitar sentarse a hacer sus necesidades y tirar después de la cadena con la esperanza de que funcionara una vez más, aunque fuera por error... Pero nada. Fue a la cocina, cogió una botella de agua embotellada, y la vació en el retrete.

Con un poquito de agua de una segunda botella se lavó lo mejor que pudo. El termómetro que tenía en la ventana marcaba cuatro grados. En el interior no podía estar a más de doce... Una ligera llovizna empezó a repiquetear contra el cristal. Angström se puso una camiseta limpia, una gruesa camisa de lana y un forro polar. Y leotardos bajo los tejanos. Y anorak, y gorro de lana, y guantes y botas.

Solía ir a trabajar en transporte público, porque no tenía coche, y sólo alquilaba uno cuando lo necesitaba. Pero hoy no podía hacer ni una cosa ni la otra, así que cogió la bici que tenía en el pasillo y salió del piso cerrando con llave tras de sí.

Una vez en la calle vio que no había ninguna luz. Intentó recordar dónde estaban los supermercados más cercanos y entonces subió a la bici y empezó a pedalear con fuerza para entrar en calor.

La Haya

Bollard apenas pudo dormir. Antes de las seis de la mañana ya se había levantado de la cama, se había vestido y había salido furtivamente de la granja. Y media hora después ya estaba sentado en su despacho de la Europol. No era el único. La mitad de la plantilla había pasado la noche allí.

Manis Christopoulos, un griego de treinta y tres años, lo saludó con un fajo de papeles impresos en la mano.

-Aquí están, al fin, las imágenes fantasma de Italia y Suecia -dijo-. Seis en total.

Se dirigieron a la pared más grande de la central de operaciones, donde estaban colgadas todas las impresiones y fotocopias de las investigaciones, y Christopoulos añadió tres imágenes en el complejo sueco y otras tres en el italiano. Todas ellas eran de hombres. Como siempre sucedía, los retratos extraídos del ordenador no tenían edad ni alma. Tenía algo que ver con la expresión de los ojos, pensó Bollard. O mejor dicho: con su inexpresión.

Cinco tenían el pelo oscuro, dos lo tenían ralo, uno llevaba bigote, dos llevaban barba. Uno tenía unos ojos impresionantes: ojos asiáticos.

-Según las declaraciones de los testigos, todos deben de tener entre veinte y cuarenta años -dijo Christopoulos-. Las alturas están indicadas aquí. Cuatro de los seis sospechosos fueron descritos como tipos del sur de Europa, o, peor aún, de Arabia, y de los otros dos se dijo que debían de ser de Sudamérica y Asia.

Christopoulos se encogió de hombros.

-Pero no son más que las observaciones de los testigos. Ah, en Suecia también vieron a un tipo rubio.

Ningún inquilino sueco o italiano sospecharía de un trabajador de Enel con acreditación, por muy inmigrante que pareciera, pensó Bollard. Y lo mismo sucedería en Francia.

-Por ahora los retratos están circulando por los proveedores de energía, aunque estamos seguros de que no los encontraremos. Las horas en las que los seis hicieron sus visitas no coinciden con ninguno de los horarios de servicio de los respectivos proveedores.

-¡Pues ya tenemos algo a lo que agarrarnos, al fin! Es decir, es posible que los chicos tuvieran algo que ver con todo este asunto.

-Sí. Ya los estamos comparando con nuestras bases de datos, y lo mismo están haciendo la Interpol y la CIA.

-¿Y ya está? ¿Eso es todo?

-Respecto de este asunto, me temo que sí. Por otra parte, tenemos algunos comunicados del Organismo Internacional de Energía Atómica, en Viena. Temelín, en la República Checa, sigue teniendo problemas con el sistema de refrigeración, aunque las autoridades sólo le atribuyen el nivel 0 en la escala

internacional INES. Y lo mismo sucede con la central de Olkiluoto, en Finlandia, y Tricastin, en Francia.

Bollard recordó mentalmente el mapa de su país de origen y volvió a ponerse tenso, aunque la central que Christopoulos acababa de mencionarle quedaba al sur de Francia, a más de quinientos kilómetros de la región del Loira y de sus padres.

En los últimos años, y por mucho que intentó ocultarse -o quizá debido a ello- Tricastin había tenido muchos problemas técnicos y acaparado un gran número de titulares.

-De hecho, las noticias más inquietantes nos llegan de Francia -añadió Christopoulos, ajeno al decurso de los pensamientos de Bollard-: en Saint Laurent también tienen grandes problemas con el sistema de refrigeración.

A Bollard le pareció sentir que alguien le ponía un cinturón en el cuello y empezaba a apretarlo. La central de Saint Laurent-Nouan estaba a veinte kilómetros de la casa de sus padres.

-Aún no tenemos los informes definitivos. Se habla de un exceso de presión y de un aumento de la temperatura.

-¿Nivel INES?

-Aún no lo han estudiado.

-Discúlpeme -dijo Bollard.

Corrió hasta su despacho, abrió el ordenador y buscó en vano en Internet alguna noticia que pudiera tener que ver con el incidente. ¿Era posible que nadie hubiese informado aún a los ciudadanos? Echó un vistazo al reloj. Casi eran las ocho. Sus padres ya debían de estar despiertos...

Marcó el número, pero no había línea. Toqueteó la horquilla del aparato, nervioso, pero fue en vano. ¿Era posible que las instalaciones de la Europol estuviesen estropeadas? Para asegurarse marcó el número de un colega de Bruselas; estaba seguro de que estaría localizable.

-Buenos días, soy François Bollard. Disculpa, sólo estaba comprobando la línea...

-Descuida -respondió la voz al otro lado del teléfono-, yo también he tenido problemas hasta hace poco.

Volvió a marcar el número de sus padres, pero no oyó más que interferencias. En el directorio de su ordenador buscó el número de su persona de contacto en la oficina de seguridad nuclear francesa.

-*Autorité de surete nucléaire, bonjour*? -preguntó una agradable voz femenina.

Bollard pidió que le pasaran con el interlocutor al que estaba buscando.

-Lo siento pero hoy no ha venido a trabajar.

-Pues páseme con su superior, por favor.

-Me temo que tampoco está. El apagón, ¿sabe? La mayoría está teniendo dificultades para venir a trabajar.

Bollard tuvo que morderse los labios para no gritar a la pobre telefonista.

Bueno, no había nada que hacer. Volvería a intentarlo un poco más adelante.

Colgó el teléfono, y entonces recordó que tenía una cita.

Berlín

Las ocho menos cuarto, y el agente de policía Hartlandt estaba haciendo cola ante la filial de su banco que le quedaba más cerca de casa. Tenía delante a una docena de personas. Algunos intentaban en vano sacar dinero de los cajeros que quedaban junto a la puerta de entrada. Hartlandt pisó varias veces el suelo, con fuerza, y cruzó los brazos frente al pecho para protegerse del frío. Detrás de él, la cola se alargaba hasta la esquina de la calle. Algunos de los allí presentes conversaban con el resto, intercambiaban experiencias e impresiones y se quejaban de las autoridades. Hartlandt se preguntó si encontraría un supermercado abierto o alguna tienda de comestibles. A las ocho en punto, muy puntual, el banco abrió sus puertas y la cola empezó a moverse.

En el interior hacía un calorcito muy agradable.

-¿Cuánto? -le preguntó el empleado cuando él se acercó con su tarjeta.

-Diez mil -dijo Hartlad, en voz baja.

-¡Pero eso es casi todo lo que tiene! -dijo el otro, sorprendido.

-Sí -insistió él-. Los cajeros no funcionan.

-Los hemos apagado para que aquí dentro la electricidad durase más tiempo.

Hartlandt contó el dinero que le daban, lo dividió en dos grupos y se los metió en los bolsillos de la chaqueta. Cuando salió del banco, la cola era ya mucho mayor.

Si supieran... Y tras pensar aquello se preguntó por qué no lo sabían, en realidad.

La Haya

Manzano estaba medio estirado en el sofá de su habitación, trabajando en su portátil, cuando llamaron a su puerta.

Era Bollard.

-¿Ha dormido bien? -le preguntó.

-Y he desayunado estupendamente -contestó Manzano.

-Acompáñeme, vamos de compras -le propuso Bollard.

A Manzano le pareció que el francés estaba cambiado. Más tenso aún. Lógico, en el fondo.

-¿Han vuelto a abrir las tiendas?

-Para nosotros sí.

Bollard lo precedió por las calles vacías, y por el camino le mostró algunos monumentos y curiosidades turísticas.

Manzano le preguntó por qué había decidido trabajar en la Europol y venirse a La Haya.

-Por lo típico -dijo Bollard-. Una oferta interesante. Perspectivas laborales.

Pasaron junto a una tienda de moda. Bollard aparcó en una calle paralela a la principal.

-Entraremos por la puerta de atrás -dijo, y sacó luego una bolsa del maletero.

En la entrada para proveedores, una mujer de mediana edad intercambió unas palabras con Bollard y por fin los dejó entrar, no sin antes comprobar las credenciales del director de la Europol.

En el interior estaba todo tan oscuro que Manzano no podía ver nada. Bollard sacó dos linternas de su bolsillo y entregó una a Manzano. Con la otra empezó a iluminar las estanterías, mesas y colgadores con ropa.

-Escoja algo que le guste.

-Me siento como un delincuente -observó Manzano.

-Bueno, tampoco es que esto sea nuevo para usted... -le respondió Bollard.

Manzano no entendió del todo la observación, pero desde luego no le gustó el tono que utilizó el francés.

-... al menos como hacker -añadió Bollard.

Manzano no tenía ningunas ganas de seguir con aquel tema, pero Bollard no aflojó.

-Cuando hackea algo es como si rompiera la entrada y se colara en el negocio, o el hogar, de otros...

-Yo no rompo nada. Sólo aprovecho huecos de seguridad. Y nunca destrozo ni me llevo nada -dijo Manzano, al mismo tiempo enfadado y con la necesidad de justificarse...

Deseoso de acabar con aquella conversación, se alejó de Bollard e iluminó una mesa con camisas.

-¿Si se dejara la puerta de su casa abierta -siguió preguntando Bollard, terco como una mula-, le parecería bien que alguien entrara en su casa para darse una vuelta?

-Si ése alguien me advirtiera de que me he olvidado de cerrarla y no me robara ni estropeara nada... Le daría las gracias.

-¿Le han robado alguna vez? ¿Sabe lo que se siente cuando descubre que alguien ha estado en su casa, y que no tiene ni idea de cómo ha entrado? Uno se pregunta cómo entró, si volverá a hacerlo, si la próxima vez será peor... Créame, yo lo he vivido, y es una mierda de sentimiento. Aunque no hayan destrozado ni robado nada.

-¿Quiere que colaboremos o que nos peleemos, Bollard? -preguntó Manzano.

El italiano cogió un jersey, se lo puso sobre el pecho y dijo:

-Éste me parece bien.

En la pantalla, el policía holandés de la secreta vio cómo Manzano abandonaba la habitación del hotel junto a Bollard.

-Es mi turno -dijo a su compañero-. Ahora mismo vuelvo.

Salió de la sala en la que lo controlaban y bajó los dos pisos hasta la habitación de Manzano. Abrió la puerta con una copia de la llave, sin problemas, y entró. El portátil de Manzano estaba sobre la mesa. Sabía la contraseña porque la había visto desde la cámara de seguridad. Entró y le conectó un USB. Introdujo algunos comandos y aparecieron las pestañas de descarga. En menos de dos minutos ya había instalado en el ordenador el programa que quería, y tres minutos más tarde lo había escondido de tal modo y había borrado tan bien las huellas de su paso por aquel sistema que el italiano nunca podría saberlo. Apagó el ordenador y lo dejó exactamente como lo había encontrado. Fue hacia la puerta, se dio la vuelta para comprobar que todo estuviera en orden, apagó la luz y se marchó de la habitación tan rápida y sigilosamente como había llegado.

Bruselas

Lo primero con lo que Angström se encontró en su paseo en bicicleta fue un banco. Después, con quinientos euros en el bolsillo, siguió pedaleando hasta dar con un supermercado cuya entrada le hizo pensar en una colmena de abejas, por la cantidad de gente que entraba y salía de él. A la luz de las velas y las lamparitas a pilas, los clientes se agolpaban en los pasillos como si fuera un sábado antes de Navidad. Y las colas ante las cajas eran interminables.

Angström se hizo con uno de los últimos carritos de la compra y fue directa a la zona de las bebidas, donde cogió cuatro paquetes de agua, con seis botellas de litro cada uno. Ya no quedaban muchas más... Los clientes se empujaban al caminar, los carritos chocaban entre sí. Al llegar a la zona de congelados prefirió dar la vuelta: la gente se peleaba por la comida, cuyos precios habían bajado radicalmente para poder vender los alimentos antes de que se estropearan. Angström llenó el resto de su carrito con conservas de todo tipo, lo cual supuso una verdadera odisea que requirió de toda su fuerza y agilidad: tuvo que empujar, esquivar y sortear.

La cola hasta las cajas medía ya unos treinta metros.

-¡Cálmense! -dijo una voz desesperada-. ¡Tómenselo con calma, por favor! ¡Hacemos lo que podemos! ¡Si no respetan la fila llamaremos a seguridad y tendremos que cerrar el súper!

-¡Vaya tugurio! -gritó un hombre gordo y despeinado-. ¡No quiero pasarme el día aquí encerrado, esperando a que las cajeras aprendan a calcular mentalmente!

-¡Calma, señores, calma! ¡Los atenderemos a todos! ¡Hacemos lo que podemos!

-¡Pues no se nota!

-¡Llevamos un montón de rato sin avanzar!

Angström se puso a la cola. Tenía delante unas sesenta personas. Algunas esperaban pacientemente. Otras vociferaban y se removían en sus puestos.

-¿Qué sucede? -preguntó una mujer al hombre que tenía delante-. ¿Por qué vamos tan lentos?

-Las cajas no funcionan y los lectores de códigos tampoco -le respondió éste-. Las cajeras tienen que calcular los precios mentalmente, lo cual es un problema porque la mayoría no parece ser muy buena en matemáticas, pero es que, además, en la mayoría de los casos ni siquiera saben cuánto vale cada producto y tienen que estar comprobándolos uno por uno. ¡Esto puede durar horas!

En la cola de al lado Angström vio que un hombre se metía algunos paquetes en los bolsillos de la chaqueta, dejaba el carrito a un lado y se abría paso entre la gente.

-¡Déjenme pasar! ¡No llevo nada!

Angström dudó unos segundos y al fin gritó:

-¡Eh! ¡Oiga! ¡Está usted seguro?

El tipo se dio la vuelta, molesto, y buscó con la mirada a la persona que le había gritado.

-¡Sí, usted! -repitió Angström.

-¿De qué se supone que tengo que estar seguro?

-De que no lleva nada. ¿Qué tal si se mira los bolsillos?

Varias personas lo estaban mirando. El hombre se palpó los bolsillos, impaciente, y volvió hasta donde estaba su carro.

-¡Bruja! -le dijo a Ángstrom, al pasar junto a ella-. ¿Qué más te daba a ti? ¡Era uno menos en la cola!

Sin llamar la atención vació el contenido de sus bolsillos en el carrito y se quedó esperando, mientras la miraba con todo el odio del mundo concentrado en sus ojos.

-¡Mamá, quiero irme a casa! -se quejó una pequeña detrás de ella. Iba de la mano de un niño algo mayor.

-Sólo un poquito más, cielo -dijo la madre.

-¡Es que tengo que ir al lavabo!

Cómo no.

-Aguanta, cariño, por favor.

-¡Es que no puedo! -lloriqueó la pequeña.

-¡Vamos! ¡Ya eres lo suficientemente mayor como para aguantarte!

-¡Nooo!

-Janina, por favor. Mira, cuando lleguemos a la caja te dejaré comprar unas chuches, ¿vale?

-¡Pues para mí también! -intervino el niño, celoso.

-Claro, para ti también.

-¡Pero él no tiene que ir al lavabo!

-¡Que sí! ¡Que yo también tengo pipí!

Angström cerró los ojos y se planteó la posibilidad de dejarlo todo ahí tirado y volverse a casa. Entonces cayó en la cuenta de que no podría llevarlo todo con la bici. ¡Había comprado demasiado! Tendría que empujar el carrito hasta casa. ¿Y qué haría entonces con la bici? ¿La dejaría atada a un árbol o la arrastraría a pie junto al carrito? No, tendría que dejarla. El carrito pesaba demasiado. Calculó que estaría a unos tres kilómetros de casa. Quizá incluso a cuatro.

-¡Quieto! ¡No se mueva! -Angström oyó maldecir y gritar de dolor, y, enseguida, una pelea. Luego se hizo el silencio.

-¡Levántese!

-¡Suéltenme!

-¡No crea que porque falle la luz tiene usted derecho a coger lo que quiera e irse tan ricamente!

Angström se preguntó cuánto tiempo estaba dispuesta a esperar. La gente no parecía adaptarse a la situación, sino que cada vez estaba más nerviosa y

agresiva.

-¡Todos los que quieran irse sin llevarse nada, por favor, utilicen la caja de la derecha! -dijo una voz desde la entrada del súper.

Mientras se acercaba lentamente a la caja, Angström observó a la cajera. Efectivamente, la mujer comprobaba uno a uno cada producto, buscaba su precio en una libreta en la que apenas podía leer con aquella luz tan tenue y luego hacía la suma a mano, en un papel.

Angström se obligó a no revisar las cuentas, pese a que las capacidades matemáticas de aquella mujer no le merecían ninguna confianza...

La Haya

Shannon anduvo otro cuarto de hora más, bajo aquel frío terrible, hasta llegar a la central de la Europol. En el vestíbulo del edificio le dijeron que el señor Bollard había salido pero que creían que no tardaría en volver.

Sin perder tiempo, Shannon aprovechó para ir al lavabo y lavarse rápida pero adecuadamente. Después regresó al vestíbulo y preguntó al recepcionista si tenían alguna novedad sobre el apagón, pero éste no quiso o no supo responderle. Sea como fuere, al menos ahí no estaba helada de frío.

No tuvo que esperar mucho rato. El reloj de la entrada marcaba poco más de las diez cuando vio entrar a Bollard. Junto a él iba un tipo alto y delgado con una cicatriz en la frente y algunas bolsas de la compra en las manos.

Shannon se preguntó a dónde habrían ido, porque ella no había visto ni una sola tienda abierta en todo el camino desde casa de los Bollard.

-Buenos días, señor Bollard -dijo Shannon, presentándose-. Me llamo Lauren Shannon. Soy vecina de sus suegros, en París.

Bollard la miró desconcertado.

-¿Y cómo ha llegado hasta aquí? ¿Les ha sucedido algo a ellos?

-Pues eso mismo quería preguntarle yo -le dijo Shannon.

-Vaya tirando -le dijo a su acompañante, en inglés-, en seguida me reuniré con usted. -Y cuando el hombre estuvo lo suficientemente lejos como para no poder oírlos, añadió:- Ya la recuerdo. La última vez que fui a visitar a mis suegros trabajaba para una cadena de televisión, ¿no es cierto?

-Sí. Aún trabajo allí. Ayer por la tarde sus suegros salieron precipitadamente hacia París con un montón de maletas. Si no lo entendí mal iban a ver a sus padres, señor Bollard, a los padres del encargado de la seguridad ciudadana en la Europol, y, la verdad, se me han disparado todas las alarmas. Además, su suegra dejó escapar un comentario que no me deja dormir.

-No me cabe la menor duda de que ha sido así, puesto que ha sido capaz de pasarse toda la noche en un autobús para venir aquí. De todos modos, señorita, no sé en qué puedo servirle. Los periodistas tienen que ponerse en contacto con nuestro departamento de prensa.

Por supuesto, Shannon no esperaba que fuera a contárselo todo a la primera. En realidad, de haberlo hecho habría significado que su viaje había sido en vano, y precipitado.

-¿Creen que el apagón puede deberse a un ataque terrorista y que se alargará más en el tiempo?

-Yo no tengo ni idea de cuándo volverá la corriente. Eso tendría que preguntárselo a los productores de energía.

La estaba esquivando.

-¿O sea que no hay ningún ataque?

-¿Cuánto sabe del suministro de energía europeo, señorita Shannon?

-Yo sólo veo y oigo que no funciona, y eso es suficiente.

Tenía razón. La chica no tenía ni la menor idea.

-Pues no debería serlo -le dijo él, con una sonrisa-. Si supiera lo complejo que es todo este tema... Uno no puede apagarlo sin más, como la luz del comedor, ¿lo entiende? Y ahora le ruego que me disculpe. En el departamento de prensa responderán amablemente sus preguntas, sin duda.

-¿Y por qué se fueron sus suegros a casa de sus padres? -preguntó ella aún, tozuda-. ¿Por qué salieron corriendo hacia una granja con pozo, leña, una chimenea y, según dijo Madame Doreuil, alguna gallina en el gallinero para comerla si tenían hambre.

Bollard se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos. Shannon continuó.

-A mí me suena a la reacción de alguien que sabe que toda esta locura durará más de lo que creemos. ¿Y quién podía habérselo dicho?

Bollard volvió a dedicarle aquella mirada que los adultos suelen regalar a los jóvenes obtinados.

-Su fantasía y su tesón, señorita...

-Shannon. Laurent Shannon.

-Shannon, cierto. Es usted muy perspicaz, y le auguro un gran futuro en el periodismo, pero ahora debo marcharme. Tengo cosas que hacer, aunque seguramente distintas a las que imagina. Vuélvase a París.

Shannon se quedó en silencio mientras Bollard se alejaba de ella y subía las escaleras hasta el piso superior. Después se quedó ahí quieta, recordando toda la conversación. Bollard no se había tomado a risa su hipótesis del ataque terrorista, se dijo. En lugar de refutársela directamente, optó por realizar un circunloquio sobre la complejidad del suministro de energía...

Se dirigió a los asientos sobre los que había dejado su bolsa. Volvía a tener hambre. Cogió la última barrita de chocolate que le quedaba.

¿Y ahora qué?

-Voy a llevar mis bolsas al hotel -dijo Manzano.

Bollard asintió.

-Le avisaré en cuanto tengamos los sistemas SCADA, ¿de acuerdo? ¿Ha podido avanzar en algo?

-No, aún no he encontrado ninguna rendija por la que colarme.

Manzano estudió el diagrama del panel vertical. En la central de operaciones de la Europol habían empezado a colgar informaciones por toda la pared.

Tenían, por ejemplo, notas con los códigos de los contadores italianos, así como todo lo que habían descubierto de los pisos en los que habían sido manipulados: datos de los propietarios e inquilinos de los últimos años, interrogatorios a vecinos y compañeros de trabajo... Y lo mismo, por supuesto, con los suecos. Y en cada caso, tres retratos robot.

También tenían representado en imágenes el complejo del CNES francés y las redes centrales de todos los países que había sufrido el apagón, pero, la

verdad, por ahora no les había servido de nada.

Fuera ya no hacía tanto frío. Caían cuatro gotas, y Manzano se apresuró en llegar a su hotel antes de que la lluvia arreciara. Por el camino se dedicó a observar a la gente con la que se cruzaba, ya fuera a pie o en coche. Aún no sabían la que se les venía encima...

Por fin llegó a la cálida entrada del hotel.

-Disculpe, ¿me equivoco o estaba usted hace un rato con el señor François Bollard? -preguntó a sus espaldas una voz femenina, en inglés.

La voz pertenecía a una joven que iba muy abrigada y llevaba una mochila a cuestas. Sin contar con el recepcionista, ambos estaban solos en el vestíbulo del hotel. No sabía por qué, pero su cara le sonaba una barbaridad.

-¡Ah, sí! Eres la chica del vestíbulo de la Europol, ¿verdad? -dijo él, también en inglés.

-Soy vecina de los suegros de Bollard, en París -le respondió ella.

Por su acento podría haber sido perfectamente una estadounidense, pensó Manzano.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Esto es un hotel, ¿no? Busco una habitación.

-Me temo que están todas ocupadas.

-¿Y qué haces tú? No eres de la Europol; si lo fueras, no te alojarías en un hotel.

-Una conclusión inteligente, sin duda, aunque en estos momentos la mayoría de los trabajadores de la Europol están instalados en hoteles con generadores de emergencia. De todos modos, yo no te preguntaba qué hacías en este hotel, sino en La Haya.

-Soy periodista. Por casualidad me enteré del precipitado modo en que los suegros de Bollard habían decidido salir de París, y, la verdad, me pareció que, teniendo en cuenta que su yerno es el máximo responsable de los asuntos terroristas en la Europol, el hecho de que huyeran justo cuando Europa está sufriendo el mayor apagón de su historia no podía ser una simple casualidad. Pero Bollard no ha querido decirme nada.

-¿De modo que me has seguido desde la Europol?

-Quiero saber lo que pasa. No he pasado la noche en un autobús para nada.

-¿Toda la noche? No me extraña que tengas este aspecto...

-Gracias, muy amable.

Shannon era una personita delgada y no muy alta, con la cabeza redonda y una bonita melena castaña. Sus ojos brillaban de vitalidad y su boca le daba una expresión decidida.

-¿Y has comido algo?

-Dos barritas de chocolate.

Manzano fue hasta el portero.

-¿Queda alguna habitación libre?

-No, señor -respondió éste.

Manzano se dio la vuelta hacia Shannon y le dijo:

-Lo que imaginaba. No hay sitio para ti. Tendrás que volver a casa.
-Los autobuses ya no funcionan. Se han quedado sin gasolina.
-Pero entonces... ¿dónde te alojarás?
Ella se encogió de hombros.
-¿Tienes nombre? -preguntó Manzano.
-Lauren Shannon.
-No parece francés.
-Soy americana.
-Una americana en París. Mira qué bien, de película. Sólo falta que bailes como Gene Nelly.
-Pues me temo que ahí es donde fallo. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?
-Piero Manzano.
-Tampoco es francés.
-Soy italiano.
-Qué internacional es La Haya, ¿no te parece?
Manzano no pudo evitar reírse de aquella salida.
-Toda la noche en el bus... -repitió-, seguro que te apetecerá darte una ducha.
-¡Ni te lo imaginas! -dijo ella, suspirando.
-Está bien, sígueme. Te invito a una ducha.
Ella lo miró sorprendida y él soltó una carcajada.
-¡No es lo que te imaginas! Es sólo que prefiero cenar con gente limpia, si no te importa, y seguro que tienes hambre.
Ella seguía dudando.
-Está bien, como quieras. Mucha suerte con tu investigación -dijo, mientras empezaba a subir las escaleras.
-¡No, no! ¡Espera! -exclamó ella, corriendo hasta donde estaba Manzano-. No me has dicho nada de los motivos que me han traído hasta aquí.
-¿De tus motivos? ¿Y qué quieres que diga?
-Si tengo razón.
-¿Perdona?
-Si es cierto que tras el apagón hay más que un simple error humano y un fallo técnico.
-¿Y por qué crees que tendría que saberlo?
-Porque has entrado en la Europol con Bollard.
-Eres testaruda, ¿eh? ¿Nunca te cansas de preguntar?
-Es mi trabajo.
-Pues el mío está sujeto a un contrato de confidencialidad. Aunque supiera algo no podría decírtelo.
-Eso significa que sabes algo.
-Aquí está mi habitación.
Manzano acercó la tarjeta al lector que quedaba junto a la puerta. Se encendió una lucecita verde, se oyó un chasquido y la puerta se abrió. Manzano se preguntó qué pasaría con aquellas puertas cuando también aquí se

quedaran sin luz.

Shannon dejó su bolsa en el suelo, a la entrada.

-Ve a ducharte -dijo Manzano- y luego iremos a comer. Un lujo, dadas las circunstancias.

Mientras la chica entraba en la ducha, Manzano metió las cosas en la nevera, y después se puso a leer las últimas noticias por Internet. El hotel, como la Europol, contaba con una línea especial que le permitía conectarse directamente con el backbone de Internet, que seguía funcionando sin ningún problema. En las noticias habían empezado a filtrarse las primeras sospechas de que ciertas intervenciones policiales en Italia y Suecia tuvieran algo que ver con los apagones, y varios expertos empezaron a manifestar su suspicacia ante el hecho de que un apagón de tal magnitud estuviera provocado por alguna causa «normal». Los organismos oficiales, en cambio, no se expresaron en ningún sentido. Una estrategia con la que Manzano no estaba nada de acuerdo. A esas alturas, los gobiernos sabían perfectamente que Europa había sufrido un ataque y que lo más probable era que la población tuviese que apañárselas sin electricidad algún día más.

Shannon salió de la ducha envuelta en una toalla y frotándose el pelo.

-¡Ha sido fantástico, gracias!

-No hay de qué.

-¿Novedades?

-No, en realidad no.

-Tienes razón -dijo ella, sonriendo-: ¡me muero de hambre!

Diez minutos después, Shannon y Manzano estaban sentados en el comedor del hotel. La mitad de las mesas estaban ocupadas.

Un tipo extraño, este italiano, se dijo la chica. En realidad no tenía muy claro qué pensar de él. Por ahora había sido amable sin ser impertinente y le había regalado la esperanza de que sabía algo que no podía revelar. Aún así, decidió que no bajaría la guardia.

-Nos faltan más de la mitad de las cosas que aparecen en la carta -dijo el camarero.

-No importa: es mejor que nada -respondió Manzano, quien pidió un clubsandwich. Shannon, por su parte, se decidió por una hamburguesa.

-¿Contra qué chocaste? -preguntó entonces Shannon, señalando la cicatriz en la frente de él.

-Tuve un accidente de coche cuando los coches dejaron de funcionar.

-¿Trabajas en la Europol?

-Ahora trabajo *para* la Europol. Bollard me ha contratado.

-¿Para qué?

-¿Para qué cadena trabajas tú?

-La CNN. -Le mostró sus credenciales.

-¿No tienen ningún corresponsal en La Haya?

-Bueno, ahora estoy yo.

-¿Y cómo vas a dar las noticias sin electricidad? ¿Cómo consigues el

material para la cadena? ¿Cómo lo llevas a la pantalla? ¿Y cómo esperas que la gente lo vea si a casi nadie le funciona la televisión?

-Bueno, lo que dices sucede en Europa -respondió ella-. Yo cuelgo mis noticias online, y seguiré haciéndolo mientras Internet siga funcionando.

-Lo cual no durará mucho, créeme -le dijo Manzano.

Echó un vistazo a su alrededor como para asegurarse de que nadie los oía, y al ver que el resto de comensales se mostraba completamente ajeno a su conversación, añadió en voz baja:

-Yo llegué aquí ayer. No puedo contarte nada de lo que hago para la Europol porque he firmado un contrato de confidencialidad -dijo, sonriendo-, pero nadie puede prohibirme que te cuente lo que descubrí antes de llegar a La Haya.

Cuando Manzano acabó de contarle su historia, Shannon tenía la boca abierta y una expresión de incredulidad en la cara.

-¿Por qué no se ha informado de todo esto a la gente?

-Las autoridades temen un ataque de pánico masivo.

-¡Pero el pueblo tiene derecho a saber lo que sucede!

-Ésa es la frase preferida de los periodistas para justificar su trabajo.

-Si quieres, ya discutiremos otro día sobre la ética de los periodistas. Además, no creo que me hayas contado todo esto para que me quede callada, ¿no?

-No.

-¿En tu habitación tienes Internet, no? ¿Podré utilizarlo?

-Si funciona... Me sorprendería que la Europol no lo hubiera intervenido.

-Aunque así fuera, cuando se dieran cuenta de lo que pasaba ya habría enviado mi artículo.

-Pero no hace falta. Todo el hotel tiene WLAN y una conexión directa al backbone de Internet porque sus inquilinos suelen ser clientes de la Europol o diplomáticos. Sólo tienes que pedirle un código al recepcionista.

-Pero seguro que sólo se la da a los clientes del hotel.

-Pues dale el número de mi habitación.

-¿No tienes miedo de que te echen?

-Son ellos los que quieren algo de mí, no al revés.

-Pero igual dejan de quererlo si yo publico esta noticia.

-Bueno, en todo caso será cosa mía, tú no te preocupes.

-Mmm... ¿y estás de acuerdo? Me refiero a lo del pánico masivo.

-A mí me parece una idea de lo más interesante -dijo Manzano-. Todo un país aterrorizado... ¿Y tú qué opinas?

Shannon titubeó. Sabía que tenía entre manos una bomba informativa, y que la mayoría de los periodistas se retiraban sin haber dado nunca con algo así.

-Creo que no deberíamos subestimar a la gente de ahí afuera -respondió al fin-. A diferencia de lo que sucede en las grandes producciones cinematográficas, hasta ahora no se han producido apenas disturbios ni

grandes peleas o enfrentamientos. Al contrario, la gente es solidaria y de buena pasta.

-Porque aún tienen comida en sus despensas.

-¿Sabes qué? Yo creo que la noticia de un sabotaje y un ataque a los sistemas eléctricos hará que la gente se una para luchar contra el enemigo común.

-¡Tendrías que haber sido ministra de propaganda!

-No sabemos de qué hablaron -dijo el policía a Bollard-. En el restaurante había demasiado ruido.

Bollard se quedó mirando la pantalla del ordenador en el que se veía la habitación de Manzano. El italiano estaba sentado en su cama, con el portátil sobre las piernas, y parecía estar trabajando.

-¿Y dónde está ella?

-Abajo, en el restaurante, con su portátil. Escribiendo.

Bollard estaba disperso. Aún no había logrado localizar a sus padres, y ni la OIEA ni las autoridades francesas habían sabido darle noticias sobre la situación de la central nuclear de Saint Laurent. Hizo un esfuerzo por concentrarse.

-Y, claro, tampoco sabemos qué es lo que escribe.

-Luc está a punto de descubrirlo. Va a puentear el WLAN.

Bollard se levantó.

-Mantenedme informado.

Nuestro corresponsal en Estocolmo confirma la idea del sabotaje, leyó Shannon. Era el e-mail en el que Eric Laplante respondía al que había enviado ella. Se había puesto en contacto vía satélite con la central parisina.

Shannon tecleó una respuesta a toda velocidad.

¡Ya os lo decía yo! He dado con la fuente. Si queréis que siga avanzando, tenéis que enviarme dinero para un alojamiento y un coche de alquiler... Suponiendo que aún quede alguno en la ciudad.

La respuesta fue afirmativa, y a continuación, Laplante le escribió los datos de una tarjeta de crédito.

Buen trabajo, Lauren.

Shannon apretó los puños. ¡Estaba pletórica! Volvió a acercarse al recepcionista.

-¿Sigue sin tener habitaciones libres?

-Lo siento.

-¿Y podría ayudarme a encontrar alguna por esta zona?

-Ya lo hemos intentado con otros clientes habituales, señorita, pero todos los edificios con algo de corriente están llenos y tienen cola de espera.

-¿Y qué me dice de un coche de alquiler?

-Eso podemos intentarlo. ¿Alguna marca o modelo en concreto?

-Sí, uno que tenga el depósito lleno.

-El recepcionista tardó varios minutos en conseguir línea para llamar. Luego dijo un par de frases, puso la mano sobre el teléfono y se dirigió a Shannon:

-He encontrado un sitio en el que les quedaba un coche. Es el último. Pero no es barato.

-¿Cuánto?

-Quinientos euros al día.

-¿Cómo? ¿Pero qué coche es? ¿Un Ferrari?

-Un Porsche.

-¿Me toma el pelo?

-Seguramente es el último coche de alquiler de toda La Haya y alrededores. Los más baratos ya están cogidos, o las tiendas y concesionarios han cerrado.

Shannon se encogió de hombros. Laplante se pondría hecho una furia.

-Bueno, pues el Porsche.

-Y tiene que pagar en efectivo.

Shannon se quedó de piedra. ¡Mierda! Laplante no le daría el dinero en efectivo. Si quería el coche, tenía que pagarlo de su bolsillo y confiar en recuperarlo pronto.

¡Bueno, ya no venía de aquí! ¿Qué valor tenía ahora el dinero? Le pidió al recepcionista que le indicara el camino.

Una hora después estaba metiendo la llave en el contacto del deportivo plateado que parecía un coche de carreras. Observó el cambio de marchas y el salpicadero, y encendió el cochazo. El motor dio un rugido espectacular. El empleado de la tienda la miró con expresión preocupada. Ella lo saludó con la mano y salió a la calle.

Condujo el coche de vuelta al hotel y lo dejó aparcado en el garaje. Una vez de vuelta, se dirigió a la habitación de Manzano y llamó a la puerta. Y cuando éste abrió, le dijo:

-Tengo un problema. Necesito quedarme una noche más en La Haya, pero no hay ni una sola habitación libre en toda la ciudad, y he pensado que... bueno, que como ya me has ayudado una vez...

-¿Quieres quedarte a dormir aquí?

-No conozco a nadie más.

-¿Y qué me dices del yerno de tus vecinos parisinos? ¿El señor Bollard?

-Él no querrá ni mirarme a la cara.

-Eres demasiado confiada -dijo Manzano, meneando la cabeza-. ¿Quieres compartir la cama con un desconocido?

-¡La cama no! ¡La habitación!

-Sólo tengo una cama doble, y el sofá es demasiado pequeño como para dormir en él.

-Vale, pues la cama. Me quedaré tan quieta que ni te darás cuenta de que estoy.

-Apuesto a que roncas.

Berlín

En las casernas del Treptower Park reinaba un alboroto considerable. Hartlandt y sus colegas llevaban todo el día revisando los datos de los últimos años, al tiempo que reuniendo, analizando y categorizando las últimas novedades, la información más reciente... o por lo menos la que les llegaba. El paso de lo analógico al BOS-Funk había significado aquella noche una diferencia esencial para las investigaciones. Durante décadas, las autoridades y organizaciones alemanas encargadas de la seguridad, BOS en su abreviatura, se las habían visto con sistemas analógicos, pero a partir de los ochenta, y dada la dificultad de codificarlos, empezaron a desarrollarse sistemas digitales que poco a poco fueron introduciéndose en la mayoría de los países. Pero mientras el SAI (Sistema de Alimentación Ininterrumpida) garantizaba un funcionamiento ininterrumpido de cuatro a ocho horas, los bypass a las baterías de los aparatos TETRA (del inglés Terrestrial Trunked Radio) sólo podían asegurar dos horas. Desde el sábado por la mañana se había hecho un esfuerzo ingente para proveer de energía de emergencia a las estaciones que lo precisaran y a cambiar las baterías de los aparatos adicionales. Pese a todo, muchos de los departamentos regionales de las autoridades y organizaciones implicadas no podían comunicarse, parcial o completamente, entre sí ni con la central.

Junto con tres colegas, Hartlandt analizaba las novedades que les iban llegando acerca de la industria generadora y distribuidora de energía y electricidad.

En aquel preciso instante, ahí fuera había miles de ingenieros ocupados en localizar el origen del fallo generalizado y decenas de tropas de servicio comprobando las principales vías de conducción.

-Hay demasiadas centrales eléctricas con problemas para reiniciarse -dijo uno de aquellos hombres, inclinado sobre una montaña de papeles-. Por eso es tan difícil crear alguna isla de energía o sintonizar las redes.

-Y nos han informado de otras dos grandes caídas -dijo Hartlandt, estudiando sus listas.

-En los dispositivos de distribución de Osterrönfeld y Lübeck-Bargerbück, en Schelswig-Holstein, los incendios han destrozado varios transformadores.

-Fantástico, lo que nos faltaba -dijo el hombre que estaba al lado de Hartlandt-. Eso significa que tardarán al menos un mes en recuperarse.

Aquello no era tan dramático como Hartlandt imaginaba, pues las redes regionales alemanas solían alimentarse de varias fuentes, y si caía una de ellas siempre podía echarse mano de alguna otra. Lo que sí comprometía y dificultaba la situación, al menos por el momento, era la caída masiva y simultánea de varios dispositivos de distribución, o el fallo de alguno especialmente estratégico e importante.

-Dime que sólo son novedad estos dos.

Pero Hartlandt ya no los escuchaba. Acababa de recibir un e-mail nuevo con un archivo adjunto.

-Echad un vistazo a esto -dijo Hartlandt a sus colegas.

En el archivo, la imagen de una torre de alta tensión caída y rota en mil pedazos sobre un campo marrón. Parecía la base de una montaña rusa. Algunas de sus partes se elevaban hacia el grisáceo cielo invernal, y de sus extremos pendían restos de cables, como los hilos rotos de una marioneta gigante.

-Ha caído por una explosión -les informó Hartlandt.

La Haya

-Lo cual significa -estaba diciendo Bollard al grupo del centro de almacenamiento de datos de la Europol- que ahí fuera hay alguien que está aprovechándose del caos del apagón para atacar el software y el hardware del sistema eléctrico. -Señaló el mapa-. Acaba de llegarnos una noticia de España. Otra torre de alta tensión caída. Y no podemos saber cuántos actos de sabotaje se han producido ya. Los operadores de redes y los proveedores de electricidad no tienen ni remotamente la cantidad de trabajadores que necesitarían para controlar todos los dispositivos y líneas. Hasta el momento sólo ha podido revisarse una ínfima cantidad de casos.

-¿Podría tratarse de una casualidad? -propuso alguien.

-Es una opción remota. Más bien parece que alguien se ha propuesto firmemente provocar el mayor daño posible -respondió Bollard-. Los ataques al software quizá no fueron más que el principio. Es cierto que no sabemos cómo ni por qué se originaron, ni tampoco cuál es su alcance real, pero todos los estudios sobre el tema acaban concluyendo lo mismo: que tras un par de días debería ser posible recuperar el control y normalizar la situación. La cosa cambia cuando los ataques a circuitos secuenciales o líneas de alta tensión pasan a ser físicos y reales. La mayoría de estos elementos no puede repararse con facilidad, lo que dificulta la recuperación de todo el sistema.

Ratingen

-Estos argumentos son una tontería -dijo Wickley, algo alterado, en la central de Talaefer-. Habrá que buscar otros.

En la pantalla había una serie de frases:

-Lavar ropa con tarifa barata.

-Ganar dinero con la batería del coche.

-Gestionar la energía individualmente.

-Quiero ver al ama de casa pero sobre todo a la madre trabajadora -los increpó Wickley-; aquella que pone la lavadora por la noche porque la tarifa es más barata. El problema es que acaba a las dos de la madrugada y la ropa se le queda húmeda durante cinco horas y cuando la cuelga ya huele a moho, porque nadie se pone a tender en mitad de la noche...

Dos de los allí presentes asintieron en silencio. El resto siguió escuchando, a la espera. Wickley había hecho llamar no sólo a los jefes de venta, distribución, formación y comunicación, sino a todos los miembros directivos de la empresa. Y también contaban con la presencia de cuatro representantes de una agencia de comunicación: habían quedado con ellos antes de todo aquel caos y, como ni el teléfono ni Internet funcionaban bien, no habían podido anular la cita. Así que los cuatro de Düsseldorf se habían desplazado hasta Ratingen.

-Los consumidores pronto empezarán a hacer cálculos y a tomar decisiones: las diferencias en la tarifa son tan mínimas que no vale la pena alterar su ritmo vital para ajustar los precios. Por los cinco euros anuales que me ahorro, se dirán, no vale la pena tender la ropa de noche. De hecho, ya están sucediendo cosas en esta línea: hoy en día todo el mundo sabe que dejar la tele, los ordenadores, las redes wi-fi o cualquier otro tipo de dispositivo electrónico en stand-by gasta energía y dinero. Hablamos de varias decenas de euros al año por casa. ¿Y qué sucede? ¿Los usuarios los apagan para ahorrar? No; impera la comodidad. Y esto no es más que una pequeña batalla en pleno escenario de guerra: estoy hablando de la gestión individual de la energía. Con la nueva propuesta de libertad energética lograremos que al consumidor le resulte interesantísimo sumarse al carro de las nuevas tecnologías.

Movió la cabeza.

-La corriente sale de los enchufes. Desde hace generaciones. Ya nadie se sorprende de ello. Ni siquiera lo piensan. Está ahí y punto, y ellos son felices porque pueden dedicarse a pensar en otras cosas, como por ejemplo cómo llevar a los niños al colegio y llegar puntuales al trabajo, o cómo acompañarlos al médico al mediodía si el jefe aún espera que trabajen alguna hora extra de más, o cómo encargarse de sus ancianos padres, o cómo asegurarse una renta o pagar un crédito o encontrar un trabajo o mantenerlo... Hoy en día, gestionar una rutina familiar normal exige una serie de

habilidades por las que muchos de nuestros colegas directivos se dejarían cortar una mano. La diferencia es que nosotros cobramos y ellos no. ¿Y qué me dicen de los ancianos? Con lo que les cuesta utilizar el móvil y el ordenador... ¿esperamos que gestionen sus consumos mediante una de estas dos vías? ¿Saben lo que les diría yo? Que no me toquen los... bueno, ya me entienden. ¡Es una pesadilla!

Omitió el hecho de que el contador inteligente fuera al mismo tiempo un magnífico elemento de control para la empresa, así como un extraordinario recopilador de datos, y tampoco mencionó que los defensores de la protección de datos ya habían manifestado sus discrepancias al respecto.

Se inclinó hacia delante en la mesa y miró a todos los allí presentes.

-Estamos apostando por un cambio de paradigma. Ni más ni menos. Y debemos creer en él, o la revolución energética fracasará. El cambio debe empezar en nosotros mismos. Ningún usuario entenderá por qué tiene que trabajar para beneficiarse de algo que hasta hace nada estaba tan sencillamente incrustado en una pared... ¡y encima pagando más! Ni la industria energética ni las autoridades han encontrado argumentos atractivos para respaldar o promover este cambio. Quizá nos estemos equivocando de concepto. Yo opino que debemos ofrecer a nuestros posibles clientes algo más que productos. Necesitan acompañarlos con argumentos de venta adecuados a los consumidores. Es más, necesitan acompañarlos con argumentos mejores que los que han utilizado hasta el momento. Ésta -dijo entonces, dirigiéndose a Hensbeck- será su tarea para los próximos días. Conoce nuestros productos y conoce cómo hacemos las presentaciones. Imagine los argumentos más convincentes, cree las necesidades de la gente, trabaje en sus beneficios reales. Porque, créame, toda esa libertad de elección y autogestión que acaba estancándose en la nada o pasando de un incompetente a otro en los callcenters... Ésa no es libertad.

Ensbeck asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer? El mensaje era claro.

Wickley se dio la vuelta hacia las líneas que seguían apuntadas en la pizarra.

-Y por lo que hace a esta presentación...

El texto desapareció. La sala estaba tan a oscuras como hacía ya una hora que lo estaba el mundo, ahí afuera.

-¿Y ahora qué...?

Uno de sus colaboradores empezó a juguetear con el mando del proyector. Otro se levantó de un salto y corrió hacia los interruptores que quedaban junto a la puerta. Los movió, pero no sirvió de nada. Wickley cogió el teléfono fijo de la empresa y marcó el número de su secretaria. No había línea. Lo intentó de nuevo. Nada.

Wickley salió a toda prisa de la sala. El pasillo estaba más oscuro aún. No veía luz en ninguna parte. Se precipitó hacia su despacho. A la entrada reconoció la silueta de su secretaria, que toqueteaba el teléfono fuera de sí.

-¡No funciona nada! -exclamó la mujer.

-¡Encienda unas velas!

Ella calló.

-No tenemos -admitió al fin.

Wickley reprimió una maldición. A esas alturas todo el continente se había adaptado al apagón. ¡Todos, menos ellos!

-¡Pues vaya a comprar unas! -le gritó, saliendo de la habitación, indignado.

En el pasillo oyó voces. Los miembros del consejo habían salido de la sala de conferencias y deambulaban de un lado a otro. Wickley los ignoró y se dirigió hacia los ascensores. Algunos lo siguieron.

-¿James?

Wickley reconoció la voz de su jefe de ventas.

-Busco a Lueck -dijo, por toda respuesta.

-Te ayudamos.

El ascensor no funcionaba, evidentemente. Wickley bajó al cuarto piso por la escalera, que estaba oscura como el carbón, y se dirigió hacia el despacho de gestoría. Tras él, el sonido de varios pasos más.

El pasillo negro y estrecho estaba lleno de gente, pero él apenas podía verlos.

-¿Dónde está Lueck? -preguntó, más bien a ciegas.

-¡Abajo! -dijo una voz de hombre-. En el sótano, revisando los generadores.

Wickley siguió bajando. Por el camino se encontró con otro grupo de trabajadores.

-¿Alguien ha visto a Lueck?

-Yo no veo nada desde hace varios minutos -le respondió una voz de mujer.

A Wickley le disgustó la desfachatez, pero entendió que no le habría reconocido la voz y que debía creer que hablaba con un igual. Además, no tenía tiempo para reprimendas, y... en aquel momento no tenía ni la menor idea de dónde estaban los generadores de emergencia. Había perdido la orientación y no recordaba en qué piso estaban, así que se limitó a seguir bajando hasta que se acabaron las escaleras. Abrió una puerta. Tras ella, la oscuridad más absoluta.

-¿Lueck? -bramó.

No obtuvo respuesta. Volvió a intentarlo.

Se abrió una puerta al final del pasillo y apareció el débil rayo de luz de una linterna.

-Aquí -oyó decir, y se dirigió hacia la luz a zancadas.

Encontró a Lueck, jefe de la división de gestión de catástrofes, en una habitación enorme pero de techos angustiosamente bajos, llena de máquinas, cables y tubos que a la luz de la linterna parecían estar vivos. Junto a él, dos hombres con el mono de trabajo gris y el logo de Talaefer a la espalda.

Lueck era un hombre pequeño y fibrado, con el pelo ralo y unas gafas de montura ancha.

-¿Qué demonios está pasando? -le preguntó Wickley, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura.

A la luz de la linterna de Lueck vio llegar al encargado de mantenimiento

junto al director de ventas, y detrás de ellos aparecieron Hensbeck y una de sus colaboradoras.

Lueck estaba acuclillado ante una caldera que quedaba al final del sótano.

-El generador de emergencia se ha estropeado -dijo.

Wickley notó que la sangre se le acumulaba en las sienes.

-¿Somos una de las mayores empresas energéticas de Europa y no tenemos energía? ¿Se da cuenta de que seremos el hazmerreír del mundo entero?

Sus palabras resonaron entre el metal de la maquinaria.

-Hace ya tres días que Europa se ha quedado sin energía. Lo más probable es que hayamos forzado la máquina en exceso... De todos modos -siguió diciendo Lueck-, ya no quedaba mucho combustible. Hace tres años se rechazó la propuesta de invertir en un nuevo dispositivo de almacenamiento de gasoil. Por motivos económicos, si no recuerdo mal.

¿Cómo se atrevía a mencionarle aquello ahora? Por desgracia, recordaba perfectamente la reunión de dirección en la que se decidió que los cinco millones de euros que costaba la inversión eran excesivos. El único directivo que votó a favor fue el encargado de la seguridad interna de la empresa. Ya no trabajaba con ellos, y Wickley no pudo evitar pensar que se acababa de librar de una buena, pues de haber estado con ellos le habría preguntado una y mil veces por qué no había insistido más en poner en marcha aquel proyecto. Al fin y al cabo, aquel era su trabajo como director: imponer los comportamientos que le parecieran más adecuados, independientemente de la resistencia que encontrara. Qué suerte que aquel hombre, que aquel *perdedor*, ya no trabajara allí.

-¡El sábado lo hice responsable de asegurar nuestros suministros básicos de energía, al menos hasta que volviera la corriente!

-Nos hacen falta piezas de recambio y carburante -respondió Lueck-, y por el momento no disponemos de ninguna de las dos cosas.

-¡Entonces consiga algún aparato de emergencia móvil!

-¡Pero es que no queda ninguno! Todos están siendo utilizados en alguna empresa.

-¡Por el amor de Dios! ¿Quién puede necesitarlos más que la mayor empresa energética del país?

-Pues los hospitales, los centros de urgencias, los servicios de rescate, las instituciones benéficas... -dijo Lueck, con una calma especialmente provocadora.

Wickley odió a Lueck por confrontarlo a todos esos argumentos contra los que no podía hacer nada. En aquel momento lo necesitaba, porque era sin duda el mejor en su campo, pero en cuanto hubiese pasado todo... él mismo, Wickley, se encargaría de pegarle una bronca sin precedentes.

-Avise a las autoridades. Dígales que nuestros trabajadores se van a casa.

-Una cuarta parte ni siquiera ha venido -le contestó Lueck, inmutable-. No tienen gasolina en el coche y el transporte público tampoco funciona.

Wickley reflexionó unos segundos y por fin habló dirigiéndose a todos los

allí presentes:

-Hoy podéis iros todos a casa. Aquí no hay nada más que hacer. Volveremos mañana... a las cuatro de la tarde, por ejemplo. Y usted -dijo, dirigiéndose a Lueck-, asegúrese de que mañana por la mañana todo vuelva a funcionar con normalidad, o en el futuro no tendrá que ocuparse de ninguna otra cosa en esta empresa.

Berlín

Michelsen se tomó el decimoquinto café del día. Como ya le sucediera la noche anterior, apenas había logrado pegar ojo. Y desde que el canciller había declarado el estado de emergencia la noche anterior, tampoco había probado bocado. En la central de operaciones había mucha más gente de lo acostumbrado. Habían reclutado a todos los que habían podido, pues necesitaban manos e ideas y muchos de los trabajadores en nómina no habían vuelto a aparecer.

Michelsen pasaba la mayor parte del tiempo hablando por teléfono con los responsables de los servicios de emergencias. El aire pesaba como el plomo, y con todo aquel ruido de fondo apenas podía oírse su voz. Las instituciones benéficas y el ejército alemán fueron los que empezaron a buscar alojamientos alternativos para los más afectados por el apagón. En todas las grandes ciudades adaptaron polideportivos, escuelas, centros de conferencias y demás salas cubiertas y espaciosas, y las equiparon con colchones, somieres plegables, mantas, instalaciones sanitarias, asistencia médica de primeros auxilios y alimentos básicos. Podía apuntar todo esto en su lista, en el apartado de «Alojamiento», y considerarlo como algo positivo.

En las zonas afectadas, la policía iba con un altavoz indicando a los ciudadanos la posibilidad de concentrarse en los edificios habilitados. Las familias con niños pequeños, los enfermos y los ancianos tenían prioridad a la hora de entrar. Pero a las autoridades les costaba lo suyo localizar a los miembros de estos dos últimos grupos: la mayoría de los que vivían solos no oían bien los altavoces, o estaban demasiado débiles para salir de sus edificios por sus propios medios, y mucho más después de dos días de frío, quizá sin alimentos ni bebida, y seguro que sin ascensor. Todos los que no tenían parientes ni vecinos que se ocuparan de ellos estaban condenados a esperar a que la policía, que iba de puerta en puerta, llegara hasta la suya y les indicara lo que tenían que hacer.

Al mismo tiempo, los servicios de protección civil instalaron generadores de emergencia y los repartieron estratégicamente por todo el país: residencias, centros médicos, explotaciones agrícolas... Aunque lo cierto es que tenían muy pocos, y ni siquiera llegaron a cubrir los destinos más importantes. En este sentido, «Sanidad» e «Infraestructuras» tendrían un punto negativo en su lista: ya se habían distribuido todas las reservas de combustible del país y muchos hospitales estaban a punto de suspender sus actividades porque necesitaban el carburante para los sistemas de calefacción.

Con más de veinticinco millones de toneladas de reservas estratégicas de petróleo, el gobierno alemán almacenaba lo suficiente como para abastecer las necesidades del país durante diecinueve días. Mientras el crudo se acumulaba principalmente en las minas salinas de la Baja Sajonia, el producto ya

elaborado esperaba sobre el territorio repartido en tanques flotantes. Ello ofrecía una gran ventaja: los camiones cisterna podían utilizar la fuerza de la gravedad para cargarse, en lugar de tener que depender de bombas dispensadoras. Así pues, en los días siguientes el problema no iba a ser tanto la cantidad de carburante del que dispondrían como el modo de llevarlo hasta su destino.

En el apartado «Internacional» tampoco tenía buenas noticias. El resto de Europa estaba igual que ellos... o peor. Los escandinavos, por ejemplo, debían de estar sufriendo una barbaridad: mientras en Alemania las temperaturas rondaban los cero grados centígrados, en el norte se había instalado una profunda depresión atmosférica que hacía que Estocolmo, por ejemplo, estuviera a dieciocho grados bajo cero. La temperatura sólo alcanzaba valores positivos al sur de los Alpes. Y en la central nuclear de Saint Laurent los sistemas de refrigeración de emergencia habían fallado total o parcialmente aún no se sabía con seguridad. La situación era tan dramática, que, en Viena, el Organismo Internacional de Energía Atómica pasó a considerarla de nivel 2 en la escala INES, aunque no se informe sobre ello a la población. El nivel 2 implicaba que la central ya había tenido que dejar escapar algo de vapor radioactivo para poder liberar la presión del reactor. Michelsen sacudió la cabeza para apartar de sí el pensamiento de que, de seguir así, en unos días se multiplicarían las centrales que se verían obligadas a hacer lo propio en toda Europa. Un escenario espeluznante.

Las empresas explotadoras alemanas habían asegurado que sus instalaciones estaban cubiertas para, al menos, tres días más. Unas setenta y dos horas que deberían aprovechar para encontrar un modo de reponer o conseguir más carburante. En caso de necesidad deberían ponerse en manos del Estado Federal, pues Michelsen desconocía cuán fiables eran aquellos datos. Sea como fuere, la relación con las autoridades locales continuaba siendo imperfecta.

Tampoco le satisfacían los apartados «Transporte» y «Comunicación». En las vías férreas seguían intentando llevar a cabo el rescate de los trenes y tranvías que se habían parado por la falta de corriente, pero en la mayoría de los casos era imposible porque los propios trenes bloqueaban las vías y los equipos de rescate no tenían acceso a los siniestros. Los comandos de los enclaves ferroviarios y los cambios de agujas sólo podían accionarse manualmente y los trenes de pasajeros se habían anulado hasta recuperar, al menos, una cierta normalidad. Los retrasos y las paradas se sucedían incluso en las afortunadas zonas en las que aún quedaba algo de electricidad. Además, a Michelsen le molestaba especialmente el hecho de que la población aún no hubiese sido informada del ataque a los contadores, y, como consecuencia de ello, a todo el sistema eléctrico. Hasta ahora habían podido mantener el secreto, pero tarde o temprano todo saldría a la luz y explotaría como una bomba de relojería.

El único apartado que ofrecía un pequeño rayo de esperanza era el del

«Orden público». Pese a lo terrible de la situación, ella no tenía constancia de ningún incidente grave. Ni grandes saqueos ni una repentina y excesiva criminalidad... Aunque quizá se debiera al hecho de que la información no les llegara a tiempo... Y es que en el apartado «Información» no le quedó más remedio que apuntar que en el cuarenta por ciento del país, aproximadamente, las autoridades y los servicios de emergencia no podían comunicarse con el gabinete de crisis federal, o sólo de un modo parcial e insuficiente.

También funcionaban relativamente bien las transacciones de dinero, quizá también porque casi todas las tiendas y negocios estaban cerrados. Michelsen temía que empezara a emerger un mercado negro que inevitablemente minaría la confianza en los organismos oficiales...

-¡Mierda! -oyó maldecir a su lado a Torhüsen, del Ministerio de Sanidad.

Lo vio incorporarse y mirar al entramado de pantallas que ocupaba toda una pared y emitía los programas de televisión que aún funcionaban. Entonces se dio cuenta de que el resto de trabajadores de la sala también había interrumpido lo que estaba haciendo para mirar las pantallas. Se hizo el silencio, y alguien subió el volumen de uno de los programas.

-La CNN -dijo Torhüsen.

En pantalla, una joven de pelo castaño se dirigía a la cámara; la sobreimpresión en pantalla indicaba que se llamaba Lauren Shannon, y que hablaba desde La Haya, y en el banner que acompañaba la escena no dejaba de repetirse la misma frase:

El apagón en toda Europa podría ser el resultado de un ataque terrorista. Italia y Suecia admiten haber sufrido una manipulación en sus contadores de energía.

Michelsen notó que algo le atenazaba el pecho. Ahora todo el mundo sabría los motivos de aquel horror, pero no por las autoridades o el propio canciller, sino por una cadena de televisión. Acababan de perder una parte importantísima de la confianza ciudadana, y ahora sólo les quedaba esperar que el precio a pagar no fuera excesivamente elevado.

-Bueno, pensemos que a la mayoría de la gente no le funciona la tele o tiene demasiadas preocupaciones como para sentarse a mirarla -susurró Torhüsen, intentando disimular su alteración.

-No te engañes -le respondió Michelsen, sin apartar la vista de la pantalla-, antes de medianoche todo el mundo se habrá enterado de la noticia...

Ahora sólo faltaba que se diera a conocer la noticia sobre la central nuclear averiada en Francia, pensó.

Düsseldorf

El empleado condujo a Wickley hasta Sigmund von Balsdorff, cuya casa seguía estando acondicionada e iluminada.

-Mi querido amigo -le dijo éste, recibiéndolo con los brazos abiertos-. Qué sorpresa.

-He oído las noticias de la CNN -dijo Wickley.

-Todos lo hemos hecho, sí -le respondió Balsdorff, compungido.

-¿Desde cuándo lo sabías?

-Desde ayer. Y por la tarde hubo una reunión del gobierno con el gabinete de crisis, a la que algunos fuimos invitados a asistir vía satélite.

-¿Y cuáles son las perspectivas?

Von Balsdorff tenía la mirada perdida, fija en un punto de la pared.

-Nadie lo sabe.

-¿Pero tú sospechabas algo o también te pilló por sorpresa?

-Yo estaba aquí, con todos vosotros, cuando me enteré. Todas mis explotaciones, las redes que nos pertenecen y con las que trabajamos... Todo se ha visto afectado. Hasta las centrales nucleares.

-¿Aquellos dos hombres con maletas que aparecieron discretamente después de la visita al sótano?

-Traían el teléfono vía satélite. Para la comunicación con la central y con Berlín.

-En las noticias han hablado de Italia, Suecia y un número desconocido de explotadores. ¿Tú sabes algo más? ¿Algo concreto?

-Sé a grandes rasgos quién se ha visto afectado, pero no tengo ni idea de los motivos. Los expertos están en ello ahora mismo. Y también sé que las centrales nucleares tienen grandes problemas...

Wickley sintió un nudo en el estómago.

-Con nosotros no se han puesto en contacto.

-Algunas tienen dificultades para volver a ponerse en marcha.

-Nuestros técnicos están listos y dispuestos. Lo tenemos todo previsto. Pero dime, ¿se sabe quién anda detrás de todo esto?

-No. Es un misterio. -Reconoció el escepticismo en la mirada de Wickley y se encogió de hombros-. Parece que nadie lo sabe.

-¿Y cuándo está previsto que se solucione todo?

-No está previsto.

-¡Tendría que rescindirle el contrato inmediatamente! -gritó Bollard.

Shannon seguía la discusión desde el sofá de la habitación de Manzano.

-No he dicho ni una palabra de mi misión en La Haya -respondió Manzano-, y he sido fiel a lo que firmé. Fue su propio gabinete de prensa el que confirmó las sospechas de Shannon.

-¡Después de que usted le hablara de lo del ataque a los contadores italianos y suecos!

-Pero eso lo descubrí antes de colaborar con ustedes. Y si los periodistas hubiesen trabajado más a conciencia, lo habrían descubierto por sí mismos. La primera noche, ¡la primera!, ya leí algún comentario al respecto en un foro técnico de Internet; varios informáticos estaban hablando del tema en un canal abierto, pero por algún motivo nadie le concedió la importancia suficiente como para convertirlo en un poderoso rumor o hacer que trascendiera, por ejemplo, a la televisión. Luego vinieron las negaciones y el secretismo de las autoridades, y eso ha sido lo que más ha confundido a la población.

-Bueno, lo del secretismo ya se acabó. Gracias a su nueva amiga -dijo, señalando a Shannon-, todos los gobiernos y algunas compañías eléctricas han tenido que manifestarse y comunicar la verdad.

En la pantalla del televisor iban apareciendo las caras de todos aquellos reporteros que se habían hecho eco de la historia de Shannon. A aquellas alturas, casi todos los canales que aún funcionaban habían montado algún tipo de programación especial para cubrir la noticia. Manzano se preguntó quién podía mirar aún la tele. Por suerte, eran ya muy pocos.

Antes de dar la noticia, Shannon había pedido a sus colegas que informaran también del hecho de que hasta el momento no se habían producido grandes disturbios ni caos social.

-Todos esperan imágenes de tragedias, guerras y enfrentamientos callejeros -había dicho-, pero lo interesante, aquí, además de novedoso y sorprendente, es ofrecer información sobre la compasión y la buena convivencia... Además, será más positivo para todos y nos ayudará a sobrellevar mejor todo este drama.

Sus palabras, no obstante, parecían haber caído en saco roto, y la mayoría de los reportajes mostraban hipotéticos escenarios basados en imágenes de catástrofes pretéritas o en películas de ciencia ficción, y estaban enfocados principalmente a destacar los aspectos negativos de la realidad: disturbios, provocaciones, escaramuzas, cadáveres de animales y cuerpos humanos sin vida.

Bollard suspiró.

-¿Y qué hago ahora con usted?

-Déjeme seguir trabajando. O mándeme de vuelta a casa.

Bollard apretó las mandíbulas.

-Bueno, al menos se ha acabado el secretismo -dijo, a modo de despedida, mientras salía de la habitación.

-Entonces, algo hemos conseguido -aseguró Manzano, ya con la puerta cerrada. Y luego, sin poder evitar pensar en su amigo Bondoni y en las tres chicas de las cabañas de Ischgl, añadió-: Estoy cansado.

-Yo también -dijo Shannon.

-Ve tú primera al baño, si quieres.

Mientras ella se duchaba, Manzano estuvo mirando la tele, pensativo. La americana apareció en el salón con pantalones cortos y camiseta. Él le preguntó:

-¿No tendrías que estar ahí fuera recabando material para nuevas emisiones?

-Yo ya he hecho lo que debía -respondió-. El resto lo harán otros. Por lo que parece, todos tendremos mucha información para publicar en los próximos días... suponiendo que aún quede gente que pueda ver la televisión. -Se quedó callada unos segundos y luego añadió-: Gracias. Gracias por dejarme dormir aquí, y por contármelo todo hoy.

-No hay de qué.

Seguía sorprendiéndole que la chica se atreviera a pasar la noche con él en su habitación, sin conocerlo de nada. Casi podría ser mi hija, pensó. Y es muy guapa.

Fue al lavabo. Estaba agotado. Se preguntó cuánto tiempo más duraría el generador de emergencia del hotel, y cuántas duchas más podría darse con agua caliente.

Cuando volvió a la habitación, Shannon ya estaba en su lado de la cama, bajo la manta, y respiraba profunda y regularmente. Manzano apagó la tele, se metió en la cama y se quedó dormido casi de inmediato.

Día 4. Martes

La Haya

Shannon despertó de su pesadilla empapada en sudor. Tardó un rato en recordar dónde estaba. Se incorporó en la cama, respirando con dificultad. Estaba en un hotel en La Haya. Las paredes se teñían de azul y naranja, como en una discoteca. A su lado, alguien se removía inquieto en la cama. El italiano, claro. Shannon se preguntó cómo podía haberse metido tan tranquilamente en la cama de un desconocido... sin tener nada con él, al menos. Le observó la nuca y los hombros a la extraña luz de la habitación. Ni siquiera había intentado tocarla. Quizá no le interesaban las mujeres. O no le interesaba ella en particular. Tampoco tenía claro si él le gustaba o no. Era mucho mayor que ella... Shannon sacudió la cabeza para ahuyentar el recuerdo de su pesadilla y se preguntó de dónde vendría aquella luz tan extraña. Se levantó, fue hasta la ventana y corrió las cortinas.

Un poco más abajo, en la misma calle del hotel, había una casa ardiendo. Las llamas salían por las ventanas y se elevaban hasta el tejado. El cielo nocturno había quedado cubierto por una espesa humareda. Varios camiones de bomberos bloqueaban el acceso a la calle y dos escaleras enormes servían para lanzar agua a aquel infierno. Los bomberos trabajaban a toda velocidad, evacuando a los vecinos de los edificios colindantes. Gente en pijama, cubierta con mantas. Shannon cogió su cámara y empezó a grabar.

-Parece que alguien más ha querido hacer una hoguera en el comedor de su casa... -oyó decir a sus espaldas. Manzano se había levantado sin que ella se diera cuenta.

-Es fácil ver lo absurdo de ese gesto desde el calorcito de esta habitación -respondió ella-. Hoy empieza el cuarto día sin luz ni calefacción, y la gente empieza a estar desesperada.

Continuó grabando y enfocó de más cerca con el zoom. En una de las ventanas del piso de arriba, tras el humo, le pareció ver a alguien moviéndose.

-¡Dios mío!

Una figura apareció moviendo los brazos y aferrándose al marco de la ventana. Se subió al alféizar y se quedó con medio cuerpo fuera del edificio. Era una mujer con el pelo revuelto y el pijama cubierto de hollín. Detrás de ella, en la negrura de la ventana, apareció otra figura.

-Allí hay alguien -tartamudeó, sin apartar la cámara-. Perece un niño...

-Me cago en la... -empezó a decir Manzano, pero se reprimió.

Shannon mantuvo la cámara ahí quieta, enfocando la ventana, pero dirigió su mirada hacia la calle. Abajo reinaba el caos. Alargaron una de las escaleras y la dirigieron hacia la ventana. El humo salía ya por el tejado del edificio, y mientras tanto los bomberos desdoblaron la lona protectora bajo la ventana en la que había aparecido la mujer con el niño.

Entretanto, ésta había cogido al pequeño en brazos y se había sentado en el

alféizar de la ventana, tan alejada del humo como le era posible.

-Con la escalera no podrán llegar -maldijo Manzano.

Por la ventana empezaron a salir llamas. La mujer apartó una de las manos para no quemarse, el niño hizo un movimiento inesperado y ambos perdieron el equilibrio.

Nanteuil

Annette Doreuil abrió los párpados y miró en la oscuridad. Su habitación olía diferente. Entonces recordó que no estaba en su habitación, sino en una de las habitaciones tipo *bedandbreakfast* que los Bollard habían montado en el interior de su finca. En invierno no tenían clientes; nadie más que ellos, los padres de su nuera.

Al principio pensó que no podía conciliar el sueño porque aquel no era su ambiente, pero en seguida desechó la idea: no era la primera vez que pasaba la noche en Nanteuil, y siempre había dormido tan a pierna suelta como en París. Es cierto que su marido y ella tardaron varios años en visitar a los padres de François, el estudiante de derecho que su hija había conocido hacía ya más de veinte años. Durante mucho tiempo, Annette Doreuil se negó a admitir sus prejuicios con respecto al novio de su hija, pero lo cierto es que no podía soportar que fuera hijo de granjeros. El chico tenía muy buenas maneras y una educación exquisita, no obstante, así que tras cinco años de relación acabaron conociendo a sus padres, que habían viajado a París para visitarlo. Y dos años después, con motivo de la boda, fueron ellos quienes viajaron a Nanteuil.

La granja de los Bollard resultó ser una imponente hacienda de varios siglos de antigüedad, y sus dueños, unas personas cultas e interesantes. Annette Doreuil enterró definitivamente sus prejuicios y desde aquel momento su marido y ella se acostumbraron a pasar al menos una semana al año (cuando no dos) en la maravillosa zona del Loira.

Aun así, aquella no era su casa, y la intolerable situación que había seguido al apagón, sumada a las misteriosas indicaciones de su yerno y la rápida huida de París habían provocado que aquella noche no lograra pegar ojo. Y también estaba lo de la noticia de ayer, claro. Bollard la había oído en la radio de su coche, el único aparato electrónico de la casa -o mejor dicho, del garaje- que aún funcionaba, y al que se acercaba cada dos horas aproximadamente, para ver si había alguna novedad. Poco antes de irse a dormir, el hombre se había acercado corriendo a su habitación y les había explicado las novedades.

A partir de aquel momento fue imposible conciliar el sueño, lógicamente. Bollard intentó localizar a su hijo mediante el antiguo teléfono de la granja, pero fue en vano. Los dos matrimonios pasaron varias horas debatiendo sobre las posibles consecuencias de aquella noticia, hasta que el cansancio acabó imponiéndose en todos ellos y decidieron retirarse a descansar. Y mientras su marido se quedaba plácidamente dormido, Annette Doreuil empezó a dar vueltas en la cama, envidiándolo por esa capacidad de descanso y por esos ronquidos suaves y relajados a los que ya se había acostumbrado y habían dejado de molestarla.

Pero entonces oyó otro sonido. Parecía una voz en la distancia. Aguzó el oído. El monótono canto de aquella voz, del que no podía entender ni una

palabra, parecía estar acercándose. Entonces dejó de oírse unos segundos, y poco después volvió a romper el silencio, cada vez más cerca, aunque igual de indescifrable. ¿Qué hora sería? Palpó la mesita de noche hasta dar con su reloj de pulsera y se lo acercó a los ojos. Si la lucecita fluorescente de las agujas no la engañaba, eran poco más de las cuatro de la mañana.

En aquel momento entendió una palabra.

-Casas.

Más parloteo incomprensible. ¿A qué vendría todo aquello? ¿Qué sentido tenía que un coche con altavoces recorriera la zona para informar de algo a los ciudadanos, como si de un circo o una campaña política se tratara?

Aún entendió un par de palabras más, pero no logró darles ningún sentido. Se incorporó del todo y zarandeó a su marido.

-Bertrand, despierta, ¿oyes eso?

El hombre, tan abruptamente arrancado de su sueño, farfulló:

-¿Qué hay? ¿Qué pasa?

-¡Escucha! ¡Alguien está informándonos de algo con un altavoz en plena noche!

La cama crujió y ella imaginó a su marido incorporándose.

-Pero ¿qué dice? ¿Qué hora es?

-¡Shhh! Son casi las cuatro. ¿Entiendes lo que dice?

Su marido gruñó un poco y se frotó la cara.

Ambos se quedaron un rato en silencio, escuchando.

-No entiendo ni una palabra -dijo Bertrand Doreuil, al fin.

Annette lo oyó levantarse y luego reconoció el sonido de sus pasos dirigiéndose a la ventana, y la madera del marco crujiendo suavemente al abrirse.

-... y esperen a nuevo aviso... -estaba diciendo la voz. Luego hizo una pausa y continuó, mientras se alejaba-: Permanezcan en sus casas y mantengan las puertas y ventanas cerradas. -La voz seguía siendo bastante ininteligible, pero Annette consiguió descifrar lo que decía:- No estamos en peligro ni hay motivos para sentirnos intranquilos. Enciendan una radio y estén atentos a las novedades.

Su marido la miró.

-¿Acaban de decir...?

-Que cerremos la ventana.

-Pero ¿por qué?

-¡Ciérrala!

Bertrand hizo lo que le decía, y volvió a la cama.

-¿A qué venía todo esto?

Annette Doreuil se levantó y se puso la bata.

-Voy a preguntárselo a los Bollard.

Cogió la lamparita que siempre tenía en la mesita de noche y la encendió. Su marido la siguió por el pasillo, donde no tardaron en tropezar con el señor Bollard.

-¿Tú también lo has oído? -preguntó Annette.
-Que nos quedemos en casa y cerremos puertas y ventanas.
-Sí, pero... ¿por qué?
-Ni idea -dijo Bollard.

La Haya

Shannon se despertó con los párpados hinchados. La otra mitad de la cama estaba vacía. En el baño no se oía ruido. Se frotó la cara como si quisiera borrar la huella del cansancio y se acercó a la ventana. La casa del final de la calle era una ruina humeante. Cogió la cámara y revisó las imágenes que había grabado hacía apenas unas horas. Una pesadilla. La mujer y el niño sobre la lona que los bomberos no habían tenido tiempo de tensar. Los hombres uniformados arrodillados ante los cuerpos inertes...

Shannon apagó el aparato. Se preguntó si debía borrar aquella grabación.

Pasó mucho tiempo bajo la ducha. Después cogió su cámara y bajó a desayunar. En el restaurante no había demasiada gente, y aunque ella no tenía ningún apetito se obligó a comer un pan de miel y un café.

El Porsche la esperaba en el garaje del hotel. Subió al coche y, con mucho cuidado, se sumó a la circulación. Qué decadente, pensó. Habría preferido mil veces un coche pequeño y discreto. Desconocía cómo era el tráfico matinal de La Haya, pero seguro que aquel día iba a ser diferente, así que tampoco le habría servido de nada. Por el momento no era demasiado denso. La imagen de los dos cuerpos inertes no le había dejado pegar ojo, y ahora tampoco la dejaba en paz. Al menos nadie la achuchaba para ir más rápido y podía conducir despacio, observándolo todo con atención. En la calle, muchos peatones y ciclistas. En el asiento del copiloto, su cámara, una de sustitución y varias baterías de repuesto.

La mayoría de la gente parecía tener prisa. En el siguiente cruce entendió por qué. En la calle de la derecha pudo ver una cola enorme ante lo que, al acercarse algo más, pudo reconocer como un supermercado. Algunos afortunados estaban saliendo ya del edificio cargados con un montón de bolsas que custodiaban como si de un tesoro se tratara, obviamente temerosos de que alguno de los que hacía cola decidiera cambiar la espera por un hurto en toda regla.

Shannon se detuvo, bajó del coche y filmó. No intentó entrevistar a nadie. Estaban todos demasiado ocupados en llegar al supermercado o proteger sus compras. Shannon enfocó los rostros nerviosos, los labios tensos, las manos que empujaban a los de delante o se zafaban de los de detrás. Filmó a aquellos que tropezaban, a los ancianos o los más débiles, que acababan siendo apartados de la cola. Se detuvo en los carritos de la compra que lograban salir del súper y cuyos dueños tenían que inclinarse sobre ellos para impedir que los demás les arrebatasen alguna bolsa.

Ketchup, mostaza... sin apartar la vista de su pequeña pantalla, Shannon se preguntó por qué compraría la gente aquellas cosas, y concluyó que quizá no pudieran escoger lo que cogían, sino que se hacían con lo primero que les caía en las manos.

¿Pero qué les movía a hacerlo? ¿La codicia? ¿El miedo? ¿La irreflexión?

¿Habrían hecho lo mismo de no haber dado ella la noticia del atentado?

Subió al Porsche. Con el ronquido del motor se alejó de aquella terrible algarabía.

-Repasémoslo todo -dijo Bollard, de pie ante la enorme pantalla de la pared de su improvisada central de datos-. Empecemos con Italia, venga. Allí han estado comprobando la identidad de todos los inquilinos que durante los últimos años han pasado por los tres pisos en los que se manipularon los códigos de los contadores... -señaló una serie de imágenes de pisos y personas- con especial hincapié, por supuesto, en los ocupantes de los últimos meses. Ninguno de ellos les ha llamado especialmente la atención y ninguno tiene antecedentes, más allá de alguna que otra pequeña trampa fiscal que en Italia no se considera delito. Y de los supuestos trabajadores de la compañía eléctrica seguimos sin tener la menor pista.

Bollard mostró en pantalla la imagen de uno de esos modernos contadores italianos.

-Sea como fuere, ahora sabemos algo más de lo que sucedió en Italia: los técnicos de la empresa de electricidad italiana Enel han estado comprobando los protocolos de acceso directo del Firewall y han descubierto que hace ya casi dieciocho meses que se registran sospechosos intentos de acceder a los sistemas internos y a los bancos de datos de su empresa. Las direcciones IP de los piratas informáticos proceden de Ucrania, Malta y Sudáfrica, y parece que éste ha sido el modo de acceder a los datos de los contadores. Por otra parte, los routers se configuraron de tal modo que el código de error pudo extenderse a toda la red y provocar que el ataque afectara al mismo tiempo a muchos lugares distintos.

-Hay algo que no entiendo -dijo una compañera-. ¿Cómo consiguieron la información necesaria para acceder a la red interna de la compañía, descodificar los contadores y recodificarlos según su interés?

-Bueno, es evidente que se trataba de profesionales. Desde hace años, decenas de desconocidos se están introduciendo en las infraestructuras críticas de las redes. Algunos creen que son hackers; otros, que trabajan para el gobierno chino, ruso, iraní, o norcoreano. Para acceder a las redes informáticas internas de una empresa de electricidad hay varias opciones. Desde páginas web especialmente desarrolladas para colgar un gusano o un troyano a quienes las visiten, hasta un simple y aparentemente inocente pen drive, dejado sobre una mesa a la espera de que un trabajador lo coja y lo inserte en algún ordenador, pasando por refinados e-mail. El punto débil es siempre el factor humano, y de ahí que muchas empresas lleven años prohibiendo el uso de ese tipo de transportadores de datos o limitando la navegación por Internet a determinadas páginas web. Lamentablemente, la gente es como es y no siempre cumple con lo que se le ordena. Además, el hardware de estos sistemas tan delicados -al tiempo que sofisticados- debería

estar aislados. El problema es que eso resulta casi imposible, y en la mayoría de los casos estos sistemas tienen que apoyarse irremediablemente en otros. Y aquí es donde los piratas informáticos logran acceder a sus datos internos. Y en el caso de los contadores el asunto es aún más fácil, porque se encuentran en cualquier casa y hasta se pueden comprar en eBay de segunda mano. Uno no tiene más que desmontarlo para obtener información.

»Además, en Internet cualquiera puede encontrar toneladas de escritos, manuales, historias, anécdotas y referencias sobre cualquier aparato del mundo, la mayoría de ellos publicados por las propias empresas creadoras. Con un poquito de paciencia y algo de curiosidad, debió de resultar muy fácil concluir cuán adecuados eran los contadores para introducir y vehicular un ataque de este tipo, ente otras cosas por su capacidad de propagación.

-Pero un aparato de este tipo no puede estar sujeto a semejante inseguridad. Estoy convencida de que sus usuarios tienen que pasar algún tipo de filtro, como una autentificación...

-Así es, efectivamente, pero parece que los piratas informáticos lograron infiltrarse en las redes internas y en los bancos de datos de Enel. O quizá encontraron lo que buscaban en Internet. Ya conocen el dicho: que en Internet se encuentra de todo... si se sabe dónde buscar. Y una vez conseguida la autentificación, el resto es coser y cantar. De ahí que pensemos que los filtros para proteger los datos de autentificación en Italia eran de muy poca calidad. Los atacantes se limitaron a imitar las fuentes de datos, pero introduciendo el código de error correspondiente.

-¿Y éste es el sistema con el que esperaban proteger a Europa durante los próximos años?

-Ya ve usted -se limitó a responder Bollard, y dicho aquello señaló otra fila de pantallas-. Y llegaríamos entonces a los suecos. En principio, los atacantes habrían seguido el mismo procedimiento: habrían tomado tres pisos distintos y los habrían convertido en focos de infección, pese a que, tras exhaustivas investigaciones, sus respectivos dueños habrían acabado considerándose inocentes de cualquier delito o conspiración. Así pues, lo más probable es que los códigos fueran manipulados por determinados individuos que se habrían hecho pasar por técnicos de la compañía y de los que no tenemos más que alguna vaga descripción.

Se movió hasta colocarse frente al plano de Europa, en el centro de la pared.

-Pero últimamente tenemos más problemas que el de los ataques a los sistemas informáticos: nos enfrentamos a algo más grande, que incluye inesperados incendios junto a las subestaciones eléctricas y torres de electricidad misteriosamente caídas. Y aún no hemos podido encontrar ningún patrón sistemático en ellos. De ahí que nos resulte tan difícil descubrir a los saboteadores.

Bollard concluyó su discurso, dio las gracias por la atención prestada y regresó a toda prisa a su despacho. Una vez allá comprobó en su ordenador si había noticias de Saint Laurent. Desde aquella mañana, el Organismo

Internacional de Energía Atómica había subido al nivel tres de la escala INES el incidente en la central nuclear. A los ciudadanos que vivían a menos de veinte kilómetros de distancia de la central se les había instado a confinarse en sus casas. Por enésima vez marcó el número de sus padres, pero la línea seguía sin funcionar.

Shannon se vio obligada a pasarse a uno de los carriles que iban en contradirección para no atropellar a la multitud que se agolpaba ante el edificio. Al principio pensó que se trataría de otro supermercado, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de una filial bancaria. Dos minutos después había bajado del coche y se movía entre la gente.

-Yo tengo setenta euros en la cartera -dijo un hombre de cara redonda a la cámara-. En circunstancias normales me duraría bastante, pero es que ahora tenemos que pagarlo todo en efectivo, y como no sabemos cuánto tiempo durará esto... Quería sacar todo el dinero que pudiera. ¿Y va y me encuentro con esto? -El hombre señaló a sus espaldas-. Si hoy ya no tienen dinero... ¡que alguien me explique cómo vamos a salir de este embrollo! Por si acaso, mañana estaré aquí a primera hora.

-¿Está diciendo que el banco se ha quedado sin dinero? -le preguntó Shannon-. ¿Lo he entendido bien?

-Dicen que es sólo por hoy, porque mucha gente ha pensado en lo mismo y se ha acercado a retirar grandes cantidades. Pero nos han asegurado que mañana volverán a tener dinero. En fin, sea como sea, hoy muchos hemos hecho el primo en esta cola tan larga, y todo para nada.

Shannon filmó a algunos hombres y mujeres que se agolpaban indignados ante las puertas del banco, aunque la mayoría ya había desistido y empezaba a retirarse. Con el zoom se acercó al cartel que había colgado en la puerta.

Gesloten vanwege een technische storing. Vanaf morgen kunt u weer geld opnemen. We vragen uw begrip voor het feit dat het maximale bedrag dat u per persoon kunt opnenmen EUR 250 is.

Closed due to technical disruption. You can get money as of tomorrow. We ask you kindly for your understanding that the máximum amount for withdrawal will be 250 € per person.

De modo que el banco había tenido que cerrar por cuestiones técnicas; no daría más dinero hasta el día siguiente, y, en cualquier caso, nunca más de doscientos cincuenta euros por persona. En el interior del banco pudo ver a los empleados, conversando en grupos acaloradamente. Dio varios golpes en el cristal hasta que uno de ellos se dio la vuelta y le dijo que no con la cabeza. Cuando ella le enseñó la cámara, el tipo le dio la espalda, sin más.

París

-Necesito resultados -dijo Blanchard, agotado-. El presidente, el ministro del Interior y toda la maldita plana mayor quieren nuestras cabezas en una bandeja de plata. Lo único que nos salva es que nadie les ofrece ninguna alternativa.

No sin incomodidad, recordó que hacía apenas unos días había sido él mismo quien los había amenazado a todos con hacer rodar cabezas... Y ahora era la suya la primera que estaba en juego. Desde hacía dos días todo el departamento de informática y dos decenas de forenses y expertos externos trabajaban las veinticuatro horas del día para buscar alguna solución a aquel horror. Y hacía unos minutos, Proctet lo había llamado por teléfono.

-Tenemos resultados -dijo el joven-, pero no son satisfactorios.

Blanchard cerró los ojos un segundo. Vio caer la cuchilla de la guillotina sobre su cabeza. Ya no había nada que hacer.

-Hemos localizado partes del software que lo infectó todo. Llevaba más de dieciocho meses instalado en el sistema. Ya no nos cabe ninguna duda de que el ataque ha sido premeditado y cuidadosamente estudiado. Ya no podemos fiarnos de ninguno de nuestros sistemas de seguridad, pues lo más probable es que todos estén contaminados.

-Bueno, pues volvamos al sistema antiguo.

-¿Al sistema antiguo, dice? -Proctet movió la cabeza en señal de negación-. Imposible. Un año y medio en la era digital es como un siglo y medio en la vida real. Un sistema de seguridad de más de dieciocho meses está irremediablemente anticuado.

-¿Y entonces?

-Tenemos que limpiar todos los ordenadores.

-¡Pero si hay centenares!

-Para empezar, bastará con limpiar varias decenas... -dijo Proctet- y esperar que sirva de algo y la cosa quede ahí...

Blanchard tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la compostura y mirar al joven con los ojos demasiado abiertos.

-¿Cómo que la cosa quede ahí? ¿A qué se refiere? -preguntó, casi sin aliento.

-Los pocos servidores que aún funcionan -respondió Proctet- están intentando acceder a los ordenadores, en los que no se les ha perdido nada.

-¿Está sugiriendo...?

-¿... que los servidores también están infectados? Eso sugiero, sí.

-Pero esto es un desastre -murmuró Blanchard, bajando la voz para no gritar-. ¿Cuánto cree que tardarán en arreglar este desaguisado?

-Una semana -dijo Proctet, también en voz baja, aunque no hubo una sola persona en la sala que no oyera su respuesta-. Como mínimo.

-¡Imposible! -gritó Blanchard, incapaz de contenerse por más tiempo-. ¿No ha visto las noticias esta mañana? ¡La amenaza de una catástrofe nuclear se cierne sobre el centro de Francia! La central de Saint Laurent necesita la electricidad para poner en funcionamiento su sistema de refrigeración. ¡No quiero ni pensar en lo que pasaría si no recupera pronto la corriente!

La Haya

Aturdido, Bollard echó un vistazo a las novedades:

+ Los operadores advierten de un escape controlado de radioactividad +

(05:26 h) La Électricité de France, responsable de la central nuclear averiada de Saint Laurent, confirma que el exceso de presión en los reactores ha provocado el escape de una minúscula cantidad de vapor radioactivo en la zona. Los valores de radioactividad, efectivamente, se han visto incrementados levemente. Según nos informan, el exceso «corresponde al peso medio de un auxiliar de vuelo durante un vuelo transatlántico».

+ Las autoridades de seguridad nuclear: «Sin daños en la cubierta de los reactores» +

(06:01 h) Las autoridades francesas de seguridad atómica han explicado que los contenedores de los reactores del bloque 1 de Saint Laurent no se han visto afectados, y que el sistema de refrigeración del bloque 2 trabaja sin el menor problema.

+ El bloque 2 apoyará al bloque 1 +

(09:33 h) Según ha informado el operador de la central nuclear, uno de los tres sistemas de refrigeración del bloque del reactor intacto, el número dos, deberá adaptarse lo antes posible al bloque 1. Los expertos, no obstante, consideran que esta solución es tan poco probable como peligrosa.

+ Gobierno: «Otras centrales nucleares seguras» +

(10:47 h) El gobierno francés explica que desde el principio del apagón se han producido incidentes en otras tres centrales nucleares -Tricastin, al sur del país; Le Blayais, cerca de Burdeos, y Cattenom, en la frontera germano-

alemana-, e insiste en el hecho de que ninguna de ellas ha supuesto en ningún caso un peligro para la población.

+ El OIEA confirma incidentes en toda Europa pero invita a la calma +

(11:12 h) El Organismo Internacional de Energía Atómica, en Viena, confirma incidentes en catorce centrales atómicas de diez países diferentes, aunque no especifica cuántos de ellos están directamente relacionados con el apagón. Todos están ubicados en el nivel 1 del INES y no suponen ninguna amenaza para los habitantes o para el medio ambiente, ni a corto ni a largo plazo.

+ El Banco Central Europeo brinda un impulso económico de doscientos mil millones de euros +

(12:14 h) El Banco Central Europeo mueve una ingente suma de dinero para apoyar los mercados europeos. Tras las pérdidas de dos dígitos del lunes y las terribles turbulencias del martes, el Banco Central Europeo ha vuelto a inyectar 200 mil millones de euros para mantener, en la medida de lo posible, una cierta estabilidad. Después de unas horas de actividad comercial, numerosas empresas europeas han puesto a la venta sus acciones. Las más afectadas han sido las relacionadas con los suministros energéticos, el sector farmacéutico y el mundo del motor. Sin apartar la vista de la pantalla, Bollard volvió a marcar el número de teléfono de sus padres y se acercó el auricular al oído. Una vez más, sólo pudo oír ese terrible e inmisericorde silencio.

-¡Madre mía! -exclamó Shannon cuando Manzano entró en la habitación.

Estaba sentada en el borde de la cama y tenía las dos cámaras frente a sí: una sobre la manta y la otra, unida al ordenador por un cable, sobre el regazo. Pero no parecía interesada en su portátil, sino en lo que aparecía en la televisión.

-¡Mira esto! -exclamó-. ¡Lo que nos faltaba!

En la pantalla, una presentadora de las noticias de la CNN.

-... y las bolsas asiáticas se han visto muy afectadas por las novedades de la tarde de ayer. El índice Nikkei ha vuelto a caer un once por ciento, y el Topix, más generalista, hasta un trece.

-¿Y qué esperabas? -le preguntó él-. Estaba claro que los precios iban a caer después de que dieras a conocer al mundo la noticia de los contadores.

No es que Manzano tuviese demasiada idea de los mercados financieros, pero no tenía ninguna duda de que la noticia de Shannon iba a afectar los

mercados y a provocar nuevas caídas. Todo aquel que hubiese previsto el asunto iba a ganar mucho dinero...

-No, hombre, no me refiero a eso -dijo la joven-. Lee el banner.

En la cinta roja que cruzaba la parte inferior de la pantalla podía leerse: «Accidente en una central nuclear francesa. Fallo del sistema de refrigeración. Alerta por radioactividad. Programa especial en breve».

Manzano vio que Shannon empezaba a mordisquearse las uñas.

-... conectamos con nuestro corresponsal en Francia, James Turner. ¿James?

-¡Mierda, mierda, mierda! -gritó Shannon-. ¡Y yo no estoy allí!

-Por suerte.

El americano estaba frente a un campo, y a lo lejos podía intuirse -más que verse- una de las torres de la central nuclear.

-Me encuentro en el corazón de Francia, rodeado por los mundialmente conocidos castillos del Loira. Un paisaje idílico que desde esta mañana ha dejado de serlo para convertirse en el escenario de una pesadilla. Al romper el alba, los habitantes de la zona han recibido la orden de meterse en sus casas y cerrar puertas y ventanas. La versión oficial informa de un fallo en el sistema de refrigeración del reactor número 1 de la central de Saint Laurent, pero nadie sabe cuánto tiempo ha pasado desde que empezó el problema. Nosotros nos encontramos a unos cinco kilómetros de distancia, en la otra orilla del Loira, y desconocemos cuál es el estado actual de los reactores...

-Este imbécil lleva años ninguneándome, ¿y ahora sale en la tele con una noticia bomba?

-Recuerda que tú diste la primera noticia bomba ayer.

-No hay nada más obsoleto que una noticia de ayer.

-... podríamos estar hablando de terribles consecuencias para el medio ambiente...

-¿Cómo demonios logran establecer la conexión? -quiso saber Manzano.

-Con el coche satélite, seguramente. Debe encender el motor y conectar los aparatos a la batería para enviarlos directamente vía satélite. Indecentemente caro, sin duda, y más ahora que los satélites deben de haber cuadruplicado su precio.

-... según los informes de la agencia Reuters, los responsables de la central ya hace tiempo que están al corriente de la situación, y no se entiende que nadie haya sido informado hasta el momento.

-Tenían muchos problemas que solucionar -dijo Manzano-. Me juego lo que quieras a que será esto lo que arguyan.

-Aun así...

En el lugar de la torre, a espaldas del reportero, se oyó una explosión y se vio emerger una nube densa y amenazadora.

-¡Guau! ¿Qué ha sido eso? -Turner se dio la vuelta y vio la nube que se expandía en la distancia-. ¡Acaba de producirse una explosión! -gritó-. ¡En este mismo segundo! ¡Una explosión en la central nuclear!

-Yo de ti saldría corriendo de allí, amigo -murmuró Manzano.

-¡Una explosión! -repitió Turner una vez más.

-Por favor, ¿no se le ocurre nada más que decir? -soltó Shannon.

-¡Marchate! -decía Manzano, dirigiéndose al televisor.

Pero Turner volvió a dirigirse a la cámara. A su espalda, la nube seguía subiendo lentamente, amenazadoramente, aunque cada vez se volvía más transparente.

-¿Lo tienes? ¿Lo has grabado? ¡Joder! ¿Podemos volver a verlo? ¿Estudio?

Efectivamente, los compañeros de redacción habían empezado a pasar la escena de nuevo, esta vez a cámara lenta y con el zoom al máximo. Era impresionante. La torre desapareció de golpe y en su lugar apareció la nube.

-Mierda -murmuró Shannon.

-Qué, ¿todavía querrías estar allí? -le preguntó Manzano.

Detrás de Turner la nube empezó a disiparse y de pronto volvió a verse el contorno de la torre.

-¡Ahí está la torre! -gritó Turner-. Pero entonces... ¿qué es lo que ha explotado? -La pregunta era retórica, porque el cámara no podía contestarle-. Damas y caballeros, queridos espectadores...

A Manzano le ponía nervioso el parloteo de aquel hombre, aunque podía entender su nerviosismo. De hecho, él mismo se notaba los músculos tensos... Recordó los días que siguieron a la catástrofe de Fukushima en 2011, y la cantidad de horas que pasó navegando por Internet, como un adicto a las noticias, y por supuesto también los días 11, 12 y 13 de septiembre de 2001, en los que no se separó del ordenador ni de la tele ni un minuto, incapaz de reaccionar ante la cantidad y la intensidad de las imágenes que iban apareciendo sobre la tragedia.

-... intentaremos conectar con alguno de los responsables de todo esto y reestableceremos la conexión -dijo Turner.

El director devolvió la conexión al estudio central, en el que el rostro de la reportera reflejaba perfectamente el horror ante las imágenes que acababa de ver.

-*Well, good luck, James* -dijo, mientras movía nerviosamente los papeles que tenía delante-. Volveremos a estar con James Turner en cuanto nos traiga alguna novedad.

-Mierda... -repitió Shannon, en voz baja.

-Espero -dijo Manzano- que nuestro amigo francés, Bollard, no tenga amigos en esa zona.

Entre reunión y reunión, Bollard iba consultando las noticias, que cada vez eran peores.

+ Explosión en la central nuclear de Saint Laurent +

(13:09 h) Este mediodía se ha producido una explosión en la central nuclear del Loira francés. Se desconocen aún los motivos. Los expertos hablan de una explosión de agua en el edificio del reactor. No sabemos si se ha liberado material radiactivo o no.

+ Los operadores confirman heridos en la central de Saint Laurent +

(13:35 h) La Électricité de France ha mencionado a tres trabajadores que han resultado heridos tras la explosión, aunque se cree que no se han visto sometidos a radiación.

+ El reactor sigue intacto tras la explosión +

(14:10 h) Según los Organismos de Seguridad Nuclear, tras la explosión de la central francesa de Saint Laurent se ha constatado que tanto la cubierta como el interior del reactor continúan intactos. Lo más probable es que no se haya producido ninguna fuga de material radiactivo, pero, aun así, el gobierno insta a todos aquellos que vivan a menos de treinta kilómetros de distancia a que permanezcan encerrados en sus casas.

-¿Y entonces por qué tienen que estar encerrados? ¿Eh? ¿Por qué, si no ha habido ninguna fuga radiactiva? -gritó Bollard, dirigiéndose a la pantalla del ordenador.

Por enésima vez marcó el número de sus padres. Por enésima vez, en vano. Intentó contactar entonces con el Ministerio del Interior, con los servicios de seguridad atómica, con la policía... y aunque la mayoría no eran oficiales, no logró contactar con ninguno de ellos. O las líneas estaban saturadas, o definitivamente habían caído.

Centro de mando

+ Expertos en energía atómica de camino a Saint Laurent +

(14:18 h) El gobierno francés y el OIEA han enviado a un equipo de expertos a la central de Saint Laurent. Se espera que lleguen al atardecer y que ayuden a los trabajadores a controlar el reactor y hacer que todo vuelva a resultar seguro.

+ Operadores: «Riesgo mínimo de nuevos accidentes» +

(14:55 h) Un representante de la EDF afirma que no se esperan nuevos accidentes en la maltrecha central nuclear de Saint Laurent, pero no hace ninguna referencia a los daños registrados en su interior. Los expertos parecen coincidir en que lo sucedido fue una explosión de gas. Dos horas después del accidente se ha registrado un ligero aumento de la radiactividad en las cercanías de la central. Parece que no hay ningún riesgo para la población, pero no se retira la advertencia de que todos aquellos que vivan a menos de treinta kilómetros de la central sigan encerrados en sus casas.

Está bien. Tenían que admitirlo. No habían contado con eso. Saint Laurent confería a todo el asunto una nueva dimensión, y apelaba a su significado último. Europa no tenía que volverse inhabitable. Al contrario. Algunos dijeron que había llegado el momento de abortar la operación, antes de que todo fuera a peor. Él no estaba de acuerdo. Aunque Saint Laurent no fuera la única sorpresa... Era demasiado tarde para echarse atrás. Aunque anularan los códigos malignos y esperaran unos días a que los expertos recuperasen los sistemas... Era demasiado tarde para echarse atrás. Ya sabían que iba a haber víctimas, muchas víctimas, y todos habían estado de acuerdo en que ése era el precio a pagar. Todo cambio comporta sacrificios. Y cómo vais a hacerlo, preguntó a las voces más críticas. No podéis levantaros e iros. Eso implicaría renunciar a todos nuestros sueños y objetivos. Sueños por los que ya ha muerto gente. Mucha gente, incluso. Renunciar ahora implicaría volver a ser insignificantes. Volver a ceder a otros el comercio y su interpretación. Recuperar esa sociedad ávida de poder y esclava del dinero, del orden y la productividad, de la eficacia, el consumo, el entretenimiento y el Yo por encima de todo. Renunciar ahora significaría aceptar que lo que cuenta no son los hombres, sino el máximo rendimiento. Que los equipos, las personas, no

son más que un factor de coste de gestión. Y el medioambiente, una fuente. Y la eficacia, una obligación. Que el orden es el santuario, y el Yo, el dios más digno de admiración. No, no podemos abortar la operación.

Ratingen

-Esto es un desastre -afirmó Wickley-. Un desastre absoluto y total. Ya podemos irnos olvidando de la explotación energética, las modernas redes eléctricas, los contadores inteligentes y todo lo demás, porque en los próximos años va a ser imposible recuperarlos.

La sala de reuniones del primer piso estaba algo menos llena que el día anterior. Cada mañana faltaban más trabajadores, también entre los puestos directivos, y hasta la agencia de publicidad había enviado sólo a dos representantes en lugar de cuatro: Hensbeck y su asistenta. Todos con abrigos o plumones.

A Wickley le habría gustado citarlos a primerísima hora, pero algunos tenían citas fuera de la empresa y a Hensbeck ni siquiera había podido localizarlo. Tendrían que volver a los mensajeros a caballo o a las palomas mensajeras, pensó.

Lueck no había podido localizar unas piezas de repuesto para montar un nuevo generador o reponer el carburante, y, dado que los teléfonos no funcionaban, ni siquiera había podido ponerse en contacto con sus interlocutores. De modo que se metió en el coche y tomó la autopista hacia Düsseldorf, aunque sin saber muy bien a quién debía dirigirse ni si lo dejarían entrar en donde quería. Ya sólo la búsqueda de direcciones fue una complicación, porque todas estaban guardadas en servidores, teléfonos móviles o portátiles cuyas baterías hacía tiempo que se habían agotado. Y hacía años que no tenían un listín telefónico en la empresa. Aún no había vuelto de su misión.

-A estas alturas, la mayoría de los operadores de redes europeos ya han recibido ataques fatales a sus sistemas informáticos -dijo Wickley-, y extraoficialmente les diré que algunos de ellos me han reconocido que necesitarán varios días, o incluso semanas, para poder repararlos.

-Pero por muy trágica que sea la situación -dijo Hensbeck-, podemos aprovecharla para hacer una lectura positiva, ¿no? Ahora sabemos que nuestro sistema actual no era fiable y que era necesario un cambio de paradigma.

-Admiro su pensamiento positivo, señor Hensbeck, pero me temo que la cosa no es tan sencilla. En estos momentos tenemos claro dónde se originó la tragedia: en los sistemas informáticos. Precisamente en la parte del sistema de producción y transmisión energética que se suponía que en los próximos años iba a jugar un papel definitivo en la eliminación de los contadores clásicos y la posterior implantación de los inteligentes. ¡El centro neurálgico de nuestro negocio! ¡El núcleo de nuestros proyectos más revolucionarios y visionarios! ¿Entiende lo que le digo? Queríamos construir una red de comunicaciones en torno a la red energética para ahorrar corriente. ¡Habíamos logrado aquello por lo que bancos, empresas de tarjetas de crédito y aseguradoras llevaban

años luchando! Sólo que las consecuencias han sido mucho peores de lo que esperábamos, según puede verse ahí fuera. Hace un tiempo, desde Holanda impusieron un periodo de reflexión antes de introducir los contadores inteligentes. Se dijo que era por cuestiones de seguridad. Ahora, cuando pase todo este horror, revisarán cada proyecto de desarrollo que tenga algo que ver con la informática, y lo evaluarán, comprobarán y limitarán lo más posible, seguro.

-Pero nuestros productos han pasado varios controles de seguridad -dijo el director-, y eso habla a nuestro favor, ¿no?

-También los responsables de los bancos, las compañías de seguros y el resto de empresas afectadas repetían incansablemente que ellos habían pasado todo tipo de controles de seguridad, pero es obvio que no era cierto. Dígame, ¿puede usted garantizar que nuestros sistemas son completamente seguros?

-Ningún sistema es totalmente seguro -respondió el técnico, escondiendo el bulto-, pero puedo asegurarle que estamos muy por encima de la media industrial.

-Éste es el argumento de la industria atómica hasta la próxima gran metedura de pata, y de la industria financiera hasta el próximo *Crack*. Y es insuficiente. Para empezar quiero que revisemos atentamente todos los proyectos que tenemos en marcha, y cuando hayamos acabado, quiero que volvamos a empezar. Y luego otra vez, y otra.

-Pero para ello necesitamos electricidad -murmuró alguien, en un tono lo suficientemente alto como para que Wickley lo oyera.

-Además -continuó él, haciendo caso omiso de la observación-, después de todas estas novedades tendríamos que revisar fehacientemente nuestra estrategia de comunicación. Tras el ataque a los sistemas, el mundo de la energía pasará años obligado a enfrentarse al mismo tema una y otra vez: la seguridad. Ya podemos olvidarnos de los antiguos temas estrella -la protección del clima y el medio ambiente-. De hecho, Europa podrá darse por satisfecha si consigue emerger de sus cenizas. Ya me parece estar oyendo a los políticos: éstos se remitirán una vez más a lo que hacen los países desarrollados y los mercados emergentes. Intentarán recuperar lo antes posible los niveles de vida de sus votantes, aunque sólo sea relativamente, y para ello regresarán a la energía atómica, reconstruirán las fábricas de gas y de carbón y lo montarán todo apresuradamente y sin prestar atención al medio ambiente. Lo importante para ellos es recuperar los suministros.

-¿Y por qué no deberían aprovechar la oportunidad para acelerar aún más las renovables? -quiso saber Hensbeck.

Wickley se preguntó qué hacía un tipo como aquel ocupando uno de los grandes cargos de estrategias comunicativas de Talaefer. No parecía saber mucho sobre el tema...

-Porque tanto para las energías renovables como para la infinidad de pequeños productores descentralizados necesitan los contadores inteligentes, y resulta que éstos han volado por los aires, en sentido metafórico y literal.

Recuerde que el ataque comenzó en Italia y Suecia, los dos únicos países cuyos contadores eran ya de última generación, y que para el 2020 estaba previsto que toda Europa hubiera seguido su ejemplo, tal como sugería Estados Unidos.

-¡Pero eso sería un festín para hackers, criminales, terroristas o incluso naciones enemigas! -dijo Hensbeck-. ¿Por qué querían instalar unos dispositivos tan inseguros? ¡Es una irresponsabilidad!

-Los italianos sólo querían acabar con el deporte nacional de la manipulación de los contadores de electricidad -dijo Wickley-. A principios de siglo la seguridad aún no era un tema principal.

-¿Cómo dice? Pero... por supuesto. De aquella época es también esa película de acción... -le interrumpió Hensbeck.

-Ya sé a cuál se refiere. *Die Hard*, ¿verdad? La cuarta parte. Una historia de lo más abstrusa...

-Pero el tema ya estaba ahí.

-Sí, sólo que entonces no nos enterábamos de nada. Por aquella época pensábamos que los peligros que nos acechaban no existían más que en la febril imaginación de ciertos profetas fatalistas. Hasta hace unos años no hemos sido del todo conscientes de la verdadera magnitud de los hechos que abordábamos y de la intensidad de sus consecuencias. Por supuesto, aquello tenía mucho que ver con el dinero, como todo. La seguridad siempre sale cara.

-Aunque, visto lo visto, desatenderla sale aún más caro.

-Usted ya tiene una edad... ¿Recuerda la época en la que Italia empezó un proceso de votaciones y toma de decisiones respecto a la enorme inversión que suponía el cambio a los contadores inteligentes? Fue un proceso demasiado largo y complejo como para querer cambiarlo luego. ¡Tardarían años! Y ya sabe usted lo que hoy en día significa un año para cualquiera de estos aparatos tecnológicos. En sentido estricto, los contadores inteligentes ya estaban anticuados cuando empezaron a montarlos, y en cualquier caso lo estarían, seguro, hoy en día. He aquí el principal problema de la tecnología actual, para el que no hemos dado aún con una solución.

-Bueno, para los de Apple esto no es un problema -apuntó Hensbeck-. De hecho, los consumidores de Apple se pelean por tener los nuevos productos y están dispuestos a gastarse cientos de euros por el último móvil, tableta, pantalla en 3D o lo-que-sea que la empresa lance al mercado, sin importarles que su producto pudiera durar aún varios años más.

Wickley entendió perfectamente el ejemplo. Él mismo había reflexionado sobre ello muchas veces... Pero a él no le pagaban para ser creativo e inventar ese tipo de productos o de conceptos comunicativos...

-Si encuentra usted el modo de que los consumidores acepten pagar cien euros cada dos años para modernizar su contador inteligente, le aseguro que se hará usted un hombre rico. Al fin y al cabo, no hay duda de que tenemos los mejores programas y servicios. Somos, por así decirlo, los Steve Jobs de la industria energética.

Hensbeck lo miró, pensativo.

-Pero los consumidores tienen que pagar por nuestras ofertas -observó.

-De algo tienen que vivir los hijos de los ingenieros que trabajan para nosotros, ¿no? -respondió Wickley.

Algo después, cuando los publicistas se hubieron marchado y en el exterior empezaba a oscurecer, Wickley preguntó al encargado del departamento técnico:

-¿Nos ha llegado alguna noticia de las centrales nucleares?

-Por ahora no, pero piense que los teléfonos no funcionan, ¿eh? Las líneas han caído tan rápido que no hemos podido evitarlo. Estamos intentanto montar una red en Bangalore.

Hacía ya seis años que los técnicos de la empresa, como la mayoría de expertos de todas las empresas, valoraban la posibilidad de montar una sede en aquella ciudad del sur de la India, que por diversos motivos se había convertido en el punto neurálgico de la industria mundial del software. De hecho, Wickley viajaba una o dos veces al año hasta aquel destino, donde en los últimos años habían sextuplicado el número de sus trabajadores y rondaban ya los ciento veinte.

-Pero la comunicación vía satélite es lenta y costosa, y la mayoría de los satélites están sobrecargados -continuó el técnico-. Esperamos poder hacer algo mañana, aunque, para serle sincero, yo no contaría con establecer demasiados contactos. Nuestros sistemas SCADA son seguros y la gente tiene otras preocupaciones.

A Wickley aún le parecía oír las palabras de von Balsorff: «Las centrales nucleares también están teniendo extrañas dificultades...», y por eso añadió:

-Deseo que me informen inmediatamente de cualquier novedad, ¿de acuerdo?

La Haya

Shannon acababa de montar sus vídeos y los estaba subiendo a Internet cuando Manzano entró en la habitación. La tele estaba encendida.

-¿Hay novedades? -preguntó el italiano, mientras se dejaba caer en la cama.

Abrió su portátil y se puso a mirar la tele mientras se cargaba.

-Mmm -respondió Shannon, despistada, mirando las extrañas etiquetas verdes que Manzano había pegado en la tapa de su ordenador.

Las últimas noticias de Saint Laurent no sonaban nada bien. Las imágenes, borrosas y obviamente grabadas a gran distancia, mostraban la torre de la central y el humo emergiendo junto a ella.

-Lo que vemos es el vapor de las torres de ventilación -estaba diciendo una presentadora-. Tras la explosión de este mediodía la situación sigue sin estar clara...

Manzano echó un vistazo a las noticias de Internet. En la mayoría de los casos se limitó a leer los titulares:

+ Cierran las bolsas europeas +

+ Se detiene la producción europea +

+ La aseguradora Münchener Rück S.A. baraja baraja daños de hasta un bilión de euros +

+ Corrección: seis colaboradores de la central nuclear de Saint Laurent heridos; dos con síntomas de radiación +

+ La final del concurso mundial de hockey sobre patines que tenía que jugarse en Suecia a finales de febrero queda aplazada +

+ El gobierno alemán cifra el número de víctimas del apagón en 2000 +

+ Greenpeace: los valores radiactivos en torno a Saint Laurent se han incrementado significativamente +

+ Estados Unidos, Rusia, China y Turquía ofrecen ayuda a Europa +

+ Bochum recupera la electricidad en algunas zonas de la ciudad +

+ La Interpol saca a la luz los retratos robot de los sospechosos +

+ Los grandes mandatarios de la OTAN discuten el estado de la cuestión +

+ Los precios del carburante suben como la espuma tras el apagón +

+ Las autoridades tranquilizan: Saint Laurent no es Chernobil ni Fukushima +

-Eso mismo dijeron los japoneses los primeros días -murmuró Manzano-, hasta que admitieron que el reactor había estado descontrolado desde el primer momento.

Berlín

-Es un gesto para los ciudadanos -explicó el ministro del Interior.

-Uno que sólo verán cuatro gatos -dijo el representante del canciller.

Michelsen seguía la discusión sin dar crédito a lo que estaba oyendo. En la reunión de control se habían encallado en la cuestión de si sería apropiado que el canciller, acompañado por algún periodista, fuera a visitar un centro de emergencias y un hospital. Como si no tuvieran nada más importante que discutir. Michelsen echó un vistazo a su lista. Hacía tiempo que había dejado de apuntar cada detalle; le bastaba con alguna palabra clave para hacerse a la idea de cuál era la situación.

Agua

Accesible algunas horas al día en las zonas en las que hay electricidad. Prácticamente inaccesible en el resto. Pozos de emergencia activados. Distribución correcta. No disponemos de información de las diferentes zonas, pues no podemos ponernos en contacto con ellas. Conectada parcialmente la corriente de emergencia para las bombas de extracción y eliminación de aguas residuales. No se abusa de ella porque, entre otras cosas, se necesita para los hospitales.

Alimentos

Sólo queda comida para hamsters en los supermercados que aún están abiertos. Organizados puntos de venta y comedores sociales. Las dificultades en el transporte lo complican todo aún más. ¡Mejorar!

Sanidad: entrega de medicinas

Concentración en los principales hospitales y confusión en el reparto. Faltan medicamentos en las clínicas, centros de emergencias y farmacias. Asilos y centros de diálisis en situación dramática. ¡Forzar el reparto!

Alojamiento

Creados 187 alojamientos de emergencia. En proceso, otros 156.

Comunicaciones

Recuperada la energía de emergencia para el BOS-Funk de la transmisión entre el Estado, los Länder y los centros de ayuda. La comunicación con cada una de las unidades regionales es difícil o imposible. La información fluctúa y desciende. Establecimiento de una red estatal.

-Fin del debate -dijo el canciller, haciendo un brusco movimiento con la mano-. Visitaré un centro de emergencias y un hospital, y no se hable más. Organícenlo todo para mañana. Que me acompañen los máximos responsables de los centros, y que aparezcan también en la foto.

Y dicho aquello, pasaron al tema siguiente. Durante la media hora que vino a continuación, Michelsen dejó de escucharlos y concluyó su lista del día.

Orden público

Disturbios aislados, aumento de los hurtos y pequeños delitos (al menos, que se sepa). Información insuficiente. Las prisiones no nos advierten de ningún brote de violencia, y sin embargo nos consta que los presos de Kassel han intentado sublevarse. Fuhlsbüttel, Mannheim, Regensburg y la prisión para mujeres de Berlín, bajo control.

Pero la situación en las cárceles era cada vez más peligrosa, o al menos eso les había dicho el máximo coordinador de la seguridad en prisiones. Como en todas partes, en las cárceles faltaba cada vez más personal, y los trabajadores que quedaban estaban sometidos a una enorme presión física y psicológica. A los presos se les había prohibido pasear por el patio interior o al aire libre, se les había reducido la cantidad de comida y bebida y estaban sometidos a unas condiciones higiénicas catastróficas. La agresividad de los reclusos era cada vez mayor y empezaba a resultar realmente peligrosa para los presos más débiles y para los carceleros. Estos últimos ya sólo tenían tiempo para preocuparse por evitar motines o para reunir a los presos en celdas más grandes, a fin de optimizar el alcance del personal. Michelsen no quiso ni pensar en el esfuerzo logístico que eso suponía, ni en el riesgo que conllevaba ni en las condiciones en las que vivirían los presos, cada vez más hacinados.

Transportes

La mayor parte de las líneas ferroviarias están libres; los vehículos de carga, mayoritariamente controlados; la red de suministros y transporte, en vías de ampliación gracias a la colaboración de cada uno de los países.

Dinero / finanzas

¿Ruina bancaria?

Infraestructuras

Sin novedades, aunque nos faltan los informes de varias regiones.

Suministros

No se prevé el fin de esta locura. La zona del sur de Schleswig-Holstein, que hasta ahora tenía electricidad, se ha perdido. En las centrales nucleares han caído dos generadores diesel (Brokdorf y Grundremmingen C), pero funcionan los de reserva. Se les ha enviado más carburante; por ahora está de camino.

Internacional

Evacuación de la central nuclear de Saint Laurent. Temelín, crítica. Siete incendios en plantas industriales con escapes de contaminación. Ninguno cerca de la frontera.

Los canales de televisión seguían produciendo sus programas de noticias para los pocos afortunados que aún podían sintonizarlos. Michelsen y sus colegas del ministerio del Interior se contaban entre ellos. Las noticias de la

tarde anterior habían corrido de boca en boca, y, entre las consecuencias, se había dado una de lo más previsible: los pocos supermercados a los que aún les quedaba género habían empezado a sufrir verdaderos asaltos en masa de ciudadanos desesperados.

Pero también se produjo alguna reacción con la que nadie había contado, como por ejemplo la que en aquel momento se estaba debatiendo en el canal ARD: una periodista rubia entrevistaba a su invitado en los siguientes términos:

-... se trata del doctor Cornelius Ydén, del Banco Central Alemán. Doctor Ydén, antes que nada muchas gracias por acompañarnos. Tal como están las cosas, sabemos que cualquier desplazamiento requiere un esfuerzo extraordinario...

-Gracias por invitarme.

-Díganos, doctor Ydén, ¿nos encontramos ante la ruina del sistema bancario?

Cornelius Ydén, un cincuentón de pelo gris y rasgos angulosos, respondió:

-No, esto no es más que un percance; horrible, pero aislado...

Las noticias de las que disponían Michelsen y sus colegas daban a entender algo muy distinto. Ya habían tenido que cerrar al menos doscientas sucursales bancarias en todo el país, y eso que sólo contaban con las cifras de las siete principales instituciones y cajas de ahorro.

-... el suministro de dinero en efectivo está asegurado en toda Alemania -aseguró Ydén-. Antes del apagón, en el país corrían más de diecisiete mil millones de euros, así que podemos estar tranquilos: aunque el apagón durase aún unos días más, la gente no necesitará todo el dinero suelto al que podría acceder. La mayoría de las tiendas están cerradas, y hay organismos que regalan agua y alimentos. El miedo a disponer de demasiado poco dinero es absolutamente infundado. De ahí que el Banco Central Alemán aconseje a los ciudadanos que no vayan a sacar dinero en efectivo, o que saquen justo lo que necesitan.

-Vamos a ver: por lo que usted dice, disponemos de diecisiete mil millones de euros para unos cuarenta millones de familias. Si el dinero se repartiese a partes iguales, supondría unos cuatrocientos veinticinco euros por familia. Pero algunos tienen mucho menos que eso. ¿No cree, pues, que la angustia de los ciudadanos y ciudadanas está más que justificada?

Por suerte, la mayoría de la gente no podrá ver ni oír esa entrevista, se dijo Michelsen. Ya habían empezado a organizarse los primeros mercados negros, en los que se vendía sobre todo agua, alimentos y medicamentos, y era obvio que, si las autoridades no aportaban un mínimo de calma y aseguraban un mínimo abastecimiento, los mercados proliferarían y no sólo acabarían con la confianza en el Estado, sino también con los ahorros de todos los ciudadanos. Pese a todo, Ydén tenía razón: había que mantener la calma.

-Todos tenemos miedos irracionales, y algunos de ellos, irónicamente, acaban convirtiéndose precisamente en los causantes de que se cumpla

aquello que tememos. Ésta es en parte la esencia de aquello a lo que usted se ha referido como la «ruina del mercado». Un ciudadano ve que hay gente haciendo cola frente al banco y teme quedarse sin dinero, de modo que él también se pone a hacer cola. Luego viene otro y hace lo mismo, y luego otro y luego otro, y cada vez hay más gente y el miedo es cada vez mayor, hasta que al final el banco se queda, efectivamente, sin dinero. De ahí que hayamos adoptado la medida disuasoria de poner un límite a las extracciones. Me gustaría que todo el mundo entendiera que no hay nada que temer. Que es imposible que todos los bancos se queden en números rojos y dejen a sus clientes en la pobreza. Que las crisis bancarias no funcionan así.

Ojalá fuera tan sencillo como lo pinta, pensó Michelsen, al tiempo que rezaba para que la presentadora no empezara a rebatírselo todo. Porque no había ninguna duda de que los bancos podían tener verdaderas dificultades, desde luego a corto plazo, pero también a medio y a largo plazo, si se daba el caso, por ejemplo, de que las empresas no se vieran capaces de afrontar las consecuencias del apagón, y los bancos tuvieran que soportar créditos millonarios. Pero antes de llegar a aquello, se trataba de evitar la bancarrota en el sentido más clásico y tradicional.

-No nos preocupemos, pues, por el dinero -dijo la periodista, con expresión seria-. Muchas gracias, señor Ydén.

Lo que no había conseguido la crisis financiera... ¿iba a lograrlo ahora un apagón?

Bruselas

-Los equipos de ayuda se mantienen en la frontera -resumió Zoltán Nagy, el director húngaro del MIC, dirigiéndose al resto de la sala-. El Organismo Internacional de Energía Atómica se ocupa directamente de Saint Laurent y de Temelín: han enviado a varios expertos y han asegurado que nos mantendrán informados.

Llevaban treinta minutos comentando los últimos acontecimientos y novedades, que sin duda eran mucho peor de lo que Angström -o cualquiera en el CIMUE- había sospechado, y de lo único de lo que no había duda era del estado de los incidentes técnicos.

-España solicita información sobre la explosión en la planta química de Abracel, en Toledo. Parece que ha habido un escape de gas tóxico. Las autoridades no han calculado aún el número de víctimas, pero parece que estaríamos hablando de varias decenas de afectados graves y de varios miles de evacuados -algunos de ellos, incluso, de los espacios de acogida que habían montado para atender a las víctimas del apagón-. Estados Unidos y Rusia se han ofrecido a enviar equipos técnicos para ayudarles a tapar agujeros. También nos han llegado otras noticias de accidentes con escapes de gas y sustancias nocivas: en Sheffield (Inglaterra), Bergen (Noruega), Bern (Suiza) y Pleven (Bulgaria). Por suerte, parece que las víctimas no son demasiado numerosas; en la mayoría de los casos se trata de trabajadores de las fábricas, y quizá por ello ninguno de estos países ha solicitado aún la ayuda internacional. Sin embargo, deberíamos estar preparados para recibir una señal de socorro en cualquier momento, y, además, no podemos olvidar que la lista de la que disponemos sólo incluye los casos oficiales, y que es más que probable que se hayan dado muchos altercados más, de los que por el momento no tienen constancia ni siquiera los propios organismos nacionales. Las comunicaciones son muy inestables en toda Europa, y el tiempo no juega a nuestro favor. En fin, hasta aquí las últimas novedades. Volveremos a reunirnos en tres horas.

Nagy estaba a punto de levantarse, cuando hizo el gesto de recordar algo.

-¡Ah, por cierto! Antes de que me olvide, nos ha llegado una información sobre el transporte público de nuestra ciudad. Para asegurar los servicios mínimos han montado un servicio de lanzadera que ofrece seis líneas de autobuses en un radio de hasta cuarenta kilómetros del centro, y que por ahora salen dos veces al día y sirven exclusivamente a los trabajadores de los servicios de emergencias, bomberos, policías, ministerios, médicos y miembros de los departamentos de comisiones europeas, entre los que nos contamos. De modo que podremos coger el bus por la mañana y regresar también con él por la tarde. Sólo tendrán que llevar encima su carnet de la empresa, para identificarse. Si desean consultar los trayectos, los tienen ahí,

en la pizarra.

Berlín

Hartlandt dio un respingo cuando alguien a sus espaldas dijo: «Despierta». Él miró a su alrededor, desconcertado. ¡Se había quedado dormido! Estaba tan agotado que durante unos brevísimos minutos había cerrado los ojos y clavado la barbilla en el pecho.

-Tengo noticias que te desvelarán de golpe -le dijo el colega que lo había sacado de los brazos de Morfeo-. Se trata de los bomberos: dicen que han apagado el fuego de las subestaciones eléctricas de Osterrönfeld, y... están seguros de que ha sido provocado.

-¡Mierda! -dijo Hartlandt, incapaz de reprimirse-. ¿Y cómo es que hasta ahora no sabíamos nada?

-Porque ahí fuera todo el mundo tiene mucho que hacer, y a nadie le sobra tiempo para ponerse a analizar las causas de nada.

Hartlandt se incorporó de golpe y se dirigió a la pared en la que estaba expuesto el enorme mapa de Alemania, en el que hasta ahora habían ido marcando con alfileres de diferentes colores los fallos y accidentes de los que iban teniendo constancia. El colorido era tal y había ya tantos alfileres que en varias zonas ni siquiera se veía ya el mapa.

-Entonces... ¿quizá no se trate de un accidente? -murmuró-. Desde que empezó el apagón hemos sido informados ya de ocho incendios en diferentes subestaciones eléctricas. Son los alfileres rosa, mira. Los primeros son los de Schleswig Holstein y la Baja Sajonia, es decir, los que quedan más al norte. A partir de ahí fue cayendo el resto, y todos creímos que se trataba de un cortocircuito en cadena...

Corrió hasta su despacho y buscó entre sus papeles.

-¡Aquí está! -dijo, enseñando un documento a sus colegas-. La lista de las subestaciones afectadas. Quiero que nuestra gente llame por radio a todas las estaciones de bomberos de las zonas. Que hagan el favor de investigar las causas, y que me digan exactamente a qué hora se produjo cada uno de los incendios. Y tú, por favor, contacta con todos los operadores de red e infórmate de si hay alguna subestación eléctrica afectada de la que no tuviéramos constancia hasta el momento.

La Haya

Manzano escuchaba las noticias, pero sin prestarles demasiada atención. Llevaba varias horas intentando evaluar los documentos de Bollard para los fabricantes de los sistemas de control de las centrales nucleares. Y cuanto más tiempo le dedicaba, más se intensificaba su sospecha.

-Quizá no deberíamos tener encendidos todos los aparatos a la vez -dijo, algo ausente-. Es obvio que el hotel no tendrá carburante de emergencia indefinidamente.

-Pero no viene de unos minutos. Ni siquiera de unos segundos -respondió Shannon, estirada en la cama, sin separar la vista ni un segundo del televisor.

-... en los círculos de los operadores europeos -estaba diciendo la presentadora justo en ese momento-, se ha filtrado la noticia de que la recuperación de los sistemas informáticos afectados por el apagón podrá alargarse aún hasta diez días más.

-Por el amor de Dios... -murmuró Shannon.

-Los organismos oficiales, no obstante, siguen sin confirmar ni negar nada, y las explicaciones brillan por su ausencia. De donde sí nos llegan novedades es de la descalabrada central nuclear de Saint Laurent, en Francia, donde se encuentra nuestro corresponsal James Turner.

-Mira qué cara tiene -dijo Shannon-. Espero que sus noticias no sean tan horribles como su aspecto.

Algo molesto por la interrupción, Manzano levantó la vista. En la pantalla del televisor, aquel tipo que tan poco le gustaba a Shannon miraba fijamente a la cámara. Iba muy abrigado y estaba iluminado por un foco; el viento se colaba en su capucha y rugía junto al micrófono.

-El Organismo Internacional de Energía Atómica ha considerado que la situación de la central de Saint Laurent corresponde prácticamente a un nivel cuatro en la escala INES -dijo el periodista, intentando hacerse oír sobre el rugido del viento-, con lo cual, las autoridades dejan de considerarlo un *incidente* para afrontarlo como un *accidente*, y admiten la posibilidad de que los ciudadanos de los alrededores hayan podido sufrir una leve exposición a la radiación nuclear. De todos modos, y como era de esperar, se han apresurado a afirmar que estaban hablando de niveles mínimos y en todo caso muy cercanos a los habituales. Lo más inquietante de este asunto es que el aumento de nivel en la escala sólo puede significar que se han producido daños en los reactores o en las cubiertas de protección. Por ahora no tenemos datos concretos, pero, de ser así, los trabajadores de la fábrica se habrían visto expuestos a elevados niveles de contaminación y tendrían consecuencias en su salud. El sistema de refrigeración del bloque 1 sigue siendo defectuoso, los motivos por los que no logran arreglarlo continúan resultando un misterio y el origen de todo esta tragedia es aún un misterio. Lo único que sabemos es que

en la historia de la central se han producido hasta la fecha once accidentes de esta categoría, o incluso superiores.

-Blablabla -dijo Shanon-. ¡Como no tiene idea de lo que dice, no para de hablar!

-Las organizaciones de protección medioambiental, en cambio, aseguran haber encontrado masivas y elevadas trazas de radiación en un kilómetro a la redonda de la central. ¡Según sus investigaciones, las medidas alcanzan los 200 milisieverts por hora! Para que nos hagamos una idea, 0,01 por hora serían suficientes para provocar una evacuación de toda la población. Si sus cálculos son ciertos y realmente han alcanzado estos valores... Bueno, entonces la central es mucho más peligrosa de lo que nos han podido o querido asegurar hasta la fecha.

-Casi un nivel cuatro en la escala INES... -dijo Manzano, bajando la cabeza para mirar a su ordenador-. Me recuerda demasiado a Chernobil y Fukushima.

-De Chernobil no puedo decirte nada porque no la viví -le dijo Shannon-, pero con lo de Fukushima tienes razón. Sólo espero que lo de Saint Laurent pueda frenarse a tiempo. Mira esto -señaló el mapa que tenía en la pantalla de su ordenador-, imagina lo que pasaría si tuvieran que acordonar la zona a unos treinta kilómetros de distancia de la central. ¡Eso incluiría los castillos del Loira! Y si fuera como Chernobyl... ya podríamos ir despidéndonos de media Francia.

-... todo esto afecta también, y mucho, a la bolsa internacional -estaba diciendo entonces la presentadora del telenoticias-. Las europeas siguen cerradas. Pocas horas antes del cierre de los mercados, los americanos se enfrentaban a pérdidas de hasta el veinte por ciento. En el mercado de valores de Nueva York quedaron expuestos después de que el Dow Jones perdiera más del diez por ciento de su valor en poquísimo tiempo. En estos momentos se discute sobre la adecuación de cerrar los mercados antes de tiempo o de prohibir las transacciones de valores bursátiles de ciertas compañías. Las acciones que más están sufriendo son las de algunas empresas europeas, como Volkswagen, por ejemplo, que desde el inicio del apagón ha perdido en sólo dos jornadas bursátiles casi el setenta por ciento de su valor. Y lo mismo podría decirse de casi todas las empresas automovilísticas. Los bancos europeos y las compañías aseguradoras han perdido hasta el noventa por ciento de su valor en bolsa, y cada vez hay más voces -incluso desde las propias empresas- que apuestan por retirar provisionalmente la cotización de las acciones, puesto que con los valores actuales no serían más que víctimas indefensas de los actuales precios de los competidores.

-¿Quién va a querer comprar en esta situación? -preguntó Shannon.

-Yo desde luego que no -repondió Manzano.

-Pues por eso tienes que seguir trabajando -le respondió Shannon, irónicamente-. Yo tengo hambre.

-Yo también.

Ya seguiría luego con los análisis.

-Entonces bailemos y comamos sobre el volcán, al menos mientras nos dejen.

Zevenhuizen

François Bollard estuvo a punto de colisionar con un coche que estaba sorprendente parado en el camino que conducía a la granja. A la luz de los faros vio que todo el camino estaba lleno de vehículos aparcados. Muy lentamente se abrió paso hasta la puerta. En el interior de alguno de los coches vio gente muy abrigada y cubierta con mantas. ¿Qué estaban haciendo ahí? ¡Había coches hasta la mismísima puerta! Y también había gente de pie; gente que se dio la vuelta hacia él cuando lo vieron aparcar el coche y caminar hacia la puerta. Disimuló su sorpresa y siguió avanzando.

-¡No te dejarán entrar! -le gritó uno.

-A no ser que sean de los buenos -exclamó otro, sarcásticamente.

Algunos lo siguieron hasta la puerta. Bollard se dispuso a abrirla y alguien al otro lado le cogió la mano. Entonces, antes de que que pudiera darse cuenta, lo estiraron hacia dentro y cerraron tras él a toda velocidad. Bollard oyó gritos de indignación al otro lado. Ante él, Jacub Haarleven. Parecía muy angustiado.

-No podemos acogerlos a todos -le explicó el pobre hombre, precediéndolo hacia la casa.

Cuando llegaron a la sala del desayuno, Bollard entendió a qué se refería. Habían apartado las mesas, y en el suelo había unas cuarenta personas estiradas en el suelo. El olor a humanidad era intenso y agobiante. Algunos roncaban; otros murmuraban en sueños.

-Ya les he dicho que no tenemos comida para todos -añadió Haarleven-, pero... ¿qué otra cosa podía hacer? La mayoría son niños, ancianos o enfermos, y no me he visto capaz de dejarlos fuera, congelándose. Hay otras dos habitaciones llenas de gente.

-¿Y qué me dice de los que se hacinan al otro lado de la puerta?

Haarleven se limitó a encogerse de hombros.

-Espero que mantengan la calma.

-¿Y qué hará mañana, cuando toda esta gente se despierte con hambre?

-Ya pensaré en ello mañana. Ahora sólo me veo capaz de improvisar. Aunque lo admito: como la electricidad tarde en volver, tendremos un problema, y grande.

Bollard miró a aquel hombre unos segundos, intentando decidir si era un buenazo o un insensato.

-Oiga, usted es de la Unión Europea, ¿no?

-La Europol -le corrigió Bollard.

-¿Y no puede hacer nada por toda esta gente?

-¿Qué pasa con las ayudas holandesas? Me consta que hay espacios de acogida habilitados.

-La gente dice que no son suficientes.

-Bueno, hoy ya no puedo hacer nada -dijo Bollard-. Mañana veré si hay algo que pueda hacer.

Algo que en ningún caso podría ser más que llamar al Estado y preguntar por qué hay tanta gente sin alojamiento, o como mucho contactar con la policía y pedirles que enviaran algunos hombres a proteger la granja de Haarleven y a sus inquilinos. Pero estaba bastante seguro de lo que le responderían en ambos casos.

Bollard subió las escaleras hasta la habitación en la que se hallaba su familia. No había acabado de abrir la puerta cuendo su mujer se le echó a los brazos.

-¿Tienes noticias de nuestros padres?

Llevaba toda la tarde temiendo aquella pregunta.

-Aún no, cariño. Pero seguro que están bien.

-¿Bien? -su voz escondía un histerismo mal contenido que a Bollard no le gustó nada-. ¿Están a veinte kilómetros de un accidente que ha sido calificado como "peor escenario posible" y tú dices que seguro que están bien?

-¿Dónde están los niños?

-Durmiendo. No me cambies de tema.

-No es el peor escenario posible. El gobierno ha dicho que...

-¿Y qué quieres que diga el maldito gobierno? -le gritó ella, con los ojos llorosos.

-Vas a despertar a los niños.

Marie empezó a sollozar.

-¡Tú los has enviado allí!

Bollard sintió una oleada de rabia y desesperación. Se acercó a Marie y la abrazó tan fuerte que ella apenas podía moverse. Al principio intentó zafarse del abrazo, pero pronto vio que no tenía nada que hacer y se quedó quieta, muy quieta, hasta que al final se rindió y rompió a llorar sobre su hombro.

Cuatro días, se dijo Bollard. Sólo llevamos cuatro días y ya tenemos los nervios a flor de piel... Cerró los ojos y, por primera vez desde que era niño, rezó.

Por favor, Dios, si de verdad existes, haz que nuestros padres estén bien...

La Haya

-Tenemos mucha suerte -dijo Shannon, mientras envolvía de espaguetis su tenedor-. Eso lo tengo claro desde que llegué aquí.

-Especialmente tú -le respondió Manzano, con una sonrisa-, que vas en Porsche de un lado a otro.

-Te aseguro que preferiría ir a pie pero poder dar la noticia de que todo ha vuelto a la normalidad. Por cierto, ¿cuándo podré darla? ¿Es que no avanzáis nada?

-Amiga mía -le respondió Manzano-, entiendo que te apetezca seguir con el notición que diste ayer, y más ahora que tu amigo de Francia está a todas horas en la televisión, pero te pido que ni lo intentes. Mi trabajo aquí es... bueno..., Ya sabes.

-Secreto. Ya. Entendido.

-Cuéntame algo sobre ti, va.

-Lo importante ya lo sabes. Me crié en un pueblucho de mala muerte en Vermont, fui a la universidad en Nueva York y me propuse dar la vuelta al mundo pero me quedé en París.

-Bueno, no es un mal lugar para quedarse.

-Cierto.

-Bien, hasta aquí lo importante. Ahora cuéntame lo que no es importante. ¡Suele ser mucho más interesante!

-No, en mi caso no.

-Qué historia más floja, señorita periodista...

-¿La tuya es mejor?

-¿Cómo? ¿No te has informado?

Ahora fue Shannon la que sonrió.

-Pues claro que sí. Pero no he encontrado demasiado. Parece que tu vida ha sido de lo más rutinaria.

-Bueno, yo soy un poco como los chinos, que sólo desean una vida emocionante para sus enemigos. Aunque, por lo que parece, debo de tener algún enemigo por ahí escondido, porque últimamente ando un poco despistado...

-¿Y pudiste marcharte de Milán así, sin más? ¿No tienes mujer? ¿O hijos?

-Ni mujer ni hijos, no.

-¿Por qué?

-¿Importa?

-Perdona, es pura curiosidad. Deformación profesional. Además, de algo tenemos que hablar, ¿no?

-Bueno, no me ha surgido la ocasión.

-¡Oh! ¿Esperas a la mujer perfecta? ¡Pensaba que eso sólo lo hacíamos nosotras!

-¿Tú, por ejemplo?

Ella se rió. Tenía una risa magnífica.

-¿Y tus padres? ¿Están en Italia?

-Murieron.

-¡Oh, lo siento!

-Un accidente de coche. Hace ya doce años.

Recordó el día en que le dieron la noticia. El entumecimiento de sus sentimientos.

-¿Los echas de menos?

-No... ya no... -dijo, y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en ellos-. Quizá me habría gustado tener alguna conversación más. A veces las cosas se aplazan sin pensar en que quizá ya no puedan cumplirse... Aunque al final es posible que tampoco se cumplan, pese a todo. Quién sabe. ¿Y los tuyos?

-Se separaron cuando yo tenía nueve años. Yo me quedé con mi madre. Mi padre se mudó a Chicago y luego a Seattle. No lo he visto demasiado.

-¿Y desde que estás en Europa?

-Hablo con mi madre por Skype. Y a veces también con mi padre. Siempre me dicen que un día vendrán a verme, pero nunca lo hacen. Y eso que ninguno de los dos conoce París.

-¿Hermanos?

-Una hermanastra y un hermanastro, hijos del segundo matrimonio de mi padre. Apenas los conozco.

-De modo que eres hija única.

-Básicamente, sí. -Y dicho aquello puso una mueca y añadió, en tono teatral-: Testaruda. Egoísta. Desconsiderada.

-Eso dicen mis novias de mí.

-¿La de ahora también?

Manzano dejó la pregunta en el aire.

-¿Y qué dirá cuando sepas que compartes la cama conmigo? -le preguntó Shannon.

-No seré yo quien se lo diga.

No quiso decirle que estaba solo. No quiso hablarle de sus malas experiencias con Julia ni con Carla, y desde luego no quiso tener que justificarse. Sonja Angström también le vino a la mente.

-¿Y qué hay del hombre perfecto? -preguntó entonces, para cambiar de tema.

-Un día aparecerá -le contestó ella, después de dar un sorbo de vino.

Cuando lo miró por encima del vaso, sus ojos brillaban, divertidos.

«Queridos telespectadores: como principal emisora del país hemos tenido el privilegio de disponer hasta el momento de un buen número de generadores de energía de emergencia que nos han permitido tenerlos informados en todo momento y mantenerlos al tanto de los acontecimientos, pero a partir de esta

misma noche el combustible se utilizará para otros fines más urgentes, como la atención a los hospitales, a los bomberos o a los servicios de emergencia, o como el aporte de corriente a algunos de los espacios de acogida en los que se calcula que han tenido que refugiarse ya más de ciento cincuenta millones de personas en toda Europa.

Dado el estado crítico de la situación y la necesidad de abastecimiento energético, nos vemos obligados a reducir nuestros servicios a conexiones de cinco minutos a cada hora en punto entre las seis de la mañana y las doce de la noche. El resto de la programación queda interrumpida hasta próximo aviso. Les rogamos que nos entiendan y que disculpen las molestias. Buenas noches.»

Ybbs-Persenbeug

Oberstätter anduvo por los pasillos vacíos de la central nuclear. Junto a él no había más que algunos técnicos, los mínimos necesarios para volver a poner en marcha aquella máquina... suponiendo que llegaran a descubrir cómo hacerlo, claro.

Oberstätter se preguntó qué iba a pasar a continuación. Cómo sucedería todo. Qué más iban a tener que soportar. Los daños eran ya tan espantosos... Los ganaderos de la zona habían perdido ya la mayor parte de sus rebaños, que habían muerto de frío o de hambre, o, en el caso de las vacas, retorcidas por el dolor al no poder ser ordeñadas. Su sufrimiento había podido oírse durante días en varios kilómetros a la redonda.

Y el padre de unos conocidos suyos había muerto de un ataque al corazón porque la ambulancia había llegado demasiado tarde.

Oberstätter sabía que muchos habían abandonado sus trabajos, sus obligaciones y hasta sus casas, y lo cierto es que ni siquiera se lo reprochaba. Desde que se había filtrado la noticia de que algunas zonas de Austria aún tenían electricidad, infinidad de personas se habían puesto en camino hacia allá sin pensárselo dos veces.

Él mismo -lo sabía bien-, vivía aquí en un pequeño paraíso, y, como el resto de sus colegas, se traía regularmente a su familia para que pudieran calentarse un poco y disfrutar de una relativa normalidad, aunque sólo fuera durante unas horas al día.

Oberstätter entró en la sala del generador que quedaba más al sur.

-¿Ya estáis? -preguntó por el walkie-talkie.

Cinco ingenieros observaban en tensión los mandos de las máquinas. Llevaban más de una hora observando atentamente cada tuerca y cada cable, para intentar dar con el problema, solucionarlo y recuperar el funcionamiento de la central. Por ahora los indicadores no habían señalado ningún error. Un botoncito más y los generadores volverían a producir electricidad.

-¡Y... vamos! -se oyó a sí mismo decir por el walkie-talkie.

Ante él, los gigantes rojos se pusieron en funcionamiento con un rugido.

-¡Funciona! -gritó Oberstätter al micro.

-¡Es cierto, funciona! -repitió uno de sus colegas.

Oberstätter se sintió de pronto aliviado y relajado. Se habían pasado cuatro días recibiendo señales de fallo o de falta de control en todas las fases de reactivación de la máquina.

-¡Mierda! -oyó decir por el walkie-talkie.

-¿Qué pasa?

-¡Se está sobrecargando!

-No, imposible, lo oiría.

-Pues para ser imposible... ¡está marcado en la pantalla del ordenador!

-No me lo creo.

-Que sí, que sí, que es demasiado peligroso. ¡Abortamos!

-¡Aquí no se para nada! -ordenó Oberstätter -. Si hay una emergencia, la máquina está codificada para desconectarse.

-Pero ¿y si no lo hace?

-Te digo que no hay por qué preocuparse: aquí todo parece normal -dijo Oberstätter.

-¡Pues yo te digo que los indicadores recomiendan desconectar! -se oyó gritar al otro lado del walkie-talkie-. ¡Tenemos que hacerlo! ¡No podemos arriesgarnos a perder el generador!

En aquel preciso momento, el sonido de las máquinas se volvió más débil y más grave..., hasta que desapareció.

-Maldición -susurró Oberstätter, y se dirigió a toda prisa hacia la sala en la que se hallaban los comandos centrales-. No son los aparatos -explicó-: los generadores ronronean como gatos. Lo que no funciona está en el software de control.

-¿Te refieres al sistema SCADA? -le preguntó un informático, sin dar crédito a lo que oía-. Lo hemos comprobado una y mil veces.

-Piensa en el Stuxnet.

-Ése era un programa muy complicado... Además, ¿quién iba a tener interés en manipular nuestro software? Se me ocurren miles objetivos más interesantes...

-Aun así, revisad los códigos de entrada e identificación, hacedme el favor. Total, tampoco tenemos mucho más que hacer, ¿no te parece?

-El informático se inclinó sobre su ordenador, malhumorado. Sus cuatro colegas habían estado escuchando la conversación y ahora se dirigían a sus puestos. En primer lugar revisaron todos los códigos de entrada de los aparatos de medición.

-¿Los valores de medición están todos en zona verde, verdad?

-Sí.

Entonces los compararon con los códigos del software de control.

-¡Mira! ¿Lo ves? -exclamó Oberstätter-. Las entradas de los aparatos de medición se diferencian de las de control, o sea que tenemos dos sistemas distintos que muestran resultados diferentes para un mismo hecho. Y esto es precisamente lo que nos está pasando continuamente en los últimos días: ¿que descubrimos un fallo en el funcionamiento? Pues trabajamos sobre la parte de la maquinaria afectada, y entonces pensamos que hemos solucionado el problema, ¿no? Claro, pero resulta que entonces, inmediatamente, se dispara otro fallo debido precisamente a que el primero está solucionado. Pensadlo bien: es imposible que se hayan estropeado tantas piezas en tan poco tiempo, ¿no os parece? Créeme: la máquina funciona perfectamente; ¡es el software el que se ha vuelto loco!

-Admito que lo que dices tiene sentido, pero de ser así..., tenemos otro problema.

-¿Cuál?

-Pues que un fallo como el que estás describiendo sólo puede hallarse en los códigos fuente del SCADA, y... resulta que son secretos.

-Pues habrá que hacer que dejen de serlo.

-¿Sólo por una sospecha? Nadie nos hará caso. Los códigos de error pueden deberse a cualquier otra cosa.

-¿Qué recomiendas, entonces?

El hombre se encogió de hombros.

-No tengo ni idea. ¿Por qué ha tenido que saltar el código justo ahora? ¿Y quién demonios ha podido introducirlo? Los proveedores del SCADA son empresas enormes con magníficos mecanismos de calidad y seguridad.

-Pues a mí me parece que la tesis no es tan descabellada -intervino entonces otro de los allí presentes, que hasta el momento se habían limitado a seguir la conversación-. Podríamos llamar a la central de Viena y ver qué dicen.

Día 5. Miércoles

Zevenhuizen

François Bollard pasó otra noche inquieta y con un sueño nada reparador. Tras su ataque del día anterior, su mujer se había tomado un tranquilizante y se había quedado dormida en seguida. Bollard también se había acostado, pero, al ver que no conseguía conciliar el sueño, había vuelto a levantarse y se había pasado varias horas junto a la ventana, mirando a las personas que seguían hacinadas frente a la puerta de la granja. En algún momento todos empezaron a meterse en los coches, seguramente ateridos de frío. Bollard sólo pudo volver a la cama cuando la última de aquellas personas se hubo retirado a su vehículo.

Y antes de que saliera el sol lo despertaron unos ruidos que al principio no supo identificar. Se obligó a levantarse y se dirigió torpemente hasta la ventana. Abajo, frente a la puerta, se había reunido un grupo de unas veinte personas que quería entrar. Bollard se vistió y bajó. En el pasillo había tanta gente que no pudo avanzar más. Una horda de ciudadanos enfurecidos estaba asediando a Jacub Haarleven para que abriera las puertas; pero éste, fusil en mano, seguía negándose a acoger a nadie más.

Había pasado ya mucho tiempo desde que trabajó como policía y le tocó contener e intervenir varias manifestaciones, pero había cosas que recordaba perfectamente, y sabía que Haarleven no tenía ninguna opción de salirse con la suya durante mucho tiempo más. Fuera se oían los amortiguados golpes contra la puerta y dentro la gente no hacía más que quejarse. Tendría que quitarle el arma antes que la presión lo llevara a cometer alguna tontería.

-¡Atrás! -dijo el granjero al grupo de hombres, bajando el arma-. ¿Queréis que abra la puerta? De acuerdo, abriré; pero que quede claro que no pueden quedarse hasta mañana. Que las autoridades se ocuparán de todo.

-¿Las autoridades? ¡Hasta ahora las autoridades no han hecho nada por nosotros!

-¡Eso!

-¡Las autoridades están deseando que nos muramos de hambre y de sed!

-¡Y de frío!

Bollard empezó a pensar a dónde podría llevar a su familia. Por lo que parecía, había llegado el momento de volverse a casa. Tenían suficiente leña como para calentar la chimenea, pero no tenían suficiente comida, ni agua. Seguro que la Europol la ayudaría durante unos días, pero... ¿y después?

Una mujer se apartó ligeramente del grupo. Debía de estar en el quinto o sexto mes de embarazo.

-Le rogamos que nos ayude -suplicó a Haarleven, y luego, dándose la vuelta hacia los demás, añadió-: Y vosotros, haced el favor de tranquilizaros. Con gritos y malas maneras no conseguiremos nada.

-Ya os he ayudado, ¿no lo ves? -le respondió Haarleven-, pero no tengo

suficiente espacio para todos los que están ahí afuera, y, desde luego, tampoco me queda tanta comida.

De una de las habitaciones de al lado llegó un ruido de cristales, un alboroto y más ruido de cristales. La mujer dio un respingo. Haarleven cogió su arma y dio un paso adelante. La gente se echó atrás. Bollard se abrió paso a toda prisa y le bajó el arma suavemente.

-¡Alguien ha roto una ventana! -gritó una mujer desde el salón del desayuno-. ¡Eh! ¡Parad!

En aquel momento Bollard vio aparecer a su mujer por la escalera, con cara de preocupación. Con un gesto le indicó que volviera a subir, y se apresuró a seguirla. Acababa de tomar una decisión.

-Nos vamos -le dijo, cuando ambos estuvieron en la habitación-. ¡Y rápido!

Ella no le pidió ninguna explicación.

Veinte minutos después bajaron todo su equipaje por las escaleras, de una vez, para no tener que hacer más viajes.

Haarleven, sentado junto a la puerta con el arma entre las piernas, los observó con expresión de sorpresa.

-Nos vamos -le dijo Bollard-. Pagué toda la semana por adelantado, así que no le debemos nada. ¿Nos deja salir, por favor?

Haarleven abrió la puerta con mucho cuidado y los hizo salir a todos en un abrir y cerrar de ojos, para cerrarla de nuevo inmediatamente.

Todo fue tan rápido que los amotinados no tuvieron tiempo de reaccionar. Los Bollard arrastraron sus bolsas hasta los coches y los cargaron a toda velocidad. Tuvieron que pedir a algún vehículo que se apartara para poder sacar los suyos, pero en general no tuvieron ningún problema y todo salió bien.

-Yo llevo a los niños -dijo Bollard.

Pocos minutos después tenían la granja a sus espaldas, pero en menos de tres kilómetros se le encendió el indicador de reserva. ¿Cómo era posible? ¡Habría jurado que tenía el depósito lleno!

Al llegar a la entrada de La Haya miró por el retrovisor y vio que su mujer le estaba haciendo largas. Él redujo la marcha, pero vio que su mujer se detenía al margen de la calle y ponía los cuatro intermitentes. Bollard dio marcha atrás.

-Esperad aquí un segundo -dijo a sus hijos, y bajó del coche.

-Me he quedado sin gasolina -le dijo Marie-. Pero estoy segura de que cuando llegué a la granja me quedaba aún medio depósito.

-Entonces no me había equivocado. Mi coche también va en reserva.

Echaron un vistazo a los coches. Ambos tenían rotos los tapones de la gasolina.

Pusieron todas las bolsas en el coche de Bollard, apartaron el coche de Marie un poco más y siguieron el trayecto juntos.

-Espero que podamos llegar a casa -dijo Georges, desde el asiento de atrás.

-¿Cuándo acabará todo esto? -dijo Marie, con lágrimas en los ojos-. ¡Es

agotador!

La Haya

Una vez en casa, su marido la ayudó a bajar las bolsas del coche y se marchó de nuevo a la Europol.

Ahí estaban otra vez. En casa. Pero no porque todo hubiese pasado. Lo primero que hizo fue encender la chimenea, para que al menos hubiese una habitación caliente. Después ordenó la ropa de las maletas y se fue a estudiar la nevera. Los dos primeros días habían dado cuenta de los congelados y de la comida que caducaba, y la verdad es que ahora no les quedaba demasiada cosa. Y como habían pensado intalarse en la granja de los Haarleven hasta que todo hubiese pasado, no se había preocupado de comprar provisiones. Durante su ausencia la mayoría de los alimentos se habían estropeado, y en la despensa sólo encontró algunas latas. Si las combinaba de un modo algo insólito conseguiría comida para dos días, tres a lo sumo. Tendría que agudizar el ingenio. Quizá sus vecinos supiesen dónde podía comprarse algo. François le dijo que aún quedaba alguna tienda abierta. Quizá él supiese lo que había que hacer... Intentó utilizar el teléfono y la televisión, aunque fueron más que nada sendos actos reflejos. En realidad sabía perfectamente que ninguno de los dos iba a funcionar.

¿Cómo estarían sus padres?

+ El comisario de la Unión Europea tacha de «muy seria» la situación de Saint Laurent+

El comisario de la Unión Europea, Roman Padarescu, se mostró muy inquieto ante la situación en la que se encuentra la central nuclear de Saint Laurent, en Francia. Al mismo tiempo, no obstante, manifestó su convencimiento de que los responsables lograrían controlar la situación. Hasta el momento se habían encontrado niveles muy bajos de radiactividad, tan poco significativos que no suponían ningún problema ni para la población francesa ni para la europea. «Debemos hacer frente común ante las terribles y adversas circunstancias que están afectando a tantos millones de ciudadanos en toda Europa, y debemos hacerlo desde la calma y la solidaridad.»

¿Controlar la situación?, pensó Bollard, mientras miraba la pantalla. Eso era tan falso como lo de la poca cantidad de radiactividad. Y el hecho de que los teléfonos de la Europol funcionaran no le sirvió de nada. Una vez más intentó ponerse en contacto con sus padres, y, al ver que no había señal, llamó al Ministerio del Interior en Francia, al departamento de seguridad nuclear y a la policía de Nanteuil, de Blois y de Orleáns, pero fue en vano. Cuatro de las

cinco llamadas no le dieron línea y en la quinta, la del Ministerio del Interior, nadie le cogió el teléfono. Descolgar el teléfono se había convertido, pues, en una especie de ritual sin sentido. En su interior sabía que nadie iba a poder informarle sobre el paradero de sus padres y de los Doreuils.

+ Estados Unidos: reactores y redes a salvo +

Tras el apagón masivo en Europa, las organizaciones para la protección del medio ambiente y los delegados del congreso norteamericano reconocen la necesidad de reflexionar sobre el modelo de la política energética mundial. Los miembros del gobierno aseguran que los reactores americanos son seguros. Los resultados en Europa dan cuenta de la importancia del cambio de las redes energéticas a los contadores inteligentes. Con respecto a las voces que aseguran que el apagón en Europa se debe precisamente a un ataque a los componentes más inteligentes de las redes informáticas, los americanos aseguran que se trata de una «idea descabellada».

+ Las bolsas asiáticas sufren pérdidas considerables +

El tercer día tras el apagón, las bolsas asiáticas abrieron con pérdidas de hasta dos cifras. A mediodía, el Topix japonés había perdido hasta el 9%, el Hang Seng hasta el 8% y el Sensex hasta el 10,7%.

+ Diferencias en la información sobre los daños en los reactores +

En Francia, un experto en seguridad nuclear aseguró que «la cubierta del reactor de Saint Laurent puede sufrir daños». Y si los «daños» se produjeran cerca de la barra de control del combustible nuclear podría liberarse una gran cantidad de radiactividad. Por su parte, los explotadores de la planta se remiten a sus propias mediciones y afirman que en las últimas horas no han detectado ningún ascenso en la radiactividad ambiental; y los defensores del medio ambiente, en cambio, certifican que en Chambord, región de los castillos del Loira, han acusado un exceso de carga de 1 microsievert por hora, lo cual supondría multiplicar por diez el valor recomendado.

+ Noticias de última hora: Francia evacua a sus ciudadanos +

El Ministerio del Interior francés confirma que el departamento de Loire y Cher ha empezado a evacuar a la población que se halla a unos cinco kilómetros de la central nuclear de Saint Laurent. Los afectados son varios pueblos y ciudades pequeñas a ambos lados del Loira. Por lo demás, a todos aquellos que viven a menos de treinta kilómetros de distancia de la planta se les ha recomendado que sigan sin abrir puertas ni ventanas. Entre las ciudades afectadas, algunas como Blois -con su famoso castillo- o los suburbios de Orleáns. No son descartables más medidas de evacuación.

-¡Dios mío! -gimió Bollard.

Nanteuil quedaba entre Blois y Saint Laurent. Volvió a coger el teléfono.

+ Las extracciones de dinero en los cajeros, limitadas a cien euros al día +

Tras los asaltos a los cajeros que en los últimos días se han llevado a cabo en la mayoría de las ciudades europeas, el Banco Central Europeo apela a la calma y la serenidad. «Les repetimos que el acceso al dinero en efectivo está asegurado», ha insistido su presidente, Jacques Tampère, al tiempo que -paradójicamente- reducía a cien euros la cantidad de dinero que uno podía sacar al día. Tampère también ha desmentido el rumor de que varios bancos estuvieran a punto de caer en bancarrota. «Debemos mantener la mente fría», recomendó. Muchas filiales pequeñas, sobre todo en el campo, han tenido que cerrar, pero no porque se hayan quedado sin dinero, sino porque no tenían combustible para poner las máquinas en funcionamiento... Tampère confirma que el Banco Central Europeo ha inyectado más de cien mil millones de euros a los mercados del viejo continente.

+ ¿Nube radiactiva camino a París? +

Desde primeras horas de la mañana, una serie de informes y rumores están provocando el temor y el desasosiego de los ciudadanos: se dice que una nube radiactiva originada en Saint Laurent está avanzando en dirección a París, movida por el viento. Según los explotadores de la central nuclear, la EDF dejó escapar ayer un ligero vapor radiactivo del centro de la planta nuclear, para evitar una mayor presión en el reactor. Pese a ello, la EDF insiste en que se trata de una cantidad muy reducida y que no supone ningún peligro para la población. Las previsiones meteorológicas francesas para las próximas horas confirman que el viento sopla del sur y se dirije a París, pero la distancia a la

que se halla (ciento sesenta kilómetros) lleva a pensar a los meteorólogos que el riesgo es imperceptible. Pese a todo, y por si alguien fuera especialmente hipocondríaco, la única reacción posible sería la de encerrarse en espacios cerrados a esperar que pase el peligro.

Alguien llamó a su puerta.

-¡Adelante!

Era Manzano.

-¿Tiene un ratito?

Bollard colgó el teléfono y lo invitó a sentarse en la pequeña mesa de reuniones de su despacho.

-Está usted pálido -le dijo el italiano.

-Los últimos días me está costando dormir.

-Le entiendo... -suspiró Manzano, poniendo su portátil frente a Bollard.

-¿Recuerda los datos de los proveedores de software de la central nuclear que le pedí?

-Sí.

-Bien. Pues creo que he descubierto algo que podría explicar de dónde vienen los problemas técnicos de las plantas nucleares: cada software es al mismo tiempo tan específico y complejo que un ataque abierto a todas esas centrales distintas resultaría poco menos que imposible. De modo que antes de empezar mis investigaciones me pregunté qué haría yo si quisiera emprender algo de semejante envergadura y no tuviera limitaciones de tiempo ni de dinero. Para empezar, necesitaría una puerta de entrada que me permitiera el acceso al máximo número posible de víctimas. Dicho con otras palabras, algo que fuera común al mayor número posible de centrales nucleares. No hace falta pensar demasiado para caer en la cuenta de que el máximo común denominador a todas ellas son los sistemas SCADA, es decir, el software, que en todo el mundo parte de proveedores de equipos muy básicos. Es cierto que después cada productor SCADA desarrolla soluciones específicas para cada una de las centrales nucleares, pero algunas partes del software son comunes a la inmensa mayoría. Si lograra manipular alguna de ellas... ya estaría. Lo habría logrado.

-Pero los SCADA, por su propia estructura, son extremadamente seguros -le replicó Bollard-. Además, el atacante tendría que colarse igualmente en cada una de las centrales por separado y romper las correspondientes medidas de seguridad, lo cual implicaría un esfuerzo igualmente enorme. -Entornó los ojos antes de continuar-: A no ser...

-... a no ser que se tratara de un trabajador de la propia empresa. Un instalador de sistemas SCADA, por ejemplo -dijo Manzano, verbalizando la sospecha de Bollard-. En estos momentos, todo me lleva a pensar que esto podría ser precisamente lo que hubiera sucedido. Y ya ve que digo «podría ser» con toda la cautela del mundo. Pero convendrá conmigo en que en los últimos años los sistemas se han ido volviendo cada vez menos seguros, más

vulnerables.

-¿Por qué dice esto? ¿En qué sentido los ve más vulnerables? -le preguntó Bollard.

-Me refiero a que, comparándolos con los sistemas SCADA de primera generación, en los que cada fabricante utilizaba sus propios protocolos y estilos de software, los sistemas actuales se remiten cada vez más a soluciones estandar de las que podrían utilizarse para cualquier ordenador o página de Internet. Eso facilita su manejabilidad, pero aumenta drásticamente los riesgos de seguridad -explicó Manzano-. De todos modos, debo admitir que mis sospechas parten de una única estadística.

En la pantalla del ordenador apareció un mapa de Europa con muchos puntos azules.

-Éstas son, según me consta, las centrales nucleares afectadas actualmente. He realizado una sencilla comparación entre cada uno de los software y... los resultados son demoledores.

Presionó una tecla. La mayoría de los puntos se volvieron rojos.

-En todas estas centrales el sistema SCADA ha sido instalado por el mismo productor.

Dejó que sus palabras hicieran efecto.

-Evidentemente, y por seguridad, he seguido también el proceso inverso en mis investigaciones. El resto de centrales, las que no se han visto afectadas por el apagón, fueron instaladas por otra empresa. Dicho con otras palabras: la inmensa mayoría de las centrales nucleares que actualmente no están disponibles adquirió su software en la misma empresa: Talaefer.

Centro de mando

El italiano empezaba a resultar una carga.

Obviamente, habían contado con la posibilidad de que miles de investigadores e informantes en toda Europa acabasen descubriendo alguna pista tarde o temprano, pero la verdad es que esperaban que hubiese sido más bien algo después. Y una vez más, la culpa era del italiano. Primero los contadores en Italia y Suecia, y ahora esto. Había llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Jugarían un poco con él. Evidentemente, tenían acceso a su ordenador, así que...

Escribió algo en su pantalla. Frente a él apareció una lista con varios nombres, entre los que se hallaba el de Manzano. A su derecha, la indicación «offline». De modo que no estaba conectado. Bien. En cuanto abriera su portátil y se conectara, recibiría una pequeña sorpresa. Casi le dio pena, el pobre. Casi le había cogido cariño. Igual que él había ofrecido resistencia a la policía, había esquivado sus porras en las manifestaciones, se había colado en lugares prohibidos, hackeando sin demasiados problemas los recovecos más interesantes de la red, y había cruzado límites y los había diluido sin más. Hasta que un día, como tantos otros, acabó tomando un camino, que ahora era distinto al de Manzano. Pues bien, ya que el italiano había decidido apartarse, quizá podrían lograr que volviera a él.

La Haya

-¿Y bien? ¿Qué opina?

Bollard miró la pantalla de su ordenador con el ceño fruncido. En la esquina superior derecha había una pantallita con la imagen del director de la Europol. Volvía a estar de viaje, en esta ocasión en Bruselas, donde tenía una reunión con los directivos de varias organizaciones de la Unión Europea.

-Me parece que tenemos que seguirle el rastro a esta pista -dijo el director-. Tenemos que investigar cualquier sospecha, y además cuanto antes, pues el tiempo nos juega en contra.

Bollard sintió que le quitaban un peso de encima. La colaboración de Manzano con la periodista americana le había sentado a cuerno quemado y, aunque en sentido estricto el italiano no hubiese roto su cláusula de silencio, él se había temido lo peor y había estado muy preocupado. Tenía ganas de quitarse de encima a ese pseudorrevolucionario.

-¿Qué le parecería -preguntó a Ruiz- que enviásemos a Manzano a Talaefer, de apoyo?

Y que los alemanes se las vean con él...

-¿No lo necesita en La Haya?

-Yo necesito aquí toda la ayuda posible, pero si su tesis tiene algo de cierto, será de más utilidad en Talaefer.

-Bien. Propóngaselo.

Por fin, pensó Bollard. ¡Ciao, Piero Manzano!

-¿Que quieren qué? -preguntó Wickley.

-Tener acceso al software -repitió el director de los servicios técnicos.

Acababa de mantener una conversación vía satélite con Bangalore.

-Hemos vuelto a tener contacto. Como sabe, sólo podemos hacerlo tres o cuatro veces al día.

-¿Y tocaba la ronda de peticiones?

Tras las ventanas del edificio de Talaefer S.A., el cielo estaba gris. El invierno se había instalado, triste y frío, en la ciudad. En los despachos, todo el mundo llevaba bufanda y chaqueta. Estaban ridículos, la verdad. Wickley soñó con ir a Bangalore.

-Los operadores muestran problemas en varias centrales nucleares y no logran explicárselos. Dicen que necesitan nuestro apoyo.

-Bueno, pues tendremos que hacer lo posible por brindárselo. ¿Qué les preocupa, exactamente?

-No están seguros. El problema es que nuestros técnicos suelen conectarse y colarse en el sistema vía online. Mientras no haya Internet no es un problema, pero...

-¿Les enviamos a alguien?

-¿Cómo? ¡Pero si a duras penas tenemos a nadie para cubrir el trabajo de aquí! No podemos permitirnos ese lujo. Además, ¿a dónde lo enviaríamos primero? ¿Y cómo?

Wickley se frotó las manos, se las acercó a la boca y sopló.

-Encuentre el modo de conseguirlo.

-En eso estamos, señor. Pero aquí sucede lo mismo que con el carburante. Siempre hay alguien que lo consigue antes porque es más importante.

Wickley notó en los oídos un extraño murmullo que poco a poco empezó a convertirse en un sonido atronador. Ya había tenido dos infecciones de oído, y una tercera era lo que menos necesitaba en ese momento. El ruido empezó a ser cada vez mayor, más intenso, hasta hacerse inaguantable.

-¿Qué es eso? -preguntó el técnico.

-¿Tú también lo oyes? -Wickley intentó dismular su alivio. No era el momento de mostrar debilidades.

Ahora el ruido lo llenaba todo. Una sombra oscureció la ventana del despacho. Wickley reconoció la silueta azul oscura y el sonido atronador de un helicóptero que se acercaba lentamente al aparcamiento, junto al edificio.

-¿Qué demonios...?

Corrieron hasta la ventana y vieron que el aparato se posaba entre los coches. Justo después bajaron de él cuatro hombres, cargados con pesadas bolsas que lanzaron al suelo. Dos de ellos corrieron agachados hacia la puerta. Los otros dos se quedaron de pie. A un lado del helicóptero, Wickley

reconoció el distintivo.

-¿Policía?

-¿Y qué quieren? -exclamó el técnico, sin dar crédito a lo que veía.

Del interior del helicóptero lanzaron algunas cajas, que los dos tipos que se habían quedado ahí cerca se encargaron de recoger y poner junto a las bolsas, y para acabar saltaron del helicóptero otros dos pasajeros. Uno hizo una señal y el aparato se elevó, dio un giro y se marchó de allí. La acción no duró más de tres minutos.

Alguien llamó a su puerta.

Estaban sentados en una pequeña sala de reuniones. Wickely los había llevado allí porque quedaba junto al vestíbulo de la entrada. El presidente de la empresa miró a Hartlandt, después carraspeó y dijo:

-¿Y cómo debo entender esta intromisión? ¿Cuál es el titular?

Durante el ejercicio de su carrera en la Oficina de la Policía Criminal Federal, Hartlandt había aprendido a tratar con directivos de grandes empresas. No le gustaba nada la arrogancia de Wickley, pero estaba acostumbrado y supo mantener la calma.

-«Investigación por presunta pertenencia a organización terrorista», por ejemplo. No estoy sugiriendo que esté usted involucrado -dijo, entre el decoro y el sarcasmo-, pero es posible que alguien de su empresa sí lo esté, e imaginamos que tendrá usted todo el interés del mundo por descubrir si es cierto y, en caso de que así sea, saber de quién se trata, ¿verdad?

Wickley hizo un gesto de negación con las manos.

-¿Está diciendo que tengo un terrorista en mi empresa? ¿Cómo se atreve?

-Parece que su sistema de control y adquisición de datos no es tan seguro como usted cree...

-¿El sistema SCADA? -preguntó-. ¡Imposible! -dijo, indignado y rotundo.

Hartlandt había esperado aquella reacción, de modo que cogió las estadísticas que le había enviado la Europol, desplegó sus papeles frente al presidente de Talaefer y le explicó los hechos.

-Debe tratarse de un error -insistió Wickley, obstinado.

-Tanto si lo es como si no -le respondió Hartlandt-, nuestro deber consiste en informarnos e investigar, como usted comprenderá. Le ruego que nos prepare el listado de todos sus trabajadores, especialmente de los que han colaborado activamente en este proyecto. E informe a los altos cargos de que hoy mismo queremos reunirnos con todos ellos. Mis hombres son forenses informáticos de la Oficina Federal de Investigación Criminal; ayudarán a su gente a encontrar cualquier error posible.

-Eso no será tan fácil, me temo -admitió Wickley al fin.

Era obvio que no le gustaba nada tener que bajar la cabeza. Hartlandt no dijo nada y esperó a que el otro continuara con su explicación.

-Nuestros servicios de emergencia no habían previsto una situación como ésta y no estamos preparados. Muchos empleados no han podido venir a trabajar, ya sea por falta de gasolina o por la pésima situación del transporte

público. Por lo demás, dado que no tenemos electricidad no podemos abrir nuestros ordenadores para revisar los datos.

Hartlandt hizo un esfuerzo para no echar en cara a Wickley la ironía de que una compañía de electricidad tan poderosa como Talaefer no tuviera ningún dispositivo de energía de emergencia, y se limitó a asentir.

-No se preocupe por eso, yo me encargo. En menos de veinticuatro horas les conseguiremos al menos una fuente de alimentación mínima. Usted preocúpese de convocar a sus empleados. Ah, también necesitaré tres salas de la empresa para instalar a mi equipo: una para mí, una para ellos y otra como almacén.

Berlín

Michelsen salió de la ducha y se secó con la toalla. Se peinó, se maquilló ligeramente y se vistió. Cuando salió del baño se cruzó con dos personas más que hacían cola para entrar. Las cuatro literas del sótano eran uno de los servicios de atención al cliente preferidos por los trabajadores del ministerio; uno de los pocos destinos de Berlín en los que podían seguir cuidando con relativa normalidad su higiene personal.

Michelsen cogió el ascensor en el tercer piso. Desde que se anunció el estado de emergencia, éste iba siempre cargado hasta los topes. Justo en ese momento sonó el teléfono; un colega levantó el auricular, se dio la vuelta y la llamó.

Al otro lado de la línea estaba Jürgen Hartlandt. Lo había conocido muy brevemente, por videoconferencia, el día que el gabinete de crisis decidió enviar un equipo de agentes especiales a Talaefer.

-Allí no tienen electricidad -le dijo el hombre de la BKA (la policía criminal federal) tras un breve saludo-. Necesitamos que nos mandéis algún generador.

Michelsen cerró los ojos unos segundos y suspiró.

-Me encargaré de ello. Llamaré inmediatamente.

Michelsen sabía que corría prisa... como todo últimamente. Se dirigió a su hombre de contacto en los servicios técnicos y le explicó el problema.

-Todo el mundo necesita generadores -se quejó él-, y carburante para que funcionen. En los últimos días los hemos repartido todos, o casi todos.

-Lo sé, lo sé... pero esto es importante.

-Claro, todo lo es. -El hombre se encogió de hombros.- Pero usted ya sabe cómo está todo.

En la pantalla del ordenador clicó sobre un mapa de Alemania. Infinidad de puntos de distintos colores, sobre todo en las ciudades y sus alrededores. Tras teclear un par de comandos, sólo quedaron iluminados los puntos azules.

-¡Alabados sean nuestros programas de geodatos! Al menos valió la pena el gasto enorme que supusieron, porque gracias a ellos podemos seguir organizados. Bien, aquí tiene todos los sistemas de energía de emergencia de los que disponemos. En la lista de la derecha, los que aún están disponibles.

-¿Qué lista? Aquí no hay nada.

-Exacto. El problema reside, pues, en decidir a quién debemos quitar los generadores que queremos instalar en Talaefer. Seguro que, sea quien sea, se mostrará encantado con la idea.

-Lo lamento mucho por ellos, pero esto es prioritario -dijo Michelsen-. Usted sabe mejor que nadie quién, dónde y cómo está siendo ayudado. Decida, pues, a quién le será menos duro renunciar a la corriente, y yo asumiré la responsabilidad.

El hombre dedicó unos minutos a estudiar otra lista, y al final le dijo:

-Tenemos aquí a un político local de Düsseldorf que se hizo con un generador de emergencia para su restaurante y su gimnasio, argumentando que de este modo aseguraba alimentos y salud para la población.

-Por lo visto nos vimos obligados a hacer la vista gorda en alguna ocasión... -dijo Michelsen, avergonzada.

-¿Obligados? -preguntó él, burlón.

-... pero quizá sea el momento de enderezar decisiones, ¿no le parece?

-Nada me haría más feliz.

Düsseldorf

Las escenas que vio lo transportaron a su primera infancia, aunque ni siquiera habría sabido decir si eran recuerdos vividos o extraídos de los medios. Hartlandt jamás había visto las calles alemanas tan vacías. Ya casi no quedaba gasolina, y sólo les estaba permitido repostar a quienes mostraran un justificante que los identificara como transportistas de alimentos básicos para la población. De hecho, no sólo se echaban de menos los vehículos, sino también la gente en la calle. Lo único que había en abundancia era basura: cientos de miles de bolsas ocupando todas las aceras. La ciudad tenía un aspecto fantasmagórico.

Observó la comitiva por el retrovisor. La grúa iba justo detrás de él, y, cerrando la comitiva, un microbús de la policía de Düsseldorf con seis agentes. Su misión era asegurar que durante aquellos días nadie compartiera libremente un generador de energía, más allá de si le pertenecía o no.

Ya no había semáforos a los que obedecer, ni policías que intentaran regular el tráfico. Ya al segundo día vieron que sus esfuerzos no tenían ningún sentido.

Entraron en la calle Fürstenwall. Ni siquiera se molestó en mirar los números de los pisos. Tenía que reconocer el generador a simple vista...

Efectivamente: vio la máquina de lejos. Dos metros de altura por más de dos metros de anchura hacían que ocupara casi toda la acera, y, además, de él salían un montón de cables que se adentraban en un piso. A la derecha, una gran pantalla en la fachada de la casa recomendaba la pizzería San Geminiano, y a la izquierda, desconectadas, las letras de neón en las que podía leerse el nombre de un gimnasio.

Aparcó de tal modo que el camión que llevaba detrás quedó justo enfrente del generador. Esperó a que todos hubieran bajado de sus respectivos vehículos: sus colegas de la unidad criminalista, los tres técnicos del camión y los hombres uniformados del microbús. Apestaba a carburante y basura.

Juntos entraron en la pizzería. Una camarera los saludó y se disponía a llevarlos hasta una mesa cuando Hartlandt le pidió que llamara al dueño. La joven desapareció por una puerta, tras la barra, y él cogió una de las cartas -una de ésas con las hojas plastificadas y la hojeó-. Era el típico restaurante italiano de barrio, sin demasiadas aspiraciones. Pizzas, pasta, tiramisú. Lo que no era tan típico eran los precios, escritos a mano sobre unas pegatinas que tapaban las cifras anteriores. Por lo visto, habían cambiado los ingredientes normales por otros bañados en oro.

-Buenos días, caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Tras la barra apareció un hombretón de hombros anchos y cogote enorme, vestido con una camisa azul de cuello blanco, americana y corbata. Hartlandt era bastante alto, pero él le sacaba al menos una cabeza.

-¿Alfons Hehnel?

-Sí.

Hartlandt le mostró su documentación.

-Tenemos orden de desmontar los generadores de su local, y de recomendarle que lo cierre.

El hombre frunció el ceño, pero en seguida recuperó la compostura.

-No -dijo-, debe tratarse de un error. Me dieron el generador para poder abastecer a toda la gente de la zona.

-Puede ser, puede ser, pero ahora necesitan la máquina, y la necesitan urgentemente, en otro lugar. De modo que empezamos a desmontarla.

Se dio la vuelta e hizo una señal a los técnicos, que salieron inmediatamente de la sala. Hehnel corrió tras ellos.

-¡No! ¡No pueden hacer eso!

Hartlandt también salió del restaurante y, cerrando la comitiva, la policía. Ya fuera del local, los hombres del equipo técnico siguieron los cables que salían del generador e iban a parar a una puerta, que resultó ser una despensa tras la cocina. Se disponían a desconectar los primeros cables cuando Hehnel los detuvo, gritando:

-¡Basta ya! ¡No tienen ningún derecho a colarse en mi casa y dejarme sin electricidad!

-Desde luego que lo tenemos. Deje trabajar a nuestros hombres.

-¡Por encima de mi cadáver! -dijo el hombre, interponiéndose entre los técnicos y el generador.

En ese momento apareció una figura tras la puerta. Era el cocinero; un tipo aún más musculoso que su jefe.

-Llama a los demás -le dijo Hehnel-. Quieren llevarse nuestro generador.

-Señor Hehnel -le explicó Hartlandt-. Si se niega a ayudarnos cometerá un delito y nos veremos obligados a emprender acciones. Por favor, deje trabajar a mis hombres.

Hehnel cruzó los brazos, alzó la barbilla -un gesto que a Hartlandt le hizo pensar en Mussolini- y respondió:

-No tienen ni idea de quién soy.

-Nos consta que usted es delegado del CDU, pero me temo que esto no le servirá de nada. La orden de llevarnos su generador viene de más arriba. Directamente del estado de emergencia. Y aunque el canciller pertenezca al SPD, créame, esto no tiene absolutamente nada que ver con política. De modo que hágase a un lado, por favor.

De la cocina salió una docena de tipos musculosos y fornidos, la mayoría vestidos con ropa de deporte, y algunos -por qué no decirlo- muy sudados. El cocinero debió de ir a buscarlos al gimnasio de al lado.

-¿Qué se supone que significa esto? -preguntó Hartlandt.

Se dirigió a los recién llegados y les repitió su misión. Ellos lo escucharon sin abrir la boca, y luego miraron a Hehnel, a la espera de una reacción.

Hartlandt hizo una señal a los policías. Éstos se acercaron al dueño del

restaurante -y del gimnasio- e intentaron apartarlo para acceder a los cables del generador, pero éste se negó a hacerse a un lado. Los policías lo empujaron con más ímpetu y él se resistió también con más fuerza, hasta que al final llegaron a las manos. Hehnel maldijo y pegó, pero no se movió ni un centímetro. Sus colegas se acercaron amenazadoramente.

La gente de Hartlandt era inferior en número y de complexión más débil, pero éste se preguntó cómo era posible que aquellos tipos estuvieran intentando intimidarlos de verdad. ¿Acaso no había entendido quiénes eran?

Dio un paso al frente y con voz fría y determinante gritó:

-¡Basta ya! Déjenos hacer nuestro trabajo.

Pero Hehnel no se movió de su sitio y lo miró por encima del hombro, arrogante. Sin previo aviso, Hartlandt le hizo una llave y lo redujo sin más. Antes de que Hehnel pudiera darse cuenta, ya estaba en el suelo, boca abajo, con un brazo a la espalda y la rodilla de Hartlandt en sus lumbares. Los hombres de Hehnel estaban a punto de tirársele encima cuando los policías sacaron sus pistolas como método disuasorio.

-Señores, les aconsejo que se marchen a sus casas antes de que los arrestemos -dijo Hartlandt, con dureza, mientras un policía le ponía las esposas a Hehnel.

Los policías acompañaron a los culturistas al exterior del local, mientras Hartlandt ayudaba a Hehnel a levantarse y se dirigía al comedor del restaurante.

-El local está cerrado -dijo, dirigiéndose a los soprendidos clientes-. Por favor, hagan el favor de marcharse.

Los comensales empezaron a levantarse para irse, cuando Hartlandt detuvo a un anciano y le preguntó:

-Dígame, ¿viene mucho usted por aquí?

El hombre lo miró cautelosamente y por fin respondió.

-Sí. ¿Por qué?

Hartlandt le enseñó la carta.

-¿Cuánto tiempo hace que los precios son tan elevados?

-Desde el apagón, hombre, ¿desde cuándo si no? -El tipo parecía indignado, aunque Hartlandt no pudo decidir si era por culpa de su pregunta o de los propios precios.

-Gracias -le dijo. Y luego, dirigiéndose a Hehnel, añadió-: Y estafador, además.

Lo empujó hacia la calle e hizo una señal a sus trabajadores para que empezaran a desconectar el generador. Los motores callaron. La pizzería San Geminiano quedó a oscuras.

Un cuarto de hora después, el generador estaba en la grúa, de camino a su nuevo destino.

La Haya

Una caravana de camiones cisterna y militares se abría paso por la pantalla del televisor. Manzano no pudo evitar pensar en las películas de acción de finales de los setenta.

-El accidente en la central francesa ha despertado la alarma en el resto de países de Europa -dijo el presentador del telediario-. El suministro de carburante, estrictamente controlado, deberá asegurar ante todo el abastecimiento de los sistemas de emergencia de las centrales nucleares.

Todos los que estaban presentes en la sala de reuniones de la Europol escucharon atentamente el reportaje.

-A excepción de la de Saint Laurent, cabe decir que prácticamente todas las plantas nucleares del continente y las islas británicas están estabilizadas. El Organismo Internacional de Energía Atómica ha advertido sobre doce pequeñísimos incidentes en otras tantas plantas nucleares -nada importante- y la única que parece estar sometida a un cierto riesgo es la checa Temelín. Las malas noticias, pues, se limitan a la central francesa averiada.

Hacía tiempo que la única cadena que seguía en activo era la CNN. El resto de emisoras nacionales y europeas había tenido que suspender sus programaciones. En la pantalla, una grabación granulada y borrosa de la instalación. Como si de un globo se tratara, uno de los edificios de la central nuclear empezó a hincharse hasta explotar en mil pedazos.

-En la central francesa se ha producido una segunda explosión, y varios de sus edificios se han visto gravemente deteriorados.

Personajes inquietantes con trajes protectores y antiradiactivos se acercaron a Saint Laurent y, como insectos enormes, empezaron a moverse por toda la planta y a llevarse de allí un montón de cajas.

-Una hora después, se calculó que la radiactividad se había multiplicado por treinta.

En la pantalla, otro hombre-insecto con un logo de Greenpeace en la solapa, mostraba un medidor a los espectadores.

-Las organizaciones de protección del medio ambiente han reconocido que las dosis de radiactividad liberadas hasta el momento podían resultar nocivas para la salud de todos aquellos que se hallaran a veinte kilómetros de la central.

Frente a sus ojos, varias brigadas de camiones militares cargados de unidades especiales y materiales teñidos del verde corporativo parecían empeñadas en mostrar una verdadera película de terror social.

-El gobierno francés ha empezado a evacuar a todos los ciudadanos que viven a menos de veinte kilómetros de distancia de la central.

Las siguientes imágenes que aparecían en pantalla se habían convertido ya en un clásico de los últimos días: pabellones, escuelas, salas de conferencias y

demás espacios habilitados como centros de acogida.

Manzano vio que Bollard cogía el teléfono y marcaba un número. Con el auricular en la oreja, no apartó la vista de la televisión ni un segundo.

En ella podía verse ahora un aeropuerto. Unos aviones enormes parecían devorar a unos camiones de carga, como ballenas tragando placton. En las siguientes escenas varios soldados ayudaban a cargar cajas en los camiones y a indicarles qué maniobras debían hacer para entrar en los aviones.

-Estados Unidos, Rusia, Turquía, China, Japón y la India preparan el envío de las primeras ayudas.

Bollard colgó el teléfono. Manzano juraría que no había hablado con nadie.

-Tenemos que detener esta locura -dijo uno.

El resto enmudeció.

Ratingen

Hartlandt montó su campamento base en una de las salas de reuniones del vestíbulo de Talaefer S. A. Apartó las mesas hacia la pared, formando un ángulo recto en la esquina, y dispuso que todos los ordenadores de su gente se colocaran en una de las alas, mientras que la otra se dejaba libre para posibles reuniones. El generador de emergencia que habían colocado en la parte de atrás del edificio funcionaba perfectamente y daba la energía suficiente como para mantener encendidos todos los ordenadores, posibilitar la presencia de algún lavabo en la planta baja y mantener a punto el servidor. Los técnicos habían desacoplado los ascensores y el resto de plantas para no gastar más energía de la necesaria. El propio Wickley tuvo que salir de su despacho e improvisar uno en la planta baja. En ese mismo momento estaba reunido con algunos de sus expertos, intentando ponerlos al día sobre la situación de la empresa.

-El equipo directivo encargado del SCADA está compuesto por siete personas, de las cuales dos están hoy aquí; el plantel al completo asciende a unas ciento veinte personas. El señor Dienhof le dará más detalles.

El susodicho, un hombre alto y delgado de pelo canoso y densa barba, cogió un papel, le echó un vistazo y dijo:

-Tres de nuestros directivos están de vacaciones y no hemos conseguido ponernos en contacto con ellos. Otros dos viven en Düsseldorf y parece que han tenido que instalarse en alguno de los alojamientos de emergencia del Estado, aunque aún no hemos podido descubrir en cuáles. Quizá ustedes podrían ayudarnos con la búsqueda, pues tienen mejor acceso a este tipo de información... -dijo, dirigiéndose a Hartlandt.

-Me ocuparé de ello -le aseguró éste.

-Del resto del equipo, sólo hemos logrado ponernos en contacto y facilitar su venida al trabajo a diez personas; con las demás ni siquiera lo hemos intentado, bien porque no disponemos de suficientes vehículos con gasolina, bien porque no las hemos localizado.

Dejó el papel sobre la mesa.

-Si nos entrega una lista con los nombres y direcciones de todos sus trabajadores, intentaremos encontrarlos -dijo Hartlandt.

Dienhof asintió.

-Por lo que respecta a los sistemas SCADA, creemos que tendríamos que esperar a mañana para empezar con los análisis. Por el momento no podemos valorar cuánto tardaremos en estar listos. Cuanta más gente tengamos trabajando, mejor. Los sistemas se basan en algunos módulos básicos y generales, pero el patrón es ligeramente distinto para cada cliente. Sea como fuere, lo primero que hacemos es controlar los factores comunes, de modo que si nuestros sistemas tuvieran realmente algo que ver con todo este trágico

desaguisado... deberíamos empezar buscando por ahí, porque la mayoría de las centrales nucleares comparten muchos de esos factores.

-Me parece bien -dijo Hartlandt-. Sigan así. Nosotros haremos cuanto esté en nuestra mano para encontrar al mayor número de trabajadores posibles.

Hartlandt comprobó el nombre que tenía en su lista con el que aparecía en el buzón de la puerta de aquella casa unifamiliar. Dimitri Polejev. Tocar el timbre no tenía ningún sentido, así que se puso a gritar aquel nombre. Al no obtener respuesta, abrió la puerta del garaje con una ganzúa.

En aquel preciso momento, cuatro de sus agentes y cinco policías regionales estaban haciendo exactamente lo mismo en otras tantas direcciones extraídas de las listas de trabajadores de Talaefer. Tras la reunión con Dienhof habían estado informándose y ahora tenían permiso para dedicarse a la misión. Los coches los consiguieron en un concesionario local, y a cada uno le tocó una ruta. Los ciento veinte trabajadores que tenían que encontrar vivían en un radio de setenta kilómetros. Toda la gente de Hartlandt y el resto de policías uniformados cargaron sus depósitos de gasolina en los centros de emergencia habilitados para ello y salieron a trabajar. Polejev era el número once de su lista.

Hartlandt golpeó la puerta con el puño y volvió a gritar el nombre que tenía en su lista. Por fin, un hombre abrió unos centímetros. Hartlandt vio que el seguro estaba corrido, pero era tan fino que se rompería sin ninguna duda en caso de que diera una patada contundente a la puerta. Se presentó y preguntó si Polejev se hallaba en casa.

-Yo soy Polejev -respondió el hombre, sin abrir.

-Bien, venimos a decirle que los necesitamos, a usted y a sus colegas, en el departamento de informática de Talaefer -le informó Hartlandt.

Polejev cerró la puerta, corrió el pestillo y lo invitó a pasar a un oscuro pasillo. En algún lugar se oía llorar a un niño.

-Mi coche no tiene gasolina -le respondió-, y caminar veinticinco kilómetros no tiene ningún sentido.

-Por eso mismo hemos montado un servicio de transporte -dijo Hartlandt-: un coche los recogerá cada mañana y los devolverá a casa por la tarde.

-¿Y cómo piensan hacerlo? -Polejev precedió al criminalista hasta el salón, no menos oscuro que el pasillo. Una mujer vestida con anorak y pantalones de esquí iba de un lado a otro de la habitación con un bebé en los brazos. En el sofá, otros dos niños pequeños bien abrigados, con sus chaquetas y sus gorros de lana. Llevaban también unas mantas sobre los hombros y estaban jugando a muñecas, en la medida en que sus torpes manitas enguantadas se lo permitían.

-¿Quiere que deje sola a mi mujer?

-Lo necesitamos. Su presencia es imprescindible. Quizá pueda ayudarnos a acabar con todas estas desgracias.

Le habló de los últimos descubrimientos sobre los sistemas SCADA y le preguntó:

-¿Qué le pasa al bebé?

-Que tiene hambre y frío, como todos.

-¿Y por qué no va a alguno de los centros de acogida que se han habilitado como alojamientos de emergencia? Allí hay calefacción, y tienen comida, lavabos y hasta duchas.

-Lavabos... -dijo la mujer de Polejev-. ¡Y duchas!

-¿Cómo se las arreglan ahora? -quiso saber Hartlandt.

Polejev le señaló el jardín. Ahí fuera. He cavado una fosa.

Hartlandt vio el agujero al fondo, junto al seto.

-Y éste es nuestro papel de vater, desde que se acabó el de verdad -dijo Polejev, señalando la librería.

-Muy ingenioso -admitió Hartlandt, y luego, dirigiéndose a la mujer, añadió-: Señora Polejev, necesitamos a su marido -y le explicó los motivos de su visita.

-Entonces no me queda más remedio que irme con los niños a uno de esos pabellones -suspiró.

-Sí, claro, y mientras tanto vendrá cualquiera y nos robará todo lo que tenemos -dijo Polejev, indignado.

-Tú podrías quedarte aquí si quisieras, ¿no?

-Además, ¿quién iba a querer robar nada? -dijo Hartlandt-. Ya casi nadie tiene gasolina, así que los ladrones lo tienen crudo para llegar hasta aquí. Y sus vecinos no harían algo así, estoy seguro.

-Cómo se nota que no conoce usted a nuestros vecinos -dijo Polejev moviendo la cabeza-. Está bien, reconozco que la mayoría es buena gente, pero no me cabe la menor duda de que dadas las circunstancias uno no actúa con normalidad.

-Pero es mejor perder algo material que arriesgarse a que sus hijos cojan una infección pulmonar, ¿no le parece?

-Creo que tiene razón -intervino la señora Polejev.

-¿Y dónde está el centro de acogida más cercano? -preguntó él, algo molesto.

-En Ratingen hay tres: en el colegio, la sala de conferencias y el pabellón deportivo. Seguro que en alguno de ellos les encontramos un sitio. Nosotros los custodiaremos hasta allí. Prepárense una maleta con lo imprescindible.

El bebé no pareció estar demasiado impresionado con toda aquella conversación y rompió a llorar. La mujer de Polejev se limitó a decir: «De acuerdo».

Polejev se encogió de hombros y miró a Hartlandt, angustiado.

-Está haciendo lo correcto -le dijo el criminalista-. Su familia estará mejor cuidada y usted será útil con su trabajo.

A continuación le informó de que saldrían a primera hora de la tarde y le preguntó por algunos de sus colegas:

-Nos consta que están de vacaciones -añadió-, pero no sabemos a dónde iban y por lo tanto no podemos dar con ellos. ¿Tiene usted alguna idea de

dónde podrían estar?

Polejev se quedó un rato pensativo.

-Müller tenía pensado ir a Suiza a esquiar, diría yo, aunque no sé exactamente dónde. Dragenau mencionó algo de Bali, y Fazeli tenía ganas de quedarse en casa porque quería hacer obras, o algo así.

Hartlandt le dio las gracias. Dragenau era importante. Era uno de los directivos que no lograban localizar. Y la encargada del personal de Talaefer ya mencionó el viaje a Bali. Él era uno de los que habrían querido que no se fuera porque seguro que les habría echado una mano... Pero si realmente estaba en Bali poca ayuda iba a poder darles.

De nuevo en el coche, hizo una marca junto al nombre y la dirección de Polejev e introdujo su siguiente destino en el navegador.

El salón de actos se hallaba en un edificio moderno y funcional, ante cuya puerta había reunidos varios grupos de personas charlando entre sí o fumando. Allí donde solían venderse las entradas para las diversas funciones, o la gente se acumulaba a comprar palomitas y refrescos, o se despedía al acabar el concierto o la representación, allí había hoy un montón de gente abrigada de riguroso invierno, aunque en la calle hacía aún más frío que allí. Hartlandt echó un vistazo al salón desde las enormes puertas abiertas, y por unos segundos le pareció volver al año en que hizo el servicio militar y le tocó ayudar durante las inundaciones de 1997.

Sobre los distintos y antiguos carteles con los precios de las «Entradas», las «Bebidas» y el «Para picar» se habían colocado otros letreros en los que ponía «Ingresos», «Cruz Roja», «Voluntarios», «Entrega de material», o indicaciones para ir a otras salas en las que se hallaban los lavabos, las duchas, o la recogida de comida. En una pared larga había colgados infinidad de papelitos con notas, fotos y mensajes; una especie de panel de anuncios, pensó Hartlandt. La luz era muy parca, pues sólo estaba encendido uno de cada cuatro fluorescentes, seguramente para ahorrar electricidad.

Se dirigió al cartel de «Ingresos». Una mujer mayor y corpulenta lo saludó con desgana. Él se presentó y le entregó una lista con treinta y siete nombres.

-¿Podría decirme si alguna de estas personas está ahora aquí?

Sin abrir siquiera la boca, la mujer se dio la vuelta hacia un armario enorme que tenía detrás y abrió uno de sus muchos cajones. Se puso a revisar los registros y de vez en cuando cogía la lista de Hartlandt y apuntaba algo en ella.

El criminalista observó a la gente. No parecían nerviosos ni preocupados. Casi podría decirse que estaban ahí tan tranquilos, esperando que empezara un concierto o una representación. Las conversaciones se confundían y sobreponían forjando un murmullo de fondo que llenaba toda la sala. Vio a una mujer arrastrando una enorme bolsa de basura, y a un montón de niños corriendo de un lado a otro hasta desaparecer entre la gente a toda velocidad. Vio también a una docena de personas haciendo cola bajo el cartel de «Entrega de material», y a un hombre con dos niños al que acababan de darle

una de aquellas típicas mantas que utilizaban en los campamentos de verano de la parroquia. Una enfermera de la cruz roja habló mucho rato con un niño al que acabó poniéndole una medicina en la mano y dejándolo ir.

-Once personas de su lista han pasado por aquí -dijo la corpulenta mujer a sus espaldas-. En la entrada del vestíbulo encontrará planos marcados sobre cuadrículas. Cada una de las letras y números que conforman los cuadrados dan cuenta del lugar que les ha adjudicado para dormir. Pero para utilizar nuestros espacios adaptados no es obligatorio pasar por recepción ni apuntarse o darse de alta o algo parecido, de modo que no puedo asegurarle que sigan estando aquí o que no haya nadie más.

Hartlandt le dio las gracias y se dirigió hacia el plano de la cuadrícula. Por el camino echó un vistazo a la lista. Por suerte, entre los nombres que le había apuntado la mujer, se hallaba el de uno de aquellos directivos cuyo paradero era desconocido hasta la fecha y que, según Dienhof, podía resultar vital para dar un empujón a las investigaciones.

La sala en sí tenía una cuadrícula marcada en el suelo y no era más que un espacio lleno de colchones puestos en filas y en columnas, con alguna que otra manta colgada y puesta a modo de separación. El suelo y el techo eran de madera, lo cual confería a la sala un ambiente amable y cálido, pero el aire era denso y olía a moho y a ropa húmeda, a sudor y a orina. La mayoría de la gente estaba sentada o estirada en sus camas. Algunos hablaban o leían o miraban al techo o dormían.

Hartlandt miró de nuevo su lista y se dirigió a su primer objetivo.

Bruselas

-¿Que han hecho qué? -gritó Nagy al teléfono.

Había puesto el altavoz, de manera que todo el mundo en la sala de control del CIMUE podía seguir la conversación.

-Han saqueado el almacén -dijo una voz en inglés al otro lado del teléfono. Era el enlace con el Ministerio del Interior eslovaco.

Todos los Estados disponían de unos almacenes más o menos grandes con equipamientos para emergencias, desde tiendas de campaña o lavabos móviles hasta teléfonos vía satélite, pasando por pequeños generadores de emergencia. La mayoría sólo tenían sentido en caso de darse una colaboración internacional... Y ahora resultaba que en uno de aquellos almacenes, el que se hallaba cerca de Zvolen, los responsables se habían encontrado con las cuatro paredes vacías.

-Debieron de entrar por la noche -dijo el inglés del altavoz-. En el ministerio aún no se explican cómo lo hicieron. Era el almacén más importante de toda Eslovaquia, y ahora, evidentemente, nos falta material para atender a los ciudadanos.

Junto a Angström, uno de sus colegas daneses susurró:

-Pues yo no me lo creo. Seguro que han sido ellos mismos quienes se han quedado con todo.

Nagy le dedicó una mirada asesina.

-Nosotros también contábamos con el apoyo de ese almacén -recordó a la voz-. Nos estamos quedando sin reservas. Lo único que podemos hacer ahora es pedir ayuda a la Unión Europea, pero todo dependerá de lo que suceda en los próximos días.

Angström reconoció la rabia y la desesperación en su voz. Sólo habían pasado cinco días y la solidaridad europea ya empezaba a hacerse añicos, pensó. Era como si hubiesen vuelto a la Edad Media.

Pensativa, volvió a su despacho.

Ratingen

En Talaefer quitaron todas las paredes divisorias de las salas de reuniones y convirtieron la planta baja en un único y meridiano espacio de trabajo. En una larguísima hilera de mesas colocaron ciento veinte ordenadores portátiles. Dos terceras partes de los puestos de trabajo estaban ya ocupados, en su mayoría por hombres. Muchos de ellos llevaban días sin afeitarse, y sin ducharse. Tendrían que hacer algo al respecto, y pronto, pensó Hartlandt.

Él mismo se sentó en uno de los extremos de la fila junto a Dienhof, Wickley y sus propios colaboradores.

-Hemos encontrado a ochenta y tres de los ciento diez -dijo-. Treinta están de vacaciones, y a diez no hemos logrado encontrarlos. Los directivos están todos menos Dragenau, Kowalski y Wallis. Según sus compañeros, Dragenau estaría en Bali, Kowalski en Kenia y Wallis esquiando en Suiza. No hemos podido ponernos en contacto con ninguno de ellos.

-Bueno, con todos estos trabajadores vamos más que servidos -dijo Dienhof-. Pero, aun así, tardaremos un poco en estar listos. Empezaremos investigando las bibliotecas estándar, es decir, los componentes de las distintas soluciones de software que afectan a las centrales nucleares porque se repiten en todos los sistemas. Tenemos que comprobar el código aislado de cada elemento; puede que se trate de millones de líneas de programa, y además están en continua renovación. De modo que habrá que investigar también los cambios de los últimos años, porque si es cierto que hay un saboteador entre nosotros, está claro que tanto la idea como su puesta en escena no se le pudo haber ccurrido de la noche a la mañana. Además, la investigación tiene que ser doble en todo momento.

-¿A qué se refiere? -preguntó Wickley.

-Pues que tiene que estar en manos de dos personas distintas.

-¿Y eso por qué?

-Por si el saboteador es justo la persona que investiga, ¿no le parece? ¿O acaso cree que la información que recibamos va a ser perfectamente objetiva? -dijo Hartlandt, sin tapujos-. En cualquier caso, y como usted bien sabe, cuatro ojos ven más que dos.

-Pues tiene razón. Aun así -intervino Dienhof- nuestro peor problema sigue siendo que no tenemos claro lo que buscamos. Nos hemos propuesto remover un pajar gigante y ni siquiera sabemos si hay una maldita aguja en su interior.

-Cierto -dijo Hartlandt.

-Cierto -repitió Wickley.

-Y como mínimo tardaremos dos o tres días en saberlo -calculó Dienhof.

Día 6. Jueves

Ratingen

Hartlandt se levantó antes del amanecer. Abrió su saco de dormir, se vistió y se aseó en uno de los baños del personal. Por el momento, no se afeitó.

La enorme sala que habían habilitado en la planta baja estaba cerrada con varios candados. Sólo él y los suyos tenían acceso al interior, y allí instalaron ordenadores, servidores y aparatos de radio TETRA con los que podían enviar y recibir datos.

Más allá de su misión operativa en Talaefer, de Hartlandt seguía dependiendo la coordinación de los grupos de productores y distribuidores de electricidad. Encendió su portátil y estudió los últimos datos del Bos-Funk. Berlín había enviado novedades: el análisis de los incendios en las torres de alta tensión. Efectivamente, los motivos en tres de los seis casos habían sido incendios provocados. En todos ellos, debidos a un exceso de tensión en la red: lo que hacían, de hecho, era más bien *reducir* la tensión, de modo que la corriente media pudiera seguir distribuyéndose. Ahora bien, si la instalación estaba dañada, se hacía muy difícil transportarla a largas distancias, la tensión se desestabilizaba y después ya era imposible recuperar la normalidad. La lista era breve: Cloppenburg, Güstrow, Osterrönfeld. Afortunadamente, sus colegas habían hecho más listas que aquella, y no necesariamente por orden alfabético. Las habían ordenado, por ejemplo, a partir del momento en que se produjo el fuego. En este caso el orden fue Osterrönfeld (sábado), Güstrow (domingo) y Cloppenburg (martes).

Y en aquel momento les entró un caso nuevo. Uno del que aún desconocían las causas: Minden.

Hartlandt no era malo en geografía, pero la verdad es que no supo ubicar ninguno de esos casos en el mapa. Abrió, pues, su atlas interactivo y desplegó el mapa de Alemania, en el que, como también habían hecho en el corcho de la pared, marcó los cuatro casos. Resultó que todos estaban repartidos por el norte de Alemania.

Y aún había otra casualidad.

Su colega Pohlen, un gigante rubio, apareció adormilado en la sala.

-Échale un vistazo a esto -dijo Hartland-. En tres de estas torres de alta tensión se han producido incendios.

-Repartidos por todo el norte de Alemania -dijo Pohlen-. ¿Cómo es posible? ¿Qué tienen, un ejército de saboteadores?

Hartlandt suprimió los puntos. Los apagó.

-Los fuegos no se produjeron a la vez, sino con una cierta distancia temporal -explicó, volviendo a encenderlos uno tras otro.

-Primero al norte, luego al este y por fin al oeste. No tiene sentido.

-Sería como si alguien viajara por todo el mapa y se dedicara a quemar las instalaciones, ¿no? Pero es que ahora nos ha llegado un caso nuevo. Aquí.

Mira. Se han descubierto cuatro nuevos postes de alta tensión en llamas.

Introdujo aquel lugar en el sistema.

-Por desgracia, los equipos que llegaron al lugar de los hechos no pudieron determinar el momento en que se produjo el fuego, pero... -hizo una pausa dramática, tras iluminar este último punto-. Mira qué interesante.

Hartlandt unió el lugar de los tres incendios con una línea que iba de Lübeck a Güstrow, al este, y de allí a Cloppenburg, al oeste.

-Dos de los postes incendiados quedaban muy cerca de la línea que une Güstrow con Cloppenburg. Déjame probar algo.

Introdujo en el mapa todos los datos de los lugares que habían sido saboteados, y los ordenó de norte a sur y de este a oeste. La línea resultante nacía en uno de los postes caídos, pasaba por Lübeck y por un segundo poste cerca de Schwerin, y alcanzaba Güstrow, de donde se dirigía a Cloppenburg pasando por Lüneburg y Bremen, y por fin llegaba a Lingen, en la frontera holandesa. De allí rebotaba como una bola de billar en la banda y moría definitivamente en Minden, el lugar en el que se había producido el último incendio.

-Realmente parece que haya alguien ahí fuera decidido a sabotear sistemáticamente los lugares estratégicos más importantes.

-¡En ese caso debemos proteger al resto de las instalaciones! -exclamó Pohlen.

-Olvídalo. Teniendo sólo en cuenta las líneas de alta tensión estaríamos hablando de varios centenares de objetivos, y sería imposible mantenerlos a todos bajo vigilancia. Por otra parte, y aunque ni siquiera se hayan mencionado hasta ahora, cabría tener en cuenta que en toda Alemania hay más de medio millón de líneas de media y baja tensión, como por ejemplo las casetas de los transformadores, ya sabes a lo que me refiero. Si quisiéramos proteger así toda Alemania tendríamos que colocar a un hombre junto a cada posible objetivo, lo cual sería, sencillamente, imposible. Pero esta línea que he marcado sigue un modelo. Si imagináramos una ruta semejante a la que ya tenemos -pasó el dedo por el mapa, alargando supuestamente la distancia Lingen-Minden-, podríamos limitar considerablemente el futuro objetivo potencial de los saboteadores.

-Se ve que lo tienen todo perfectamente planeado- pensó Pohlen, en voz alta-, de modo que sin duda sabían también lo de la falta de gasolina. Antes de empezar con la pirotecnia debieron de recorrer una primera vez todo el trayecto, e ir dejando garrafas llenas para repostar. Un esfuerzo logístico considerable.

-A mí no me parece tan complejo -dijo Hartlandt.

-¿Que no te parece complejo, dices? Pues como mínimo dos o tres personas a tiempo completo, y unos meses para tenerlo todo a punto: ubicar los escondites, prepararlos de tal modo que no levanten sospechas o asegurarse de que no sean descubiertas a pelota pasada. Piensa en los atentados del 11 de septiembre de 2001. Eso tampoco era un ejército.

-Cogió la radio.
-Veamos lo que opinan en Berlín.

La Haya

-Hemos estado discutiendo su teoría -le dijo Bollard a Manzano-; me refiero a la de los sistemas SCADA de Talaefer, y las autoridades alemanas se han ofrecido a colaborar con la investigación y a seguirle el hilo. El problema es que no podemos enviarles a ninguno de nuestros hombres porque los necesitamos a todos aquí, de modo que... -Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa-. Al grano: ¿tendría algún inconveniente en ir a Ratingen, cerca de Düsseldorf, y seguir trabajando desde allí?

Manzano alzó una ceja, sorprendido.

-Yo no soy un especialista de los SCADA.

Bollard le sonrió.

-Mire, me he creído muchas de las cosas que ha dicho; incluso sus teorías sobre la conspiración, pero esto no me lo trago. De todos modos, y aunque fuera cierto, usted sabe reconocer errores en los sistemas, y de eso es de lo que se trata. Quizá pueda volver a descargarse los informes; están en nuestra red. Lo único que no puedo garantizarle es que en Ratingen queden aún hoteles con agua caliente y lavabos.

-Vaya, esto sí que es hacerme una oferta atractiva...

-A cambio le daremos un coche, para que lo use con moderación. Y estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo en sus honorarios. Pero no le cuente nada de esto a su novia.

-No es mi novia.

-Lo que sea. ¿Acepta?

-A partir de ahora tendrás la habitación sólo para ti -dijo Manzano, haciéndose la maleta.

Shannon acababa de volver. Se había dado una vuelta por la ciudad y había elaborado un par de reportajes.

-¿Te vas? ¿A dónde?

-No importa.

La joven oyó la cadena del baño, luego el grifo del agua y por fin la puerta que se abría para dar paso a Bollard.

-Vaya, la reportera estrella -dijo, irónicamente-. ¿Sería tan amable de dejarnos solos un poco más?

Shannon dudó. Al fin y al cabo, aquella era su habitación, ¿no? Bueno, en realidad no... Dejó la cámara sobre la mesa, salió de la habitación, cerró la puerta tras de sí y puso la oreja para ver si oía algo. Al principio no pudo entender más que palabras sueltas que no le decían nada, y entonces, por fin, una frase entera:

-Eso suponiendo que los alemanes tengan acceso a Internet, claro.

De modo que se iba a Alemania. Shannon empezó a pensar a toda velocidad.

-Se pueden decir muchas cosas de los alemanes, pero no se puede negar que son organizados -le respondió Bollard-. Estoy absolutamente convencido de que la Oficina Federal de Investigación Criminal de Talaefer contará con la equipación necesaria. Aquí tiene las llaves de su coche. Está en el garaje de hotel; es un Audi A4 con matrícula holandesa y el depósito lleno. Con esto debería tener más que suficiente para llegar hasta Ratingen -por algún motivo, pronunció el nombre acentuando la última sílaba- y volver.

Shannon oyó pasos que se acercaban hasta la puerta y corrió de puntillas hasta dos puertas más allá, donde se cruzó de brazos y puso cara de estar aburrida de esperar.

Bollard la saludó con la cabeza al pasar a su lado.

Ella volvió a la habitación y se encontró a Manzano con las maletas hechas y la bolsa del portátil a punto.

-Ha sido un placer conocerte -le dijo, alargándole la mano-. Espero que volvamos a vernos algún día, cuando todo esto haya acabado. Quizá un día vayas a cubrir una historia a Milán. Mi dirección ya la tienes.

Shannon esperó a que él hubiese salido de la habitación, para recoger sus cosas a toda velocidad y meterlas en su mochila.

Nueva York

En torno a Tommy Suarez la gente se agolpaba en el metro de la línea A en dirección a Brooklyn, quitándose la nieve de los abrigos, hablando por teléfono, leyendo o mirando fijamente al infinito, cuando se fue la luz.

El chirrido de los frenos se mezcló con el de los gritos de los pasajeros. Un montón de cuerpos chocaron contra el suyo, el sujetamanos le cortó la circulación de la muñeca y los golpes en costillas, espalda y piernas lo hicieron sentirse como una prenda de ropa en la lavadora, en pleno centrifugado. El vagón se había detenido. Durante una milésima de segundo se hizo el silencio, pero en seguida todos empezaron a hablar, a buscarse a gritos, a llorar. Suarez recuperó el equilibrio. Su rabia de hacía unos segundos y su impotencia ante el dolor dieron paso al alivio de ver recuperadas las fronteras entre su propio yo y el mundo. Las luces de emergencia lo tiñeron todo de un azul fantasmal. Suarez sintió que se ponía tenso. Odiaba estar en sitios cerrados como ataúdes. Se obligó a tranquilizarse. Tenía que pensar en otra cosa. Un señor con barba intentó levantarse del suelo apoyándose en él. La gente empezó a recomponerse, algunos solos, otros con ayuda. Los abrigos se desarrugaron, los sombreros se recolocaron, los bolsos se revisaron y todo empezó a recuperar la normalidad. Suarez ayudó a su barbudo apéndice a recuperar la verticalidad, y de paso se lo quitó de encima.

-¿Se encuentra bien?

El hombre le dijo que sí, le dio las gracias y se alisó el abrigo.

La vista de Suarez empezó a acostumbrarse a aquella azulada oscuridad. Qué alivio; eso lo ayudaba a relajarse un poco.

-¿Hay alguien herido? -preguntó en voz alta.

Un murmullo de negación.

-¿Y bien? -gritó alguien algo más allá-. ¿Nos movemos de una vez o qué?

-Eso espero -susurró la mujer que estaba al lado de Suarez.

Ahora mismo no tenía ni idea de si estaban cerca o lejos de la siguiente estación. Ojalá el frenazo no se debiese a que alguien había saltado a la vía. La gente empezaba a hablar cada vez con mayor nerviosismo. Echó un vistazo a su reloj. Las siete menos cuarto. ¿Por qué no les decía nada el conductor del metro? ¿Dónde estaba el típico mensaje de «lo tenemos todo controlado» propagado por los altavoces?

-¡Estupendo! -dijo una anciana, a una voz-. Espero que no se trate de otro apagón, la verdad. ¡El de 2003 también me pilló en un metro y me pasé dos horas ahí encerrada!

-¿Dos horas? -le preguntó horrorizada una chica, en un tono que no podía esconder el pánico creciente.

-Dos horas, sí. Pero yo tuve suerte, ¿sabes? -dijo la anciana-, hubo otros que...

¡Que cierre la boca!

-Seguro que todo volverá muy pronto a la normalidad -intervino Suarez, tranquilizando a la chica.

No todo el mundo podía quedarse tranquilo ante la idea de pasar las próximas horas a oscuras, en un espacio cerrado y estrecho y rodeado de desconocidos. La entendía perfectamente. Y además, no soportaba a los pesimistas.

-No nos pasará nada.

A su lado, un chico intentaba utilizar su móvil.

-Claro, tampoco va.

-No me extraña. Estamos bajo tierra -dijo el hombre barbudo al que Suarez ayudó a levantarse-, y estos aparatos tan modernos fallan cuando más los necesitas.

-A mí no me había fallado nunca -dijo el chico.

-Bueno, ¿y qué hacemos si esto sigue así? -preguntó un hombre con un portafolios bajo el brazo.

-¿Así cómo? -quiso saber una mujer.

Su anorak era brillante y tenía el cuello forrado de piel falsa. Suarez se preguntó por qué le llamaba tanto la atención. Llevaba un perfume demasiado intenso, demasiado dulce.

-Quietos y sin luz.

-Yo le diré lo que haremos si esto sigue así -se entrometió la anciana de antes-. Esperar. Esperar y helarnos de frío.

A Suarez le hubiese encantado darle una bofetada para que se callara, pero se habría sentido tan mal como si le hubiera pegado a su madre.

-O mantener la calma y esperar a que nos informen de la situación -respondió la mujer del cuello de pieles.

-¡Yo soy la calma personificada!

-Lo pone ahí -dijo la mujer, señalando una pegatina que había junto a la puerta-: «En caso de avería, mantengan la calma».

-No podemos leerlo porque no hay luz -se quejó el tipo de la barba.

«Y si el metro no está en la estación, aguarde a las indicaciones para abandonarlo» -leyó la mujer, con extraordinaria claridad.

-¡Si al menos nos dieran alguna indicación!

A Suarez no le gustó el tono de crispación de la mayoría. El ambiente se estaba caldeando por segundos y no hacía prever nada bueno...

-¿Y si resulta que estamos como ellos? -dijo la mujer del cuello de pieles-. Quiero decir... como los europeos.

La chica del ataque de pánico empezó a gimotear, y después a llorar y a gritar. Suarez notó que él también se ponía tenso: ¡La joven estaba contagiando el pánico al resto de los pasajeros! Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no cogerla por los hombros y pegarle una bronca, pero en su lugar intentó apaciguarla y le dio unos golpecitos en el hombro, lo cual, paradójicamente, la puso aún más histérica.

-¡No me toque! ¡Quiero salir de aquí!

-¡Adelante! -dijo uno de los hombres.

Tras la marcha de Manzano, sus vigilantes recogieron las cosas para volver a la Europol.

-Dos cosas -dijo uno de ellos-: primero, la periodista también se ha ido, justo detrás de Manzano. Ahora no sabemos dónde está.

-Seguro que quiere ir tras él -dijo Bollard-. Ya le ha dado una historia, y quizá pueda darle otra...

-Y luego, esto de aquí. Acabamos de descubrirlo. Debe de haber enviado el e-mail justo antes de marcharse.

En la pantalla que le mostraban los policías Bollard pudo leer un mensaje escrito en un inglés no muy académico:

Hacia Talaefer. A buscar defectos. No encontrarán nada. Te mantendré informado.

¡Lo sabía!, pensó Bollard, triunfal.

-¿A quién va dirigida?

-Una dirección rusa. mata@radna.ru. Es lo único que sabemos.

-Encontrad a quién pertenece. ¿Por qué no habíais visto nada hasta hora?

-Seguramente eliminaba las pistas.

-O eso, u os habéis estado tocando la pera todo el rato.

No encontrarán nada. ¿Cómo lo sabía? ¿O quería evitar que encontraran algo? Pero entonces... ¿por qué se había molestado en ponerles sobre la pista de Talaefer S. A.? ¿Para acceder a la empresa, quizá? Pero no podía saber que lo enviarían allí... ¿lo habría sugerido el propio Manzano, de no habérselo propuesto él mismo? Le parecía extraño, no obstante, que el italiano se hubiera dejado el e-mail tan a la vista. Tenía que saber que lo estaban vigilando, así que... ¿qué sentido tenía? Fuera como fuese, su deber era informar al director. Si había algo oculto tras todo aquello, estaban ante la primera pista. Sintió que la adrenalina le corría por el cuerpo.

-¿Dónde está el director?

-En su despacho de Breitscheid.

Cogió el teléfono y no tardó en convencer a su asistente de la importancia de aquella llamada y de la necesidad de que se lo pasara lo antes posible.

En cuanto lo tuvo al otro lado de la línea le explicó el asunto en pocas palabras, y no se sorprendió al oír la respuesta. Era justo lo que había esperado.

-No podemos correr ningún otro riesgo -le dijo Ruiz-. Informa detenidamente a ese tipo de la Policía Criminal Federal que se ha instalado en Talaefer. ¿Cómo se llama?

-Hartlandt -respondió Bollard.

-Eso. Hartlandt. Dile que aprese al italiano y que intente sacarle toda la información. Seguro que la CIA estará encantada de ayudarlo.

¿Por qué precisamente la Agencia Central de Inteligencia Americana?

-¿Por qué la CIA?

-¿No se ha enterado de la noticia?

-¿Qué noticia?

Berlín

-¿Estados Unidos?

Durante unos instantes, la central del Ministerio del Interior pareció detenerse en el tiempo. Todos los allí presentes se quedaron mirando las pocas pantallas de ordenador que aún les quedaban hábiles, quietos como estatuas, conteniendo la respiración. Los relojes marcaban las dos de la tarde.

-¿Lo mismo que aquí? -preguntó alguien.

Rhess asintió. Sujetaba el teléfono entre la oreja y el hombro y dijo que sí en varias ocasiones.

La mirada de Michelsen iba de las pantallas al secretario de Estado y viceversa.

-Si eso es cierto -susurró a la mujer que tenía a su derecha-, nos acabamos de ir a tomar por saco, disculpa la expresión.

Rhess colgó el teléfono

-El ministerio de Exterior confirma que varias zonas de Estados Unidos se han quedado sin electricidad.

-Esto no puede ser casualidad -dijo alguien-. Justo una semana después de Europa...

-Sea como sea, ya no podemos contar con su ayuda -intervino Michelsen.

-El mundo occidental está siendo atacado -constató Rhess-. En este momento los máximos dirigentes de la OTAN están reunidos en asamblea extraordinaria.

-No irás a decir que sospechan de los rusos o los chinos, ¿no?

-Aún es pronto para descartar nada.

-Que Dios nos asista -susurró Michelsen.

Centro de mando

Las redes americanas resultaron mucho más fáciles de acometer que las europeas, porque estaban peor aseguradas y más estrechamente relacionadas con Internet. Pero algunos de los ataques de día-cero (*Zero-Day attacks* en inglés) no permitieron ninguna incursión previa. Habría sido magnífico atacar ambos continentes a la vez... pero bueno, así tampoco estaba mal. Bien mirado, quizá estuviese incluso mejor. Desde hacía casi una semana el mundo entero se preguntaba quién andaría detrás del demoledor ataque a Europa, y la actual caída de Estados Unidos no haría sino confundir las sospechas. Lo más probable era que los militares se decidieran a tomar las calles. Un ataque de semejante magnitud bien podía ser obra de toda una nación. Irán, quizá, o Corea del Norte, o China, o incluso Rusia. Hacía muchos años que se sospechaba de todos estos países (de algunos más que de otro) y se barajaba la posibilidad de que se hubieran colado en las infraestructuras críticas de los sistemas informáticos de Occidente. Pues bien, ahora parecía que alguno de ellos había querido recoger los frutos de su cosecha. ¿Pero cuál? Evidentemente, todos negarían su autoría; era tan sencillo... Nadie podría seguir las huellas del verdadero autor de toda aquella tragedia: era demasiado fácil hacerlas desaparecer en el entramado global de la red. Las teorías se multiplicarían hasta el infinito, y los detectives de la policía, el gobierno militar y los servicios informativos se verían obligados a seguir millones de pistas, huellas e indicaciones, y a compartir las fuentes. ¿Guerra? ¿Terror? ¿Criminalidad? ¿Un poco de todo? Más espantoso aún era el efecto psicológico. El último superpoder del mundo, ya tocado por la crisis económica, no había podido defenderse. Comparado con este ataque, lo de Pearl Harbour y los atentados de septiembre de 2001 no parecían más que picadas de insectos. El pueblo americano no tardaría en comprender que ya no podría enviar a sus ejércitos a algún recóndito lugar del mundo, básicamente porque no sabría a dónde. Y en ese momento se darían cuenta de lo desamparados que estaban. De lo expuestos que se sentían sus gobiernos, sus poderes y sus riquezas, sus ciudadanos de élite y su sistema en general. Hacía tiempo que no se sentían cómodos, y empezaban a darse cuenta de que estaban solos. De que llevaban solos mucho tiempo. Había empezado una nueva era: un tiempo de acción en el que todos podían, y debían, crear sus propios territorios.

Ratingen

Durante los primeros kilómetros de viaje, Manzano intentó sintonizar alguna emisora, pero sólo consiguió oír ruido de fondo, así que renunció a ello y se quedó en silencio, lo cual tampoco estaba mal, después de los nervios de los últimos días.

El sistema de navegación del coche lo hizo salir de la autopista, cruzar una bonita urbanización de casas unifamiliares y llegar por fin a un edificio de hormigón y cristal, una mole de quince pisos en cuya fachada podía leerse la inscripción «Talaefer S. A.». Manzano aparcó en una de las plazas reservadas para empleados, cogió su portátil y salió del coche. El resto del equipaje lo dejó en el maletero. Ya lo sacaría después.

En recepción preguntó por Jürgen Hartlandt. Dos minutos después, un hombre de complexión atlética y unos cuarenta años, como él, se acercó a saludarlo. Llevaba un grueso jersey de cuello alto y tejanos. Sus ojos azules y brillantes lo examinaron de arriba abajo a toda velocidad. Lo acompañaban otros dos hombres, ambos tan altos y fuertes como él e igualmente vestidos con ropa informal.

-Jürgen Hartlandt -dijo el primero-. ¿Piero Manzano?

Manzano asintió, y los dos tipos aquellos se le plantaron a izquierda y derecha.

-Sígame, por favor -dijo Hartlandt, en un inglés casi perfecto, sin presentar a sus colegas.

Precedió a Manzano a una pequeña sala de reuniones cuya puerta estaba custodiada por un agente de seguridad y cerró la puerta tras de sí. Los dos acompañantes entraron con ellos.

-Siéntese. He recibido una llamada de la Europol, en La Haya. Tengo que comprobar su portátil, por seguridad.

Manzano frunció el ceño.

-Pero es privado.

-¿Tiene algo que esconder, señor Manzano?

Él empezó a sentirse incómodo. Se preguntó qué pretendía aquel hombre. ¿No le habían pedido que fuera a echarles una mano? Pues el tono de ese tal Hartlandt no era el de alguien que necesitara ayuda. De hecho, su tono no le gustó nada.

-En absoluto. Pero tengo mi intimidad.

-Bueno, pues entonces hagámoslo de otro modo -propuso Hartlandt-. Dígame por favor quién es mata@radna.ru.

-¿Quién?

-Eso es mi pregunta. Ha enviado usted un e-mail a esa dirección, y nos gustaría saber a quién corresponde.

-No tengo ni la menor idea, porque no es cierto. Pero aunque lo fuera,

¿cómo iban a saberlo?

-No es usted el único que sabe de informática y puede colarse en los ordenadores ajenos, amigo. Los de la Europol lo vigilaron, evidentemente. Y ahora dígame: ¿quién es mata@radna.ru?

-Pues no tengo ni idea.

Antes de que pudiera darse cuenta, el acompañante de Hartlandt le había cogido el portátil. Manzano hizo ademán de levantarse, pero uno de los hombres le puso una mano en el hombro y se lo impidió.

-¿A qué viene esto? ¡Pensaba que me habían llamado para ayudarlos!

-Nosotros también lo pensábamos, la verdad -le respondió Hartlandt mientras abría su ordenador y lo encendía.

-Pues si no es así me marcho inmediatamente.

-De aquí no se mueve nadie -le respondió Hartlandt, sin apartar la mirada de la pantalla.

Manzano intentó levantarse de nuevo, pero una vez más se lo impidieron.

-Por favor, eche un vistazo a esto -le dijo a Manzano, mostrándole su portátil-. Y vuelva a decirme que no ha enviado ningún e-mail a mata@radna.ru.

En la pantalla de su ordenador se veía un e-mail enviado desde su propio correo a la dirección que Hartlandt no dejaba de repetir.

Hacia Talaefer. A buscar defectos. No encontrarán nada. Te mantendré informado.

Volvió a leerlo, y luego miró a Hartlandt, atónito, incapaz de articular palabra. Se obligó a leerlo una vez más, y por fin logró balbucear:

-Yo no he escrito ni enviado eso.

Hartlandt se rascó la cabeza.

-Pero éste es su portátil, ¿no?

Manzano asintió. La cabeza le iba a mil por hora. Miró la hora en que se habría enviado el mensaje, y vio que era más o menos en el momento en que se había marchado de La Haya. Cruzó los brazos e insistió, esta vez con más firmeza:

-Le juro que yo no he escrito eso. No tengo ni la menor idea de quién ha podido hacerlo. Revise el ordenador. Tienen que haberlo manipulado. Lo haría yo mismo, pero intuyo que no van a dejar que lo toque.

-Exacto. Lo haremos nosotros. -Entregó el portátil a uno de los hombres y éste salió de la sala-. Mientras tanto... ¿qué le parece si charlamos un rato sobre sus amistades de Internet?

-Me temo que no hay mucho que decir -respondió Manzano-. Nunca había visto ese e-mail y no tengo ni idea de a quién va dirigido.

Mientras hablaba, su mente intentaba desesperadamente encontrar el modo en que alguien podía haberse colado en su cuenta para enviar un mensaje, y sólo se le ocurrían dos modos:

-Usted mismo ha dicho que los de la Europol me han intervenido el portátil, ¿no? Pues ya tienen dónde buscar al autor del e-mail.

-¿Y por qué habría de hacer la Europol algo así? ¿Por qué a través de usted?

-¿Para dejar pistas falsas? ¿Para desviar la atención? ¿Para joderme la vida? ¿Para hacer fuegos artificiales? ¡Yo qué sé!

Manzano estaba indignado. La policía le había interrogado ya cientos de veces, pero hacía muchos años de todo aquello. La última vez habían podido presentar pruebas contra él y lo habían condenado pero dejado en libertad condicional. Aquel delito se le antojaba ahora ridículo comparado con el asunto al que lo confrontaba la Europol.

-Y si no han sido ellos -continuó diciendo- alguien más se ha colado en mi ordenador y quiere colgarme a mí el San Benito. No sé por qué. Pero lamento que usted no se haga las mismas preguntas.

A lo largo de su vida, Manzano no sólo había hecho amigos, obviamente, pero estaba bastante convencido de que no tenía enemigos... Y mucho menos tan acérrimos como para llevar a cabo algo semejante, y tan poderosos. Porque, evidentemente, un hacker informático como él tenía en su ordenador todo tipo de cortafuegos y controles de seguridad. Y fuera quien fuera el que los hubiera burlado, estaba claro que jugaba en primera división, y además sabía dónde se encontraba físicamente y cuáles eran sus planes. Sí, sólo podía ser alguien de la Europol.

-Unas teorías muy interesantes -le interrumpió Hartlandt-. Pero dígame: ¿Quién más, aparte de usted, sabía que iba a venir a Talaefer?

-François Bollard, de la Europol, y supongo que algún colega al que informaría sobre el asunto.

-Efectivamente: al director de la Europol y a un compañero -le confirmó Hartlandt-. Él mismo me lo dijo.

-Suponiendo que le dijera la verdad, claro.

Desde el primer momento había visto que al francés no le caía nada bien, pero... ¿qué sentido tenía que organizase todo aquello?

-¿Alguien más?

Pensó si había hablado con alguien más sobre el asunto. Con Shannon no.

-¿Esto es todo?

-Sí.

Hartlandt cogió entonces otro ordenador y leyó un artículo que tenía preparado:

-Usted es Piero Manzano, hacker brillante en los ochenta y los noventa y activista político...

-Bueno, a mí me parece exagerado. Estuve en alguna que otra manifestación. En mi país había -y hay- suficientes irregularidades políticas como para salir a la calle, pero no como activista, sino como ciudadano normal.

-Durante la cumbre del G-8 en Génova pasó usted unas horas sometido a un interrogatorio -continuó diciendo Hartlandt, imperturbable.

-¡Por Dios! ¿No recuerda lo que pasó? ¡Decenas de policías y hasta ejecutivos fueron juzgados aquel día, y sólo las grotescas leyes de nuestro gobierno evitaron que la mayoría de ellos acabara en prisión!

-También ha sido juzgado por entrar de manera ilegal en la red informática de...

-¡Por todos los santos del cielo! ¿Por qué me cuenta mi vida? ¡Ya sé quién soy y lo que he hecho!

-¡Pues porque ahí fuera hay alguien que se ha propuesto atacar Europa y Estados Unidos! Y su e-mail podría...

-¡Un momento! ¿Cómo que Estados Unidos?

-... convertirlo en cómplice, o, cuando menos, en sospechoso de haber mantenido algún contacto con esa gente.

Manzano sintió que se le paraba el corazón y que toda la sangre dejaba de moverse por su cuerpo hasta dejarlo blanco como el papel. ¡Sospechaban de él, de Piero Manzano, como posible autor de semejante tragedia! Ese tal Hartlandt acababa de describirlo como un ciberactivista político. ¡Creían que era un terrorista! Con un esfuerzo sobrehumano, se llevó la mano al cuello como si quisiera ayudar a su pulso a recuperarse.

-¡Pe... pe... pero esto es absurdo!

¿Por qué tartamudeaba? Seguro que Hartlandt lo interpretaba como una muestra de culpabilidad. ¡Pero él era inocente! Era el miedo que sentía en cada centímetro de su ser el que le había anulado el habla, la confianza y la capacidad de reacción.

-Descubriremos la verdad, no lo dude -le dijo Hartlandt, con una profunda arruga sobre las cejas.

-Que descubrirán la... ¿Y qué ha pasado en Estados Unidos?

-¿No ha oído la radio durante su viaje?

-No he conseguido sintonizar ninguna emisora.

-Desde esta mañana están pasando por algo parecido a lo nuestro. Una gran parte del país se ha quedado sin electricidad.

-No... no puede ser.

-Créame, no tengo cuerpo de bromas, últimamente. Será mejor que empiece a hablar antes de que la CIA se interese por usted.

Shannon cogió su plumón del pequeño asiento trasero del Porsche y se lo puso. En el coche empezaba a hacer frío. Llevaba más de una hora esperando en el aparcamiento del enorme edificio, que quedaba algo alejado de la ciudad. Sobre el piso de arriba, en letras enormes, podía leerse el nombre de la empresa a la que pertenecían todas aquellas plantas: «Talaefer S. A.». En circunstancias normales habría sacado su móvil y se habría puesto a navegar por Internet para informarse de qué tipo de empresa se trataba. Pero las circunstancias no eran en absoluto normales. Sin radio, además, la espera se hacía larga y aburrida.

Bajó del coche y cruzó el aparcamiento. Todavía hay varios coches, se dijo; igual aún tienen electricidad.

En el vestíbulo de recepción, una mujer la saludó arqueando las cejas desde el mostrador.

-¿Puedo ayudarla?

Shannon echó un vistazo a todo aquello, intentando no llamar la atención. Junto a la barra del mostrador, una serie de folletos con el nombre de la empresa. En alemán. En inglés. Genial.

-*Do you speak English*? -preguntó.

-*Yes.*

-*I think I'm lost. I need to go to Ratingen.*

La expresión de su interlocutora se iluminó. En un inglés implecable y fluido le explicó que no tenía más que coger la calle que quedaba a la derecha del aparcamiento y seguir recto, y que en menos de un kilómetro estaría en Ratingen.

Shannon le dio las gracias, cogió uno de aquellos folletos y se marchó.

-*¡Bye!*

De vuelta en el coche, se acurrucó más en su plumón y empezó a estudiar el prospecto, sin dejar de lanzar furtivas miradas a la entrada por la que había desaparecido Manzano.

Nanteuil

-Se han acabado -dijo Bertrand Doreuil, moviendo la caja vacía-. Y necesito mi medicina.

-Ya, pero no podemos salir de casa -le dijo su mujer.

-Sólo voy a estar fuera unos segundos. De casa al coche. ¿Qué puede pasar?

Fue a la cocina, seguido de cerca por Annette Doreuil. Celeste Bollard estaba sentada a la mesa, desplumando una gallina. Su idea era ir dejando las plumas en un cubo que tenía a su lado, pero la mitad se le caían por el camino e iban a parar al suelo.

-Hacía años que no desplumaba uno de estos bichos, y había olvidado lo cansado que es hacerlo.

Por la puerta de enfrente apareció Vincent Bollard, jadeando; llevaba una cesta de leña en la mano y la dejó caer en el suelo, con gran estruendo.

-¿Sabéis dónde puedo encontrar una farmacia abierta? -preguntó Bertrand Doreuil.

-Se me ocurren varios sitios. ¿Quieres que te acompañe? -le contestó Vincent Bollard-. ¿Es urgente?

-Sí, mi medicina para el corazón.

Bollard se limitó a asentir.

Su mujer intercambió una mirada de preocupación con Annette Doreuil.

-Ya sé que han dicho que no salgamos -dijo Bollard a toda velocidad-, pero si necesita sus medicinas... -Dio un beso en la frente a su mujer y añadió-: En seguida volvemos.

Ratingen

Hartlandt se había pasado casi dos horas interrogando a Manzano. Apretándole cada vez más las clavijas.

-¿Qué significa «No encontrarán nada»? ¿Hay algo que debamos buscar y que intentas evitar que encontremos? ¿O es que no hay nada que encontrar? ¿Crees que podrás acceder a los sistemas y manipularlos a tus anchas? ¿A quién quieres mantener informado? ¿De qué has informado ya?

Las preguntas le parecían absurdas e interminables. Al principio intentó contestar con otras preguntas, como por ejemplo:

-¿Por qué iba a ser tan estúpido como para enviar un mensaje de este tipo sin asegurarme de hacerlo desaparecer, o de codificarlo, al menos?

De vez en cuando, Hartlandt salía de la habitación y lo dejaba solo, no sin asegurarse de cerrar la puerta con llave. Ahora hacía más de un cuarto de hora que volvía a estar delante de Manzano, mirándolo fijamente y repitiéndole las mismas preguntas.

El italiano no podía darle ninguna otra respuesta. Había recuperado la confianza en sí mismo y estaba seguro de que podría convencer a Hartlandt de su inocencia. De hecho, mientras éste le hablaba, Manzano iba pensando si habría algún modo de entrar en su portátil e investigarlo a su vez.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre con algo en las manos. ¡Su portátil! El tipo dejó el aparato en la mesa. Hartlandt no apartaba la vista de Manzano.

-No hemos encontrado nada sospechoso... -dijo.

Manzano suspiró y puso los ojos en blanco.

-Bien, ahora quiero echarle yo un vistazo. Vosotros ya lo habéis hecho, y seguro que tenéis una copia del disco duro.

-... pero sí un buen número de e-mails informando a varias personas sobre su paradero en La Haya -concluyó el hombre.

-¿¿¿Qué???

Manzano se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en la barriga.

-¡Pero esto es ridículo! -dijo-. ¿A qué viene esto ahora?

Hartlandt abrió el ordenador y le dio la vuelta para enseñárselo a Manzano.

-Mira éste, por ejemplo, es de antes de ayer.

El policía criminalista se levantó, dio la vuelta a la mesa, se situó detrás de Manzano, tan cerca de él que casi lo tocaba, y leyó en voz alta:

Buen contacto con el jefe de operaciones, F. Bollard. Creo que confía en mí. Le he pedido datos sobre los productores de sistemas SCADA.

Cerró la ventana y apareció otra debajo.

-Y ésta es de ayer:

He sacado a la luz la teoría de lo de Talaefer. A ver si pican.

Manzano se quedó sin habla frente al ordenador.

-Yo no los he escrito -dijo en voz baja-. Y no tengo ni la menor idea de quién puede haberlo hecho.

Aquellos e-mails se habían escrito durante su estancia en La Haya. ¿Por qué querría la Europol hacer que pareciera culpable? ¿Acaso necesitaban un chivo expiatorio? ¿Había alguien que quisiera vengarse de su antiguo activismo?

-Me consta que eres un genio de la informática -dijo Hartlandt, incorporándose-. Señor Manzano, queda usted detenido. Tiene derecho a un abogado...

No oyó nada más. Las imágenes se agolpaban en su cabeza. Alguien le seguía los pasos desde hacía días. Alguien sabía de qué había hablado con Bollard y con los demás durante aquellos días. Sabía que lo enviaban a Alemania. Manzano no había escrito nada de esto en su ordenador. No había apuntado ni reseñado ni telegrafiado nada. Por lo tanto... ¡quien sabía de qué había hablado tenía que haber estado presente! O alguien de la Europol la había tomado con él, o alguien que no pertenecía a la Europol los había estado oyendo -¿y viendo?- todo aquel tiempo. Una desagradable intuición empezó a abrirse paso en su interior. Algo tan increíble que prefirió no decírselo a Hartland para que no lo tomara por loco. Pero si lo pensaba bien... quizá no fuera tan descabellado. Al fin y al cabo, si alguien había sido capaz de sabotear el conjunto de redes eléctricas europeas... lo lógico era que los filtros de seguridad informática de la Europol le resultaran un juego de niños. Como un autómata, Manzano obedeció la orden de levantarse, notó que lo cogían por el brazo -un brazo que no parecía el suyo, que no era de nadie- y siguió absorto en sus pensamientos. Él también se había divertido colándose en las redes de empresas locales y conectando los micrófonos internos y las cámaras de los ordenadores sin que los usuarios se dieran cuenta. Así podía seguir sus conversaciones. Mientras salía de aquella sala custodiado por los tres hombres, la imaginación de Manzano parecía haberse disparado. Y si los atacantes realmente habían logrado interceptar las estructuras de defensa de sus víctimas... ¿Por qué limitarse a la Europol? ¿Por qué no colarse en más sitios para ver y escuchar cuanto sucedía? ¿Por qué no en los gobiernos, la Unión Europea, la OTAN? Manzano apenas se había dado cuenta de que Hartlandt lo había conducido hasta el aparcamiento y metido en un coche.

¿Pero por qué perdían el tiempo con él, si no era más que un solo hombre? ¿Había dado en el clavo con lo de Talaefer y querían sacárselo de encima? No, ahora haría más locuras aún. Sacudió la cabeza con fuerza para recobrar la cordura. Tenía que haber una explicación más sencilla. En aquel momento se dio cuenta de que estaba sentado junto a Hartlandt en la parte trasera de un berlina. Al volante, uno de sus dos eternos secuaces.

-¿A dónde vamos?

-Lo meteremos en prisión preventiva y lo someteremos a más interrogatorios. El servicio secreto de la República Federal Alemana también se ha mostrado interesado en su testimonio.

-¡Pero no pueden hacer eso! ¡No tengo nada que ver con todo este asunto!

Y donde estuviera el servicio secreto alemán... Seguro que la CIA no andaba lejos. Al pensar en los métodos interrogatorios del servicio secreto americano, aceptados incluso por sus propios presidentes, Manzano sintió que el miedo le subía por la espalda.

Nanteuil

Al oír el sonido del motor frente a la casa, Annete Doreuil corrió hasta el recibidor. Los hombres entraron corriendo, exhalando vaho del frío que hacía, y cerraron la puerta a toda velocidad. Su marido llevaba en la mano una caja de medicamentos, y ella sintió un alivio indescriptible. Entonces él la arrugó entre sus dedos. Era la caja vieja, y estaba vacía.

-Nada -dijo-. Todo estaba cerrado.

Düsseldorf

El conductor del berlina detuvo el coche en un aparcamiento vecino a un complejo de edificios. Algunas de las plazas estaban ocupadas por ruidosos generadores cuyos escapes de gas contaminaban terriblemente el ambiente. Gruesas fases eléctricas y un complejo cableado se adentraban en el edificio por un estrecho tablón.

Habían conducido durante media hora y habían pasado junto a una señal de tráfico que le indicó que estaban entrando en Düsseldorf. Debían de estar llevándolo a la central de policía local, o directamente a la prisión.

Sería la primera vez que lo encarcelaran, pensó. En su época lo sometieron a todo tipo de interrogatorios, pero al final siempre lo dejaban irse a casa.

Esta vez, en cambio, «casa» quedaba demasiado lejos.

El servicio secreto de la República Federal Alemana también se ha mostrado interesado en su testimonio. Pero él no quería despertar el interés de nadie. No quería caer en manos de ningún servicio secreto...

Al salir del coche notó el golpe de frío. Hartlandt consideró que no era necesario esposarlo.

-Tengo que ir al lavabo -dijo-. Es urgente. No puedo esperar más. ¿Les importa si lo hago aquí mismo?

Hartlandt lo miró brevemente.

-Hombre, mientras no se lo haga encima...

Manzano se acercó a uno de los generadores. Hartlandt y su acompañante fueron tras él, sin perderlo de vista. El italiano se apartó un poco más y, mientras se abría la bragueta, les dedicó una mirada con la que pretendía pedirles algo de privacidad. Ninguno de los dos le hizo caso, no obstante, y siguieron mirándolo fijamente. Podía oír la respiración de ambos mientras miraba de reojo los cables que había en el suelo. No había nada que hacer. Ni una sola muesca, hendidura o irregularidad. De modo que se dio la vuelta y mojó con su orina al ayudante de Hartlandt, que instintivamente dio un paso atrás.

-¡Mierda!

Manzano enfocó entonces al criminalista, que también se echó atrás por un mero acto reflejo. Ambos hombres bajaron un segundo la cabeza para mirarse los pantalones mojados y Manzano aprovechó aquel instante para salir corriendo.

Cruzó el aparcamiento a toda velocidad, mientras se subía la bragueta como buenamente podía. No tardó en oír los gritos y los pasos de los dos hombres a sus espaldas.

-¡Pare! ¡Deténgase!

No tenía ninguna intención de detenerse. Estaba acostumbrado a hacer footing y nada le apetecía menos que dejar de correr. No tardaría en saber si

sus perseguidores también estaban en forma o no. En sus oídos, la sangre latía con tal fuerza que apenas podía oír los gritos. Tenía que salir de la carretera. Seguro que uno de los dos intentaba alcanzarlo con el coche. Sus pies apenas rozaban el suelo. Analizó la calle con la mirada. ¿Dónde podría esconderse?

Volvieron a gritarle algo que no entendió. Cogió una callejuela lateral, pero enseguida vio que tampoco era un buen lugar para esconderse. Tenía que llegar al siguiente cruce. Tras él, las zancadas de sus perseguidores. No supo decir si se trataba de uno o de dos. Intentó regular la respiración para compensar el sobreesfuerzo de su corazón. Notó el sudor que le perlaba la frente. De pronto oyó el motor de un coche. Delante de él, un jardín rodeado por un seto y una valla del tamaño de un hombre. Unos pasos más... Saltó y trepó por la valla hasta caer al otro lado. A su espalda, palabrotas y el sonido de unos frenos. Manzano corrió hacia la casa, que era enorme y muy bonita. Las ventanas estaban oscuras. Cruzó el jardín como un rayo y alcanzó la verja que quedaba al otro lado. No sabía lo que había más allá, pero saltó de nuevo y cayó al suelo, con algo menos de elegancia esta vez. Estaba en una avenida larga y diáfana. Siguió corriendo. Se dio cuenta de que no podría aguantar aquel ritmo mucho más tiempo.

Volvió a oír los gritos de los criminalistas. Joder, no los había esquivado. Al contrario, parecían estar mucho más cerca. Le gritaron algo que no pudo entender. Se oyó un estallido. Él siguió corriendo sin mirar atrás. Ahí delante había un cruce... Otro estallido, y de pronto un dolor sordo y terrible en el músculo. Tropezó y cayó al suelo, pero se levantó de inmediato y siguió corriendo, aunque por algún motivo no lograba avanzar como antes. Le dieron alcance. Lo cogieron por la espalda y lo tiraron al suelo. Antes de que pudiera reaccionar, le llevaron los brazos a la espalda, dolorosamente. Un objeto redondo se clavó en sus riñones. Oyó un ruido de metal y luego las esposas rodeándole las muñecas.

-Es usted idiota -oyó decir al hombre, casi sin aliento-. Ha perdido la cabeza.

Manzano notó unas manos sobre el muslo.

-Deje que le eche un vistazo a esto.

En aquel momento se dio cuenta de que sentía mucho dolor. El muslo derecho le dolía como si estuvieran clavándole un hierro ardiendo.

-Es una herida profunda -dijo el otro, y pasándole un brazo por debajo de las axilas le preguntó-: ¿Cree que podrá ponerse de pie?

Manzano, aturdido, asintió. Pero en cuanto se puso de pie y apoyó el peso sobre la pierna, se le dobló. El otro lo sostuvo. Era el conductor de la berlina que lo había traído hasta Düsseldorf. El italiano intentó localizar el origen del dolor. Su pantalón estaba destrozado por debajo de la cadera y se había teñido de oscuro. El hombre apoyó a Manzano contra una verja.

-Ni se le ocurra hacer otra tontería -le dijo.

Por la esquina apareció el coche que los había traído hasta allí. Se detuvo ante ellos y Hartlandt bajó a toda velocidad.

-Necesitamos vendas -dijo el tipo que sostenía a Manzano.

Hartlandt se acercó a él, lo miró brevemente a los ojos y sacudió la cabeza sin decir palabra. Después inspeccionó la herida y volvió a sacudir la cabeza. El otro no le apartaba la vista de encima, mientras Hartlandt sacaba del coche un botiquín de primeros auxilios.

Manzano volvió a echar un vistazo a su pierna.

-¿Qué ha pasado?

Como si fuera médico, Hartlandt le puso una compresa sobre la herida y le vendó el muslo.

-Una bala le ha rozado la pierna. Nada grave.

Para sorpresa de todos, incluso del propio Manzano, éste no se asustó, sino que se mostró indignado.

-¿Su gente me ha disparado? -gritó.

-No tendría que haber salido corriendo.

-¿Y qué quiere que haga? ¡Van a encarcelarme pese a ser inocente!

-Los intentos de fuga no ayudan demasiado a defender su postura. Sígame.

Hartlandt puso una manta en el asiento trasero del coche y lo invitó a entrar.

-No quiero que nos manche la tapicería.

Berlín

-No tenemos ni el menor indicio -admitió el general de la OTAN.

Cada uno de los diez monitores que había en la sala de reuniones del gabinete de crisis estaba dividido en cuatro partes, y en cada una de ellas podía verse al menos una cara. Pertenecían a los representantes de la mayoría de jefes de Estado de la Unión Europea, a sus correspondientes ministros de Exterior, a seis generales de la OTAN que se habían conectado desde el cuartel general de Bruselas y al presidente de Estados Unidos. Michelsen pensó que, sin duda, detrás de cada uno de ellos había cantidad de consejeros y gestores de crisis, como sucedía también en su caso, en Berlín.

-Pero sólo un Estado entero podría acceder a los recursos necesarios y gestionar la magnitud de los ataques -dijo el general.

-¿Y qué Estado podría hacer algo así? -preguntó el presidente de Estados Unidos.

-Según nuestros informes, en los últimos años hay unas tres decenas de Estados que han desarrollado las capacidades necesarias como para emprender un ciberataque de esta magnitud. Entre ellos, la mayoría de los Estados más afectados hasta el momento -Francia, Inglaterra, otros países europeos y Estados Unidos-, y también alguno de los aliados, como Israel o Japón.

Las reuniones de control eran el peor momento del día, pensó Michelsen. Notó que el cansancio hacía mella en ella, y le entraron ganas de dejarse llevar por la tentación de seguir la conversación con los ojos cerrados. Se sentía como si todo su cuerpo estuviese atado a un bloque enorme de hormigón situado bajo la silla. Cuando hablaba, al menos, le resultaba fácil controlar el agotamiento, pero aquellos ratos en los que sólo tenía que escuchar... eran demoledores. Echó un vistazo a su alrededor y vio que todo el mundo estaba más o menos igual que ella. A más de uno le pesaban los párpados o se les caía la cabeza. Se preguntó cómo era posible que el canciller y la mayoría de los políticos estuviera tan en forma: no dormían más que el resto, de eso estaba segura, de modo que... ¿se dopaban? La voz del presidente de Estados Unidos le hizo volver a abrir los ojos.

-¿De quiénes estamos hablando?

-Según nuestras investigaciones, podrían ser Rusia, China, Corea del Norte, Irán, Paquistán, India y Sudáfrica.

-Yo diría que India y Sudáfrica son más bien aliadas -intervino el primer ministro.

-Ya se han dado las primeras reacciones diplomáticas en muchos países, que se han mostrado dispuestos a ofrecer ayuda a Europa y a Estados Unidos; entre ellos todos los que acabamos de mencionar, con la excepción de Corea del Norte e Irán.

-Mientras no tengamos claro quién ha provocado toda esta desgracia, debemos concentrarnos en atender a la población -dijo el canciller-. El ataque a Estados Unidos nos lleva a replantearnos la ayuda internacional. Todo el personal y los recursos que los americanos iban a invertir en los europeos se quedarán en Estados Unidos, obviamente, de modo que tendremos que buscar algo más.

-Es cierto -dijo el presidente de Estados Unidos-, pero en nuestro caso contamos con una ventaja, y es que nos ahorramos tres días de organizaciones y movilizaciones.

-La cuestión es cómo vamos a reaccionar ante el resto de ofrecimientos -sugirió el primer ministro italiano-. ¿Cómo vamos a decidir si aceptamos la ayuda de Rusia o de China, si no estamos seguros de que no hayan sido ellos quienes nos han atacado? ¡Quizá ahora mismo estemos en guerra con Rusia o con China pero no nos hemos enterado! Y si los dejamos entrar en nuestro país con sus supuestas tropas de ayuda... Que Dios nos coja confesados.

¿Se ha vuelto loco o es que yo no entiendo nada de la guerra moderna?, se preguntó Michelsen. ¡Tenemos que aceptar toda la ayuda que nos ofrezcan!

El ministro de Defensa, que era al mismo tiempo el vicecanciller alemán, apretó el botón que desactivaba los micrófonos del resto de miembros de la videoconferencia. Ahora nadie podía oírlo.

-Tengo que darle la razón al primer ministro italiano -dijo, dirigiéndose al canciller-. Existe el riesgo de que esto suceda.

Y dicho aquello soltó el botón. El canciller se limitó a arquear la ceja. A Michelsen le pareció que rechazaba el argumento.

-Según la información de que dispongo -dijo la presidenta del gobierno sueco-, los primeros aviones de ayuda de Rusia están previstos para pasado mañana, sábado, día en que también deberían llegar los primeros camiones y trenes. Y los aviones chinos están agendados para el domingo. Yo propongo que no interrumpamos los preparativos de toda esta movilización y entramado de ayudas. Si manifestamos nuestros reparos a estas alturas, si trascienden nuestras sospechas... cualquiera podría sentirse lo suficientemente agraviado como para posponer sus ayudas... o, en el peor de los casos, retirarlas definitivamente. De este modo ganamos varias horas para avanzar en las investigaciones. Ya tendremos tiempo de detenerlo todo si descubrimos algo antes de que salgan las ayudas.

Gracias, pensó Michelsen, lanzando una mirada furtiva al ministro de Defensa.

-Además -añadió la sueca-, las ayudas extranjeras llegarán a un máximo de varios miles de personas en toda Europa, o incluso menos, ahora que tenemos que compartirlas con Estados Unidos. No creo que puedan dejar las cosas mucho peor de lo que ya están...

Un argumento peligroso, pensó Michelsen. Aunque puedan empeorar mucho las cosas, su utilidad puede resultar tan limitada que igual tienen que renunciar a ellas por cuestiones de seguridad.

-Los hombres inteligentes y con una buena formación -dijo uno de los generales- pueden provocar grandes males pese a ser inferiores en número. Debemos ser precavidos. Aun así, la sugerencia de la presidenta me parece muy acertada. Tenemos un día y medio para coordinar los servicios de ayuda civil de las tropas de la OTAN. Y me gustaría creer que para entonces ya sabremos quién se esconde tras los ataques.

Düsseldorf

En la puerta de la clínica había tres ambulancias. Dos figuras muy abrigadas sacaron una camilla del hospital. Manzano tardó en darse cuenta de que bajo la manta había un paciente. Una botellita de suero medio vacía se tambaleaba sobre la cabeza del hombre, pendiendo de un brazo de metal. De ella salía un tubito que bajaba hasta la camilla y desaparecía bajo la manta. Detrás, un joven vestido de blanco gesticulaba desmesuradamente. Los dos que empujaban la camilla se limitaban a negar con la cabeza y seguían empujando su carga hacia la calle. Al final, el hombre de blanco se dio por vencido, dejó caer los brazos y, tras unos segundos de inmovilidad, volvió a entrar corriendo en el edificio.

El coche de Hartlandt pasó lentamente junto a la camilla y aparcó detrás de una de las ambulancias.

-¿Crees que podrás caminar unos pasos?

Manzano lo miró con odio. Estaba convencido de que sí, pero ¿por qué iba a ser amable con alguien que acababa de dispararle porque creía que era un terrorista?

-¡No!

Hartlandt desapareció en el edificio. Sus ayudantes se quedaron vigilando a Manzano, del que no apartaban la vista ni un segundo. Parecía que no tendría demasiadas opciones de intentar escaparse otra vez; además, tenía las manos esposadas a la espalda y la pierna con una herida abierta.

Hartlandt volvió con una silla de ruedas.

-Siéntate.

Manzano obedeció a regañadientes, y Hartlandt lo empujó al interior del edificio. Uno de los dos ayudantes los acompañó como si fuera su propia sombra.

En cuanto entraron en el vestíbulo les sobrevino un hedor insoportable. Aunque ahí dentro no hacía mucho más calor que en la calle, el ambiente apestaba a descomposición, putrefacción y excrementos mezclados con un exceso de ambientadores y desinfectantes. Manzano creyó que iba a vomitar. Por segunda vez en una semana entraba en una clínica para que lo cosieran. De pronto se sintió muy desgraciado y se compadeció de sí mismo enormemente. No quería estar allí. Quería estar en casa, o en una playa soleada, o frente a una chimenea, en una cabaña en la montaña. Le vino a la mente la mañana que pasó con Angström charlando en el banco y durante unos segundos casi tuvo ganas de sonreír. Pero luego recordó dónde estaba.

Había camillas ocupadas por todas partes, y gente que no tenía ninguna pinta de ser médico o enfermera atendía a los pacientes. Reinaba un terrible alboroto, pero, en general, parecía que la mayoría de los presentes se movía hacia la puerta. Hacia la salida. Se dio la vuelta y, efectivamente, vio otra

camilla saliendo del hospital.

Hartlandt lo empujó por un pasillo a cuyos lados se acumulaban los heridos, los enfermos y las camas. Algunos estaban en silencio, pero la mayoría gemía o lloriqueaba. Y había más familiares y amigos que personal sanitario.

Llegaron a una puerta en la que ponía «Urgencias» y accedieron a una sala en la que todas las sillas estaban ocupadas. Hartlandt cogió su placa y se la mostró a la enfermera de la recepción.

-Herida de bala -dijo.

El alemán de Manzano no era demasiado bueno, pero sí lo suficiente como para entender de qué iba la conversación que tuvo lugar a continuación. De algo le habían servido los semestres que pasó en la universidad de Berlín, y la novia alemana que tuvo durante unos meses y los años de búsquedas -no siempre del todo legales- en los archivos de varias empresas alemanas.

-Necesitamos un médico inmediatamente.

Manzano sintió que se le encogía el estómago.

¿Por qué inmediatamente? ¿No había dicho Hartlandt que la herida era superficial?

La enfermera le contestó sin inmutarse.

-Mire cómo está todo. Me paso el día diciéndole a la gente que no podemos atenderlos. Hace tiempo que tendríamos que haber evacuado el hospital, pero nadie puede hacer nada. ¿Cree que alguien me escucha? ¿Me escucha usted?

-Pero usted sí me escucha a mí -insistió Hartlandt- y sabe que quiero ver a un médico inmediatamente. ¿Tengo que sacar una porra o hablarle de intereses nacionales para que atienda mi petición?

La mujer levantó las manos, desesperada.

-¿Y qué quiere que haga? Todos los...

-¡Quiero que me traiga a un médico! -la interrumpió Hartlandt-, o yo mismo iré a por uno.

La enfermera suspiró y se marchó.

En la sala esperaban al menos cincuenta personas. Una mujer intentaba calmar a su hijo, que lloraba. En otra de las sillas, un anciano se recostaba sobre su mujer, con la cara blanca como la tiza y el cuerpo sacudido por temblores, mientras ella le susurraba algo al oído y le acariciaba una mejilla. Algo más allá, un hombre, más estirado que sentado, empezaba a adquirir una tonalidad cérea; con la cabeza echada hacia atrás, tenía un brazo doblado sobre el pecho, pero allí donde debía estar la mano no se veía más que un montón de vendas y gasas ensangrentadas cubriendo un muñón. Manzano se obligó a apartar la vista y a fijar la mirada en la pared, pero su estómago seguía revuelto. Cerró los ojos e intentó pensar en algo agradable.

-¿Pero a qué viene esto? ¿Quién se cree que es usted? -dijo una voz, dirigiéndose a Hartlandt.

La enfermera había regresado a la sala. Junto a ella, un hombre de unos cuarenta años, con una bata que ya no era blanca y los típicos utensilios de médico colgados del cuello y en los bolsillos. Tenía unas ojeras muy

marcadas y era obvio que llevaba días sin afeitarse.

-Le traigo un accidentado -dijo Hartlandt- que debe tener absoluta prioridad.

-¿Y por qué, si puede saberse?

Hartlandt le enseñó su identificación y le dijo:

-Porque es más que probable que este hombre tenga alguna responsabilidad en el apagón y en todo lo que estamos sufriendo...

Manzano no podía dar crédito a lo que acababa de oír. ¿Pues no estaba acusándolo en voz alta y delante de toda aquella gente? ¿Se había vuelto loco?

-¡Razón de más para no atenderlo, entonces! -resopló el médico.

-Seguro que Hipócrates estaría orgulloso de usted -observó Hartlandt-, pero resulta que si cura a este hombre quizá pueda ayudarnos a resolver todo este asunto y recuperar la normalidad. Sólo necesito que no se me desangre, que no se le infecte la herida o que no coja septicemia. Sólo eso, ¿entiende?

El médico refunfuñó alguna cosa y por fin dijo a Hartlandt:

-Venga conmigo.

Cruzaron la sala y Hartlandt empujó la silla de Manzano. Algunos de los allí presentes los miraron con curiosidad. Otros protestaron con mayor o menor intensidad. Una mujer intentó detener al médico. Se colgó de su brazo y lloró y suplicó, pero él le dijo:

-No deberían estar aquí. Ya no nos queda personal ni material. El hospital está siendo evacuado. Por favor, le ruego que se vayan a otra clínica.

Y dicho aquello siguió su camino sin escuchar la respuesta de la mujer.

Unos pasos más allá, los hizo entrar en una sala de curas y les señaló una camilla.

-No nos queda papel protector. Tendrá que sentarse directamente sobre el cuero.

Hartlandt levantó a Manzano sujetándolo por debajo de las axilas.

-¿Qué es esto? -dijo el médico, al ver las esposas-. Suéltelo. No puedo atenderlo así.

Hartlandt le quitó las esposas y se las guardó en el bolsillo.

El médico empezó a cortar las gasas que le habían puesto, y también los pantalones de Manzano. Examinó la herida, y aunque lo hizo con cuidado, Manzano no pudo reprimir un grito de dolor.

-Bueno, no es demasiado profunda -dijo-. Ahora sólo tenemos un problema, y es que no nos queda anestesia, de modo que...

-Es italiano -le interrumpió Hartlandt-. ¿Sabría decírselo en inglés?

Manzano no dijo nada. El médico repitió sus indicaciones en un inglés bastante correcto, y luego añadió:

-Podemos hacer dos cosas: o le vendo la herida provisionalmente y le dejo la bala dentro, con lo cual el riesgo de infección sería elevado, o sacamos el proyectil y limpiamos la herida sin anestesia.

Manzano empezó a marearse. Echó un vistazo a su pierna desnuda. Un valle sangriento con los márgenes agrietados y desgarrados acababa conluyendo en un agujero. El corazón se le subió a la garganta y notó que empezaba a sudar.

¿No le había dicho Hartlandt que la bala le había rozado?

-Mire, voy a desinfectarle la huida -dijo el médico-. Así sabrá a qué tipo de dolor se enfrenta. Luego podrá decirme lo que decide.

Vertió un líquido en una gasa y lo pasó por la herida. Manzano cogió aire.

-Es horrible -dijo el médico-. Me siento como si hubiésemos vuelto a la guerra de los treinta años, en la que se daba a los enfermos una botella de ron para que se la bebieran antes de amputarles una pierna. Lo que estamos haciendo estos días no tiene nada que ver con la medicina. Yo me siento más como un carnicero.

Sawed of the leg. A butcher. Manzano cerró los ojos y rezó para perder el conocimiento, pero su cuerpo no quiso hacerle aquel favor.

No quería tener una infección y arriesgarse a perder la pierna, pero tampoco tenía ningún interés en que le operaran sin anestesia. Alguien le tocó el hombro.

-¿Y bien? -dijo el médico.

Manzano cogió aire y respondió en inglés:

-Sáqueme esa cosa.

-De acuerdo. Apriete los dientes. O mejor... -dijo, dándole un trozo de tela-, muerda esto.

Volvió a echar líquido desinfectante en una gasa y limpió con él unas pinzas muy largas.

-Ya no nos queda instrumental estéril -dijo, encogiéndose de hombros.

Entonces notó que le metía las pinzas en la piel. Manzano oyó un grito inhumano, un sonido largo, oscuro y profundo, intenso pero al mismo tiempo extrañamente amortiguado, y sólo al quedarse sin aire se dio cuenta de que era él quien lo profería. No podía soportarlo. Intentó marcharse de allí, pero Hartlandt lo sujetaba por los hombros y el otro hombre lo tenía cogido por las caderas con un brazo y por la pierna con el otro.

Por el rabillo de sus ojos anegados en lágrimas, Manzano vio que el médico levantaba la pinza y se la ponía a la altura de la cara. Ahí estaba: la bala.

El hombre tiró el proyectil a la basura que quedaba junto a la camilla y le informó:

-Ahora voy a coserlo. Esto duele menos.

¿Qué más pueden hacerme?, pensó Manzano, con un nuevo ataque de sudor. Tengo que respirar, se dijo, tengo que acordarme de respirar. Y entonces se hizo la oscuridad.

París

Laplante sostuvo la cámara frente a James Turner, que se había colocado ante una nave industrial, y maldijo a Shannon por haberlo dejado solo con aquel idiota. Detrás de Turner, figuras aisladas o en grupos pequeños arrastraban paquetes y los sacaban de una enorme y oscura puerta.

-Me encuentro a la entrada del almacén de una de las mayores cadenas alimenticias del sur de París. Esta noche los ciudadanos han forzado sus puertas y han empezado a desvalijar cuanto han encontrado en su interior.

Laplante siguió a Turner con la cámara y lo vio dirigirse a un grupo de saqueadores. Llevaban un montón de bolsas de plástico llenas, pero no logró identificar su contenido.

-Buenos días, amigos, ¿les importaría decirme qué llevan en las bolsas?

-¿Y a ti qué cojones te importa? -le respondió uno de los hombres, apartándolo de un empujon.

El periodista recuperó el equilibrio e hizo un esfuerzo por no perder la compostura.

-Como ven, la gente está muy nerviosa. Tras seis días de apagón y obligados a comer, como mucho, una vez al día, los parisinos ya no saben qué hacer, y la noticia de que una posible nube de radiactividad proveniente de Saint Laurent pueda afectar a la metrópolis no contribuye sino a tensar los nervios aún más. Hasta aquí nuestro apunte del día.

¡No, por Dios, otra vez no!, pensó Laplante. Turner le hizo la señal de que cortara.

-Vamos a la entrada. Quiero ver más reacciones.

-Estás como una cabra.

-¿Quién es aquí el periodista, tú o yo?

-Yo soy el productor -respondió Laplante, demasiado cansado como para pelearse con él-, y creo que esto ya no tiene sentido.

-¡Mierda! ¡Joder! -gritó Turner, fuera de sí-. ¡No pienso dejar de informar en directo, ni aunque el mundo se venga abajo!

-¡Pero si ya nadie puede verte!

-¡Medio mundo me ve! Aunque algún hijo de puta haya cortado la corriente a Europa y Estados Unidos, siguen quedando varios miles de millones de personas en el mundo que viven con absoluta normalidad. Sólo porque tú te empeñes en mirarlo todo con ese cerebro de mosquito que Dios te ha dado...

Laplante ni siquiera escuchó su perorata. Desde que pasó lo de Estados Unidos, Turner estaba completamente fuera de sí. Al principio se había sentido enormemente satisfecho de la aparente superioridad tecnológica del país en el que se había instalado y aprovechó sin disimulo las ventajas de ser francés en Europa, pero pronto vino la humillación, la igualación con el resto de países de la Unión y hasta con Estados Unidos, y entonces le sobrevino una

angustia indescriptible y una gran preocupación por sus familiares americanos, y sobre todo por sus padres, que lo había llevado prácticamente a la locura.

-De modo que... ¿Qué me dices? ¿Vamos a grabar? -le preguntó Turner, de nuevo en sus casillas

-Vamos.

Del cinturón de su abrigo, Turner descolgó un aparatito que llevaba consigo desde su breve visita a Saint Lauren.

-Es el momento de nuestra obligada medición -dijo, con el semblante serio-. Con este dosímetro puedo calcular la carga de radiación que hay actualmente en el ambiente.

Alzó el aparato levantando el brazo.

-Se trata de un chisme digital -nada que ver con esas cosas temblorosas que aparecen en las películas-, y está programado para emitir un sonido de advertencia si se alcanzan dosis de radiación críticas y/o peligrosas...

Justo en ese momento se oyó un pitido muy intenso. Desconcertado, Turner levantó la vista hacia el aparato, justo antes de caer en la cuenta de que para leer lo que ponía tenía que bajar el brazo.

Laplante utilizó el zoom para enfocarle la cara, que al principio reflejó desconcierto, después incredulidad y, por fin, puro horror.

-Esto...

Volvió a levantar el aparato. Lo movió hacia un lado, luego hacia otro y dio unos pasos. Laplante siguió todos sus movimientos con la cámara. En segundo plano, tras ellos, la gente seguía con su pillaje.

Turner acercó el aparatito a la cámara.

-¡¡¡0, 2 microsieverts por hora!!! -confirmó-. ¡Esto es el doble de lo que se creía que iba a ser la dosis máxima! ¡La nube ha alcanzado París!

Laplante sintió que la angustia apenas le permitía sostener la cámara. Estaba mareado y había empezado a sudar. Quiso dejarlo todo y salir corriendo, pero la tensión creativa de Turner, su entusiasmo, lo arrastró con él.

El americano buscó alguien con quien hablar. Dio un par de zancadas y se dirigió a una joven con un gorro de lana del que salían dos largas trenzas rubias. Llevaba dos bolsas de plástico en sendas manos.

-Disculpe, joven, ¿sabe lo que es esto? -dijo Turner, acercándole el dosímetro a la cara; y sin esperar respuesta añadió-: es un dosímetro, y calcula las radiactividad que hay en el aire. ¿Y sabe qué es lo que acaba de medir?

Düsseldorf

-Despierte, ya hemos acabado.

Manzano necesitó un rato para orientarse. Estaba estirado boca arriba y notaba el pulso en el muslo. Inclinados sobre él, tres hombres. Entonces recordó.

-Lo ha hecho muy bien -dijo el médico sin afeitar-. Así no ha notado cómo le cosía la herida.

-¿Cuánto... cuánto tiempo he estado...?

-Dos minutos. Ahora se quedará un par de horitas aquí, en observación, y luego podrá marcharse. En realidad nos iremos todos.

-¿Cómo que todos? ¿Por qué? -preguntó Hartlandt.

El médico ayudó a Manzano a incorporarse estirándole de un brazo, mientras explicaba:

-El generador de corriente de emergencia lleva dos días en reserva. -Con la ayuda de Hartlandt sentó a Manzano en la silla de ruedas-. Ya no nos queda carburante y nadie va a venir a reponerlo -dijo, mientras los cuatro salían de la habitación-, porque no hay suficiente para todos los hospitales de Düsseldorf. Nuestro problema ahora es intentar deshacernos de nuestros pacientes. Esta tarde se apagarán literalmente todas las luces de este edificio.

-¿Y no tienen un plan de emergencias? -preguntó Hartlandt.

-Teníamos varios planes, pero ya los hemos agotado todos -respondió el médico-. Busque una camilla para su amigo. Yo vendré a verlos después.

-¿Y no podemos llevarlo a algún otro hospital?

-Tendría que estar en reposo unas horas. Además, no encontrarán ni una sola cama libre en las pocas clínicas y hospitales que aún tienen electricidad.

-Bueno, pero a mí me han disparado -dijo Manzano, con voz débil.

-Lo suyo no ha sido nada. Créame, no le gustaría que le contara todas las operaciones que he llevado a cabo sin anestesia en las últimas horas.

Tenía razón. Manzano no tenía el menor interés en saber nada al respecto. Cerró los ojos y se le aparecieron un montón de instrumentos de tortura medievales, de hierro y madera.

-Lo lamento, pero no tengo nada contra el dolor -le dijo el médico-. Hace días que se acabaron. Sentirá dolor durante los próximos días. Le puso dos cajitas en la mano. Aquí tiene antibióticos, al menos. Por si al final hay infección. Quizá le sirvan. Ahora intente dormir.

Y dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó sin decir adiós.

-Bueno, ya has oído -dijo Hartlandt dirigiéndose a su ayudante-. Busca una cama para el fugitivo. A mí también me gustaría dormir un poco, pero no tengo tanta suerte como él. Tengo que volver a Talaefer. Con la tontería de las persecuciones se me habrá acumulado el trabajo. No le quites ojo de encima, aunque imagino que si vuelve a escaparse no será corriendo, al menos esta

vez. Volveré dentro de un par de horas, o enviaré un coche a buscaros.

Manzano lo vio alejarse por el pasillo.

-¿Cómo se llama, por cierto? -dijo Manzano, apoyándose en el hombre-. Ya que vamos a pasar juntos las próximas horas...

-Helmut Pohlen -respondió este.

-Bien, Helmut Pohlen, encuéntreme una cama, por favor.

En los pasillos encontraron muchas camas, pero todas ocupadas. No había ni una sola sala para estirarse a descansar. Manzano estaba helado: el sudor que le había caído a chorros durante la operación había empezado a secarse sobre su piel, y tenía la pierna derecha al aire. Después de mucho buscar, encontraron una cama que parecía recién abandonada. Manzano puso su mano sobre el fino colchón, y se sorprendió al ver que estaba frío. Por lo visto llevaba libre más tiempo del que él pensaba. Se estiró con ayuda de Pohlen. Ojalá la manta abrigara mucho... En cuanto estuvo tendido se dio cuenta de lo cansado que estaba. Pohlen empujó la cama hasta una pequeña salita junto a la que habían pasado hacía un rato y que estaba vacía. La cama ocupaba casi todo el espacio de la sala. Pohlen cerró la puerta, puso la única silla que encontró por el camino entre la cama y la puerta y se sentó de tal modo que Manzano no podría salir de allí sin apartarlo. Pero al italiano no le importaban lo más mínimo las estrategias policíacas de aquel tipo. Sólo quería cerrar los ojos y dormir... Cosa que hizo inmediatamente.

Shannon esperó unos minutos. Al ver que Manzano y su acompañante tardaban mucho en salir, se acercó a la puerta, llamó con los nudillos y la abrió sin esperar una respuesta. Algo bloqueó la abertura hacia la mitad. ¿Una silla? Shannon asomó la cabeza por la rendija y vio una habitación tan pequeña que apenas cabía la camilla.

Manzano dormía y su acompañante estaba sentado en una silla, bloqueando efectivamente la abertura de la puerta.

-*Sorry* -dijo, y volvió a cerrar.

Pero ya había visto cuanto necesitaba. La sala no tenía ventanas ni ninguna otra puerta por la que salir. Se alejó unos metros por el pasillo y buscó un lugar desde el cual controlar la puerta sin llamar la atención.

¿Qué habría hecho el italiano para que le dispararan?

¡Por Dios, y qué mal olía ahí!

Ratingen

Dienhof observaba una pizarra magnética en la que había varios diagramas: pictogramas de edificios que se unían mediante líneas. Estaba sólo con Hartlandt, Wickley, el ayudante de Hartlandt, otro directivo de Talaefer encargado de las cuestiones de seguridad y la jefa de personal de la empresa.

-Para llevar a cabo nuestras investigaciones hemos partido del peor escenario posible -empezó a decir Dienhof-. Es decir, que nuestros productos fueran realmente la causa de los problemas en las centrales nucleares, y que los errores hubieran aparecido simultáneamente en tantas centrales distintas. Si esto hubiera sido así, si hubiera sido cierto, deberíamos reflexionar sobre el modo en que construimos nuestros productos y los implementamos entre los clientes. Vamos a ver: en primer lugar, en las centrales funcionan sistemas de varias generaciones, pero según los datos de la Europol sólo se han visto afectados los de segunda y tercera generación; nunca los de la primera. Estos productos se basan en módulos básicos que en parte hemos desarrollado en Talaefer, pero también en módulos estándar en cuestiones protocolarias, que también se utilizan mucho, por ejemplo, en Internet. -Dienhof acompañaba sus explicaciones con las imágenes de la pizarra-. A partir de aquí, en Talaefer desarrollamos para cada cliente una solución a medida. De modo que si queremos encontrar un error o una manipulación capaz de afectar a tantas centrales nucleares distintas, deberíamos buscar primero en los módulos básicos.

-Pero el error también podría estar en otro lado -le interrumpió el hombre de Hartlandt.

-En teoría sí, pero en la práctica es muy improbable, porque implicaría que el software dañino se ha adecuado en cada caso a las necesidades de cada una de las centrales nucleares, y eso supondría un esfuerzo enorme, y carísimo, además. Sería casi como el Stuxnet, del que sabemos que ocupó durante muchos meses a varias decenas de programadores expertos en el tema. Pero en el caso que nos ocupa... Nadie asumiría un esfuerzo tan ingente pudiendo tener el mismo resultado de un modo mucho más sencillo.

El ayudante de Hartlandt asintió, y Dienhof retomó las explicaciones:

-Lo que teníamos que preguntarnos, pues, era quién había desarrollado los módulos básicos, o, dicho con otras palabras, quién de nosotros había tenido acceso significativo a ellos. Éstos fueron los primeros objetivos de nuestras investigaciones.

En una zona libre de la pizarra, Dienhof dibujó un círculo y lo tituló «Acceso con permiso de escritura a los módulos básicos».

-¿«Acceso con permiso de escritura» -le interrumpió Hartlandt- significa que sólo ellos prodrían haber cambiado los módulos?

-Exacto -le confirmó Dienhof-. Pero claro, no es que las centrales nucleares

dependan completamente de nosotros durante unos días y después ya no vuelvan a saber nada de Talaefer, porque todos los módulos y productos de los que tratamos son extraordinariamente complejos y deben ir retocándose con el tiempo, de modo que las empresas van recibiendo periódicamente actualizaciones de su software, o, cuando menos, de alguna parte de ellos. O sea que aquí nos topamos con un grupo de trabajadores especialmente interesante: aquellos que tienen acceso directo a los sistemas en funcionamiento. Evidentemente, tanto ellos como los creadores de las actualizaciones deben firmar estrictos acuerdos de confidencialidad y cumplir con fuertes medidas de seguridad. Una de las principales preocupaciones de nuestra empresa es la estricta división de personal entre las distintas fases, que son desarrollo del software y las actualizaciones, su inspección y revisión y la atención al cliente.

Señaló otros dos círculos que aparecían junto al primero. En el segundo escribió «Control»; en el tercero, «Implementación/Atención al cliente».

-Los creadores de software no pueden ser los mismos que lo revisan, ni los encargados de implementarlo, del mismo modo que quienes lo revisan no pueden influir en su creación ni en su proceso de implementación, y quienes lo implementan no tienen acceso a sus revisiones y mucho menos a su posible creación. En conclusión: para lograr que un error provocado llegue al cliente, tiene que ser tan genial y estar tan bien pensado que a ninguno de los trabajadores de estos tres grupos les llame la atención y quieran intervenir. O eso, o en Talaefer tenemos un error en el sistema de autentificación, que tampoco sería del todo descartable.

-¿Un error dónde? -preguntó Hartlandt.

-En el sistema de autentificación.

-¿Y eso qué significa?

-Hay muy pocos trabajadores con autorización para modificar los códigos fuente, y cada una de las modificaciones debe estar revisada y aceptada por otros trabajadores.

-Pero si los sistemas de códigos tuviesen algún error...

-Un creador de software podría colar un código de programación manipulado a los inspectores, sí. Aunque, la verdad, yo lo descartaría. Hemos comprobado todas las entradas de los archivos de los códigos y no hemos dado con ningún indicio de una posible manipulación...

Un uso excesivo del condicional, pensó Hartlandt. El bueno de Dienhof no lograba aceptar la posibilidad de que quizá él tuviera parte de culpa en todo aquello.

-Muy buen planteamiento. -Decidió felicitarlo, pese a todo-. Pero ¿qué pasaría si el atacante no hubiera actuado solo?

-Sí, también hemos barajado esa posibilidad, pero hemos decidido que es muy improbable, por un motivo concreto: en cada uno de los sectores de la empresa los trabajadores suelen trabajar en un proyecto muy especializado y no tienen un acceso con permiso de escritura a los datos de sus compañeros -

o, al menos, no a todos-, lo cual significa que para llevar a cabo un ataque como éste, tan generalizado, el atacante necesitaría bastante más que la ayuda de uno o dos cómplices. En caso contrario, sus actos sólo tendrían consecuencia a pequeña escala, o bien en las pocas centrales nucleares en las que también se hallaran sus cómplices. En fin, el caso es que yo creo que sólo buscamos a una persona; a alguien que pueda cambiar las rutinas que utilizan todos los programas. Según nuestras investigaciones, en la gestión de acceso del archivo del código fuente sólo podemos quedarnos con tres nombres: el primero es Hermann Dragenau, nuestro desarrollador jefe. Además de sus actividades en el diseño del programa, también tenía permisos para modificar las librerías del usuario.

Hartlandt recordaba aquel nombre. Le tocó preguntar por él durante la búsqueda de trabajadores de Talaefer.

-Dragenau está en Bali, de vacaciones -dijo.

-Sí, eso nos han dicho a nosotros también. Pero todos nuestros hombres fuertes tienen que estar localizables en caso de emergencia, por muy lejos que estén y por muy merecidas que hayan sido sus vacaciones, y en el caso de Dragenau no está siendo así. Por ahora le hemos dejado un mensaje. A ver cuánto tarda en contestar. Nuestro segundo hombre es Bernd Wallis. Se fue a esquiar a Suiza y tampoco hemos logrado dar con él, y el tercero es Alfred Tornau. Su nombre aparece en la lista de personas que no han podido venir a trabajar, pero hemos llamado a su casa y no lo hemos encontrado. Ni allí ni en ningún otro lugar, si no me han informado mal.

-Le seguimos el rastro -dijo Hartlandt-. A él y a alguno más. -Miró a Wickley-. ¿Y qué me dice de los directivos?

-Estamos tan sujetos al sistema de seguridad como cualquier otro trabajador -respondió él, dándose por aludido pero sin inmutarse-, sólo que como no lo necesitamos para trabajar, tenemos muchas menos posibilidades de acceder a él que cualquier técnico, y ninguna opción de administrar o gestionar los códigos fuente.

-Eso es cierto -confirmó Dienhof.

Hartlandt decidió dar por buena aquella explicación, pero sólo por el momento. De todos modos, sabía por propia experiencia que los directivos de cualquier empresa alemana media contaban con sobrados métodos, formales o informales, para obtener cualquier cosa de sus trabajadores; lo que fuera, cuando fuera. Así que dejaría aquel argumento en cuarentena.

-Recapitulando: tenemos a tres posibles sospechosos, pero resulta que uno está en Bali, el otro en Suiza y el otro ha desaparecido. Maravilloso, señores, ¿no les parece?

PAUSA

-Buen trabajo, Dienhof -dijo Wickley, más por educación que por convicción.

En realidad lo habría matado mientras lo escuchaba. ¡El sistema de seguridad de Talaefer no tenía fallos! ¡No podía tenerlos!

-Aunque no me ha pasado por alto su incomodidad ante la posibilidad de que un individuo aislado tuviera realmente la posibilidad de ejercer algún tipo de manipulación en los programas. Sea como fuere, estoy absolutamente convencido de que nadie en esta casa podría provocar voluntariamente un fallo, y menos aún uno digno de tener en cuenta.

Wickley no tenía ni el dominio técnico ni organizativo que habrían sido necesarios para defender aquella idea, y desconocía por completo el perfil psicológico de sus trabajadores, pero pensó que a Dienhof le sentaría bien algo de soporte en aquel momento.

-Quiero que usted colabore estrechamente con las autoridades. Deles toda la información que necesitan: datos, documentos y todo el acceso a nuestros archivos.

Esos cuatro forenses de la oficina criminalista no tenían ni idea del mundo de la electricidad, de modo que no creía que fueran a encontrar nada. Pero respaldarían a su equipo y lo protegerían mientras lo investigaran.

-No tengo la menor duda de que nadie encontrará nada que nos relacione con el apagón. Quizá nos topemos con algún que otro despiste de programación en los códigos, pero seguro que podrán explicarse y justificarse. En este sentido, le ruego que si se topa con alguno de estos fallos lo comente primero conmigo, por respeto a la empresa, y después, inmediatamente después, si lo desea, con Hartlandt.

-¿Y qué pasa si son los propios policías quienes encuentren algo?

-Pues infórmeme también lo antes posible, por supuesto. Y frénelos en sus investigaciones, en la medida de lo posible, al menos hasta que se haya hecho usted una composición de lugar y haya podido informarme. Después ya podrá dejarles vía libre...

La Haya

Pensativo, Bollard estudió el enorme panel de la sala en el que tenían expuestas todas sus informaciones.

Había renunciado a llamar a sus padres. Desde el ataque a Estados Unidos ya casi no les llegaban informes sobre la situación en la central nuclear de Saint Laurent. El networking estadounidense había dejado de emitir noticias internacionales, y emisoras como Al Jazeera o las asiáticas no debían de tener corresponsales en la zona, porque tampoco establecían conexión alguna con Saint Laurent. En realidad, podía estar contento de que los canales de comunicación entre los organismos nacionales e internacionales siguieran funcionando, ni que fuera de manera rudimentaria. Con sus colegas de la Unión Europea en Bruselas y Estrasburgo sólo podía ponerse en contacto de vez en cuando, según las circunstancias, y con los de Francia la relación era aún menor. Igual de esporádica y sincopada era la información que les llegaba del Organismo Internacional de Energía Atómica, en Viena. Lo último que sabía de Saint Laurent era que había alcanzado el nivel cinco de la escala INES, y que, al contrario de lo que sucedía entre los explotadores de la EDF y las autoridades francesas de seguridad atómica, el OIEA no excluía la posibilidad de una fusión parcial del núcleo del reactor del bloque I.

Bollard rezó por que sus padres y sus suegros hubiesen sido avisados y evacuados a tiempo.

Saint Laurent ya no era la única central nuclear a la que le fallaban los sistemas de seguridad. A Tricastin (Francia), Doel (Bélgica), Temelín (República Checa) y Kosloduj (Bulgaria) empezaba a sucederles lo mismo. Doel estaba a menos de ciento cincuenta kilómetros de La Haya, y a sólo sesenta de Bruselas. Aún no se había hablado de grandes escapes de radiactividad, pero dada la evolución negativa de los incidentes hasta la fecha y las malas condiciones meteorológicas del momento, era más que probable que una nube radiactiva cubriese la capital belga y la sede del Consejo y la Comisión Europeos.

Bollard clavó otro alfiler en el mapa de Europa. Tras la llamada de los alemanes aquella mañana, había transmitido la información a todos los oficiales de enlace de los que tenía constancia. Se trataba de que todos ellos preguntaran y se informasen en sus respectivos países. Efectivamente, hacia mediodía recibieron noticias de España, Francia, Holanda, Italia y Polonia. En España se había producido un incendio en una subestación y habían caído dos postes de electricidad. En Francia habían sido cuatro postes, y en Italia y Polonia otros dos, respectivamente. Pero en lo que coincidían todos los países era en decir que en aquel momento no disponían de todos los datos que necesitaban, y que les faltaban equipos de mantenimiento, investigación y trabajo en general. Tras cada llamada, Bollard clavó un alfiler en el panel.

-También tenemos novedades de Alemania -dijo Bollard-. Dejan mal parada la teoría de las rutas de Berlín que tenía Hartlandt. El incendio de Lübeck ha podido controlarse, pero en cambio tenemos uno al sur de Baviera. También los postes de electricidad del norte, por lo visto, se han convertido en objetivos naturales y reiterados. En este sentido, tenemos un poste caído al este, en Sajonia-Anhalt.

-¿Tenemos que pensar, entonces, que hay alguien recorriendo toda Europa, y entreteniéndose en desactivar todas las instalaciones eléctricas que encuentra a su paso?

-Bueno, más que alguien tendrían que ser un montón de tropas.

El sonido del teléfono interno interrumpió su conversación.

-Es para usted -dijo el ayudante que había descolgado, dirigiéndose a Bollard y ofreciéndole el teléfono.

Al otro lado de la línea estaba Hartlandt.

-¡Llevo más de una hora intentando ponerme en contacto con usted!

Al principio, Bollard no pudo dar crédito a lo que el criminalista le iba explicando. ¿El italiano había intentado escapar y le habían disparado en la pierna? ¿Estaba en un hospital de Düsseldorf, donde le habían intervenido sin anestesia? ¿Insistía con sorprendente tozudez en que era inocente? ¿Aseguraba que alguien le había metido los e-mails en el ordenador para incriminarlo?

-Pero... ¿quién habría querido hacer algo así?

-Alguien de la Europol -dijo Hartlandt-, o cualquiera que se hubiera enterado de sus planes tras haber intervenido su ordenador o puesto escuchas en su habitación del hotel.

-Por mi gente pongo la mano en el fuego -aseguró Bollard.

En cuanto colgó el teléfono se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta.

-En seguida vuelvo -dijo a sus colegas.

El departamento de informática quedaba dos pisos más abajo. Según fue constatando, cada vez había más despachos vacíos.

El jefe del departamento estaba sentado en su despacho, junto a un trabajador, y ambos miraban atentamente la pantalla de un ordenador.

-¿Tiene un minuto? -le preguntó Bollard.

El tipo era un belga muy amable que llevaba varios años trabajando para la Europol.

-Pues no, en realidad no -le respondió.

-Es importante.

El belga suspiró, y su ayudante dedicó a Bollard una mirada malhumorada.

-Preferiría hablar en el pasillo -añadió Bollard, señalando con el pulgar por encima de su hombro.

Ahora el belga también lo miró malhumorado, pero Bollard dio un paso al lado y se quedó de pie junto a la puerta, dando a entender que esperaría allí hasta que lo siguiera.

Con un gesto dramático, el jefe del departamento de informática se levantó y se arrastró hasta la puerta.

-¿Y bien? ¿Qué es tan importante?

Bollard dio unos pasos atrás y en pocas palabras lo puso al corriente de la historia de Manzano, de los e-mails y de las acusaciones del italiano.

-¡Esto es ridículo! -exclamó el belga.

-¿Ah sí? Esa gente se las ha ingeniado para paralizar las redes eléctricas de dos de las mayores potencias económicas del mundo. ¿Por qué cree que les costaría tener acceso a nuestros sistemas?

-Pues porque están asegurados de miles maneras distintas.

-Ya, como las redes eléctricas. Oiga, aquí estamos sólo usted y yo, y ambos sabemos que la red perfecta no existe, y que no sería la primera vez que alguien se cuela en nuestro sistema...

-¡Pero fueron incursiones muy periféricas!

-¿Asume usted la responsabilidad? ¿Puede jurar que nadie ha podido infiltrarse en nuestra red, y sostener su juramento en el futuro? -Bollard miró fijamente al hombre y lo dejó unos segundos para reflexionar, pero no para contestar-. Dígame -continuó entonces:- si alguien estuviera observando y controlando nuestros sistemas... ¿notaría si empezáramos a rastrearlo?

-Depende de cómo lo hiciéramos -gruñó el belga-. Pero en estos momentos no dispongo de la gente adecuada para hacer algo así. La mitad de mi equipo ni siquiera viene al trabajo, y la otra está a punto de colapsarse.

-Como todos. Y además estamos entre la espada y la pared.

Düsseldorf

A Manzano lo despertó un dolor terrible en el muslo. No sabría decir cuánto rato había dormido, y durante unos segundos ni siquiera supo dónde se encontraba. Pero el dolor lo devolvió de golpe a la realidad.

Pohlen seguía junto a su cama.

-¿Cómo se encuentra? -le preguntó.

-¿Cuánto he dormido?

-Algo más de dos horas. Son las siete de la tarde.

-¿Ha pasado el médico?

-No.

Manzano recordó qué lo había llevado hasta allí. No podía permitir que aquel policía se lo llevara.

-Tengo que ir al lavabo.

-¿Puede andar?

Manzano intentó bajar las piernas de la camilla. El muslo derecho le dolía horrores. Se sentó y luego apoyó los pies en el suelo. Podía aguantarse de pie. Rechazó la ayuda de Pohlen.

En el pasillo se oyó un especial alboroto. Por lo visto seguían empujándose camillas hacia la salida, como antes, pero ahora la gente gritaba más y se oía un galimatías de lamentos, suspiros, quejas y gritos de dolor. Pohlen abrió la puerta. Había gente por todas partes, pero casi nadie con bata blanca.

-¿Qué está pasando? -preguntó Manzano.

-Ni idea -le respondió Pohlen.

Cuando llegaron a los lavabos, Manzano se dio cuenta de que la pierna empezaba a dolerle un poco menos, pero decidió ponerse a cojear de un modo más exagerado. Quizá en algún momento le sirviera de ayuda haber engañado a Pohlen con respecto a su capacidad de caminar...

Manzano hizo sus necesidades y luego dijo:

-¿Vamos a urgencias e intentamos localizar al médico?

Siguió cojeando. Junto a una camilla vacía vieron dos muletas abandonadas.

-Me irían bien para soportar mejor el peso de la pierna... ¿Me las pasa, por favor? -preguntó Manzano.

El hombre se inclinó a cogerlas y se las dio.

El tema de la evacuación había corrido de boca en boca. En la sala de espera de urgencias ya casi no quedaba nadie, y la salita en la que le quitaron la bala estaba desierta.

-Ya no lo encontraremos -dijo Pohlen-. Pero yo diría que se encuentra mucho mejor.

-Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

-Esperar al coche que Hartlandt va a enviarnos. Con él lo llevaremos a prisión preventiva.

No. Por nada del mundo quería ir allí. Desesperado, empezó a buscar una salida o algún argumento con el cual convencer a Hartlandt de su inocencia, pero no se le ocurrió ninguno. En aquel momento, no obstante, su mirada se posó en una de las salas de curas que les quedaban a la izquierda y vio algo que le llamó la atención.

-Eso de ahí... ¿no son medicamentos para el dolor? -dijo, señalando unas cajitas que estaban en la repisa de debajo de una gran estantería de metal-. ¿Podría mirarlo, por favor? Yo no puedo agacharme...

Pohlen se inclinó.

-¿Dónde?

Manzano cogió la estantería por uno de los lados y la volcó con todas sus fuerzas sobre el hombre, cubriéndolo con la cantidad de cajas, botellines e instrumental médico que en ella había. Pohlen, en el suelo, gritó de dolor y maldijo en voz alta. El italiano se dio la vuelta a toda prisa, cerró la puerta de la sala y cruzó el pasillo intentando no llamar la atención. Llevaba las muletas en la mano izquierda. A cada paso que daba, el muslo le daba un latigazo de dolor que le cruzaba todo el cuerpo hasta llegar al cerebro. Era insoportable, pero tenía que mantener la mente clara. Tenía que pensar hacia dónde ir. Entonces, al ver que todo el mundo salía del hospital, tuvo una idea.

Desde su escondite, Shannon vio salir a Manzano de la zona de urgencias, mirar nervioso hacia todos lados y avanzar finalmente por el pasillo, cojeando, en dirección opuesta al resto de la gente. Shannon se disponía a seguirlo cuando vio que su vigilante aparecía también por la puerta de urgencias. Shannon contuvo el aliento al ver que el policía dudaba unos segundos y luego se decidía por ir hacia la izquierda, siguiendo el flujo de enfermos que salía del hospital.

Shannon abandonó su escondite y corrió hacia el lugar por el que había desaparecido Manzano. Empujó y fue empujada, pisó y fue pisada, y cuando llegó a la esquina por la que éste había doblado... No lo vio.

El italiano había desaparecido.

A la entrada del hospital reinaba un caos considerable. La débil luz de algunas ventanas, junto a la azulada de las ambulancias, confería a toda aquella escena un aspecto fantasmal. La gente iba de un lado a otro, angustiada y desorientada. Sabían que tenían que salir del hospital, pero por lo visto no tenían ni idea adónde ir. Y en medio de todo aquel alboroto, Pohlen mirando en todas direcciones, nervioso y con la nariz ensangrentada. Hartlandt supo en seguida lo que había pasado.

-¿Dónde está? -le gritó, indignado, llegando hasta él.

-No puede haber ido muy lejos -dijo Pohlen, jadeando. Tenía arañazos en toda la cara y su ojo derecho empezaba a adquirir una tonalidad morada...

Aquello era imperdonable. Aunque llevara casi tres días sin dormir, Pohlen era un antiguo soldado de élite y uno de los mejores y más laureados hombres de la BKA, y Manzano, en cambio, no era más que un ciudadano de a pie.

Hartlandt recorrió la zona con la mirada. Con la poca luz y el exceso de

gente apenas podía ver nada. Eran las circunstancias ideales para que alguien se diera a la fuga.

-¿Cuánto hace que lo ha perdido?

-Como mucho diez minutos, pero no podrá ir muy lejos con esa pierna...

Bien pensado, era una suerte que el jefe acabara de llegar y lo ayudara a buscar a Manzano, aunque les habría venido bien contar con más gente. Algo impensable, dado que no había teléfonos ni modo alguno de ponerse en contacto con la central

-De acuerdo. Usted por la izquierda, yo por la derecha.

La habitación, probablemente una sala de curas, estaba a oscuras. Manzano se acercó a la ventana seguro de que nadie podría verlo, ni aquí dentro ni desde fuera. Se asomó y miró hacia la rotonda que quedaba a la entrada del hospital. La gente iba de un lado a otro, desorientada, como marionetas iluminadas por la débil luz azul de las ambulancias. Su movimiento continuo contrastaba con la quietud que lo envolvía a él, tras la ventana cerrada de aquella sala oscura y vacía.

Sin ascensor, el trayecto hasta el quinto piso resultó algo agotador, pero en cuanto le cogió el truco a subir ayudándose de las muletas, no tardó demasiado en llegar. Por el camino no se cruzó con nadie. No sabía cuántas plantas tenía el hospital exactamente, pero seguro que no menos de siete u ocho. La decisión de subir tantos pisos era premeditada: con su herida, nadie lo buscaría tan arriba. De hecho, esperaba que Hartlandt ni siquiera se plantease buscarlo en el interior del hospital, sino mucho más al aire libre, por las calles de Düsseldorf.

Y, según parecía, su plan seguía según lo previsto. Pese a la altura y a la mala visibilidad, Manzano supo localizar a Pohlen, buscándolo entre la gente, y un poco más allá, a otro tipo tan alto como él, y con unos movimientos también muy diferentes al del resto de la gente.

Hartlandt.

Manzano se quedó quieto, esperando, intentando no perder de vista a sus perseguidores. Los estuvo observando durante un rato, hasta que ambos se encontraron a la entrada del edificio. Dos polos que se unían en el tumulto de la plaza... Los vio discutir brevemente, echar un último vistazo alrededor y, por fin, alejarse de allí. Los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Quizá fueran a buscar refuerzos para revisar todo el edificio, o quizá sólo fueran a barrer las calles laterales. Quién iba a saberlo.

Volvió a notar el dolor en la pierna. Cogió una silla y se sentó junto a la ventana. Desde allí podría seguir controlando quién entraba al hospital. En su fuero interno rezó para que la oscuridad no le dificultase las cosas todavía más.

Si lo que había dicho el doctor era cierto, pronto se apagarían todas las luces del hospital y él se quedaría solo.

Shannon empezó a mirar en todas las salas, armarios y habitaciones, pero al

cabo de unos minutos desistió de su empeño. El edificio era demasiado grande como para revisarlo todo. Jamás lo encontraría. Además, cabía la posibilidad de que ya hubiese salido hacía tiempo, mezclado entre la multitud. Desesperada, observó a la gente a su alrededor, y se sumó a ellos. Tenía que salir de allí. Y tenía que encontrar un lugar en el que pasar la noche. Al llegar a la puerta se detuvo, vacilante. Volvió la vista atrás, luego otra vez adelante, y por fin salió a la rotonda. Su Porche estaba aparcado en un sitio en el que ponía «prohibido aparcar», en una callejuela perpendicular a la que llevaba al hospital.

-¡Socorro!

Manzano no sabía cuánto rato llevaba mirando por la ventana. La rotonda de entrada del hospital estaba casi vacía. La única luz que quedaba era la que daba la luna, en fase creciente. ¿Había oído un grito de verdad, o se lo había imaginado?

-¡Auxilio!

La voz venía de muy lejos. Se oía muy débil. Manzano cogió sus muletas y se puso de pie. ¿Estaría enloqueciendo? En ese momento oyó un ruido más y vio una lucecita en la distancia: un rayo de luz bajo el quicio de una puerta. Mientras se dirigía hacia allá, cojeando, pasó junto a varias puertas. De una de ellas salía un horrible olor a putrefacción y heces. Vacilante, entró en ella. A los pocos pasos chocó contra una camilla. Estaba ocupada. Se inclinó para ver el rostro de aquella persona, sin duda anciana, aunque no supo decir si era hombre o mujer. De hecho, no era más que una capa de piel sobre los huesos. Los ojos cerrados, la boca abierta.

¿La habrían olvidado allí? ¿O estaría muerta? Intentó encontrarle el pulso, pero fue en vano. Palpó algo más allá y notó que había otra litera. Sobre ella, un cuerpo enorme, largo y grueso, pero con una respiración realmente débil.

¿Dónde estaba el personal del hospital?, se preguntó. ¿O acaso eran ellos los que acababan de pedir ayuda?

Con cuidado, cojeando, salió de aquella habitación maloliente y se dirigió sigilosamente hacia el resquicio de luz de la siguiente puerta.

De su interior le llegaron unas voces. La puerta no estaba cerrada y sus conocimientos de alemán le sirvieron para hacerse una idea de lo que estaba pasando.

-No podemos hacerlo -estaba diciendo una voz de hombre.

-No nos queda más remedio -le contestó una mujer.

Alguien suspiró.

-No me hice enfermero para esto -dijo él.

-Lo sé, y yo tampoco me hice médico con esta voluntad -dijo ella-, pero sabes perfectamente que morirán en las próximas horas, o quizá en los próximos días, y que su sufrimiento será aún mayor. Ninguno sobrevivirá a un traslado, ni tampoco a la falta de alimentos y medicinas. Dejarlos aquí implica abandonarlos al dolor. Morirán de hambre, de sed y de frío, envueltos en sus propios excrementos. ¿No te parece horrible?

El hombre estaba llorando.

-Y eso sin tener en cuenta que ni Nehrler ni Kubim podrán marcharse de aquí porque ya no quedan sillas de ruedas y nadie está ahora como para bajarlos en brazos...

Poco a poco, Manzano empezó a entender de qué iba aquello. Un escalofrío le recorrió la espalda y se le puso la piel de gallina.

-No creas que me siento satisfecha con esta decisión... -dijo la doctora, con la voz temblorosa.

El enfermero respondió con más llantos.

-Ninguno de ellos está consciente -dijo ella-. No notarán nada.

Pero entonces... ¿quién había gritado pidiendo socorro?, se dijo Manzano. ¿Es que no lo habían oído? Sintió un sudor frío...

-Me voy -dijo entonces la doctora, con un hilo de voz.

Manzano se apartó de la pared a toda velocidad y corrió a esconderse a la siguiente habitación. Debía de ser la que quedaba justo al lado de la de las dos camillas. No se atrevió a cerrar para no llamar la atención. Se quedó inmóvil entre la puerta y la pared, y un segundo después oyó pasos en el pasillo.

Luego, otros pasos apresurados.

-Espere -oyó decir al enfermero.

-Por favor -dijo ella, en un susurro-, déjeme...

-Sólo quería decirle que no quiero que lo haga sola -le interrumpió el hombre, algo recuperado-. Y ellos tampoco deben estar solos.

Manzano oyó entonces el sonido de las suelas de goma avanzando por el pasillo y entrando precisamente en la habitación en la que estaba él.

Pasados unos segundos, Manzano asomó la cabeza por la puerta. Como la pareja llevaba linternas, pudo ver perfectamente lo que hacían. La doctora, alta, delgada y con melenita corta, dejó su linterna sobre la mesita de noche, de modo que su luz iluminaba la pared. El enfermero, algo más bajo que ella y de aspecto frágil, se sentó junto a la cama, cogió la mano del paciente y empezó a acariciársela. Mientras tanto, la doctora sacó una jeringa, quitó el tubito de la bolsa de suero que colgaba sobre el paciente, le inyectó algo y volvió a poner el tubito en su lugar. El enfermero seguía acariciándole la mano. Manzano no lograba moverse ni apartar la vista de aquella escena. Era como si se hubiese quedado sin sangre. Como si hubiese perdido la movilidad y la capacidad de reacción.

-Necesito a vuestros hombres -dijo Hartland.

Pohlen y él habían estado buscando en vano por todo el exterior del edificio, hasta que decidieron ir a la comisaría de policía a buscar refuerzos. Y ahí estaban ahora: tres hombres que -bastaba con echarles un vistazo- llevaban varios días sin descansar.

-Pero nosotros también los necesitamos -le respondió el jefe de policía-. Ya saben cómo está el mundo ahí fuera.

-Cabe la posibilidad de que el hombre que buscamos sea uno de los responsables de todo este desaguisado -insisitió Hartlandt, apremiante.

El policía lo miró con ojos como platos, cogió un walkie-talkie de su mesa, apretó un botón y preguntó, sin saludar siquiera.

-¿Ha vuelto Deckert?

Una voz ronca al otro lado de la línea respondió que sí.

-Vengan conmigo -dijo el comisario.

Hartlandt y Pohlen lo siguieron por varios pasillos levemente iluminados por las luces de emergencia. En algunos de los despachos junto a los que pasaron vieron varios funcionarios. En otros oyeron voces. Cruzaron un patio interior y entraron en una sala en la que esperaban ocho hombres uniformados y cuatro perros policía.

El comisario presentó a Hartlandt a un cuarentón fornido y atlético.

-Kartsen Deckert, jefe de la brigada canina.

Hartlandt le dijo lo que necesitaba.

-Ahora queríamos descansar un poco -le dijo Deckert-. Mis hombres llevan cuarenta y ocho horas de servicio, y los perros también.

-Me temo que tendrán que esperar un poco más -dijo Hartlandt-. Tenemos que entrar en el hospital.

La doctora se incorporó y dio las gracias al enfermero.

Éste asintió en silencio, sin soltar la mano del muerto.

Ella cogió su linterna y de pronto, por casualidad, su halo de luz iluminó de lleno la cara de Manzano. Éste se echó hacia atrás, tras la puerta, y rezó por que no lo hubiesen visto. Entonces oyó unos susurros y pasos que avanzaban en su dirección.

Le iluminó una luz amarilla e intensa, y tuvo que cerrar los ojos.

-¿Quién es usted? -El enfermero apenas podía hablar-. ¿Qué está haciendo aquí?

Manzano abrió los ojos, se protegió la cara con la mano y dijo:

-*The Light. Please*.

-¿Habla usted inglés? -le preguntó la doctora, en el mismo idioma.

-¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿De dónde viene?

-*Italy* -respondió Manzano.

No tenían por qué saber que entendía alemán y había oído todo lo que habían dicho.

La doctora lo miró fijamente.

-Nos ha visto, ¿verdad?

Manzano esquivó su mirada, y asintió.

-Creo que están haciendo lo correcto -susurró en inglés.

La doctora siguió mirándolo fijamente, y esta vez Manzano le devolvió la mirada.

Varios segundos después, ella volvió a romper el silencio:

-Entonces lárguese de aquí. O ayude a esta gente.

Manzano estaba temblando. ¿Aquello era ayudarlos? Era obvio que él no podía valorar el estado en que se encontraban los pacientes, de modo que sólo podía fiarse de la experiencia de ella. Pero ¿qué pasaba con la responsabilidad

moral? Manzano tenía una opinión muy clara con respecto a la eutanasia, y de ningún modo querría que sus amigos o familiares eternizaran sus funciones vitales enchufándolo a una máquina en el caso de caer en coma, perder la actividad cerebral o quedarse irreversiblemente como un vegetal. Pero entendía que lo difícil rayaba, precisamente, en saber decidir cuándo se había llegado a una situación irreversible. ¿Quedaría algún tipo de «esencia del yo» en aquellos cuerpos? Y en caso de que así fuera... ¿querrían vivir o dejar de hacerlo? ¿Permitirían que un desconocido los... -ni siquiera se atrevía a pronunciar la palabra- ayudara a partir? Éstos y otros muchos pensamientos de este tipo se agolparon en su mente y le dolieron en el alma, aunque en seguida tuvo que admitir que no se encontraba ante la posibilidad teórica de una eutanasia. La doctora no había dejado lugar a dudas. *Lárguese de aquí. O ayude a esta gente*. Qué mujer más inteligente. No le había dicho «ayúdenos», no; con ese truco tan simple había dado por sentado el -supuesto- altruismo de su gesto. La idea era lograr que Manzano no se sintiera cómplice, sino benefactor. El italiano tuvo que apoyarse en la pared. Comprendía perfectamente cómo se había sentido el enfermero, y también cómo debía de sentirse ahora la doctora.

Cogió sus muletas, se incorporó y preguntó:

-¿Qué tengo que hacer?

-Nada. Limítese a acompañarnos -le dijo la doctora con voz suave-. ¿Cree que podrá?

Manzano asintió.

Ella se dirigió a la solitaria figura que estaba en la cama, tras ellos, y la iluminó con la linterna. Manzano y el enfermero la siguieron. El rostro pertenecía a una mujer. Tenía las mejillas caídas y los ojos cerrados, y Manzano no encontró ningún signo de vida en ella.

-Sujétele la mano -le dijo la doctora.

-¿Qué le pasa? -preguntó Manzano, sentándose en el borde de la cama.

-DMO (Disfunción Múltiple de Órganos).

Manzano le cogió la mano, cavilante. Era una mano suave y de dedos huesudos y largos. Estaba fría. Manzano no notó ninguna reacción al contacto. Más que una mano parecía un pez muerto, pensó, aunque en seguida se arrepintió de aquella comparación.

La doctora preparó otra jeringa.

-Se llama Edda y tiene noventa y cuatro años -susurró-. Hace tres semanas tuvo un ataque al corazón; el tercero en dos años. Su cerebro sufrió daños, y cayó en coma. No tenía ninguna opción de despertar. La semana pasada se le sumó un edema pulmonar y desde ayer le fallan también los riñones y otros órganos. En circunstancias normales le habría dado aún veinticuatro horas más, pero los aparatos ya no funcionan.

Vació el contenido de la jeringa en la bolsita del suero, tal como ya había hecho con el paciente anterior.

-Su marido murió hace años y sus hijos viven a las afueras de Berlín y

Frankfurt. Antes del apagón pudieron venir a visitarla una vez.

Manzano se dio cuenta de que durante el relato de la doctora había empezado a acariciar la mano de la mujer.

-Había sido profesora de alemán e historia -siguió diciendo ella-. Me lo contaron sus hijos.

Ante sus ojos, Manzano vio una imagen de la joven Edda, en tono sepia, como si de una foto se tratara. ¿Tendría nietos? Justo en ese momento le saltó a la vista el pequeño marco que colgaba de uno de los enganches de la cama. Manzano se inclinó hacia delante para verlo mejor. En él podía verse la foto de una pareja de ancianos elegantemente vestida y rodeada por nueve adultos y cinco niños de diferentes edades, todos ellos muy arreglados para la foto, que debió de tomarse en un estudio de fotografía.

La doctora acabó su trabajo y susurró:

-Tarda unos cinco minutos. Vamos a por otro. ¿Necesita una linterna?

Manzano negó con la cabeza y los miró mientras salían de la sala. Se quedó unos minutos más sujetando la mano de Edda y notó que las lágrimas le corrían por las mejillas.

Empezó a hablarle para romper aquel silencio insoportable. En italiano, que era lo que le salía con mayor facilidad. Le habló de su infancia y juventud en una pequeña ciudad a las afueras de Milán. Le habló de sus padres, y de su muerte en un accidente de tráfico; le dijo que no había tenido tiempo de despedirse de ellos, y eso que aún tenía muchas cosas por decirles. Le habló de sus novias, también de la alemana con nombre francés, Claire, Claire de Osnabrück, a la que hacía tiempo que había perdido el rastro. Se dirigió a ella por su nombre, Edda, y le aseguró que sus hijos y sus nietos habrían querido estar allí para despedirse de ella, pero que las circunstancias eran difíciles y que no habían podido llegar a tiempo. Le prometió que él les explicaría lo plácido que había sido su paso al otro mundo... Habló y habló. Debieron pasar más de cinco minutos, porque de pronto sintió que la mano que sujetaba ya no tenía vida. Entonces la dejó sobre la camilla, con cuidado y puso la otra encima. La expresión de Edda no había cambiado en todo aquel rato. No podía saber si ella había escuchado una sola palabra, si se había sentido acompañada o si no había sentido nada en sus últimos minutos de vida, pero ahora ya daba igual.

La piel de Manzano se tensó brevemente en las zonas en las que se le habían secado las lágrimas. Se levantó, cogió sus muletas y salió de la habitación.

En la puerta estaba el enfermero. Manzano cayó en la cuenta de que no se habían presentado. Quizá fuera mejor que las cosas siguieran así, dado lo que estaba teniendo lugar...

En la media hora siguiente, Manzano sostuvo la mano de otras tres personas más: un chico de treinta y tres años, víctima de un accidente; un hombre de setenta y siete años que había sufrido varios infartos, y una mujer de cuarenta y cinco que después de casi treinta años en el mundo de las drogas se había chutado la dosis final. Ninguno dio muestras de notar la presencia de

Manzano, del enfermero o de la doctora. Sólo la drogadicta dejó exhalar una especie de suspiro antes de enmudecer. Tras soltarle la mano, Manzano sintió un vacío terrible en su interior.

La doctora le dio las gracias y él asintió.

-¿Le duele mucho? -dijo, señalándole la herida.

En aquel momento, Manzano recuperó brevemente la consciencia y recordó los motivos por los que estaba en el hospital.

La pierna le dolía bastante, pero en aquel momento casi se alegraba de sentir algo. De estar vivo. Se levantó y se quedó de pie sin ayuda de las muletas.

-Los pondremos a todos en una sala y los taparemos con mantas -dijo la doctora-. Ya es hora de que usted se vaya a casa. ¿Sabe cómo lo hará? ¿Podrá venir alguien a buscarlo?

-No se preocupen por mí -dijo Manzano, esquivando la respuesta.

Ella le alargó la mano.

-Muchas gracias, una vez más.

El enfermero también le estrechó la mano. Los tres convinieron sin palabras en mantener un educado anonimato.

-Tenga, la necesitará -dijo la doctora, entregándole la linterna.

Manzano le dio las gracias y se fue cojeando hacia las escaleras.

No tenía ni idea de lo que haría ahora. No sabía adónde iría. Si Hartlandt no había aparecido hasta ahora, ya no lo haría. Quizá pudiera pasar la noche allí. Al fin y al cabo hacía menos frío que fuera, y había camas y mantas. La idea le hizo sentir un escalofrío, pero no supo ver ninguna otra opción. No tenía hambre, aunque no había comido nada desde el desayuno. ¿Y qué cama podía escoger? En todas habían yacido enfermos, en todas habían sudado, o quizá incluso hecho sus necesidades. Junto a los ascensores encontró un mapa del hospital. Se fijó en las unidades que había en cada piso y se dio cuenta de que sólo había un lugar en el que no le daba horror imaginarse durmiendo: la maternidad.

Todo, hasta el vestíbulo del hotel, se había convertido en un campamento de emergencias. Ahí ya no cabía ni un alma, y por supuesto Shannon tampoco. Ya era la tercera vez que se encontraba en la misma situación. Todos los hoteles se habían llenado hasta los topes, muchos de ellos con enfermos del hospital. En algunos, los guardias de seguridad vigilaban las puertas para asegurarse de que no entraba nadie más.

Ella necesitaba una cama. Necesitaba dormir. Y no podía hacerlo en el asiento del Porsche, que era demasiado pequeño. Además, estaban solo a dos grados sobre cero y por la noche se congelaría en el interior del vehículo.

¡Piensa, Shannon, piensa! ¿Dónde podrías encontrar un lugar para dormir?

Entonces se le ocurrió: condujo de vuelta al hospital y se dispuso a buscar un lugar para descansar. Mañana, quizá, se acercaría al consulado americano. Igual podían ofrecerle una ducha o algo de comer. En cualquier caso, seguro que las noticias estaban súper interesantes. Desde que salió de La Haya no había tenido ninguna noticia del mundo, y eso se le hacía más extraño de lo

que habría llegado a imaginar.

Metió el coche en el aparcamiento del hospital. El edificio estaba ahora oscuro como la boca del lobo. En el maletero encontró una linterna, y empezó a caminar.

Los pasillos del hospital estaban desiertos, y por todas partes había camillas abandonadas, vendajes tirados por el suelo y medicinas sin pacientes a los que curar. El olor era repulsivo. La linterna iluminó un plano del hospital, y en seguida vio las únicas camas en las que podría dormir. Segundo piso: maternidad. Se dirigió a las escaleras, y empezó a subir.

-No hagáis ruido -dijo Hartlandt, en voz baja-, por si todavía está aquí.

Entraron en el hospital por el aparcamiento. Ocho policías con cuatro perros, seguidos de él mismo y de Pohlen, comprobando cada centímetro por el que pasaban.

Hartlandt encontró el camino hasta la sala de urgencias en la que operaron a Manzano, y una vez allí buscó en la basura el trozo de tejano que el médico le cortó. Cuando dio con él se lo mostró a los perros, que lo olfatearon y empezaron a ponerse nerviosos. Estiraron de sus cadenas, miraron en todas direcciones, bajaron los hocicos al suelo, y, por fin, uno de ellos empezó a estirar hacia la puerta. El resto lo siguió, como si estuvieran de acuerdo, y estiraron a los hombres tras de sí.

Cubierto con cuatro mantas, Manzano miraba por la ventana, en la oscuridad. No podía dormir. Lo sucedido en el quinto piso le había afectado demasiado. Además, el olor a excrementos, putrefacción y muerte que llenaba el resto de pisos empezaba a llegar también a la maternidad.

Por primera vez desde hacía días, estaba solo. Se dio cuenta de que hasta el momento había reflexionado muy poco sobre lo sucedido. Los acontecimientos se habían precipitado, agolpándose unos sobre otros, y se había visto abrumado por obligaciones y responsabilidades que no le habían dejado tiempo para pensar. Ahora, estirado en aquella silenciosa habitación, se dio cuenta de la magnitud de la tragedia que estaba teniendo lugar. Y comprendió que hasta ahora había sido un privilegiado. Pensó en Bondoni y en su hija, y supuso que seguirían en la cabaña. Con un techo, toda la leña que necesitasen, alimentos para algunos días más y suficiente agua del deshielo. Viviendo como hacía doscientos años, pero viviendo, al fin y al cabo, y no rodeados de muerte y descomposición, como él ahora. Supuso que Angström, en Bruselas, tampoco lo estaría pasando demasiado bien. ¿Cómo iban a seguir funcionando las instituciones y las organizaciones de la UE, los Estados, los Länder y los diferentes tipos de gobierno si la gente dejaba de ir al trabajo porque no tenía con qué subsistir, ni cómo proteger a sus familias del frío, el hambre y la sed? ¿O es que todos los que trabajan en estas instituciones reciben un trato especial y tienen agua, luz y alimentos?

En un momento dado le pareció oír unos pasos y ver un rayito de luz. Pero no, debía de haberlo soñado. ¡Ahora sólo le faltaba empezar a enloquecer!

Se dio la vuelta hacia el otro lado, inquieto. Por segunda vez le pareció oír

algo, e incluso tuvo la sensación de que veía una silueta en el pasillo, pero en seguida desapareció. Se levantó y cojeó hasta la puerta. Esta vez no le cupo duda: oyó pasos y voces y un sonido que no logró identificar. Era como si alguien repiquetease en el suelo con unas cucharas de plástico. ¿Serían ladrones?

Entonces oyó un gemido. ¡Perros! Y una orden susurrada. Sintió un escalofrío por la espalda y empezó a sudar. Cojeó a toda prisa hasta su cama y cogió las muletas. Con mucho cuidado, salió al pasillo y aguzó el oído.

Los sonidos venían de las escaleras. Manzano miró a su alrededor, desesperado. ¿Era posible que Hartlandt hubiese vuelto a buscarlo? Los ladrones, los intrusos y los ocupas no tenían ninguna necesidad de hablar en voz baja.

Manzano llegó hasta los ascensores y oyó voces y pasos acercándose. Por las escaleras ya no le daba tiempo de escapar, y no sabía a dónde conducían los pasillos. Era más que probable que la mayoría no tuviera salida y se convirtiera en una insoslayable trampa para él. El pánico sólo le permitió pensar en una tercera opción: se acuclilló tras una enorme bolsa llena de batas sucias que había en el suelo. Al intentar doblar la pierna sintió un dolor insoportable; tanto, que a punto estuvo de gritar. Se mordió la lengua y justo en aquel momento se abrió la puerta que daba a la planta desde la escalera, y las luces de varias linternas lanzaron figuras ovaladas sobre el suelo, las paredes y el techo. Manzano contuvo el aliento: ahí estaba Hartland, y, tras él, cuatro hombres más y dos perros.

Cerró los ojos, se agazapó cuanto pudo y se resignó a su destino. Pero nada más llegar a la planta, Hartlandt hizo una señal a sus hombres: dos se fueron hacia el pasilo de la izquierda con un perro y dos, hacia el de la derecha con otro, mientras que el propio Hartlandt revisó la habitación en la que él había estado estirado hasta hacía sólo tres minutos, y por fin siguió a los que se fueron por la derecha.

Manzano revisó sus posibilidades a toda velocidad. Mientras los hombres revisaban los pasillos, quizá tuviera tiempo de escaparse por las escaleras. Se levantó haciendo caso omiso de los latigazos de dolor que le llegaban del muslo y se arrastró hasta la puerta. La abrió lentamente y salió al rellano de las escaleras, justo en el momento en que empezaba a oír más ladridos y pasos apresurados provenientes del piso de abajo. Se quedó helado un instante. ¿Cuántos más habría? En cualquier caso, sólo tenía una opción: subir. Acababa de poner el pie en el primer escalón cuando oyó gritos, ladridos y pasos precipitados por el pasillo.

-¡Policía! ¿Quién es usted? ¡Salga con las manos en alto!

Asustada, Shannon levantó las manos por encima de su cabeza y cerró los ojos para evitar la luz de las linternas.

I'm a journalist! -gritó-. *I'm a journalist*!

-¿Qué ha dicho?

-¡Manos arriba! ¡Salga de la cama!

I'm a journalist! I'm a journalist!

-¡Abajo!

Ladridos de perros.

Shannon no veía nada, e intentaba librarse de las mantas, que con los nervios se le habían enredado entre las piernas.

-¡Es una mujer!

-¿Pero qué dice?

-¡Dice que es periodista!

Por fin, Shannon consiguió liberarse y ponerse de pie, con una mano haciéndose visera y la otra levantada por encima de su cabeza. Los perros gruñían.

-¿Quién es usted? -le preguntó un hombre alto y musculoso, de pelo corto e inglés impecable, apenas marcado por un leve acento alemán-, y ¿qué está haciendo aquí?

-No he encontrado ningún hotel para pasar la noche -dijo Shannon, ciñéndose a la verdad.

El hombre la enfocó de arriba abajo con la luz de su linterna, y entonces lo reconoció. Era el tipo que detuvo a Manzano, lo persiguió y lo acompañó al hospital.

-¿Ha visto a alguien por aquí?

-No.

Los hombres revisaron el resto de camas, pero no encontraron nada. Al salir, él le dijo:

-Tendría que buscarse un sitio mejor para dormir.

Shannon se quedó petrificada junto a la cama mientras los hombres entraban en la siguiente habitación. Se dio cuenta de que estaba temblando, aunque no sabría decir si era por el susto o por el frío. Volvió a estirarse en la camilla y a taparse con las mantas, mientras oía cómo los policías revisaban una habitación tras otra. Luego las voces y los pasos empezaron a oírse cada vez más bajo: pasaron junto a su habitación y se extinguieron en la oscuridad.

En el tercer piso, Hartlandt y su gente buscaron tan en vano como en el cuarto. Era más de media noche. Hombres y perros estaban agotados tras los esfuerzos de los últimos días, y el oscuro edificio, con sus habitaciones abandonadas y devastadas, parecía aún más deprimente de lo que ya era de por sí un hospital. Exhaustos, estaban recorriendo el quinto piso cuando los perros empezaron a ladrar con más fuerza.

-¿Puede ser él? -preguntó Hartlandt a uno de los policías.

-Quizá. Aunque estos ladridos me suenan más bien a otra cosa...

-¿A qué?

-A... bueno, espero que no sea a lo que creo.

Los animales tiraban ahora con fuerza y los hombres se dejaron llevar por ellos hasta la última habitación del pasillo. Lo iluminaron todo con las linternas, y vieron ocho camas juntas y muy apretadas. Todas estaban ocupadas, y todas cubiertas por mantas.

Hartlandt se acercó a la primera cama, levantó la manta y observó el rosto demacrado y ceniciento de una anciana. Por desgracia había visto a muchos muertos a lo largo de su carrera y sabía reconocer a uno a simple vista. Pasó a la camilla de al lado y vio a una mujer joven, con pinta de yanqui, con la piel muy castigada y las venas llenas de pinchazos.

Dos de sus colegas habían empezado a revisar las camas por el otro lado.

-Parece que alguien decidió dejar aquí a los últimos muertos del día -dijo uno de ellos.

Los perros esperaban, tensos, junto a la puerta.

-Parece que el personal no tuvo tiempo de llevarlos a las cámaras frigoríficas -dijo otro.

Hartlandt pasó la linterna por el resto de las camas y observó las siluetas de los muertos bajo las mantas. Dos de ellas eran realmente gruesas.

-Mirad. Deben de pesar una barbaridad. Con los ascensores estropeados nadie habría querido bajarlos por las escaleras hasta la morgue. Además, las cámaras frigoríficas también han dejado de funcionar.

Hizo una señal a sus hombres y salió de la habitación.

El cuerpo pesaba una barbaridad. La cabeza del muerto descansaba junto a la suya, y su tronco cubría el de él. Manzano seguía sin atreverse a respirar. El peso, el miedo, el horror en estado puro le quitaban el aliento.

Había subido las escaleras empujado por la desesperación, y al recordar a los muertos pensó en ellos como última escapatoria posible. El olor era insoportable. El muerto estaba cubierto de sangre reseca y excrementos, y expelía un líquido del que sólo se percató cuando ya tenía medio cuerpo bajo el suyo. En más de una ocasión pensó que iba a vomitar. Quizá hasta habría agradecido que lo descubrieran y lo sacaran de allí. Lo que fuera, con tal de alejarse de aquellos muertos.

Con gran dificultad salió de la camilla, apartó los miembros del muerto, cogió las muletas que había llevado consigo, se tambaleó hasta la pared y miró a aquellas siluetas con los ojos abiertos como platos, sobrecogido por el horror. Intentó recuperar la respiración. Notó que las lágrimas le caían por los ojos, y en algún momento se decidió a abandonar aquella habitación.

Escuchó un rato; un rato largo. Nada. Abrió la puerta unos centímetros y no vio nada. Avanzó paso a paso en la oscuridad. La doctora y el enfermero ya se habían ido. Seguramente antes de que Hartlandt irrumpiera con sus perros en el hospital. Temblaba como una hoja seca. Sus pantalones estaban húmedos después de soportar el peso y los fluidos del muerto y olía a cuerno quemado. Se los quitó y se quedó en pantalones cortos. ¡Necesitaba una ducha! ¡Una larga, caliente, con mucha espuma!

Una pequeña eternidad después, logró volver a instalarse en el segundo piso. Los hombres con los perros habían desaparecido. Manzano recuperó la misma cama en la que se había estirado varias horas antes, se tapó con todas las mantas que encontró, y se dispuso a pasar una noche larga en la que no se imaginaba que fuera a ser capaz de cerrar los ojos.

Día 7. Sábado

La Haya

Bollard estaba en la cocina, con el abrigo ya puesto sobre el traje, y se cortó una rebanada del medio pan blanco que les quedaba. Volvió a envolver el pan en el papel y lo dejó en el armario, junto a dos latas de conservas con zanahorias y guisantes. Afuera aún estaba oscuro.

Se quedó mirando los alimentos. No les quedaban demasiados... Cuando envió a Marie y a los niños a aquella granja, no pensó en ir a comprar para reponer lo que se iba gastando, y ahora que todos habían vuelto ya no quedaban tiendas ni supermercados abiertos -o cerrados- que no hubiesen sido saqueados.

Como cada mañana se había levantado muy pronto y había salido de su habitación sin hacer ruido, intentando no despertar a Marie. Ella y los niños aún tardarían una o dos horitas en levantarse.

-Creo que tengo fiebre -le dijo su mujer, apareciendo bajo el marco de la puerta.

Con los hombros encogidos, los brazos cruzados sobre el pecho y el jersey de cuello alto subido hasta la barbilla, Marie no tenía buen aspecto, la verdad. Pese al frío que hacía en la casa, tenía el rostro perlado de sudor y los ojos enrojecidos.

-Hoy no me veo con fuerzas de salir a recoger los alimentos...

Bollard le puso la mano en la frente. Demasiado caliente. Su mente estaba ya ocupada con todo lo que tenía que hacer en la Europol, y aquello lo desconcertó.

-Vuelve a la cama. ¿Tenemos algo contra la fiebre?

-Sí, ahora me lo tomaré. Hay que estar pronto allí, François; si no, te dejan sin nada.

-¿Adónde tengo que ir?

Düsseldorf

A Manzano lo despertó el silencio. No podía recordar la última vez que le había pasado algo así. Tenía la cabeza hundida en la almohada y estaba cubierto con varias mantas. ¿O había sido el suplicio de su muslo, y no el silencio, el que lo había sacado del sueño? La herida le dolía como si le estuvieran clavando un hierro incandescente en la pierna. Se quedó quieto, mirando hacia la ventana, tras la que empezaba a nacer un nuevo día gris. Pensó en lo que haría a continuación. Lo que más le apetecía era quedarse ahí estirado y descansar, aunque sabía que no serviría para mucho.

Recordó los acontecimientos de la noche anterior y pensó en los muertos que había tres pisos por encima del suyo, y de pronto se le pasaron todas las ganas de seguir acostado en una camilla. Además, su estómago empezaba a recordarle que llevaba veinticuatro horas sin comer.

Se libró de la montaña de mantas con la que se había cubierto y echó un vistazo a su vendaje. Vio manchas de su propia sangre, y también de algún que otro líquido corporal venido del exterior. Apestaba. Tenía que encontrar unos pantalones largos. Por lo menos tenía su chaqueta, que era muy abrigada...

Pero lo que más prisa le corría era encontrar algo para comer. El hospital había albergado pacientes hasta el día anterior, así que de algún modo tenía que haberlos alimentado, ¿no? Empezó a moverse. Se dio cuenta de que podía caminar sin muletas pero que con ellas le resultaba más fáci, así que las utilizó.

Mientras se dirigía a la planta baja le pareció oír un ruido, y una vez en recepción vio la cafetería... cerrada tras una imponente verja de hierro. Bueno, ¿dónde estaría la cocina? Mientras la buscaba no pudo librarse en ningún momento de la sensación de que estaba a punto de descubrir algo horrible y espeluznante como la noche anterior. Un cuarto de hora después, por fin, dio con una puerta en la que ponía «Cocina».

En su interior era todo como en el resto de la casa. Los armarios estaban abiertos, los cajones salidos de sus rieles, los platos, cubiertos y demás utensilios por el suelo... Un enorme saco de azúcar se había roto y estaba esparcido sobre las baldosas.

En una estantería encontró un trozo de pan blanco, y en otra una bolsa de plástico con algunos guisantes que en su día habían estado congelados. Movió el grifo del agua pero no salió ni una gota.

Por segunda vez en pocas horas se dio cuenta de lo bien que había vivido esos días. Mordisqueó el pan y se llevó los guisantes a la boca. Tenía que beber algo cuanto antes.

La Haya

Bollard ató la bicicleta a una señal de tráfico. No iba a poder avanzar más. En la placita del barrio, rodeada de edificios altísimos, se agolpaban cientos de personas, y también pudo ver varios carromatos tirados por caballos y custodiados por jóvenes con porras y azadas. En la distancia se oyó el pesado rugido de un camión, acercándose. La masa empezó a impacientarse. De una de las callejuelas laterales que daban a la plaza llegó una débil luz que fue haciéndose cada vez más grande hasta que, por fin, el camión se abrió paso entre la multitud. Inmediatamente, la gente empezó a subirse por las barras laterales y los guardabarros. Bollard corrió hacia el centro de la plaza, pero no fue el único. Apretujado entre toda aquella gente, no podía moverse hacia donde quería, sino que, irremediablemente, tenía que dejarse llevar. La multitud gritaba, maldecía, se quejaba. Así debía de sentirse uno al ser alcanzado por una enorme ola en el mar, pensó. Pese a sus esfuerzos por resistirse, fue apartado del centro de la sala, alejado del camión que en aquel momento estaba literalmente envuelto por muchas de aquellas personas, que más bien parecían abejas en una colmena.

Durante un minuto aproximadamente, en el camión no se notó ninguna actividad. Después, por fin, el conductor y el copiloto lograron abrir las puertas de la cabina apartando a todas aquellas personas que las bloqueaban y, en compañía de sendos policías, avanzaron por el lateral del camión hasta la parte de atrás. Una vez allí abrieron las puertas y subieron a la plataforma del camión, flanqueados por los agentes de seguridad, que mantenían a raya a los ciudadanos a golpes de porra.

La masa empujaba, gritaba, levantaba las manos. Bollard vio a dos mujeres que levantaban a sus bebés por encima de sus cabezas, como para indicar que ellas necesitaban más ayuda aún.

Estoicamente, los tipos del camión empezaron a entregar paquetes a todos los que habían logrado llegar hasta ellos. Bollard se dio cuenta de que estaba demasiado lejos como para conseguir que le dieran algo.

Empezaron a producirse las primeras peleas. Mientras unos llegaban a las manos, los otros aprovechaban la situación para abrirse paso hacia el camión. Estupefacto, Bollard se preguntó cómo se las había arreglado Marie para llegar a los alimentos el día anterior.

Pese a la dureza de sus golpes y a su firme resistencia, los policías cada vez tenían más dificultades para proteger la mercancía y contener a los ciudadanos. Uno de ellos gritó algo con todas sus fuerzas, y, al ver que no daba resultado, sacó su pistola y disparó al aire.

Durante unos segundos, la masa se quedó petrificada. Los encargados del camión aprovecharon el desconcierto para cerrar las puertas, dar una bolsa de comida a cada policía y correr hasta la cabina todo lo rápido que fueron

capaces.

Pero después, en apenas unos segundos, el camión se cubrió de gente.

Bollard oyó el rugido grave del motor y no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando el camión mientras éste se alejaba de allí empujando y apartando a los que se habían quedado sin bolsa. Y nadie se paraba justo delante porque sabía que sería atropellado, sin más.

Pese al griterío general, Bollard oyó el desagradable estallido de una piedra impactando contra el cristal delantero. El camión aceleró el paso sin preocuparse de la gente. Bollard siguió oyendo ruidos, golpes y chasquidos, a cual más angustioso, hasta que el camión salió por fin de la plaza y pudo aumentar la velocidad. Los pasajeros que se habían subido al camión fueron dejándose caer, o quizá cayendo en contra de su voluntad. Algunos se pegaron buenos golpes y se quedaron doblados en el suelo, y otros se levantaron con mayor o menor agilidad, pero todos, todos, tenían en su cara el reflejo del hambre, la rabia, la angustia y la decepción.

Düsseldorf

Manzano no conocía aquella ciudad y no sabía dónde encontrar los comedores sociales... aunque quizá no debiera ir a ningún sitio concurrido, por si la policía había repartido carteles con su cara. Revisó la cocina una vez más para asegurarse de que no se le había pasado nada y salió al pasillo. Por el camino de vuelta al vestíbulo fue mirando en todas las habitaciones, en busca de algún pantalón que le pudiese ir bien. Y de paso encontró tiritas, vendas, gasas y desinfectante, y se lo fue metiendo todo en la mochila, junto con unas tijeras y dos escalpelos. Al final acabó dando con la lavandería, que estaba llena de pantalones y camisas blancas. Todo sucio. Quizá el hospital tuviera un servicio de lavandería externo... Volvió a subir hasta el segundo piso, donde además de la maternidad se hallaban también ginecología y medicina interna. Allí encontró, por fin, dos pares de pantalones que por lo visto alguien se había dejado colgados en un armario. El primero seguro que le quedaba demasiado apretado, pero el otro parecía ser de su talla, y estaba limpio.

Manzano se sentó en una cama, se cambió el vendaje de la herida y se puso los pantalones, que realmente le iban bien. Ahora al menos podría salir a la calle sin convertirse en foco de todas las miradas. Pero ¿adónde iba a ir?

-¿Piero?

Manzano se llevó un susto de muerte. No, por favor, no...

En la puerta estaba Shannon.

-Pero... pero... ¿qué haces tú aquí? -tartamudeó.

-He dormido en el hospital.

-¿En el hospital? Pero ¿cómo has llegado a Düsseldorf?

-¡Ah! Tú me enseñaste el camino desde La Haya. Tengo un coche rápido, como sabes.

-Pero...

-Te seguí a Talaefer y lo vi todo: cómo te sacaban de allí, tu escapatoria y la persecución, el disparo, la herida, tu ingreso en el hospital... Te tenía perfectamente localizado hasta ayer, que te perdí cuando te zafaste de tu vigilante. ¿Me contarás qué demonios está pasando? ¿A qué viene tanto lío?

-A mí también me gustaría saberlo -dijo, y se sentó en una camilla-. ¿Estás sola? -añadió en seguida, receloso.

-No te preocupes, no me he traído a tus amigos, si eso es lo que te preocupa.

Manzano se preguntó si podía confiar en ella. Quizá había podido seguirlo hasta La Haya porque en realidad ya sabía adónde se dirigía... ¿Era posible que hubiese sido ella la que se coló en su ordenador, envió el correo y manipuló luego la fecha en la que se había enviado el mail? ¿Pero cuándo habría podido hacerlo? ¿Y de qué le habría servido?

En unas milésimas de segundo, Manzano recordó los acontecimientos de los

últimos días. Aparentemente, ella había ido a ver a Bollard y al final había acabado cenando con él. ¿Quién le aseguraba que aquello no había sido un truco desde el principio? Aunque... ¿por qué iba a serlo? En menos de tres horas, Shannon le había sonsacado una información que de la noche a la mañana la había convertido en una reportera famosa. Él la había visto en Internet y en la tele, de modo que en realidad no tenía razones para dudar de que fuera periodista... Claro que tampoco habría sido la primera agente secreta que se hubiese hecho pasar por periodista, ¿no? Pero aquello le hacía volver a la pregunta inicial: ¿qué conseguía ella colándose en su ordenador? Los únicos que, por lógica, podrían tener un cierto interés en sacárselo del medio serían los que se habían cargado el suministro eléctrico... ¿Sería Shannon uno de ellos? ¿Por qué habría anunciado entonces lo de los contadores? ¿Para despistar?

-¿Qué te pasa? -le dijo ella-, ¿por qué me miras así?

-¿Quién te dijo que iba a marcharme de La Haya?

-Nadie. Sólo sabía que te marchabas y que te lo llevabas todo, así que hice lo mismo con mis cosas.

Él se sentó, la miró, sintió el dolor de la herida en su muslo, y decidió que sólo tenía una opción: confiar en su intuición. De modo que empezó a contarle todo lo que había pasado.

La Haya

En la plaza, la masa había empezado a disolverse. Sólo quedaba algún que otro grupo en torno a los viejos carromatos, frente a los que la gente pujaba inconcebiblemente por unas patatas, unos rábanos, unas zanahorias, unas coles o unas manzanas arrugadas. Cada dos por tres, los vigilantes de los carros tenían que alejar de sí a sus «clientes» con azadas o bieldos. Bollard sacó su monedero y comprobó cuánto dinero llevaba. Treinta euros. ¿Cuánto podría comprar con eso?

Al menos tenía que intentarlo. Se acercó a uno de los carromatos, levantó sus billetes en el aire y se puso a gritar: «¡Aquí, aquí!».

El campesino del carromato no le prestó la más mínima atención. En el resto de manos levantadas, Bollard vio cantidades muy superiores a la suya. Se preguntó por qué la policía no ponía fin a aquel comercio ilegal. Él no tenía poderes ejecutivos en el extranjero, así que no había nada que pudiera hacer, y, en todo caso, si no llevaba un arma nadie le haría el más mínimo caso. Aquella gente estaba desesperada, y lo más probable era que un carnet de policía sólo les provocara la risa.

Para aquel mediodía Marie y los niños tendrían suficiente con las conservas de casa, se dijo Bollard mientras volvía a casa en su bicicleta, pero... ¿qué iban a cenar?

Düsseldorf

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Shannon.

-Ni idea -respondió Manzano.

-Venga, tú eres el genio de la informática. Si lo que sospechas es cierto -es decir, que un desconocido se coló en tu ordenador para enviar un mensaje falso que te comprometiera lo suficiente como para apartarte del juego-, ¿crees que podías descubrir cómo lo hizo? ¿O, mejor aún, quién lo hizo?

-Quizá. Depende de lo profesional que fuera ese desconocido. Alguien realmente bueno no habrá dejado huellas. En cualquier caso, tendría que acceder a mi ordenador para saberlo.

Le dolía el muslo.

-Y la siguiente pregunta sería... ¿cómo ha podido alguien saber lo que te llevabas entre manos?

-Yo también me lo he preguntado bastante, y he llegado a la conclusión de que sólo ha podido ser alguien de la Europol, o alguien que conozca los planes de la Europol.

-O los policías que te han estado persiguiendo. Ellos también sabían que venías.

-Pero ¿qué motivos iban a tener ellos para meterme en un lío de semejante magnitud?

-Necesitan un chivo expiatorio, por si no encuentran a los verdaderos culpables.

-Pero eso no solucionaría el problema de la electricidad.

-¿Quién sabe lo que la gente desesperada es capaz de hacer?

-Yo. Yo lo sé -susurró Manzano, pensando en la noche anterior.

-Partamos de la base de que tanto los policías alemanes como nuestros queridos trabajadores de la Europol son personas honestas que sólo cumplen con su trabajo. ¿Cómo te imaginas que haya podido colarse la información de tu viaje? ¿A qué te referías con lo de «alguien que conozca sus planes»?

-Sólo se me ocurre una posibilidad, y es que la Europol esté siendo vigilada.

-Pero ¿cómo?

-Con facilidad. Ya sabemos que pueden colarse en los sistemas más cañeros, complejos y protegidos del mundo. ¡Se han colado en los consorcios energéticos europeo y americano! De modo que entrar en la Europol debe de haberles parecido un juego de niños. Y una vez en uno, llegar a los otros es un mero trámite. Yo mismo vi a Bollard hablando a través del ordenador con el director de la Europol. Una conversación que, si se le pincha la máquina, puede oirse en tiempo real.

-¿Y cómo han podido enviar mensajes desde tu ordenador?

-Bollard hizo que me revisaran el portátil. Si los ordenadores de la Europol estaban intervenidos, ahí abrieron la puerta de los virus al mío.

-¿Y no deberíamos decírselo a Bollard? Yo podría ir a hablar con él.

-Entonces sabría que te has puesto en contacto conmigo. Además, ¿qué vas a hacer, volver a La Haya?

-¿Crees que algunos de ellos llegará por sí solo a estas conclusiones?

-A Hartlandt ya le he explicado todas mis sospechas, aunque no sé si me ha escuchado y creído al margen de presionarme, dispararme y perseguirme.

-¿Hartlandt es el alto? ¿El jefe?

-Los dos son altos, pero sí: Hartlandt es el jefe de una unidad de la Policía Criminal Federal que está buscando códigos dañinos en Talaefer.

-Suponiendo que tu teoría fuera cierta... ¿Crees que los de la Europol acabarán dándose cuenta de que les han intervenido los ordenadores?

-Yo creo que sí, sin duda. El problema es que ahora están despistados con demasiados problemas.

-Está bien. Quédate aquí. Voy a intentar una cosa.

-¿Aquí? ¿Y qué quieres que haga?

-Descansar. Créeme: no encontrarás muchos sitios mejores que éste. Estaré de vuelta en dos horas. Tú, espérame.

La Haya

Bollard no tuvo ni que bajar de la bicicleta para ver que la sucursal bancaria estaba cerrada, así que siguió pedaleando. Dos esquinas más allá había otro banco; pero tras su puerta también había un cartelito que ponía «cerrado hasta nuevo aviso». Cada vez más nervioso, encaminó su bici en dirección a la Europol. ¡Llegaba demasiado tarde! Aún pasó por delante de otros tres bancos más, y todos estaban cerrados. Entonces se le ocurrió una idea: el Hotel Gloria, aquel en el que habían instalado Manzano, le quedaba de camino. Como estaba pensado para atender a los invitados de la Europol, estaba mejor acomodado que la mayoría del resto de la ciudad.

En el vestíbulo de la entrada, la mayoría de las luces estaban apagadas. Bollard enseñó sus credenciales al portero y éste asintió sin hacer preguntas. Bollard fue al restaurante y entró en la cocina.

El cocinero le salió al paso.

-Esto está reservado para el personal.

Bollard le mostró sus credenciales.

-Necesito comida.

-¿Es cliente del hotel?

-¿Quiere conservar su puesto de trabajo?

-Tenemos verduras con patatas o patatas con verduras, lo que prefiera -le dijo el hombre, con voz cortante.

-Me llevaré las dos cosas.

-No tengo recipientes para llevar.

-Entonces volveré luego con alguno. Asegúrese de no vender estas tres raciones, o le aseguro que perderá su trabajo.

Düsseldorf

Shannon encontró en el hospital varios tubitos de goma, escalpelos, embudos y un cubo de plástico. En el garaje, diseminados, algunos coches abandonados. Con la linterna en la boca, Shannon midió la abertura del depósito de gasolina de su Porsche y luego fue hasta el siguiente coche. La tapa del depósito estaba cerrada, de modo que volvió al suyo, abrió el maletero y sacó una llave de tuercas y otra herramienta que utilizaría como palanca. Así fue como abrió la tapa del depósito de aquel coche. La de dentro no necesitaba llave y era del mismo tamaño que la de Shannon: gasolina súper, así pues, como el suyo. Metió el tubito, se arrodilló junto al coche y empezó a aspirar. Notó la resistencia del líquido. En un par de ocasiones apartó la boca y tapó el tubito con un dedo, asqueada ante la idea de estar a punto de notar el líquido en la boca. Sucedió tras la quinta aspiración. Shannon escupió la gasolina con repelús y luego la vació toda en su cubo. A medida que iba cayendo, el líquido iba impregnando el garaje con su olor.

La fuerza motora de nuestra civilización, pensó Shannon. Al menos hasta ahora. ¿Qué pasaría en el futuro?

Cuando se acabó el líquido, Shannon sacó el tubito del depósito. Su cubo estaba casi lleno. Lo llevó hasta el Porsche y lo vació con la ayuda del embudo.

Depués forzó la tapa del coche siguiente. La abertura era mayor que la del suyo. Eso significaba diesel, con lo que se habría cargado el Porsche. Un coche más allá, de nuevo gasolina.

Tras repetir el ejercicio un par de veces más, Shannon ya tenía su Porsche perfectamente a punto. Dejó los utensilios en el maletero, para cuando volviera a necesitarlos, y puso el coche en marcha. En el interior del garaje, su motor sonaba el doble de potente que en el exterior.

-No, ni rastro del italiano -admitió Hartlandt.

La conversación vía satélite con el francés en La Haya se iba interrumpiendo continuamente. Había demasiada gente intentando hablar así y las líneas estaban sobrecargadas.

-¿Cómo dice?

Tuvo que esperar unos segundos hasta recibir la respuesta de Bollard.

-... muy sorprendido de que Berlín haya corregido la información del sabotaje en las centrales y postes eléctricos.

-Sí, yo también lo he oído, aunque aún no me he puesto en ello. Lo haré en cuanto colguemos. Y lo mantendré informado sobre Manzano, ¿de acuerdo? ¿Han comprobado ya su ID?

-Me pasa lo que a usted: que aún no lo he hecho. Necesitaríamos todos diez cerebros y veinte brazos.

-Como la diosa india, ¿no?

-Sí. Y cien horas al día.

-Eso sin contar con las que necesitamos para dormir.

-Seguimos en contacto, ¿de acuerdo?

En su ordenador, Hartlandt se puso a estudiar el informe de lo sucedido a lo largo del día anterior y escribió un comunicado sobre las novedades en la teoría del sabotaje:

Como título puso «CORRECCIÓN», para que todos se dieran cuenta enseguida de lo que estaba pasando. La novedad no era baladí, y echaba por tierra cualquier posibilidad de seguir el rastro de los asaltantes... entre otras cosas porque negaba que los hubiera.

Hasta el día anterior, Berlín había recibido la orden de revisar todas las indicaciones sobre los incidentes en las centrales y los postes eléctricos, pero entonces recibieron una llamada en la que se les informaba de que la mayoría de los casos no habían sido resultado de un único sabotaje, sino que tenían causas muy distintas. El incendio de Lübeck, por ejemplo, se habría producido por un cortocircuito; uno de los postes del norte habría caído por el peso de la nieve y otro por la fuerza demoledora de un rayo. En Baviera, por su parte, se habría descubierto un poste sospechosamente partido, y en Sajonia-Anhalt habría habido también un incendio probablemente provocado. Sea como fuere, al comparar todos estos datos, la teoría de la ruta planeada dejaba de tener sentido. Los sabotajes, en todo caso, parecían fruto de asaltantes espontáneos y aislados.

Con el Bos-Funk llamó a los responsables de la central de Berlín.

-Es usted la tercera persona que me importuna con esto -dijo el hombre, al otro lado de la línea, después de oír lo que Hartlandt tenía que decirle-. Yo no he enviado esta información ni tengo la menor idea de quién ha podido

haberlo hecho. Además, a nosotros nadie nos ha comunicado nada semejante.

-Pero yo sí he recibido la noticia -insistó Hartlandt.

-Lo sé -respondió el otro-. Y también sé que salió de mi ordenador. Pero le juro, una vez más...

A Hartlandt le vino una idea a la cabeza.

-¿Está sugiriendo -intervino entonces, interrumpiendo a su interlocutor- que quizá alguien haya podido tener acceso a su ordenador y lo haya usado para enviar la noticia?

-Pues sí, eso mismo -dijo el otro, algo vacilante.

-Entonces... ¿la teoría del atentado generalizado seguiría en pie?

-Sí, sí, todo lo que les he dicho siempre ha sido cierto, pero esto último... es como si mi ordenador...

-¡Pues haga el favor de informar de ello inmediatamente! -gritó Hartlandt, iracundo. Luego hizo un intento por contenerse y continuó con más calma-. ¿Tiene alguna novedad más sobre el tema?

-Bueno... hace sólo unos minutos ha llegado algo que quería enviar a revisar -dijo el hombre, con una cierta rudeza.

-Pues envíemelo -le ordenó Hartlandt, y dicho aquello, colgó. Estaban todos al borde del ataque de nervios...

Volvió a marcar el número de Bollard.

-No creerá lo que acabo de descubrir -dijo, explicándole su conversación-. Volvemos a encontrarnos ante unos datos que nadie ha escrito ni enviado. Como en el caso del italiano.

En el aparcamiento de Talaefer había menos coches que el día anterior. Shannon aparcó su Porsche semiescondiéndolo tras un cuatro por cuatro, para no llamar la atención. El coche de Manzano seguía lógicamente en el sitio en que lo había dejado. Shannon se colgó al hombro la cámara y el ordenador.

En el vestíbulo se encontró con la misma recepcionista del día anterior, en el que había hecho ver que se había perdido.

-¿Ha vuelto a desorientarse? -le preguntó la mujer, con mal acento inglés.

-Me gustaría ver al señor Hartlandt -dijo Shannon.

-¿Y ése quién es?

-Uno de los policías que están aquí desde ayer. -Ojalá esa pánfila entendiera lo que le decía.

-No lo conozco.

¿Tendría la orden interna de mantener el silencio o realmente no sabría nada al respecto?

-¿Y qué más da? Yo sí sé quién es, y no pienso moverme de aquí hasta que me lleve hasta él o lo vea salir del edificio. Cosa que, lógicamente, tarde o temprano sabremos que hará.

Por la mirada desconcertada de la mujer, Shannon entendió que la parrafada en inglés había sido demasiado larga. Vale, a ver, otra vez pero más lento:

La respuesta fue rotunda:

-Si no se marcha de aquí llamaré a seguridad.

-Perfecto, hágalo. Soy periodista y le juro que como noticia me parece suculenta.

La mujer suspiró y cogió el teléfono. Shannon no entendió lo que masculló entre dientes y en alemán. La expresión de su rostro pasó de enfadada a seria e indiferente. Colgó y dedicó a Shannon una sonrisa socarrona.

¿Había llegado el momento de salir corriendo, antes de que los de seguridad dieran con ella? No se lo podía pensar demasiado. En aquel momento aparecieron dos tipos muy altos por el otro lado del vestíbulo. Shannon se dio la vuelta y justo en ese momento llegaron dos personas más desde otro pasillo. A uno de ellos lo reconoció inmediatamente. Ojalá que él no la identificara como la mujer que encontraron en el hospital ayer por la noche...

-Lo estaba buscando -dijo ella, dirigiéndose a Hartlandt en inglés.

Él la miró atentamente, y Shannon se sintió incómoda. ¿La reconocían?

-¿Ah sí? ¿Y qué quiere? -preguntó él, obviando el saludo.

Tras ella aparecieron los guardias de seguridad.

-Soy periodista de la CNN. Me gustaría saber qué buscan unos investigadores internacionales en una de las principales productoras de electricidad y sistemas de seguridad de las centrales eléctricas.

Él la miró atentamente y le dijo:

-Perdone, no he entendido su nombre.

Shannon lanzó al cielo una triple oración: primero para que aquel hombre no hubiese visto la tele esos últimos días y no hubiese tenido acceso a sus cinco minutos de gloria ante las cámaras, segundo para que Bollard no le hubiese contado nada de su relación con Manzano y de su desaparición de La Haya, y tercero para que supiera salirse del lío en el que se acababa de meter.

-Sandra Brown.

-¿Y trabaja usted sin cámara, Sandra Brown?

Se tocó la bolsa.

-No me queda batería. Y me cuesta encontrar un enchufe que funcione, la verdad.

Los tipos de seguridad se plantaron a su lado y empezaron a acompañarla hacia la salida.

-Nosotros nos encargamos -dijo uno.

En el rostro de Hartlandt se dibujó una débil sonrisa.

-No tan rápido, amigos. ¿Qué puedo hacer por usted, Sandra Brown?

Shannon lanzó una mirada triunfal a los hombres que ya la habían cogido por los brazos. Se zafó de ellos como pudo, aunque ninguno de los dos se separó de su lado.

-Decidme qué está pasando. Todo el mundo sabe ya que el apagón ha sido provocado. ¿Tiene Talaefer algo que ver?

-Sígame.

Los de seguridad la dejaron marcharse, encogiéndose de hombros.

Hartlandt precedió a Shannon hasta un pequeño despacho en la planta baja. La habitación estaba llena de cajas y ordenadores.

-¿Quiere tomar algo? ¿Café? ¿Una galleta?

Le habría gustado reírse en su cara de aquella oferta, pero se contuvo y respondió:

-Con mucho gusto, gracias.

Hartlandt salió de la habitación y Shannon echó un vistazo a su alrededor. Aquello parecía un despacho improvisado. Junto a una de las paredes había un montón de discos duros y portátiles. Uno de ellos se parecía mucho al de Manzano... Se levantó y se acercó a él a toda velocidad. ¡Tenía la misma pegatina verde que el de Manzano! ¡Qué casualidad!

Aunque... quizá demasiada casualidad.

Volvió a sentarse en su asiento, justo en el momento en que Hartlandt entraba en la habitación. Cuando le puso delante un café, una botella de agua y un bocadillo tuvo que hacer un esfuerzo para no abalanzarse sobre la comida.

-Bueno -dijo él-. Pregúnteme. Dado que no tiene grabadora, podemos hablar con toda tranquilidad.

-¿Quizá aquí podría cargar mi cámara? -preguntó.

-Lo lamento, pero tenemos que ahorrar toda la energía que podamos, y le aseguro que la necesitamos para cosas importantes -dijo Hartlandt.

-¿Cómo qué, por ejemplo?

Shannon mordió el bocadillo. ¡Nunca había probado nada tan delicioso! Mordió lenta y conscientemente...

-Como lo que usted ya ha imaginado.

-¿Confirma, entonces, que es posible que Talaefer tenga algo que ver con el origen de toda esta tragedia?

Otro mordisco, y ahora un trago de café. No le importaba que tuviera demasiada azúcar. ¡Al contrario!

-En estos momentos cualquier empresa productora de energía es susceptible de ser culpable de todo -dijo Hartlandt-, y Talaefer no es una excepción.

-¿Y todas las empresas colaboran con la policía?

Hartlandt se encogió de hombros.

-Pues no lo sé.

-¿Han encontrado algo? ¿Alguna pista?

-Todavía no.

Shannon no hizo ninguna pregunta más. En su lugar, mordió el bocadillo con especial lentitud. Esperaba que Hartlandt hablara por sí mismo, de lo que quisiera. Y mientras, ella pensaría en el mejor modo de acceder al portátil de Manzano.

-¿Le gusta?

Shannon se limitó a asentir.

-¿Desea alguna cosa más?

-¿Podría tomar otro café?

En cuanto Hartlandt salió de la habitación, ella cogió el ordenador de Manzano y se lo metió en su bolsa, a toda velocidad. No volvió a sentarse.

Cuando Hartlandt regresó, apenas unos minutos después, cogió la taza de café, se la bebió de un trago y dijo:

-Me parece que no tiene usted muchas ganas de contarme nada, ¿no? Pues mejor me marcho. Gracias por su tiempo.

-¿Podrá ponerse en contacto con su cadena? -le preguntó Hartlandt mientras se dirigían a la salida.

-Es difícil, pero lo intentaré.

-¿Y saldrá la noticia?

-¿Por qué no habría de hacerlo?

¿Se había perdido algo en los últimos días?

-¿Dónde ha pasado las últimas veinticuatro horas?

¡Por favor, Shannon, por favor, no te pongas roja!

-Por ahí, buscando información.

-¿No ha estado en contacto con sus colegas de la CNN?

-No es tan fácil...

Habían llegado a la puerta.

-¿No se ha enterado de que ayer también atacaron a Estados Unidos?

Shannon se quedó de piedra.

-¿Cómo dice? -dijo, casi gritando.

-Pensé que podría interesarle. La historia está en la calle, aunque por lo visto hay gente que no se ha enterado...

Antes de que ella pudiera contestar, Hartlandt la invitó a salir.

-No sabía que la CNN tenía oficina en Düsseldorf, por cierto -dijo, a modo de despedida.

-Es que no la tenemos -respondió ella, como ausente, antes de recuperar la compostura.

-He venido a propósito hasta aquí. Aún me quedaba algo de gasolina en el coche.

-Bueno, pues le deseo un feliz regreso.

Hartlandt se detuvo ante la puerta y se quedó mirando a la joven. Cuando ésta desapareció tras la esquina, él hizo una señal de asentimiento casi imperceptible, y un A6 que estaba aparcado allí mismo se puso en marcha y empezó a seguirla a una cierta distancia. Hartlandt sacó de su bolsillo dos fotos: una en la que aparecía Shannon en la tele, dando la noticia de los contadores, y otra tomada desde la cámara de seguridad de la habitación de Manzano, en el Hotel Gloria de La Haya.

-¿Crees que somos tontos, niña?

Por enésima vez, Shannon miró por el retrovisor. El Audi gris seguía allí. Las calles estaban tan vacías que cualquier coche, fuera en la dirección que fuera, le llamaba la atención. Había pasado varios minutos intentando sintonizar alguna emisora, pero fue en vano, y apenas podía concentrarse en la carretera. No podía dejar de pensar en sus padres y en sus abuelos, que aún vivían y estaban repartidos por los Estados Unidos. También le vinieron a la mente amigos, compañeros de instituto, vecinos que hacía años que no había

vuelto a ver. Boston y Nueva York, donde había vivido una temporada antes de salir hacia Europa. ¿Esperaba a los del otro lado del charco el mismo destino que a los de aquí? Y el Audi gris seguía allí... ¿Casualidad?

Durante unos minutos desapareció tras un largo camión militar, pero a las afueras de Düsseldorf volvió a aparecer. Shannon pensó en el portátil de Manzano, que estaba en su bolsa. Si el italiano tenía razón, no podía correr ningún riesgo. Y al robar su ordenador se había convertido en su cómplice.

Al ponerse en marcha había activado el sistema de navegación del coche para volver sin perder tiempo, pero ahora prefería dar alguno que otro rodeo para confirmar o desmentir sus sospechas. De modo que giró en una esquina, con brusquedad.

Y el Audi la siguió.

Y más adelante volvió a probarlo.

Y sus sospechas volvieron a confirmarse.

¿Quién iba al volante? Sólo podía tratarse de alguno de los hombres de Hartlandt, cuyos métodos ya empezaba a conocer. A Manzano le dispararon a sangre fría cuando intentaba huir. En las películas, cuando los perseguidores llegaban a este punto, solían embestir a los protagonistas y empezar una carrera enloquecida. Pero en una carrera con todos esos caballos de potencia bajo los pies y un coche de policía tras los talones... Le parecía que sólo podía acabar empotrada contra una pared.

De todos modos... ¿tenía alguna opción?

Aceleró. Notó que se quedaba algo más hundida en el asiento del conductor. Toque de pedal, mirada al retrovisor. El Audi quedó algo más atrás. El motor rugió. El velocímetro subió a ciento treinta kilómetros por hora. Esperaba que nadie se le pusiera delante o le saliera de pronto de alguna de las calles laterales... En el siguiente cruce, Shannon frentó bruscamente, giró hacia la derecha y volvió a acelerar. Sin mirar atrás repitió la maniobra en el siguiente cruce. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba. Parecía haber ido a parar a una zona industrial. Tras el séptimo y octavo giro se atrevió a mirar por el espejo. El Audi había desaparecido. Redujo la velocidad y respiró hondo.

La voz femenina del gps le indicó la nueva ruta para llegar al hospital.

Y el corazón le dio un vuelco cuando el Audi volvió a aparecer en la distancia. Al menos, su perseguidor ya sabía que Shannon lo había visto, así que no tenía por qué mantener la distancia, y se le acercó descaradamente.

Shannon alargó la mano para coger el portátil del asiento del copiloto. Lo sacó como pudo de su bolsa, y lo mismo hizo con la cámara y el resto de los trastos. Después abrió la guantera, cogió el manual de instrucciones del Porsche, que era gordo como un listín telefónico, y lo metió en su bolsa. Apretó el botón de abrir la ventana y lanzó el paquete a la carretera, que rodó y dio varias vueltas por el asfalto. El Audi ralentizó el paso hasta detenerse. Alguien bajó del coche y cogió la bolsa, y ése fue el momento que Shannon aprovechó para acelerar todo lo que fue capaz. Y cuando el Audi se quedó

pequeño en la distancia, Shannon giró hacia la derecha y fue a parar a una zona residencial en la que empezó a dar vueltas y vueltas hasta estar segura de que ya nadie podía seguirla.

Efectivamente, el Audi no volvió a aparecer en el retrovisor.

Shannon sonrió brevemente, sin atreverse a hacerlo demasiado. Y diez minutos después se atrevió a seguir las indicaciones del sistema de navegación. La persecución había afectado significativamente el nivel de gasolina del depósito, y ya había gastado tres cuartas partes del total. Cuando llegara al hospital tendría que volver a «repostar».

Ratingen

¡Malditos idiotas! ¡Burlados por una niña! A Hartlandt le habría gustado gritar a la radio esto y muchas cosas más, a cual peor, pero por suerte llevaba a las espaldas muchas horas de motivación psicológica y entrenos físicos de todo tipo, y sabía perfectamente que los insultos y los descréditos no lo ayudaban en absoluto. Al contrario, en última instancia sabía que su contención y su temple lo habían ayudado a medrar en su profesión.

-Ella era la periodista que vimos ayer en el hospital, sólo que a la luz de las linternas, y con la cara de susto que tenía, no la reconocimos. Seguro que no fue casualidad que estuviera en el mismo sitio en el que nosotros buscamos al italiano... ¡Haced el favor de ir hasta allí y buscarlos!

Del otro lado de la línea le llegó una pregunta, que él contestó con otra:

-¿Y de dónde voy a sacar más refuerzos? Vamos, vosotros sois los mejores. ¡Lo conseguiréis!

Aunque, la verdad, empezaba a dudarlo... Todos empezaban a estar demasiado cansados, y tenían hambre...

Nanteuil

Annette Doreuil se asustó al ver a aquellos dos hombres con el mono protector frente a su puerta, y eso que venían a ayudarlos.

-Sólo una maleta por persona -dijo la voz de uno de ellos, tras la máscara.

En la entrada de la casa, un microbús con varias personas más; todas con una angustiosa cara de susto.

-Una maleta por persona -se oyó decir por el altavoz del vehículo, que llevaba más de dos horas conduciendo por las calles de Nanteuil.

-¿Pero luego podremos volver, no? -preguntó Celeste Bollard.

-No nos han dicho nada al respecto -le respondió el hombre del mono, quizá innecesariamente sincero-. Nosotros sólo nos encargamos de la evacuación.

Annette Doreuil no pudo evitar pensar en las historias sobre Chernobil y Fukushima. En más de una ocasión se había preguntado cómo se sentiría la gente al verse obligada a abandonar su hogar con el miedo de no regresar nunca más. Cómo sería dejarlo todo en orden, como siempre... Y cómo gestionarían el pánico ante la idea de que las radiaciones quizá les hubiesen afectado y fuesen a cambiarles la vida, o, peor aún, a traerles la muerte. Con la perspectiva de no pasar la velada en tu casa, en tu ambiente, con los tuyos, sino en un lugar extraño. Ahora todas aquellas preguntas la conmocionaban especialmente, y se verbalizaban en la voz de Celeste Bollard, que no paraba de hablar: desde hacía once generaciones, decía, desde hacía más de trescientos años, su familia había vivido en el campo, resistiendo los ataques de la Revolución francesa y de la Segunda Guerra Mundial, manteniéndose, defendiendo lo suyo...

Por la cabeza de Annette Doreuil pasaron las imágenes de otros flujos de refugiados que había visto en la tele. Jamás se le había ocurrido pensar que un día ella formaría parte de uno.

No sabía cómo se sentía. Cuando abandonó París junto a Bertrand se dijo que podía tomarse aquello como unas vacaciones. Después, cuando se acabaron las gallinas y las conservas de los Bollard y les dijeron que no podían salir de casa, se dio cuenta de que la cosa no era en absoluto amable.

Sólo una maleta por persona. Cogió su maleta grande por una asa, y Bertrand cogió la otra, más grande aún. Al contrario que los Bollard, ellos no tuvieron que pensar mucho en lo que cogían. Llevaban ropa y punto. Pero sus consuegros... ¿estarían decidiendo lo que salvaban del olvido? ¿Lo que tenía valor para ellos? ¿O lo que era útil?

Prestó atención a su cuerpo. ¿Notaba algo extraño? ¿Algo fuera de lo normal? ¿Alguna señal de que la radiactividad estaba haciendo efecto?

Mientras los dos tipos del mono colocaban sus cosas en el maletero del microbús, Bertrand la ayudó a subir. La gente los miró con amabilidad. Celeste Bollard se sentó a su lado, con cuidado, como si el asiento estuviera

mojado, y sin perder de vista su maleta.

El vehículo se puso en marcha con brusquedad. Annette se dio la vuelta para mirar a Celeste, pero ésta y su marido estaban de espaldas, mirando fijamente la casa que cada vez iba haciéndose más pequeña en la distancia, hasta que al final no fue más que un punto, y luego nada. El hogar que quizá no volverían a pisar jamás.

Düsseldorf

Shannon aparcó el Porsche en el garaje, justo delante de la puerta que daba a las escaleras. Durante unos segundos tuvo que apoyarse en el volante y respirar hondo. En su cabeza, las ideas iban a toda velocidad. Hartlandt sospechaba de ella. Quizá la había reconocido. Quizá hasta le había dejado el ordenador de Manzano a la vista a propósito, para que los condujera hasta el italiano, y ella había caído como una tonta.

¿O se lo estaba imaginando todo?

Si ahora Hartlandt la había reconocido... ¿por qué no lo hizo la noche anterior? ¿Era posible que supiese algo más? ¿Que Bollard le hubiese dicho que Manzano y ella se habían encontrado? ¿Que su gente estuviera a punto de aparecer por la puerta del hopistal?

Cogió el ordenador y la linterna, saltó del coche y corrió hasta donde estaba Manzano, en el segundo piso. Entró en la habitación como un tornado y lo vio estirado en una camilla, tapado hasta el cuello, con la cara hacia un lado.

-¿Piero? -susurró.

Él no reaccionó, así que se acercó más a la camilla y le gritó:

-¡Piero!

Sus labios temblaban. Apenas podía mover la cabeza.

-¡Tenemos que irnos de aquí! -le dijo Shannon, enseñándole su ordenador.

-¿De dónde...? ¿Cómo lo has conseguido?

-Ya te lo contaré después. ¡Ahora vámonos!

Le apartó las mantas y sobre su muslo derecho vio una mancha oscura de sangre del tamaño de un plato. Se quedó petrificada mirándola, pero él le dijo:

-No pasa nada, estoy bien. Dame las muletas.

Bajaron las escaleras tan rápido como les permitió la herida de Manzano. Shannon iba iluminando el camino con su linterna. Frente a la puerta del garaje se llevó un dedo a los labios y le hizo un gesto para que esperara. Apagó la linterna, abrió la puerta unos centímetros y miró a su alrededor. Le costó ver algo la oscuridad, pero le pareció que no había ningún Audi.

-El Porsche está justo delante de esta puerta -le susurró-. Lo abriré con el mando a distancia cuando salgamos, ¿vale? Ve directo hacia él y entra tan rápido como puedas.

Shannon abrió del todo la puerta, abrió el Porsche con el mando, y justo en ese momento aparecieron dos sombras enormes. Manzano vio a la primera cerniéndose sobre Shannon. La segunda se plantó delante de él y le bloqueó el paso. Manzano reconoció a Pohlen. Rápidamente cogió la muleta y golpeó al hombre con todas sus fuerzas en la barriga. Pohlen se dobló, sorprendido por el ataque, y Manzano le golpeó en la cabeza una, dos, tres veces. Pohlen cayó al suelo y se quedó estirado, protegiéndose con los brazos. Manzano le pegó una patada en los riñones con su pierna sana, y el hombre soltó un aullido de

dolor. Otra patada. Pohlen se arrastró por el suelo, protegiéndose, pero sin atacar. Tras el Porsche, Manzano vio al segundo hombre inclinado sobre Shannon, de la que sólo distinguió la silueta arrodillada y de espaldas a él. Antes de que el tipo pudiera darse cuenta, Manzano le propinó dos golpetazos en el cráneo con una de las muletas, y el tipo cayó redondo al suelo, sin más.

Shannon se incorporó, miró a su alrededor horrorizada, y gritó:

-¡La llave! ¡El portátil!

Inmersa en aquella oscuridad, la joven palpó el suelo en busca de sus cosas.

Manzano se dio cuenta de que Pohlen se incoporaba, así que cojeó hacia él y volvió a golpearlo varias veces con la muleta.

-¡Ya lo tengo! -gritó Shannon.

Manzano se dio la vuelta hacia el coche mientras Pohlen alargaba la mano para cogerlo. La puerta del copiloto estaba abierta, y Shannon había encendido el motor. Manzano se lanzó al asiento y ella salió de allí a toda velocidad. La puerta de Manzano se cerró sola tras la primera curva...

-¿Estás bien, Piero? -le preguntó ella, sin aliento.

-No tengo ni idea. ¿Y tú?

-Yo sí.

Al llegar a una curva frenó tan fuerte que Manzano creyó que se empotraba contra el salpicadero. Shannon se detuvo junto a un coche gris y abrió la puerta del Porsche mientras se metía la mano en un bolsillo.

-¡Ay! ¡Mierda! -gritó, mientras se arrodillaba junto al coche.

Al principio Manzano no entendió lo que hacía, pero luego se dio cuenta de que estaba haciendo un corte en las ruedas del coche con un escalpelo. Luego lo tiró al suelo y volvió al coche a toda velocidad.

Manzano se hundió en su asiento cuando ella apretó el acelerador. Conducía concentrada, tensa. Manzano vio que le sangraba la mano derecha.

-¿Adónde vamos? -le preguntó.

-Lejos -respondió Shannon.

Berlín

-Por aquí, en la sala de reuniones -susurró a Michelsen el secretario del canciller.

Ambos caminaban a paso ligero. En la sala, frente a las pantallas en las que mantenían las vídeoconferencias con el resto de gabinetes de crisis, lo esperaban ya todos los miembros del suyo, además de algunos otros especialistas de soporte. Solo faltaba el canciller. En las pantallas podían verse algunos jefes de gobierno, algunos ministros o funcionarios de nivel.

-Se ha convocado una reunión extraordinaria sobre la crisis -le dijo el ministro de Defensa.

Murmullos, cuchicheos.

-¿De qué se trata? -exclamó el canciller, al entrar por fin en la sala, como un tornado.

El ministro de Defensa se encogió de hombros.

El canciller se dejó caer sobre una silla, se aseguró de que la cámara lo cogiera en primer plano, apretó el botón de activación del micro y repitió la pregunta a sus interlocutores virtuales, que en esos momentos ocupaban ya todas las pantallas. No siempre acudían los mismos representantes de cada país, pero la mayoría se movía entre tres personas distintas; no más.

De modo que Michelsen ya conocía todos aquellos rostros dado el exceso de reuniones de los últimos días. El único representante nuevo fue el de España, que resultó ser un hombre uniformado. Aquello no podía ser bueno. Sintió un desagradable escalofrío en la espalda...

Fue precisamente el español, un tipo rollizo, con barba y unas bolsas enormes bajo los ojos quien le respondió:

-Queremos informar a todos los países miembros de la Unión Europea de que el presidente de nuestro país no se siente en condiciones de seguir ocupándose de los asuntos oficiales, y lo mismo sirve para el vicepresidente y para el resto de miembros del gobierno. Pese a todo, y a fin de garantizar el orden y la seguridad de los ciudadanos y de hacer todo cuanto esté en nuestras manos para recuperar la normalidad, los altos mandos del ejército, reunidos bajo mi persona, se han mostrado dispuestos a controlar y dirigir las cuestiones de Estado hasta nuevo aviso.

Michelsen se sintió como si todos los toros de los encierros de Pamplona hubiesen pasado por encima de su cuerpo, sin más. Porque, más allá de la retórica y las formas, lo que el hombre de la pantalla acababa de decirles era que en España se había producido un golpe de Estado.

-Este giro de los acontecimientos no afectará en absoluto a la colaboración española con la Unión Europea: nuestros amigos en Europa y América pueden estar más que tranquilos al respecto.

Michelsen se dio cuenta de que había empezado a temblar, y quienes la

rodeaban también se percataron de ello. Pero nadie dijo nada. Todos se quedaron estupefactos, pálidos y mudos.

-Suponemos -dijo al fin el canciller, tomando la palabra en primer lugar-, que la situación de la que nos habla será sólo pasajera y que todos harán cuanto esté en sus manos para recuperar la normalidad, ¿no es cierto?

-Por supuesto -respondió el general -. En cuanto la situación lo permita, es decir, en cuanto las personas interesadas muestren su deseo de recuperar sus funciones y retomar sus responsabilidades, nosotros mismos nos encargaremos de que todo vuelva a su cauce. Pero mientras tanto, y siempre velando por la seguridad ciudadana, hemos declarado el derecho de sitio.

Y otra vez los toros pataleándole el cuerpo, pensó Michelsen. Y ahora no tenía ni idea de si la Unión Europea tenía previsto algún procedimiento interno en estos casos, alguna hoja de ruta para el resto de Estados miembros.

-¿Y dónde está ahora el presidente? -preguntó el presidente italiano, con la tez blanca como la nieve-. ¿Podemos hablar con él?

-Por desgracia, eso no va a ser posible -respondió el general-. Se ha retirado de la escena pública y me ha pedido que yo lo represente.

-Pues salúdele de nuestra parte -dijo el primer ministro inglés, con los labios apretados-, y dígale que nos sentiremos muy felices de volver a hablar con él lo antes posible.

-Lo haré, descuiden -respondió él otra vez.

Centro de control

Se sentía satisfecho. Habían puesto la primera piedra. En algunos países los golpes de Estado eran una conclusión lógica a los acontecimientos que estaban teniendo lugar, mientras que en otros, con menos tradición militar, acabarían siendo los ciudadanos quienes se hicieran con el poder y lo destrozaran todo, tarde o temprano, seguro. La situación crecía como una bola de nieve y afectaba cada vez a más personas; la angustia se volvía más acuciante y obligaba a los ciudadanos a adecuar su vida a las antiguas condiciones y al sistema tradicional, o bien a establecer uno nuevo. Las comunas que organizaba el Estado hacía tiempo que ya no tenían ningún sentido, y habían empezado a construirse unas nuevas, más definidas, más vivas, más capaces de multiplicarse, estropearse y luego volver a empezar. Los militares también empezarían a notarlo todo muy pronto. Su subida al poder no era más que un paso intermedio, pues la sociedad silenciosa, que había dejado de serlo porque, en su búsqueda desesperada de la estulticia, de la falta de reacción precisamente ante el «siempre más, siempre adelante», había renunciado a sus puntos en común y estaba al final de su camino.

-Tengo cosas más importantes que hacer -dijo Bollard, malhumorado.

No tenía ningunas ganas de explicar que tenía que ir a buscar la cena para su familia. Como en un país del Tercer Mundo ante una crisis de hambre, pensó. O como en la Edad de Piedra. «Si los responsables no logran asegurarnos que tendremos, al menos, los suficientes alimentos, debemos ser nosotros quienes nos ocupemos de ello.»

Envuelto en una chaqueta gruesa y abrigada, Bollard estaba en la misma habitación que el resto de directivos de la Europol. Desde la noche anterior habían reducido la energía eléctrica de la organización a mínimos. La calefacción se bajó a dieciocho grados, la mayoría de los ascensores se desconectaron... Todo aquel que llegaba hasta su despacho, se ponía a trabajar envuelto en varias capas de ropa.

-Tendríamos que asegurar los suministros de los trabajadores de la Europol y de sus familias -intervino Bollard-, o dentro de nada no estaremos en condiciones de llevar a cabo nuestras tareas. ¡La mitad de la plantilla ya ni siquiera viene a trabajar!

-Veré lo que puedo hacer -dijo el director Ruiz, con moderación.

Los investigadores suecos e italianos no tenían ninguna novedad. Sus respectivas investigaciones sobre los falsos colaboradores de las compañías eléctricas no habían dado resultados. Quienes sí habían tenido algún éxito parcial eran los equipos informáticos de ambos operadores, que en algunos casos progresaron más rápido de lo previsto e incluso los llevó a contemplar la posibilidad de recuperar al fin su capacidad operativa en los próximos tres días.

Desde el día anterior, Bollard se había pasdo ya tres veces por el departamento de informática de la Europol. Éstos aún no habían encontrado nada, si bien era cierto que no habían tenido mucho tiempo para buscar. Bollard se había enfadado varias veces con el belga, si bien debía admitir que su argumento -demasiado trabajo para tan pocos trabajadores- era realmente impecable.

-¡Hemos recibido algo de la Interpol! -gritó uno de sus colegas desde el otro lado de la sala-. ¡Un informe!

Bollard vio al tipo mirando fijamente la pantalla de su ordenador, murmurando algo para sí y diciendo luego en voz alta:

-No sé si esto son buenas o malas noticias.

Bollard se acercó a él.

-No te hagas el interesante.

En la pantalla aparecía un rostro: el rostro de un muerto, sin lugar a dudas.

Su colaborador empezó a pasar de pantalla, y en cada una se veían nuevos detalles del cuerpo. El hombre había muerto tras recibir varios disparos en el

pecho.

-¿Quién es?

Leyeron el informe que acompañaba a las fotografías: «Hombre adulto europeo, descubierto esta mañana por un grupo de campesinos en un lugar del bosque cercano a Bali. Primera identificación posible: el ciudadano alemán Hermann Dragenau».

Bollard repitió el nombre, intentando localizarlo en su memoria.

-¡Es el desarrollador jefe de Talaefer que los alemanes estaban buscando! -exclamó al fin.

Compararon las imágenes que tenían de Draguenau con las del retrato del muerto.

-La verdad es que se parece mucho -dijo el compañero de Bollard.

-¿El informe dice algo sobre los supuestos culpables o sospechosos de su asesinato? -preguntó él.

-No. No se han encontrado objetos de valor ni dinero ni documentación junto al cuerpo, de modo que bien podría tratarse de un duro robo a mano armada.

-¿Saben dónde vivía?

-Aún no. La interpol está en ello.

-¿Y se supone que ahora tenemos que creer en las casualidades? -dijo Bollard-. Resulta que uno de los posibles traidores de Talaefer, que se cuenta entre las principales empresas de productores de sistemas SCADA, sale unos días de Europa justo cuando se produce el apagón que bien podría haber ayudado a provocar, y resulta también que el tipo aparece, obviamente asesinado, pocos días después. Ya no importa todo lo que supiera: jamás podrá decírselo a nadie. -Bollard se puso de pie-. Bueno, pues yo ya les adelanto que no creo en las casualidades. Hartlandt va a tener que remover cielo y tierra para descubrir lo que ha sucedido y explicar hasta el último detalle.

Cogió el teléfono y marcó el número de Hartlandt en Talaefer. A ver si había línea...

Ratingen

La casa de Hermann Dragenau quedaba pocos kilómetros al sur de Ratingen, cerca de un pueblecito muy tranquilo. Su casa debió de construirse a principios de los setenta, pues seguía los patrones estéticos básicos de la época: líneas rectas, puertas grandes y acristaladas y un bajo techo de madera. En la entrada, madera de roble. Dragenau vivía solo. Hacía seis años que se había separado de su mujer y que ésta se había ido a vivir a Stuttgart con la hija de ambos. La decoración de la casa era moderna y práctica: algunos muebles de diseño junto a otros de tipo más colonial. Draguenau parecía haber sido una persona ordenada y limpia que, probablemente, contaría con la ayuda de una mujer de la limpieza.

Draguenau no tenía vecinos directos a los que pudieran interrogar, de modo que no les quedaba más remedio que dirigirse a los pueblos más cercanos e ir preguntando a la gente -puerta por puerta- si conocían a Draguenau. Pero para una acción de ese tipo les faltaba personal, y, además, lo más probable era que la mayoría de los habitantes de aquella zona -como los de todas las otras- hubiesen dejado sus casas para irse a alojamientos habilitados. La cosa no podía ser más complicada.

-Necesitaríamos a una docena de personas para hacer bien este trabajo -se quejó Pohlen, que tenía la cara hinchada y llena de morados.

-Ya, pero no la tenemos -respondió Hartlandt.

Empezaron por el despacho del muerto. Revisaron ordenadamente cada armario, cada cómoda y cada cajón de su escritorio. Encontraron declaraciones de la renta de años anteriores, seguros de todo tipo, contratos firmados con Talaefer, notas de cuando iba al colegio, varios vinilos y dos viejos ordenadores.

-Ordenar todo esto nos llevará semanas -se quejó Pohlen.

Al oeste de Düsseldorf

-Tengo sed -dijo Manzano.

-Yo también -respondió Shannon.

Habían salido de Düsseldorf y se dirigían hacia el suroeste, sin saber de hecho adónde ni por qué. Shannon evitó las autopistas y se mantuvo preferentemente en las carreteras secundarias. Conducía tranquilamente y a una velocidad fija, más que nada para no gastar gasolina en exceso. El depósito estaba lleno hasta la mitad. Caían cuatro gotas del cielo, y el termómetro exterior del coche marcaba un grado bajo cero.

Manzano se había tomado un tiempo antes de encender su ordenador y ponerse a trabajar, pero por fin se decidió:

-Bueno, pues vamos a ver...

Encontró los mensajes de correo que Hartlandt le había mostrado. Eran siete en total. Comprobó las fechas y confirmó que todos se habían enviado durante los días que pasó en la Europol.

-Pero no los escribí yo -susurró.

-¿Y bien? -preguntó Shannon.

-Los e-mails están aquí, por desgracia.

-¿Pero quién los envió?

-O alguien de la Europol, o alguien de fuera. En principio es irrastreable. Pero se me ha ocurrido una segunda variante que quizá pueda servir...

-¿Ah sí?

-Sí, bueno, para empezar tengo un segundo cortafuegos en el portátil, porque no confío en los cortafuegos de Windows. ¿Sabes lo que es un cortafuegos?

-Sí, hombre, yo creo que esto ya lo sabe todo el mundo: es un modo de asegurarse el ordenador contra intervencions externas, ¿no?

-Exacto. Pues bien, yo lo tengo formateado para que recabe todos los datos que se han generado o movido más allá de los parámetros protocolarios normales, y para que los guarde en unos archivos determinados y codificados.

Evidentemente, en el cortafuegos utilizaba otro nombre y contraseña, y un software independiente vigilaba el resto de entradas, como lo que se introducía en el ordenador vía puerto USB, por ejemplo.

-Así puedo saber por qué vía se han itroducido los datos en mi ordenador.

-¿Y eso es lo que va a comprobar ahora? ¿No es un trabajazo?

-Bueno, sí, se trata de leer varios miles, cuando no millones de líneas de texto, pero no tengo que hacerlo todo personalmente -dijo Manzano, mientras empezaba a teclear-. Tengo varios programas que me ayudan a optimizar el tiempo. Por ejemplo un software de banco de datos que se consigue gratis en Internet. Con él puedo gestionar grandes cantidades de datos... -Ahora sus dedos volaban sobre el teclado-. Estoy generando un programa en el que

puedo cotejar los datos del Firewall con los del banco de datos.

Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que estaban pasando junto a un grupo de personas que, abrigadas como esquimales, avanzaban por la calle llevando consigo grandes fajos de ramas y leños, ya sobre la cabeza ya bajo los brazos. También había uno que arrastraba un trineo cargado de madera. Manzano se sintió como si se hubiese desplazado a la India, o quizá a la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Todos miraban el Porsche como si se tratara de una nave espacial.

Manzano siguió programando, y menos de media hora después observó su obra, orgulloso, y dio la orden de cargar el cortafuegos en su banco de datos.

-¿Y bien, hay algo? -quiso saber Shannon.

-Mujer, todavía no puedo saberlo. Estoy cargando los datos, y esto puede durar un rato... hasta que acabe de cargarse todo no podré buscar, y menos aún encontrar, nada.

-¿Y qué vas a buscar?

-Inputs poco corrientes, modelos de comunicación que me llamen la atención...

Vieron aparecer varias casas en la distancia. Manzano dejó el portátil en el asiento de atrás. Volvía a tener hambre. Ya habían dejado atrás algunos pueblos pero todos estaban vacíos. Del mismo modo, en éste también parecía haber sólo recolectores de leña. Se detuvieron ante una posada. Shannon bajó del coche y llamó a la puerta. Esperó y volvió a intentarlo. Nada. Entonces se dio la vuelta y volvió al coche.

-Lo mismo de siempre -dijo.

-Pero de algo tenía que vivir toda esta gente, ¿no? -intervino Manzano-. ¿Qué comían? ¿Qué bebían?

Shannon se encogió de hombros.

-Quizá se les acabó todo y por eso se marcharon...

Puso el motor en marcha y siguió avanzando lentamente, asegurándose de que no pasaran junto a nada que pudiera ser comestible o bebible.

-¿Podrías bajar un poco la calefacción? -le pidió Manzano, que estaba sudando.

Shannon lo miró, sorprendida, y le puso la mano en la frente.

-Tienes fiebre.

Bajó la temperatura de la calefacción. Se detuvo junto a un peatón, sin detener el coche. El tipo, muy delgado y con barba de cuatro días, la miró recelosamente.

-Disculpe -dijo él, con su discreto alemán-. ¿Sabe dónde podríamos comer algo?

-Todos los restaurantes de cinco tenedores se han cogido el día libre -respondió el tipo, con voz ronca.

-Quiero decir... ¿hay algún sitio en el que repartan comida? ¿Algún comedor social?

-¿Y aparcarán su Porsche a la puerta?

Manzano tardó unos segundos en entender que aquello pudiera molestarle tanto.

-Era el único coche de préstamo que quedaba en la tienda.

-Afortunados. Yo no conseguí ninguno.

-¿Comer? ¿Beber?, preguntó Manzano, una vez más, agotado pero paciente.

El hombre señaló la calle que quedaba justo delante.

-En la plaza del ayuntamiento suelen repartir algo de comida cada día, pero hoy ya no encontrarán nada. El reparto es por la mañana y se acaba en pocos minutos.

Manzano no entendió todo lo que le dijo el hombre, pero se quedó con la idea principal.

-Gracias -respondió, y volvió a subir el cristal de la ventana.

Shannon condujo hasta una rotonda. Detuvo el coche ahí en medio, sin ningún problema, porque no había ni rastro de circulación.

-Ahí es -dijo ella.

Dio la vuelta a la rotonda y aparcó delante de un antiguo edificio de ladrillo rojo en cuya fachada podía leerse la palabra «Ayuntamiento». En la puerta había colgado un cartel en el que había algo escrito a mano.

-Espérame aquí -dijo, apagando el motor.

-Yo puedo leerlo desde aquí -le indicó Manzano-. «Alimentos cada día, de siete a nueve de la mañana» -dijo, traduciendo directamente al inglés.

-Genial. ¿Y los que tenemos hambre más tarde?

-Es obvio que este sistema no está pensado para los que viajan -contestó él.

Le entró un ataque de tos y empezó a rebuscar en sus bolsillos hasta que encontró el antibiótico. Se tomó una pastilla sin tener demasiado claro si le iría bien o mal, y se le quedó atascada en el cuello como si se tratara de una patata enorme y dura. Tuvo que tragar varias veces, intentando generar saliva, para conseguir que bajara.

Shannon cruzó la ciudad conduciendo por las calles vacías de coches. El atardecer no tardó en presentarse tras el cielo gris y alicaído. El paisaje se volvió más llano.

Manzano cogió su portátil del asiento de atrás.

-¿Y ahora qué haces?

-Los datos ya se han cargado. Quizá pueda solucionar un par de dudas.

Escribió algo en el teclado y preguntó:

-¿Hacia dónde vamos?

-A algún sitio con techo, y a poder ser con comida y bebida. A una granja, quizá.

Manzano se quedó mirando por la ventana, como si estuviera buscando una respuesta en el árido paisaje invernal.

-Ve por ahí, por la izquierda -dijo entonces.

Shannon lo obedeció sin hacer preguntas, y se encontraron en una carretera que conducía a un bosque, y que, un poco más adelante, tenía una barandilla de madera a derecha e izquierda.

-¡Un puente! -exclamó la chica, deteniendo el coche.
Bajo el puente, un río.

Ratingen

Sus agentes estuvieron en casa de Dragenau y en las instalaciones de Talaefer S. A., mientras el propio Hartlandt se dirigía a la urbanización. Por el camino se detuvo ante las cuatro casas que quedaban en el camino. En las tres primeras no le contestó nadie; en la cuarta le abrió un hombre de su edad.

-Policía -dijo Hartlandt, sin más, y le mostró una foto de Dragenau.

-Vive ahí delante -le confirmó el hombre.

-¿Lo conoce usted bien?

-No. Creo que en toda mi vida no habré intercambiado con él más de cinco frases.

-¿Sabe usted si tenía algún amigo en la zona?

-Creo que no. Yo conozco a casi todos los vecinos, y nadie hablaba nunca de Dragenau. Ni para bien ni para mal. Vivía aquí, es cierto, pero no tenía ni la menor intención de buscar compañía o echar raíces.

-¿Lo vio alguna vez en compañía de alguien? ¿Vino a visitarlo algún familiar o conocido suyo?

-Pues no sabría decirle. No me suena, pero tampoco le prestaba demasiada atención. Pero díganme ustedes, ya que son policías... ¿cuándo acabará todo esto? ¿Tienen alguna idea?

-Esperemos que pronto.

La urbanización estaba formada, principalmente, por casas unifamiliares de los años sesenta. En la caseta de entrada a la zona encontraron a un hombre solitario y uniformado. Hartlandt le enseñó también sus credenciales y la imagen de Dragenau.

-No lo conozco -dijo-, pero venga conmigo. Preguntaremos a algunas personas.

Hartlandt lo siguió por la calle hasta entrar en un edificio algo más grande que los demás.

-Nuestro pabellón -dijo el agente de seguridad-. Ahora, alojamiento y refugio. Quizá encuentren a alguien que lo conoza.

El pabellón estaba lleno de las camas plegables, puestas en filas y muy ordenadas para aprovechar el espacio al máximo. Olía muy mal. Algunas personas estaban estiradas en sus camas, mirando al techo. Otras, leían. Los niños, correteaban de un lado a otro.

El guardia les presentó a un hombre robusto con una barba hirsuta y canosa.

-Este hombre era dueño de un restaurante, pero se le quemó -dijo, a modo de presentación.

Luego le dio unos golpecitos en el hombro y le preguntó:

-¿Todo bien?

Y por fin, dirigiéndose a ellos, añadió:

-Este hombre conoce a todo el mundo. Seguro que los podrá ayudar.

Hartlandt sacó el retrato de Draguenau y se lo mostró al del restaurante, pero éste movió la cabeza en señal de negación.

El guardia los condujo entonces a otro rincón. En él, una mujer había aprovechado dos columnas para colgar una sábana de un lado a otro y tener más intimidad. Era la dueña de un centro cultural.

-No -dijo, después de que Hartlandt le hubiese enseñado la foto.

-¿Vive en la urbanización?

-Cerca.

-Lo lamento.

-Tenemos aún dos médicos y una farmacéutica que acostumbran a atender a todos los que viven por la zona. Y también están el párroco católico y el pastor protestante... Suponiendo que hayan venido. No siempre se quedan aquí.

Fuera había empezado a oscurecer.

Entre Düsseldorf y Colonia

Los faros del Porsche cortaban la oscuridad de la noche.

-¡Mierda! -maldijo Manzano.

-¿Qué pasa?

Shannon lo oyó teclear a toda velocidad. Desde hacía media hora Manzano estaba muy concentrado, inclinado sobre su ordenador y lanzando de vez en cuando algún suspiro o exclamación.

-¡Va, dime qué pasa!

-Aquí hay una dirección IP -dijo Manzano, nervioso-. ¡Necesitamos electricidad y conexión a Internet, y la necesitamos ya!

-Claro, claro, como quieras. Ahora mismo me paro y cargas tu portátil en cualquier enchufe, ¿vale?

-¡Hablo en serio, Shannon! -insisitió Manzano-. Cada noche, a la 01:55 h, mi ordenador ha estado enviando datos a una determinada dirección IP ¿Te dice algo? ¿IP?

-¿IP de *Internet Protocoll*? Eso es como la dirección de un ordenador en el interior de la red, ¿no?

-Exacto. En principio sirve para poder localizar cualquier ordenador, y resulta que el mío ha estado enviando datos, sin que yo lo hubiese ordenado o tuviese la menor idea al respecto, por supuesto, a un ordenador que tiene esta dirección y que a mí no me suena de nada.

-Es decir, que alguien que no eres tú ha dado la orden. ¿Lo he entendido bien?

-Exacto.

-¿La Europol?

-Quizá.

-Pero ¿cómo han llegado a tu portátil?

-Ni idea. En cualquier caso, el desconocido ha estado enviando los e-mails mezclados con mi trabajo en la Europol, así que supongo que se habrá colado utilizando las redes de la Europol.

-¿Ah sí? ¿De modo que los malos son los de la Policía Europea, al final?

-No puedo saberlo con seguridad. Necesitaría una conexión a Internet para poder estar seg...

En aquel momento se llevó la mano a la frente y se dio una palmada.

-¡Qué idiota soy! ¡Ya sé adónde tenemos que ir! -se inclinó hacia el GPS y le preguntó a Shannon-: ¿Sabes cómo funciona?

-Claro. ¿Adónde quieres que vayamos?

-A Bruselas.

Shannon puso cara de sorpresa, pero no dijo nada. En su lugar tocó un par de botones hasta que la pantallita del aparato mostró una ruta y una distancia.

-Doscientos kilómetros bien buenos -dijo-. Pero tenemos suficiente gasolina.

¿Por qué a Bruselas?

-Conozco a alguien allí.

-¿Alguien que tiene Internet y electricidad?

-Si el Centro de Información y Monitorización de la Unión Europea en Bruselas (CIMUE) no tiene electricidad es que estamos definitivamente jodidos. Perdón por la expresión.

-Bueno, pues en marcha. El GPS dice que en dos horas estaremos allí.

-Pero necesito comer algo.

-¿Y de dónde vas a sacarlo?

Bruselas

Angström se metió a toda prisa un trozo de pan en la boca, mientras que el resto de sus compañeros iban entrando en la sala de reuniones. El último en llegar fue el propio director del CIMUE, Zoltán Nagy, quien fue directo al asunto sin andarse con rodeos.

-Ya podemos olvidarnos de la ayuda de Estados Unidos -aseguró-, y no sólo eso, sino que a partir de ahora Rusia, China, Turquía, Brasil y el resto de países deben repartir sus ayudas entre Europa y Estados Unidos.

El silencio se adueñó de la sala durante unos segundos, al cabo de los cuales se dedicaron al orden del día y a leer juntos los nuevos informes.

-Los altos mandos de la OTAN han convocado a la alianza -dijo Nagy con un hilo de voz-, que, según nos han informado, arremeterá con toda su fuerza contra los agresores. Claro que, para ello, sería bastante útil saber quiénes son en realidad los agresores.

Angström no pudo evitar volver a pensar en Piero Manzano. No había vuelto a saber nada de él. ¿Estaría siendo útil en la Europol?

El Organismo Internacional de Energía Atómica había aumentado al nivel seis del INES el grado de contaminación radiactiva de Saint Laurent. Esto era apenas un nivel por debajo de Chernobil y Fukushima. La zona de evacuación se ha ampliado a treinta kilómetros -dijo el encargado de aquel tema-. Ello afecta a ciudades como Blois y Orleáns, por ejemplo. Toda la zona que rodea la central, y en la que se encuentra el magnífico valle del Loira, declarado patrimonio universal por la UNESCO, quedarán inhabitables durante décadas, o quizá incluso siglos. Francia nos ha pedido ayuda oficialmente, y Japón se ha ofrecido a enviar expertos.

-Es que ellos saben de qué va esto -dijo uno, en pleno ataque de sarcasmo.

Angström se preguntó si el francés que la había recogido en el aeropuerto de La Haya tendría algún amigo o pariente en la zona.

-Algo semejante sucede en los alrededores de la central checa de Temelín, que actualmente ocupa ya el nivel cuatro en el INES -siguió diciendo Nagy-. Lo que no está del todo claro es el estado del reactor. Los expertos aseguran que podría haberse producido una especie de desintegración del núcleo...

Y en Europa había aún otras seis centrales nucleares con niveles de entre el uno y el dos.

-No se trata de algo que nos afecte inmediatamente -dijo Nagy-, pero debemos ser conscientes de que también la central nuclear americana de Arkansas (la Arkansas One) ha anunciado tener graves problemas debido al apagón eléctrico.

No tenían demasiada información sobre las condiciones por las que estaba pasando en aquel preciso momento la sociedad civil europea. De lo único de lo que podían estar seguros era de lo que sucedía en Bruselas, de lo que les

afectaba a ellos y a sus familias, y era que la solidaridad altruista y generalizada había empezado a acusar grandes brechas. Al principio del apagón, todos ayudaban a todos. Ahora, a nadie se le ocurría ayudar a un desconocido, teniendo a tantos amigos y conocidos por los cuales preocuparse.

-En la mayoría de ciudades no dejan de producirse disturbios y enfrentamientos, a cualquier hora del día y de la noche -dijo una compañera.

Nadie daba una noticia buena ni por casualidad, pensó Angström, con el corazón en un puño. La cosa estaba tan oscura como la noche que había caído al otro lado de la ventana.

Entre Düsseldorf y Colonia

Frente a ellos apareció una casa en la oscuridad.

-Ahí delante hay luz -dijo Manzano.

Shannon redujo la marcha. La carretera se convirtió en un camino estrecho y asfaltado. Lo siguieron hasta llegar a una enorme granja. Tres de las ventanas de la planta baja tenían luz. Shannon y Manzano bajaron del coche. Los dueños de la granja debieron de oír el motor, porque alguien les abrió enseguida la puerta. Recortado sobre la luz del interior de la granja, al principio no reconocieron más que una silueta.

-¿Qué quieren? -preguntó un hombre que llevaba un rifle en las manos.

-Necesitamos comer algo, por favor -dijo Manzano, chapuceando el alemán.

El hombre los miró con desconfianza.

-¿De dónde vienen?

-Yo soy italiano, y ella es una periodista americana.

-Qué coche más chulo tienen -dijo, señalando el Porsche con el rifle-. ¡Y funciona! ¿Puedo verlo? -Dio un paso hacia delante, bajando el arma.

Shannon dudó, pero al final lo acompañó hasta el coche.

-Nunca había visto uno igual. ¿Puedo?

Shannon le abrió la puerta y él se sentó en el asiento del conductor. Manzano también se acercó al coche.

-La llave -pidió el hombre, alargando la mano.

Shannon dudó, pero entonces el tipo cogió el rifle y la apuntó con él.

-La llave -repitió.

Shannon se la dio.

El hombre la cogió y puso el coche en marcha, aunque siguió con la puerta abierta y apuntando a Shannon con su arma.

-Suena bien, y además tiene gasolina -dijo.

Entonces cerró la puerta y lo condujo hasta un granero con una puerta de madera. Shannon y Manzano lo siguieron caminando, pero cuando llegaron el tipo ya había bajado del coche y, con el rifle de nuevo en las manos, les ordenó:

-Lárguense.

-¿Cómo dice?

-¡Ya lo han oído! ¡Fuera de aquí!

-¡Pero no puede...! -empezó a decir Shannon en inglés, pero Manzano la contuvo.

-Míreme bien, y verá que sí puedo.

-Llamaremos a la policía.

El hombre soltó una carcajada.

-¡Seguro que encontráis a varias patrullas!

Volvió a hacer un movimiento con el rifle.

-Nadie va a venir a ayudarte, guapa, pero aunque vinieras con todo el cuerpo de policía, les diré que me disteis el coche a cambio de toda la comida que os ofrecí, ¿sabes? Esto del trueque se ha puesto muy de moda últimamente...

Otro gesto con el rifle.

Manzano oyó el bufido de Shannon.

-Nuestras cosas -dijo Manzano entonces-. Denos al menos las cosas que llevamos en el coche.

El hombre se quedó un rato pensativo y por fin fue al coche, cogió la bolsa de Shannon del maletero y se la tiró a los pies.

-El ordenador también, por favor -dijo Manzano, quien se apresuró a añadir:- ¡Pero no me lo tire, por favor!

Dio unos pasos hacia el coche, pero el tío lo apuntó con el rifle. Manzano se detuvo.

-¿Para qué quieres tu portátil si no tienes dónde enchufarlo? -le preguntó.

-Lo mismo podría preguntarle a usted, con la diferencia de que este es mío -le respondió Manzano. Y entonces, al darse cuenta de que su tono había sido quizá algo arrogante, añadió-: Por favor.

-Cójaselo usted mismo -le dijo el hombre, malhumorado-. Pero ni un movimiento en falso o le hago un agujero en la barriga.

Manzano obedeció y se acercó cojeando al coche.

-¿Qué le pasa en la pierna?

-Una herida.

-En la cabeza también.

Manzano no respondió.

Cogió el ordenador de debajo del asiento del copiloto, a donde se había caído, y se incorporó de nuevo.

-¡Y ahora lárguense!

Y dicho aquello, cerró la puerta del granero y se quedó dentro.

Manzano y Shannon se miraron unos segundos, y dieron un par de pasos hacia la puerta de la granja, que seguía abierta y con luz en su interior.

-¡Qué hijo de puta! -dijo Shannon.

-¡Les he dicho que se larguen! ¡Desaparezcan! ¡Márchense de aquí! -Apenas dos segundos después se oyó un disparo y las piedrecitas junto al pie derecho de Manzano salieron disparadas por los aires.

-¡Mierda! -dijo Shannon, dando un salto hacia atrás.

Cuando el siguiente disparo le rozó la manga, se acercó a coger a Manzano y lo ayudó a alejarse de allí.

-¡Y no se les ocurra volver! -gritó el hombre a sus espaldas-. ¡La próxima vez no fallaré!

La Haya

-¡No me gusta!

Bernadette dejó caer la cuchara en el interior de la sopa de verduras que había traído Bollard para cenar.

-Pues no hay nada más -respondió su padre.

-¡Pero yo quiero espaguetis!

Marie puso los ojos en blanco. Los medicamentos habían hecho efecto, gracias a Dios, y la fiebre había empezado a remitir.

-Cariño, es que la cocina no funciona, ya lo has visto, así que no podemos hacer espaguetis, ¿sabes?

De hecho, pensó Bollard, los niños no estaban pasándolo tan mal. No tenían que ir al colegio, podían pasarse todo el día jugando, y tanto él como su mujer eran mucho más indulgentes con ellos, dada la situación.

-¡Me da igual! ¡Y quiero ver la tele!

-¡Ya está bien, Bernadette! ¡Basta!

-¡No, no, no!

La niña bajó de su silla y salió corriendo de la cocina. Marie lanzó una mirada desesperada a Bollard. Él se levantó y siguió a su hija, que había ido a sentarse al suelo del comedor, frente a la chimenea, en la que ardía el fuego, y peinaba una muñeca, muy concentrada. Sólo su labio inferior, algo elevado y echado hacia delante, evidenciaba su enfado.

Bollard se sentó frente a ella, en el suelo.

-Escucha, cielo...

Bernadette bajó la cabeza, frunció el ceño, apretó los labios con fuerza y empezó a peinar a su muñeca a toda velocidad.

-Ya sé que llevamos unos días muy difíciles... pero todos...

Oyó los sollozos de su hija y vio que sus hombros temblaban. Nunca la había visto llorar de aquel modo... Puede que los niños no sepan lo que está pasando, pensó, pero lo notan. Notan nuestro desconcierto, nuestra tensión, nuestra angustia, nuestro miedo. Bollard le acarició el pelo y la cogió en brazos. Ahora su cuerpecito empezó a temblar de arriba abajo y las lágrimas mojaron la camisa de Bollard mientras la abrazaba y la mecía suavemente.

Todos nos sentimos así, mi vida, pensó. Todos.

Entre Colonia y Düren

Shannon dejó a Manzano uno de los jerséis que llevaba en la mochila, pero aun así, temblaba. Tenía que ayudarlo a caminar porque su pierna herida apenas podía sostenerlo. Habían vuelto a la carretera de la que habían salido. El último pueblo quedaba varios kilómetros atrás. No iban a poder avanzar mucho más aquella noche, y menos con la herida de Manzano.

-¡Qué asco de tío! -dijo ella, aún indignada.

-No puedo más -gimió Manzano.

-¿Qué quieres hacer? -preguntó Shannon-. No podemos quedarnos aquí en medio. Moriremos.

Manzano respiró con dificultad y se esforzó por dar algún paso más.

-¡Mira! ¡Allí!

A la luz de la luna vieron el contorno de una pequeña y torcida cabaña en el campo, a su izquierda.

Dejaron la carretera y entraron en el campo, en el que empezaron a caminar por encima de los surcos del arado, intentando no perder el equilibrio ni tropezar demasiado. La casita de madera medía unos cinco metros cuadrados, no tenía ventanas y la puerta estaba cerrada con candado. Shannon le dio varias patadas, pero el cerrojo no cedió. Entonces empezó a golpear una de las maderas con fuerza, hasta romperla y conseguir un agujero por el que colarse en su interior, arrastrándose.

Buscó en su mochila y encontró las cerillas que cogió en París. Aún en el suelo, boca abajo, encendió una e iluminó la cabaña. Por lo poco que pudo ver a la débil luz de una cerilla, allí no había más que palos y algo de paja. La llama se apagó, ella dejó la mochila a un lado y acabó de entrar. Desde dentro pudo abrir la puerta con la ayuda de un serrucho que estaba apoyado en la pared.

-Aquí dentro hace casi el mismo frío que fuera -dijo Manzano.

-Por ahora sí, pero vamos a cambiar eso.

La cabaña tenía un agujero en el techo por el que se veía la luna. Shannon cogió un montón de paja, hizo una montañita y la puso en el centro de la cabaña, justo bajo el agujero, y en el centro colocó el trozo de la puerta de madera que había roto para entrar. Cogió entonces una cerilla e intentó que el fuego prendiera, pero sólo consiguió algunas chispas.

Volvió a intentarlo, y esta vez logró obtener un par de llamas pequeñas. Sopló suavemente para que no se apagaran y, efectivamente, en pocos minutos había prendido ya toda la paja y el fuego empezaba a quemar la madera. Al principio se formó un humo muy denso en el interior de la cabaña y Manzano hizo ademán de querer salir, pero Shannon lo retuvo porque el humo empezó a remitir: salía por el agujero del techo, y aminoraba al quemar más madera que paja.

Pocos minutos después un fuego pequeño pero seguro iluminaba y calentaba el interior de aquella cabaña. Mientras tanto, Shannon partió en varios trozos uno de los palos de madera que había en el interior de la cabaña y los lanzó al fuego, que cada vez cobraba más fuerza.

-¡Qué maravilla! -exclamó Manzano-. ¿Dónde has aprendido a hacer esto?

-En el club excursionista -dij ella-. Mi madre me obligó a ir durante varios años. No me gustaba mucho, la verdad, pero mira, al final sirvió para algo.

Sabía que dormirse junto a aquel fuego tenía un cierto peligro, porque en cualquier momento podía soplar algo de viento y hacer que el fuego quemara las paredes de la cabaña, de modo que se propuso quedarse despierta si Manzano se dormía.

Durante unos minutos se quedaron los dos en silencio, mirando la danza de las llamas.

-Qué locura -dijo Manzano, al fin.

Shannon no respondió.

-Hay algo que no puedo quitarme de la cabeza -siguió diciendo Manzano-, y es ¿qué esperan conseguir con todo esto? Los que han manipulado los contadores y saboteado todo el sistema eléctrico de la sociedad civilizada... ¿Qué pretenden? ¿De qué les sirve interrumpir así el devenir de la evolución? ¿Es esto lo que quieren? ¿Esperan que los humanos nos faltemos al respeto y nos robemos y disparemos los unos a otros? ¿Quieren que volvamos a la Edad de Piedra?

-Yo no sé lo que quieren, pero si es lo que dices... lo han conseguido -apuntó Shannon con amargura, abriendo su mochila y sacando toda su ropa de abrigo para que Manzano se cubriera con ella.

-No, aún no -dijo él-. Aún queda gente como tú. Gracias.

Manzano dobló dos camisetas y las utilizó de almohada, y Shannon hizo lo propio con un pantalón. Se estiraron uno al lado del otro, mirando el fuego. Shannon notó el frío en la espalda, pero al menos no era tan horrible como lo habría sido fuera. Manzano cerró los ojos.

Al cabo de un rato ella tampoco pudo resistirse más al agotamiento, y acabó por cerrar los ojos. Su último pensamiento antes de caer dormida tuvo que ver con el deseo de poder despertarse viva al día siguiente.

Día 8. Sábado

Ratingen

-El italiano y su amiga americana han desaparecido -explicó Hartlandt, mirando de reojo a Pohlen-. Y seguimos sin novedades en el caso Dragenau.

Miró a su alrededor. Dienhof estaba allí, igual que todos los directivos de Talaefer S. A., incluido Wickley.

-Las autoridades balinesas han enviado el informe sobre el lugar de los hechos y la autopsia. Según éste, Dragenau fue asesinado. Dos proyectiles: uno en el tórax y otro en el abdomen. Su habitación del hotel había sido registrada antes de que la policía diera con él, pero quien quiera que lo hubiese hecho, se había esmerado en no dejar rastro de huellas dactilares. Quizá encontraran algo de ADN, pero quién sabe cuánto esmero ponía en su trabajo el personal de limpieza del hotel y cuántos huéspedes podían haber dejado su marca en aquella habitación... El pasaporte de Dragenau había desaparecido, así como el dinero y las tarjetas de crédito.

Hartlandt hizo pública esta información a propósito, pues tenía más que contar:

-De hecho, hay un detalle realmente interesante: Dragenau no era Dragenau. Al menos no en el hotel, en el que se había registrado como Charles Caldwell. ¿Les dice algo este nombre? ¿Alguno de ustedes tiene algo que aportar?

Todos negaron con la cabeza.

-¿Por qué tendría que hacer algo así? -continuó Hartlandt-. Mi tesis es que Dragenau es nuestro hombre. Que no se fue a Bali de vacaciones. Que se marchó para esconderse. Y que por desgracia para él -y para nosotros- sus cómplices o sus clientes no se fiaron de él. De modo que lo hicieron callar, lo cual nos perjudica, puesto que ahora ya no podrá contarnos nada.

-Pero eso no son más que especulaciones -se apresuró a apuntar Wickley-. ¿Y si el muerto es en realidad Charles Caldwell? ¿Por qué iba Dragenau a esconder su identidad?

-¿Por dinero? -sugirió Hartlandt.

-La venganza se sirve fría -insinuó Dienhof.

Wickley le lanzó una mirada furibunda.

-Pero ¿por qué? -insistió Hartlandt-. Formaba parte del núcleo duro de la empresa. ¿A santo de qué iba a querer vengarse?

-Hace muchos años -suspiró Wickley-, cuando todavía era un estudiante de tecnología, Dragenau fundó una empresa de software de automatización. Tenía una mente brillante, pero no era un buen comercial. A pesar de sus excelentes productos, nunca llegó a triunfar en el negocio. Durante un tiempo pudo hacer la competencia a Talaefer, pero a la larga no tuvo nada que hacer. A finales de los noventa vendió su empresa a Talaefer, se convirtió en su desarrollador jefe, y, como tal, impulsó el desarrollo tecnológico en nuevos mercados.

-Sigo sin entender por qué iba a querer vengarse -objetó Hartlandt-. Parece que había conseguido dinero y un trabajo que le gustaba...

-No; no había conseguido dinero. Su empresa estaba muy endeudada, y no sólo por contenciosos jurídicos con Talaefer. La compra de su empresa no había sido más que una jugada estratégica para hacerse con él, y en los años que siguieron se demostró con creces que la gestión había merecido la pena. La empresa le debe numerosos y excelentes avances.

-¿Va a decirme ahora que un trabajador decepcionado y empujado a la bancarrota, además de antiguo competidor de la empresa, no les parecía un indudable peligro en potencia? -preguntó Hartlandt, incrédulo.

-Los primeros años sí, la verdad -contestó Wickley-, pero con el tiempo fue causando tan buena impresión que todas las dudas se disiparon. Incluso consideramos la posibilidad de ascenderlo a jefe de desarrollo de sistemas.

-Ya veo... Bien, por lo que parece, podrían haberse equivocado. Por el momento debemos centrar nuestras investigaciones en cada una de las áreas a las que Dragenau tenía acceso.

Entre Colonia y Düren

Shannon abrió los ojos y miró las cenizas. Ahí en medio todavía ardían algunos trozos de madera. Manzano dormía tras ella; le costaba respirar.

El sudor perlaba su pálida cara. El cielo, azul, relucía a través de los agujeros del techo.

Shannon se quedó tumbada mientras recapacitaba sobre su situación. Estaba en una sórdida cabaña de madera, en un país cuya lengua no entendía ni hablaba. El invierno imperaba en las calles. A su lado, un hombre herido de bala. Le habían robado su único medio de transporte, y no tenía nada para comer... ni para beber. La televisión no funcionaba, y lo mismo sucedía con todos aquellos medios con los que, en circunstancias normales, habría podido informarse sobre la situación actual. Ni siquiera el teléfono, que antes le habría servido para llamar a familiares, amigos o compañeros de trabajo y pedir ayuda, tenía ahora la menor utilidad.

Shannon sintió que el pánico se apoderaba de ella. Conocía esa sensación de cuando iba a la escuela y temía no haber aprobado los exámenes, o de cuando se iba de viaje y por algún motivo perdía el tren, o el rumbo, o se quedaba sin dinero. Pero había aprendido a lidiar con ello: sabía lo que tenía que hacer, y desde luego no era quedarse petrificada como un conejo ante una serpiente, sino decidirse a dar el primer paso. Hacer algo, ponerse en movimiento hacia su objetivo.

Pero... ¿cuál era su objetivo?

Se incorporó con cuidado, puso un leño en el fuego y sopló suavemente hasta que prendió. Manzano respiraba con mucha dificultad, pero no se había despertado. Salió despacio de la cabaña e hizo sus necesidades matutinas en la parte de atrás. Una capa de hielo blanco cubría los campos y bosques a su alrededor, brillando bajo los rayos del sol. Por un instante se sintió aliviada.

No podía valorar hasta qué punto se habían alejado del idiota de la noche anterior, pero lo que estaba claro era que no veía edificios en ninguna parte.

Sentía la boca seca y se apoyó en la pared de madera que el sol de la mañana había empezado a calentar. Cerró los ojos y disfrutó del cosquilleo de los rayos solares en su cara. Se mantuvo así durante un rato, mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Pensar un plan. Encontrar un rumbo. Hasta hacía dos días había tenido una meta muy clara: conseguir el mejor reportaje de esta historia, ya de por sí increíble. Se dio cuenta de lo fácil que lo había tenido en los días anteriores. Desde el comienzo del apagón cientos de millones de europeos vivían bajo estas condiciones que ella había empezado a conocer ahora. Condiciones que cada día empeoraban un poco más. Hasta el momento, aquellos cientos de millones de europeos no habían sido para ella más que que el objetivo de sus reportajes, que se forjaban tras una cámara y se montaban cómodamente en la cálida habitación de un hotel.

Se quedó en silencio y reflexionó. Ahora... ¿qué noticia le gustaría dar? En realidad, sólo una: «El apagón se ha acabado. Volvemos a tener electricidad». Sí, dar esa noticia le encantaría. Pero, para ello, primero tenía que suceder. Quizá no era el momento de informar sobre lo que hacían los demás, sino de hacer algo por una misma. Manzano, por ejemplo, había conseguido descubrir el código maldito en los contadores italianos.

Pero su boca áspera y el ronroneo del estómago le recordaron que los siguientes pasos debían dedicarse a cubrir sus necesidades básicas. Desde la tarde anterior, en casa de Hartlandt, no había vuelto a comer nada y sólo había bebido una vez en el riachuelo. Y Manzano... seguro que él estaba peor. Además, ni siquiera había probado el aperitivo de los policías.

Volvió a la cabaña.

Manzano abrió los ojos, febriles.

-Buenos días -dijo ella en voz baja-. ¿Cómo te encuentras hoy?

Él volvió a cerrar los ojos y tosió.

Shannon le puso la mano en la frente. Estaba ardiendo. Era posible que se debiera a las llamas, de las que estaba demasiado cerca... pero también era posible que no.

El italiano murmuró algo.

-Debemos encontrar a un médico -sentenció Shannon.

Ahí estaba. El primer paso.

La Haya

Marie Bollard corrió hacia uno de los vendedores que se habían colocado alrededor de la plaza. Vendía coles, nabos y manzanas maduras. Sacó el reloj que sus padres le habían regalado al aprobar la selectividad y guardaba, además, dos anillos de oro y un collar en la mano. Lo último que le quedaba. Ofreció al vendedor uno de los anillos.

-Oro auténtico -exclamó-. Está valorado en cuatrocientos euros. ¿Cuánta comida me ofrece a cambio?

Justo detrás de ella, alguien captó la atención del hombre, puesto que ofrecía dinero en metálico. Marie Bollard mostró el anillo a otro de los muchos vendedores, que tenían cien ojos puestos en sus mercancías.

-Oro auténtico -repitió ella-. ¡Dieciocho quilates!

El hombre no reaccionó. Impasible, miró cómo Marie se dirigía de nuevo a los otros puestos.

Gritó unas cuantas veces, hasta que él le lanzó una mirada fugaz.

- ¿Y cómo voy a saber si es oro bueno? -preguntó él al fin.

Antes de que Marie Bollard pudiera contestar, el tipo cogió el dinero que le ofrecía el otro y a cambio le dio dos sacos llenos de sus coles, sus nabos y sus manzanas maduras.

Agotada, Marie Bollard se retiró del gentío. Pero no podía darse por vencida tan fácilmente. Había al menos treinta vendedores repartidos por la plaza. La gente se abría paso entre ellos a empujones, hambrienta, como en un mercado antiguo en un cálido día de otoño, pero con una intensidad y una agresividad aún mayores. Justo en el centro había un hombre con una larga barba. Iba vestido con una tela blanca enrollada al cuerpo, lo cual le hacía parecer una mezcla de gurú y Jesús. Con los brazos alzados, el barbudo repetía sin cesar:

-¡El final se acerca! ¡Arrepentíos!

Siempre hay gente para todo, se dijo Marie Bollard. ¡Y con el frío que hace!

Prosiguió su camino, desaprobando con la cabeza. Cada dos por tres se oían peleas y gritos coléricos. Hacia el final del mercado se había reunido algo más de gente de lo normal. Escuchaban a un orador que vociferaba, enfurecido.

Marie iba abriéndose paso entre los puestos de comida, hasta que descubrió uno que parecía no vender nada. Su mesa era más pequeña que las otras, y, sin embargo, estaba custodiada por seis hombretones enormes con cara de pocos amigos. Bollard se acercó un poco más. Un hombre con un monóculo en el ojo derecho examinaba una joya.

-Doscientos -le dijo a la mujer que tenía delante.

-¡Pero si vale ochocientos como mínimo! -gritó ella.

-Entonces véndaselo a alguien que le dé ochocientos -replicó él, mientras le devolvía el broche.

La mujer dudó unos segundos, pero al final lo cogió, apretándolo dentro del

puño. El hombre se concentró en la siguiente joya que le ofrecían. La mujer seguía ahí quieta, dudando, pero los demás la apartaron a empujones.

Marie Bollard metió la mano en el bolsillo en busca de sus joyas, se mordisqueó los labios y se dio la vuelta.

Desorientada, se quedó quieta en medio del gentío y el estruendo. No estaba preparada para este tipo de negociaciones. Cada vez había más gente en torno a los oradores, que ocupaban ya media plaza.

Gritaban a coro algo que Bollard tardó en entender.

- ¡Dadnos comida! ¡Dadnos agua! ¡Devolvednos nuestras vidas!

Entre Colonia y Düren

Shannon estaba de pie en la acera, y Manzano, a su lado, se había sentado en el suelo, apoyándose en la mochila de ella. Ya no le quedaban fuerzas para avanzar.

Llevaban media hora esperando que pasara algún coche. Si querían salir de allí, debían arriesgarse a hacerlo. Por suerte, el sol brillaba y compensaba un poco el intenso frío del inviermo.

Shannon oyó el motor de un coche antes de verlo siquiera. Entonces apareció un camión por la izquierda.

-Esperemos que no sean militares ni policías -susurró Manzano-. Si tienen nuestros retratos robot...

-Por el color no parece que lo sean -dijo Shannon-. Vamos, hay que intentarlo. Y además, ya es tarde para escondernos.

Estiró el brazo con el pulgar alzado.

Distinguió a dos personas en la cabina del conductor. El vehículo se detuvo junto a ella. Un hombre joven con el pelo corto y barba de varios días los miró desde la ventanilla. Preguntó algo que Shannon no comprendió. Una vez más, tuvieron que preguntar si el otro hablaba inglés. El joven los miró extrañado, pero entonces dijo: «*Yes*».

Shannon le explicó que Manzano estaba enfermo y que debían ir hasta la siguiente ciudad. El chico retiró la cabeza de la ventanilla, y Shannon lo oyó hablar con el conductor. Luego abrió la puerta y les tendió la mano. Shannon ayudó primero a subir a Manzano y después hizo lo propio.

Al volante iba un hombre más viejo, también con barba de varios días y una barriga prominente. El joven lo presentó como Carsten, él se llamaba Eberhart.

-Pero ¿dónde han estado ustedes? -preguntó mientras los olfateaba-. ¿En un ahumadero?

-Algo parecido.

En la cabina del conductor hacía un calor terrible. Detrás de los asientos de Carsten y Eberhart había espacio suficiente para ella, Manzano y las pertinencias de ambos.

Tan pronto ella y Manzano se hubieron abrochado el cinturón, Carsten puso primera y el camión reanudó la marcha.

Manzano se inclinó apoyándose en la pared de la cabina y cerró los ojos. Shannon le puso la mano sobre la cabeza. Era como si se hubiera llevado en la frente unas brasas del fuego de ayer.

-Somos reporteros -explicó Shannon-. Durante nuestras investigaciones, nuestro coche se quedó sin gasolina...

-Reportajes duros, a juzgar por el estado su compañero -dijo Eberhart y señaló la herida en la cabeza de Manzano.

-Un accidente de coche, al apagarse los semáforos -apuntó Manzano, ciñéndose a los hechos.

-... además, nuestro hotel cerró pocos días después -continuó Shannon-. Ahora queremos ir a Bruselas.

Y en ese mismo instante se dio cuenta de lo estúpido que había sonado aquello.

-¿Creen que la UE los va a ayudar? -se rió Eberhart.

-Bueno, a Bruselas o a cualquier otra gran ciudad, donde quizá podamos encontrar un consulado o una embajada -añadió enseguida-. O en una de las zonas que esté provista de corriente eléctrica. ¿Saben por casualidad dónde puede haber alguna?

-No. En nuestro recorrido, ni una. Mucho me temo que estas zonas ya sólo se encuentran en el país de nunca jamás.

Berlín

-Debemos decidir *ya mismo* qué les decimos a los rusos -requirió el canciller-. En dos horas empiezan los primeros vuelos.

-Por el momento seguimos sin desenmascarar a los autores de todo este horror -respondió el ministro de Defensa.

-Pero necesitamos toda la ayuda que puedan ofrecernos -advirtió Michelsen-. ¿Con qué argumento los detenemos ahora? ¿Y, sobre todo, por qué sólo los rusos y no los turcos o los egipcios?

- Pero ¿y si los rusos están detrás?

-Y si, y si... -replicó Michelsen-. Estaba harta de las constantes objeciones de los que creían estar en guerra. Desde buen comienzo, el ministro de Defensa se había decantado por el discurso de la guerra, mientras el canciller estaba a la expectativa, después del ataque a los Estados Unidos, no quería descartar un atentado terrorista. Sabía que el ministro del Interior, que ahora le ofrecía su ayuda, estaba de su parte.

-En su primera remesa, Rusia manda prácticamente sólo fuerzas civiles -respondió él-. Las fuerzas armadas sólo tienen la orden de coordinarse, al menos por ahora.

Todos los implicados tenían claro que la cuestión ya no giraba en torno a los argumentos, sino al poder. El ministro del Interior mandaba sobre la policía, unidad competente en cuanto a investigaciones terroristas se refiere.

Desde el ataque a Estados Unidos, el ministro de Defensa cada día veía más cerca su oportunidad. Dirigente de una pequeña coalición, como responsable del ejército alemán cobraría mayor importancia en caso de enfrentarse a un conflicto armado. Por poner, se pondría incluso por encima del canciller. Michelsen estaba prácticamente convencida de que el tipo estaría dispuesto a provocar una guerra.

Alguien llamó a la puerta de la sala de reuniones. Un secretario del canciller la abrió, asomó la cabeza, se dirigió con pasos apresurados hasta el jefe de Gobierno y le susurró algo al oído.

El canciller se levantó despacio y dijo a los presentes:

-Deberían considerarlo.

Y abandonó la sala.

Los demás, sorprendidos, le siguieron. El canciller cruzó el perímetro de seguridad hasta uno de los pasillos desde los que podía observarse la calle.

Michelsen se estremeció ante semejante visión; una lacerante piel de gallina le recorrió la espalda hasta la nuca, y más arriba, hasta el punto más alto de su cabeza.

-Les comprendo -le dijo a la mujer que tenía al lado y que, como ella misma y como tantos otros, miraba embobada a la muchedumbre que se concentraba un par de pisos por debajo de ellos, ante el Ministerio de Interior. Debían de

ser millares. Gritaban consignas que Michelsen, tras los gruesos cristales, no podía oír. Sólo veía las bocas abiertas, los puños agitados y las pancartas.

¡Tenemos hambre!

¡Tenemos de frío!

¡Necesitamos agua!

¡Necesitamos calefacción!

¡Queremos luz!

Modestos deseos, pensó Michelsen. Pero cada vez más difíciles de satisfacer. Era consciente de la imagen que los de arriba estaban dando a los de abajo: directivos sin abrigo, sólo con jerséis gruesos y bufandas, que aparecían tras los cristales de un edificio iluminado y con calefacción, y que miraban hacia abajo, desde su fortaleza, al pueblo que se moría de frío.

La multitud se agitaba de un lado a otro, un mar de cabezas que periódicamente se acercaban al edificio, y luego retrocedían un poco, para acercarse de nuevo a él. Michelsen sabía que las puertas de abajo estaban cerradas y custodiadas por la policía, y sintió un alivio superlativo.

-Debo volver al trabajo -dijo, y se dio la vuelta.

En aquel momento, un ruido sordo hizo que volviera a darse la vuelta. Sus compañeros de trabajo habían retrocedido y miraban horrorizados por la ventana. Un objeto golpeó de nuevo un cristal, provocando una grieta que se extendió en forma de telaraña. Era una piedra. Luego volaron muchas más, hasta que se agrietó una segunda ventana. Aunque el cristal de seguridad era lo suficientemente resistente, todos retrocedieron hasta el pasillo, y se pusieron de camino a las dependencias del gabinete de crisis, que estaban protegidas con puertas especiales que tenían códigos de seguridad. Sólo unos pocos decidieron quedarse fuera.

Exactamente por eso estoy aquí, pensó Michelsen: para impedir que suceda algo así. La sensación de fracaso le recorrió todos los miembros del cuerpo, los dientes le rechinaron como si tuviera escalofríos, se apoyó en la pared y miró las piedras que se habían estampado contra el cristal.

Parecía que el ataque había acabado. Cinco de las dieciséis ventanas del pasillo habían quedado dañadas.

-Que vengan los rusos -oyó decir el canciller al ministro de Asuntos Exteriores.

Con mucho cuidado, Michelsen se aventuró a asomarse de nuevo por la ventana. Delante del edificio, la calle estaba anhegada de humo. ¿Fuego o gas lacrimógeno?, se preguntó.

Cerca de Düren

-¿Y ustedes? -preguntó Shannon al copiloto-. ¿Qué hacen aquí en la carretera?

-Carsten trabaja para una gran empresa de alimentación -contestó Eberhart-. Se dedica a proveer de comestibles a las sucursales.

Ante la idea de comida, el estómago de Shannon dio un brinco.

-Usted habla bien el inglés.

-Lo estaba estudiando en la universidad -aclaró Eberhart-. Hacía filología, ¿sabe usted? Pero ahora trabajo como asistente de emergencia.

-¿Y qué obtiene a cambio?

-La comida que sobre al final del día y aún se pueda aprovechar. Conservas, harina, pasta. En todos los lugares en los que hemos parado durante nuestro recorrido hemos visto que ciertas sucursales han sido convertidas en centros de distribución, por lo general desde la misma administración local. Allí repartimos cantidades preestablecidas, directamente desde el camión. Es un buen trabajo, aunque sé que no puede durar demasiado. -Miró pensativo desde la ventana.

-¿Por qué?

-Porque nuestro almacén está prácticamente vacío. Éste será uno de nuestros últimos viajes. A partir de ahora tendremos que ser muy estrictos con las raciones y el reparto.

Shannon dudó unos instantes antes de formular la siguiente pregunta:

-Ustedes transportan alimentos, ¿verdad? Pues nosotros no hemos comido nada desde ayer por la mañana... -Como ninguno de los dos reaccionaba, añadió-: ...y aún me queda algo de dinero.

Eberhart la miró con extrañeza.

-¿Todavía tiene dinero?

A Shannon le sobrevino una sensación desagradable que no calmaba en absoluto su afligido estómago.

-Poco -se apresuró a apuntar-. Pero lo suficiente como para comprarles algo. Pensé que podría...

Eberhart se rascó la barba.

-No estamos autorizados. Son las leyes del estado de emergencia. Debemos repartir gratis la mercancía, que está estrictamente racionada.

La miró muy fijamente a los ojos, como si estuviera esperando una oferta.

-Un paquete pequeño -insistió Shannon-, para mi compañero y para mí. Ya ven cómo se encuentra.

Eberhart echó un vistazo a Manzano, que ni siquiera era capaz de reaccionar, y Shannon rebuscó en su bolsillo.

-Aquí tengo cincuenta euros. Con esto seguro que tendría para un paquete, ¿no? Bien pagado.

-Cien -dijo Eberhart, haciendo ademán de coger el billete, pero Shannon lo retiró.

Eberhart se centró de nuevo en la carretera, como si nada hubiera pasado. Condujeron así un minuto, durante el cual los ácidos gástricos de Shannon parecían haber enloquecido y esparcirse por toda su cavidad estomacal.

Finalmente, cedió:

-Sesenta -dijo.

-Ahora son ciento veinte.

Shannon lo maldijo en silencio. Lo siguiente era echarla del vehículo.

-Ochenta.

-Esta mañana he desayunado bastante. -Eberhart mantenía la mirada clavada en la carretera-. Pronto almorzaré como es debido. Si usted también quiere hacerlo, ciento cincuenta.

-Ya no me queda tanto dinero.

-Quien no tiene dinero para negociar, no debería empezar a hacerlo.

¡Mierda! ¡Maldito bastardo!

-De acuerdo. Cien. Más es imposible.

Shannon sintió que estaba a punto de llorar de rabia.

Eberhart le hizo una seña a Carsten. El vehículo fue reduciendo paulatinamente la velocidad, hasta que se detuvo.

Eberhart se dirigió a Shannon, y le tendió la mano abierta.

-Primero la comida -exigió Shannon.

Eberhart bajó y regresó con un paquete.

Rechinando de dientes lo intercambió por sus cien euros.

Lo abrió bruscamente, encontró una barra de pan envuelta en plástico, dos latas de conservas con judías y maíz, una botella de agua mineral, un tubo de leche condensada, un paquete de harina y uno con pasta. ¡Genial! Había pagado cien euros por unos paquetes de harina y pasta, que sin horno, o al menos sin fuego, no iba a poder cocinar. Sacó el pan del envoltorio a toda prisa, rompió un pedazo, se lo dio a Manzano, cogió otro pedazo y se lo zampó con voracidad. A su lado, Manzano comía con la misma avidez. Se untó un poco de leche condensada sobre el pan.

Eberhart y Carsten, en la cabina, se reían a carcajadas.

Pero a ella no le importó.

-Hemos revisado alrededor de un treinta por ciento de los códigos que a nuestro parecer deben tenerse en cuenta -informó Dienhof-, y hasta el momento, todo parece correcto.

-Todavía queda el setenta por ciento. ¿Por qué van tan lentos? -preguntó Hartlandt.

Dienhof se encogió de hombros.

-¿Y qué esperaba? Tenemos que examinar las cifras de los códigos una a una y comprender la lógica del programador que se esconde detrás. En circunstancias normales ya es sumamente complicado, así que imagínese ahora.

Hartlandt dio por terminada la reunión, y trasladó la central de operaciones de su equipo a la habitación anexa.

Su colaboradora estaba hablando por radio. Al ver a Hartlandt finalizó la conversación y colgó.

-Era Berlín. Les he enviado algo que a su vez deben hacer llegar a la Europol y a los demás. Mire.

En su ordenador se abrió una imagen.

-Son datos reconstruidos de los antiguos discos duros y ordenadores que encontramos en casa de Dragenau. Resulta que éste no era demasiado meticuloso, o bien que le daba igual lo que encontráramos.

En la imagen, un retrato de un grupo congregaba al menos sesenta personas de todas las nacionalidades ante una ciudad que Hartlandt no supo identificar. Las caras eran difícilmente reconocibles.

«Shangai 2005», ponía como título, en la barra de la ventana. Ahora sí; ahora ya lo veía.

-En 2005 Dragenau participó en una conferencia de seguridad informática en Shangai. Ya he pedido al departamento de personal de Talaefer que me entreguen todos los documentos que tengan sobre este viaje, suponiendo que exista alguno, porque igual se trataba de un viaje privado de Dragenau. La foto debió de ser tomada en algún momento de la conferencia. Aquí está Dragenau. Y aquí arriba hay alguien a quien quizá también conozcamos.

Amplió la imagen hasta hacer visible la cara. Un hombre joven, de buen semblante, con la tez bronceada y el cabello negro sonreía a la cámara.

-Se parece muchísimo a... -Abrió otra imagen.

Hartlandt reconoció una de las imágenes fantasma que habían sido tomadas por los presuntos saboteadores de contadores inteligentes.

Ella la colocó al lado de la cara de Dragenau en la foto en Shangai.

-Hay cinco años de diferencia entre una y otra. El cabello es más corto ahora, pero...

-Que Berlín, la Europol, la Interpol y todos los demás organismos sean

informados inmediatamente. Ya veremos de quién se trata y si sabemos algo de él.

«Todos los demás organismos» eran los servicios secretos de inteligencia de los países afectados, con los que debían contar sin lugar a dudas en la situación actual.

Más allá de Düren

-¿Qué, satisfecha? -preguntó Eberhart.

Shannon estaba indignada por el modo en que aquel sinvergüenza se había aprovechado de su situación, pero todavía los necesitaba, a él y a su camión, para seguir adelante, de modo que se tragó el orgullo y sonrió.

-¿Dónde estamos exactamente? -preguntó.

Eberhart sacó de la guantera una guía hecha trizas, la hojeó hasta encontrar la página, y le señaló una red de carreteras con muchas y pequeñas localidades. En el margen del mapa, Shannon reconoció algunas ciudades más grandes. Düsseldorf, Colonia, Aquisgrán.

-¿Cuál es su ruta?

-Recorremos pueblos y ciudades pequeñas -aclaró Eberhart, haciendo circular las yemas de sus dedos sobre el mapa, sin tocar una sola ciudad.

- ¿Cuál es la ciudad más grande que tienen como destino?

-Nuestra estación final es Aquisgrán.

-¿Y nos llevarían hasta allí?

-Eso depende de si pueden pagar el viaje.

Otra vez no, pensó Shannon. Hizo chirriar los dientes y respiró hondo.

-Ya le dije que no me queda nada.

-Lástima. Entonces los dejamos en el siguiente pueblo. Llegaremos enseguida.

De hecho, las primeras casas aisladas bordeaban ya la carretera.

-Dentro de nada esto estará fatal -anunció Eberhart, lacónico.

Más adelante, la carretera se ensanchaba hasta llegar a una plaza en la que había un supermercado. Ante él se apiñaban cientos de personas.

-De acuerdo -dijo ella, en seguida-. ¿Cuánto quiere hasta Aquisgrán? Aún me quedan setenta.

-Seguro que tiene más.

-No -replicó Shannon, con firmeza. Es todo cuanto tengo. Se lo puede quedar. Si nos lleva hasta Aquisgrán. Si no, se lo quedará otro.

El camión se acercó a la multitud.

Eberhart intercambió un par de palabras con Carsten; después se dio la vuelta hacia ellos, de nuevo.

-Está bien, espérense aquí. Esto durará una hora más o menos.

Manzano estaba apoyado a su lado, sudando, con los ojos cerrados. Aunque había tomado los medicamentos del hospital, parecía que no le hacían efecto.

-Mientras tanto, ¿podemos buscar algún médico para mi compañero? -preguntó Shannon.

-Pueden intentarlo. Pero nos iremos en una hora. En la plaza no podrán subir al camión, enseguida verán por qué. Los esperamos en el siguiente cruce, pasada la plaza.

Carsten se abrió paso lentamente a través de la multitud y se detuvo en medio de la plaza. Shannon descubrió entonces, en medio del tumulto, tres carruajes en los que alguien vendía algo. Patatas.

Carsten y Eberhart no bajaron. Algunos de los que esperaban en la plaza ya habían empezado a subirse a los estribos y al parachoques. Preocupada, Shannon observó que cada vez había más caras mirándolos, todos con la boca abierta; todos gritando.

-Hace días que están así -aseguró Eberhart-. Pero aún debemos esperar.

En pocos minutos las caras desaparecieron, y en su lugar apareció una nueva. Llevaba una gorra de policía. Shannon sintió que la sangre le golpeaba en las sienes.

Carsten y Eberhart abrieron las puertas.

-Deben salir de ahí, si quieren ver un médico -dijo Eberhart.

Shannon ayudó a Manzano a bajar. El policía no les dedicó la más mínima atención. Eberhart cerró las puertas tras ellos.

-Una hora -le gritó Eberhart, y señaló su reloj.

Shannon asintió con la cabeza y arrastró a Manzano a través del gentío. En inglés preguntó por un médico a todos aquellos que fueron cruzándose en su camino, pero nadie les dio respuesta alguna, al menos hasta llegar a un extremo de la plaza, donde por fin les dieron una primera indicación.

La consulta del médico estaba a tan sólo cinco minutos. Todavía tenían tres cuartos de hora antes de partir.

Centro de mando

De modo que habían encontrado los cadáveres de los alemanes en Bali, y ahora buscarían mucho más a consciencia en Talaefer S. A. Bueno, que buscaran. Podían pasarse allí mucho tiempo. Nadie podría analizar millones y millones de líneas de código de décadas pasadas en un par de días, ni aunque toda la Oficina Federal de Investigación Criminal se hubiera puesto a ello. ¡Vamos! ¡Si ni siquiera habían podido detener a un simple hacker!

No pudo evitar pensar en sí mismo unos días antes, cuando estaba de visita en el país de este tal Manzano: tras manipular los contadores inteligentes, se había ido a Bari y había cogido unos de los últimos ferris. Algo parecido habían hecho los otros dos. El equipo sueco se había escapado en coche a Rusia, pasando por Finlandia, y desde allí había cogido un vuelo para reunirse con él, apenas tres días después.

Las discusiones internas sobre la situación en Saint Laurent habían cesado, igual que aquellas otras sobre las centrales nucleares y las fábricas químicas a ambos lados del Atlántico. Ellos no habían atacado sus sistemas informáticos, y por lo tanto no tenían que sentirse responsables de sus accidentes. Quienes sí debían hacerlo, sin duda, eran los explotadores de dichas centrales y sus deficientes sistemas de emergencia. Incluso los más escépticos debían aceptar este argumento durante sus tertulias: que, cuando todo hubiera acabado, la población no volvería a permitir que las empresas y políticos desatendieran sus obligaciones con excusas y mentiras. Sí, en cuanto se hubieran acostumbrado a las nuevas condiciones, los responsables asumirían su responsabilidad. Y las cosas empezarían a cambiar de verdad.

Langerwehe

En una casa con entramado de madera, a un par de calles del centro de distribución de alimentos, Shannon encontró lo que buscaba. En el pasillo ya había gente apoyada en las paredes o sentada en el suelo. Shannon se abrió paso a la fuerza, llevando a Manzano mientras repetía «*sorry, sorry*», sólo para encontrar una sala de espera más llena si cabe, con el aire asfixiante y viciado.

Una vez más, los problemas de lenguaje. Por fin, un señor mayor con sombrero y abrigo le dio la información que necesitaba: que todos esperaban allí, algunos incluso desde hacía horas; que a ella le tocaba hacer cola en el pasillo; que él mismo había estado ayer allí, esperando, pero que no había tenido tiempo para que le llegara el turno. Y que no, que él no sabía hasta qué hora recibiría el médico hoy.

Estaba claro que aquella no era una opción. No podían esperar tanto tiempo. Manzano necesitaba asistencia *ya*.

Shannon preguntó al hombre si sabía dónde encontrar provisiones.

-¿Cree usted que en ese caso yo seguiría aquí? -le preguntó él, a su vez.

Una niña empezó a bramar de dolor; otros que esperaban se dieron la vuelta hacia él, ya enervados, ya compasivos. La madre la cogió en brazos, le susurró una canción al oído para que se calmara, pero ésta gritó aún con más fuerza. Shannon se dio cuenta de que aquellos gritos la ponían de los nervios.

-¿Conoce usted a alguien que me pueda ayudar?

-Quizá la policía, o alguien del ayuntamiento. Está a dos calles.

El ayuntamiento, pintado de amarillo y rojo y con mucho cristal, tenía una ecléctica mezcla de estilos. En su interior se toparon con una nueva y generosa cola. Gruesos abrigos de invierno, gorros, bufandas, guantes, zapatos de invierno o botas. La primera persona a la que se dirigió no supo contestarle en inglés, pero la segunda sí lo hizo, y en un inglés más que aceptable:

-Por varias razones -le dijo-, aunque la principal es para conseguir cartillas de racionamiento.

-¿Cartillas de racionamiento?

-Sin ellas no te dan nada en el reparto.

-¿Y dónde se consiguen? ¿Quién puede darme una? ¿Qué tengo que hacer?

La mujer la miró, extrañada.

-Pues esperar aquí, supongo. La funcionaria hace un garabato en un papel, marcando a qué tienes derecho, y lo sella.

-¿Tardan mucho en atender?

La mujer se encogió de hombros. Y tampoco supo responderle a la pregunta sobre cuáles eran las zonas en las que aún había corriente. No tenían otro remedio que seguir adelante con Eberhart y Carsten.

Salieron del ayuntamiento sin haber logrado nada y llegaron en un par de

minutos al lugar de encuentro. Desde lejos, Shannon observó cómo el camión se desplazaba, un par de personas se aferraban a él, pero cayeron a la carretera cuando el vehículo aceleró.

Eberhart había calculado bien la distancia hasta el lugar. Cuando el camión se paró ante Shannon y Manzano, la gente de la plaza ya no podía alcanzarlos.

-¡Arriba! -ordenó Eberhart, nervioso.

Shannon y Manzano aún no se habían sentado del todo cuando Carsten apretó el acelerador.

Orléans

Annete Doreuil se arreglaba el cabello ante un espejo lleno de manchas. Contuvo la respiración cuando otra bocanada de aire procedente del retrete le llegó hasta la nariz. Rápidamente se pasó la mano por el pelo, siguiendo la trayectoria del peine, hasta que, de repente, descubrió un mechón entre sus dedos. Asustada, olvidó el mal olor y cogió aire. Sacudió la fina mecha en el lavabo. Se tocó de nuevo el pelo, y tiró de él con suavidad. Volvieron a quedarle mechones grises en la mano. Bueno, siempre se pierde algo de pelo, pensó ella, yo lo he hecho toda mi vida. Ya volverá a crecer... Sin embargo, al mismo tiempo le vinieron a la mente imágenes de una película de los años ochenta que denunciaba la guerra nuclear. En ella, los protagonistas empezaron a perder el pelo a los pocos días de haber sido contaminados por las bombas. Unas semanas más tarde, tods los personajes sufrieron una muerte muy dolorosa. Sintió que su tez palidecía.

A su izquierda, una mujer de su edad se lavaba los brazos con una manopla; a su derecha, una mujer joven lavaba a un bebé en un lavabo.

Doreuil deslizó temblorosa la mano una vez más por su pelo. Esta vez no le cayó nada. Tampoco se había atrevido a tirar de él. Abandonó rápidamente la zona húmeda comunitaria. Las baldosas del suelo estaban tan sucias que aunque llevara zapatos apenas quería pisarlo.

El aire, grasiento y frío, reposaba en el ancho pasillo que rodeaba el recinto, y la luz de algunos neones ardía desde el techo. Durante todo el día, una mezcla de susurros, parloteos, ronquidos, llantos e improperios había llenado la sala, reservada normalmente a deportistas y público. Ahora los ruidos atravesaban incluso las grandes puertas del vestíbulo llegando hasta el pasillo.

Doreuil fue hacia la entrada en la que los ayudantes emplazaban a los recién llegados, repartían alimentos y mantas, y respondían a sus preguntas. Un hombre uniformado, que quizá tuviera la edad de su hija, clasificaba latas de conserva.

-Disculpe -dijo Doreuil.

Él interrumpió su tarea y la miró con un semblante cándido.

-Vinimos ayer desde cerca de Saint Laurent -prosiguió ella, pero notó su voz muy ronca y tuvo que carraspear.

-¿Cuándo nos examinarán?

El hombre puso los brazos en jarras.

-No se preocupe, señora -replicó-. No van a hacerlo.

-Pero ¿no deberían examinarnos?

-No, señora. Esta evacuación es sólo de una medida preventiva.

-Después de la desgracia de Japón en 2011 enseñaron por televisión cómo se analizaba a la gente con unos aparatos...

-Aquí no estamos en Japón.

-Quiero que me examinen -exigió Doreuil. Su voz sonó extraña y penetrante.

-Mire, ahora mismo no tenemos ni aparatos ni gente que pueda utilizarlos. Pero, como le he dicho, no debe tener miedo. En Saint Laurent no hay nada...

-¿Cómo que no debo tener miedo? ¡Pues sí lo tengo! ¡Tengo mucho miedo! -gritó ella-. ¿Por qué nos han evacuado, entonces, si no van a hacernos nada?

-Ya se lo dije -replicó el hombre, bastante más brusco-. Por prevención. -Y dicho aquello se dio la vuelta y siguió ocupándose de sus latas de conserva.

Annette Doreuil sintió cómo su cuerpo temblaba, y la cara le ardía. Sus ojos se anegaron en lágrimas. Cerró los párpados para hacerlas caer.

Cerca de Aquisgrán

Eberhart y Carsten repartieron alimentos en dos pueblos más. Mientras tanto, Manzano y Shannon se habían quedado sentados en el camión. A Shannon le daba la sensación de que a él ya no le ardía tanto la frente. Quizá los medicamentos del hospital surtían efecto poco a poco.

En el cielo ya se adivinaba el atardecer. Se encontraban cerca de Aquisgrán, en una zona poco edificada, llena de campos y bosques, cuando Carsten frenó de golpe y Shannon se clavó el cinturón de seguridad. Cuando se hubo incorporado de nuevo, descubrió un árbol atravesado en medio de la carretera.

Las puertas de la cabina se abrieron a toda velocidad y se oyó gritar a unos hombres. Primero vio sus fusiles; luego, sus cabezas cubiertas con bufandas, gorros y cuellos muy altos.

-¡Abajo! -gritaron los encapuchados, y empezaron a trepar a la cabina. Carsten quiso poner la marcha atrás, cuando uno que iba armado le pegó en la mano con el fusil, y otro le apuntó la cabeza con el cañón de la pistola. Lanzando un grito de dolor, Carsten soltó la palanca de cambio y levantó las manos. Los hombres tiraron de él; casi se había caído del camión. Consiguió mantenerse de pie, bajó enseguida, y Eberhart hizo lo propio por el otro lado. Shannon escuchó golpes secos y gritos que venían de fuera. Se apretó contra el respaldo y levantó instintivamente las manos. Los hombres abrieron la parte de atrás del camión y los apuntaron también con sus armas, mientras gesticulaban y gritaban. Shannon desabrochó el cinturón de Manzano, y lo ayudó a incorporarse al máximo para que pudiera bajar solo del camión. Se echó a la espalda su bolsa, con el portátil de Manzano dentro. Un hombre tiró del italiano hacia fuera y quiso empujarlo del camión. Shannon cogió a Manzano y se puso por delante, chilló «*Easy, easy*!». Manzano se apoyó sobre sus hombros. Con la ayuda de ella sí podría bajar sin darse de bruces contra el asfalto. En el arcén, Eberhart y Carsten se retorcían en el suelo. Uno se cubría la cabeza; el otro, la entrepierna.

Uno de los encapuchados se sentó en el asiento del conductor, dos se metieron en la parte de atrás, y un tercero se sentó en el asiento del copiloto. Cerraron las puertas tras ellos, de un golpe, y, después de dar marcha atrás y dar la vuelta en un cruce del camino, se alejó en la dirección por la que habían llegado.

Primero chantajeados por Eberhart y después asaltados por unos desconocidos. Fantástico. Eso era lo que pasaba cuando el Estado perdía el control y ya no podía ofrecer ayuda o protección a sus ciudadanos. Tuvo que pensar en antiguos compañeros de colegio, que entonces se entusiasmaban con los radicales detractores del Estado del Tea Party. Se preguntaba si en su país las cosas estarían igual. Era de suponer que sí. Maldita sea, pensó, de verdad nos estamos transformando en unos primitivos.

-¡Hijos de puta! -gritó Eberhart al camión, mientras éste se esfumaba tras una nube de humo hasta desparecer.

Mira quién habla, pensó Shannon.

Mientras tanto, Eberhart se había incorporado, aunque seguía gimiendo.

Shannon no le compadecía. Le pareció que se había ganado una paliza por el chantaje. Sin embargo, le preguntó:

-¿Estás bien?

-¡El camión estaba vacío! -jadeó él.

Carsten también se sentó.

-¿Cuánto falta hasta Aquisgrán?, -preguntó Shannon.

Eberhart señaló a lo largo de la carretera.

-Cuatro kilómetros tal vez.

-¿Crees que puedes andar? -preguntó Shannon a Manzano.

-Tengo que hacerlo -contestó él.

Shannon se puso la bolsa a la espalda, sosteniendo a Manzano.

-¡Eh! -les gritó Eberhart. -¡Nuestros setenta euros!

-No nos habéis llevado hasta Aquisgrán como habíamos acordado -contestó Shannon, sin detenerse. Vio que Eberhart hacía un esfuerzo por incoporarse y empezar a perseguirlos, pero a los pocos pasos se detuvo y renunció. Ella se concentró en la carretera, y ayudó a seguir avanzando a Manzano.

-*On the road again* -suspiró él.

La Haya

-Lo siento -dijo Ruiz-, no podemos ofrecer una atención especial a los trabajadores de la Europol.

Bollard se pasó la mano por la barbilla, notando la barba que cada vez le crecía más densa. Hacía días que había dejado de afeitarse para ahorrar agua, como la mayoría de sus colegas.

-De hecho, tal como están las noticias me pregunto si volverán a darnos algo alguna vez...

Todo estaba mal. La comunicación con el extranjero era cada vez peor. En la mayoría de empresas y organizaciones se pasaban horas sin poder contactar con nadie, y la misión de la Europol, que debía coordinar todas las investigaciones, era de una dificultad extrema. No había vuelto a oír nada de Saint Laurent desde el día anterior. Lo último que había llegado a sus oídos era que los habitantes de la zona habían sido evacuados, y que la radiactividad en París, por lo visto, se había estabilizado. Pero Bollard no sabía cuánta verdad había en lo que decían los franceses. En su país, la energía atómica había esquivado hasta la fecha cualquier tipo de crítica, pues estaba perfectamente ligada a la industria y a la política, y su influencia en la sociedad era incuestionable. Aun así, si los datos de la OIEA de Viena eran ciertos, la situación en el resto de centrales no había empeorado. Pero los datos eran del día anterior... El mayor problema, ahora, era que muchas de esas centrales habían empezado a advertir que les faltaba carburante. Bollard se preguntó cuánto tiempo más iban a poder sostener aquella situación. ¿Acaso los operadores y gobiernos no podían mover sus hilos para pedir ayuda y conseguir más carburante? Claro, seguro que todos luchaban con los mismos problemas que ellos: sistemas de comunicación interrumpidos, falta de visión general, escasez de recursos, pérdida de camiones cisterna, ausencia de conductores...

Las noticias llegaban siempre tarde y mal, incluso las que venían de la policía. Sobre el asesinato de Dragenau, por ejemplo, las autoridades no habían dicho aún nada nuevo. Nadie había hablado del arma ni del autor, ni había aportado testimonios. Y del asunto de los contadores inteligentes en Italia y Suecia tampoco tenían la menor novedad.

Bollard estaba pensativo, observando el mapa de Europa que pendía de la pared, cuando alguien carraspeó a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio al belga de los servicios informáticos, quieto bajo el umbral de la puerta. Sin decir nada, Bollard le hizo una señal para que se acercara. Al llegar hasta él, el hombre se apoyó en una pared y hundió las manos en los bolsillos.

-Tenemos un problema -dijo en voz baja.

Aquisgrán

Las calles oscuras estaban prácticamente desiertas. La basura se acumulaba en todas las esquinas, y apestaba. Shannon y Manzano siguieron las indicaciones de tráfico hasta que fueron a parar a un edificio alto y de piedra gris.

-La estación -dijo ella.

Las puertas parecían cerradas; Shannon intentó girar el pomo, pero fue en vano.

-Aquí no hay nada -dijo.

-Bollard aseguró que los trenes seguían funcionando -afirmó Manzano-, porque los trenes cuentan con su propia red eléctrica, que está mucho menos afectada.

-Pues entonces, ¿por qué la estación está cerrada?

-Quizá porque la estación, al contrario que los trenes, sí depende de la red eléctrica tradicional.

-Aquí hay un horario de trenes -dijo Shannon, inclinándose para ver mejor en la oscuridad. Encendió una cerilla y continuó-: Aquí pone que sólo se tarda una hora en llegar a Bruselas. -Miró su reloj-. No nos queda más opción que esperar a ver si mañana llega algún tipo de transporte que nos conduzca hasta allá. Ahora son las ocho y media. Necesitamos un lugar para pasar la noche. ¿Crees que nos dejarán meternos en alguno de los pabellones de acogida?

-No lo sé, pero en cualquier caso no tenemos ni idea de dónde están.

Anduvieron por las calles y no tardaron en encontrar un hotel . Las ventanas estaban oscuras. Llamaron a la puerta. Esperaron. Llamaron de nuevo. Como nadie les contestó, dieron la vuelta al edificio y direron unos golpecitos con la mano en una de las ventanas, a través de las cuales se veían unas cortinas amarillentas y corridas. La chica lanzó a Manzano una mirada conspiradora y le dijo:

-Si no hay nadie... ¿Qué te parece si...?

Shannon apoyó las manos en el cristal y puso la cara en medio, para poder ver lo que había ahí dentro.

-¿Se puede saber qué está buscando? -dijo una voz malhumorada a sus espaldas.

Eran tres hombres. Shannon y Manzano no los habían oído llegar. Uno llevaba un bate de béisbol, el otro una vara de hierro y el tercero un rifle colgado del hombro y cruzado sobre su pecho, apuntando hacia delante. Uno era igual de alto que Manzano; los otros dos, algo más bajos. Al del medio, el abrigo que llevaba le hacía parecer más gordo de lo que era en realidad. En su manga derecha se veían varias rayas naranjas sobre las que había escrito algo de lo que Shannon sólo pudo leer las últimas letras:

... rheits

... ife

-*Do you speak English*? -preguntó.

-*A Little* -respondió el del rifle.

-*We are journalists* -dijo ella, hablando despacio para que el hombre pudiera entenderla-. *We are looking for a place to stay overnight.*

Los tres hombres se miraron con desconfianza.

-Periodistas... -repitió-. Ah... -Se pasó una mano por la mejilla-. Noche... dormir...

El tipo estaba diciendo en voz alta lo que había entendido. Se suponía que quería ayudar a los otros, pero estaba claro que ellos habían entendido lo mismo que él. Señaló la cabeza de Manzano.

-*What happened*?

-*Accident* -respondió Shannon-. *What is this*?

-*We security* -dijo el hombre, con una mezcla de seriedad y orgullo-. *Guards* -añadió, mirando a sus compañeros.

-*Ah, very good*! -exclamó Shannon, fingiéndose impresionada.

Una patrulla auto-electa, se dijo. Tipos peligrosos, como los de mi barrio cuando era niña. Paranoicos de las armas y obsesionados con su propia justicia, encantados de que alguien les tenga miedo. Tendría que irse con cuidado...

-*You know a place for us to stay*?

Antes de que el tipo tuviera que admitir que no había entendido una sola palabra de lo que ella decía, Shannon interpretó su cara de asombro y repitió, más despacio y acompañándose de gestos:

-*Do you know a place where we can sleep*?

El hombre, dándoselas ahora de entendido, tradujo la frase a sus acompañantes, y luego añadió algo que ella no entendió y que hizo reír obscenamente a los otros dos.

-Vámonos -le dijo Manzano.

-*Maybe there is an emergency shelter around*? -insistió ella-. *Or a pólice station*? -Se frotó las manos mientras buscaba la palabra adecuada-. ¿Policía? -dijo al fin, en alemán.

La palabra frenó la hilaridad de los tres hombres.

-Policía... -dijo uno de ellos.

-*Yes. Or a place... you know... where people sleep... who can not sleep in their houses...*

El hombre se quedó mirando a Shannon como si al hacerlo fuera a desvelarse el contenido de sus palabras, y parece que funcionó, porque al final se le iluminó la cara y dijo:

-¡Ah! ¡El dormitorio social! -Y añadió-: *It's completely full. Yu must find a diferent place*

Berlín

Michelsen estaba estudiando unas estadísticas sobre las reservas alimenticias del país cuando alguien le susurró al oído:

-A la sala de reuniones. Todos. ¡Ya!

Desde que empezó el apagón, todas las noticias le habían sido comunicadas de viva voz, ya fuera por alguien presente en la misma sala que ella en los medios.

Pero en esta ocasión fue diferente. En esta ocasión había un tipo que iba de mesa en mesa, susurrando al oído de todos los presentes las mismas cinco palabras. Era como si quisieran mantenerlo en secreto. Como si en aquel sitio protegido, su refugio, el único lugar en el que Michelsen aún creía reconocer algo de esperanza, algo de fe en el porvenir, hubiera un misterio que debiera mantenerse bajo control. En este sentido, es susurro de las palabras parecía la primera grieta que se llenaba de agua en el Titanic.

Michelsen se levantó como una autómata y obedeció la indicación. De camino hacia la sala de operaciones, nadie se atrevió a decir una sola palabra.

Una vez allí, vieron que no quedaba ni un solo asiento libre en la enorme mesa de la sala. A la cabeza, el canciller y la mitad de los miembros de su gabinete. Ninguno de ellos llevaba ya americana o corbata, y ninguno pronunció una sola palabra hasta que el de los susurros entró último en la sala y cerró la puerta detrás de él.

-Damas y caballeros -dijo el ministro del Interior-. El ataque ha alcanzado un nuevo nivel. Según nos han comunicado nuestros técnicos del departamento informático hace apenas unos minutos... Nuestros sistemas han estado todo este tiempo intervenidos por los agresores. Todavía no tenemos ni idea de cómo lo han conseguido ni de a qué han logrado tener acceso, pero hay algo de lo que no nos cabe la menor duda: nuestros ordenadores, todos ellos, han sido hackeados. Tenemos además la confirmación de la Europol de que los franceses, los británicos, los polacos y otros tres países más del continente están exactamente igual. Los demás aún no han podido revisar sus sistemas, pero partimos de la suposición de que todos estamos en el mismo saco. -Levantó las manos para llamar a la calma-. Para evitar malentendidos -continuó-, no estamos sugiriendo que ninguno de ustedes haya tenido o tenga contacto con nuestros atacantes. La incursión en los sistemas viene de lejos y tiene que haber estado preparándose minuciosamente durante años, del mismo modo que los ataques a la infraestructura eléctrica.

Volvió a bajar los brazos, carraspeó y continuó:

-Sea como fuere, los agresores no se han contentado con observar nuestras comunicaciones. No, ellos se han dedicado a manipularlas a conciencia, saboteando, dificultando o directamente imposibilitando nuestras actividades. Por desgracia, todo cuanto hemos hecho en los últimos tiempos ha sido -o ha

sido susceptible de ser- observado por ellos. Piensen que pueden haber leído cualquier correo, noticia, informe, y haber escuchado cualquier llamada o conversación que hayan mantenido en los últimos tiempos.

Michelsen, que hasta ese momento estuvo escuchándolo todo como si estuviera en trance, oyó un susurro en la otra punta de la sala.

-Sí, he dicho que también cualquier conversación -repitió el ministro, que por lo visto había entendido lo que se dijo en aquel susurro-. Sus ordenadores están dotados de cámaras y micrófonos que pueden activarse también a distancia con la ayudad de un software adecuado. De este modo puede verse y oírse todo lo que se desee. ¡Es como si los agresores hubieran estado todo este tiempo entre nosotros! Por ahora no tenemos noticias de si a los franceses, los polacos, la Europol, el CIMUE o a la OTAN les ha pasado lo mismo, pero a mí no me extrañaría nada que así fuera...

Tuvo que coger aire para tranquilizarse.

-Y por si eso fuera poco, también han podido intervenir en nuestras acciones. Quiero decir que han enviado datos e incluso han mantenido conversaciones. No nos queda más remedio, pues, que cambiar radicalmente nuestro modo de comunicarnos. En este mismo momento tenemos a un equipo de expertos estrategas trabajando en ello, pero, en cualquier caso, los agresores no deben saber nada de este descubrimiento. ¿Entienden lo que les digo? ¡Nadie hablará de este asunto fuera de esta sala! ¡No pueden despistarse ni un segundo! Por el momento, todos seguirán trabajando como si nada. Su trabajo seguirá siendo el mismo que siempre, con una única salvedad -y sé que me odiarán por ello, porque les supondrá un esfuerzo añadido-: cada vez que realicen un intercambio de información con un interlocutor externo, ya sea nacional o internacional, deberán confirmarlo inmediatamente con un proceso comunicativo paralelo. Dicho con otras palabras: cada vez que envíen datos a alguien o den una orden o lo que sea, ese alguien deberá llamar por radio para confirmar que los datos o la orden o lo que sea se han recibido y entendido, y tanto el emisor como el receptor deberán corroborar la validez de la comunicación. Lo realizaremos de este modo porque, según todos los indicios, el sistema de radio ha sido lo único que se ha salvado de ser intervenido por los agresores.

Miró a todos los allí presentes para asegurarse de que lo habían entendido.

-Esperamos poder darles más indicaciones en pocas horas. Hasta entonces... vuelvan, por favor, a su trabajo.

-Pero ¿no han podido realizar el trayecto inverso de los hackers para saber a qué servidor se envía todo? ¿No han podido dar aún con los agresores?

-Los primeros resultados de las investigaciones nos han llevado hasta un servidor de Tonga (Polinesia), en el que alguien pagó con una tarjeta de crédito robada. Una calle sin salida. Y los dos intentos posteriores no han tenido mejores resultados...

Alguien abrió la puerta de la sala para empezar a salir.

-¡Un momento! -dijo aún el ministro, y la puerta volvió a cerrarse

silenciosamente-. Supongo que han entendido perfectamente la importancia de mantener la más absoluta discreción en todo este asunto, ¿verdad? Quien puede espiar nuestras comunicaciones, también puede interrumpirlas a su gusto.

Aquisgrán

-¡Por Dios, qué frío! -dijo Shannon, estirada junto a Manzano, mientras buscaba otro jersey en su mochila-. Quiero que esto se acabe, por favor -gimió-. No puedo más. ¡Sólo quiero meterme en una cama calentita y darme una ducha caliente, o mejor un baño!

¿Y qué iba a decir él? Manzano estaba temblando de los pies a la cabeza, no sabía si por fiebre, frío o agotamiento, aunque quizá fuera por la suma de las tres cosas.

-Quiero comer algo caliente y quiero estar rodeada de gente civilizada -continuó Shannon-. Quiero...

Una voz gutural la interrumpió inesperadamente. Se trataba de un hombre que estaba en un estado casi tan patético como el suyo. Movía las manos de un lado a otro, excitado, y a Manzano le llamaron la atención sus largas uñas. A sus pies, varias bolsas y hatillos.

-*Sorry, I don't understand* -dijo Shannon.

-*Oh, yu dont anderstand* -dijo el tipo, imitándola burlonamente-. *Ok. Dis is mai pleis*!

-*Your place? Here*? -preguntó Shannon.

El hombre tenía la cara demacrada, pero la nariz hinchada y el labio superior le caía sorprendentemente sobre el inferior, que a su vez se apoyaba sobre su cerrada barba.

-*Fuck off*! -gritó él entonces-. *I sleep here*!

-*Nice place* -le respondió Shannon-. *You can keep it.*

-¡Me parece que no lo pillas, niña! -volvió a gritar, esta vez en alemán.

Ni Manzano ni, por supuesto, Shannon entendieron lo que había dicho, pero estaba claro que no era un cumplido. El hombre se tambaleó. ¿Estaba borracho?

-Ahora resulta que los extranjeros vienen a quitarnos hasta nuestras cabañas de las carreteras -chilló él, desmedido.

¿Qué había dicho?

Manzano hizo un esfuerzo por apelar a sus conocimientos de alemán para preguntar a aquel tipo dónde se hallaba el refugio social más cercano.

El vagabundo murmuró algo entre dientes y a continuación les describió el camino a un asilo y un refugio, en una mezcla imposible de alemán e inglés. Después extendió en el suelo un saco de dormir y se estiró en él a descansar.

-Vamos a buscar otro sitio -propuso Manzano.

Ratingen

-¿O sea que el maldito italiano tenía razón? -vociferó Hartlandt al teléfono-. ¿Hola? ¿Alguien nos está espiando? -Y luego, calmándose un poco, repitió la pregunta a su interlocutor-. ¿Es posible que esta conversación haya sido intervenida?

-Es muy poco probable -contestó una voz al otro lado de la radio, desde Berlín-. Para hacerlo tendrían que tener un dispositivo que no nos consta como robado o perdido, o bien tendrían que haberse colado en la Oficina Federal para la Seguridad de la Información -BSI-, que es donde se crean las claves digitales que utilizamos y...

-Bueno, tampoco sería tan extraño, teniendo en cuenta todos los sitios en los que ya se han colado -le interrumpió Hartlandt-. Pero, por favor, al grano.

-Resulta que toda la información que teníamos inicialmente sobre los incendios y los postes eléctricos y demás es correcta.

-¿Lo de la ruta desde Schleswig Holstein a Cloppenburg pasando por Güstrow?

-Ahora hay uno más. Un poste caído en Braunschweig.

-¿Las presuntas correcciones en la causa de las alarmas fueron creadas a propósito?

-Eso parece, sí.

-O sea que están yendo hacia el este. Bueno, ¿y de qué nos sirve saberlo? Difícilmente podremos ponernos a vigilar todos los postes de Alemania, ¿no le parece? Aunque... ¿y si plantamos a alguien cerca de cada torre de alta tensión que se encuentre en el camino que potencialmente estarían siguiendo los agresores?

Berlín

-Pero para eso necesitamos a cientos de personas -exclamó Michelsen-, y las necesitamos suministrando alimentos a la gente, asegurando el orden público, vigilando...

-Nosotros estamos de acuerdo -la interrumpió el general de la OTAN.

En principio, el ejército seguía aportando sólo medidas de protección y apoyo a la sociedad civil en el marco de una situación de emergencia, pero lo cierto es que desde el atentado en Estados Unidos la intensidad de sus intervenciones se había alterado significativamente. Y ahora sólo faltaba el tema de las escuchas. Muchos de los analistas consideraban que en todo el mundo sólo había una nación capaz de llevar a cabo un ataque semejante: China. Y eso ya eran palabras mayores, y para eso no había que contar con la policía, sino con el ejército federal. Pero todo seguían siendo meras suposiciones. Había que esperar.

-Pero ¿cómo quieren que pillemos a esos locos, si no? -preguntó el ministro de Defensa, que también estaba conmocionado con el nuevo descubrimiento-. Esos supuestos comandos nómadas son la única pista que tenemos.

-Estamos especulando -dijo el oficial de relaciones públicas de la Oficina Criminal Federal-. Nuestros especialistas en terrorismo opinan que unos equipos de este tipo, suponiendo que existieran, no incluirían en ningún caso a las cabezas pensantes del atentado a las redes eléctricas -y por tanto a toda Europa-, sino que estarían formados por simples soldados rasos que ni siquiera conocerían la identidad de quienes los hubieran contratado.

-Entiendo que esto debe de ser así cuando se observa desde el punto de vista del terrorismo -dijo el ministro de Defensa-, pero... ¿y cuándo se trata del ataque de un ejército extranjero?

-Vamos, usted es un estratega militar -dijo Michelsen-. ¿No cree que un poder enemigo enviaría también soldados rasos para quedar lo más impune posible en caso de que los descubrieran?

El ministro de Defensa lanzó una mirada de socorro al general, pero éste no salió en su ayuda.

-Lo cierto es -dijo el canciller, cambiando el tono de la discusión-, que los atentados han sido llevados a cabo con una profesionalidad y una coherencia incuestionables y que no dejan lugar a dudas: sea quien sea nuestro atacante... no va a detenerse ante nada. Seguirán cayendo postes y sucediéndose incendios. Aumentarán los daños. Seguirán sembrando el terror. Y nosotros debemos aprovechar cualquier oportunidad que se nos brinde para detenerlos o, cuando menos, para localizarlos. El objetivo es detener toda esta tragedia, más allá de descubrir quién se esconde tras ella.

-Ya lo ve -dijo el guardia del refugio a Shannon, en inglés-: lo lamento mucho pero no nos queda ni un espacio libre.

Si bien le costaba ver con claridad a la luz del crepúsculo, Shannon supo que el hombre estaba diciendo la verdad. El refugio se había habilitado en un antiguo cine abandonado, y Shannon y Manzano ni siquiera pudieron acceder a su interior. Había gente hasta en el pasillo, apretados los unos contra los otros para darse un poco de calor. Algunos ni siquiera tenían colchones y descansaban sentados en el suelo, apoyados contra una pared. Pese al frío, en el cine apestaba como a papilla caducada. Por tercera vez pidieron que les explicaran cómo llegar a la residencia de ancianos.

-¿Cómo vas? -preguntó la chica a Manzano.

-Tirando, pero el asilo ya está cerca -respondió él.

En muchos de los porches de las casas la gente dormía en sus sacos, a menudo entre montañas de basura, que les protegía del sol y estaban blanditas.

Un hombre con un candelabro les abrió la puerta del asilo. A sus espaldas se abría un pasillo oscuro. Él hablaba un inglés muy básico, pero suficiente.

Shannon le preguntó si tendrían un lugar donde pasar la noche.

-Éste es un asilo de hombres... -dijo-, o al menos lo era normalmente -añadió.

-¿Hay alguna mujer, ahora?

-Alguna.

-¿Y tendrían quizá dos sitios libres? Él -dijo, señalando a Manzano- es un hombre.

-En alguno de los cubículos del fondo queda algún espacio libre -dijo el hombre-. ¿Traéis sacos de dormir?

-No.

-Entonces estaréis muy incómodos.

-Pero menos que en la calle.

-Si tú lo dices...

-Se hizo a un lado para dejarlos pasar, y luego los precedió iluminando el camino con la linterna.

Shannon le dijo a Manzano que se apoyara en ella. A derecha e izquierda del pasillo salían nuevos pasillos más cortos y estrechos, apenas separados del primero por finas cortinas. Tras ellas, Shannon oyó susurros, quejas, llantos, ronquidos.

-¿No tienen luces de emergencia?

El hombre levantó la vela sin detenerse.

-Sólo ésta de aquí.

-¿Dónde están los lavabos?

-Al final del pasillo. Pero no funcionan. Si tienen que hacer algo, que sea en

unos cubos que encontrarán allí. Y hagan el favor de apuntar bien, que por lo visto es algo que la mayoría no tiene muy en cuenta.

La imagen que se formó al oír aquellas palabras, unida al hedor que emanaba de todo el asilo, hizo que a Shannon le entraran arcadas.

El hombre abrió una puerta que estaba cerrada con llave. La única que habían visto hasta ahora. Cogió dos mantas de una estantería y se las ofreció. Tenían unas manchas horribles y Shannon creyó que iba a vomitar de verdad.

-No podemos lavarlas -dijo el hombre con rudeza, al verle la cara.

Los empujó afuera de la habitación y volvió a cerrarla con llave. Avanzaron por el pasillo casi hasta el final, donde el olor era cada vez más insoportable. Por fin, el hombre corrió la cortinita de uno de los cubículos laterales e iluminó el interior. Cuatro literas de metal en una habitación de paredes desnudas. Las cuatro estaban ocupadas. En una de las camas había incluso dos personas. Una vela a punto de consumirse iluminaba débilmente el cubículo. Los habitantes levantaron las cabezas y los miraron con ojos vacíos y rostros devastados.

-Fuera de aquí -les dijo uno.

-Dormirán en el suelo -respondió el dueño del asilo.

-¡Aquí ya no cabe nadie más! -dijo otro hombre.

-¡Que se vayan, que se busquen otro sitio! -insistió el primero.

-¡Eh, pero la chica puede quedarse! ¡Seguro que nos dará calor! -dijo un tercero.

-¡Joder, callaros ya! ¡Quiero dormir!

-¡Basta! -dijo el dueño del asilo-. ¡O entran ellos o salís todos! -Luego señaló el suelo y, dándose la vuelta, se pasó al inglés-. Podéis dormir aquí. Tened mucho cuidado con vuestras pertenencias. Es fácil que desaparezcan.

Y dicho aquello, desapareció

-No puedo quedarme aquí -susurró Shannon a Manzano-. Notó la presión en el cuello, que no venía de las ganas de vomitar sino de reprimir las lágrimas. Levantó la manta y preguntó:

-¿De qué crees que serán estas manchas?

-A mí tampoco me gusta nada -le susurró Manzano, a su vez-, ¿pero quieres dormir en la calle? Moriríamos congelados.

La Haya

Bollard se frotó los ojos, pero no le sirvió de nada. Estaba demasiado cansado. Necesitaba dormir unas cuantas horas. Justo cuando se levantaba para irse, sonó el teléfono, y una voz en inglés le dijo:

-Buenas tardes, soy Jürgen Hartlandt.

Bollard recordó inmediatamente al alemán cuyo ayudante disparó y luego perdió a Manzano.

-¿Han encontrado al italiano? -preguntó.

-No. ¿Aún cree que puede tener algo que ver con los agresores?

-No podemos descartarlo.

A Bollard le daba una cierta rabia que el italiano hubiese vuelto a dar en el clavo con el tema de las infiltraciones en la red, aunque al mismo tiempo estaba encantado de que gracias a sus sospechas hubiesen podido descubrirlas, y... bueno, de vez en cuando le sobrevenía una cierta vergüenza al pensar que había sido injusto con Manzano y lo había juzgado mal. Y entonces la vergüenza intensificaba la rabia que sentía contra Manzano. Complicado, pero cierto.

-Yo no lo creo -dijo Hartlandt.

Bollard no respondió.

-En estos momentos quien nos importa es Draguenau -dijo Hartlandt-. ¿Tenemos alguna pista sobre él y el hombre de la foto?

-Todo el mundo está buscando intensamente en sus bancos de datos. La Europol, la Interpol, las comisarías de policía de Europa, la CIA, el FBI, la NSA... Ya tenemos los primeros indicios, y en cuanto tengamos las cosas más claras y hayamos cotejado y unificado datos, compartiremos la información.

El alemán cambió su tono de voz al hacer la siguiente pregunta, que sonó más cálida, más cercana:

-¿Y cómo les van las cosas en La Haya? Quiero decir... ¿cómo está la gente? Cuesta tener noticias últimamente...

-En estos momentos mi mujer está luchando por conseguir comida en el mercado negro -le contestó Bollard-, porque el suministro estatal ha fallado.

Durante unos segundos reinó el silencio entre ambos, y por fin Hartlandt acertó a decir:

-Aquí está todo igual.

-Tenemos que encontrar a esos desgraciados, y tenemos que hacerlo ya -dijo Bollard.

-Lo haremos -dijo Hartlandt, de nuevo en su tono frío y profesional-. Seguimos en contacto.

Eso espero, pensó Bollard. Lo más probable era que los servidores no aguantaran mucho tiempo más y que las comunicaciones se interrumpieran en breve...

A-6

Manuel Amirá parpadeó en mitad de la noche. Llevaba treinta años conduciendo un camión por toda Europa. Estaba acostumbrado a los trayectos largos. Cuarenta o cincuenta horas, sin problemas, manipulando los aparatos de medición de las pausas obligatorias. Hecha la ley, hecha la trampa. Había llevado pepinos desde el sur de España hasta Suecia, cerdos polacos hasta Italia, pimientos ucranianos a las islas británicas, leche alemana a Portugal y cualquier otro producto que debiera ser transportado por el continente. El trabajo nunca fue fácil, pero cada año que pasaba se volvía peor. Desde la caída del telón de acero, las empresas de transportes del antiguo bloque del Este bajaron escandalosamente los precios, aumentaron las medidas de seguridad, añadieron controles y duplicaron las multas, lo cual hizo que su trabajo dejara de ser a todas luces rentable. Tras varias décadas al volante tenía la columna vertebral destrozada, problemas en la motricidad y -sí, su mujer tenía razón- la salud algo mermada por la mala alimentación. De hecho, hacía tiempo que tendría que haberse prejubilado. Pero Manuel Amirá tenía una casita al sur de León cuya hipoteca aún no estaba pagada, su hija estaba en la universidad, y él no sabía hacer ninguna otra cosa. Así que debía sentirse afortunado de poder mantener su trabajo.

Cuando se produjo el apagón, Amirá llevaba el camión cargado de carne de ternera de Noruega para llevarla a Grecia. -A saber por qué los griegos tenían que comer carne noruega-. Y en mitad de Alemania se quedó sin gasolina. Y las gasolineras ya no funcionaban. La carne congelada se echó a perder en menos de dos días, y él no podía moverse de donde estaba, es decir, de una gasolinera perdida entre Hanover y Nürenberg. Estuvo ahí tres días. Desde entonces no había vuelto a saber nada de su familia. Al tercer día de espera llegaron los equipos de ayuda militar, les montaron un par de letrinas, repartieron agua y comida y desaparecieron de nuevo. Dos días después volvieron a pasarse por ahí. Habían empezado a reclutar a los conductores de los camiones. Les ofrecían alojamiento, manutención e incluso una compensación económica, aunque no a efectos inmediatos, sino en cuanto pasara aquel horror. Para suministrar alimentos y agua a la población se necesitaban urgentemente conductores y camiones. Y Amirá se había ofrecido a ayudar. Le habían cargado el depósito hasta la mitad y le habían indicado el camino hasta el almacén de alimentos más próximo. Durante dos días había estado yendo y viniendo del almacén a los centros de reparto, pero al tercero, su camión se estropeó. Mientras los mecánicos del ejército intentaban arreglarlo -algo especialmente difícil teniendo en cuenta que no les llegaban piezas de repuesto-, Amirá fue enviado a conducir un camión cisterna con el que tenía que abastecer a los sistemas de emergencia de organizaciones de ayuda al ciudadano, hospitales, plantas químicas, organismos y empresas

varias.

Aquel día tenía que ir hacia el oeste, a una central nuclear situada en algún sitio entre Karlsruhe y Mannheim. No tenía ni idea de para qué necesitaban allí el carburante; ¿quizá fuera para sus sitemas de emergencia? La verdad es que Amirá jamás se había hecho demasiadas preguntas, pero ahora le daba por pensar por qué una central nuclear no era capaz de producir su propia electricidad.

El contenido de su camión, que en aquella ocasión era un tráiler enorme de tres cuerpos, tenía que ser realmente importante, pues le precedían y le sucedían varios vehículos militares con soldados armados.

Amirá parpadeó varias veces para sacudirse el sueño, y justo en ese momento se iluminaron los faros traseros del coche que iba delante de él. El clavó el pie en el pedal del freno, pero no había mantenido la distancia de seguridad y tuvo que dar un volantazo para no comerse a los militares que llevaba delante. De modo que se pasó al carril izquierdo, chocó contra la valla protectora, dio otro volantazo y pasó junto al vehículo militar arañándole todo el lateral izquierdo y empujándolo contra la valla de la derecha y hasta el campo de al lado, mientras en la parte de atrás oyó volcar a los diferentes vagones del tráiler. Intuyó entonces -porque para verlo no tuvo tiempo- que los vehículos que iban detrás del suyo tenían que haber chocado con él o haber perdido el rumbo por culpa del carburante esparcido por el suelo y que debería estar convirtiéndose en una mancha densa y peligrosísima, y cada vez mayor. Con el primer choque vio aparecer una nube enorme de llamas por el retrovisor. Le siguieron una segunda, una tercera y una cuarta, hasta convertirse en una colosal bola de fuego. Durante unos segundos pareció que el tiempo se detenía en ella, pero después eclosionó devorando la cabina de Amirá, haciendo explotar todos los cristales y, finalmente, reduciendo a cenizas todo cuanto encontró a su paso a doscientos metros a la redonda.

Aquisgrán

Manzano no supo qué le había despertado. En realidad tampoco supo cómo había podido dormirse con aquella peste, en aquel suelo tan duro y en compañía de unas personas tan peligrosas como las que se hallaban en aquella misma cabina. Tras él estaba Shannon, apretada contra la pared. La regularidad de su respiración le hizo ver que estaba dormida.

Oyó un ruido. Abrió los ojos unos milímetros. La vela se había consumido definitivamente, pero él pudo distinguir una silueta junto a él, en el suelo, y no era Shannon. Se movía. Unas piernas pasaron frente a él y se acercaron a la americana. La sombra se inclinó sobre ella.

Manzano se levantó de un salto y dio un cabezazo a la figura en la barriga. Ésta se tambaleó y cayó de culo entre dos literas. Manzano quiso darle una patada, pero la pierna le dolía demasiado, así que lo intentó con un puñetazo; entonces notó que la figura llevaba algo en las manos. ¡La mochila de Shannon! El dueño del asilo ya les había advertido sobre los ladrones...

El ruido despertó al resto de la gente.

-¡Al ladrón! -gritó Manzano- ¡Ayudadme!

Alguien se precipitó sobre la figura, pero otro alguien hizo lo propio sobre él. La luz de una linterna lo iluminó brevemente, y luego iluminó el resto de la habitación. Manzano no pudo hacer nada por evitar que el ladrón saliera corriendo de allí con la mochila de Shannon en las manos.

-¡Quieto! ¡Se escapa! ¡Socorro!

El que lo sujetaba dejó de hacerlo de golpe, justo antes de caer al suelo desmayado. Shannon acababa de pegarle en la cabeza con el zapato de uno de los que dormía en las literas y salió corriendo tras su mochila.

Manzano la siguió tan rápido como pudo, dejando atrás a sus impresentables, primitivos y malolientes compañeros de habitación.

Mientras se esforzaba por correr pese al dolor del muslo, Manzano sentía que la rabia le iba a explotar en el pecho. Esa gente lo estaba pasando muy mal, de eso no cabía la menor duda, ¡pero precisamente por ello tendrían que poder ayudarse unos a otros, para hacer las cosas más fáciles y no para convertir el mundo en un lugar aún peor! Lo que no podían saber, obviamente, era que el ordenador que Shannon llevaba en su mochila podía esconder el primer paso hacia la solución de todo aquel horror.

Shannon volvió hacia él.

-¿Dónde está? -preguntó, jadeando.

-Ni idea -respondió él-. Pensé que lo tenías.

-¡Mierda! -gritó ella-. ¡Mierda, mierda mierda! ¡Ahí estaban todas mis cosas, y tu ordenador! Pero no ha salido de aquí, lo habría visto. Eso quiere decir que se ha escondido en alguna de las habitaciones.

Shannon fue hasta la entrada, corrió la primera cortina e iluminó su interior.

Luego hizo lo mismo con la siguiente cabina, y con la otra, y con la otra. Iluminaba cada cama y cada trozo de suelo. De pronto, una figura saltó sobre ella, la tiró al suelo, y luego pasó corriendo junto a Manzano, quien tuvo tiempo de ver que el hombre cogía la mochila de debajo de una de las camas de otra cabina.

Shannon se levantó a toda velocidad y volvió a correr detrás del hombre. Manzano no pudo ir tan rápido como ellos. Cuando llegó al pasillo alcanzó a ver la sombra de la chica saltando sobre una figura que estaba en el suelo. ¡De verdad, saltó literalmente sobre el ladrón! Manzano oyó un ruido y luego un grito, y corrió cojeando hasta allí tan rápido como pudo. En la puerta, un revoltijo de brazos y piernas bajó rodando las dos escaleras de entrada al asilo. Manzano se acercó, cogió al tipo por el pelo y lo obligó a levantarse soltando a Shannon, que dio un paso atrás. Empezó entonces la pelea entre ellos, hasta que el dueño del asilo apareció en la puerta y gritó:

-¡Basta! ¡Ya es suficiente!

Manzano se detuvo al instante, y el otro se quedó en el suelo jadeando, maldiciendo, escupiendo. Shannon se acercó entonces hasta él, y sin decir ni una palabra, recuperó su mochila y se dio la vuelta hacia el dueño.

-¡Quería robarnos! -dijo.

-¡Iros al infierno! -gritó éste, por toda respuesta. Y luego, dirigiéndose al que estaba en el suelo, añadió-: ¡Y tú también, estúpido! ¡No quiero volver a veros por aquí nunca más!

Y dicho aquello, se dio la vuelta y entró en el asilo, cerrando la puerta tras él.

Día 9. Domingo

Aquisgrán

Algunos copos de nieve se derritieron en sus caras. Desorientados, anduvieron a lo largo de las calles heladas.

-¿Qué hora es? -preguntó Manzano, quien, por lo menos, empezaba a sentirse algo mejor.

El reloj de Shannon marcaba las cuatro menos cuarto.

-Volvamos a la estación -propuso-. Desde allí veremos cómo seguimos adelante.

-Deberíamos acudir a la policía -replicó Manzano-. Quizá tengan conexión a Internet.

-¿Quieres informarte de lo de esa dirección IP en tu portátil?

-Lo más probable es que no encuentre nada tras ella, ya lo sé, pero como mínimo tengo que intentarlo.

-¿Crees que te van a dejar mirar algo, en cuanto descubran que eres un fugitivo?

-No.

-Pues eso. Tenemos que encontrar a tu contacto en Bruselas, o bien o una de esas zonas con electricidad.

-Que no sabemos dónde están. De hecho, ni siquiera sabemos si existen. Quizá no sean más que mitos... como la Atlántida, o el Jardín del Edén. ¿Conoces a alguien que los haya visto, en realidad? ¡Maldita sea, qué frío hace!

Los copos caían ahora más espesos.

Llegaron a la estación de ferrocarril y la rodearon. En la zona cubierta de la estación se habían acomodado decenas de personas muy apiñadas y envueltas en sacos de dormir y mantas. Los accesos a las vías y al vestíbulo principal estaban cerrados con persianas correderas, pero delante de ellas también se apelotonaban personas, dispuestas a dormir allí.

Shannon y Manzano buscaron un sitio en el que cobijarse. Por lo menos aquí estarían mínimamente protegidos del viento y de la nieve. Tardaron un rato porque la mayoría de los lugares desocupados apestaban a orina. Pero al final encontraron un rincón libre. Manzano se sentó y apoyó la espalda en la esquina.

-Apóyate en mí -le indicó a Shannon-. Así nos podremos dar calor.

Shannon se sentó entre las piernas de él, apretó la espalda contra su pecho, metió las manos bajo las axilas y dobló las rodillas. Manzano la abrazó y ella sintió su aliento cálido en la oreja, y el calor de su cuerpo que penetraba poco a poco a través de su ropa...

-Esto ayuda un poco -le susurró él.

Manzano dejó caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared, y cerró los ojos. Al cabo de pocos minutos, su pecho empezó a subir y bajar

rítmicamente y su abrazo perdió tensión. Shannon se acomodó con cuidado bajo los brazos de él y dejó que la cabeza se le fuera cayendo hacia atrás, hasta apoyarla en el pecho de él, mientras miraba el entramado oscuro del techo de la sala, a través del cual pasaban algunos copos de nieve despistados... hasta que se quedó dormida.

La Haya

Bollard había cortado en ocho rebanadas el último trozo de pan. Cuatro gruesas y cuatro delgadas como papel de fumar. Después de eso tendrían que buscar rápidamente alimentos, porque en toda la casa no tenían nada más para comer. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba mirando por la ventana de la cocina con la mirada perdida. Precisamente él, que siempre lo tenía todo controlado...

El césped del pequeño jardín seguía verde, incluso en invierno, pero los matorrales habían perdido las hojas, como el seto del vecino. Detrás de uno de ellos vio agacharse a un hombre en la terraza de una casa vecina. Debía de tratarse de Luc. Estaba inmóvil, y tenía el brazo extendido hacia el césped. En ese momento Bollard descubrió un gato a unos metros de distancia, que se acercaba lentamente hacia el vecino. Parecía que éste lo estaba atrayendo con algo. El gato levantó el rabo y se acercó a más velocidad, llegó ante Luc y le olisqueó los dedos. Con un movimiento rápido como un rayo el vecino lo agarró por el cuello y le golpeó la cabeza con la otra mano, en la que llevaba algo de forma cuadrada, que Bollard tardó un instante en reconocer como un martillo. El vecino se puso en pie con el martillo ensangrentado en una mano, mientras en la otra se balanceaban las patas sin vida del animal sacrificado.

Bollard dejó con cuidado el cuchillo con el que había cortado el pan.

Los niños entraron en tromba en la cocina, seguidos de Marie, que aún estaba muy cansada, aunque tenía muchas más fuerzas que hacía dos días. Bollard, agradecido por la distracción, colocó las cuatro rebanadas más gruesas en un plato cada una y puso los platos sobre la mesa para comer. Después cogió las más delgadas y las pasó por delante de las naricitas de los niños.

-Imaginaos que son unas salchichas sabrosas que vamos a colocar sobre el pan.

Envolvió las rebanadas finas con las más gruesas y miró a los niños, esperanzado. A pesar de ello, no pudo sacarse de la cabeza lo que acababa de ver.

-Esto es pan, no una salchicha -protestó Bernadette, y contempló el plato con desprecio.

-Para mí es una salchicha -insistió Bollard.

En sus juegos, los niños hacían que todo fuera posible. Para demostrarlo, mordió su trozo.

-¡Mmmmhhhh! ¡Estupendo!

Bernadette contempló su actuación con escepticismo. Marie se acercó el trozo y también demostró en voz alta que le gustaba mucho. Bollard mordió con ganas, miró su trozo de pan con deleite y después animó a su hija y a su hijo.

-Una de-li-cia. No os la tendríais que perder.

Georges, que había permanecido quieto y escéptico, se dejó arrastrar, colocó la «salchicha» sobre el pan y le dio un buen mordisco, acompañado de «Mmmh» y «Aaah».

Bernadette tocó insegura su rebanada de pan, mientras que sus padres y hermano redoblaban sus muestras de lo delicioso que estaba. Moviendo la cabeza, se decidió por fin a cogerlo.

-Estáis completamente locos -comentó y le dio un mordisco.

Los pensamientos de Bollard dieron vueltas alrededor de la próxima comida, que era lo que más le preocupaba. Por nada del mundo querría tener que actuar como lo había hecho el vecino.

-Buenos días -susurró Manzano al oído de Shannon.

A pesar del frío polar y de la incomodidad de la postura, debía haber dormido varias horas. Se sentía un poco mejor que el día anterior y parecía que la fiebre había remitido.

Shannon se desperezó y movió la cabeza de un lado a otro antes de esconder la cara en el pecho de él y seguir durmiendo. Casi no sentía las manos, los pies, el trasero y la espalda, a causa del frío y de lo incómodo de la postura. A cierta distancia se produjo un movimiento en el interior de un saco de dormir. Poco a poco iba despertando la estación. Caras cansadas y cabellos alborotados. A Manzano, la mayoría le pareció compuesta por ocupantes habituales de la calle, con rostros perturbados y cabellos enredados.

Pensó que con buenos enlaces el trayecto hasta Bruselas no llevaba más de una hora y media. Pero a pie, más de dos días. Con suavidad se inclinó sobre Shannon y le volvió a susurrar al oído hasta que abrió los ojos.

Ella parpadeó.

-Pesadilla -se quejó.

-¿Has tenido una?

-No, he vuelto a entrar en una ahora que me has despertado.

Shannon se quedó un momento más sentada, antes de levantarse con dificultad y desperezarse completamente. Manzano también lo intentó y sintió dolor en la pierna herida.

-¿Y ahora?

-Tengo una urgencia.

-Yo también.

Después de cumplir esta formalidad en esquinas separadas, merodearon por la estación en busca de un mapa o de cualquier otra indicación de cómo llegar a Bruselas.

Preguntaron a varias personas que también estaban empezando el día.

-Perdón... ¿pasan trenes por aquí?

-Muy de tarde en tarde. Trenes de mercancías -respondió.

-¿A dónde se dirigen?

-Ni idea.

-¿Se puede encontrar algo de comer por aquí cerca?

-En la calle delante de la estación hay un comedor social. Pero no siempre está abierto.

El día anterior no lo habían visto, pero se pusieron en marcha en la dirección que les habían indicado. Se dieron prisa y se encontraron con una cola que daba la vuelta a la mitad de la manzana.

Una hora más tarde, Shannon estaba sentada al lado de Manzano, en una sala que se calentaba con una estufa de carbón. Durante el reparto de comida

nadie les había preguntado nada y cada uno de ellos había recibido dos buenos cucharones de sopa de verduras en una escudilla de latón, que se bebieron sorbo a sorbo embutidos entre las demás personas que había sentadas ante una mesa muy larga. No les habían dado cucharas.

La gente apenas hablaba. La mayoría llevaba varias capas de ropa, una encima de otra, absolutamente indiferentes al estilo o la elegancia. El personal indicaba a los que habían terminado la sopa que debían irse para dejar sitio a los que aún no habían comido, por eso la mayoría tardaba mucho en vaciar sus escudillas, mientras otros recorrían los bancos abarrotados en busca de un hueco. Shannon y Manzano tampoco se dieron prisa. El frío de la noche anterior no desaparecía con rapidez de sus miembros.

Pero después de varias advertencias se incorporaron, finalmente, y salieron al frío del exterior. Unos tipos enmascarados sacaban muebles y aparatos eléctricos de la casa que quedaba justo delante. No parecían en absoluto los propietarios de la vivienda, pero nadie se interesó por ellos.

-¿Qué están haciendo? -preguntó Shannon.

-Me temo que no podemos ocuparnos de eso -respondió Manzano-. Tenemos cosas más importantes que hacer. Ven, volvamos a la estación.

Allí recorrió las vías de un lado a otro hasta que finalmente se decidió por una dirección y arrastró a Shannon tras él. Al cabo de unos doscientos metros pasaron por debajo de un puente y, después, las vías se separaban en varias direcciones. Dos de ellas desaparecían entre edificios, las otras se volvían a reducir al cabo de unos centenares de metros. En medio estaban aparcadas decenas de vehículos distintos, desde simples locomotoras hasta trenes de aspecto muy raro, que debían de servir para la construcción o el mantenimiento de las vías, pasando por parte de trenes regionales y vagones de mercancías. Uno de ellos, incluso, tenía el aspecto de un camión adaptado para circular sobre las vías.

Manzano subió hasta la puerta del conductor e intentó abrirla. Al instante estaba sentado tras el volante y probaba el tablero de mandos.

Shannon lo observaba con escepticismo desde la escalerilla que quedaba junto a la puerta.

-¿Este trasto no necesita electricidad?

-No. Funciona con gasoil.

-Si el depósito no está vacío, claro.

Manzano retiró una placa en la parte inferior del tablero que ocultaba una maraña de cables. Fue probando los diferentes hilos, unió algunos que estaban separados y de repente el motor cobró vida con un jadeo ensordecedor.

-¿A qué estás esperando? -preguntó Manzano-. Mira a ver si dispone de algo parecido a un mapa con los trayectos.

-¿No tiene un sistema de navegación? -le preguntó mientras acababa de entrar, se sentaba en el asiento del acompañante y rebuscaba en una especie de guantera gigantesca hasta que encontró un libro muy gordo, que estaba lleno de diagramas y mapas.

-¡Aquí está!

Manzano probó si podía poner el vehículo en movimiento. Se puso en marcha de un trompicón.

Shannon estudió el mamotreto y en una doble página, en medio de muchas líneas y cifras, encontró Aquisgrán y Bruselas.

-Ahora tenemos que descubrir lo que significa todo esto.

-Tú eres quien se encarga del sistema de navegación, y yo soy el conductor, ¿vale? -gritó Manzano, y aumentó la velocidad.

-¿Desde cuándo un hombre que está conduciendo confía en su acompañante femenina para que le lea los mapas?

-Desde el mismo momento en que no está conduciendo un coche, sino un... ¡Bueno, va, no me líes! ¡Indícame a dónde hay que ir!

Berlín

«Rosinenbomber» -literalmente, «bombarderos de pasas»- era el nombre con el que su madre y todos los berlineses habían bautizado a los aviones americanos que después de la Segunda Guerra Mundial habían suministrado alimentos al sector occidental de Berlín. Michelsen se preguntaba si en la actualidad la juventud sabía lo que significaba aquella palabra. Sea como fuere, e igual que hace más de sesenta años, los aviones que actualmente aterrizaban en el aeropuerto de Tegel eran en su mayoría aparatos militares, sólo que ahora eran aviones rusos los que traían la ayuda.

Los aviones de pasajeros, que desde el apagón estaban en tierra, se habían apartado hacia un lado, y en su lugar se encontraba ya una multitud inabarcable de colosos de vientre abultado y color verde oscuro, en cuyos timones de cola se podían ver los símbolos de la Federación Rusa. Entre ellos pululaban muchas personas con uniformes diferentes.

Una mirada al cielo bastó a Michelsen para ver la fila de luces de los aviones que se aproximaban, así como la formación de los que se iban.

Berlín no era el único destino de los colosos. En ese momento se estaban desarrollando escenas similares en Estocolmo, Copenhague, Frankfurt, París, Londres... y todos los grandes aeropuertos del norte y el centro de Europa, mientras que en el sur el transporte se realizaba a través de cientos de aviones procedentes sobre todo de Turquía y Egipto. Al mismo tiempo, caravanas de camiones y trenes cuyos vagones se alargaban hasta un kilómetro de largo traían más suministros de emergencia desde Rusia, los Estados caucásicos, Turquía y el norte de África.

-Parece una invasión -murmuró el ministro de Asuntos Exteriores.

La OTAN aún no había tomado una decisión sobre el ofrecimiento de ayuda por parte de China. Entre los más intransigentes se iba imponiendo el punto de vista de que los verdaderos autores de la catástrofe se hallaban en la tierra del sol naciente. Hasta que no se pudiera descartar completamente esta sospecha, nadie quería que los soldados chinos, y tampoco su personal civil de emergencias, pisaran el suelo patrio.

-Vamos a saludar al general -indicó Michelsen.

Entre Lieja y Bruselas

Hasta el momento no habían superado los setenta kilómetros por hora, para no toparse de improviso con cambios de vías u obstáculos, pero habían ido avanzando, aunque con interrupciones, como ahora.

-Otra vez -se quejó Shannon.

Ante ellos, las vías volvían a bifurcarse.

-Creo que debemos ir hacia la derecha -dijo ella, pensando en voz alta.

-Espero que sea lo correcto. No tengo ni idea de dónde estamos.

-En algún lugar de Bélgica, entre Lieja y Bruselas, si no me equivoco.

-¿Cuánto queda para Bruselas?

-Quizá una hora. O dos. Si no tenemos más contratiempos.

El cambio manual de las vías llevaba su tiempo. Manzano estaba seguro de que el vehículo disponía de algún mecanismo para mover a distancia el cambio de vías, pero lo cierto era que no lo habían encontrado. Además, era muy posible que los componentes eléctricos del cambio no recibieran corriente, de manera que quedaba descartado su manejo a distancia.

Al principio no lo habían tenido nada claro y lo habían pasado fatal. Según la información que Shannon veía del mapa, tras el primer desvío tenían que haber ido hacia la derecha, pero las agujas les habían enviado hacia la izquierda. De modo que Manzano había dado marcha atrás, habían bajado del extraño vehículo y habían analizado el cambio. Rápidamente descubrieron que, si se disponía de la herramienta adecuada, éste se podía mover de manera mecánica. Encontraron la herramienta que deseaban en la parte trasera: se trataba de una especie de llave inglesa de enormes dimensiones.

Shannon cogió la herramienta de hierro, saltó del camión, modificó el cambio y volvió a subir.

Siguieron adelante. Shannon estudió el plano. No estaba del todo claro que hubiera escogido el ramal correcto. El número del cambio que acaban de pasar no coincidía con el que indicaba el libro.

-¡Alto!

Manzano frenó el vehículo.

-Creo que vamos mal.

-¿Damos la vuelta?

-Sí.

Manzano metió la marcha atrás.

-¿Qué es esa luz ahí detrás?

En la dirección por la que habían venido y por la que estaban regresando, Shannon y Manzano vieron refulgir una minúscula luz.

-Ni idea. Pero cada vez es más grande y brillante -contestó Shannon.

Se acercaron al cambio de agujas.

-¡Te digo que cada vez es más grande y brillante! -repitió ella-. Está en las

vías. ¡Es un tren y tiene prisa!

Manzano casi había llegado al cambio.

-¿Un tren?

-Sí. Y te diriges directamente hacia él.

-¿Está en nuestra vía?

-No puedo distinguirlo.

Manzano frenó el vehículo tras haber retrocedido hasta el cambio de agujas.

-¡Es un tren, Piero! -repitió Shannon, nerviosa, porque ya podía distinguir la locomotora-. ¡Si viene por nuestra vía nos embestirá! ¡Acelera, por Dios, acelera!

Manzano también reconoció el peligro. Sin mover el cambio, aceleró de nuevo. Su vehículo se puso en movimiento lentamente, fatigosamente. El tren que llevaban detrás se encontraba sólo a un centenar de metros.

-¡Rápido! -gritó Shannon.

Volvieron a pasar de largo por el cambio y Shannon sintió la aceleración del vehículo. Por suerte, poco antes de alcanzar el cambio, el tren disminuyó la marcha y se detuvo. Shannon respiró aliviada.

-¿Adónde crees que irá?

-Quizá vaya a Bruselas -respondió Shannon.

-Deberíamos preguntárselo.

Por segunda vez, Manzano recorrió de nuevo el tramo marcha atrás. Al acercarse, vieron que la locomotora llevaba decenas de vagones de mercancías. El techo de los vagones tenía una extraña forma irregular, como si le salieran un montón de espinas. Cuando llegaron, un hombre acababa de mover el cambio.

-¿Adónde van? -preguntó Shannon en francés, a través de la ventanilla.

-A Bruselas -respondió el hombre.

-Tendríamos que ir tras él -propuso Manzano.

Mientras el tren pasaba de largo a su lado, Shannon reconoció las protuberancias que había visto en el techo.

-¡Son personas! -exclamó.

El tren iba ocupado por cientos de pasajeros ilegales.

-Como en la India -comentó Manzano-. ¡Sólo que aquí se mueren de frío!

El largo tren de mercancías necesitó algunos minutos para acabar de pasar. Manzano volvió a mover el cambio y siguió al último vagón.

-Quizás dentro de poco también nos muramos de frío ahí arriba -concluyó al cabo de unos minutos.

-¿Por qué?

Manzano le indicó que mirase el indicador del combustible, que ya tenía iluminada la reserva.

-¡Maldita sea! Tendremos que hacer un transbordo.

-Espero que llegue hasta el próximo cambio en el que tenga que detenerse un tren.

Berlín

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Michelsen.

-¿Cómo ha podido ocurrir? -preguntó el canciller con el rostro pálido como la tiza.

-Según parece, hubo un accidente -aclaró el secretario de Estado del ministerio de Medio Ambiente, Protección de la Naturaleza y Seguridad Nuclear-. Acabamos de recibir las imágenes del Centro de Comunicaciones del Estado Federal y los Länder. Al principio no procedía de la propia central. Desde allí sólo llegó una llamada nerviosa preguntando dónde estaban las reservas de gasoil.

La patrulla que se envió a buscarlos encontró los restos de un infierno.

En la pantalla aparecieron fotografías de los esqueletos de camiones calcinados y esparcidos sobre la autopista y los campos adyacentes. Algunos de los presentes se taparon los ojos con las manos, impresionados, y otros movieron la cabeza sin poder dar crédito a lo que estaban viendo.

-No sabemos qué ha ocurrido -siguió el secretario de Estado-. La investigación aún está en marcha. Los tres camiones cisternas llevaban remolque e iban acompañados por sendos vehículos policiales -uno delante y uno detrás- con diez hombres cada uno.

Señaló hacia dos restos negruzcos en los campos.

-No hay supervivientes. La investigación no va a ser rápida porque casi no tenemos personal, ni materiales a nuestra disposición.

-¿Ha sido un accidente o un ataque? -preguntó el canciller.

-De momento no podemos asegurarlo. El hecho es que pasaron diez horas entre la llamada de la central nuclear de Philippsburg y el descubrimiento de la desgracia.

-Dios santo, ¿por qué tanto tiempo?

-¡Porque ahí fuera el mundo entero está extenuado! -exclamó el secretario de Estado-. Porque cada vez tenemos menos personal disponible. Porque la emisora de emergencia no funciona en muchos territorios. Porque... -No le salieron las palabras, le empezaron a temblar los labios y luchó para contener las lágrimas.

Por favor, nada de perder los nervios, suplicó Michelsen en silencio. Ya habían perdido a dos personas.

-Hasta hoy al mediodía no hemos podido enviar el siguiente transporte de carburante, y no llegará a Philippsburg en menos de seis horas.

En la pantalla apareció un estanque enorme que recordaba a una piscina cubierta.

-Ésta es la pila de desactivación para la barras de combustible que se han agotado en la central nuclear de Philippsburg I. Aquí se almacenan las barras que ya no van a utilizarse. En muchas centrales hay más barras de

combustible en la piscina pila de desactivación que en el propio reactor. Como siguen estando muy calientes, tienen que enfriarse durante años. La pila de Philippsburg I siempre ha tenido problemas de garantía porque se encuentra fuera del contenedor de seguridad del reactor, en la parte alta del edificio, justo por debajo del tejado. Durante la mayor parte del tiempo, el sistema eléctrico de emergencia fue completamente insuficiente y no había ninguno que fuera específico de la pila de desactivación, sino que tuvo que establecerse de manera improvisada después de la parada del reactor. Actualmente no está protegido contra el impacto de un avión. Pero como podemos ver, no es necesario. Según informa la empresa explotadora, el carburante para la refrigeración de la pila de desactivación se agotó a lo largo de la noche. La dirección no se atrevió a desviarlo del sistema de refrigeración de emergencia de los reactores. Desde entonces no se ha podido refrigerar el agua de la pila y, a causa del calor que desprenden las barras de combustible, en su mayoría se ha evaporado. Para el momento en que llegue el suministro de carburante, lo más probable es que haya desaparecido por completo. Es muy posible que los elementos más calientes ya hayan empezado a fundirse. No es necesario que explique a ninguno de los presentes lo que eso significa... ¿O quizás sí? Como la pila de desactivación no se encuentra en el contenedor de seguridad, esta fusión nuclear tiene lugar en pleno edificio. Con ellos, el interior del edificio recibirá tanta radiación que ya no se podrá entrar en él. No quiero llamar al mal tiempo, pero en caso de una explosión incluso Mannheim y Karlsruhe podrían verse amenazadas.

-¡Maldita sea! -bramó el canciller, golpeando la mesa con el puño tan fuerte que hasta tembló la pesada madera-. ¡Salimos de una y entramos en otra! ¡Pasamos de Guatemala a Guatepeor!

-El siempre citado riesgo residual -murmuró Michelsen.

-¿Y qué pensáis? ¿Debemos evacuar los alrededores? -preguntó el canciller.

-Aunque queramos, no podemos hacerlo con rapidez -respondió el secretario de Estado-. La comunicación con los equipos de emergencia locales de todo tipo es bastante complicada. Aunque sólo estuviéramos hablando de un par de kilómetros a la redonda, necesitaríamos cientos de vehículos, además de conductores y combustible, y en la situación actual... -se quedó mirando la mesa que tenía delante, muy turbado y moviendo la cabeza- sólo nos queda rezar.

Bruselas

Al final, en el depósito les quedó suficiente combustible para llegar al siguiente cambio. Una vez allí, Shannon y Manzano engancharon su vehículo al tren. El maquinista estaba muy lejos, así que no se dio cuenta.

Un cuarto de hora más tarde, el tren se detuvo en una zona urbanizada. Por la disposición de las vías, Manzano supuso que habían llegado a una gran estación de ferrocarriles.

A ambos lados del tren, un montón de soldados se alinearon en una verdadera formación, separados entre sí por unos veinte metros y con un fusil delante del pecho.

-Espero que no nos estén esperando a nosotros -comentó Manzano.

-No te creas tan importante -replicó Shannon-. Están aquí para evitar saqueos.

Un soldado sin fusil pero con megáfono recorría el tren y ordenaba en francés a la gente que bajara y se alejara con tranquilidad. Los polizontes, efectivamente, bajaban de los contenedores y de los vagones y arrastraban sus magras pertenencias entre los soldados, que no se movieron. Manzano y Shannon se mezclaron con la multitud y nadie reparó en ellos.

-Te lo dije -recalcó Shannon, que seguía a los demás por las vías hasta los andenes-. Están aquí sólo por la carga.

Los carteles de la estación les confirmaron que habían llegado a Bruselas.

-Tendríamos que llegar al Centro de Monitorización e Información de la Unión Europea antes de que oscurezca.

-Ya, pero primero tendremos que saber dónde se encuentra.

En el vestíbulo de la estación, cientos de personas habían dispuesto un lugar improvisado para dormir. Las taquillas estaban cerradas, pero Manzano descubrió a un hombre enfundado en un chaleco de seguridad amarillo, que observaba todo el ajetreo desde cierta distancia.

-¿Adónde quieren ir? -preguntó, después de que Shannon y Manzano lo hubieran intentado en inglés.

-Al Centro de Monitorización e Información -repitió Manzano.

El hombre se encogió de hombros.

-Ni idea de dónde está eso. Yo sólo conozco la sede de la Comisión Europea.

-¿Y cómo llegamos allí?

-Con un taxi.

-¿Circulan los taxis?

-Por supuesto que no -respondió el hombre, sarcástico-. Aquí ya no circula nada. Tendrán que ir a pie.

Les indicó la salida.

-Cojan esa calle y giren a la derecha. En la siguiente, vuelvan a girar a la

derecha. Es la Avenue Leopold III. Sigan hasta el Boulevard General Wahis, y al llegar a la rotonda giren a la derecha...

-No podré recordarlo -interrumpió Manzano.

-Yo hasta aquí lo tengo -intervino Shannon-. Tú presta atención a partir de ahora.

Su interlocutor los miró con aire dudoso.

-De acuerdo -dijo Manzano-. La rotonda, ¿qué más?

-En la Chaussée de Louvain giren a la izquierda, por la Avenue Milcamps, que desemboca al final en la Rue des Patriotas, y al cabo de poco tiempo volverán a la Rue Franklin, que los llevará directamente al edificio principal de la Comisión Europea.

-¿Lo tienes? -quiso saber Shannon.

-Eso espero -dijo Manzano. Y luego, dirigiéndose al hombre, le preguntó-: ¿Cuánto cree que tardaremos en llegar?

-Calculo que una hora.

Manzano ya tenía tanto frío que a pesar de la pierna herida se alegró de emprender la marcha.

Centro de mando

Al principio se sintieron intranquilos. Desde el día anterior, muchos de los ordenadores que habían hackeado para monitorizar las comunicaciones entre los gabinetes de crisis y las principales organizaciones, como la Europol, se habían ido desconectando temporalmente, y cada vez eran más. También el tráfico de e-mails se había reducido considerablemente. ¿Habrían descubierto sus escuchas? Esperaron; no emprendieron ninguna acción. En realidad había sido casi demasiado fácil. A través de las redes sociales como Facebook, Xing o LinkedIn, entre otras, habían conseguido miles de direcciones de correos electrónicos de los empleados de las autoridades y las diferentes empresas energéticas. Sólo habían tenido que enviarles un e-mail personalizado con una invitación para visitar una página web que ofrecía viajes especialmente baratos para «empleados afortunados».

En dicha página se podían encontrar realmente ofertas muy baratas, aunque no eran nada extraordinario: propuestas muy parecidas a las que recibían los miembros de los clubes automovilísticos o los titulares de ciertas tarjetas de crédito. La diferencia se hallaba en los vídeos y los datos en PDF con los que se informaba a los visitantes. En cuanto alguien los abría en pantalla, un código malicioso escondido en su interior intentaba infectar al visitante. Para ello cargaba un programa EXE desde otra página web. Si lo conseguía, el programa se iniciaba sin conocimiento del usuario y se instalaba en el disco duro local, a fin de ejecutarse en cuanto se reiniciase el ordenador.

En unos pocos meses habían infiltrado prácticamente todos los objetivos, numerosas empresas y los sistemas de los Estados europeos más significativos, así como de los Estados Unidos. En cuanto el usuario reiniciaba el ordenador, el malicioso programa empezaba a analizar con precisión la red que lo rodeaba. Analizaba las rutinas del usuario y descubría sus niveles de acceso. De esta manera se iba abriendo camino, lentamente, hasta el servidor. Especialmente interesantes eran, por supuesto, los espacios compartidos, los espacios de disco en los servidores en los que interactuaban muchos trabajadores. Ése era el siguiente punto de instalación del programa. Y cuando conseguía llegar hasta allí, empezaba a racabar informaciones importantes, como las cuentas de los usuarios, los datos de los contactos en el listín telefónico y el sistema de la oficina del personal, todos los planos técnicos de los edificios y de las redes informáticas, detalles del hardware instalado y mucho más, llegando incluso al nivel del trabajo manual. Durante la noche enviaba todo esto a un servidor web externo. Allí estaban esperando los programadores, que se habían unido a través de foros anónimos en Internet y que ahora analizaban la información y descubrían las claves de acceso correspondientes a cada cuenta. De la misma manera se identificaban portátiles que tenían instalado Skype y otros programas de telefonía a través

de Internet. Las cámaras y los micrófonos se habían activado sin el conocimiento de sus propietarios.

Pero ahora, sorprendentemente, estaban empezándose a apagar todos estos ordenadores y los estaban privando de sus ojos y oídos en los centros de mando del enemigo.

En un e-mail del gabinete de crisis francés la búsqueda automatizada de palabras clave dio finalmente con una noticia. Procedía directamente de la oficina del Presidente. En ella se ordenaba a todos los trabajadores de las instituciones públicas que sólo encendieran los ordenadores y el resto de aparatos eléctricos cuando fuera absolutamente imprescindible, con el fin de no malgastar la electricidad de emergencia. En el plazo de pocas horas descubrieron mensajes semejantes en numerosos sistemas gubernamentales.

Esto era una sorpresa, y muy positiva, por cierto. Si en sólo una semana las autoridades más importantes se veían obligadas a economizar la electricidad de emergencia, el colapso total no podía tardar mucho más. Bien. Cuanto antes, mejor. Todo final era un principio. Como las ruinas de las viejas civilizaciones, que quedan engullidas por la jungla, así también los hombres iban a recuperar su vida.

Bruselas

Tuvieron que preguntar en dos ocasiones más y necesitaron más de una hora. Estaba anocheciendo cuando llegaron ante el enorme edificio, en cuya entrada unas letras gigantescas informaban: «Europese Commissie - Commission européenne».

En el interior brillaba alguna que otra luz. Solos o en pequeños grupos, había personas que entraban y salían del vestíbulo acristalado. Tras los vidrios, algunos hombres vestidos de azul oscuro que miraban hacia la calle.

Shannon contempló a Manzano desde la frente hasta los sucios zapatos. Parecía un pordiosero. Luego se echó un vistazo a sí misma y comprendió que ella no tenía un aspecto mucho mejor.

-Sí -dijo Manzano, leyéndole el pensamiento-, y seguro que también olemos igual. Pinta que les va a apetecer mucho recibirnos...

Aún no habían puesto una mano sobre la puerta cuando ya tenían delante a uno de los agentes de seguridad.

-Entrada sólo para el personal -explicó, en francés.

-Yo trabajo aquí -respondió Manzano, con firmeza, en inglés.

Intentó pasar a su lado, pero se topó con su brazo extendido.

-Su acreditación, entonces -exigió el hombre, ahora también en inglés.

-Acompáñeme hasta la recepción -ordenó Manzano.

La situación le recordaba demasiado a la que había vivido en Enel la mañana siguiente al inicio del apagón. En ese caso también se había tenido que abrir camino en una empresa en la que, al final, volvieron a echarlo a la calle sin ningún miramiento.

-Soy colaborador externo del CIM -explicó Manzano-. Puede preguntar por mí a Sonja Angström, por ejemplo. Trabaja aquí. Si no me deja pasar, tendrá usted muchos problemas, se lo garantizo.

El agente de seguridad vaciló.

-Venga conmigo.

Manzano respiró hondo. Shannon y él lo siguieron hasta un largo mostrador de recepción.

-Queremos ver a Sonja Angström, del Centro de Monitorización e Información -explicó Manzano al funcionario que estaba ahí sentado-. Dígale que ha llegado Piero Manzano.

El hombre tras el mostrador le dedicó una mirada crítica.

-Por favor -añadió Manzano, suavizando algo el tono al sentir en el cogote el aliento del agente de seguridad.

El conserje apretó un botón que tenía delante y habló en el auricular que llevaba a la oreja. Esperó y volvió a hablar. No les quitó los ojos de encima. Escuchó lo que le decía su interlocutor al otro lado de la línea y le dio las gracias en voz baja.

-Esperen allí -indicó a Manzano, señalándo un grupo de bancos pensados para las visitas.

El agente de seguridad no los siguió, pero no dejó de observarlos desde su puesto de vigilancia, frente a la puerta.

Angström salió del ascensor y recorrió el vestíbulo con la mirada. Tuvo que fijarse en él dos veces para reconocer a Piero Manzano. A su lado estaba sentada una mujer joven con el cabello revuelto, que le habría parecido bastante guapa en otras circunstancias. Al acercarse a ella, Angström también reconoció su cara.

-¡Piero! Dios mío, ¿qué os ha pasado? -Dio un paso atrás-. Y... qué olor...

-Lo sé. Es una historia muy larga. Ésta es Lauren Shannon, periodista americana.

-Oh, la conozco -reconoció Angström-. Fue la primera en informar sobre el ataque contra la red eléctrica, ¿verdad? Ahora entiendo de dónde obtuvo la información -dijo, sonriendo. Y luego, dirigiéndose a Shannon, añadió-: Piero es único...

-Shannon y yo nos conocimos en La Haya -aclaró Manzano-, gracias a François Bollard, ¿te acuerdas de él? Otra larga historia.

Angström se descubrió preguntándose involuntariamente si Manzano sólo habría vivido «largas historias» con la joven americana.

-¿Qué hacéis en Bruselas? ¿Otra historia? ¿O estás aquí por la Europol?

-Es posible que haya dado con una pista sobre los atacantes -respondió Manzano.

-¿Todo el mundo anda desesperado intentando descubrir quién puede ser el responsable de esta catástrofe, y resulta que tú ya lo sabes?

-Yo no he dicho que lo sepa. Pero es posible que tenga una pista. En su momento tenía buen olfato.

Angström asintió con la cabeza.

-Pero para ello necesito electricidad y una conexión a Internet. Pensé que quizá podríais ayudarme.

Angström rio con cansancio.

-Me haces mucha gracia. Aquí no puede entrar cualquiera y...

-Yo no soy cualquiera, Sonja -la interrumpió Manzano.

La desconcertó que la llamara por su nombre.

-¿Por qué no la Europol?

-Ellos me enviaron a Alemania. Desde allí esto era lo más cercano. Explicado en pocas palabras.

Angström suspiró.

-Bueno... algunos de nuestros compañeros no vienen a trabajar. Viven lejos, o tienen otras razones... hay puestos libres. -Se mordisqueó los labios-. Da igual, de todas formas todo esto está manga por hombro. -Con un gesto de cabeza les indicó que la siguieran-. Esto me lo puedo permitir con mi puesto. Pero primero os tengo que registrar y tenéis que daros una ducha.

-¡Encantados!

-Tenemos baños, que es el primer sitio al que vamos a ir. ¿Disponéis de alguna muda?

-Yo sí -respondió Shannon.

-Yo no -contestó Manzano.

-Quizá consiga algo para ti -sugirió Angström.

Estaban delante del mostrador.

-Dos pases de visitante, por favor -ordenó Angström al conserje de la nariz arrugada.

Le entregaron dos tarjetas de plástico, parecidas a las de crédito, que sus invitados podían colgarse de la ropa.

-¿Estáis en contacto con la Europol? -preguntó Manzano, de camino hacia los ascensores.

-En realidad, no.

-Me gustaría comprobar mis investigaciones antes de ponerme en contacto con ellos -le aclaró a Angström.

Ella lo miró con escepticismo, pero se limitó a decir:

-De acuerdo. Y en cuanto a ti -dijo mirando a Shannon, mientras subían al ascensor-, todo lo que veas y oiga aquí debe quedar en el más absoluto secreto. ¿Entendido?

-Desde luego -respondió Shannon.

Ratingen

-¡Los tenemos! -explicó la persona que llamaba por radio desde Berlín-. El equipo de vigilancia de una instalación transformadora de alta tensión los descubrió después de que hubieran provocado un incendio.

-¿Dónde?

-Cerca de Schweinfurt.

Schweinfurt. Hartlandt no intentó imaginarse lo lejos que estaba. Buscó en el ordenador el mapa de Alemania. A unos trescientos kilómetros al sudoeste de Ratingen.

-¿Y los han reducido?

-Hemos pedido un helicóptero de refuerzo. Está en camino y vigilará desde una altura segura. Los GSG 9 -la unidad de operaciones especiales de la policía alemana- ya está informada.

-Tengo que ir.

-El helicóptero aterrizará en veinte minutos en el aparcamiento de Talaefer.

Bruselas

Dos minutos. Ni uno más. Angström le había dejado muy claro que ése era el máximo permitido. Manzano nunca había disfrutado tanto de una ducha tan rápida. Cuando salió de la cabina con la toalla enrollada alrededor de la cintura, la sueca lo estaba esperando con un hatillo de ropa.

-Pantalón y camisa. De un colega que los tenía como reserva en un cajón, pero que hace días que no aparece. Te quedarán un poco cortos, pero son mejor que nada. Tus cosas las he tirado a la basura. Ninguna lavadora habría podido salvarlas. Aunque hasta eso tenemos aquí, porque instalaron algunas para los trabajadores.

Manzano intentó ponerse el pantalón de manera que ella no viera la herida de la pierna.

-¿Qué te ha pasado? -le preguntó ella, que por supuesto la vio.

-Una caída tonta -mintió.

-Tiene mal aspecto.

-A mí tampoco me gusta, la verdad. Pero dime, ¿cómo te va a ti? -le preguntó, cambiando de tema mientras se vestía.

-Bueno, prácticamente vivo aquí -le respondió, encogiéndose de hombros-. A casa sólo voy a dormir, y no siempre. Las líneas de emergencia para los trabajadores no funcionan bien. En bicicleta es una hora y media, una caminata. Pero bueno, así no cojo frío y hago deporte, porque me perdí las vacaciones de esquí.

-¿Sabes algo de tus amigas y del viejo Bondoni?

-Nada desde que nos fuimos -replicó, angustiada.

Delante de las duchas se encontraron con Shannon.

-No me iré nunca de aquí -suspiró la periodista, encantada, con unos tejanos limpios y un jersey.

-Pues me temo que sí -replicó Angström-. Tienes que venir con nosotros al CIMUE.

Manzano había imaginado que el Centro de Monitorización e Información de la Unión Europea, una de las unidades políticas más importantes del mundo, sería algo espectacular. Sin embargo, Angström los condujo a un pequeño despacho en la sexta planta.

-Esto es una pequeña sala de reuniones -les explicó-. Tenemos una red para invitados a la que te puedes conectar a través de la WLAN.

-No puedo. -Señaló su portátil-. La batería está vacía. Necesito un cargador. ¿Tenéis uno?

Angström rebuscó en una conexión y abrió un armario auxiliar.

-Aquí tienes dos portátiles, quizá alguno te sirva.

Manzano los probó y, efectivamente, pudo utilizar el cargador de uno de ellos..

-Si alguien os pregunta qué es lo que estáis haciendo -les indicó Angström- me lo enviáis.

-Tú diles que somos de los servicios informáticos. Aquí sois miles de trabajadores y seguro que hay muchísimos que no se conocen entre sí.

-Es cierto. Bueno, yo estaré dos puertas más allá. Me pasaré por aquí de vez en cuando.

Manzano se dejó caer en un sillón y encendió su portátil sobre su regazo.

Shannon se sentó al otro lado del escritorio.

-Cuando pienso que hay millones de personas que llevan una semana pasando lo que nosotros vivimos ayer... -comentó Shannon, y miró pensativa por la ventana-, me sorprende que ahí fuera no se haya desencadenado el apocalipsis.

-En parte ya es así -le aclaró Manzano-. Pero la mayoría de la gente está demasiado ocupada sobreviviendo. No tienen tiempo ni energía para alborotar.

El italiano dio un respingo cuando se abrió la puerta.

Era Angström, que entró con una bandeja y la dejó sobre la mesa.

-Café caliente y algo para comer. Tenéis pinta de necesitarlo.

Manzano tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de contención para no abalanzarse sobre la comida.

-Muchas gracias...

-Si pasa algo, como ya he dicho, estoy a dos puertas. Mi extensión es la 27. Hasta luego -dijo, y cerró la puerta a su espalda.

-Sólo falta que te de sus medidas -dijo Shannon con la boca llena, sonriendo-. Le gustas.

Manzano sintió que se estaba ruborizando.

A Shannon se le escapó una carcajada.

-¡Anda! ¡Ella a ti también!

-Déjalo. Tenemos que hacer.

-Tú tienes que hacer -replicó Shannon, divertida, y tragó un bocado-. Yo solo tengo que comer, beber café... -arrastró la silla al otro lado de la mesa y se puso a su lado- y mirarte.

Ratingen

Hartlandt corrió agachado bajo las hélices en marcha del EC 155 y subió al helicóptero en el que lo esperaban ocho hombres del GSG-9. El EC 155 era el helicóptero más pequeño y rápido a disposición de las unidades antiterroristas. Con su velocidad punta de trescientos kilómetros por hora alcanzarían su objetivo en una hora. Hartlandt aún no se había sentado del todo cuando la máquina empezó a elevarse. Uno de los hombres le entregó un casco para que pudiera comunicarse con los demás. Se pondría el chaleco antibalas poco antes del ataque. El comandante de la tropa le informó sobre la situación:

-Dos vehículos sin identificar se turnan en el seguimiento de los criminales. Nos comunicamos por radio. Hasta el momento no parece que se hayan dado cuenta de que los seguimos, o al menos no han emprendido ninguna maniobra de huida. El segundo equipo ya está a medio camino, pero se limitarán a seguirlos desde una distancia determinada, sin intervenir, hasta que lleguemos.

-Espero que los equipos de tierra no los hayan perdido para entonces.

-Aunque eso ocurriera, tenemos una buena descripción: un Mercedes Transporter verde militar.

-Muy listos. Si circula algún vehículo, tendrá ese color. ¿No podemos enviar algunos drones por delante?

-No hay ninguno estacionado a una distancia próxima. Y no habrá tantos Transporter del ejército en circulación por esa zona, descuida.

-No sólo tenemos que detener a los objetivos, sino que debemos interrogarlos.

-Ésa es la prioridad de la intervención.

-Está oscureciendo.

-No es ningún problema. El piloto puede navegar con aparatos de visión nocturna. No facilita el ataque, precisamente, pero la oscuridad aumenta las posibilidades de sorprenderlos.

Bruselas

A Shannon jamás le había sabido tan bien un simple bizcocho.

-¿Qué estás haciendo ahora? -preguntó a Manzano.

-¿Te acuerdas de la dirección IP sospechosa que descubrí antes de que la batería se me fundiera y nos robasen el Porsche?

-¿Ésa a la que tu portátil enviaba datos secretos cada noche?

-Exacto. Voy a conectar con ella.

Introdujo la dirección IP en el campo correspondiente del navegador de Internet. En la ventana del navegador aparecieron unos enlaces sobre la palabra «RESET», con dos campos, uno encima del otro, en el centro de la pantalla. El superior llevaba el nombre de «usuario» y el inferior «clave de acceso».

-Fíjate en esto -murmuró Manzano.

-Hasta aquí hemos llegado -comentó Shannon.

-No por mucho tiempo. Alguien está muy seguro de sí mismo.

-¿Por qué?

-Porque no ha trabajado con servidores anónimos o con otros métodos de ocultación. La persona que colocó los e-mails en mi ordenador trabajaba desde un sitio protegido con nombre de usuario y clave de acceso. Detrás de eso se puede esconder algo mucho más importante.

-O un truco.

-O un truco, cierto. Ya lo veremos.

-¿Qué es lo que vas a ver? No conoces el nombre del usuario ni la clave de acceso, ¿no? Pues se acabó. Qué desastre.

-Aún no se ha acabado nada...

Shannon sostuvo su taza de café con las manos y bebió un sorbo pequeño.

-¿En este caso, «RESET» se trata de una orden? -preguntó-. ¿O de un nombre? ¿O de qué?

-De un nuevo comienzo -murmuró Manzano.

Pasó el cursor sobre el nombre sin que ocurriera nada, pero no cliqueó sobre él por razones de seguridad. Quién sabía lo que podía esconderse ahí detrás.

-Primero voy a ocuparme del nombre de usuario y la clave de acceso -murmuró Manzano.

-¿Cómo quieres averiguar el nombre de usuario y la clave de acceso de una página que no conoces? No tienes ningún punto de referencia.

Alguien llamó a la puerta, y luego abrió sin esperar a que le respondieran y le dejaran pasar.

Tras la puerta apareció la cabeza de un hombre; llevaba gafas de diseño, y los miró, sorprendido.

-Oh, pensé... ¿Quiénes son ustedes?

-Departamento de informática -respondió Manzano-. Tenemos que arreglar

una cosa.

-Ah. Bueno, perdonen la interrupción.

Cerró la puerta y Manzano y Shannon pudieron seguir con su tarea.

-Volvamos al tema -insistió Shannon-, ¿cómo vas a descubrir el nombre de usuario y la clave de acceso de una página desconocida si no tienes ningún punto de referencia?

-Es posible que no los necesite -respondió Manzano, que introdujo otra dirección nueva-. Existen programas para personas que quieren entrar en ordenadores ajenos...

-¿Y se pueden conseguir en Internet con tanta facilidad?

-Efectivamente -confirmó Manzano, que no apartó la vista de la pantalla, donde le sonreía un joven con unas gafas enormes-. Como por ejemplo este: Metasploit.

-¿Qué es lo que hace?

-Con él se pueden realizar comprobaciones de seguridad...

-... o encontrar agujeros en la seguridad.

-Lo has captado. Espero que me dejen descargarlo.

Apretó el botón de descarga y al cabo de pocos segundos el programa estaba cargado. Manzano lo instaló y lo puso en marcha.

-¿Qué estás haciendo? -quiso saber Shannon.

-Introduzco direcciones IP sospechosas en el software. Después elijo los métodos con los que quiero comprobar las páginas. Voy a intentarlo con una inyección SQL. Te ahorro los detalles porque para ello necesitarías un cursillo de informática o de análisis informáticos. -Se echó hacia atrás-. Esto puede tardar un poco.

La Haya

Habían escogido una sala de reuniones especial en la que no había ningún ordenador excepto el de Bollard, que no estaba conectado a la red interna. Después de la presentación, Bollard iba a borrar todo rastro de antes de volver a conectar el aparato a la red.

-El hombre se llama Jorge Pucao -explicó Bollard-. Nació en 1981 en Buenos Aires y fue criado en la ciudad. Activo políticamente durante su etapa de estudiante, llamó la atención durante las manifestaciones contra el inicio de la crisis económica.

En la pantalla de la pared podía verse el rostro airado de un joven que estaba gritando y que alzaba el puño contra un contrincante invisible en medio de un grupo de rostros similares al suyo.

-Durante el punto culminante de la crisis, en el cambio de milenio, Pucao estaba estudiando ciencias políticas e informática en Buenos Aires, y estaba muy comprometido políticamente con las manifestaciones y con la organización de un servicio de intercambio que en aquella época fue muy popular en Argentina, porque el peso había perdido casi todo su valor a causa de la crisis económica y financiera, además de la bancarrota del Estado, y había empobrecido a gran parte de la clase media. En 2001, Jorge Pucao fue detenido durante las protestas contra la cumbre del G-8 en Génova.

Ni siquiera las poco favorecidas fotos policiales, que mostraban los rizos sudorosos de Pucao, podían ocultar su atractivo.

-Mientras tanto, su padre se suicidó como consecuencia de la crisis. Pucao regresó a su país e intensificó sus actividades. En esa época parece que no tiene un objetivo concreto; quizá estuvo probando las variantes que le parecían más interesantes, o quizá sólo quería divertirse.

En un muro gris de cemento parecía que el moho había formado como por arte de magia una frase escrita en castellano: «Cultivar la equidad».

Como experto en terrorismo, Bollard se había tenido que enfrentar a formas inocuas de protesta, como la Guerrilla Gardening, cuyos activistas mezclaban mantequilla y moho para pintar los muros de hormigón. El moho crecía alimentándose de la mantequilla y adoptaba la forma que se había dispuesto en la pintada. Así podían cobrar vida consignas como la que acababan de ver.

-Sus actividades iban desde la Guerrilla Gardening hasta la guerrilla sobre las comunicaciones, pasando por el apoyo a empresas basadas en la autoorganización, como ocurría con mucha frecuencia en esa época.

Una foto de grupo mostraba a personas jóvenes de todos los colores, entre ellos tanto rastas como estudiantes con camisas Oxford azules. En medio se encontraba Jorge Pucao, con los rizos peinados hacia atrás, mirada despierta y la camisa de color claro por encima de los tejanos.

-En 2003, Argentina había dejado atrás lo peor de la crisis y Pucao inició un

Máster en la School for Foreign Service de la Universidad de Georgetown, en Washington, uno de los mejores centros de formación para emprender una carrera política en organizaciones internacionales o caritativas. Pudo financiar los estudios gracias a su capacidad como experto independiente en informática, curiosamente en el ámbito de la seguridad online. En paralelo se unió al movimiento antiglobalización. Parece que se fue radicalizando, como demuestran un artículo y un supuesto manifiesto que publicó en su página web. Más tarde podrán revisar todos los documentos bajo el epígrafe «Pucao_lit» en la base de datos -añadió Bollard, con la esperanza de que los asistentes se animasen a hacerlo.

Él había hojeado algunos de los archivos, pero no había profundizado en ellos. Lo que le llamaba la atención a primera vista era la disciplina de la argumentación, que faltaba en la mayoría de los panfletos de los diversos radicalismos, cuyos discursos se perdían en palabras y acusaciones caóticas.

-En Estados Unidos también entró en contacto con grupos primitivistas. Para los que el nombre no les diga nada explicaré que, en esencia, sus partidarios pretenden volver al estilo de vida preindustrial, y muchos rechazan nuestra civilización. En cualquier caso, no parece que estos contactos fueran muy intensos. Sería sorprendente, teniendo en cuenta que Pucao se ganaba la vida con la tecnología más moderna. Pero ya nos hemos dado cuenta de que el muchacho es bastante ambivalente.

»En 2005 culminó con éxito sus estudios en Washington. Volvió a protestar durante la cumbre del G8 en los Gleneagles escoceses. De regreso a Estados Unidos, siguió trabajando como especialista en informática. Hay sospechas, pero ninguna prueba, de que en todos estos años también estuvo activo como hacker.

Llegó Bollard por fin a la foto de grupo de la Conferencia en Shangai que le habían enviado los alemanes.

-En 2006 participó en Shangai en una Conferencia sobre Seguridad en Internet. Hermann Dragenau asistió a la misma conferencia, como demuestra esta foto, en calidad de responsable de producto en Talaefer, un conglomerado tecnológico del que se sospecha que puede manipularse su software de control para centrales eléctricas.

-Si lo he entendido bien -preguntó el colaborador de Bollard, Christopoulos- ¿estamos elucubrando a partir del gran parecido de un perfil fantasmal con la foto de una persona que hace un par de años asistió a la misma conferencia que Hermann Dragenau, del cual creemos que pudiera tratarse de un terrorista?

-Bueno, tenemos alguna cosa más -respondió Bollard.

Proyectó una lista visualmente mucho menos espectacular de letras y números.

-Como todos sabemos, después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos empezó a almacenar los datos de los pasajeros de las líneas aéreas. Pues bien, desde 2007 la Unión Europea se

declaró dispuesta a compartir con Estados Unidos los datos de los pasajeros procedentes de o con destino a ese país. Por eso sabemos que entre 2007 y 2010 Pucao viajó frecuentemente de Estados Unidos a Europa, y también sabemos que su destino europeo más frecuente era el aeropuerto de Düsseldorf, a un tiro de piedra de la residencia de Dragenau. Pero aún hay más. En 2011 Dragenau pasó las vacaciones en Brasil. Disponemos de fotos y planes de viaje. En la misma época, Pucao voló al país y permaneció dos días allí. Demasiado poco para unas vacaciones, ¿no les parece?

-Pero no tenemos ninguna prueba de que se encontrasen -apuntó Christopoulos-. Y aunque las tuviéramos, eso no significaría nada.

-Eso es cierto, pero...

-Perdone que le interrumpa, pero hay algo más que me sorprende: si estos dos hombres son sendos genios de la informática y están planeando el Apocalipsis, es obvio que saben que todas sus actividades están dejando un rastro digital, ¿no? ¿Por qué no actúan entonces con más cuidado? ¿O por qué no desaparecen completamente?

-Quizá porque se sienten seguros -respondió Bollard-, o porque les da igual. De momento sólo podemos especular.

-Tampoco has mencionado nada más sobre sus actividades políticas durante los últimos años.

-A eso iba ahora. En este sentido, Pucao cambia sorprendentemente su comportamiento después de 2005. No vuelve a pisar el escenario en los acontecimientos de esos años, como por ejemplo los encuentros del G8 o similares, a lo que es necesario añadir que las protestas de los enemigos de la globalización se vuelven cada vez más débiles en esos años. También deja de publicar casi por completo. La última entrada política en su blog es del 18 de noviembre de 2005. Tampoco está activo en las redes sociales, al menos con un nombre que lo pueda identificar con claridad.

-Insinúas que esto puede deberse a dos razonesm ¿no? -reflexionó Christopoulos-. O bien ha renunciado a su compromiso o bien sigue adelante con su plan, pero no quiere llamar la atención...

-... porque está preparando algo en secreto. Exacto. Piensa en los atentados del 11 de septiembre de 2001. En primer plano, estudiantes -o similares- más o menos valientes que pasan desapercibidos, que se amoldan a las circunstancias, mientras planean en silencio el peor atentado terrorista desde el final de la Segunda Guerra Mundial. O piensa en el loco de Noruega en 2011.

-Pero a pesar de eso tenía que contar con que íbamos a dar con él.

-Por supuesto. Lo tenemos en las bases de datos. Pero desgraciadamente las fotos no son lo suficientemente buenas como para que el software de reconocimiento de rostros pueda establecer una identificación con nuestra imagen fantasmal.

-¿Cuántos millones ha costado el aparato? ¿Y no ha sido capaz de identificar ninguna de estas caras?

-Eso tendremos que averiguarlo.

-De todos modos, y aunque Pucao pertenezca realmente al grupo de atacantes, nos siguen faltando todos los demás -siguió diciendo Christopoulos, jugando a hacer de abogado del diablo, cosa que ya le parecía bien a Bollard-. Los dos solos no han podido organizar este ataque general.

-No. De ahí puedes deducir que, de momento, todos los servicios de inteligencia en Europa, Estados Unidos y los países amigos están investigando todos los contactos que puedan encontrar sobre Dragenau y Pucao.

-Siempre que estén en condiciones de hacerlo -suspiró Christopoulos-. Si la situación en Estados Unidos se parece a la nuestra, tendrán muchas dificultades para encontrarlos. Pero no porque sean terroristas, sino porque se encontrarán en algún gimnasio o en un centro comunitario durmiendo en un colchón en medio de cientos de personas, o estarán haciendo cola ante un centro de distribución de alimentos.

Bruselas

-No me lo puedo creer -susurró Manzano.

-¿El qué? -preguntó Shannon, también en un susurro.

-El campo para introducir el usuario... -explicó Manzano-. Es vulnerable. Quiero decir que uno puede atravesar el campo y acceder a los datos de la página web prácticamente sin un nombre de usuario.

-¿Cómo es posible?

-Pésimas medidas de seguridad por parte de los responsables.

-¿De qué datos se trata?

-Enseguida lo veremos.

En pantalla apareció una lista muy larga:

blond
tancr
sanskrit
zap
erzwo
cuhao
proud
baku
tzsche
b.tuck
sarowi
simon
...

-¿Qué es esto?

-Con un poco de suerte quizá se trate de una lista de los usuarios de la página web -respondió Manzano-. Y a continuación buscaremos las claves de acceso.

Descargó los datos en el ordenador y varios segundos más tarde los pudo abrir.

En la pantalla apareció una caótica ensalada de cifras y letras.

Downloaded table: USERS

sanskrit:36df662327a5eb9772c968749ce9be7b
sarowi:11b006e634105339d5a53a93ca85b11b
tzsche:823a765a12dd063b67412240d5015acc
tancr:6dedaebd835313823a03173097386801
b.tuck:9e57554d65f36327cadac052a323f4af
blond:e0329eab084173a9188c6a1e9111a7f89f
...

-Fíjate en esto... -comentó Manzano.

Alguien llamó a la puerta, que se abrió de golpe. Manzano cogió el portátil para cerrarlo con rapidez si era necesario.

Era Angström.

-Nos has asustado -le reprochó Manzano.

-¿Estáis haciendo algo ilegal?

-No. Hemos encontrado cosas muy interesantes.

-Ven aquí, mira -le indicó Shannon-. Lo que Piero tiene entre manos resulta fascinante, aunque totalmente incomprensible...

Angström miró la pantalla.

-Me parece increíble -comentó.

-A mí también -asintió Manzano-. ¿Cómo se puede ser tan descuidado? Mirad aquí -dijo y señaló el principio de las líneas-. Éstos son los nombres de usuario de esta página web, expresados con claridad y sin ninguna encriptación. Esto significa que podemos rellenar el campo superior. La combinación de números que llevan detrás son las claves de acceso o, dicho con mayor propiedad, y ése es el problema, los llamados «hash» de la clave, que dan como resultado su encriptación.

-Entonces no podemos seguir -concluyó Shannon.

-Es posible -reconoció Manzano, que volvió a hacer volar los dedos sobre el teclado-. Si los responsables han trabajado con limpieza, hemos llegado al final. Pero nunca deja de sorprender lo descuidados que pueden llegar a ser los profesionales en este ámbito, y, la verdad, visto lo visto...

Volvieron a llamar a la puerta. Angström se dio la vuelta, nerviosa, se acercó a ella y la abrió, pero sin dejar que nadie entrase en la sala. En el pasillo, Manzano reconoció al hombre con las gafas de diseño.

-Ah, siguen aquí... -comentó.

-Yo los he llamado, son de los servicios informáticos -explicó Angström.

Manzano pudo ver cómo el hombre intentaba echarles un vistazo a Shannon y a él por encima del hombro de Angström.

-¿Los servicios informáticos? -repitió el hombre-. Cuando yo los necesito, tardan semanas en aparecer. No hay como ser guapa...

-Muchas gracias -lo cortó Angström.

-Entonces será mejor que...

Lanzó una mirada a la sala y desapareció.

Angström cerró la puerta y regresó a la mesa.

-¿Qué quería?

-Me ha parecido muy curioso.

-Yo también lo soy -comentó Shannon-. Venga, dime, ¿qué son esos «hash»?

-Los «hash» se crean para que los datos pasen a través de un algoritmo y queden modificados, de manera que sea imposible una traducción inversa. Sólo se puede ir probando y se puede tardar una eternidad. Imagínate una clave de acceso de diez símbolos que puede estar formada por letras

mayúsculas y minúsculas, además de cifras. Dicha clave se puede modificar hasta ochocientos cuarenta billones de maneras diferentes. Eso significa que tienes que probar ochocientos cuarenta billones -¡billones! -de variantes. Está claro que para hacer algo así hasta el ordenador más rápido del mundo necesita un buen rato.

-Pero entonces... ¿cómo reconoce la página web que alguien ha introducido la clave correcta?

-A ver, cuando alguien introduce una clave, el algoritmo vuelve a calcular el «hash», es decir, esta ensalada de datos. Si coincide con los valores calculados la primera vez, la calve es correcta.

-¿El ordenador no compara las claves, sino los «hash»?

-Podría decirse así, sí.

-Y a pesar de eso, ¿cómo vas a conseguir las claves?

-Especulo con otras debilidades humanas. En primer lugar tengo la esperanza de que los programadores no hayan incorporado medidas de seguridad adicionales. Además, también espero que alguno de los usuarios fuera demasiado vago para introducir una clave demasiado larga o complicada. Cuanto más corta y simple sea la clave, menos probabilidades tendrá que probar quien intente robarla.

-Pero aun así no es suficiente.

-Para eso existen las llamadas «tablas arcoiris».

-Pareces un neurocirujano -opinó Angström.

-De hecho estoy operando el sistema nervioso de nuestra sociedad.

-¿Y eso de ahí qué es?

-Ahora estoy en una página web que es posible que me resuelva los «hash» a través de «tablas arcoiris».

-¿Y cómo funcionan esas tablas?

-En principio, alguien ha calculado los «hash» de todas las claves sencillas y los ha colocado en estas tablas. El ordenador mira a ver si ya conoce el «hash» concreto.

Con un gesto enfático apretó la tecla de retorno y esperó.

-Esto va a durar un rato.

Bruselas

-Te juro que está ahí sentada -dijo Daan Willaert a su colega, bajándose un vídeo de YouTube en la pantalla de su ordenador. El víedo mostraba a una joven de pelo castaño, sobre un fondo demasiado difuminado como para reconocerlo. Debajo de ella, sobreimpresa, la indicación «Lauren Shannon, La Haya», y algo más abajo, en un banner de fondo rojo: «Presunto ataque terrorista. Italia y Suecia confirman que sus...».

-Vale. ¿Y qué?

-Pues que Sonja ha dicho que son de los servicios informáticos, y que ha puesto todo su interés en que yo no entrara en la habitación.

-Porque quería trabajar y no charlar contigo. Ya tenemos suficiente que hacer como para...

-¿Cuánto hace que trabajas aquí?

-Ocho años.

-¿Y cuántas veces has llamado a los servicios informáticos y te han enviado a una chica guapa?

-Mmm...

-¿Lo ves? Apuesto a que ni siquiera hay mujeres.

-Machista.

-Realista

Willaert cogió la radio y llamó a un número.

-Hola, aquí el MIC. Quería saber si los refuerzos que he pedido están de camino.

-...

-¿O sea que no habéis enviado a nadie? Vale, pues ahora ya sé a qué atenerme.

-...

-No, no es tan importante, gracias.

Colgó y miró a su compañero.

No han llamado a nadie.

Volvió a coger la radio y marcó el número de recepción.

-¿Podríais decirme si Sonja Angström, del CIM, ha tenido visita esta mañana?

-...

-Ah, gracias. -Colgó-. Han venido a verla, sí, pero no eran de los servicios informáticos -dijo-. ¡Lo sabía!

-Otra vez un revoltijo de letras y números -dijo Shannon.

Al utilizar las tablas arcoiris para descifrar las contraseñas, Manzano obtuvo de nuevo una larga lista de cifras:

36df662327a5eb9772c968749ce9be7b:NunO2000

1cfdbe52d6e51a01f939cc7afd79c7ac:kiemens154
11b006e634105339d5a53a93ca85b11b:
99a5aa34432d59a38456ee6e71d46bbe:
9e57554d65f36327cadac052a323f4af:gatinhas_3
59efbbecd85ee7cb1e52788e54d70058:fusaomg
823a765a12dd8063b7412240d501acc:43942ac9
6dedaebd835313823a03173097386801:
8dcaab52526fa7d7b3a90ec3096fe655:0804e19c
32f1236aa37a89185003ad9722645e:plus17779
794c2fe4661290b34a5a246582c1e1f6:xinavane
E0329eab084173a9188c6a1e9111a7f89f:ribrucos

-Mira esto -le dijo Manzano.

-Al final de algunas de las filas -dijo Angström-, detrás de los dos puntos, aparecen algunas combinaciones de letras y números que parecen...

-Contraseñas. Exacto. Y no sólo lo parecen, sino que lo *son*. NunO2000, kiemens154, gatinhas_3, fusaomg... Como veis, la mayoría son cortitas, o bien resultan sencillas de recordar por algún motivo. Y hemos tenido suerte, porque no han utilizado ningún otro mecanismo de seguridad...

-En algunas filas no hay código -dijo Shannon-. ¿Significa eso que la tabla arcoiris no ha descifrado la contraseña?

-Exacto. Pero no importa, porque acabaremos sabiéndolas todas a partir de las que ya tenemos.

-¿Estás diciendo que ahora podrás meterte en esa página a la que tu ordenador enviaba datos cada noche?

-Eso mismo estoy diciendo, sí.

Manzano tecleó en el portátil, introdujo un número de usuario cualquiera y le añadió una de aquellas contraseñas:

Usuario: blond

Contraseña:ribrucos

-Enter.

-Y más listas y tablas -dijo Shannon-. ¿Qué significan? Ésta de aquí, por ejemplo.

Señaló una fila.

Tancrtopic 93rm4n h4rd $4b07493

-La primera palabra es el nombre del usuario que empieza la discusión. Ya la conocemos por la tabla de usuarios.

-¿Y el resto? -preguntó Angström.

-El asunto sobre el que se discutre. A mí me suena a «Leet», que es uno de los «idiomas» de los hackers. Se utiliza para no llamar inmediatamente la atención de los sistemas de control que posiblemente analizan el tráfico de datos. Es bastante primitivo, y, aunque es difícil de leer y escribir si no se está acostumbrado a ello, puede entenderse con relativa facilidad. De hecho, actualmente es tan conocido que hasta me sorprende encontrarlo aquí. Con el

«Leet» se trata de sustituir las letras por otros símbolos del teclado, como por ejemplo cifras, que se parezcan físicamente a la letra sustituida.

Abrió una nueva ventana en el ordenador y escribió la palabra «Leet».

-«Leet», por ejemplo, se escribiría así.

Escribió algo en el teclado, y en el odenador apareció: «L33T».

-Bien. Entonces, si leo 93rm4n, ¿qué creéis que debería leer en realidad?

-¡Por el amor de Dios! ¡Yo jugaba a esto en el cole, cuando era pequeña, con mis amigas! -gimió Shannon.

-Sí, bueno. La mayoría de los hackers son como niños juguetones... ¿Quieres descifrarlo tú?

-Tardaré horas...

Manzano escribió en su pantalla 93rm4n h4rd $4b07493.

-Creo que está escrito en inglés -dijo- y que pone «topic german hard sabotage». Veamos qué se esconde detrás.

Fecha: domingo, 10, 11.05 GMT
Tancr: 734m 1 0bj 9 (0nph1rm; 3xp3(7 0bj 10 70m0rr0w
Tzsche: 734m 2
Tancr: 0bj 12 (0nph1rm
Tzsche: 734m 3
Tancr: 0bj 7 (0nph1rm, 0bj 5, 6 p3nd1n9
Tzsche: 734m 4
Tancr: 0bj 7 (0nph1rm, 0bj 3, 6 p3nd1n9; 3v3r¥0n3 w3|| 0n 7r4(|{

-Os lo traduzco -dijo Manzano:

»Fecha: domingo, 10, 11:05 GMT
»Tancr: team 1 obj 9 confirm; expect obj 10 tomorrow
»Tzsche: team 2
»Tancr: obj 12 confirm
»Tzsche: team 3
»Tancr: obj 7 confirm, obj 5, 6 pending
»Tzsche: team 4
»Tancr: obj 9 confirm, obj 3, 6 pending; everyone well on track

»Tancr confirma los objetivos -sin especificar- de los equipos 1, 2, 3 y 4. Por algún motivo que desconocemos, los objetivos no tienen números correlativos. Y luego, para finalizar, comunica que todo funciona según lo previsto.

-Oye, ¿y podrías traducirlo de modo que supiéramos qué es lo que funciona según lo previsto?

-Para eso tendríamos que seguir leyendo el *Thread*. Quizá encontremos algo más.

Subió el cursor, fue pasando de pantalla y aparecieron cientos de líneas

nuevas.

-¡Caray, qué cantidad de conversaciones! Ah, mira, creo que empiezan aquí:

Fecha: lunes, 03 13.34 GMT
Tancr: 734m 2 0bj 1 (0nph1rm; w4171n9 ph0r 734m§ 1, 3, 4
-Es decir:
»Fecha: lunes, 03 13.34 GMT
»Tancr: team 2 obj 1 confirm; waiting for teams 1, 3, 4
»Bien, aquí confirma por primera vez un objetivo, y es para el equipo 2.

Manzano volvió a mover el cursor por las pantallas.

-Qué interesante. Al principio de todas las conversaciones aparece la fecha. En el primero, como veis, dice que es lunes día tres...

-Pero el pasado día tres no cayó lunes.

-Cierto. Y en la última conversación pone domingo día diez.

-Pero el domingo es hoy -dijo Shannon.

-Y no es día diez -completó Angström.

-¡Esperad, esperad! -dijo Manzano-, ¡Dejadme calcular!

-Contó en voz baja.

-El viernes de la semana pasada nos quedamos sin electricidad, ¿no? Eso quiere decir que han pasado...

-Diez días -intervino Shannon.

-De modo que las cuentas de esta conversación empiezan con el día cero del apagón.

-En ese caso... ¡El último mensaje tendría que ser de hoy!

-Si estamos en lo cierto.

-Pero seguimos sin saber en qué consiste cada objetivo.

Manzano cerró el diálogo y volvió a la lista original.

-Aquí hay varias conversaciones intercaladas.

-A propósito de conversaciones -dijo una voz grave desde la puerta-, la policía estará encantada de mantener una conversación con vosotros.

Angström se dio la vuelta. En la puerta estaba Nagy, director jefe del CIM, y junto a él tres gigantes vestidos con el uniforme oscuro propio de los agentes de seguridad. Antes de que Angström pudiera abrir la boca, los hombres entraron en la habitación y se acercaron a ellos. Por el rabillo del ojo, la chica pudo ver a Manzano tecleando algo en el ordenador y cerrándolo inmediatamente. Un segundo después, uno de los hombres lo cogía a él y otro a la americana, y les llevaban los brazos a la espalda con tan poca delicadeza que Shannon gritó de dolor.

-¿Qué hace esta gente aquí? -preguntó Nagy con voz de pocos amigos-. No trabajan en nuestros servicios informáticos.

-No -dijo Manzano-, es que acabo de...

-El agente de seguridad lo apretó del brazo y se lo subió hacia la nuca, de modo que Manzano se quedó callado con un gesto de dolor en la cara.

-¡Soy una ciudadana de los Estados Unidos! -dijo Shannon- ¡Exijo hablar con algún diplomático o representante de la justicia de mi país!

Angström notó que la sangre se le helaba en las venas. Buscó a Manzano con la mirada, pero éste se limitó a mover la cabeza hacia los lados. No sabía qué decir para deshacer aquel entuerto. Esa mañana, cuando vio aparecer a Manzano en aquel estado tan lamentable, se preocupó por él y se alegró mucho de verlo. Más de lo que ella misma había imaginado. Confiaba en él. Le gustaba.

-Este hombre trabaja para la Europol. Gracias a él se descubrió el verdadero detonante del apagón -dijo, con la voz temblorosa. No sabía por qué estaba tan emocionada. No era propio de ella. Intentó recobrar la compostura para continuar-. Y hace apenas unos minutos ha descubierto un portal de comunicación de los agresores.

En cuanto acabó de hablar, la sangre volvió a fluirle por las venas. ¿Cabía la posibilidad de que Manzano la hubiese engañado? ¿De que él mismo se hubiese inventado todo aquello?

-Escuche, señor Nagy -añadió-, esto que tenemos entre manos es muy im...

Nagy hizo un gesto al guardia de seguridad que quedaba libre, y éste la cogió por la espalda del mismo modo que habían hecho con los otros dos.

-... portante.

Se calló al notar el dolor en el brazo.

-Cuéntenle su historia a la policía -dijo Nagy.

EC 155

La tropa terrestre informó sobre su ruta. EC 155 tardó todo el día en recorrer el trayecto, y cuando llegó ya había oscurecido. Volaban lo suficientemente alto como para que los objetivos no oyeran el ruido del helicóptero. Con la lámpara de visión nocturna instalada en su casco, Hartland revisó la carretera, que se extendía bajo él como un estrecho sendero, en busca del vehículo que la estaba recorriendo. Llevaba puesto el chaleco antibalas.

-Los tengo -dijo el copiloto-. A la una, a unos doscientos metros.

Hartlandt miró hacia la izquierda, donde la carretera dibujaba una curva y desaparecía precisamente de su campo de visión.

-Equipo 2, ¿estáis listos? -preguntó el comandante al responsable del segundo helicóptero.

-Vía libre -le respondió una voz-. En dos kilómetros, buen momento para la ofensiva: tres curvas cerradas en las que se verán obligados a reducir la marcha. Un consejo: ataquen justo antes de la tercera curva.

-Entendido, equipo 2, gracias -respondió el comandante.

El coche que avanzaba bajo ellos iba a unos noventa kilómetros por hora. Hartlandt hizo un cálculo rápido y concluyó que no daba tiempo a explorar la zona con su helicóptero. No les quedaba más remedio, pues, que confiar en que el segundo equipo -que llevaba más de veinte minutos sobrevolando esa misma zona- hubiese revisado bien la zona y hubiese hecho el adecuado análisis de la situación.

Hartlandt vio a sus hombres preparándose para atacar: comprobaron las armas, el cierre de sus chalecos y la colocación de sus cascos. Mientras tanto, el equipo de comandantes coordinaba y gestionaba los últimos movimientos de todos ellos, gritando por encima del ruido del motor.

-¡Desciendan! -ordenó Hartlandt.

Ahora todo debía suceder con la máxima precisión. Los pilotos tenían que bajar los helicópteros a tierra en muy pocos segundos, para coger desprevenidos a los que iban por la carretera.

Hartlandt veía el suelo cada vez más cerca, y también al segundo helicóptero, que estaba llevando a cabo la misma operación que ellos, y tragó saliva.

Cuando estaban a unos sesenta metros sobre el vehículo, los pilotos encendieron sus focos y el camión quedó completamente iluminado.

Hartlandt lo vio frenar inmediatamente, mientras los helicópteros se le acercaban cada vez más. El estómago se le subió definitivamente a la garganta cuando el filósofo se posó en el suelo y se situó justo detrás del vehículo. El segundo helicóptero hizo lo propio pero por delante, de modo que el conductor no tuvo más remedio que detenerse, no sin antes intentar por todos los medios avanzar y retroceder bruscamente, para ver si alguno de ellos se

blandía en retirada... Cosa que no sucedió, por supuesto.

Se abrieron las puertas y los hombres de GSG-9 salieron de los helicópteros. Hartlandt sintió el duro asfalto bajo sus suelas y empezó a caminar. Con el ruido de las hélices habría sido inútil gritar las órdenes o los siguientes movimientos, así que todos llevaban cascos con pinganillos.

Hartlandt avanzó hacia el camión.

En aquel momento se produjo un peligrosísimo fuego cruzado, y el criminalista gritó:

-¡No disparen! ¡No disparen!

La puerta del copiloto se abrió y del camión cayó un cuerpo, que se quedó inmóvil en el suelo. Tras el vehículo, un grupo de policías se arrodilló a controlar la retaguardia. Uno de ellos se abrió paso hasta el vehículo, apartó el arma del cuerpo caído y lo cacheó rápidamente en busca de más armas, mientras que otros compañeros se dirigían hacia el asiento del conductor.

Por el pinganillo le dieron la información que estaba deseando no recibir:

-No tiene pulso.

Dos miembros del GSG-9 subieron al vehículo y echaron un vistazo a la parte de atrás.

-¡Esto es seguro! -gritaron en el pinganillo.

-El piloto también está muerto -confirmó alguien más.

Efectivamente, el hombre también yacía sobre la carretera y había sido alcanzado por numerosos proyectiles. Tenía la cara deformada y ni siquiera podía decirse a qué etnia pertenecía. Bajo él, un charco oscuro y cada vez mayor. Pocos secretos iba ya a poder confesarles...

Indignado, Hartlandt dio un rodeo al camión y pidió a los especialistas que le rindieran cuentas del tiroteo. La respuesta fue muy poco original: que los otros habían abierto el fuego y no les había quedado más remedio que defenderse.

¿Qué esperaba? ¿Haberlos sorprendido de tal modo que se rindieran, sin más?

-¡Aquí hay otro cuerpo! -oyó decir por el pinganillo.

Algo alejado del camión, otro hombre yacía de un modo muy similar al primero, y, varios metros más allá, un tercero que había intentado escapar. Dos policías se arrodillaron a su lado; en seguida llegó otro con un maletín de primeros auxilios, pues el tipo aún seguía vivo, aunque la cosa pintaba muy mal. Había sido alcanzado por varias balas. Hartlandt se acercó a él y lo miró. Parecía centroeuropeo, aunque llevaba el pelo tan corto que el criminalista no supo ver de qué color era.

Volvió al camión.

Varios soldados se habían unido a los especialistas del GSG-9. Aunque el comandante no tenía autoridad sobre los miembros del ejército, les recomendó que cerraran los accesos a aquella carretera. No es que quedase ya mucho tráfico activo en ningún sitio, pero más valía prevenir... Los hombres le obedecieron sin dilación. No toda la disciplina estaba perdida, pensó

Hartlandt, sintiendo por unos segundos un atisbo de esperanza.

Entretanto, algunos de los policías habían rodeado el camión y abierto sus puertas traseras con mucho cuidado. En su interior encontraron decenas de bidones y paquetes. Hartlandt estaba seguro de que eran aceleradores de fuego o explosivos. En una gran bolsa encontraron alimentos y sacos de dormir. La cantidad de los suministros era muy modesta, lo que les hizo pensar que los saboteadores debían de estar al final de su viaje, o bien cerca de un lugar en el cual repostar.

Un segundo grupo echó un vistazo a la cabina del conductor. En ella descubrieron dos portátiles, que más adelante tendrían que examinar con todo lujo de detalles, pero el primer descubrimiento importante que hicieron aquella noche fue el de un mapa de carreteras europeas, arrugado y sucio, en el que, con una línea de color lila, estaba marcada toda la ruta de los saboteadores. Así pudieron ver que aún estaba previsto hacer estallar otras dos torres de alta tensión de Alemania antes de entrar en Austria y pasar a Hungría y Croacia, donde acababa el mapa, pero, según parecía, no los sabotajes. Sobre la línea lila se veían tres tipos de señales que Hartlandt no tardó en descodificar:

-Esto de aquí son las torres de alta tensión -dijo, señalando unos cuadraditos. El que quedaba más al norte estaba sobre Dinamarca, y el más cercano a ellos, en el primer objetivo alemán: Lübeck-. Los han quemado. Los triángulos, en cambio, equivalen a postes de alta tensión. Este de aquí, por ejemplo, el que está entre Bremen y Cloppenburg, ya ha sido saboteado. Y luego están los círculos, en los que no tenemos ni torres ni postes ni nada que llame la atención, así que supongo que serán lugares en los cuales repostar.

-Sí, está claro que tienen que repostar -dijo el comandante-. Con eso de ahí atrás -añadió, señalando el camión intervenido- no habrían podido hacer saltar por los aires tantos objetivos hasta ahora... Ni podrían afrontar los que aún tenían pensado cometer.

-Por ahora no hemos encontrado ninguna llamada telefónica ni otros medios de comunicación -dijo uno de los soldados, interrumpiéndolos.

-No los necesitan -respondió Hartlandt-. Si se ciñen a su ruta saben lo que tienen que hacer en todo momento.

-Quizá en cada parada pueden comunicarse con sus jefes...

-Para ello tendrían que tener una radio, que es lo único que funciona, pero me parecería muy poco rentable que hubieran colocado una en cada parada. En caso de querer comunicarse, sería mucho más fácil hacerse con una móvil y llevarla encima.

Se les unió un policía.

-Ya hemos podido cotejar la matrícula y el vehículo con nuestras bases de datos. La primera fue robada hace dos semanas en Flensburg; el camión, hace cuatro meses en Stuttgart.

-¿Y qué esperabais? -les preguntó Hartlandt.

Esos hombres eran profesionales, o al menos estaban dirigidos y

coordinados por quienes lo eran.

Unos flashes empezaron a iluminar durante unas décimas de segundo todo aquel escenario, más allá de los focos del helicóptero: un policía estaba haciendo fotos. Para empezar inmortalizó a las víctimas, y a continuación retrató la imagen de sus huellas dactilares, que inmediatamente pasó al banco de datos de la Europol, la Interpol y los servicios de reconocimiento de la policía.

-Aquí está el segundo mapa -dijo el comandante.

-¿De verdad pensaban que iban a llegar hasta aquí?

-Quizá pretendieran engañarnos con hechos falsos -dijo Hartlandt-, o quizá eran fanáticos de algún tipo...

Por el rabillo del ojo vio a los dos policías luchando por salvar la vida de aquel agresor. Ojalá lo lograran.

Bruselas

-¡Calma! -dijo el policía, pasando el pulgar de Manzano por la tinta y luego por el cuadradito reservado a las huellas dactilares del formulario que tenía frente a sí.

-No hacía falta que me ensuciaran el dedo para saber quién soy -dijo el italiano-. Yo se lo habría dicho encantado, pero no me lo han preguntado.

El funcionario le ofreció una toallita mojada.

-No es suficiente -respondió Manzano-. Quiero lavarme las manos.

O el del uniforme no hablaba inglés, o tenía -y cumplía- la orden de no hablar con Manzano.

El hombre se levantó y dio la vuelta a la mesa, para indicar a Manzano que se levantara. Lo condujo entonces por un pasillo más bien estrecho, con varias puertas gruesas a cada lado, hasta una pequeña celda que quedaba al final. No debía de medir más de tres metros cuatrados y en ella se apelotonaban ya siete personas. El olor que salía de ahí dentro lo dejó sin respiración. El policía lo empujó en su interior sin dirigirle la palabra y cerró la puerta tras él. Manzano se quedó de pie ahí en medio, intentando contener las ganas de vomitar. Hacerlo sobre los que ya estaban dentro no le parecía la mejor manera de hacer nuevos amigos...

Los siete hombres que estaban ahí encerrados lo miraron con gesto cansado. Todos llevaban una barba mal cuidada, como Manzano. Éste aspiró el aire entre los dientes, apoyó la espalda en la puerta y se sentó en el suelo, arrastrándola hasta abajo.

-*I'm Piero Manzano* -dijo.

Dos de los hombres le hicieron un gesto con la cabeza. Al resto parecía darles igual.

Estuvieron un rato en silencio, hasta que al final Manzano preguntó si alguno de ellos hablaba inglés o italiano.

-Inglés -dijo un joven-. ¿Por qué lo han arrestado?

-Es una historia muy larga -suspiró Manzano.

-Tenemos tiempo -respondió el joven.

-Pero no tenemos ganas de oírla -dijo un anciano con voz gutural-. ¡Así que cállate la boca!

Manzano maldijo su suerte en su fuero interno. Era más que probable que acabara de dar con una pista para encontrar a los autores de esta catástrofe, y en lugar de estar yendo tras ellos tenía que soportar el hedor de una celda de mala muerte. Ahora se arrepentía de haber borrado las huellas de sus descubrimientos antes de cerrar su ordenador. ¿Sería Angström capaz de explicar a la policía lo que habían descubierto?

-¿Me oiría alguien si me pusiera a gritar? -preguntó Manzano al joven.

-Si hacemos alboroto suelen venir a ver qué pasa, aunque no siempre.

-¿Qué tipo de celdas son éstas? -preguntó Manzano-. Porque están pensadas para una persona, ¿no?

-Son celdas de desintoxicación -respondió el joven-. Pero como no hay suficientes policías ni agentes de seguridad... nos meten aquí aunque nos hayan pillado intentando conseguir alimentos o agua para nuestras familias. -Se encogió de hombros antes de continuar-: Se ve que cada tarde se llevan a todos los presos a la central.

-Pues ya es la tarde.

Justo en ese momento, Manzano notó la puerta abriéndose tras su espalda. Hizo un esfuerzo para no perder el equilibrio, levantó la mirada y se hizo a un lado al ver al policía. Llevaba una escopeta colgada del pecho, y tras él iba otro hombre armado.

Dio una orden y todos los de la celda se levantaron y salieron de allí, pasando prácticamente por encima de Manzano.

En el pasillo los esperaba el resto de presos, dispuestos en dos filas paralelas a la pared. A la izquierda, una fila de mujeres. A la derecha, una más larga, de hombres. A la cabeza de la de mujeres vio a Shannon y a Angström. Tenía unos remordimientos horribles de haber arrastrado a Angström en todo aquello.

Un agente gritó algo que Manzano no entendió y todos se pusieron en movimiento.

Al salir del edificio, las mujeres fueron metidas en un micro bus, y los hombres en uno más grande y con barrotes en las ventanas. Los custodiaban cuatro policías armados hasta los dientes. Bajo los asientos había cadenas con grilletes para los pies, y cada uno de ellos recibió la orden de ponerse el suyo. Luego los policías comprobaron que lo hubieran hecho y se los cerraron con llave.

Como asesinos en serie, pensó Manzano. Miró por la ventana y vio pasar las fachadas oscuras de los edificios entre los barrotes. Los únicos vehículos con los que se cruzaron eran los tanques militares, y casi las únicas personas eran soldados. La mayoría llevaba linternas, o en la mano o en el casco. Como en una maldita película del fin del mundo, pensó. En el futuro sólo miraré comedias absurdas y ligeras. Suponiendo que haya un futuro, claro.

Cerca de Nürenberg

El foco del helicóptero iluminó una cabaña en mitad de un prado. Debía de medir unos cinco metros cuadrados, calculó Hartlandt. El piloto posó el aparato varios metros más allá.

En cuanto las cuchillas tocaron el suelo, Hartlandt y los hombres del GSG-9 saltaron a tierra y se alejaron del campo de acción de las hélices, agachados, hacia la cabaña.

El motor del helicóptero remitió y fue disminuyendo hasta desaparecer. Los hombres de la unidad especial recorrieron con especial cuidado los últimos metros hasta la cabaña. Colocaron una microcámara en un cable y la pasaron por el quicio de la puerta. En una pantalla vieron las imágenes de una sala vacía. Sólo había algo de paja en el suelo, pero nada más.

-¡Es seguro! -dijo, al fin.

Dos hombres rompieron la puerta de madera con un tronco bien grueso, y el resto entró tras ellos, iluminándolo todo con linternas. La cabaña estaba vacía. Apartaron la paja con los pies, por si acaso, y uno de ellos exclamó:

-¡Aquí abajo hay algo!

No tardaron en encontrar la pequeña argolla que abría una puertecita en el suelo.

Una vez más, metieron primero el cable con la cámara. El pequeño ojo automático les mostró varios paquetes envueltos en papel transparente en el lado izquierdo, y bidones en el derecho. También había tres bolsas con latas de conservas envueltas en papel transparente. La cámara lo observó todo.

El tipo de la cámara dio el *ok* y echaron la puerta abajo. Dos de los hombres se arrodillaron sobre los paquetes, cortaron el papel transparente y analizaron el contenido.

-Explosivos -dijo uno de ellos-. Sin marcar. No sabremos de qué se trata hasta que acabemos de analizarlo.

Los bidones estaban llenos de carburante.

-Explosivos, combustible, alimentos -dijo el comandante-. Eso es todo.

-Nada de teléfonos o radios -dijo Hartlandt.

-No. Estaban solos y la idea era, por lo visto, que siguieran así. El rastro se acababa aquí.

Bruselas

El autobús se detuvo ante un edificio levemente iluminado. Bueno, pensó Manzano, al menos tendrían algo de electricidad. Se abrió una enorme puerta de hierro, y el vehículo entró en un patio interior. Detrás de él, el microbús con las mujeres hizo lo propio.

El patio interior estaba rodeado por un edificio cuadrado de tres plantas. El vehículo de las mujeres giró hacia la izquierda, y el suyo siguió recto y pasó bajo un gran arco de piedra. Allí los esperaba una cadena de policías armados. Los que estaban en el autobús les soltaron los grilletes y les gritaron que se levantaran. Todos obedecieron inmediatamente. Bajaron y fueron conducidos por un pasillo en cuyo final los esperaban otros agentes ante una gran puerta. La abrieron y dieron paso a una enorme y árida sala de la que emanaba -como no podía ser de otro modo- un hedor insoportable. Los obligaron a entrar allí y alguien cerró la puerta a sus espaldas.

En el techo brillaban cuatro lámparas de neón, de las cuales dos parpadeaban continuamente. Era enervante. La luz era tan insuficiente que las esquinas de la sala quedaban a oscuras. Manzano reconoció la silueta de varias literas de metal repartidas por toda la sala. Y estirados en ellas, o de pie entre ellas, un montón de hombres. Debían de ser varios centenares.

No quiero estar aquí, pensó Manzano.

Se quedó inmóvil junto a la puerta, igual que el resto de los recién llegados, y esperó a ver qué más podía pasarle. Los guardias de la prisión no les habían dado ninguna indicación ni adjudicado ninguna litera. Los hombres que yacían en las literas más cercanas a la puerta les dijeron algo en un tono muy poco amable. Manzano no entendió ni una palabra, pero por los gestos de los que se acompañaron estaba claro: les sugerían no moverse de donde estaban.

-No quedan camas libres -le dijo el joven de la minicelda anterior.

Uno del grupo hizo alguna pregunta, y el joven siguió traduciendo para Manzano.

-Los presos de varias cárceles de Bruselas han sido evacuados aquí, o mejor dicho, abandonados aquí. En todas las salas y celdas hay un exceso de ocupación. Este espacio en el que estamos, de hecho, era el pabellón, y aquí estamos todos mezclados: desde los que han robado algo de comida hasta los asesinos en serie, pasando por los carteristas o los ladrones a gran escala. Será mejor que nos portemos bien y hagamos cuanto nos digan.

No había acabado de decir aquello cuando se les acercó un grupo de hombres que a Manzano no le gustó nada. Eran doce, todos igual o más altos que él, y todos perfectamente musculados. Cuando los tuvo más cerca pudo ver la cantidad de tatuajes que cubrían sus brazos, hombros, cuellos y hasta partes de las caras o las cabezas rapadas. Al verlos pasar, el resto de los presos se hizo a un lado.

El tipo más musculoso del grupo, sin lugar a dudas el cabecilla, se acercó al más avanzado de los recién llegados y le preguntó algo. Éste, un hombre bajo y gordo de la edad de Manzano aproximadamente, se retiró en seguida. La montaña de músculos repitió su pregunta al siguiente hombre del grupo y éste le respondió atemorizado, negando aparentemente con la cabeza. Entonces el cabeza rapada le propinó un puñetazo tan fuerte en la cara que el hombre perdió el equilibrio y tuvo que ser sujetado por dos de los que estaban detrás de él. Con los ojos anegados en lágrimas y la mano en la mejilla ensangrentada, el desdichado recuperó el equilibrio. El tatuado hizo entonces una señal a sus hombres y éstos lo cogieron por los brazos mientras él mismo empezaba a rebuscar en sus bolsillos. Al no encontrar nada, le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones. Sus ayudantes le dieron la vuelta, y cuando el hombre empezó a gritar de puro espanto, el cabecilla le pegó una patada seca entre las piernas. Eso le hizo callar inmediatamente. Después, el cabeza rapada le bajó los calzoncillos y le separó brutalmente las nalgas. Uno de los tatuados iluminó con una linterna el ano de aquel desgraciado, y el musculoso lo penetró de un golpe seco, duro, inclemente. La víctima lanzó un grito inhumano, y entonces el cabecilla salió de él y volvió a pegarle una patada. El hombre cayó al suelo y allí se quedó doblado, sollozando, en posición fetal, mientras el calvo se dirigía al siguiente del grupo.

Manzano notó que el pulso se le aceleraba.

El monstruo cogió a su siguiente víctima por el cuello y gritó algo dirigiéndose a todos. Manzano no lo entendió, pero vio que la mayoría empezaba a buscar en sus bolsillos, y él hizo lo propio. Entonces el resto de los tatuados hizo una fila y empezó a pasar junto al agresor y al tipo que tenía cogido del cuello. La gracia consistía en cachearlo uno por uno, intercalando patadas y puñetazos como había hecho el cabecilla con el primero. Sólo se libró del broche final. Eso sí: con los pantalones bajados hasta los tobillos, el pobre hombre fue dando pasitos y cayendo de un lado a otro mientras ellos lo empujaban y se lo pasaban como si fuese un muñeco de trapo. Manzano cerró los ojos y se preguntó si todos ellos tendrían que pasar por la misma tortura. Le dolía la pierna, notaba el sudor en la cara, en el cuello, en las manos, bajo las axilas... estaba mareado y no descartaba perder el conocimiento en cualquier momento, aunque sólo fuera porque su cuerpo no tenía ya más capacidad de sufrimiento. Pero en lugar de desmayarse cojeó hasta el pobre desgraciado que seguía en posición fetal en el suelo, se arrodilló a su lado y le dijo:

-Venga, ya ha pasado.

Intentó levantarle los pantalones, pero el hombre lo rechazó, aterrorizado aún y creyendo que aquello podía ser otra burla. Manzano dejó de ayudarlo, pero se quedó allí, hablándole con amabilidad. Otro del grupo, al verlo, se arrodilló junto a ellos e hizo lo mismo.

El cabecilla, al verlo, cogió a Manzano del cuello y lo sacudió de un lado a otro como si fuera de papel. Le gritó y se rio de él. Manzano sólo entendió

una palabra: «samaritano». El tipo vio la herida de Manzano, le pegó un puñetazo en pleno centro y le preguntó algo.

-*I don't understand you* -dijo Manzano, intentando disimular el insoportable dolor que sentía.

Sorprendido, el cabecilla se dio la vuelta para decir algo a sus secuaces, que inmediatamente dejaron de cachear al resto, miraron a Manzano y se rieron.

-*I have nothing* -dijo Manzano, señalando sus bolsillos.

El tío lanzó a Manzano hacia un lado, y todos los tatuados hicieron un círculo y empezaron a pasárselo y a darle puñetazos y patadas como habían hecho con el tipo anterior. Cuando le bajaron los pantalones y le vieron el bendaje, del que salía mucha sangre, uno de ellos le preguntó.

-*What is that*?

-*Police shot me* -respondió Manzano.

El hombre lo miró y volvió a empujarlo, pero esta vez con menos fuerza que antes. Y cuando Manzano cayó al suelo, el cabeza rapada hizo una señal al resto del grupo para que lo dejaran en paz.

Mientras la juerga seguía con la siguiente víctima, Manzano buscó una esquina en la que fundirse y desaparecer. La pierna le dolía más que nunca, estaba absolutamente agotado y no podía dejar de pensar en Shannon y en Angström. Ojalá la sala de las mujeres no tuviera nada que ver con ésta... Durante unos instantes pensó en organizar una resistencia. En convocar a un grupo de hombres fuertes que se enfrentara a aquellos cerdos inhumanos. Al fin y al cabo, allí había cientos de personas y los tatuados no eran más de una docena. Pero pronto tuvo que admitir que tenía demasiado miedo de que lo descubrieran antes de haber reunido a la cantidad de gente suficiente. Toda su vida había jugado a ser un héroe, pero ahora ya tenía suficiente. De modo que se quedó quieto sin hacer nada... pensando en todo lo que le haría a aquel hijo de puta si tuviera la oportunidad de recuperarse.

Día 10. Lunes

Bruselas

Lo despertaron un griterío y un estruendo terribles, y antes de abrir los ojos reconoció el extraño olor que lo impregnaba todo, por encima incluso de la peste.

Fuego.

Sobrecogido, se apoyó en una litera para ponerse de pie e inmediatamente vio las llamas, de más de un metro de altura, justo en el centro del pabellón. El fuego, muy negro, se elevaba hacia el techo, donde quedaba condensado como una nube amenazadora y mortal.

La mayoría de los presos había ido hacia las paredes del pabellón y muchos golpeaban la puerta con fuerza, gritando, chillando, rugiendo. Algunos lanzaban colchones sobre el fuego, no sabría decir si para apagarlo o para alimentarlo, pero el caso es que el humo era cada vez más denso y empezaba a bajar lentamente desde el techo.

Las ventanas estaban a unos seis metros de altura. Algunos empezaron a montar pirámides de camas bajo ellas, y cuando las alcanzaron rompieron los cristales e intentaron escurrirse al exterior, pero era imposible: eran tan estrechas que ni el niño más pequeño podría colarse y ecaparse por allí.

Cada vez había más presos golpeando la puerta, y también otras puertas menores que Manzano ni se había dado cuenta de que existían. Empezaron con los puños y las suelas de los zapatos, y pronto lo intentaron con las barras de las literas, o con las literas enteras, si era necesario.

El humo empezaba a resecarle el cuello. Los presos tosían a su alrededor y se cubrían la boca y la nariz con pañuelos o trozos de ropa.

De pronto, algunas de las pirámides de camas empezaron a arder también.

Apretado contra una pared, aturdido y perplejo, Manzano observaba todo con los ojos anegados en lágrimas.

Se oyeron disparos.

La puerta grande se entreabrió ligeramente, y todos los presos se precipitaron hacia allí. Se oyeron más disparos, pero quedaban muy amortiguados por el griterío y todo el ruido que provocaba aquel horror. Cada vez había más presos presionando contra la puerta. Avanzaban a trompicones hasta que se oían disparos, y entonces paraban unos segundos y volvían a empezar de nuevo... Hasta que la puerta se abrió del todo y ya ni los disparos pudieron frenar la avalancha de presos despavoridos que buscaban una fecha nueva para su cita con la muerte.

En la sala el humo era cada vez más denso, y la corriente que se formó entre las ventanas rotas y la puerta abierta no hizo sino empeorarlo todo aún más. Las llamas pasaron de una litera a otra, insaciables.

Qué fantástica tesitura, pensó Manzano, escoger entre morir ahogado, quemado o de un disparo. Aunque, ahora que lo pensaba, fuera se oían menos

disparos, como si provinieran desde mayor distancia. A cuatro patas, manteniéndose justo por debajo del humo negro, se dirigió hacia la salida dejando las enloquecidas llamas tras él.

Junto a las puertas había decenas de heridos, o quizá muertos, ensangrentados. Nadie se ocupaba de ellos. Nadie los atendía. Manzano pasó también junto a dos cuerpos inertes con uniforme. ¿Habrían matado los presos a los policías y luego se habrían hecho con sus armas? Protegido por la masa enloquecida llegó hasta la entrada del patio. Bajo el arco de piedra había varios hombres armados y acuclillados, apuntando al exterior y disparando. Empezaron a llegar refuerzos cuyas sirenas se abrían paso sobre todo aquel estruendo.

Manzano se estiró en el suelo y miró a su alrededor. No había modo de escapar. No le quedaba más opción que quedarse ahí escondido y esperar a que todo hubiese acabado.

Los presos armados intentaron llevar a cabo una evasión desesperada, y salieron de allí corriendo y disparando en todas direcciones. Uno fue abatido, tropezó, se cayó; otro avanzó cojeando y también cayó; nuevos presos cogieron sus armas y siguieron desde donde ellos se habían quedado.

Por el otro lado del patio un hombre se precipitó al vacío desde una ventana. Manzano no supo decir si era un policía o un preso. Lo que sí pudo ver fue que uno de los presos corrió hacia él, le cogió el arma, puso la espalda en la pared y empezó a disparar en todas direcciones.

El humo lo ocupaba todo. A Manzano le dolía el cuello y le lloraban los ojos. Escondió la cara en una manga del jersey, pero no le sirvió de nada. Tenía que salir de allí. Tenía que salir del patio, en el que no había modo de esquivar el fuego. Se levantó y salió de allí cojeando todo lo rápido que pudo, convencido de que en cualquier momento volvería a alcanzarlo un disparo, y que esta vez sería mortal.

Berlín

-¡Quiero toda la información de Philippsburg, y la quiero ya! -dijo el canciller.

Aquel día la lista de Michelsen tampoco tenía entradas positivas. Mirara donde mirara, todo eran desgracias y dificultades. Y el broche de oro se lo llevó Philippsburg y sus consecuencias.

-Hacemos cuanto podemos -le aseguró la colaboradora del ministerio de protección del medio ambiente-, pero las conexiones son muy deficientes. Ni siquiera tenemos noticias actualizadas sobre nuestro país y la OIEA. La última información de la que disponemos es de hace más de una hora y asegura que se han liberado pequeñas cantidades de vapor radiactivo. Ya ha empezado a evacuarse a la población que vive a cinco kilómetros a la redonda.

-¿Puede decirme al menos que el resto de las centrales nucleares están a salvo? -ladró el canciller.

Al ver que la mujer no respondía inmedatamente, Michelsen notó que empezaban a temblarle las manos.

-¿Y bien? -añadió el canciller, ahora en un tono más suave.

-Parece que en la central de Brokdorf, junto al Elba, se ha producido también un incidente del que por ahora no tenemos ningún detalle.

-¿Cómo que por ahora no tenemos ningún detalle? -explotó él-. ¿Qué quiere decir que no tenemos ningún detalle? ¿Qué dicen los malditos responsables al respecto? ¿No tienen ni idea de cómo se les cuelan los gusanos en la red? ¿No saben por qué? ¿No pueden explicar a qué se debe que sus centrales vuelvan a estropearse cada vez que las ponen en marcha? ¿¿No saben nada?? ¡Quiero entrevistarme con los máximos responsables de Philippsburg y de Brokdorf, en persona o a través de la pantalla, y quiero que sea inmediatamente!

-Yo... me encargaré de que así sea -tartamudeó ella.

El canciller cerró los ojos y luego volvió a abrirlos.

-Discúlpeme -dijo-. Entiendo que no es culpa suya. ¿Alguna cosa más?

La mujer se mordió los labios.

El canciller volvió a cerrar los ojos y luego dijo:

-Suéltelo.

-La central francesa de Fessenheim, junto al Rin, también ha anunciado un grave incidente por motivos no especificados en el sistema de refrigeración.

Señaló un punto determinado en la frontera alemana, cerca de Stuttgart.

-Según la OIEA, se ha producido un leve escape de gas radiactivo. No hay motivos suficientes para proponer una evacuación, al menos no por el momento, pero si la cosa empeorara podría afectar a un radio de hasta veinticinco kilómetros a la redonda, es decir, a casi medio millón de personas, incluidos los habitantes de Friburgo.

-¿Medio mi...? -empezó a decir el canciller, incapaz de acabar la frase.

-Y Temelín -completó ella-. Allí, como en Saint Laurent, podrían haber llegado ya a un derretimiento del núcleo. Las autoridades checas ya han empezado con la evacuación, pero la central queda a unos ochenta kilómetros de la frontera alemana, y además sopla viento del noroeste, de modo que la radiactividad irá más hacia Austria.

-Hasta que cambie el viento -dijo el canciller.

Ella no dijo nada.

-¿Qué tal están las relaciones con las autoridades checas?

-Son correctas.

-¿Hay alguna noticia buena?

-El resto de las centrales funciona bien -respondió la mujer-. Según nuestros informes, todas menos Grohnde y Grundremmingen C cuentan con suficiente carburante como para aguantar al menos dos semanas más, y en el caso de estas dos, el suministro está en camino.

-Philippsburg, Brokdorf, Fessenheim, Temelín, Grohnde y Grundremmingen -contó el canciller-. Quiero estar informado de todas ellas en cada momento, y desde luego quiero saber inmediatamente si se produce algún cambio en su situación.

Bruselas

La puerta de la celda se abrió con un chasquido fuerte. Angström fue la primera en notarlo porque era la única que no estaba mirando por la ventana.

Agarró a Schannon.

-¡Abren! -gritó, arrastrando a la americana hacia el pasillo.

Una vez allí fueron prácticamente arrolladas por la marabunta de presos que corría enloquecida. Se sumaron a ellos y bajaron las escaleras a toda velocidad hasta llegar al patio interior, donde se detuvieron. Los disparos habían acabado. Cientos de presos del ala masculina huían hacia la salida. De la mayoría de las ventanas salía humo, y las llamas ardían en el pabellón principal.

-¿Quieres que esperemos a que se calme todo un poco? -preguntó Shannon-. Los presos están enloquecidos, y muchos son peligrosos...

-No -respondió Angström-. Ahora no llamaremos la atención, y luego... ¡Quién sabe cuánto tardarán en traer agentes de refuerzo!

Siguieron corriendo. Angström rezó para que los disparos hubiesen acabado realmente.

Alcanzaron la puerta sin problemas. Estaba abierta. Una vez fuera, los presos se dispersaban en todas direcciones.

-¿Dónde estamos? -preguntó Shannon, mientras seguía a Angström.

-A las afueras de la ciudad -respondió Angström.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Vamos a intentar llegar a casa. Pinta que la policía no vendrá a buscarnos inmediatamente. Tiene fugitivos más peligrosos que recuperar.

La Haya

A Hartlandt le costaba entender a Bollard por radio. Él había vuelto a Ratingen, mientras que los del GSG 9 seguían descubriendo vehículos de los saboteadores.

-Hemos identificado a los hombres -dijo el criminalista-. Son soldados. Uno ucraniano, uno ruso y el otro sudafricano. Estaban en los bancos de datos de varios servicios de inteligencia. Uno estuvo empleado hasta hace poco en Blackwater, en Irak, y los otros dos lo estuvieron antes.

-¿Pudisteis interrogar al superviviente?

-No. Fue alcanzado por doce proyectiles, de los cuales tres siguen instalados en su cráneo. Por el momento está en coma, pero no hay nada que hacer.

-¿Alguna cosa más?

-Sí, ahora iba a decírselo. En el camión encontramos un mapa con la ruta prevista, los objetivos contra los que atentar y los lugares en los que repostar, pero ni en el vehículo ni en ninguno de esos lugares pudimos encontrar aparatos de comunicación. En estos mismos momentos tenemos a varios servicios de inteligencia y a detectives privados de varios Estados investigando el pasado de estos tres tipos, así como sus ingresos de los últimos años. Imagino que la mayoría de sus trabajos habrán sido en negro pero por si acaso... ¿Cómo es el dicho? *Follow the Money*!

Bruselas

Manzano cojeó por las calles tan rápido como su pierna se lo permitió. A lo lejos oía las sirenas de los pocos coches de bomberos y ambulancias que aún tenían carburante. Durante los primeros minutos de huida había mantenido la compostura por puro instinto, pero ahora, poco a poco, empezaba a recuperar la razón. Necesitaba un lugar lugar donde esconderse y una conexión a Internet en la que seguir con sus investigaciones. No podía dejar de pensar en ello. Se preguntó a dónde ir. No conocía a nadie en aquella ciudad. Sólo a Sonja Angström. ¿Se habrían escapado también ellas? Él no había visto a ninguna mujer corriendo...

Pero tenía que intentarlo. Recordaba la dirección de Angström desde el mismo instante en que ella le dio su tarjeta, en La Haya. Ahora sólo tenía que encontrar a alguien que le indicara la dirección, y un medio de transporte, suponiendo que el piso de la sueca quedara muy lejos de allí. Comprobó todas y cada una de las bicicletas con las que se encontró por el camino, por fin dio con una cuyo dueño había sido lo suficientemente descuidado como para no atarla ni a un árbol ni a una señal de tráfico.

La Haya

Era el segundo día que Marie Bollard esperaba en vano la llegada del camión con los alimentos. Y en algún momento, hasta los usureros y los vendedores del mercado negro huyeron de la muchedumbre enfurecida. Los oradores de la plaza, indignados, echaron mano de toda su pirotecnia verbal para convencer al pueblo de que debía exigir respuestas, o, mejor aún, buscar venganza, entre los responsables. Y ahí estaban, en primera línea, los políticos. La masa se puso en marcha, lenta pero incontenible, como una marea de lodo tras la ruptura de un dique, y Marie Bollard se dejó arrastrar por ella hasta Binnenhof, la sede del Parlamento holandés, con una mezcla de fascinación, rabia y curiosidad.

Durante el trayecto por la ciudad se les fue sumando cada vez más gente, y al llegar a la plaza debían de ser ya varios miles. Algunos policías intentaron contenerlos, pero no pudieron hacer nada. La muchedumbre era tal que ni siquiera el enorme patio de entrada del edificio pudo absorberlos a todos y fueron ocupando también las calles adyacentes hasta llegar al Congeso de los Diputados.

Marie sólo había ido a una manifestación en su vida, cuando era estudiante, y lo hizo básicamente por contrariar a sus padres. No le gustaban las multitudes, la agobiaban... aunque en aquel momento casi se sentía protegida por aquel organismo enorme, cálido y vivo, en movimiento, que en ciertos momentos parecía gritar con una sola voz, respirar con un solo pulmón, moverse con un solo cuerpo. Inquieta al tiempo que amparada, notó que la energía crecía en su interior, aunque no llegó al extremo de ponerse a rugir con el resto. Se mantuvo alerta, atenta a guardar las distancias, cada vez más consciente de que era prácticamente imposible mantenerse al margen del remolino de sentimientos. Algunos habían traído pancartas, o sábanas escritas y sujetas a dos palos de escoba. Los gritos no cejaban. Al contrario, parecían cada vez más airados. Como las olas de un mar tempestuoso que anunciaran la llegada de una intensa tormenta y acabaran yendo a romper al arrecife, cada vez más fuertes, más altas, más amenazadoras.

Berlín

-Tenemos nuevos indicios que parecen indicar que China se encuentra detrás de todo este ataque -explicó el general de la OTAN, desde la pantalla. A sus espaldas, Michelsen intuyó el ajetreo típico del centro de control del gabinete de crisis de la OTAN.

-Las huellas de ciertos progamas dañinos que se han encontrado en los explotadores de las redes europeas conducen a direcciones IP chinas.

-También conducen a Tonga -le respondió el canciller-, y no me imaginao que quiera hacer responsable de todo este horror a una pequeña isla del Pacífico, ¿no?

-Los agresores introdujeron a propósito las direcciones de servidores en Tonga y en otros países, precisamente para despistarnos -respondió el general, pacientemente.

-¿Y cómo sabe que las IP chinas no fueron introducidas también para despistar?

-El lugar concreto en el que se hallan. ¿Le dicen algo los nombres de la Universidad Jiaotong de Shangai y la Escuela de Formación Profesional de Lanxiang?

Sin esperar a que el canciller o el resto del gabinete de crisis respondiera a su pregunta, básicamente retórica, continuó:

-¿Recuerdan ustedes los ciberataques a Google y a otras empresas americanas que circularon por los medios en 2010 y 2011? Por aquel entonces los forenses informáticos, sobre todo los de la Agencia de Seguridad Nacional Norteamericana, fueron tirando del hilo hasta llegar precisamente a estos dos centros de enseñanza china. Uno de ellos forma a sus alumnos como especialistas informáticos de las fuerzas armadas. Nuestro compañero Jack Gutierrez, experto del Cibercomando Estadounidense, les explicará por qué este dato resulta tan interesante. ¿Jack?

En una ventanita en la parte inferior de la pantalla apareció un hombre con el pelo muy corto y gafas con montura de níquel.

-Los regímenes como China o Rusia tienen estrategias de ataque muy distintas a las de los Estados Unidos o la OTAN -dijo-. En nuestro caso, movilizamos unidades especializadas del ejército o los servicios de inteligencia. En el caso de China o Rusia, en cambio, utilizan a «patriotas» voluntarios. Un ejemplo de ello fue el ataque ruso a Estonia en el año 2007. Los ataques de Denegación de Servicios (también llamados «ataques DoS» por sus siglas inglesas *Denial of Service*) bloquearon las páginas web de los partidos, medios de comunicación, administraciones, bancos y números de emergencia, enviando tal cantidad de datos, preguntas y requerimientos a las mencionadas páginas que provocaron una sobrecarga en los servidores y recursos computacionales de los sistemas de las víctimas. Durante días

enteros no se pudieron pagar sueldos ni saldar deudas, y ello condujo a una ralentización (cuando no parálisis) del país, sin necesidad de disparar una sola bala ni lanzar una sola bomba. Ahora, con la perspectiva que nos da el tiempo, podemos afirmar que aquella fue la primera guerra llevada a cabo a través de Internet. Durante mucho tiempo no se supo quién se hallaba detrás de todo aquello. En 2009, el movimiento juvenil ruso «Nashi» se atribuyó la autoría de los hechos... y ahí estaba el problema: aunque hubiésemos sabido inmediatamente quién se escondía tras el atentado a un miembro de la OTAN, Rusia habría puesto cualquier pretexto para esconderse tras un grupo de jóvenes excesivamente patrióticos, y a partir de ahí habría sido prácticamente imposible demostrar que eran el ejército y los servicios secretos quienes movían los hilos de la ofensiva.

-Bueno -dijo Michelsen-, no hay nada imposible cuando se tiene un fin. Si pienso en el supuesto motivo de la guerra de Irak...

El general no la oyó, pero el ministro de Defensa le lanzó una mirada fulminante para que se callara.

-Las guerras pueden empezar por los motivos más nimios o absurdos -siguió diciendo el general, ajeno al intercambio de miradas que acababa de producirse-, pero... ¿porque un grupito de jóvenes así lo quiere?

-China lleva más de una década infiltrando sistemas informáticos en los Estados y empresas occidentales. Recuerde los troyanos que en 2007 se encontraron en los ordenadores de la cancillería alemana y los ministerios. Y lo mismo sirve para la infiltración en la Casa Blanca en 2008, o la de las empresas de carburante y energía en 2009... ¡La lista es enorme!

-Aun así, sigo sin entender los motivos -insistió el ministro del Interior-. Ya hemos discutido suficiente sobre el tema: la economía mundial lleva tanto tiempo tan intrincada e interrelacionada, que un destrozo en Europa y Estados Unidos lleva consigo, irremediablemente, terribles consecuencias.

-China lucha con todo tipo de problemas: las injusticias sociales, la necesaria reforma de la economía, el exponencial envejecimiento de la sociedad provocado por las décadas de aplicación de la política de un-hijo-por-familia... El partido comunista tiene muchos frentes abiertos, y, como todos sabemos, un enemigo común es la mejor manera de desviar el foco de atención y echar pelotas fuera. Y si el enemigo queda más allá de las propias fronteras y exige una guerra, pues mayor es el despiste de la población.

Por primera vez desde que empezaron la discusión, el general movió algo más que la cara, y se inclinó ligeramente hacia delante, hacia la cámara.

-Mire usted, respetable señor presidente: yo soy un militar de la vieja escuela. Los primeros años de servicio me los pasé metido en un tanque. Pero hasta alguien como yo puede llegar a entender que las guerras del futuro no tendrán nada que ver con armas, tanques o aviones de combate, sino que serán precisamente tal como las estamos viviendo ahora. No podemos -o mejor dicho, no debemos- esperar a que alguien dispare la primera bala o nos tire la primera bomba. Nuestro enemigo no lo hará, básicamente porque ya no tiene

por qué hacerlo. ¿Por qué iba un país a enviar a sus soldados a que luchen y se expongan ante nuestras armas, pudiendo derrotarnos cómoda y tranquilamente desde su despacho, a diez mil kilómetros de distancia? ¿Entiende lo que le digo? ¡Ya han dado el primer golpe! Y el enemigo ni siquiera ha necesitado armas nucleares, porque nosotros mismos nos hemos encargado de facilitárselas: la primera explosión ya ha asolado gran parte de Francia; las demás sólo son cuestión de tiempo, a no ser que reaccionemos efectivamente y las evitemos.

-Un contragolpe destrozaría instalaciones y mataría a gente en China, pero no nos aseguraría ni de lejos la recuperación de la electricidad -intervino el ministro del Interior.

-Aunque disuadiría al enemigo de volver a atacarnos -apuntó el ministro de Defensa.

-O lo movería a reaccionar más rápido y con mayor crueldad -le contradijo el ministro del Interior.

-En 2011, Estados Unidos y la OTAN determinaron su estrategia para estos casos, y decidieron que los ataques a infraestructuras informáticas se considerarían actos bélicos, de modo que se permite responder a ellos con armas convencionales o digitales.

Se echa un poco hacia atrás para no parecer tan agresivo, pensó Michelsen.

-No estoy sugiriendo que bombardeemos Pekín inmediatamente -añadió-. Nosotros también dominamos el arte de la guerra moderna, y sólo digo que podríamos reaccionar de un modo semejante y dejar sin electricidad a alguna que otra metrópolis importante.

-¿Quién iba a poder hacerlo?

-Pero bueno, ¿cree usted que los militares occidentales nos hemos pasado los últimos años durmiendo? -preguntó el general de la OTAN-. Shangai, Pekín...Si usted diera el *ok* -chasqueó los dedos-, en cuestión de horas se quedarían sin corriente.

Michelsen miró los rostros de los allí presentes. Por un motivo u otro, todos parecían impresionados...

-Por última vez, señor canciller -insisitió el general-. Lo que no encontrará en este conflicto es una evidencia irrefutable, una *smoking gun*. Pero si sale usted a la calle, verá que ya nos han disparado en el pecho. Le recomiendo que contraataquemos antes de desangrarnos.

Bruselas

Angström dejó la bicicleta robada frente al edificio de cuatro plantas en el que vivía de alquiler, y Shannon hizo lo mismo con la suya.

La sueca vivía en el último piso. En cuanto estuvieron dentro, cerró la puerta y corrió todos los cerrojos.

Las dos tenían un aspecto espantoso. Sucias, sudadas, con el pelo revuelto.

-Ven -dijo Angström, lacónica.

Fueron al lavado y allí cogieron varias toallitas húmedas cada una.

-No tengo nada más, lo siento.

Shannon se limpió como pudo, y cuando menos logró quitarse la suciedad de las manos y la cara. Incluso pudo pasarse una toallita por el cuello y las axilas.

En la cocina, Angström cogió un trozo de pan, un bote de miel y una botellita pequeña de agua.

-También tengo carne en conserva, si quieres algo más -ofreció a Shannon.

-Gracias, así está genial.

-¿Dónde conociste a Piero? ¿En la Haya?

Shannon le contó la historia de su visita a Bollard y de cómo fue a dar con Manzano. Seguía teniendo la sensación de que Angström se interesaba por el italiano, de modo que evitó mencionarle que durmieron en la misma cama.

-¿Y luego fuisteis a Alemania?

Shannon no sabía si podía ser sincera con aquella mujer o no, así que optó por una variante algo pasada por agua. Si algún día Manzano quería contarle la verdad, que lo hiciera él mismo.

-Sigo sin entender por qué tuvisteis que iros de La Haya -dijo Angström, cuando Shannon acabó su relato.

-El caso es que ahora estamos aquí -dijo la americana-. ¿No tienes miedo de que la policía venga a buscarnos? Seguro que saben dónde vives.

-Con la que está cayendo ahí fuera, con la cantidad de asesinos que andan sueltos ahora mismo... No, no creo que vengan a por nosotras.

Se quedaron un rato en silencio, comiendo.

-¿Qué ha pasado los últimos días? Yo no me he enterado de nada, pero tú seguro que has tenido acceso a las novedades, ¿verdad?

-¿Ha vuelto la periodista?

Shannon se encogió de hombros. Ahora mismo no tengo ninguna posibilidad de emitir una noticia, y aunque pudiera, ¿quién la vería?

-Las comunicaciones han caído -explicó Angström-. Los teléfonos no funcionan, la radio de la administración lo hace de manera muy precaria, igual que la del ejército y los aficionados, y quedan ya muy pocas conexiones vía satélite. Se supone que las relaciones entre los diferentes gabinetes de crisis siguen funcionando correctamente, pero lo cierto es que los Estados sólo

reciben información fragmentada e incompleta de lo que acontece. Muy excepcionalmente, alguna novedad llega a todas las centrales, pero siempre es para dar malas noticias. Los mercados negros prosperan cada día; las estructuras y las administraciones públicas han sido sustituidas por iniciativas privadas o estructuras paralelas; la policía y los militares no logran mantener la seguridad... La justicia se ha convertido en algo que cada uno se toma por su cuenta.

-Sí, ya nos hemos encontrado con algún que otro defensor de este modelo.

-Yo también he visto alguno en Bruselas. Y en Portugal y Grecia los militares han seguido el camino de España y han dado sendos golpes de estado. En Francia, por lo visto, se ha producido una catástrofe terrible en una central nuclear, y algo muy similar ha sucedido en la República Checa; además, parece que hay muchas otras centrales en estado crítico en toda Europa, y en multitud de países se están multiplicando los accidentes en las fábricas y en las industrias químicas. Las víctimas mortales se cuentan ya a decenas, y en ocasiones a cientos, y las consecuencias en el medio ambiente son incalculables. Pero lo más probable es que aún no tengamos ni idea de cuál es la verdadera magnitud de la tragedia.

-¿Y qué me dices de las zonas en las que aún queda electricidad? He oído que casi todos los países tienen alguna.

-Sí, es cierto, pero en ellas la situación no es mucho mejor que en el resto, la verdad, pues están desbordadas de refugiados y apenas se puede vivir...

-¿Y en Estados Unidos?

-¿Tú tienes familia allí, verdad?

Shannon asintió.

-No pinta mucho mejor, la verdad. Ya se han producido situaciones de peligro irreversible en al menos dos centrales nucleares, y en otras tres no logramos contactar con los responsables, lo cual no puede significar nada bueno, como imaginarás. El mismo drama que aquí, en fin, sólo que con dos días de retraso: colapso de los abastecimientos de comida, agua y medicinas; accidentes en las fábricas... La misma tragedia. Pero parece que su evolución empezará a ser más rápida, sobre todo en las capas más desfavorecidas de la sociedad.

Llamaron a la puerta.

Shannon sintió que el corazón le subía a la garganta.

-¿Quién puede ser? -susurró.

-Ni idea -respondió Angström-. Mi vecina, quizá.

-¿Y si es la policía?

-¿Crees que llamaría a la puerta, si lo fuera?

París

«Ya descansaré cuando me muera.»

Desde la primera vez que oyó decir aquella frase a su abuelo, siendo él apenas un niño, a Blanchard siempre le había parecido que era una tontería. Pero ahora no podía dejar de pensar en ella, porque llevaba muchos días sin hacer lo primero y se sentía francamente cerca de lo segundo.

-Hemos renovado prácticamente todos ordenadores de las fuentes de alimentación -explicó a Tollé, secretario del presidente francés, quien, inexplicablemente, y pese a la que estaba cayendo, seguía pareciendo el modelo de una revista de moda masculina y era el único en toda la sala que no desprendía un olor a humanidad insoportable.

En muchas de las pantallas del CNES (el Centre Nacional d'Exploitation Système) volvían a verse cifras y diagramas en lugar de las pantallas azules o con niebla. Y en la pizarra gigante de la pared seguía viéndose en rojo el ochenta por ciento de la zona de abastecimiento, en amarillo algún que otro sector más y en verde el escaso resto.

-¿Quiere eso decir -preguntó Tollé- que podemos volver a controlar lo que sucede en las redes?

-En principio sí -respondió Proctet-. Y también hemos logrado que vuelva a funcionar la mayor parte de los servidores que controlan el funcionamiento de la red. Mañana por la mañana podremos empezar a reconstruir conexiones relativamente poco complejas, y si tenemos éxito seguiremos trabajando en ello a lo largo del día.

-¿Cómo que «si tenemos éxito»? ¿Por qué no habríamos de tenerlo?

-Bueno... los sistemas, los procesos, son complejos, y dependen de circunstancias muy diversas.

-¿Y dónde radican los problemas? ¿Hay algo que podamos hacer? Porque si es así sólo tienen que decirlo.

-Me temo -respondió Blanchard- que no pueden poner a nuestra disposición la potencia reactiva que precisamos, ni contribuir a propulsar la construcción de la red con la rapidez que es necesaria, pues en esta fase las centrales nucleares entran en un estado realmente desfavorable que sólo pueden soportar unas horas. Además, es especialmente difícil averiguar cuántas piezas deben añadirse a la conexión para mantener la red estable. Podría llegarse a una situación de autoprotección en la que se soltara lastre, se apagaran los generadores o se generara cualquier otra acción en este sentido. También sería especialmente delicada la conexión de transformadores vacíos... En fin, ¿comprende lo que le digo? Las cosas no son nada fáciles, y me temo que ninguno de ustedes está en disposición de ayudarnos.

Tollé asintió para fingir que lo había entendido, aunque en realidad no supo qué decir ni qué hacer.

Blanchard había disfrutado con aquello. De hecho, le habría gustado utilizar más tecnicismos, pero hizo un esfuerzo por contenerse.

-Si las cosas no se tuercen demasiado, en uno o dos días podremos devolver la energía a la mayor parte del país, y nos consta que muchos países europeos se encuentran en un estadio parecido, aunque la mayoría sigue teniendo problemas con sus centrales nucleares.

-Lo primero que habría que hacer...

-... sería activar la electricidad de las regiones en las que se encuentran las centrales nucleares: Tricastin, Fesenheim y Cattenom. Sí, ya lo sabemos. Esperamos empezar con ello esta misma noche.

-¿Puedo entonces informar al presidente de que vamos a recuperar la electricidad?

-No tan rápido, amigo. Pero, sobre todo, no debe informar a los ciudadanos hasta que tengamos los primeros resultados favorables.

-No hace falta que le diga las ganas que tiene el presidente de comunicar la noticia, ¿verdad?

-No sólo él...

La Haya

Cuando las primeras nubes de humo empezaron a elevarse hacia el cielo en el interior de aquella pequeña plaza, la gente rompió a gritar, enloquecida. El fuego salía por las ventanas del primer piso y no tardó en envolver todo el edificio. La masa se puso en movimiento, inquieta al principio y despavorida poco después.

Marie Bollard estaba paralizada en una de las esquinas traseras de la placita, en cuyo centro se alzaba la estatua de Guillermo I. El bullicio había adoptado otro tono: en lugar del ritmo machacón y pesado se había impuesto un desorden histérico y teñido de gritos intensos y aterrorizados. Bollard notó que la empujaban por todas partes. Las callecitas que daban a la plaza eran demasiado estrechas como para absorber a todos los que querían salir corriendo de allí. Inevitablemente le pasaron por la cabeza imágenes de grandes masas enajenadas y convulsas, y sintió que el pánico se apoderaba de ella también. No le quedaba más opción que dejarse llevar por la corriente mientras la adrenalina le corría por las venas. No iba a dejar que la arrollaran. Sus hijos la necesitaban.

Bruselas

-Tengo que entrar en esa página -dijo Manzano.

Ahora tenía mejor aspecto que hacía media hora, cuando Angström abrió la puerta y él la miró con la cara negra de suciedad y los ojos inyectados en sagre.

-¡Cada vez que te veo estás peor! -exclamó la sueca, sin poder evitarlo.

La alegría que sintió al verlo vivo le hizo olvidar el enfado de haber pasado la peor noche de su vida por su culpa.

Había llegado a su casa montado en una bici. Con la ayuda de unas toallitas húmedas y un poco de jabón con media valiosísima botella de agua, las chicas consiguieron lavarlo de tal modo que ya no entraban ganas de salir huyendo de él. Lo que no pudieron limpiarle fueron los ojos rojos, la cicatriz de la frente -que había vuelto a abrírsele- y unos cuantos morados que no estaban ahí antes de entrar en la cárcel. Pero él no explicó cómo se los había hecho, y ellas no se lo preguntaron.

De la prisión de mujeres nadie había salido con morados. Estaban hacinadas en una sala y las condiciones higiénicas eran catastróficas, pero las reclusas eran en su mayoría personas relativamente civilizadas. Ninguno de los tres sabía quién había abierto las celdas, pero imaginaban que habían sido los propios guardias, abrumados ante la idea de tener que cargar con el peso de tantos cientos de muertos el resto de su vida.

-Pues aquí no tengo Internet, como imaginarás.

-Tengo que hacerlo -insistió Manzano.

Estaba fuera de sí, casi enloquecido. Debía de ser el estrés de la noche que acababan de pasar. La falta de sueño. Y el movimiento de las velitas sobre la mesa no hacía sino intensificar aquella sensación.

-¿Sabes si hay alguna zona con electricidad que no quede muy lejos de aquí?

-No, ninguna. La más cercana está a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, en Alemania... Y eso según lo que sabíamos ayer. Cabe la posibilidad de que hoy tampoco tenga corriente. ¿Cómo quieres llegar hasta allí?

Manzano la miró apretando la mandíbula.

-Entonces tendré que volver a tu trabajo.

Angström creyó que lo había entendido mal.

Al ver que ella no le decía nada, el italiano continuó:

-Es la única opción que tengo de seguir investigando la página, ¿lo entiendes? ¡Puede que haya dado con la plataforma de comunicación de los agresores! ¡Tengo que seguir investigando!

Estaba tan alterado que ni siquiera se dio cuenta del desconcierto de ella.

-No hace ni veinticuatro horas que nos sacaron de allí para meternos en la

cárcel, ¿y tú quieres volver?

-Al menos tengo que intentarlo. Entiendo que no queráis acompañarme, pero yo tengo que ir. ¡Tengo que hacerlo! ¿Cómo crees que podría intentar entrar?

Ángstrom meneó la cabeza.

-Estás loco. Sin identificación no te dejarán entrar en ningún sitio.

-¿Imposible entonces?

Centro de mando

Las imágenes aparecieron en primer lugar en la página web de una emisora japonesa. Las envió por satélite su corresponsal en La Haya. El edificio del Parlamento holandés estaba en llamas. Uno de sus compañeros, el nigeriano Lekue Birabi, lo miraba, satisfecho. Recordó cómo lo conoció durante su época de estudiante en la capital inglesa: Birabi era hijo del jefe de una tribu del delta nigeriano y estaba haciendo su doctorado en la renombrada London School of Economics and Political Sciences. Se cayeron bien desde el primer momento. Birabi llevaba varios años manifestándose en contra de la explotación económica del delta del Níger por parte de las compañías petrolíferas del gobierno central. Tras el simulacro de proceso y la consiguiente ejecución del activista Ken Saro-WiWa por parte del régimen nigeriano a mediados de los noventa, el mundo entero se sintió conmocionado con la noticia y Birabi tuvo que pasar un tiempo en la cárcel, donde fue torturado. Sus padres murieron tras el ataque de un grupo rival financiado por una de las compañías petrolíferas, pero él pudo escapar y seguir estudiando gracias a una beca.

Fue entonces cuando Birabi y él, junto con algunos compañeros más, empezaron a concretar una idea que llevaban noches y noches debatiendo sin desfallecer, y que fue forjándose lenta pero intensamente, cada vez con la ayuda de más personas de diferentes procedencias, nacionalidades, capas sociales, educación, formación, religión o sexo, pero con una misma visión; con un mismo objetivo.

Y ahora habían logrado dar el primer paso: los europeos y los americanos ya no tenían suficiente con las discusiones, peticiones y manifestaciones. Apenas unos días después del apagón, empezaban a perder la ilusión de recuperar el antiguo orden y renunciaban a mantenerlo en paz y armonía para ir de lleno a la esencia de la realidad. Los corresponsales de Roma, Sofía, Londres, Berlín y otras muchísimas ciudades europeas empezaban a informar sobre los ataques a instituciones públicas, como en el caso del Ayuntamiento de La Haya. Y en Estados Unidos sucedía lo propio.

Miró a Birabi, sonriendo, y éste le devolvió la sonrisa. Lo que hasta hace unos años no eran más que castillos en el aire se estaban volviendo realidad. Había empezado la sublevación.

La Haya

-La colaboración con los organismos internacionales nos ha permitido tener más información sobre el posible cómplice Jorge Pucaos -dijo Bollard, informando al gremio-. Hemos podido comprobar que mantuvo contacto con seis de ellos. Además, los datos de los vuelos que realizó en los últimos años lo sitúan en los mismos lugares y en las mismas fechas.

En una de las pantallas pudo verse la cara de un negro africano.

-Tendríamos, para empezar, al doctor Lekue Birabi, de Nigeria. Encontrarán todos los detalles de su biografía en el banco de datos. Hay muchos paralelismos con la de Jorge Pucao. Miembro de la clase media-alta de un país en vías de desarrollo, políticamente comprometido, enfrentado al sistema, víctima de un drama familiar, extraordinariamente inteligente y formado en una de las mejores universidades del mundo. Ha publicado numerosos artículos y lleva varios blogs en Internet. Encontrarán cuanto deseen saber sobre él en el archivo «Birabi_lit» del banco de datos. Todavía no lo hemos leído todo, pero no nos queda la menor duda de que el tipo es bastante radical. Ya en 2005 escribió que «el sistema político-económico, tal como lo entendemos en la actualidad, consolida el reparto de poderes y enriquece sólo a los ricos. En las últimas décadas, todos los intentos de reformas pacíficas han fracasado estrepitosamente. De ahí que, si de verdad queremos renovar esencialmente la situación, debamos considerar la opción de una destrucción masiva del sistema actual». Birabi fue radicalizándose con el tiempo, como también le sucedió a Pucao. Y aún encontramos paralelismos en su participación en las distintas protestas contra las cumbres del G-8, a partir de la de 2001 en Génova, a la que ambos acudieron.

Bollard mostró entonces un mapa del mundo en el que podía verse una gran cantidad de puntos, unidos entre sí por líneas rojas. De cada punto salían varias líneas diferentes.

-Estos son los viajes de Jorge Pucao de los que tenemos constancia a partir de 2007.

Haciendo un clic en la pantalla, una serie de líneas azules vinieron a sumarse a las rojas. En no pocas ocasiones, ambos colores se solapaban.

-Y éstos son los viajes de Lekue Birabi en las mismas fechas. Como ven, ambos hombres compartieron viaje y destino reiteradamente. En los últimos años, Birabi ha vivido en Estados Unidos, y en septiebre de 2011 le perdimos la pista. Desapareció. En estos momentos los expertos norteamericanos están analizando el contenido de su ordenador, que por algún motivo no se llevó con él. El dueño de su piso, que era de alquiler, lo encontró en el trastero. Birabi lo vació concienzudamente, pero aun así la policía pudo reconstruir algunos datos, entre los que se intuía parte de su correspondencia electrónica. De ahí pudo deducirse que a partir de 2007 mantuvo un estrecho contacto con

un tal Donkun, que, según sus direcciones IP, solía estar siempre en el mismo momento y el mismo lugar que Pucao. Pero Birabi mantenía contacto con numerosas personas de todo el mundo... algunas de las cuales también han desaparecido. Éstas son, obviamente, las que más nos interesan. Entre ellas estaría, por ejemplo, Siti Jusuf, de Indonesia, de edad y currículum semejante al de los dos anteriores. En los círculos asiáticos de finales de los noventa, la familia de Jusuf perdió sus pertenencias y sufrió los enfrentamientos que siguieron a la crisis económica y de valores. También estarían dos conciudadanos de Pucao, activistas políticos como él: Elvira Gomez y Pedro Muñoz; dos españoles: Javier Hernández Sidón y María de Carvalles-Tendido, dos italianos, dos rusos, un uruguayo, un checo, tres griegos, un francés, un irlandés...

-Una tropa bastante internacional, por lo que se ve -observó alguien.

-... dos norteamericanos, un japonés, una finlandesa y dos alemanes. Algunos de ellos son expertos informáticos, como el propio Pucao. En la actualidad estamos trabajando con unos cincuenta sospechosos, todos ellos interrelacionados en mayor o menor medida.

-¿Y todo esto a partir de una sola foto y una imagen fantasma? -preguntó alguien más.

-Ésos fueron los puntos de partida, sí -respondió Bollard-. En cuanto supimos dónde buscar pudimos pedir ayuda a los distintos servicios secretos de cada país. Ahora mismo, cientos de trabajadores de todo el mundo están siguiendo una infinidad de pistas, y así no tardaremos en recabar la información que necesitamos. Estos datos nos ofrecen al menos un punto de partida, y es que existe un grupo de personas que tiene el bagaje ideológico, el historial personal y el *know-how* necesario para llevar a cabo un ataque terrorista de este estilo. En todos los grupos terroristas del mundo se repiten los mismos perfiles: es muy improbable que sus miembros provengan del ejército o de las capas sociales más bajas de la sociedad, las que más sufren con los acontecimientos, sino que suelen nacer en los círculos medio-altos de la sociedad. Tal como sucede en este caso.

-¿De verdad están sugiriendo -intervino alguno de los presentes- que un simple grupo de jóvenes ha sido capaz de provocar la peor crisis de la civilización occidental y ha condenado al mundo a uno de los peores y más conflictivos momentos de su historia desde la Segunda Guerra Mundial?

-¿Y por qué no? -preguntó Bollard a su vez-. En Alemania, en los años setenta, bastó un puñado de terroristas de la Fracción del Ejército Rojo para alterar la vida de sesenta millones de habitantes. Las consecuencias sociales, desde las medidas de seguridad hasta las inhabilitaciones profesionales, pudieron notarse durante décadas. En Italia, el grupo fundador de la Brigate Rosse contaba apenas con quince miembros, y, en Estados Unidos, los ataques del 11 de septiembre de 2001 fueron generados por menos de dos docenas de terroristas. Ciertamente, tenemos motivos más que suficientes para no excluir la posibilidad de que un pequeño grupo de radicales con el conocimiento y la

financiación necesaria pueda realizar un ataque de semejante magnitud.

-Una palabra muy importante -apuntó Christopoulos-: la financiación. Por mucho que los tipos sepan... Todo este ataque no se ha sostenido con un par de donaciones.

-Exacto. Y aquí es donde llegamos a Balduin von Ansen, Jeannette Bordieux y George Vanmister. Lo que los diferencia del resto de los desaparecidos es que los tres son herederos de unas considerables fortunas. Von Ansen es hijo de una noble inglesa y un banquero alemán, Vanminster, ciudadano estadounidense, es el único heredero del imperio Vanminster Industries, y Bordieux es hija de uno de los principales gurús de los medios franceses. Los tres juntos amasan una fortuna de más de mil millones de euros. Los tres financian proyectos aparentemente sociales y políticos. Y los tres han manenido estrecho contacto con Pucao y el resto de sospechosos en los últimos años.

-¿Y si tienen tanto dinero, por que habrían de...?

-¿Y por qué no? El mundo está lleno de ejemplos: al editor italiano Giangiacomo Feltrinelli, hijo de una de las casas italianas más ricas, le debemos la publicación de varios éxitos literarios mundiales (*El doctor Shivago* y *El gatopardo*, por ejemplo) y la famosa imagen del Che Guevara que hoy en día encontramos en infinidad de camisetas y posters, pero también nos consta que se relacionó con grupos extremistas italianos, fundó el suyo propio, pasó a la clandestinidad, proveyó de armas a los terroristas alemanes y murió intentando hacer estallar un poste de electricidad. Osama bin Laden, a quien no hace falta presentar, fue tambien un terrorista millonario. Los ricos, amigos míos, pueden ser tan fanáticos y extremistas como los pobres, y defender todo tipo de tendencias políticas y sociales.

Orléans

Poco a poco, Annette Doreuil se abrió paso entre los cientos de camas del centro de acogida. Ya se había acostumbrado a los olores y al ruido, pero los rostros seguían impresionándola. Sus camas quedaban al final de la enorme nave, lo cual tenía la ventaja de que muy poca gente llegaba hasta allí, y la desventaja de que tenían que caminar más que nadie para ir hasta los lavabos. Una voluntaria de la Cruz Roja había dispuesto cuatro camas para ellos y los Bollard.

Doreuil había pedido en numerosas ocasiones que les hicieran un análisis o un reconocimiento para ver si tenían radioactividad, pero siempre había obtenido la misma respuesta: faltaba personal y equipamiento para ello.

Oyó alboroto en la puerta. Varias personas entraron corriendo y se repartieron por la nave gritando algo a cuantos encontraban a su paso. Algunos de los que les oyeron se quedaron quietos y contestaron algo los primeros; otros se levantaron de un salto y empezaron a hablar con sus vecinos o familiares, contagiando indiscutiblemente el mismo nerviosismo de los que ahora se esforzaban por abrirse paso entre las olas de angustia que ellos mismos habían provocado. En cuestión de segundos la mayoría de los allí presentes se había hecho con algunas pertenencias, habían cogido a sus hijos en brazos o habían empezado a gritar algún nombre, convirtiendo el eterno murmullo de la nave en un verdadero alboroto.

Doreuil se detuvo un instante, antes de seguir caminando hacia sus camas intentando entender qué le pasaba a la gente. Hacia la mitad de la nave vio que su marido y los Bollard se habían contagiado del nerviosismo imperante y que hablaban con unos y otros, seguramente para informarse mejor. Cada vez había más gente que se dirigía a la salida con sacos, bolsas o maletas. ¡Estaban huyendo!

-¡La central nuclear ha sufrido otra explosión! -le gritó Bollard al verla llegar-. ¡El viento trae una nube de radioactividad directa hacia Orleáns!

El hombre empezó a meter en su bolsa las pocas posesiones que llevaban en la maleta.

-¿Quién lo dice? -preguntó Doreuil.

-Todos -respondió Bollard, sin interrumpir lo que estaba haciendo.

-¡Tenemos que salir de aquí! -intervino su marido.

Annette Doreuil dudó. Le parecía que, si había que evacuar la sala, los encargados lo anunciarían por megafonía. No entendía por qué no los llamaban a todos al orden, los tranquilizaban y los ayudaban a gestionar mejor la salida. Y se preguntaba si no sería más inteligente quedarse quietos bajo techo.

Por lo visto, ni su marido ni los Bollard se habían detenido en semejantes cavilaciones, y ya habían hecho las maletas.

-Vamos -le dijo Bertrand, mientras le ponía una bolsa en la mano y cogía la maleta, con el gesto torcido.

Doreuil cogió su bolsa y siguió a los otros tres, que avanzaban a paso ligero entre las camas. Entretanto, todos se esforzaban por salir de aquel sitio, cuyas puertas no eran lo suficientemente anchas como para permitir una evacuación sin angustias. Justo delante de Annette, su marido se dio la vuelta hacia ella y le gritó algo que el ruido de fondo no le permitió entender. Él dio un traspiés, dejó caer la bolsa, se apoyó en la cama que le quedó más cerca y alzó los ojos hacia su mujer. En sus ojos reconoció inmediatamente el dolor y el pánico.

-¡Bertrand! -chilló ella, cogiendo a su marido por los hombros e intentando ayudarlo a avanzar para alcanzar a los Bollard y pedirles que los esperaran.

Gritó sus nombres con una potencia que jamás habría imaginado que tenía, y los padres de su yerno la oyeron, se dieron la vuelta para mirarlos, dudaron unos segundos y por fin se abrieron paso en contra de la corriente, para llegar a donde estaban ellos.

Bertrand estaba estirado en la cama, de lado, cogido a la mano de Annette Doreuil. Tenía la cara blanca como el papel, sudaba por todos los poros de su piel, y los labios, azulados, le temblaban como si tuviera mucho frío. Annette le sostenía la mano, y con la otra le acariciaba una mejilla, tranquilizándolo. Él la observaba desde el fondo de sus ojos, pero parecía pasarla de largo, atravesarla. Nunca la había mirado así.

-¡Es el corazón! -gritó Annette Doreuil a los Bollard, que por fin llegaron a su lado-. ¡Un médico! ¡Necesitamos un médico!

Celeste Bollard fue la primera en entender lo que estaba pasando. Se dio la vuelta y volvió a caminar hacia la salida. Su marido la siguió.

-Van a buscarte un médico -dijo Annette Doreuil a su marido-. En seguida vuelven. Todo irá bien.

El rostro de Bertrand estaba frío como el mármol, y húmedo. Los párpados le temblaban y sus labios se abrían y cerraban como los de un pez. Quería decir algo pero no podía.

-¡Un médico! -gritó Annette, tan fuerte como pudo-. ¡Necesitamos un médico!

Nadie reaccionó a su llamada. Todos corrían hacia las puertas. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-¿No hay nadie que pueda ayudarnos? -susurró esta vez.

Bertrand había dejado de mover la boca.

Bruselas

-No puedo creer que esté haciendo esto -susurró Angström, al dejar las bicicletas frente al edificio de la comisión europea.

-Yo tampoco -dijo Shannon.

-Bueno, pensad que ya no les quedan cárceles a las que enviarnos -dijo Manzano.

-No es momento para chistes malos, la verdad -dijo Angström, malhumorada.

Avanzaron por el vestíbulo del edificio con toda la calma de la que fueron capaces, hasta llegar a la puerta de entrada del personal. Angström acercó su tarjeta de acreditación al lector electrónico, pero la puerta no se abrió.

-¡Mierda! -dijo-, ¡ya la han desactivado!

Un agente de seguridad se fijó en ellos y se acercó hasta donde estaban. Angström buscó con la mirada el mejor lugar para huir de allí, aunque sabía que si lo intentaban vendrían más agentes.

-Sus acreditaciones, por favor -dijo el hombre.

Angström le dio su tarjeta, y el agente miró la foto y luego a ella, varias veces. Después se la devolvió y miró a Manzano y a Shannon.

-Vienen conmigo -dijo Angström.

-Esta entrada ha sido desactivada para ahorrar energía -dijo el tipo, mientras les abría la puerta con una llave tradicional.

Después, echando un vistazo al reloj de la entrada, que marcaba las ocho y cuarto, añadió:

-No trabajen demasiado.

Angström consiguió esbozar una sonrisa.

-Le aseguro que lo intentaremos. Gracias.

Para ahorrar energía habían apagado también la mayoría de los fluorescentes del techo, y sólo funcionaba uno de cada cuatro.

-Esperadme aquí -susurró Angström.

Siguió caminando sola, silenciosamente, mirando el interior de cada despacho que quedaba a derecha e izquierda. Por fin les hizo una señal para que la siguieran. Manzano y Shannon se le acercaron rápidamente. Entraron en una sala y cerraron la puerta. Era la misma sala en la que los habían apresado la tarde anterior.

-¡Ahí está mi mochila! -dijo Shannon, sin dar crédito.

-Pero mi ordenador ha desaparecido.

La Haya

-Me pregunto si deberíamos marcharnos -dijo Marie Bollard a su marido.

Estaban envueltos en mantas frente a la chimenea. Los niños dormían. Ella le había contado lo que pasó en la plaza. Bollard ya había oído algo al respecto.

-Algunos dijeron que teníamos que ir a otros sitios a pedir comida -le explicó ella-. Al ayuntamiento, por ejemplo, o incluso al Paleis Noordeinde. Si hay un levantamiento contra la reina, la cosa puede ponerse peor aún...

-Todo está igual en todas partes, Marie -le dijo él. Parecía tan cansado...-. Espera, en seguida vuelvo -añadió, y se levantó.

Lo oyó trastear en el sótano, y dos minutos después volvió con un paquetito en la mano. Lo abrió. A la débil luz de las llamas, Marie Bollard vio una pistola.

-¿De dónde la has sacado? -preguntó, asustada-. No puedes...

-Nunca se sabe -respondió él-. La compré por si acaso. Llevaba mucho tiempo bien escondida en el sótano.

Fueron hasta el dormitorio, y Bollard puso la pistola junto a su mesita de noche.

Bruselas

-Aquí tengo otro ordenador -susurró Angström, poniendo el aparato sobre la mesa.

Mientras Angström se acercaba a la puerta para vigilar, Manzano se quedó con Shannon y echó un vistazo al ordenador.

Por suerte recordaba la dirección IP. Se metió en la red WLAN de invitados, la seleccionó, fue a parar a la página de RESET e introdujo el nombre de usuario y la contraseña que utilizó la primera vez.

Ante él apareció la lista de converaciones. Bajó con el cursor y descubrió el registro de todas ellas.

-Hay un montón -dijo Shannon.

-Pues sí.

Manzano clicó una al azar.

-Por Dios, otra vez uno de esos códigos malditos -dijo Shannon, sin poder evitarlo-. ¿Qué dice? -preguntó a Manzano.

-Pone:

Fecha: martes, –736, 14.35 GMT

Proud: ¿has recibido los códigos de deelta 23?

Baku: sip. Ha configurado una magnífica puertecita trasera. Mira el adjunto.

Proud: ok. Constrúyela.

-¿Puertecita trasera?

Manzano no respondió. Clicó en el adjunto, y en la pantalla se abrió un documento lleno de un montón de líneas incomprensibles formadas por letras y números.

-¿Qué es esto?

Manzano siguió en silencio. Leía, concentrado.

-El fragmento de un código -dijo al fin-. Para la puerta de emergencia de un sistema de ordenadores, por decirlo de algún modo. Es decir, en ocasiones los programadores crean un tipo de acceso especial a sus programas para poder utilizarlos en caso de necesidad, o de emergencia, o cuando no estaba previsto que funcionaran. Por supuesto, con los suficientes conocimientos y habilidad la puerta puede construirse a posteriori.

-¿Insinúas que en esta conversación podrían estar hablando de cómo empezar a manipular la red?

-No sólo estan hablando de ello -confirmó Manzano-, sino que están decidiendo cómo organizarse. Tendría que...

-¿Tendrías que qué?

-Aún no...

A Shannon le parecía que Manzano estaba distraído y eso la ponía de los nervios. ¡En cualquier momento podría volver a entrar alguien en la sala, y ahí estaba él, soñando despierto!

-Menos setecientos treinta y seis... ¿significa que la conversación es de hace casi dos años?

-Si nuestra cuenta atrás es correcta, sí, así es.

-¿Tanto tiempo llevan planeándolo todo?

-Y más aún. Mirad esto.

-Bajó el cursor un poco más y abrió otra conversación:

Fecha: jueves, –1203, 14:35 GMT

Kensaro: B.tuck ha añadido Stanbul. La transacción debería estar lista a finales de mes.

Simon: ok. Lo enviaré a medias por Costa S.L. y Esmeralda.

-¿Y esto qué significa?

-Ni idea. Transacción... Quizá envío de dinero.

-¿Y qué es Stanbul?

-No tengo ni la más remota idea. ¿Estanbul?

-¿Por qué Estanbul?

-Y yo qué sé. Suena parecido.

-Mmm... Menos mil doscientos tres. Eso significa más de tres años -dijo Shannon.

Manzano siguió moviendo el cursor.

-Hay tantos... -susurró Shannon-. ¡Miles!

-Cientos de miles -dijo Manzano, también en voz baja.

-¿De qué estáis hablando? -dijo Angström desde la puerta-. ¿Qué habéis encontrado?

-Tenemos el Santo Grial -dijo Manzano.

-¿A qué te refieres? -preguntó la sueca, acercándose a ellos.

Por lo visto, los malos cometieron un error capital al escribir esos e-mails en mi ordenador, porque lo hicieron directamente desde su plataforma de comunicación, que es lo que tenemos entre manos, sin duda. Y si esto es así, entonces...

-¿Entonces qué?

-Tenemos un problema -dijo Manzano-, porque podemos acceder a toda la información que necesitamos para acabar con esta tragedia, e incluso para coger a esos hijos de puta.

-¿Y dónde está? ¿En esos mensajes? -preguntó Shannon-. ¡Por favor, pero si es un puzzle gigante! Aquí hay un poco de información, allí otro poco más... ¡Sólo para leerlos todos necesitaremos varios años!

-Pues por eso digo que tenemos un problema. -Se dio la vuelta hacia las chicas y les dijo-: No podemos hacer esto solos. Necesitamos ayuda profesional. Alguien tiene que analizar los datos, montar el puzzle. Y rápido. Mucha gente. Cientos de personas. ¡Miles!

-¿Y quién va a poder hacerlo?

-¡Ni idea! ¡La ASN, la CIA, todas las malditas agencias de inteligencia internacional, y todas las oficinas de investigación antiterrorista del mundo!

-Y la policía, ¿no? Ellos se han puesto de tu lado desde el principio de toda

esta historia -apuntó Shannon, sin poder reprimir la ironía.

-Lo sé, lo sé -suspiró Manzano-. Nos arriesgamos a que nos tomen por locos, o por cualquier otra cosa peor.

Cerró los ojos y se apretó la parte más alta del tabique nasal con los dedos.

-Pero ¿acaso tenemos otra opción?

Día 11. Martes

La Haya

Lo despertaron los golpes en la puerta. ¿Quién demonios hacía tanto ruido a esas horas de la mañana? Esperaba que no se tratara de vándalos...

-¿Qué pasa? -preguntó Marie Bollard, adormilada a su lado.

-Voy a ver -dijo él.

Por primera vez, no sólo cogió la linterna que tenía sobre la mesita de noche, sino también la pistola.

Quien quiera que estuviese fuera, seguía aporreando la puerta.

-¿Quién hay?

-¡Janis!

Bollard escondió la pistola a su espalda y abrió la puerta.

-¿Te has vuelto loco? ¿Qué hora es?

-Las tres de la mañana.

A lo lejos se oía el sonido de las sirenas de policía.

-Pues espero que tengas una buena noticia.

Christopoulos inclinó la cabeza.

-No estoy seguro. El italiano ha llamado.

-¿El italiano? ¿Qué italiano?

-Ese tal Manzano. Dice que ha descubierto algo, y que es cuestión de vida o muerte. Que cree haber dado con algo que nos puede llevar hasta los atacantes. Pero sólo quiere hablar con usted.

Bollard se despejó de inmediato. ¿Cómo era posible que el italiano, pese a todo, quisiera hablar con él? ¿Estaba burlándose del sistema? ¿O era algo realmente importante? Fuera como fuera, tenía que hablar con él.

-¿Desde dónde ha llamado?

-No ha querido decírnoslo.

-Espera, voy a vestirme.

Volvió a su habitación y le dijo a su mujer que tenía que irse, no sin antes ponerle la pistola en la mano.

-Ya sabes cómo funciona, llegado el caso.

-Pero yo...

Bollard se vistió en un segundo, dio otro beso a su mujer y se marchó.

Una vez en el coche, sentado junto a Christopoulos, preguntó:

-¿Y no ha dicho nada? ¿No sabemos qué ha descubierto?

-Nada. Sólo quería hablar contigo.

El aire olía a incendios apagados.

-¿Cómo está todo en el centro de la ciudad? -quiso saber.

-La estación ha ardido en llamas. La gente ha empezado a emigrar a Paleis Noordeinde y al ayuntamiento nuevo. Los rumores de un ataque a la reina siguen creciendo y se ha desplegado todo un dispositivo policial para proteger la corona.

-Ya veo... Llévame hasta allí.

El trayecto no era largo. Ya de lejos podía verse el cielo nocturno teñido de naranja. Pocos minutos después, llegaron a la zona que rodeaba el palacio real. Cada vez había más gente en la calle, pese al frío. En una de las calles se toparon con un cordón policial. Bollard se les acercó.

-Aquí las cosas están tranquilas -le dijo un oficial-. El lío está en el ayuntamiento.

Siguieron avanzando. El cielo estaba cada vez más rojo. Pronto no pudieron abrirse paso entre la gente.

-Espérame aquí -dijo Bollard-. No pierdas el coche de vista. Enseguida vuelvo.

Bajó y siguió a pie hasta llegar a la plaza que quedaba justo frente al edificio, ante el que la gente parecía más bien un enjambre de abejas. De algunas de las ventanas del edificio, otrora blancas, emergían llamas que pintaban de negro la fachada: de otras salían muebles y objetos de lo más diversos, que iban a parar al suelo con un terrible chasquido. Junto al edificio, Bollard vio policías uniformados y con cascos, enfrentándose sin demasiada fe a la masa enfurecida. Los adoquines empezaron a volar sobre su cabeza y no tardaron en oírse disparos. Bollard observó la contienda durante unos segundos y luego corrió de vuelta al coche.

Marie Bollard oyó los disparos a lo lejos. Estaba estirada de lado, mirando por la ventana hacia el cielo nocturno y extrañamente rojizo, como si estuviera lleno de antorchas. Junto a ella, bajo la almohada de François, estaba la pistola. La cogió en cuanto oyó pasos en el pasillo y el chirrido de la puerta de su habitación. Envuelta en la oscuridad, incapaz de ver nada, Marie se incorporó en la cama.

-¿*Maman*, qué pasa? ¿Qué es tanto ruido? -gimoteó Bernadette, adormilada.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Marie Bollard escondió el arma bajo su almohada.

-No es nada, cielo -dijo.

-¿Podemos dormir con vosotros? -preguntó Georges.

-Papá ha tenido que volver al trabajo -respondió ella-. Pero claro, venid.

Los piececitos de los niños repicaron en el suelo, y sus cuerpecitos saltaron a la cama y se apretujaron contra el de ella. Marie se puso en medio, los abrazó, notó la pistola bajo su cabeza y rezó para que los niños no la descubrieran.

-¡Guau! -fue todo lo que Bollard alcanzó a decir.

Estaba fascinado, inclinado sobre el ordenador y tocando la tecla RESET que hacía unos minutos le había mostrado Manzano. Sobre sus hombros, Christopoulos y dos de sus colaboradores.

-Tiene que asegurar los datos lo antes posible -le indicó Manzano, al otro lado del teléfono-, antes de que se den cuenta de que los hemos descubierto.

Bollard asintió. La cabeza le daba vueltas. Christopoulos le susurró: ¡Tiene que informar inmediatamente a los servicios informáticos! ¡Tenemos que

empezar con esto cuanto antes!

-¿Y cómo puedo saber si son ciertos? -preguntó Bollard-. ¿Y si el italiano se ha inventado todo esto para ponernos sobre una pista falsa?

Mientras decía aquello iba clicando arbitrariamente sobre los comentarios. Él también conocía el código y podía irá descifrándolos sin demasiados problemas.

-¡Venga ya! ¿Ve cuántos hay? ¡Son una barbaridad! ¡Es imposible inventárselos en unos días!

-¿Cómo ha dado con ellos? -preguntó Bollard a Manzano.

-Con un poco de suerte. Y porque estos tipos han sido sorprendentemente descuidados en lo que concierne a la seguridad. Ya se lo explicaré cuando tenga la oportunidad.

Bollard dejó de clicar en los mensajes. Ya había visto suficiente. Si aquello no era falso, el maldito italiano había vuelto a dar en la diana.

Seguía sin caerle nada bien, pero debía reconocer que su ambición y constancia le impresionaban.

-He oído que le dispararon. ¿Cómo se encuentra?

Un breve silencio, y al fin:

-He estado mejor, gracias.

Bollard luchó un poco consigo mismo antes de decir:

-Si esta plataforma es lo que parece...

-Estoy bastante seguro de que lo es, como ya le he dicho. Pero necesitará una cantidad enorme de recursos humanos para poder analizarla con celeridad. ¿A quién avisará?

-A todos.

-¿Quiénes son todos?

-Desde la Agencia de Seguridad Nacional hasta la Oficina Criminal Federal, pasando por todos los cuerpos de policía. Todos. -Tuvo que hacer un esfuerzo para preguntarle-: ¿Y qué me dice de usted?

Bruselas

-¿Cómo que qué le digo de mí?

-Usted tiene que acompañarnos -le dijo la voz de Bollard, al otro lado de la línea.

Manzano había puesto el altavoz para que Angström y Shannon también pudieran oír lo que decía. Ya no les importaba lo más mínimo pasar desapercibidas.

-Al fin y al cabo -continuó diciendo Bollard- es usted quien ha encontrado el RESET. Le enviaré un coche. En unas horas estará en La Haya.

Manzano no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

-Mire, en los últimos días la policía me ha detenido, disparado, perseguido, vuelto a detener y obligado a pasar una noche infernal en prisión -si es que ese sitio puede llamarse así-, donde casi me matan y me queman vivo. ¿Quién me asegura a mí que no volverá a entregarme *direttamente* a sus súbditos de la CIA? ¿De verdad cree que puedo confiar en ustedes?

Silencio.

-Inténtelo -dijo Bollard, al fin.

McLean

-¿De dónde han sacado eso? -preguntó Richard Price, una vez más, atónito.

Elmer Shrentz había ido con los documentos directamente al director del Centro Nacional de Lucha Antiterrorista. Desde que empezó el apagón en Estados Unidos, los trabajadores de Liberty Crossing (un complejo ubicado en McLean, no muy lejos del cuartel general de la CIA en Langley -mucho más conocido a nivel mundial-) no habían descansado ni un segundo. Fundado en 2003, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, El National Counterterrorism Centre se dedicaba a recabar información de las más diversas fuentes, desde la CIA a la Comisión Nuclear Reguladora, pasando por el Ministerio de Transporte, por ejemplo, para poder luchar contra el terrorismo con mayor diligencia y efectividad.

Pero habían vuelto a atacarlos, y los habían vuelto a pillar por sorpresa.

-Departamento de Estado, Departamento de Defensa, Casa Blanca.

-¿Los tres?

-Los europeos han utilizado todos los canales posibles para burlar las escuchas. Han querido asegurarse de que recibíamos la información, y de que lo hacíamos lo antes posible.

-¿Y bien? ¿Ya lo hemos analizado?

-Hasta el punto de pensar que son auténticos.

-¿Y está todo ahí escrito?

-Eso parece. Sólo tenemos que unificarlo. Todos juntos.

Ratingen

-Por eso la Europol ha propuesto quién debe analizar qué -explicó por radio el director del Centro Alemán de Lucha Antiterrorista a Hartlandt -. Necesitamos la colaboración de todos los trabajadores que podamos, ya sean hombres o mujeres. Olviden por el momento el asunto SCADA de Talaefer, ¿de acuerdo? Les pasaremos un montón de datos, y tendrán que descodificarlos y añadirlos al resto inmediatamente.

-¿Y cómo es que la Europol ha dado con esto?

-Lo ha descubierto el italiano. Ese que... Déjelo, no quiero hurgar en las heridas.

Hartlandt maldijo en silencio. No sabía qué le daba más rabia: que hubiese sido precisamente el italiano quien había encontrado los datos, o que él lo hubiese estado persiguiendo en lugar de colaborar con él.

-Necesitamos los resultados en dos horas.

Bruselas

A mí nunca me ha abrazado así, pensó Shannon al ver a Manzano despidiéndose de Angström. Sintió una leve punzada de celos, aunque en realidad no estaba segura de lo que sentía por él. Habían pasado tantas cosas juntos... Sin duda, con él había vivido los momentos más emocionantes de su vida.

Manzano se separó de la sueca. Un agente lo esperaba justo frente al edificio.

-Ya conduzco yo -dijo Manzano, suspicaz ante la idea de que otro llevara el coche.

Aún no confía en Bollard, pensó Shannon.

El agente tenía unos treinta y tantos años, y estaba muy en forma. Señaló la pierna de Manzano y dijo:

-Usted está herido, y me han dicho que debo asegurarme de que no le pase nada...

¿Y eso por qué? ¿Para que no huyera o porque sufría algún peligro?

Shannon entró en el coche y se sentó detrás. Manzano, por fin, decidió ponerse a su lado. El agente se sentó en el asiento del conductor. Sacó una bolsa con cuatro panecillos y dos botellas grandes de agua y se los pasó.

-Con los mejores deseos del señor Bollard -dijo. Y luego añadió: -Los cinturones, por favor. Ya sé que apenas hay tráfico, pero...

Un trabajador que cumple con la misión que se le ha encomendado, pensó Shannon. Me gusta. Cogió el bocadillo.

-En la bolsa que tienen en medio encontrarán ropa limpia -dijo el hombre-. La necesitarán.

Manzano se preguntó de qué iba a servirles la ropa limpia sin una ducha, y pensó en decirle al agente que encendiera el aire acondicionado si le molestaba el olor, pero estaba demasiado concentrado en cada uno de sus movimientos mientras los llevaba por las calles de la capital belga. Seguía teniendo grandísimas dudas con respecto a la Interpol. El cierre de seguridad infantil no estaba activado, de modo que aún tenía la opción de salir corriendo en caso de emergencia, aunque seguramente no podría llegar demasiado lejos.

Pasaron por una calle en la que había un montón de coches convertidos más bien en un amasijo de metal quemado. De los restos de la terrible hoguera salían aún nubes de humo. El fuego había alcanzado también algunas casas de las cercanías.

-¿Qué ha pasado?

-La gente se puso nerviosa -le respondió el chófer, lacónico.

Intentó encontrar alguna emisora que aún funcionara, pero no pudo. Junto a las patrullas militares, Manzano reconoció alguna que parecía más bien del ejército. De hecho, en el trayecto se cruzaron con dos tanques. Qué

inquietante, se dijo Manzano. No vio ningún cartel que indicara La Haya. Quizá el conductor los estuviera llevando por un camino alternativo, o quizá la ciudad estuviese mal señalizada en general. Notó que estaba agotada. Recostó la cabeza en el asiento para descansar unos minutitos.

La Haya

Marie Bollard se incorporó de un salto al oír los disparos muy cerca. Vio los rostros preocupados de sus hijos. Georges se levantó y quiso ir a la ventana.

-¡No te muevas! -le gritó. Reconoció el pánico en su propia voz-. ¡Nunca te pongas frente a la ventana! -añadió.

Fuera se oían gritos, ruidos, golpes. Fue corriendo al primer piso. La pistola estaba escondida en la parte de atrás de su armario. Se acercó a la ventana con mucha cautela y se atrevió a mirar. Allí no había nadie. Sólo un perro olfateando en la basura.

-¿*Maman*? -oyó decir a Bernadette.

-¡Quedaos donde estáis!

Volvió a mirar hacia la calle, a izquierda y derecha. Vio a unos policías persiguiendo a un grupo de gente que se dispersó algo más allá, y su pulso empezó a tranquilizarse poco a poco. Dejó el arma donde estaba y regresó al salón. No puedo dejar que me afecte todo tanto. Tengo que calmarme, se dijo. Tengo que calmarme.

En algunas de las calles de La Haya, Manzano vio exactamente el mismo panorama que en Bruselas: coches quemados y casas humeantes.

-¿A dónde vamos? -preguntó al conductor.

-El hotel está ocupado -respondió éste-. Los llevo directamente a la Interpol.

En la calle, rodeando el edificio, unos cuantos tanques.

-¿Son disparos? -preguntó Shannon, al oír el sonido a lo lejos.

-Es probable -dijo el agente.

Para acercarse al edificio tuvieron que cruzar un paso custodiado por militares armados hasta las cejas.

-Parece que estamos en guerra -dijo Shannon.

-Prácticamente lo estamos -respondió el conductor.

Ya a la entrada del edificio fueron cacheados por un grupo de agentes armados, con chalecos antibalas y con cascos. El chófer los condujo hasta el tercer piso y los invitó a pasar a una pequeña habitación con ocho camas. Ése sería su alojamiento durante los días siguientes. En seis de ellos las mantas y las almohadas daban a entender que alguien las había utilizado, pero dos estaban perfectamente hechas. Junto a ellas, dos pantalones, dos camisas, dos jerseys y un plumón.

-Para ustedes.

Shannon pasó la mano por la manta y cogió el pantalón para ver si era de su talla.

-También pueden ducharse en el lavabo que queda al final del pasillo -dijo el conductor-. Cuando acaben, el señor Bollard los espera en el centro de reuniones. Ya sabe dónde está -dijo el hombre, dirigiéndose a Manzano.

Centro de mando

Aunque los algoritmos seleccionaban los mensajes a partir de las palabras clave, en los últimos días había decrecido el ámbito de aplicación y de ahí que sólo pudieran analizar realmente parte de ellos. De ahí que no hubieran descubierto el mensaje hasta ahora. Y eso que era de hacía cuatro días. Del sábado pasado, para ser exactos. Lo habían enviado desde el Centro de Lucha Antiterrorista en Berlín e iba dirigido, como mínimo, a la Europol y la Interpol. En él se animaba a las autoridades a dar con la identidad de un hombre que podía haber estado en contacto con Hermann Dragenau, y contenía un archivo adjunto en el que podía verse una foto de grupo de la conferencia de Shangai de 2006. Su cara, en un extremo de la imagen, estaba marcada con rotulador.

Que hubieran conseguido identificarlo significaba que tenían un punto de partida para investigar. Imaginaba que los servicios secretos de todo el mundo habrían puesto en marcha ya su maquinaria y estarían concentrando todos sus esfuerzos en dar con él.

De modo que empezaron a rebuscar por palabras clave en la correspondencia de los últimos días. Pocas horas después, Birabi se sentía mucho más tranquilo. No tenían nada contra él. Apenas habían intercambiado un puñado de e-mails sobre el tema, y en todos se hablaba más de sospechas que de descubrimientos. De todos modos, tendría que ser más precavido aún. No debía llamar la atención, porque aún estaban lejos de conseguir todo lo que se habían propuesto.

La Haya

-¿Qué hace ella aquí? -preguntó el director de la Europol al ver a Shannon.

Por toda respuesta, Manzano se asomó a la ventana y miró hacia la ciudad. En varias zonas se veían columnas de humo elevándose hacia el cielo. A lo lejos, las sirenas de la policía, o quizá de los bomberos o las ambulancias, y sobre ellos, helicópteros custodiando el cielo.

-De no ser por ella jamás habría recuperado mi ordenador y no habría dado con RESET -respondió, al fin.

Bollard entornó los ojos y apretó las mandíbulas.

-Está bien, pero nada de salir en la tele a airear noticias -dijo al fin.

-Le doy mi palabra -dijo Shannon-. Al menos, no hasta que usted me dé vía libre.

Y dicho aquello susurró a Manzano:

-Pero necesito algo urgente con lo que trabajar. Alguna cámara, un ordenador.

-Necesitamos dos portátiles -dijo Manzano-, y ella, una cámara.

Se dio cuenta de que Bollard estaba a punto de explotar, pero después de todo lo que había pasado creía que tenía derecho a exigirle eso y mucho más.

Bollard le dedicó una mirada airada, pero al final dijo, o más bien escupió:

-De acuerdo. Tráiganles lo que piden. Pero insisto: nada de airear noticias.

Shannon asintió rápidamente.

-Sólo publicaré la historia cuando todo haya acabado y usted me permita dar a conocer su maravilloso trabajo.

-Haga usted el favor de ir a reírse de otro, señorita.

-¿Cómo va con el RESET? -preguntó Manzano, cambiando de tema.

-Hemos enviado los datos a la Interpol, la OTAN, los distintos Servicios Secretos internacionales, el Centro de Lucha Antiterrorista y algún que otro organismo más -dijo Bollard-, y hemos repartido el trabajo.

En la sala de reuniones había dos docenas de hombres inclinados ante sus ordenadores. Bollard se acercó a uno de ellos, y Manzano y Shannon lo siguieron.

-¿Cómo lo han hecho? ¿Cómo han repartido el trabajo?

-Hemos adoptado varios parámetros distintos. Por ejemplo, en función de palabras clave. Había muchos e-mails que hablaban del Día Cero, sin ir más lejos, y los estamos agrupando.

-¿Y qué demonios es eso? -preguntó Shannon.

-Son vulnerabilidades en los sistemas y programas; fallos que el propio creador desconoce y por lo tanto no puede reparar ni proteger -apuntó Manzano.

-O también nos hemos repartido en función del emisor o el receptor del mensaje -siguió diciendo Bollard-. Hemos filtrado sus conversaciones en

función de diversos conceptos, y así vamos avanzando.

-Conceptos... -dijo Manzano-. ¿Me han buscado a mí también como concepto?

-Por supuesto -dijo Bollard-. Fue uno de los primeros con los que probamos. ¿Quiere verlo?

El hombre que estaba en el ordenador más cercano tecleó algo y en seguida apareció un texto en pantalla:

6, 11.24 GMT

tancr: parece que el italiano ha dado esquinazo a los alemanes.

b.tuck: ¿pero sigue bajo sospecha?

tancr: no lo sé, creo que sí.

b.tuck: bueno, alguien tendrá que intervenir. En I, en A.

-El italiano... ése soy yo -dijo Manzano-. Y los alemanes son Hartlandt y sus secuaces.

-Aún hay más.

4, 9.47 GMT

b.tuck: ¿Quién es ese tío?

tancr: ni idea. Ahora lo investigo.

-¿Y qué encontró? Me encantaría saberlo.

Bollard asintió y su colaborador abrió otro cuadro de conversaciones:

5, 10.11 GMT

b.tuck: tengo más info sobre el italiano. Piero Manzano. Hacker desde hace siglos. Podría ser «Towind».

Manzano sintió que se le revolvía el estómago. Estaban bien informados. Ese tal b.tuck tenía razón en sus sopechas: «Towind» había sido uno de sus seudónimos, aunque ahora hacía ya mucho tiempo que no lo utilizaba.

Participó en las manifestaciones de los noventa. En 2001 estuvo en Génova... ¡De hecho, podría ser uno de los nuestros! ¿Alguien lo conoce?

tancr: no

¿Cómo que *podría ser uno de los nuestros*? Manzano notó que se le acumulaba la sangre en las mejillas. Al fin y al cabo, Bollard también pensó que él era uno de ellos.

Y aquí hay otro:

5, 13.32

tancr: el italiano empieza a ser muy molesto. Ha dado la pista de Talaefer. Me gustaría ponerle una trampa.

b.tuck: ¿cuál?

tancr: e-mail falso.

b.tuck: ok.

-¡Sí! ¡Gracias! -exclamó Manzano, aliviado, y lanzó a Bollard una mirada triunfal-. ¡Espero que ahora crea de una vez por todas que soy inocente!

-Bueno, si fuera uno de ellos podría haberlo montado todo para hacer que lo pareciera, ¿no? -dijo Bollard, con el rostro inexpresivo.

Manzano lanzó un suspiro de desesperación.

-¿Ya no cree usted en nadie, verdad?
-En nadie.

París

-¡Venga! -exclamó Blanchard, enfadado.

En la pantalla general del Centre National d'Exploitations Système se veían efectivamente más líneas verdes entre la red roja de Francia, pero no tantas como él había esperado.

-Hemos recuperado prácticamente el cuarenta por ciento del abastecimiento de electricidad -informó a Tollé-. En las primeras zonas nos ha sido sencillo realizar la sincronización, y si seguimos así mañana mismo tendremos electricidad en todo el país.

-Eso fue lo que me dijo usted ayer, si mal no recuerdo. ¿Y qué pasa con Cattenom y Tricastin? -preguntó el secretario del presidente.

-Mmmm... Bueno...

-¿Qué? ¿Insinúa...?

-Las dos centrales son nuestro mayor problema -dijo Proctet-. En doce de los cincuenta y ocho reactores franceses se han producido incidentes más o menos preocupantes... Sin contar, por supuesto, con la tragedia del Bloque 1 de Saint Laurent.

Durante unos instantes reinó el silencio.

-Eso implica que durante los próximos días debemos contar con inestabilidades en la red. Quizá se produzcan nuevos apagones en ciertas regiones, pero no deberían durar más de unas horas.

-¿Cattenom y Tricastin están en estado de alerta máxima, y aquí no hacemos más que parlotear? -explotó Tollé-. ¡Puede que en veinticuatro horas ya no haya para ellos vuelta atrás!

-Lo que no entiendo -dijo Manzano-, es cómo se les ocurrió meter un correo en mi portátil, y cómo supieron que había dado con la pista de Talaefer.

Bollard lo miró.

-Cuando usted le dijo a Hartlandt que la información tenía que haber salido de nuestra organización, pedí a los servicios informáticos que revisaran todo nuestro sistema, por seguridad.

-¿Y encontraron algo?

Bollard estaba visiblemente incómodo al responder:

-Encontraron programas instalados en los nuestros para leer nuestro correo, e incluso activar cámaras y micrófonos.

-Ups, no me gustaría ser el responsable de seguridad de la Europol...

-No, a mí tampoco. Ni el del gobierno alemán, francés o inglés, ni el de sus gabinetes de crisis... Según parece, esos tipos lograron colarse en todas partes y enterarse de todo. Nos espiaban, nos oían, nos veían.

-Habla usted en pasado. ¿Ya no lo hacen?

Se asustaron al oír disparos, y corrieron hacia la ventana.

-¿Están viniendo? -murmuró Shannon. En la calle no se veía ni un alma.

-Los máximos responsables de las organizaciones decidieron no hacer nada contra las intervenciones -continuó diciendo Bollard-, para no llamar la atención. Pero ahora mantenemos una doble comunicación. Lo importante y lo secreto circula exclusivamente por un canal especial.

-No creo que vayan a poder mantener el engaño...

-En los canales intervenidos seguimos enviando mensajes, aunque todos son falsos y sólo pretenden confundir a los terroristas.

-Social Engineering desde la base. Ya veo...

-Puede llamarlo así, sí.

-Pero requiere un esfuerzo enorme. Si esos tíos no son idiotas, y todo apunta a que no lo son, no tardarán en darse cuenta de que han cambiado los patrones de comunicación. Será antes o después en función del software con el que trabajen. Si se han colado en todos los sistemas que ha mencionado, y en varios países distintos, está claro que el descodificador es un software y no un grupo de personas. Tendrían que ser muchísimas para resultar efectivas.

-Eso mismo nos dijimos nosotros -dijo Bollard-. Lo más probable es que algún programa escanee las conversaciones a partir de una serie de palabras clave, frases y formulaciones previamente definidas, y que alarme en cuanto las encuentre.

-Al fin y al cabo se trata relativamente de un procedimiento, ¿no le parece? ASN, sin ir más lejos, lo usa desde hace años. La única ventaja es que esos algoritmos están más pensados para encontrar algo determinado que para echarlo de menos.

París

La *Direction Centrale du Renseignement Intérieur*, el servicio secreto francés del interior, tenía su sede en el parisino barrio de Lavallois-Perret. El director Jacques Servé en persona se había hecho cargo de la coordinación del análisis de datos. En un par de ocasiones había comentado con Bollard alguna cuestión formal, pero no habían llegado a conocerse. Como colaborador de la Europol en La Haya estaba forjándose una carrera y abriéndose camino hacia París, aunque él pensaba lo contrario. Sea como fuere, con aquella historia su nombre quedaría sin lugar a dudas catapultado hacia los primeros puestos de la lista. Por suerte, la organización en la que trabajaba Servé llevaba varios años ampliando sus conocimientos sobre criminalidad y terrorismo cibernéticos, y pudieron ponerse a trabajar y analizar los datos en cuanto éstos les llegaron de La Haya.

«Louis Peterevsky está presentando sus primeras conclusiones en este momento», podía leerse en la enorme pantalla dedicada a analizar los diálogos del RESET.

-Esta conversación tiene al menos tres años -dijo Peterevsky-. Uno de sus tres interlocutores interviene muy a menudo. Los otros dos, mucho menos. Suponemos que no pertenecen al círculo íntimo de los terroristas, sino que son colaboradores externos. Hablan de un software que seguramente han introducido en la central de alguna gran organización. A partir de esta primera conversación, hemos escaneado el seudónimo y hemos encontrado infinidad de nuevas aportaciones, que vienen a confirmar la tesis de que se trata de dos hackers contratados para la misión.

-¿Podemos saber quiénes son?

-Por ahora no. Pero el contenido de sus mensajes es realmente útil, básicamente porque nos lleva a otras tantas conversaciones -Peterevsky cambió la imagen de la pantalla- y nos ayuda a crear un primer esbozo sobre el tema: quién hace qué y dónde. Aquí, por ejemplo, discuten sobre los distintos modos de enviar un correo a alguien con toda la intención pero haciendo ver que se trata de un error: el remitente es la dirección hackeada de algún miembro del personal, y el mensaje lleva un archivo adjunto titulado «Recortes personal». ¡Oh!, piensa el que lo recibe. ¿Será esto una lista de los próximos trabajadores que van a ser despedidos? La curiosidad mata al gato, el trabajador en cuestión abre el correo y ¡zas!, ya tenemos el virus instalado.

-¿Y por qué no ha funcionado ninguno de los antivirus?

-Porque los antivirus sólo pueden protegernos de los virus que conocen, y seguro que esta gente ha utilizado virus relacionados con el Día Cero, para el que no podemos protegernos.

-... los métodos más conocidos siguen siendo los más peligrosos... -intrvino Servé.

-Exacto. Tendríamos que analizarlo todo en detalle pero yo diría que todos los pasos que han seguido los terroristas han sido discutidos y planeados en la plataforma, lo cual es una barbaridad desde el punto de vista de la seguridad, todo sea dicho. Parece que se consideran tan buenos que ni siquiera han contemplado la posibilidad de que los descubramos.

-O eso, o les da igual que lo hagamos -dijo alguien.

-También podría ser -admitió Peterevsky-. Ya se sabe que nuestros colegas del lado oscuro tienen una extraña tendencia a pensar así.

-No sólo ellos.

La Haya

Manzano no le veía ningún sentido a dedicarse él también a analizar los datos del RESET, porque miles de especialistas de medio mundo estaban ya en ello. Lo que sí le interesó, en cambio, fue la observación de Bollard de que Talaefer no quería que encontraran nada en sus sistemas SCADA. De modo que se sentó en una zona algo apartada y empezó a estudiar los informes de fallos de las centrales nucleares hallados hasta el momento en Talaefer.

Pese a sus parcos conocimientos sobre el tema y sin proponerse profundizar en las cuestiones técnicas, Manzano tardó poco más de una hora en comprender lo que había pasado: en casi todas las centrales habían recibido varios avisos de fallo a la vez. Y aún había algo más. En muchos casos, quien observaba la zona de los generadores no tenía un cargo principal en la central.

Lo cual podía tener muchas interpretaciones.

-¿Tú nunca descansas? -le preguntó Shannon.

Llevaba todo el día viéndolo conversar con unos y otros, mirando los ordenadores por encima de los hombros de quienes los analizaban, estudiando los datos que aparecían en la pantalla de la pared... Y ella había estado filmando y fotografiando. Bollard le había dado su consentimiento, después de que Manzano insistiera en la importancia de la joven en aquella historia.

-Bueno -acabó diciendo el francés-, quizá no esté mal que alguien documente cómo y cuánto trabajamos.

Manzano se desperezó y oyó crujir sus articulaciones. Ella tenía razón: necesitaba un descanso.

-¿Un café? -dijo Shannon.

Fueron juntos a la cocina que quedaba un par de puertas más allá. En las mesas había algunos trabajadores de la Europol, sentados con aspecto extenuando ante humeantes tazas de café.

Manzano cogió una de las cápsulas de café y la metió en la cafetera. Era magnífico que el sistema eléctrico de la Europol pudiera seguir permitiéndose aquel lujo. A él no le gustaban demasiado aquellas máquinas tan modernas en las que el café ni siquiera podía verse, pero desde luego no estaban las cosas como para ser tiquismiquis. Y al final, eran muy prácticas. Eso no podía negarse. Se mete la cápsula, se aprieta el botón, se obtiene el café. Y punto. De hecho, eran como pequeños ordenadores que producían café, pensó, mientras metía también la cápsula para Shannon.

-Corto, pero de los fuertes -le pidió ella.

Manzano apretó el botón de nuevo, esperó y le ofreció la taza. Una lucecita roja le indicó que la cafetera estaba llena, que no cabían más cápsulas y que había que vaciarla. Manzano sacó el cajetín de las cápsulas, y se sorprendió al ver que ahí no había más que dos: la suya y la de Shannon. Bueno, las vació, volvió a cerrar el cajetín y se sentaron a la mesa junto a dos de los

trabajadores.

No habían hecho más que sentarse cuando Manzano volvió a ponerse en pie de un salto y volvió corriendo a la cafetera. La lucecita roja seguía parpadeando, aunque el cajetín estaba completamente vacío. Manzano lo sacó y lo volvió a meter de nuevo, pero la lucecita seguía parpadeando.

-Son los indicadores -susurró-. ¡Creo que son los indicadores!

-¿Qué?

Manzano se bebió el café de un trago.

-¡Creo que los fallos no eran de las máquinas, sino de los indicadores!

-¿Qué fallos?

-Los de los software SCADA.

-¿Y te lo ha dicho la cafetera?

-¡Exacto!

Madrid

blond
tancr
sanskritt
zap
erzwo
cichao
proud
baku
tzsche
b.tuck
sarowi
simon

-Éstos son los doce nombres con más presencia en los mensajes -dijo a los allí presentes Hernandez Durán, director del departamento de criminalidad y terrorismo cibernéticos de la Brigada de Investigación Tecnológica de Madrid-. Algunos son inequívocos, como Blond o Erzwo, que seguro que es fan de la Guerra de las Galaxias. Pero los que nos parecen más interesantes son Proud, Zap, Baku, Tzsche, B.tuck y Sarowi. -Hizo una pausa dramática antes de continuar-: Nuestro colega Belguer ha esgrimido una tesis interesante al respecto, que nos ayudaría a definir la cuestión de la procedencia: Proud, Zap, Baku, Tsche y B.tuck podrían (con énfasis en el condicional) ser abreviaturas de nombres: Proudhon, Zapata, Bakunin, Nietzsche y Benjamin Tucker.

Por suerte, la toma del poder por parte de los militares no había impedido, al menos hasta el momento, que siguiera realizando su trabajo, aunque lo cierto es que todos en aquella sala temían las consecuencias de lo que estaban haciendo. Pese a todo, por primera vez desde que empezó el apagón, tenían una ligera esperanza de que las cosas pudieran solucionarse y los causantes de todo aquel horror fueran descubiertos.

-Zapata y Nietzsche sé quiénes fueron -dijo uno de los allí presentes-. Del resto he oído hablar pero...

Al principio, los únicos que analizaban datos eran los encargados de los servicios informáticos. Pronto se añadieron nuevos especialistas, y por fin llegó el sociólogo Belguer con su teoría de los nombres.

-Pierre-Joseph Proudhon -dijo Durán-, fue un francés del siglo XIX. Está considerado el primer anarquista. Su frase *La propriété c'est le vol*, «la propiedad es un robo», se ha convertido en máxima. Michail Bakunin, un noble ruso, fue también un influyente anarquista del siglo XIX. Benjamin Tucker ya pertenece a la siguiente generación; el americano tradujo y editó los

escritos de Proudhon y Bakunin. A finales del siglo XIX y sobre todo principios del XX fue una de las principales personalidades del panorama anarquista estadounidense.

-Revolucionarios, anarquistas... -dijo alguien-. Si esta tesis es correcta, y a mí me lo parece, esto es precisamente lo que son los desgraciados que han provocado todo esto.

Berlín

-Por fin buenas noticias.

Michelsen se preguntó si en los últimos diez días ella también habría envejecido diez años, como el resto de sus compañeros.

-Bueno, sólo en parte -la corrigió la ministra de Medio Ambiente, y Seguridad Nuclear mostrando la pantalla llena de líneas verdes y rojas-. Los primeros proveedores de energía vuelven a controlar sus servidores, pero no pueden hacerlo todos. De los que están en las zonas de las centrales de Philippsburg, Brokodorf, Grundremmingen y Grohnde nos falta información. Desconocemos cuál es la situación en Philippsburg. Aunque no se había visto ningún valor radiactivo especialmente conflictivo, la zona se había evacuado por prevención. El director de Brockdorf nos dijo que la cosa había mejorado cuando recibieron el material de repuesto que necesitaban. Y parece que en Grundremmingeny iba tirando gracias a los refrigeradores de emergencia.

-Pero no lo saben a ciencia cierta -apuntó Rhess.

La ministra sacudió la cabeza.

-Sólo subió la radiactividad en el caso de Brockdorf, ¿verdad?

-¿Y qué pasa con Grohnde?

-Es la que más nos preocupa. El único sistema de electricidad de emergencia que le funcionaba -al menos en parte- no deja de fallar, y desconocemos las consecuencias que puede tener todo esto en su reactor. Como no recuperemos pronto la electricidad...

-¿Cuánto tiempo más cree que podrán controlar los reactores? -preguntó Michelsen.

-Los proveedores dicen que lo tienen todo bajo control -dijo la ministra-, pero hay gente en la casa que piensa que esto sólo se aguantará uno o dos días más. En el peor de los casos, a Grohnden le quedan poco menos que horas de vida.

-¿Y qué sabemos de los incidentes en las prisiones? -preguntó el canciller.

-El gobierno de Renania-Pfalz no tiene ningún contacto con el JVA en Trier desde ayer -tuvo que admitir el ministro de Justicia-. No saben si podrán detener la marabunta que se les avecina.

-¿De cuántos criminales estamos hablando?

-No podemos saberlo con seguridad -reconoció el ministro.

-Desde Dresden nos llega la noticia de que los ciudadanos enfurecidos irrumpieron en el ayuntamiento sajón e intentaron provocar un golpe de Estado. Se han dado enfrentamientos con la policía y ha habido muchos heridos y varios muertos. Aún no se conoce la cifra total de las víctimas...

Se detuvo en mitad de la frase y se quedó con la vista fija en la ventana. Sin compartir con los allí presentes lo que acababa de ver, se levantó y fue hacia el cristal. Los demás lo siguieron.

Michelsen no podía creer lo que estaba viendo. En la acera de enfrente, tras un sauce sin hojas, había una jirafa con dos crías a sus lados. Aquella visión tan singular dejó sin habla a todos los allí presentes, que se limitaron a seguir con la mirada los pasos lentos y particulares de los tres bellos animales, hasta que desaparecieron tras una esquina.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó el ministro del Interior.

-Los animales están saliendo del zoo -dijo el secretario de Estado, Rhess-. Está sólo a un quilómetro y medio de aquí y ahora casi nadie va a cuidarlos.

-¿Cree que se habrán escapado todos los animales? ¿Los leones? ¿Los tigres?

-Me temo que sí -murmuró Rhess.

-Ahí está -dijo Dienhof-. No tengo ni la más mínima idea de cómo lo habrán descubierto esos tipos de la Europol, pero el caso es que tenían razón. Nos dijeron que buscásemos unos datos en las bibliotecas, y ¡bingo!

Wickley creía que nunca en su vida se había sentido igual. Le parecía que estaba ante un precipicio sin fondo y que a sus espaldas se acercaba una manada de perros rabiosos.

-Hemos descubierto el código hace media hora. Para facilitar su comprensión, lo hemos traducido y convertido en un pseudocódigo.

-Muy considerados, gracias -dijo Wickley en un tono que no dejaba lugar a dudas: creía que también habría entendido el código original, lo cual era más que improbable. Pero como director de la emperesa debía, al menos, *parecer* competente.

Tuvo que inclinarse un poco hacia delante para poder leer las líneas de las que iban a hablar:

tras el día del ataque inicial y en todas las zonas horarias
cuando la hora sea = 19.23 (cifra extra entre 1 y 40)
para el 2% de todos los objetos
otros estados de objetos de otro valor
muestra el otro color indicado
comunica el cambio de estado al programa

-Dicho con otras palabras -explicó Dienhof-...

-... las pantallas han estado mostrándonos fallos y problemas que no siempre se correspondían con la realidad -intervino Wickley, completando la frase-. Eso es de una perfidia sin precedentes.

Los pensamientos le iban como locos. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué pasos debía tomar? Si lo que Dienhof estaba diciendo era cierto... Talaefer era una de las principales culpables de todo el desastre que se había montado ahí fuera.

-Lo es, sin duda -confirmó Dienhof-. De hecho, el error en los indicadores no tendría que haber afectado el verdadero funcionamiento de las máquinas, que podrían haber seguido trabajando sin problemas. Pero quienes idearon toda esta trama decidieron arremeter contra el eslabón más débil en la cadena productiva...

-El hombre.

En su fuero interno, Wickley no pudo evitar sentir un cierto respeto por el perverso genio que ideó aquel ataque. Alguien que conocía el ser humano. Alguien diabólicamente inteligente.

-O sea, que las máquinas habrían seguido funcionando, pero...

-El personal y los directivos vieron un indicador de fallo y reaccionaron sin pensar...

-Vieron por ejemplo la indicación de que le presión de los generadores estaba demasiado baja, y la subieron. Sólo que la presión estaba bien hasta que ellos mismos la alteraron.

Dienhof asintió.

-Ahora todos los generadores van más rápido de lo que deberían -continuó Wickley-, y la mayoría se han forzado a sí mismos hasta el punto de romperse, detenerse o estallar.

-Bastaron un par de indicaciones sobre la ventilación o la presión -indicó Dienhof- para deconcertar al personal y obligarlo a hacer lo que no debía.

Cuanto más lo pensaba, más impresionado estaba. Quien quiera que fuera el que ideó todo aquel desastre, había conseguido el máximo beneficio con la menor inversión. E incluso podía tranquilizar su conciencia diciendo que tampoco había hecho nada tan malo. Total, por cambiar un par de códigos... Los verdaderos terroristas habían sido los directores de las centrales nucleares y los jefes de las empresas eléctricas, que actuaron sin pensar.

-¿Los de la Oficina Federal Criminal están al corriente?

-He querido informarle a usted primero.

-Gracias. Y ahora dígame, ¿es éste el verdadero origen de todo? ¿No hay nada más?

-Por el momento hemos analizado las rutinas internas modificadas en cinco de nuestros sistemas SCADA, y hemos hallado el mismo patrón en todas ellas. De modo que no me sorprendería si así fuera en todas.

-Pero ¿cómo entraron en nuestro sistema? ¿Quién les abrió paso?

-Eso tendrán que responderlo los expertos en fuentes informáticas, suponiendo que puedan rescatar todos los datos.

-¿Y cómo pudieron saltarse nuestros filtros de seguridad?

-Demasiadas preguntas -dijo Dienhof-. Para la mayoría de ellas no tenemos respuestas.

-¿Para cuáles sí tenemos respuesta?

-Sabemos cuándo empezó todo. Creemos que el código fue ideado como una bomba de relojería. Pudo ser la introducción de una simple orden en el sistema, o una sencilla fecha, o una constante global en un sitio inadecuado... En unos días lo sabremos a ciencia cierta.

-¿Y qué más? ¿Cómo han podido llegar a tantos países? ¿Cómo han tenido acceso a tantas direcciones?

-Bueno, desde la segunda generación de los SCADA, todos los sistemas utilizan las mismas bases de datos para ciertas funciones estándar que son útiles en todas las centrales.

-¿Insinúa, pues, que la bomba de relojería se instaló en las bases de datos?

-Efectivamente, sí.

-¿Y pasó lo mismo con las centrales nucleares?

-El código era: para elemento de control, luz verde, y para elemento que no funciona, luz roja. Aprovecharon las señales que ya teníamos. Se ahorraron crear algo nuevo, ganaron tiempo y recursos y evitaron tener que estar

actualizando el software continuamente.

-¿Dragenau tuvo acceso a los bancos de datos?

-Sí, igual que los otros dos.

En aquel momento dejó de importarle quién había sido el verdadero culpable o la cabeza pensante de todo aquello. Ahora tenía que ocuparse de conseguir que las consecuencias para Talaefer fueran lo menos duras posibles.

-¿Y qué podemos hacer?

-Escribir una nueva versión de la bases de datos, esta vez sin el código de error, e introducirla en las centrales. Si tuviéramos Internet lo solucionaríamos todo en unas horas.

-Ya, bueno, pero ahora no todas las centrales tienen Internet.

-¿Y si enviamos mensajeros?

-¿A toda Europa?

-Bueno, dadas las circunstancias imagino que la oficina criminal pondrá todos los medios para...

-¿No podemos hacer nada para evitar que ellos se enteren?

-¿Quiere que enviemos todos los mensajeros nosotros?

-Ni con ésas. Seguro que trascendería que Talaefer envió a su gente a las centrales justo antes de que el problema desapareciera. Y nos harían preguntas. Tendríamos que encontrar otro modo menos llamativo. ¿No hay ninguna actualización rutinaria en la que podamos corregir el error?

-Sí la hay, pero no es la misma en todas las centrales, e igualmente se sabrá que con la actualización volvió la normalidad y que Talaefer era la responsable del sistema previo a la actualización.

Wickley reprimió una palabrota.

-Bueno, usted encárguese de crear el software sin errores.

-En ello estamos.

-Mientras tanto, yo pensaré en cómo solucionar el entuerto.

Vio la mirada confusa de Dienhof.

-Hasta entonces, esto quedará entre nosotros -dijo, con determinación-. Nadie debe saber nada; ni la oficina criminal ni la Europol ni nadie. No vamos a presentarles un problema, sino una solución.

Londres

Struck the motherlode, cantaba Phil McCaff en la oficina central del servicio secreto de inteligencia inglés, familiarmente llamado el M16. Hacía más de una semana que no salía de aquel edificio de Vauxhall Cross. Sus compañeros levantaron la cabeza por encima de los ordenadores.

-¡Mirad esto! -gritó.

Conectó su pantalla a la pantalla principal para que todos pudieran verlo: había marcado dos líneas de la conversación:

erzwo: ok, lo tengo.

tzsche: casi medianoche; hora de ir a dormir. Disfruta de tu desayuno.

-La conversación tuvo lugar hace varias semanas -dijo McCaff-. Ya conocemos a erzo y a tzsche, pertenecen al núcleo duro. Bien. Si para tzsche es casi medianoche y para erzwo es hora de desayunar... ¿Qué sabemos?

-Que ambos están en zonas muy alejadas del globo -dijo Emily Aldridge.

-Exacto. Y mirad, aquí tengo algo más.

Viernes, –97, 6:36 GMT

baku: está lloviendo a cántaros. Pensaba que éste era un país soleado.

zap: aquí hay luna llena. Ni una nube.

-¿No tienen nada mejor que hacer que hablar del tiempo? -preguntó Donald Kean.

-Pero estas frases son geniales. ¡Nos ayudan una barbaridad! -dijo Aldridge-. ¿Has encontrado más?

-Muchas más -le dijo McCaff-, y las he estado comparando con los informes meteorológicos y los datos del Meteosat. -Clicó en un mapa del mundo que tenía listo en favoritos-. En este mapa he ido apuntando las fases lunares, la intensidad del sol, los informes meteorológicos y todo cuanto se me ocurría a partir de lo que iba leyendo. Y esto, unido a la fecha que aparecía siempre al inicio de cada conversación, me ha permitido localizar con relativa certeza el lugar en el que se hallaba cada uno de los miembros de cada conversación.

-En la que acabamos de leer, por ejemplo, pude determinar que el segundo se hallaba a entre siete y nueve horas del meridiano de Greenwich.

-Es decir, en algún sitio de América.

-Y el primero, el que se queja de la lluvia, está en Europa.

-Tras valorar todos los comentarios, he llegado a la conclusión de que hay al menos dos grupos. -Dejó que la curiosidad se instalara en todos los allí presentes y continuó-: todavía podría añadir algún matiz, pero a estas alturas estoy bastante seguro de que uno de los grupos está situado en Centroamérica y el otro al este del Mediterráneo.

La Haya

-¡Esto es muy útil! -exclamó Bollard, mucho más feliz de lo que había estado en las últimas semanas, sin lugar a dudas.

Sacó el papel de la impresora y lo meció en el aire.

-*¡Bien! ¡Très bien!*

-Las impresiones, imágenes, noticias y descubrimientos más diversos cubrían ya tres de las paredes de la central de documentación. Seguían sin saber si ese tal Jorge Pucao y sus secuaces tenían realmente algo que ver con el apagón, pero la sospecha de que sí estaban implicados era cada vez mayor.

En la pared tenían más de una docena de fotos de posibles implicados. Durante las últimas veinticuatro horas habían estado acumulando sobre todo información de una foto: mostraba el rostro de un treintañero con barba de cuatro días, una gafas modernas y cuadradas y una media melena cuidadosamente peinada con raya al lado. Sobre su imagen alguien había escrito con letras mayúsculas «Balduino von Ansen». Todos los retratos tenían nombres escritos en la parte superior. Bajo Balduino, seis hojas DIN-A4 con una gráfica y decenas de líneas uniendo pantallas, rótulos, nombres, combinaciones de letras y cifras y cuadrantes de todo tipo.

-Acaban de confirmarnos -dijo Bollard a los allí presentes- que los dos millones de la cuenta de Karyon S. L. se traspasaron a Guernsey en siete operaciones que se hicieron durante seis meses y cuyos destinatarios eran una cuenta de la empresa Utopía en las Islas Caimán y la Hundsrock Company en Suiza. De allí se trasladaron a una nueva cuenta de Bugfix en Liechtenstein y a otro número de Suiza. Según nuestros registros comerciales, el propietario de la cuenta de Bugfix, una empresa de software con sede en Tallahasse, EUA, es Siti Jusuf, que la comparte con John Bannock, uno de los dos norteamericanos que mantuvieron contacto con Jorge Pucao y que desapareció en el otoño de 2011.

Introdujo en la abarrotada gráfica la nueva información.

-Desde esas cuentas, el dinero fue repartiéndose a otras muchas cuentas menores que poco a poco vamos descubriendo. Todos se relacionan con el dinero de un modo muy cooperativo. Conseguían grandes sumas y las repartían con diligencia. Es lo que pasa cuando los inversores tienen parte activa en la inversión -apuntó-. Y funciona pese a los apagones... O quizá gracias a ellos.

Mientras hablaba envió por la vía alternativa los papeles que acababan de descubrir. Los terroristas no debían saber que tenían toda aquella información.

-Y hace unos minutos los analistas ingleses me han dicho que en su opinión los terroristas trabajan desde dos cuarteles principales: uno en México y el otro al este del Mediterráneo, o en el cercano Oeste. De ahí que vayamos a prestar más atención a las transacciones económicas que tienen lugar en una

de estas dos zonas.

Follow the money. Con lo de los soldados no habían logrado ponerse de acuerdo, pero en el caso de la herencia alemana parecía todo mucho mejor. Por lo visto el chico no había aprendido de su padre el banquero a ser discreto con el dinero.

-Eso era... -oyó murmurar a Manzano, mientras se inclinaba sobre uno de los ordenadores, junto a un analista-. Mire, busque... no, no, esto no... Era... ¡Stanbul! Teclee Stanbul, por favor. ¿Y... quién lo decía? Creo que era b.tuck. ¿Puede intentar comprobarlo?

El hombre tecleó lo que le había pedido y en la pantalla aparecieron varias decenas de conversaciones.

-Era antigua -dijo Manzano, más bien pensando en voz alta-. Recuerdo que nos llamó la atención. Era de hacía más de tres años, creo. Escriba –120 para hacer un busca.

En la pantalla sólo quedó una conversación.

Fecha: jueves, –1203, 14.35 GMT

Kensaro: B.tuck ha añadido Stanbul. La transacción debería estar lista a finales de mes.

Simon: ok. Lo enviaré a medias por Costa S.L. y Esmeralda.

-Stanbul -dijo Manzano-, ¿podría ser Estambul? Al este del Mediterráneo. Encaja.

-Costa S. L. y Esmeralda -dijo Bollard, sumándose a la conversación- son nombres de empresas.

Echó un vistazo al panel de la pared.

-Aquí está -dijo al fin-. Mirad, aquí tenemos Esmeralda. En Liechtenstein. ¿La transacción debería estar lista? Pues insistamos allí un poco más...

-Bien, y aquí todos a buscar todas las conversaciones que tengan que ver con Stanbul, Istanbul y Turquía.

Manzano y Shannon avanzaron por el pasillo oscuro hasta la habitación en la que estaban sus camas.

-¿Crees que darán con ellos? -preguntó Shannon.

-Antes o después, lo harán -dijo Manzano, visiblemente cansado.

Llegaron a la habitación. Estaban solos. Se acercaron a la ventana. Un manto rojo (en algunas zonas más intenso, en oras menos) cubría la ciudad.

-Lo importante ahora es detener todo esto.

Callaron, recordando todo lo que habían vivido esos últimos días. Shannon había descubierto que sus límites estaban mucho más allá de lo que había pensado. En el caso de Manzano había sido aún más exagerado. Desde que le dispararon había cambiado, se había vuelto más callado. No había explicado a nadie lo sucedido la noche que pasó en el hospital, cuando Hartlandt encontró a Shannon en lugar de dar con él. Y el modo en que escapó de los perros. «Tuve suerte» fue todo lo que alcanzó a decir. Ella pensó en la mañana que despertó entre los brazos de Manzano. Un sentimiento muy agradable...

-Gracias -dijo él, entonces, rompiendo el silencio.

-¿Por?

-Por llevarme contigo, aunque fuera a rastras.

Shannon se dio cuenta de que la situación le resultaba embarazosa.

-¿Acaso tenía elección? Sabía que sólo tú serías capaz de encontrar el RESET.

Manzano se sentó en la cama, se quitó los zapatos y se acostó. Ella estaba incómoda ante la idea de que algún extraño pudiera entrar y salir de la habitación, sin más, aunque por otra parte, con la historia de la grabación, había conocido ya a muchos de los trabajadores de la Interpol y le parecían todos muy agradables. Además, comparado con la cantidad de lugares horribles en los que había pasado las últimas noches...

Si no te sientes a salvo en una comisaría de policía, se dijo, ¿dónde si no? Y después de aquello se dejó caer también sobre la cama.

Oyó la respiración regular y profunda de Manzano. Se había quedado dormido en cuestión de segundos. Lo tapó con una manta, apagó la luz y se metió en la cama que le habían adjudicado. El cuerpo le pesaba como nunca antes lo había hecho. Estirada en la oscuridad, oyó la respiración de Manzano, mezclada con los ruidos que llegaban del exterior. Como si estuvieran en guerra. Tenía que dormirse: quizá los sueños fuesen mejores que la realidad.

Día 12. Miércoles

La Haya

Bollard colgó en el panel, junto a las imágenes sobre Balduin von Ansen, la foto de un edificio. Manzano tardó unos instantes en reconocer su arquitectura.

-Hace un año y medio, una empresa llamada Süper Kompüter compró este complejo en la zona asiática de Estambul. Por lo que sabemos, el edificio se alquila desde Turquía a seis empresas diferentes de distintas especialidades, y, dado que está ubicado en una de las zonas más concurridas y cosmopolitas de la ciudad, con muchos negocios internacionales, los extranjeros que puedan entrar y salir de él no llaman la atención en absoluto. Los productores de electricidad en Turquía se han tomado con especial interés, lógicamente, el estudio de lo que está sucediendo y han analizado minuciosamente las seis empresas que concurren en el edificio: cuentas bancarias, datos financieros, personal... El primer descubrimiento ha sido el de los nombres de los directores de las mencionadas empresas. Uno de ellos es John Bannok, al que ya conocemos. Otro es el propio Lekue Birabi, el contacto de Pucaos en Nigeria. -Bollard les enseñó un papel al decir aquello-. Le pagaron con una transferencia de unos dos millones de euros realizada por Costa S. L., Esmeralda y otras dos empresas más a la atención de Süper Kompüter. -Puso el dedo sobre la foto del edificio y le dio unos golpecitos-. Ésta es, muy probablemente, la sede de varios de los terroristas. Los colegas turcos ya han empezado a espiarlos.

Ratingen

-¿Han concluido con las investigaciones? -peguntó Hartlandt.

-¿Se refiere a lo del estudio de los indicadores? Sí, sí -respondió Wickley-, y no hemos encontrado nada.

-Muestre su trabajo a mi gente, por favor -le dijo Hartlandt-. Lo repasarán todo una vez más.

Wicley y Dienhof intercambiaron una mirada que a Hartland no se le escapó.

-¿Qué? -preguntó, con dureza.

-Por supuesto -dijo Wickley-, en seguida tendrá lo que nos pide. Dienhof, encárguese de ello.

Hartlandt vio que el encargado miraba a su jefe con incredulidad, y tuvo la sensación de que le estaban ocultando algo. A Wickley no lo doblegaría. Con Dienhof quizá tuviera alguna opción de hacerlo cantar.

-Conseguir que las centrales nucleares funcionen con normalidad es un punto esencial para la reconstrucción de las redes -explicó Hartlandt, con paciencia, aunque sabía que sus dos interlocutores eran perfectamente conscientes de ello-. Los operadores están a punto de recuperar el control, pero necesitan productores de energía, y en dos de las centrales se encuentran en estado crítico. Ya sé que ustedes no facilitan software para centrales nucleares, pero ambas necesitan ayuda urgente, y cogerían la electricidad por la red regular. ¿Han oído las noticias sobre la catástrofe en Francia?

Observó atentamente la reacción de sus interlocutores.

-Una desgracia -dijo Wickley.

Dienhof asintió.

-No podemos permitir que algo así vuelva a suceder.

Se quedó en silencio unos instantes.

-Yo... -Dienhof carraspeó- tengo que enseñarle algo.

Wickley cerró los ojos unos segundos, y cuando volvió a abrirlos, la expresión de su mirada indicó a Hartlandt que había ganado.

Berlín

-Un equipo de seis personas del GSG 9 y uno de las Special Forces británicas van de camino a Estanbul para ayudar a los colegas turcos en caso de necesidad -leyó el ministro de Asuntos Exteriores.

-¿A qué viene eso de «en caso de necesidad»? -preguntó el canciller.

-Es que no estamos seguros de que los sospechosos se encuentren realmente allí.

-Además, capturarlos inmediatamente es propable que no ayude a reconstruir las redes más rápido, sino todo lo contrario -intervino el ministro del Interior.

-Tenemos noticias inquietantes de Philippsburg y Grohnde -dijo la ministra de Medio Ambiente-. Hace tiempo que han encontrado el error, pero no logran hacer que el sistema de emergencia funcione correctamente.

-Se ha evacuado la zona en un radio de cinco kilómetros -dijo Michelsen, respondiendo a la mirada del canciller. Estaba agotada-. El gabinete de crisis de Baden Würtemberg tiene dificultades para mantener la comunicaciones con los responsables de la zona. Se han enviado varias unidades especiales del ejército. En la Baja Sajonia han tenido más suerte. Al este de Grohnde y alrededor de Hildesheim han podido recuperar algo de electricidad en una zona cada vez mayor. Desde allí, los procedimientos de evacuación resultan mucho más fáciles... siempre que la zona en cuestión no tenga que ser evacuada.

-¿Es cierto eso de que los terroristas tienen al menos dos comandos centrales? -preguntó el canciller.

-Se cree que el segundo está en México -confirmó el ministro de Asuntos Exteriores-. Seguramente, desde allá coordinan el ataque a Estados Unidos.

-¿Y no es lo mismo, hoy en día? -preguntó el canciller-. Si el ataque se ha realizado por vía cibernética, da igual que tengamos a los terroristas aquí al lado o en la otra punta del mundo, ¿no? ¿De qué nos sirve sitiar sólo Estanbul? Si lo hacemos, los cabecillas se escaparán a México o a cualquier otro lugar...

-La ciudad de México es una jaula de grillos -dijo Shrentz-. ¿Has estado allí alguna vez?

-Yo ya tengo bastante con los grillos de Whashington -le respondió Price.

-¡Nueve millones de habitantes! Un lugar magnífico para esconderse. Pero hay que hacerlo de la manera correcta...

-Al grano.

Shrentz cogió las listas y las fotos y se las mostró a Price. Algunas de ellas mostraban la imagen algo borrosa de un hombre, y otras, un edificio.

-Las sumas de dinero de los sospechosos -aquellos cuya pista empezó a seguir la Europol hacía unos días- conducen sin excepciones a este edificio de México que fue comprado hace dos años por un tal Norbert Butler, un ciudadano americano que desde hace varios años mantiene estrecho contacto con los máximos sospechosos y los más fanáticos anarquistas. Sabemos que tomó parte activa del Tea Party de 2009 y que ha desaparecido hace cuatro meses.

-¿Sabemos si colabora con los anarquistas de la izquierda, como ese tal Pucao, o con los negros africanos como Lekue Birabi?

-Qué más da que sea de izquierdas o de derechas. Lo importante es que arremete contra el Estado, según parece, porque odia el sistema y desearía acabar con él.

-¡Pero él nunca mataría a ciudadanos americanos!

-¿Y por qué crees que no? El peor ataque terrorista cometido nunca por un ciudadano estadounidense provino precisamente de este espectro social: el de un conservador que odia el Estado. En 1995, Timothy McVeigh no tuvo el menor escrúpulo en hacer saltar por los aires un parvulario de Oklahoma.

-Muchos estadounidenses compran casas e inmuebles en México.

-Pero sólo Butler lleva años poniéndose en contacto con los sospechosos. Según los datos que nos han pasado las autoridades mexicanas, el panorama se parece mucho al de Estambul: varias empresas internacionales reunidas en un solo edificio. La policía ya ha empezado a espiarlos.

-Informaré al presidente.

La Haya

-¿Te vas?

Bollard reconoció el pánico en la voz de su mujer.

-Tengo que irme. Estamos muy cerca de acabar con todo esto y apresar a los culpables.

Estaban de pie frente a la chimenea, el único lugar cálido de toda la casa. Los niños se apretujaban contra su madre y lo miraban con expresión atemorizada. Él señaló el paquete que había sobre la puerta.

-Ahí tenéis comida y bebida para tres días. Aunque quizá mañana vuelva la corriente, y pasado mañana yo vuelva a estar aquí.

-¿Vas a hacer algo peligroso? -preguntó Bernadette.

-No, mi vida.

Notó la mirada de su mujer clavándosele en los ojos.

-De verdad -insistió-. Para las operaciones especiales contamos con fuerzas especiales.

Marie apartó a los niños ligeramente.

-Id a jugar.

Ellos obedecieron a regañadientes, pero se quedaron cerca de sus padres.

-Ahí fuera reina la anarquía -susurró.

-Tienes una pistola. -La mirada de ella le dio a entender que la pistola le parecía más una amenaza que una protección-. Pasado mañana, cuando volvamos a tener corriente...

-¿Puedes garantizarlo?

-Sí -dijo, mientiendo todo lo bien que pudo.

Su mujer lo miró largamente antes de preguntar.

-¿Has podido saber algo de nuestros padres?

-Aún no. Pero seguro que están bien.

Orléans

-No tendrías que ver esto -dijo Celleste Bollard, poniendo su mano sobre la de Annette Doreuil.

Annette no se zafó del cariñoso gesto, pero se negó a apartar su mirada de la escena que tenía ante sí.

En cuestión de unos cincuenta minutos, un grupo de hombres con máscaras en la cara y guantes en las manos sacó un montón de cuerpos inertes de un camión y, cogiéndolos por las manos y los pies, los lanzó a una fosa de unos veinte metros por cinco de ancho cuya profundidad era imposible de calcular.

Junto a la enorme tumba había un cura que lanzaba agua bendita sobre los cuerpos. Ella observó toda la obra con el rostro serio y los dedos de las manos entrelazados. Unos pasos más allá había una anciana, y al otro lado una pareja joven, sollozando. Debían de ser unas veinticinco personas en total.

Entonces reconoció la delgada figura de su marido en las manos de uno de aquellos tipos. Lo balancearon y lo lanzaron a la fosa, donde desapareció. Annette Doreuil murmuró «Adieu» y se mordió los labios. Pensó en su hija y en sus nietos; en la ilusión que le hacía que fueran a visitarlos... y en que ya no volvería a verlos.

Cuando los hombres acabaron de lanzar el último cadáver a la fosa, cubrieron el agujero con un fino polvo blanco, y por fin el cura lanzó un puñado de tierra.

Doreuil oyó sollozar a alguien cerca de ella. Notó que los labios le temblaban y los apretó fuerte contra los dientes. Se quedaron así varios minutos en los que ella no hizo nada, no oyó nada, no pensó en nada. Sólo había un profundo vacío y oscuridad. Po fin, Celeste Bollard le presionó el brazo con algo más de fuerza para sacarla de allí. Aún tenían que llegar al pabellón en el que pasarían la noche. Annette se santiguó, susurró un último «Adieu» y se alejaron de allí.

Centro de mando

Siti Jusuf se dio cuenta de algo. Desde el inicio del apagón, su misión había sido la de controlar las comunicaciones entre los servicios internacionales, y ahora había un detalle que le llamaba la atención. Había comprobado la frecuencia con la que se utilizaban determinadas palabras clave y fue a dar con un resultado interesante. Interesante por llamarlo de algún modo, claro. Desde el domingo no sólo había disminuido considerablemente la cantidad de los mensajes, sino también la frecuencia con la que se utilizaban determinadas palabras clave. Durante la primera semana que siguió al ataque los gabinetes de crisis y las diferentes organizaciones y autoridades no sólo habían intentado solucionar sus problemas, sino encontrar las posibles causas que los provocaron, y palabras como «descubrimiento» o «terroristas» estaban en los primeros puestos de las listas. Y ahora esos conceptos habían disminuido drásticamente. De hecho, casi habían desaparecido.

A partir del domingo, los e-mails que habían interceptado eran mucho menos interesantes y su número era extraordinariamente inferior. De hecho, los trabajadores sólo encendían sus ordenadores cuando era estrictamente necesario, lo cual hacía inevitable que la comunicación disminuyera ostensiblemente.

Pero... ¿y si los mensajes que escribían no estaban dirigidos a comunicarse entre sí, sino con nosotros?, se dijo Jusuf. ¿Y si alguien había descubierto que los estaban espiando y había ordenado cambiar el tipo de comunicación?

Cuando comentó el asunto con los demás, la discusión adquirió dimensiones muy interesantes. Algunos se pusieron muy nerviosos y recordaron el mensaje que habían visto el día anterior, aquel de la foto, que se descubrió justo antes del domingo, el día en que empezaron a «ahorrar».

¿Era posible que la policía y los servicios secretos estuvieran ya sobre su pista?

-Imposible -decían otros-. Aunque hubiesen descubierto algunos nombres, e incluso algunas caras, es absolutamente imposible que den con nosotros. Hemos limpiado bien nuestras huellas y hemos dejado otras falsas. No debéis temer nada, porque también tenemos previsto lo que haremos en el futuro: nuevos nombres, nuevas identidades, nuevas vidas. Sólo tenemos que seguir muy atentos, y cuidar todos nuestros movimientos... Como hemos hecho hasta ahora. Y en el peor de los casos, *en el peor de todos*, aunque dieran con nosotros, podrían detenernos pero no podrían interrumpir la misión. Nuestro proyecto llegará hasta el final, con o sin nosotros, y eso es lo que importa.

Transall

«Jackpot», susurró Bollard, inclinado sobre el portátil. Con el ruido de las máquinas y los teclados, nadie le oyó.

Poco después del descubrimiento del centro de mando de los terroristas en Estambul, Bollard fue en helicóptero hasta el aeropuerto de Colonia/Bonn. Allí cogió una de las máquinas de Transall del ejército alemán en la que iban también varios de los equipos del GSG-9 del cercano Sankt Augustin.

Las comunicaciones vía satélite del aeropuerto funcionaban perfectamente. Durante el vuelo, Bollard se puso al día de las novedades y los últimos análisis del RESET.

Evidentemente, no pensaba tomar parte de la intervención militar -no tenía ni la forma física ni la preparación para ello-, pero el director Ruiz quiso tener allí a algún miembro de la Europol que estuviese al caso de los acontecimientos. De modo que ahí estaba él, rodeado por sesenta hombres perfectamente entrenados a los que no se les notaba ni rastro del agotamiento de los últimos días. Bollard no entendía de qué hablaban, pero por las risotadas que iban soltando de vez en cuando, parecía que estuvieran contándose chistes.

Uno de los comandantes del grupo se le acercó con un portátil en la mano y le enseñó la pantalla. En ella se veían imágenes de la sede terrorista en Estambul. Las imágenes estaban tomadas desde muy lejos, sin duda, y se veían borrosas, pero no había duda de que alguien entraba y alguien más salía de allí. Además, también podía verse a un hombre y una mujer asomados a una de las ventanas.

-Pedro Muñoz -dijo Bollard, feliz de reconocerlo, y sacando de su mochila una foto con la imagen que le había servido de referencia para la identificación-. Y ése es John Bannok, y Maria Carvalles-Tendido, y Hernandes Sidon. Diría que sus hombres ya pueden ir preparándose para el ataque.

Brauweiler

Jochen Pewalski, director de la Red de Conexiones Eléctricas Amprion S. L., observó atentamente la pantalla de su ordenador, concentrado en los intentos de reactivar la red de energía por parte de los suministradores de corriente del este alemán. Hasta la fecha, su familia y él habían podido ir saliendo de todas las miserias. Los generadores de emergencia que tenía en el sótano le habían permitido seguir teniendo luz y agua durante todo aquel tiempo, y su único problema había sido la convivencia con los vecinos y gente de las cercanías, pues todos estaban cada vez más necesitados. Pewalski los había mantenido sistemáticamente a raya. Su mujer no había sabido ser tan consecuente. De vez en cuando los dejaba pasar para que se calentaran un poco, y les daba agua y algo de comer... lo cual había acabado mermando sus propias provisiones, lógicamente. De todos modos, Pewalski siempre había sido muy previsor y aún tenían reservas para tres semanas más.

No es que él se hubiese beneficiado demasiado de su buen hacer, porque la mayor parte del tiempo la pasó en el trabajo, pero al menos tenía la tranquilidad de haber sabido cuidar de su familia.

Mientras tanto, su equipo de trabajo iba quedándose cada vez más reducido y en ocasiones él sólo tenía que manejar a la vez cuatro ordenadores distintos. Como ahora. Con un ojo controlaba una pantalla y con el otro intentaba enterarse de lo que estaban haciendo sus colegas en el este. ¿Lograrían reactivar la red?

-¡Markersbach y Goldisthal ya funcionan! -exclamó.

Ambas centrales habían resultado realmente difíciles de recuperar, pero al fin lo habían conseguido. Rezó para que aquello no volviera a torcerse y los responsables fueran lo suficientemente hábiles como para mantenerla en funcionamiento.

En cuanto aquello se normalizara, los operadores intentarían partir de ambas centrales para ir ampliando la red de comunicaciones y devolviendo la corriente al resto de plantas eléctricas, hidroeléctricas y termales. Necesitarían mucha energía para ponerlas en marcha, pero una vez en funcionamiento ya habría pasado lo peor. Pewalski esperaba que la comunicación estuviera bien organizada, porque sólo así podría todo salir bien.

-¡Vamos! -dijo, dirigiéndose al ordenador-, ¡vamos!

Berlín

Todos habían vuelto a reunirse en torno a las pantallas, incluso los recién llegados de Portugal, España y Grecia. Los miembros de la OTAN tuvieron que compartir en esta ocasión una misma pantalla, y la Casa Blanca también estuvo conectada.

En las seis pantallas de la fila inferior, Michelsen reconoció distintas imágenes de los edificios de Estambul y México, tomadas desde distintas perspectivas. Las imágenes de Estambul, donde ahora mismo era de noche, se vían en negro y verde y no eran más que contornos. En México brillaba el sol.

Michelsen se había perdido la discusión previa a su llegada, obviamente, pero ahora no cabía duda de cuál era el tema: había que desactivar aquellos dos núcleos de actividad, y había que hacerlo lo antes posible. Todo lo que se había hablado sobre aquel tema había seguido unos canales de seguridad de lo más estrictos. Los terroristas no podían saber nada, absolutamente nada, de todo aquello. Las unidades especiales turcas, las Bordo Bereliler, colaborarían con los hombres del GSG-9 y los servicios secretos de Estambul, mientras que en México intervendrían más de doscientos Navy Seals para apoyar a las tropas mejicanas.

Ambos ataques tendrían lugar excatamente a la misma hora, el mismo minuto y el mismo segundo. Primero intervendrían los edificios hackeándolos informáticamente, y de inmediato entrarían las unidades especiales.

-Las indicaciones no dejan lugar a dudas. Intervenimos en cuanto oigamos el «Go» -dijo el canciller alemán-. ¿Alguien tiene alguna duda?

Nadie, ni siquiera el General de la OTAN que hasta hace nada había defendido acérrimamente la opción de que los terroristas vinieran de China, abrió la boca para rechistar.

Los policías y soldados habían recibido la orden de hacer todo lo posible por apresar a los objetivos con vida. Aunque recuperaran la energía y las cosas volvieran a la normalidad, nadie quería perderse la oportunidad de obtener toda la información posible por parte de los terroristas. Por si a alguien se le ocurría volver a atentar. Y porque las soluciones en Estados Unidos no estaban siendo las mismas que en Europa, dado que los sistemas eléctricos diferían considerablemente entre sí.

-Bien, demos ya el pistoletazo de salida -dijo el presidente estadounidense.

Estambul

Necesitaba aire fresco. Llevaban demasiados días sentados más de dieciocho horas al día delante del ordenador, y empezaba a sentirse agotado. Se dirigió al sótano. Sabía que él era el único que cumplía estrictamente las normas de seguridad. Los demás hacían la vista gorda en no pocas ocasiones, lo cual le disgustaba bastante, pero lo único que él podía hacer era seguir comportándose así para dar ejemplo. De modo que anduvo doscientos metros por debajo de la tierra hasta salir a tomar el aire. Afuera no estaban a más de cinco grados. Pese a todo, en la calle aún había movimiento y el tráfico seguía siendo intenso. Parecía mentira que a pocos cientos de kilómetros de allí la vida prácticamente se hubiese detenido. Y en unas semanas, o en unos meses, el apagón llegaría a Estambul y con él sus efectos sanadores. Los mismos que ahora estaban viviendo en Europa y Estados Unidos. Se subió la cremallera y respiró hondo. Anduvo frente a los escaparates de las tiendas, que vendían un montón de cosas inútiles. Pronto todos empezarían a valorar lo que importaba de verdad. Se preguntó si también quemarían los coches, como estaban haciendo en Europa y Norteamérica.

Lo más probable era que en Turquía los militares tomaran el poder antes de que empezara el verdadero cambio. Como estaba sucediendo en España. Pero aquello sólo contribuiría a alargar la situación. Al final, todos acabarían...

Las bocinas de los coches sonaron con más fuerza. Algo había pasado. Y cuando oyó el golpe seco detrás de él, se dio la velta. En uno de los edificios cercanos explotaron las ventanas. Un helicóptero se posó estrepitosamente sobre el techo del edificio y lo iluminó todo.

Los peatones se detuvieron a mirar lo que sucedía. Alzaron las cabezas, paralizados, y vieron a un montón de militares irrumpiendo en uno de los edificios de la calle. El suyo. Su casa. Se oyeron órdenes y gritos que él no entendió, pero cuyo significado estaba claro. Apretó los puños en el interior de los bolsillos. Miró a su alrededor y observó la gente, los coches... Tenía que pasar desapercibido. La mayoría de los peatones seguía mirando el espectáculo con la boca abierta, de modo que él hizo lo mismo mientras iba dando pequeños pasitos hacia atrás, alejándose de allí. Llegó hasta una furgoneta con los cristales tintados. Una de las puertas traseras estaba abierta, y en su interior estaban sentados varios policías. Reconoció a uno de inmediato: era el francés de la Europol. ¡Al final los habían encontrado! ¡Qué rápido! Se alejó de allí tan discretamente como pudo. El ruido era ensordecedor.

La Haya

¡Por el amor de Dios, que no es un partido de fútbol!

Manzano se había jurado que no seguiría todo el proceso de la intervención, pero las imágenes que aparecían en las pantalals, las imágenes de la intervenciones simultáneas en Estanbul y México, lo habían dejado sin aliento, y no se sintió capaz de apartar la vista ni un segundo. Se preguntó quién estaría grabando. Quién escogería la perspectiva de la toma. ¿Sería alguien de Langley o de Berlín? ¿O quizá de Hollywood? ¿Sería un director que antes de cada escena cogería la plaqueta y gritaría algo así como «Escena primera, cámara de casco tercera»?

En Estambul, las unidades especiales acababan de colarse por un pasillo estrecho y llegado a un despacho lleno de ordenadores en el que trabajaban varias personas. Algunos levantaron las manos, otros se escondieron bajo las mesas, o tras las sillas. Las cámaras de los cascos mostraban imágenes de pánico, de miedo, de ira. Los micrófonos recogieron gritos, exclamaciones, golpes, disparos.

Luego se hizo el silencio y las imágenes bajaron de intensidad. Varios presos tendidos boca abajo, con los brazos atados a la espalda. Sobre las mesas, las pantallas de los ordenadores iluminaban la escena. No supo ver lo que contenían. Dos agentes trabajaban concienzudamente en la habitación contigua, en la que no había nadie pero estaba llena hasta el techo de ordenadores, servidores y discos duros.

Shannon lo iba filmando todo, especialmente las caras de tensión de los miembros de la Europol, sus manos apretando los puños, las gotas de sudor en las sienes... En esos momentos, el edificio de Estanbul parecía estar bajo control. De Bollard no habían visto ni oído nada. Se suponía que iba a quedarse en una de las furgonetas de la policía y que sólo entraría en el edificio cuando la escena estuviese asegurada. En México, dos de los Seals estaban arrodillados junto a un herido. El hombre gritaba y los insultaba, pero entonces sonrió y dijo algo que sonaba a amenaza, a peligro... Otros de los agentes buscaban en el resto de las habitaciones.

Diez minutos después llegó la noticia desde Estanbul:

-Misión cumplida. Objetivo logrado. Once personas arrestadas. Tres heridos leves. Tres muertos.

Apenas dos minutos después sucedió lo propio con México:

-Trece personas arrestadas. Un herido grave. Dos muertos.

-¡Felicidades!

Era la voz del presidente de Estados Unidos. El resto de los presidentes y jefes de Estado hizo lo propio en sus respectivos idiomas.

-¡La próxima vez, la información les llegará en directo desde su canal favorito! -apuntó Shannon, enfocándose a sí misma con su cámara.

Estambul

Ya no tenía nada que hacer allí. Cogió un autobús que se dirigía al aeropuerto de Atatürk. Como siempre, y como el resto de sus compañeros, llevaba consigo la llave de la taquilla que tenía reservada en el aeropuerto para el día en que se marcharan de allí. Sacó la documentación falsa y el dinero. El transporte aéreo funcionaba con toda normalidad, siempre y cuando los vuelos no fueran hacia Europa y Norteamérica, claro.

Si la policía había dado con la central significaba que sabían los motivos que los movían y que quizá, incluso, pudieran evitarlos. Ahora era sólo cuestión de tiempo que detuvieran también los vuelos con destino a las grandes ciudades europeas aún no afectadas por el apagón. Lo que no entendía era cómo habían dado con ellos. Cómo los habían localizado. Y seguramente sabían que él también tenía que estar allí. En cuanto empezaran a interrogar a los demás... En cuanto llegaran también a México... Unos u otros empezarían a echarlo de menos, e irían tras él. Pero ahora tenía una nueva identidad, y se cambiaría el peinado y el color de pelo...

Buscó un asiento cómodo frente a un televisor. Estaban dando las noticias, y aunque no entendía lo que decían, las imágenes eran lo suficientemente explícitas.

Esperaría. Su trabajo daría sus frutos. ¿Creían que lo tenían todo controlado? Pues que siguieran creyéndolo. Él sabía lo que iba a pasar.

La Haya

-¡Se ha acabado! -exclamó Bollard dirigiéndose a la pantalla. La transmisión era débil y sus movimientos parecían los de un robot-. Los tenemos a todos, menos a Pucao y a Jusuf.

Pese a las novedades, nadie en la central de la Europol tenía demasiadas ganas de celebrar nada. Los acontecimientos de los pasados días pesaban demasiado en sus conciencias, y sabían que aún quedaba un largo camino por recorrer.

-¿Alguna pista sobre sus paraderos? -preguntó el director Ruiz.

-Aún no. Ni siquiera sabemos si estaban aquí. ¿Ya habéis recuperado la electricidad?

-No, por desgracia todavía no -respondió Christopoulos.

-Tengo que pedirle algo, Janis: vaya a ver a mi mujer y dígale que estoy bien, por favor. ¿Haría esto por mí?

-Por supuesto -dijo el griego.

-Dile quién eres, ¿eh? -le advirtió Bollard-. Déjaselo claro, porque últimamente recela de todo el mundo. Pronto volveré a llamar.

Y dicho aquello, su rostro desapareció de la pantalla.

-Y yo me voy a dormir -dijo Manzano, dirigiéndose a la cámara de Shannon, que seguía filmándolo todo.

Ybbs-Persenbeug

Herwig Oberstätter miró los tres enormes generadores de la sala. En su mano derecha, la radio chasqueaba. Talaefer había sido intervenido por los militares hacía unas tres horas.

-¿Eso es todo? -se sorprendieron los técnicos informáticos. ¿Los indicadores?

Los indicadores. Alguien manipuló un programa que los hizo enloquecer.

La empresa se va a ir al garete, pensó Oberstätter. Y todos ellos detrás.

Cuando los técnicos corrigieron el problema, empezaron con las pruebas para ver qué tal funcionaba todo. Oberstätter no pudo evitar sentir un cierto escepticismo al llegar a la sala de los generadores, aunque sabía que toda su gente se afanaba más que nunca en repararlos.

Al principio no oyó nada, pero entonces notó que el aire vibraba y comprendió que las turbinas estaban poniéndose en funcionamiento por primera vez en muchos días. Tras el temblor del aire, un ligero y profundo zumbido que poco a poco fue volviéndose más fuerte, más intenso, más potente... Como el llanto de un recién nacido.

Día 13. Jueves

Roma

Durante la noche anterior, Valentina Condotto tampoco pudo pegar ojo. Ahora estaba sentada en su centro de control, después de que el analista de los servicios informáticos hubiera asegurado que los puestos de trabajo estaban listos para su uso. En el exterior aún estaba oscuro, pero de la mayoría de las centrales eléctricas que habían quedado desconectadas llegó la noticia de que el problema se había solucionado. Estaban preparadas para reiniciarse. Además, las empresas de distribución en Austria y Suiza estaban dispuestas para recibir tensión en los puntos de enlace internacionales. Ni siquiera tenían que reiniciar sus redes desde cero. En el gran tablero se iluminaron en verde las primeras líneas en la frontera norte. Las conexiones fueron poniéndose en marcha y las líneas verdes fueron sustituyendo a las rojas. Al mismo tiempo se empezaron a extender las líneas verdes a partir de cada central eléctrica, que fueron cubriendo todo el país como raíces que crecían con gran rapidez.

La Haya

-Aquí estaban muy bien equipados -se oyó decir a Bollard, mientras la cámara de su casco transmitía las imágenes del centro de mando de Estambul-. Finalmente los hemos detenido a todos y ya hemos establecido una lista con los muertos. Faltan algunos de los contactos, pero eso no quiere decir nada. Es posible que no formaran parte del grupo de agresores...

Bollard leyó los nombres. Manzano y Shannon lo escucharon, aunque no con tanta atención como Christopoulos y los otros colaboradores de la central de Europol.

-¿Han dicho algo? -preguntó Christopoulos, preocupado porque tenía dos compatriotas entre el grupo terrorista internacional que habían desarticulado.

-Algunos hablan de buena gana -respondió Bollard-, aunque sin demasiado sentido. Algunas de las afirmaciones se encontraban ya en los comunicados públicos. Parece que se trataba de crear un nuevo orden mundial, más humano, más justo, más igualitario. Pero consideraban que no lo podían conseguir a partir de las reglas actuales, sino que tenían que dar un gran golpe sobre la mesa. Nada más que eso podría poner en marcha a las personas resignadas, tranquilas y acomodadas, sobre todo en Occidente. Vamos a necesitar algo de tiempo antes de poder averiguar las razones de fondo...

-¡Mirad afuera! -gritó uno de los hombres.

Marie Bollard estaba con la mirada perdida en el jardín cuando la nevera dejó escapar de repente un rumor sordo. El ruido no se detuvo. Sorprendida, se dio la vuelta y se acercó incrédula al electrodoméstico para abrirlo. ¡Dentro había luz! Apretó el interruptor de la luz que se encontraba en la pared cercana y la lámpara que colgaba del techo se encendió.

-¡Mamá! -oyó que gritaban sus hijos desde el dormitorio-. ¡Mamá!

Acudió a su llamada. Las lámparas de pie al lado de los sofás estaban encendidas. Georges estaba ocupado con el mando a distancia del aparato de televisión. En la pantalla había la nube gris y por los altavoces se oía un murmullo. Bernadette jugaba con el interruptor de la araña del techo, encendiendo y apagando, encendiendo y apagando.

-¡Papá tenía razón! -gritó Georges-. ¡Ha vuelto la corriente!

Espero que siga así, pensó Bollard. Miró hacia la casa de enfrente y vio que allí las luces también se encendían y apagaban. Se acercó a la ventana, seguida por los niños, y todos ellos apretaron la cara contra el cristal. En toda la extensión que podían ver brillaban las luces de las casas.

Bollard sintió que en su interior se desmoronaba una piedra grande y oscura, que se iba deshaciendo y desaparecía, hasta verse reducida a algunos granos de inquietud. A la incertidumbre de si de verdad había pasado todo.

Los ciudadanos salían de las casas, y miraban a su alrededor como si hubiera desaparecido una amenaza, un enemigo invisible, y en su lugar

hubieran recuperado algo que habían perdido. Bollard vio abrazarse a vecinos que siempre se habían llevado a matar. Estrechó a sus hijos entre sus brazos, los apretó contra sí y notó que los dos la cogían por las caderas.

-¿Ahora volverá papá a casa? -preguntó Bernadette, mientras levantaba la mirada hacia ella.

Bollard la abrazó aún con más fuerza.

-Sí, sin duda. Seguramente llamará muy pronto.

-Así podremos visitar finalmente al abuelo y a la abuela en París -recordó Georges.

-Sí, eso también lo haremos.

Manzano se había precipitado hacia las ventanas con todos los demás. El cielo estaba cubierto por pesadas nubes que oscurecían el día. Pero algunas de las ventanas de las casas más cercanas se iluminaron. Nadie hacía caso de Bollard en la pantalla; sólo Christopoulos gritó, dirigiéndose al micro del ordenador:

-¡La corriente ha vuelto! ¡Aquí ha vuelto la corriente!

Se iluminaron más ventanas; en algunas volvieron a apagarse las luces mientras que otras seguían encendidas, como si sus habitantes tuvieran que probar todos los interruptores porque no se podían creer que la energía estuviera realmente de vuelta. Durante algunos minutos las calles se convirtieron en unas líneas que parpadeaban y titilaban al azar, a medida que se iban iluminando, pero Manzano podía entender que la gente quisiera asegurarse de que el mundo había vuelto a la normalidad.

Shannon también se había precipitado hacia la ventana para grabarlo todo.

El equipo de la Europol se quedó quieto y contempló el espectáculo, hasta que Christopoulos abrazó a Manzano y, cantando, empezó a bailar con él por la sala. También los otros compañeros se abrazaron, se dieron palmaditas en la espalda y todo el mundo saltó de alegría. Manzano acabó el baile con una sonrisa y haciendo un gesto hacia su pierna herida, y todos se abrazaron formando una piña de lo más variopinta. No parecía que nadie sintiera ya el cansancio, y se comportaban como locos.

Al cabo de unos diez minutos terminó el parpadeo de las luces en el exterior, y las primeras personas salieron de las casas a la calle, se unieron en grupos, hablaron entre ellos con gestos excitados.

-Estupendo -balbuceó Shannon sobrecogida y con la cámara dirigida hacia la escena-. Tengo que salir a la calle -concluyó-. Eso tengo que verlo de cerca.

Bruselas

Angström estaba con los demás frente a la ventana y contemplaba la ciudad. En los rascacielos de oficinas brillaban algunas luces, al igual que en los edificios residenciales más pequeños que no se habían evacuado o cuyos ocupantes se habían negado a abandonarlos. Los anuncios luminosos empezaron a encenderse y las luces decorativas en las fachadas de los edificios de oficinas volvieron a iluminarlos. Sus colegas reían y hablan entre ellos con gran excitación. Los teléfonos sonaron, pero durante un par de minutos nadie los descolgó. Angström recordó la noche que pasó en la cárcel, recordó a la periodista americana y a Piero Manzano. Desde que partieron hacia La Haya no había vuelto a saber de ellos. Sólo había recibido la noticia de que habían llegado bien, y por la mañana había visto en Internet una información exclusiva de Shannon sobre los acontecimientos en Estambul. Manzano también había aparecido fugazmente en un lateral de las imágenes. Ausente, le dio unos golpecitos en la espalda a una colega que la estaba abrazando, antes de sentarse ante el escritorio más cercano y marcar el número de sus padres en Gotemburgo. La línea estaba ocupada. Lo intentó con su hermana, pero se encontró con el contestador automático y dejó un saludo.

Sus compañeros de oficina volvieron lentamente a sus puestos de trabajo y empezaron a llamar por teléfono. Como había intentado Angström, la mayoría quería hablar con familiares o amigos. Sólo querían ponerse en contacto con las personas que eran más importantes para ellos. También querían saber si todo había vuelto a la normalidad. Ella regresó a su despacho, donde también sonaba el teléfono. Descolgó.

-Ey -dijo la voz de Piero Manzano-. ¿Cómo estás?

Berlín

-Ahora empieza la gran limpieza -anunció el secretario de Estado Rhess. Así consiguió toda la atención del grupo-. Sobre todo se trata de reconstruir el suministro de agua, alimentos y medicinas. Esto no va a ocurrir de hoy para mañana, pero nuestra colega Michelsen les dará más detalles.

Y ahora me toca transmitir de nuevo las malas noticias, pensó ella.

-Con el reestablecimiento de un suministro de energía razonablemente estable disponemos finalmente del requisito previo indispensable para comenzar con la, por llamarla de algún modo, reconstrucción de la normalidad -empezó.

-¿Por qué sólo razonablemente? -preguntó el ministro de Defensa, que aún no había digerido su derrota en la lucha por el liderazgo de la crisis y obstaculizaba el trabajo siempre que podía.

Michelsen no perdió la calma. Sólo era cuestión de tiempo que el canciller expulsara del gabinete a los litigantes.

-Porque a causa de la caída de tensión las instalaciones han quedado gravemente deterioradas. Por eso falta potencia. Por otro lado, la demanda no es ni mucho menos tan alta como antes del apagón, dado que muchas instalaciones industriales no podrán retomar la producción hasta dentro de unos días o semanas. Pero volvamos al tema.

Proyectó en la pared de monitores la imagen de un grifo sencillo, igual al que existían en millones de hogares.

-El suministro de agua ha quedado totalmente interrumpido en el setenta por ciento del territorio federal.

Había encontrado la imagen de un anuncio de un producto de limpieza que representaba la suciedad de los lavabos como unos horripilantes dibujos de comic y la fundió con la anterior.

-No ha podido distribuirse el agua y bombearlo hacia los consumidores. Por eso se ha producido la entrada de aire en las conducciones o bien éstas se han secado. Esto provoca en un periodo de tiempo bastante corto que todo tipo de gérmenes se extiendan por las canalizaciones. Esto significa que si se bombease agua por esos tubos, sería peligroso para la salud. Antes de poder restablecer el sistema de suministro de agua en el territorio es necesario aplicar toda una serie de medidas de limpieza, que necesitan un uso intensivo de personal y de tiempo, y que previsiblemente ocupen varias semanas. Mientras tanto la población afectada recibirá el suministro a través de puntos de distribución.

De lavabos a rebosar se hicieron muchas fotografías durante los primeros días del apagón, de manera que pudo recuperar unas cuantas. Algunos de los asistentes se fueron con claras muestras de asco.

-La situación del alcantarillado -continuó Michelsen sin inmutarse.

Fueron necesarias esas imágenes para que los reunidos, que tampoco se habían podido asear de manera adecuada durante los últimos doce días, pudieran hacerse una idea de la situación a la que se enfrentaban las personas en todo el país.

-La mayoría de los lavabos no pudieron vaciarse desde la primera noche. Se podía utilizar agua embotellada, de la lluvia o de nieve derretida, pero la presión que proporcionaban dichas cantidades no era suficiente para que las canalizaciones pudieran impulsar los desechos. Por eso se produjo rápidamente un atasco en los domicilios y en la red principal, que desde entonces también se han secado. Aquí serán necesarias medidas de desatasco y limpieza para que se pueda volver a poner en funcionamiento el sistema sin ningún problema. Según cada territorio, los responsables consideran que serán necesarios desde pocas horas hasta un par de días, y en casos excepcionales incluso algunas semanas.

Imagen de una depuradora.

-En el sistema de recuperación de las aguas residuales ya están previsto los cortes de electricidad de poca duración. La función principal en las depuradoras se basa en el cultivo de bacterias. Están acostumbrados a grandes disminuciones de éstas, pero después de un periodo tan largo sus existencias están muy diezmadas y se tienen que introducir cultivos nuevos. Teniendo en cuenta las cantidades necesarias también se tardará desde un par de días hasta varias semanas.

Toma de supermercados vacíos y devastados.

-Tampoco se puede restablecer rápidamente y sin problemas el suministro de alimentos. Las reservas en las cámaras frigoríficas se han podrido y prácticamente todos los productos frescos fueron regalados o saqueados durante el apagón. Las conservas y los alimentos de larga duración sólo están disponibles en cantidades limitadas. Muchos centros de las cadenas de supermercado abrirán de nuevo durante los próximos días, después de proceder a los trabajos de limpieza y reposición, pero sólo podrán ofrecer una selección de productos muy limitada. También en este campo se tendrán que abrir puntos de suministro con ayuda de los servicios de emergencia para abastecer muchas zonas durante varias semanas.

Imagen de una granja avícola.

-También es muy importante ocuparse de las consecuencias a medio y largo plazo, y encontrar soluciones rápidas. Muchos productores lo han perdido todo, como por ejemplo los ganaderos. Dejando de lado el problema higiénico que plantea la eliminación de varios millones de cadáveres, durante bastantes años tendremos que confiar en las importaciones de carne. Pero al mismo tiempo se tendrá que apoyar a las empresas nacionales para recuperar la producción propia. Lo mismo vale para una parte de la fruta y la verdura de invernadero. En este terreno Alemania no ha sufrido tanto como otros países, como por ejemplo los Países Bajos o España, pero aún así tenemos que contar con daños muy numerosos. Como pueden ver, nos enfrentamos a necesidades

muy importantes. En muchos casos sería recomendable que las personas permanecieran en los refugios provisionales hasta que se hubieran recuperado los suministros regulares en la zona de su residencia habitual. En este sentido será de gran importancia la comunicación con la población, porque esperará que se recuperen con rapidez los sistemas al mismo nivel de antes del apagón. No debemos subestimar la psicología: la corriente ha vuelto, así que nuestra vida debe funcionar como antes. Ya estamos preparando amplias medidas de comunicación para explicar a la población la situación real y aconsejarle unas normas de comportamiento, hasta que consigamos restablecer de nuevo la normalidad.

Michelsen se preguntó cómo iban a financiar todo esto. Desde la crisis económica y financiera prácticamente todos los Estados europeos estaban muy endeudados o en bancarrota. No había dinero para programas de apoyo y fomento por parte del Estado. Aún no se podían vislumbrar las consecuencias en la economía financiera, de la que hablaría más tarde el colega del ministerio de Finanzas.

La Haya

-Los terroristas están detenidos -informó Shannon desde la pantalla-. Aún no se pueden evaluar las consecuencias del ataque. Pero ya se puede afirmar que se trata del atentado terrorista más grande de la historia. Las víctimas en Europa y Estados Unidos se cifran en cientos de miles, quizá millones. Los daños económicos ascienden a miles de millones, que van a afectar gravemente a las diferentes economías nacionales.

Shannon se había alojado a costa de la cadena en uno de los mejores hoteles de La Haya. Cada uno de ellos en una habitación individual. Manzano disfrutó de la ropa de cama limpia, del baño, del momento de tranquilidad. Ahora estaba tendido en la cama, recién duchado, cubierto con un albornoz suave, que le había proporcionado el hotel con una rapidez sorprendente, y se alegraba por Shannon. Ése era su momento. Era la primera periodista del mundo que podía informar de las detenciones y difundir el material exclusivo del que disponía. Estaba fascinado por su determinación. Aunque casi no habían dormido desde hacía varias noches y la anterior la había pasado trabajando, tenía el mismo aspecto que si acabara de salir de un balneario. ¿O le había ayudado una estilista?

-¿Quiénes son los criminales que han ocasionado tantos daños y padecimientos? ¿Cuáles han sido sus motivos?

Detrás de ella aparecieron los retratos de los detenidos y de los muertos, que habían estado colgados en el centro de mando de Bollard durante las investigaciones, sólo que ahora tenían unas franjas negras delante de los ojos.

-Las autoridades no han facilitado nombres -y Shannon tampoco lo hizo, aunque podría hacerlo, pensó Manzano-, pero los primeros indicios apuntan a una mezcla extraña de anarquistas radicales, que ven en el capitalismo, en la tecnología moderna y en los políticos incompetentes y corruptos los sepultureros de la humanidad, de la justicia y del medio ambiente. Los une un odio fanático contra nuestro sistema social, sin importar su lugar de origen, y la voluntad de cambiarlo mediante una revolución. En estos momentos estoy en conexión con uno de los investigadores de Europol, que ha participado en la detención de los culpables.

En una ventana apareció Bollard desde Estambul.

-Señor Bollard, ¿qué tipo de personas pueden hacer algo así?

-A eso responderán nuestras investigaciones durante los próximos días. Entre los detenidos se encuentran personas que se podrían adscribir al espectro de la izquierda más radical, así como otras que se situarían muy a la derecha. La mayoría procede de familias que se podrían considerar de clase media y todos tienen un alto grado de formación.

-¿Estos perfiles muestran quizá que ya se han superado esas clasificaciones en cajones separados, que ya no reflejan la realidad social?

-Es posible. Entre los terroristas de todo tipo se encuentra con frecuencia un tipo, independientemente de la concepción del mundo que prefiera: nosotros lo llamamos el tipo de los «justos». Él o ella, porque entre los autores de los atentados también se encuentran mujeres, está totalmente convencido de que está en posesión de la verdad absoluta, lo que por sí mismo no es tan malo, porque todos conocemos a alguien que cree algo así. Esta característica se vuelve explosiva cuando una de esas personas también está convencida de que debe imponer esa verdad por todos los medios imaginables. Para alcanzar su meta supuestamente tan elevada no dudan en llevarse por delante a víctimas inocentes.

-¿Se ha detenido a todos los autores, cuántos son y dónde y cuándo comparecerán ante la justicia?

-De momento no le puedo dar una respuesta. Supongo que cada país afectado presentará una acusación, pero en estos momentos no se puede afirmar dónde tendrá lugar el juicio.

-Quizás muy cerca de Europol, en el Tribunal Internacional de La Haya.

-Quién sabe.

Estanbul

Los televisores del aeropuerto se lo explicaron todo. Sólo unas pocas horas después del asalto al edificio, las primeras cadenas de televisión emitieron las imágenes. Para su decepción también de Ciudad de México. Si no era suficiente, en grandes zonas de Europa y Estados Unidos ya había vuelto la electricidad. Pero aún se iban a llevar una sorpresa.

Un par de horas después del final del apagón estaba sentado en un avión camino de Estambul a La Haya. Las compañías aéreas habían restablecido sus vuelos con Europa lo más rápidamente posible, aunque no todas las líneas funcionaban.

Sus planes habían sido diferentes. Tal como había empezado. Sin electricidad, en ninguna parte. Había contado al menos con tres o cuatro días, hasta que en medio del caos alguien hubiera encontrado el origen del apagón. Al menos dos semanas hasta que en los centros de control de las redes los pantallazos azules estuvieran otra vez operativos. Para el descubrimiento de las manipulaciones del SCADA había supuesto algunas semanas más. Después de la primera oleada, Europa debía estar al menos un mes sin electricidad. Si no hubiera sido por ese italiano. Poco después la pantalla le mostró su cara. Se tendría que haber ocupado antes de ese italiano. En cuanto explicó a Europol la idea con los contadores inteligentes y sus consecuencias. Pero quién iba a imaginar que el tipo iba a ser tan insistente. Sólo tenía que pensar en los frutos de su trabajo de años y la oportunidad que necesitaba el mundo para empezar de nuevo. Iba a pagar por ello. Tenía que reconocer que se lo tomaba como algo personal, y no como un profesional, que era lo indicado.

No sabía dónde había podido bloquear la segunda oleada prevista. Ayer había enviado personalmente la orden, en algún momento cerca del mediodía. Aún quedaba un poco de tiempo. Lo justo para encontrar al italiano. Ya sabía dónde tenía que buscarlo.

La Haya

Marie Bollard estaba sentada e inclinada ante el ordenador, buscando en Internet noticias de Saint Laurent. Desde la llegada de las primeras imágenes de televisión, que algunos canales habían proyectado en pantalla hacía un par de horas, buscaba a veces entre los canales de televisión, a veces en el ordenador, y no apartaba la mirada de alguna pantalla con la esperanza dubitativa de descubrir algo sobre el destino de sus padres, que iba creciendo pero también desesperándose ante la sensación que transmitían las informaciones sobre la catástrofe, que iba encontrando sin parar, también desde Estados Unidos. Por primera vez se hizo una idea de su verdadera extensión.

La lectura de las discusiones sobre la posibilidad de una guerra mundial le provocaron un estremecimiento. Imágenes de hacía varios días de las explosiones en Saint Laurent, las noticias y los boletines informativos la desesperaban, las informaciones sobre los evacuados hacían que recuperase la esperanza de que sus padres y los de François se hubieran trasladado a tiempo a un lugar seguro. De docena de ciudades llegaban imágenes idénticas de devastación, que habían dejado atrás los habitantes enojados y los alborotadores. Fosas comunes improvisadas, montañas en llamas formada por el ganado sacrificado, columnas de humo de kilómetros de altura sobre instalaciones industriales, tanques disparando. ¿Y todo esto para qué? Sobre los motivos de los terroristas no había por el momento más que especulaciones descabelladas. Una y otra vez probaba los teléfonos de familiares, amigos y conocidos en Francia y en otros países, pero las líneas estaban sobrecargadas o seguían muertas. Tampoco consiguió contactar con nadie a través del teléfono por Internet.

Mientras tanto encontraba cada vez más informaciones e instrucciones de las autoridades. La vuelta a la normalidad estaba al alcance de la mano, pero no iba a ser tan rápida como esperaba todo el mundo. ¿Por qué se tardaba tanto? ¡La corriente ya había vuelto! Se hundió de nuevo en las noticias procedentes de Francia.

-Mientras tanto hemos podido rastrear el origen del código malicioso en el widget de SCADA -aclaró Dienhof-. Dragenau la instaló en el pasado milenio.

-¿Tanto tiempo lleva preparando el golpe? -preguntó Hartlandt.

-Eso no lo sabremos nunca. Quizá sólo fue una prueba. O en aquel momento quería tener algo en la recámara, quizá para vengarse de la adquisición hostil de su empresa, si era necesario.

-¿Por qué no llegó a llamar la atención la manipulación?

-Dragenau buscó el momento adecuado. ¿Se acuerda de toda la historia del efecto 2000 poco antes del cambio de milenio? Todos los ordenadores se iban a detener a causa del cambio de fecha. Teníamos mucho que hacer porque nuestros desarrolladores en años anteriores habían programado en muchas ocasiones sólo dos dígitos para el año. Casi todos nuestros programas se tuvieron que modificar de una u otra manera. Los analistas y los comprobadores se concentraron en el cambio de milenio. Al final no se produjo la catástrofe anunciada. Pero los consultores IT se hicieron de oro. En todo este caos se pasaron por alto un par de líneas. Y después no se volvieron a encontrar.

-Las dejó descansar durante once años.

-Los investigadores tendrán que descubrir cómo llegaron los terroristas hasta Dragenau. Lo más probable es que se hubieran puesto en contacto con empleados de diferentes empresas. Un procedimiento arriesgado, si me pide mi opinión, pero aparentemente ha funcionado.

-Es posible que Dragenau no estuviera al corriente de la extensión de sus planes -sugirió Hartlandt-. Quizá sólo vio que había llegado el momento de vengarse. Y alguien le ofreció suficiente dinero.

-En cualquier caso, preparó la activación del código pocos días antes de viajar hasta Bali, a través de las puertas traseras que también había escondido desde hacía tantos años. En el momento adecuado los instrumentos empezaron a enloquecer.

-No ha obtenido gran cosa de su traición -señaló Hartlandt.

Dienhof movió la cabeza en asentimiento.

-Muchas gracias, señor Dienhof -se lo agradeció Hartlandt-. También por preparar con tanta rapidez las explicaciones convenientes.

Se volvió hacia Wickley, que había seguido la explicación de Dienhof con una expresión pétrea.

-Y en lo que a usted respecta: no ha sido suficiente para una orden de detención. Pero por el intento de mantener en secreto el descubrimiento del código maligno, lo más seguro es que nos volvamos a ver ante un tribunal.

Hartlandt extendió la mano para despedirse de Dienhof. A Wickley no le

dedicó ni un gesto con la cabeza. Ahora le quedaba otra conversación, que no le hacía ninguna gracia, pero que era su deber.

La Haya

-Manzano -respondió al teléfono en la habitación del hotel.

-Un tal señor Hartlandt para usted -anunció el recepcionista.

Manzano dudó durante un momento, pero al final dijo:

-Pásemelo.

El alemán lo saludó en inglés y se interesó sobre su situación.

-Ahora mejor -respondió Manzano desconfiado.

¿Qué quería este tipo, cuyos subordinados le habían disparado y lo habían amenazado con su secuestro por parte de la CIA?

-Ha realizado un trabajo tremendamente bueno -reconoció Hartlandt-. Sin usted no habría conseguido llegar tan lejos. O al menos no con tanta rapidez.

Manzano no dijo nada sorprendido.

-Le quería agradecer su ayuda y ofrecerle mis excusas por la manera como lo hemos tratado. Pero en aquel momento...

-Disculpas aceptadas -le interrumpió Manzano, que no había esperado volver a tener noticias de Hartlandt en toda su vida-. Se trató de una situación extraordinaria. Supongo que ninguno de nosotros nos comportamos de una manera demasiado razonable.

¿Ahora había sido demasiado conciliador? ¿Debía dejar que el otro se saliera con la suya con tanta facilidad?

-Le deseo mucha suerte -replicó Hartlandt.

-Muchas gracias. Todos la vamos a necesitar. Dígale a su colega que la próxima vez piense antes de disparar contra alguien.

-Creo que hemos aprendido la lección.

-Yo también le deseo todo lo mejor.

Berlín

-Aún no tenemos cifras fiables sobre el número de víctimas -aclaró Torhüsen, del Ministerio de Salud-. Las primeras estimaciones de muertos a causa del apagón en la República Federal van desde las cinco cifras altas a las seis cifras bajas.

Michelsen sintió cómo durante un instante todos los presentes en la sala contuvieron la respiración.

-Como he dicho, se trata de cifras provisionales. No podemos descartar que aumenten de manera considerable. En toda Europa debemos contar con toda probabilidad con más de un millón. Esto no incluye las posibles víctimas de daños a largo plazo, como por ejemplo los enfermos crónicos que quedaron sin atención (corazón, diabetes, pacientes de diálisis) o por exposición a la radiactividad. En un radio de diez kilómetros alrededor de la central nuclear de Philippsburg con su piscina de refrigeración destrozada se han medido radiaciones perjudiciales para la salud. Hasta dentro de años o décadas no se verá si la población fue evacuada a tiempo, si es que alguien se molesta en redactar las historias clínicas individuales. Seguimos hablando de decenas de miles de personas que pueden estar potencialmente afectadas. El futuro también dirá si los territorios evacuados serán habitables en un periodo de tiempo previsible. Alrededor de las instalaciones de Brokdorf y Grohnde se han registrado valores elevados, pero aún no disponemos de información más precisa. En este caso tampoco se pueden descartar consecuencias a largo plazo y la necesidad de reubicar a la población.

Torhüsen pasó de las imágenes de las centrales nucleares a algunas de cementerios con grandes extensiones de tierra recién removida.

-Un aspecto que no debemos olvidar es la disposición de los cadáveres humanos. Ante la urgencia, durante los últimos días los fallecidos se han dispuesto en fosas comunes anónimas. El problema se ha complicado en los casos en los que no se les ha podido identificar de manera adecuada. Aquí se producirán numerosas controversias con los familiares de los desaparecidos, de manera que al final se tendrán que exhumar los cadáveres para su identificación.

Las fotografías de hospitales vacíos y devastados procedían de Berlín.

-Con mayor rapidez, aunque no de hoy para mañana, se podrán poner en funcionamiento los hospitales. Aquí lo importante es el suministro de agua, alimentos y medicamentos. A medio plazo nos tendremos que acostumbrar a la carencia de ciertas medicinas, de las que hay reservas almacenadas pero cuya cadena de producción está interrumpida y es necesario restablecer. De momento trabajamos con la perspectiva que dentro de una semana la mayor parte de la población volverá a disponer de atención médica. Los médicos también podrán reabrir sus consultas, aunque con limitaciones y con un

tiempo limitado de atención para cada enfermo. En los próximos días también se podrán abrir las farmacias y recibir suministros.

La Haya

Con una sonrisa, Shannon apuntó a Manzano con la cámara. Pasó a verlo un momento porque no tenía mucho tiempo.

-¡Eres un héroe! -le gritó-. ¡Ahora serás famoso!

Manzano se puso una mano delante de la cara.

-Mejor no.

-Pero conseguiré una entrevista, ¿o no?

-¿Por qué no le damos la vuelta a la tortilla? Yo te pregunto a ti. Al fin y al cabo tú salvaste al ordenador en el que encontramos RESET.

El teléfono móvil de Shannon volvió a sonar. Intercambió un par de palabras con la persona que había llamado y volvió a guardar el aparato.

-No dejan de molestarme todo el rato -se quejó con cierta chulería.

-Eso es la fama -le recordó él.

-Sólo soy la transmisora del mensaje.

Frenó un poco su desenfreno, se dejó caer en el sofá y lo miró pensativa.

-¿Qué ocurre? -le preguntó.

-¿Qué iba a ocurrir?

Por una vez su voz perdió su tono mandón y se volvió suave, pero segura.

-*Sorry*, hemos pasado tanto juntos, que no he sido capaz de darme cuenta de que te preocupa algo.

-A lo mejor se trata precisamente de todo lo que hemos pasado juntos.

Si su cabeza estaba tan roja como el calor que sentía, la cosa no tendría muy buen aspecto, pensó al sentirse conmovida y avergonzada. Seguía sin tener claros sus sentimientos hacia Manzano. Durante su odisea habían estado muy cerca, en muchos sentidos de la palabra. Pero cuando miraba en lo más profundo de su interior, debía reconocer que sentía por él el mismo aprecio que por un hermano mayor, que no había tenido nunca.

Él se debía haber dado cuenta del aprieto en que se encontraba.

-Me refería a lo que hemos visto y vivido. Las consecuencias de esta locura de atentado y lo que ha tenido que sufrir la gente.

Un poco mareada, pero aún así aliviada, replicó:

-No lo vamos a olvidar fácilmente.

Él asintió y miró por la ventana.

-Hay una cosa que no acabo de entender -comentó-. Esos hombres y mujeres han realizado un esfuerzo enorme para cometer los ataques. Te acuerdas que lo estuve comentando con Bollard mientras volábamos hacia Estambul.

Me acuerdo, pensó Shannon. ¿Es que no es capaz de desconectar nunca?

-Me pregunto si consideraban que su meta era alcanzable. O si ya habían ido demasiado lejos. Los panfletos y los manifiestos que han publicado hablan de un orden justo y solidario, que sólo se podía alcanzar a través de un comienzo

completamente nuevo. RESET. Poner el sistema a cero. La idea es que si eliminan los fundamentos de nuestra civilización, lo tendremos que organizar todo de nuevo. Aún no conocemos las consecuencias a largo plazo, pero la situación no ha durado lo suficiente para destruir completamente el orden existente. En la mayoría de los Estados afectados siguen en el poder los gobiernos elegidos y se reestablecen las estructuras existentes. Doce días no han sido suficientes. ¿Lo sospechaban? No dejo de pensar todo el tiempo que si fuera el organizador de todo esta acción sin sentido...

-Podría ser uno de nosotros... -citó Shannon con entonación teatral el diálogo entre B.tuck y Tancr en RESET. Se esperaba los labios apretados y la mirada lúgubre de Manzano. Antes de que pudiera decir nada, añadió-: Pero no lo eres. Por eso no sé si...

-Si hubiera llegado tan lejos como estos tipos -continuó Manzano con su reflexión-, habría establecido alternativas para el caso de que me atraparan antes de tiempo. Me habría preocupado de alcanzar mi objetivo a pesar de ese contratiempo. Mira las imágenes de las detenciones y las de después de ellas. No parecen destrozados. Al contrario, casi me parecen satisfechos, incluso un poco triunfalistas.

-Lo más seguro es que sólo querían ser famosos como todos los asesinos de masas. Lo han conseguido y lo saben.

Él negó con la cabeza y se quedó mirando al suelo como si allí se encontrasen las respuestas a sus preguntas.

-Tengo un mal presentimiento -replicó-. Como si nos esperase algo más.

-¿Sabes qué? -preguntó Shannon-. Tengo que ir hasta Bruselas, donde tengo un par de citas con políticos de primera línea...

-Ahora eres una mujer muy solicitada.

-Es posible que consiga poner a Sonja delante de la cámara. Al fin y al cabo gracias a ella pudimos descubrir RESET. ¿Te apetece venir conmigo? Quizás así te distraigas un poco.

Estambul

-¿Qué hubiera hecho usted en lugar de los atacantes? -preguntó Bollard, cuyo despacho tenía una ventana, en la que un sol rojo y brillante se hundía bajo los tejados de la ciudad.

-No conozco los últimos resultados del análisis de RESET -replicó Manzano en la pantalla del ordenador de Bollard-. ¿Se han reconstruido ya los elementos del programa malicioso?

-La primera parte.

-¿Se refieren a los ataques de las últimas semanas?

-Aún no lo sabemos. Se trata de miles de conversaciones para pedir la opinión de desarrolladores de software y millones de líneas de código. ¿A dónde quiere ir a parar?

-Parece que los ataques que han tenido lugar hasta el momento se desencadenaron durante el primer día. ¿O tenemos algún indicio de que los terroristas estén manipulando los sistemas en funcionamiento?

-No.

-Me ha pregunto qué habría hecho yo en el lugar de los atacantes: habría procurado que los ataques pudieran seguir, aunque no los pudiera desencadenar en persona. Habría ocultado bombas de relojería en el sistema eléctrico, que estallen en cuanto las redes empiecen a funcionar de nuevo y que no se puedan desactivar de ninguna manera.

Bollard se quedó mirando el monitor durante unos segundos. Los terroristas no habían ido desencaminados en sus conversaciones: Manzano pensaba como ellos. O simplemente se había vuelto paranoico después de todo lo que había tenido que pasar.

-Durante mi primera visita a RESET oí sin querer una conversación que versaba sobre una puerta trasera -prosiguió Manzano-. ¿Para qué se necesita una entrada trasera cuando ya se está dentro?

-Parar entrar cuando todo el mundo crea que los sistemas vuelven a ser seguros... -completó Bollard el razonamiento de Manzano.

Manzano sólo se encogió de hombros.

-Estoy seguro de que no soy el primero que piensa en algo parecido -reconoció Manzano-. ¿Hay algún rastro de Pucao, Jusuf y von Ansen?

Bollard respondió con otra pregunta:

-¿Cree que aún no ha terminado?

-No lo sé -respondió el italiano-. Ahora salgo en coche hacia Bruselas. Me pondré en contacto desde allí.

La pantalla se quedó en negro.

Entonces Bollard volvió marcar el número de su contacto en la Cruz Roja francesa.

-François -le saludó la cara arrugada bajo el cabello canoso-. Lo siento, pero

aún no hemos encontrado a tus padres ni a tus suegros.

Orléans

La mayoría de los refugiados se agolpaban en la entrada de la sala. Algunos se encaminaban ya hacia las salidas, con sus pertenencias en maletas y sobre los hombros, y los niños de la mano. Los otros intentaban llegar hasta los militares, los funcionarios y el personal de emergencias en la recepción. Annette Doreuil y Vincent Bollard tuvieron que emplear todas sus fuerzas para seguir adelante.

-¡No! -gritó uno de los soldados a algunas personas que tenían bastante por delante, pero con la voz tan alta que llegó hasta Doreuil y Bollard-. ¡Por el momento nadie puede regresar a la zona restringida!

La noticia del regreso de la electricidad se había difundido con rapidez. En cuanto regresaron los primeros que habían salido al exterior e informaron de las ventanas iluminadas en las casas de los alrededores, todos quisieron salir para verlo con sus propios ojos y después se inició la avalancha. Los responsables se estaban empleando a fondo para detener a todo el mundo. Algunos, tremendamente excitados, también se fueron. Todos los refugiados no procedían de la zona de evacuación, como se habían enterado durante los últimos días. Muchos vivían en algunos rascacielos de Orléans, que se habían evacuado por razones higiénicas. ¿En esa zona volvería a correr el agua? También Doreuil añoraba una ducha en su cuarto de baño.

-¿Pero adónde vamos a ir si no? -gritó alguien.

-¡Quedarse aquí! -le explicó el soldado.

-Aquí no me voy a quedar ni un segundo más -le gritó Doreuil a su acompañante para que la pudiera oír por encima del alboroto.

Vincent Bollard no respondió. En sus ojos podía ver el miedo de que no los dejasen regresar a casa.

-¡A París hay ciento treinta kilómetros! Tenemos que llegar como sea. Si ha vuelto la electricidad, se podrá repostar, quizá podamos coger un taxi o alquilar un coche. Estoy dispuesto a pagar cualquier precio. O vuelven a funcionar los trenes.

Bollard ladeó la cabeza dubitativo.

-¡En cualquier caso, en nuestra casa se está más cómodo que aquí! -gritó.

Se dio cuenta que había dicho «nuestra» de manera inconsciente. Aún no se había acostumbrado a que Bertrand no estuviera vivo. No soportaba la idea de quedarse sola.

-¡Está claro que Celeste y tú también venís! -le gritó a Bollard, al que sacó del tumulto tirándole de un brazo hasta llevarlo a la sala dormitorio donde comparativamente se estaba más tranquilo.

Celeste Bollard estaba sentada en la cama y vigilaba las pertenencias de los tres.

Doreuil se reafirmó en su decisión:

-Os quedareis con nosotros... conmigo, hasta que podáis volver a casa. -Y empezó a recoger sus casos con precipitación.

Los Bollard se la quedaron mirando en silencio. Al final, Celeste Bollard puso la maleta sobre el camastro de campaña y se quedó mirando el vestido que había dentro.

Berlín

-Hemos comprobado en primera persona la ira de los ciudadanos -recordó Rolf Viehinger del Ministerio del Interior-. La cifra de saqueos, asaltos, robos y crímenes aún más graves no se han podido empezar a contabilizar y lo más seguro es que no se consiga nunca. En un mínimo de veinte municipios y comarcas, aunque en su mayor parte en los últimos tres días, una parte de la población ha obligado a los responsables electos y a los funcionarios públicos a abandonar sus funciones. Como era de esperar, los cabecillas no estaban en disposición de garantizar el orden o la seguridad y en muchos casos no era ése el objetivo. Incluso nos han llegado informes sobre condenas populares que han llegado hasta el linchamiento. Pero aún no lo hemos podido verificar. En estos momentos las fuerzas de seguridad oficiales intentan recuperar sus funciones en estos territorios. En conjunto parece que el proceso se desarrolla bastante bien. No obstante, algunos de los nuevos señores se preparan para la defensa. No resulta sorprendente porque se tendrán que enfrentar a responsabilidades penales. Por esto, la Justicia se enfrenta a medio y largo plazo a un problema gigantesco para el que debemos encontrar una resolución. La persecución de todos los crímenes cometidos durante el apagón podría bloquear durante años todo nuestro aparato de justicia. Para ello deberíamos incorporar un montón de personal de manera masiva y rápida, lo que me parece muy poco realista, o encontrar otra vía para superar el problema.

-Una amnistía general para delitos menores, por ejemplo -sugirió el ministro de Justicia-. Habría que proclamarla con la mayor rapidez posible para que los ciudadanos recuperen a toda velocidad la seguridad jurídica. Por eso -añadió con el dedo índice levantado-, la recuperación de la sensación de seguridad en todos los ámbitos es la primera obligación en estos momentos. Perdóneme -se disculpó con Viehinger, indicándole que siguiera con su exposición.

-También vamos a tardar algún tiempo en capturar a los presos huidos -prosiguió Viehinger-. Las primeras estimaciones hablan de unos dos mil delincuentes. Alrededor de la cuarta parte se consideran muy peligrosos. Para ello nos tendremos que apoyar en la ayuda de la población. Los comunicados sobre este tema tienen que plantearse con gran sensibilidad porque los ciudadanos no deben pensar que están rodeados de criminales peligrosos ni deben intentar aplicar la justicia por su mano.

Hizo una pausa y bebió un trago de agua.

-¿Eso será fácil? -preguntó el ministro de Asuntos Exteriores-. Las personas se han acostumbrado a tomar la iniciativa. ¿Se van a doblegar ante las indicaciones oficiales cuando las autoridades no pueden cumplir con su deber al ciento cincuenta por ciento?

-Tampoco han tomado tantas iniciativas -relativizó Viehinger-. Alrededor de

un tercio de la población ha acabado en los centros de refugiados que se han puesto a su disposición y el ochenta por ciento ha acudido a los centros de distribución de agua y alimentos, de manera que confiaron en la organización proporcionada por el Estado. En las próximas semanas, meses, e incluso años, la mayoría de las personas van a estar muy ocupadas intentando superar las consecuencias de la catástrofe. Y no cabe la menor duda de que las repercusiones a largo plazo van a ser como mínimo igual de desastrosas.

Bruselas

Manzano abrazó al anciano con una sonrisa.

-Nunca había estado en Bruselas -aclaró Bondoni con una sonrisita-, y pensé que ésta era la oportunidad. -Le dio a Manzano una palmada en la espalda-. ¡Tienes muy mal aspecto, joven! ¿Es verdad lo que se cuenta de ti? ¿Has derrotado a los terroristas casi sin ayuda?

-Ni siquiera he estado cerca de ellos -respondió Manzano, que abrazó también a la hija de Bondoni, que compartía la suite de lujo en el hotel hasta que hubiera de nuevo agua en su vivienda.

-¿Tus amigas también han regresado ilesas?

-En perfecto estado.

-¿Te puedo presentar a Antonio Salvi? -preguntó Bondoni e hizo un gesto para que se acercara un hombre delgado con el cabello ralo, que hasta el momento se había mantenido apartado-. Su emisora paga todo esto -hizo un gesto alrededor de la habitación- y también el vuelo en avión privado desde Innsbruck. Quiere hacer un reportaje sobre mí. Se ha enterado de alguna manera que mi viejo Fiat te llevó hasta Ischgl, desde donde...

Manzano le dio la mano al periodista. Desde el día de ayer sus colegas de todo el mundo llamaban ininterrumpidamente al hotel de La Haya y pedían hablar con él. Pero había pedido que no le pasasen las llamadas a la habitación. El diablo debía saber cómo habían averiguado donde se alojaba. Afortunadamente, su teléfono móvil seguía en Alemania, donde Hartlandt había confiscado el coche y el equipaje de Manzano. Bollard le había informado que se ocuparía de que se lo devolviesen. En Bruselas aún no lo había localizado ningún periodista.

-Quizá también le pueda plantear un par de preguntas... -empezó Salvi con una mirada de reojo hacia Shannon, que hasta el momento no había dicho nada.

Ahora puso un brazo sobre los hombros de Manzano y lo atrajo hacia ella.

-No antes de que haya hablado conmigo...

-¿Cómo fue en las montañas? -dijo, cambiando de tema Manzano.

-Como era de esperar -respondió Bondoni-, mejor que en otros muchos sitios. Agua, comida, fuego de leña, mujeres jóvenes y encantadoras, todo eso. No he echado de menos todos los trastos modernos.

-Por eso te has trasladado inmediatamente a este hotel de lujo con un avión privado -replicó Manzano con una sonrisa-. No hay nada malo en unas cuantas comodidades modernas, ¿no te parece?

Bondoni asintió involuntariamente con la cabeza.

-¿Dónde está la preciosa sueca que secuestraste?

Orléans

Annette Doreuil y los Bollard arrastraron las pesadas bolsas y maletas por las calles heladas de la ciudad. Basura tirada por todas partes cubría las aceras y las calzadas y apestaba el ambiente. El transporte público no funcionaba aún; sólo coches de policía y blindados de los militares. Pasaron por delante de gasolineras en las que ya se estaban formando colas, aunque en muchas de ellas no había ninguna luz encendida. Bares, cafés y restaurantes de comida rápida seguían cerrados. No habían podido encontrar ningún taxi. Habían preguntado por una agencia de alquiler de coches, pero allí no encontraron a nadie. ¿Qué habían esperado?

En la estación central de ferrocarriles, miles de personas ocupaban el vestíbulo bajo las dos cúpulas de vidrio. Las tiendas estaban cerradas y no pudieron ver a nadie al otro lado de las ventanillas.

Agotados dejaron el equipaje en el suelo. Celeste Bollard se quedó vigilándolo, mientras Vincent y ella averiguaban si había conexión ferroviaria con París.

Después de preguntar un poco, Doreuil se enteró de que al principio habían circulado algunos trenes a intervalos irregulares, pero que desde hacía una semana se había detenido el tráfico. No obstante, algunos rumores afirmaban que hoy iba a salir uno hacia París. Pero nadie sabía cuándo, ni si se necesitaría billete o dónde se podrían conseguir, y todo quedaba en rumores de los cuales nadie podía asegurar que fueran ciertos. Otros decían que París también había sido declarada zona prohibida a causa de una nube radiaactiva, y que por eso no se permitía la circulación de trenes hacia la capital.

-No se puede averiguar nada concreto -concluyó Vincent Bollard decepcionado cuando se volvieron a encontrar-. Ha vuelto la corriente, pero el personal del ferrocarril aún no ha vuelto al trabajo.

-Apagarlo todo fue muy rápido -comentó su esposa-. Pero volver a ponerlo todo en funcionamiento va a tardar algo más. Nos hemos alegrado demasiado pronto.

Berlín

El secretario de Estado Rhess había perdido casi con toda seguridad unos seis kilos en los últimos doce días, pensó Michelsen, cuando se puso de pie.

-Empecemos con una buena noticia. Los sistemas de comunicación vuelven a funcionar en grandes zonas de la República. Ya podemos telefonear a familiares y amigos, leer noticias en Internet o ver la televisión. Esto representa un gran alivio en la situación actual. Pero en este terreno también tendremos que afrontar algunos problemas en los próximos días. En las primeras horas podemos contar con informaciones muy excitadas sobre el final del apagón. Debemos difundir toda la información posible para la autoayuda y en especial sobre la distribución de agua y alimentos. Pero en cuanto los medios informen de las verdaderas dimensiones de la catástrofe, tendremos que asumir quejas y críticas. En este hecho podemos encontrar un gran peligro y una gran oportunidad, tanto para el gobierno como para todas las instituciones estatales. Se plantearán muchas preguntar. ¿Por qué eran tan vulnerables nuestros sistemas? ¿Qué responsabilidad corresponde a las empresas de energía y con qué consecuencias deben contar? ¿Por qué las emisoras oficiales se quedaron mudas a las pocas horas? ¿Cómo es posible que los autores pudieran planificar su acción durante tanto tiempo sin que los detectaran? ¿Por qué caen las redes telefónicas al cabo de tan poco tiempo a pesar de sus obligaciones legales? ¿Cómo es posible que la catástrofe pudiera afectar a las centrales nucleares que habían superado todas las pruebas de estrés? ¿Hasta qué punto son realmente inteligentes los contadores inteligentes y la futura red eléctrica inteligente y, sobre todo, hasta qué punto son seguros? ¿Por qué en la actualidad todos los hogares alemanes de nueva construcción o reformados deben incorporar un contador inteligente, sin que la empresa eléctrica deba garantizar su total seguridad? ¿Se puede cimentar la renovación de la red energética sobre dicha base?

-Estoy segura de que se discutirá sobre eso -intervino la ministra de Medio Ambiente-. Pero no vamos a dejar que el niño se libre del baño. El apagón ha afectado al sistema actual que no ofrece más seguridad que los posibles sistemas del futuro. Sólo puede mejorar, ¿o no?

-No estoy aquí para explicar mi opinión -replicó Rhess con tranquilidad-, sino para prepararnos para las discusiones que podemos prever. Ésta será una de ellas.

Bruselas

Angström se dio cuenta de que reía demasiado y con un tono de voz demasiado elevado, pero después de la quinta copa de vino le daba igual. Fleur van Kaalden, Chloé Terbanten, Lara Bondoni y Laura Shannon no lo iban a notar porque habían bebido aún más. Se divertían una y otra vez con la historia de cómo el periodista italiano quería llegar a Manzano y Shannon a través de Bondoni y para eso había conseguido que su emisora fletase incluso un avión privado para traerlos a Bruselas.

El hotel había podido reabrir con rapidez. Como las reservas de alcohol no se habían estropeado durante el apagón, se dirigieron al bar y trasegaron incansables el contenido de las copas. El padre de Lara se había ido a la cama después de la cena, que aún era bastante modesta. El periodista había intentando suerte con todos ellos y ahora se estaba trabajando a van Kaalden. A Angström ya le estaba bien. Como había ocurrido durante la velada en el refugio de esquiadores, a lo largo de la cena su amiga se había dirigido a Manzano de una manera muy formal. Y ya puestos tenía un aspecto realmente horrible. La cicatriz en la frente, en la que seguían los puntos, y los rasgos faciales muy marcados y casi demacrados. Si no andaba, nadie se daba cuenta de su herida en la pierna, siempre que no lo supiera de antemano. Menos mal que se había afeitado. Cuando pensaba en el estado que había aparecido en su casa hacía dos días...

Pero van Kaalden y el periodista italiano estaban bailando, como todos los demás. Angström no se sorprendía de que la gente se comportase de una manera tan alegre. Hoy querían librarse del miedo, el tormento y las dudas de las pasadas semanas.

Manzano los estaba mirando.

-Ya me gustaría -comentó y vació su copa-. Pero estoy cansado. Como el padre de Lara. Soy un anciano.

-Yo también me voy a ir -replicó Angström, que notó lo mareada que estaba cuando se soltó de la barra del bar.

Tocó a van Kaalden ligeramente en el hombro y la saludó con la cabeza, junto al periodista. De los demás bailarines no se despidió.

En el camino de salida hacia el vestíbulo del hotel, Manzano comentó:

-Te tengo que pedir disculpas una vez más por haberte metido en todo esto. Yo... no sabía a quién podía acudir.

-No os tendría que haber llevado a la oficina -replicó ella-. Fue una suerte que lo hiciera.

-¿Conseguirás un taxi? -le preguntó.

-Desde luego. Las gasolineras vuelven a funcionar. Lo único que no funciona es el suministro de agua en mi casa. -Rio-. Pero a eso ya me he acostumbrado.

-Te puedes duchar en mi habitación -ofreció Manzano con una sonrisa-. No sería la primera vez.

-Sólo buscas una excusa para que suba a tu habitación.

-Evidentemente.

Habían llegado a la entrada del hotel, donde esperaban realmente un par de taxis. Se abrazaron para despedirse y se besaron. Una vez más. Angström sintió sus manos en la espalda, sobre los hombros y descubrió que tenía las suyas sobre sus caderas, su cuello. Sin separarse, se precipitaron hacia el ascensor, sin preocuparse de los demás invitados, atravesaron el pasillo de la segunda planta, donde Manzano consiguió sacar del pantalón la tarjeta para abrir la puerta. Él la empujó, ella tiró de él hacia el interior con las manos bajo su jersey y las de él dentro de la blusa, sobre el trasero, tropezaron en la oscuridad y casi caen al suelo. Angström se agarró, encontró la tarjeta que seguía llevando en la mano y la deslizó en la ranura al lado de la puerta, que activaba las luces de la habitación.

Con un clic silencioso se encendió una luz cálida y amortiguada.

-Ya que la tenemos -le susurró a Manzano mientras le besaba en el cuello-. Te quiero ver.

Su mano se dirigió hacia el interruptor y bajó la intensidad de la luz hasta casi desaparecer.

-Pero vamos a ser ahorrativos. Tampoco eres una visión tan agradable.

Ella lo besó al lado de la cicatriz en la frente.

-Eso mejorará.

Berlín

Michelsen y algunos colegas habían conseguido un coche con conductor de servicio, que los llevó a casa después de más de una semana. Ella fue la última de la ruta.

El viaje a través de la ciudad le pareció fantasmal. En la mayoría de las fachadas volvían a brillar los anuncios, los nombres de las tiendas y los logotipos de las empresas. En las aceras se acumulaban las bolsas de basura hasta alcanzar la altura de un hombre. Muchas estaban rotas y su contenido esparcido por la calle. Las bolsas de papel se acumulaban en la calzada y aparecían repentinamente bajo las luces de cruce del coche. Entre ellas corrían perros y ratas.

En muchas casas brillaban las luces en las ventanas. La gente no había podido esperar a abandonar los refugios para regresar a sus hogares. A partir de mañana, pensó Michelsen, iba a ir creciendo su enfado y decepción cuando se dieran cuenta de que no había agua corriente y que los supermercados seguían cerrados. Habían avisado por las emisoras de radio que lo mejor era permanecer en los campamentos. ¿Pero quién se lo podía echar en cara? Ella también iba de camino a su casa. Sin embargo, sabía que en los próximos días podría encontrar de todo en el ministerio, desde un lavabo y una ducha en funcionamiento y hasta comida.

Al borde de la calzada se alzaban hasta un metro de altura unos puntales doblados de una manera extraña entre los restos de dos coches accidentados. Costillas, las identificó Michelsen al pasar de largo, costillas gigantescas del cadáver de un animal.

-¿Qué era eso? -le preguntó al conductor, porque eran demasiado grandes para ser de una vaca.

-Los restos de uno de los elefantes del zoológico, según he oído -le respondió imperturbable-. En los últimos días han huido muchos animales del zoo.

Tuvo que pensar en la jirafa con sus crías.

-La mayoría ha muerto a manos de gente hambrienta -continuó el conductor.

¿Se podía comer carne de elefante?, se preguntó Michelsen impresionada.

La radio emitía noticias. La mayoría de los Estados europeos habían restablecido en parte los servicios esenciales y lentamente iban informando a sus oyentes sobre las grandes catástrofes. Sobre la tragedia de Saint Laurent y el desastre en Philippsburg ya habían informado las primeras emisoras hacia el mediodía. En los próximos días no les van a faltar noticias terribles, pensó Michelsen. Desde los accidentes químicos en España, Gran Bretaña, Alemania, Polonia, Rumanía y Bulgaria, pasando por las diversas e incontables catástrofes humanitarias hasta las consecuencias a largo plazo. Desde los Estados Unidos llegaban noticias parecidas.

El conductor detuvo el coche y acordaron la hora en que la iba a recoger a la mañana siguiente. Al bajar del vehículo le cayeron en la cara un par de frías gotas de lluvia. Encontró un hueco entre dos apestosas pilas de basura y entró en su casa en un par de zancadas rápidas.

El aire en su vivienda era frío y húmedo, y olía fatal. La luz funcionaba. En realidad, consideró Michelsen, no se diferenciaba en nada del regreso de unas largas vacaciones. Se alegraba de estar de nuevo sola después de la tensión continuada en el centro de crisis. Se había traído un par de botellas de agua de la oficina. Con ellas vació el lavabo.

Sintió que aún no se podría quedar dormida. Abrió una botella de vino tinto, se sirvió una copa y se instaló al lado de la ventana en la cocina a oscuras. Tomó un buen sorbo y miró hacia la noche, contemplando las luces de la ciudad que empezaron a brillar delante de sus ojos. Le recorrió un escalofrío, que no pudo controlar justo antes de empezar a llorar sin recato y sin poder evitarlo.

La Haya

Mudado, aclaró el conserje. A otro hotel, que quería del italiano. Le explicó que era periodista. Como si el conserje no supiera que ese Manzano había jugado un papel importante en la resolución del asunto. No era tan importante como lo presentaba esa periodista americana, pero aún así... Ah sí, se ha ido con ella. Si le podía dar el nombre del hotel, le gustaría entrevistar al personaje. Eso le gustaría a muchos, replicó el conserje. En algún momento me prohibió que le pasase las llamadas. ¿Y entonces se fue? ¿Por qué? ¿No le gustaba su establecimiento? Es posible, respondió el conserje. Ahora que todo el mundo tiene electricidad. Sí, así son las estrellas, ¿no es verdad? El conserje se encogió de hombros. A la coba que le estaba dando tuvo que añadir un billete de cien euros para que el hombre le informase del nuevo alojamiento de Manzano. Cogió un taxi.

Al recepcionista del establecimiento noble le contó que era colega de Lauren Shannon y que ella lo había citado allí. El hombre parecía irritado. Entonces no le había dicho nada, le preguntó el recepcionista. Había salido hoy hacia Bruselas en coche. No, conserva la habitación en nuestro hotel. Y ahora qué hago, se ha olvidado de informarme. Me sería de gran ayuda si me pudiera dar la dirección de su hotel en Bruselas.

El recepcionista apuntó una dirección.

Día 14. Viernes

Orléans

-Pasan unos minutos de las diez -aclaró Annette Doreuil sin aliento-. Deberíamos ir al andén. Quién sabe cuánta gente querrá subir a ese tren.

Al igual que ella, los Bollard habían pasado la noche recostados en las maletas. Los surcos en sus rostros estaban más marcados que antes. Por todos lados se apretujaban tantas personas que prácticamente no quedaba espacio para atravesar el vestíbulo.

Doreuil lanzó una mirada nostálgica hacia la tienda de una cadena de panaderías de estación, que estaba cerrada con una persiana corredera. Ayudó a levantarse a Celeste Bollard y después a su marido. Vincent Bollard se quitó la gorra y se peinó el cabello. En un gesto reflejo, Annette Doreuil también se arregló el peinado. Furtivamente comprobó si le habían quedado pelos en la mano. No vio ninguno. Recogió el bolso y se puso en camino hacia las vías. En los andenes había tal multitud que los empujones no dejaban de tirar personas a las vías. Daba igual, iban a conseguir un hueco en ese tren.

La Haya

Había esperado demasiado. A pesar de las informaciones oficiales, Marie Bollard estaba decepcionada delante de un supermercado completamente cerrado. Había salido con los niños en cuanto acabaron el escaso desayuno. Las calles sucias y parcialmente devastadas volvían a cobrar vida, aunque seguían patrulladas por los militares y los helicópteros tronaban sobre los tejados. En el aire seguía el hedor a descomposición y ceniza fría. Después de la primera decepción quiso probar en otros dos establecimientos de los alrededores. Por el camino estuvo buscando restaurantes o cafés abiertos. Pero seguían tan cerrados como las otras dos tiendas. No había ningún cartel ni personal que pudiera informar de una rápida abertura.

No era la única desencantada. Los clientes se apretujaban delante de las persianas bajadas, preguntando y discutiendo.

-Mamá, tengo frío -se quejó Bernadette.

-Volvamos a casa.

Dio un pequeño rodeo para pasar por el banco, que estaba abierto. ¡Un rayo de esperanza! Delante del mostrador se agolpaba una multitud que llegaba casi hasta la entrada.

Detrás del banco se alzaban unos brazos, que se movían intentando tranquilizar a la gente. Una voz gritó algo en neerlandés y lo volvió a repetir. En el día de hoy estaban disponibles algunas gestiones bancarias. Pero no se podía retirar dinero en efectivo, que no estará disponible hasta el día siguiente. Y sólo de manera limitada.

Entonces volvería al día siguiente. Se dio prisa en llegar a casa a causa del frío. Casi sin quitarse el abrigo, marcó en el teléfono del recibidor el número de sus padres en París, al igual que lo había hecho ayer y varias veces ese mismo día. Dejó que sonase diez veces antes de colgar e intentarlo con el número de los Bollard. Pero allí tampoco descolgó nadie.

Bruselas

-Buenos días -saludó Manzano cuando Angström abrió los ojos.

Medio dormida parpadeó y miró a su alrededor.

-Mi habitación del hotel -le aclaró-. Te quedaste por la ducha.

-Ya me acuerdo. -Se desperezó y desapareció en el baño.

Manzano se acercó a la ventana, apartó las cortinas y contempló el día. Oyó cómo corría el agua en el baño. El conserje se lo había dejado claro: el hotel disponía de un suministro prioritario, entre otras cosas de agua, porque se alojaban con frecuencia diplomáticos y políticos. Por eso volvía a fluir aquí, mientras que seguía ausente en la mayoría de los hogares de Bruselas.

Se vistieron y bajaron a desayunar. En el gran bufete encontraron un surtido de pan, queso y salchichas. Chocolate empaquetado. Jarras de agua, té y café. Un cartel escrito a mano pedía disculpas por el surtido limitado e informaba que se intentaría recuperar lo más rápidamente posible la situación habitual.

-¡Buenos días! -les saludó Shannon con una gran sonrisa.

Estaba sentada sola en una mesa, con el ordenador portátil delante y una taza de café. Miró a Manzano y Angström de arriba abajo.

-¿Te lo pasaste bien anoche?

-¿Y tú?

-No tengo ni idea hasta qué hora estuve bailando.

-¿Dónde está Bondoni?

-Debe de seguir durmiendo.

-¿Y tu colega italiano?

-Por suerte aún no ha aparecido. No me sorprende, con todo lo que llegó a beber.

Con dedos rápidos tecleó algo en el ordenador.

-Perdona, un e-mail. Me tengo que ir enseguida. ¿Sabéis algo nuevo de Bollard?

Los volvió a mirar con intensidad.

-No, claro, habéis tenido cosas mejores que hacer.

A Manzano le molestó su indirecta.

-Necesito algo de comer y café.

Shannon cerró el ordenador y se puso de pie.

-Ahora tengo mi propio operador de cámara -explicó-. ¿Me mantendréis al corriente si hay novedades de Bollard?

Y se fue.

Manzano respiró aliviado.

-No me puedo creer tanta energía -comentó.

Angström lo abrazó por la cintura.

-Consigamos un poco -propuso y tiró de él hacia la jarra de café.

Estambul

A través del falso espejo, Bollard contemplaba el interrogatorio de un japonés. El hombre parecía tranquilo, controlado. Al igual que todos los demás, desde el principio había dejado claro que entendía y hablaba perfectamente el inglés.

Cuando apareció hace unos días en el grupo de sospechosos, muchos se habían sorprendido. ¿Un terrorista japonés? Bollard les había recordado los ataques con gas venenoso de la secta Aum en el metro de Tokio en 1995 o la masacre en el aeropuerto de Tel Aviv en 1972.

Desde su detención, el japonés sólo había podido dormir dos horas. En seis cabinas consecutivas estaban interrogando a los siete hombres y a la mujer. Tres de ellos tenían heridas de bala, de manera que el interrogatorio fue corto y contaban con supervisión médica. A la mañana siguiente del asalto habían llegado miembros de bastantes servicios de información europeos y de la CIA. Los interrogatorios los realizaban por turnos o junto con los agentes turcos. De momento los autores no se habían manifestado sobre sus motivos. No negaban su participación en el ataque; al contrario, explicaban que había sido necesario para conseguir que el mundo entrase en una nueva época. A Bollard le resultaba interesante que ninguno se hubiera expresado de manera despectiva contra ninguna minoría. Eso era típico entre los terroristas que, según sus antipatías, eran adscritos a la derecha o a la izquierda.

-¿Cuánto le pagan para que nos retengan y torturen? -le preguntó el japonés a su interrogador.

-No los han torturado.

-La negación del sueño es tortura.

-Tenemos preguntas muy urgentes. En cuanto las haya respondido podrá dormir.

-¿Se puede permitir un Rolls-Royce con su sueldo?

A Bollard le pareció que el japonés llevaba la conversación como si fuera un jefe de personal.

El agente turco no se incomodó.

-No estamos aquí para hablar de mi sueldo.

-Pero se trata precisamente de eso -replicó el japonés con tranquilidad-. Sus jefes pueden. Y los hombres que pagan a sus jefes se pueden permitir todo un parque móvil de coches de lujo. Mientras usted está aquí haciendo el trabajo sucio, ellos se encuentran en sus mansiones y se dejan atender por setenta y dos vírgenes.

-Lo voy a decepcionar, pero no creo en esas cosas.

-¿Le parece justo que haya tenido que pasar la noche aquí con gente como yo, mientras ellos pasean en Ferrari con mujeres bonitas?

-No estamos hablando de justicia.

-¿Entonces de qué estamos hablando?

El ordenador portátil de Bollard se activó. En la ventana del videochat apareció la cara de Christopoulos.

-Mire aquí -indicó el griego e hizo aparecer una ventana adicional con líneas de código-. Está en pseudocódigo.

sin códigos de bloque en las últimas 48 horas

activar Fase 2

-¿Activar el qué? -preguntó Bollard.

-Aún no lo sabemos -respondió Christopoulos-. Sólo sabemos que no sirve para la activación del código SCADA de Dragenau ni para los contadores inteligentes italianos o suecos. La cuestión es que los análisis actuales de la estrategia de ataque exigían la presencia de dicha orden en el software.

Bruselas

-¡A ese tipo de órdenes es a lo que me refería! -gritó Manzano.

La cara de Bollard parecía de color verde, pero se podía deber a la luz. Manzano se preguntó cuándo iban a fabricar finalmente unos portátiles con cámaras que no hicieran que sus dueños acabaran pareciendo zombis.

-Escondidas en algún lugar del sistema siguen durmiendo bombas de relojería -explicó Manzano-. Quizá no en todos, pero en algunos. No es necesario activarlas, sino que están bloqueadas de manera activa. Al menos cada cuarenta y ocho horas. Si no se hace: ¡Boom! Y todo vuelve a empezar desde el principio.

Shannon y Angström miraron por encima del hombro de Manzano, pero, al igual que Bondoni, se mantuvieron fuera del campo visual de la cámara.

-¿Cuándo se produjo el acceso? -susurró Angström.

Manzano hizo la cuenta.

-Unas treinta horas -respondió también con un susurro.

-Pero es posible que la orden de bloqueo no se hubiera dado justo antes del acceso -murmuró Shannon-. Quizá la enviaron el día antes.

-Entonces ya estarías informando de las consecuencias -replicó Manzano en voz baja.

-¿Qué está murmurando? -preguntó Bollard.

-¡Consígame acceso a la base de datos de RESET! -le exigió Manzano-. ¡Y necesitamos los datos de acceso de todos los aparatos en Estambul y Ciudad de México!

Berlín

-Por el momento resulta difícil valorar la mayor parte de los efectos sobre la economía -empezó Helge Domscheidt, del ministerio de Economía.

A Michelsen le pareció que la mayoría de los que participaban en la reunión tenían hoy mejor aspecto. Menos ojeras, porte más erguido y en conjunto un estado de ánimo mucho mejor. Ahora no sólo parecían tensos, sino también concentrados. También ella había conseguido dormir por fin durante la noche anterior.

-La mayoría de las empresas de la industria productiva deben poner en marcha las fábricas -explicó Domscheidt-. Muchas compañías seguirán paradas durante días o semanas, mientras les falten materias primas y componentes. Muchas instalaciones productivas sufrieron daños o quedaron totalmente destruidas, como por ejemplo los altos hornos de la industria metalúrgica. Numerosos bienes que se encontraban en fase de producción han quedado totalmente arruinados. Para poner sólo un ejemplo del tema de más actualidad como es la energía: algunos componentes de los molinos de viento se tienen que cocer durante horas a altas temperaturas. Cuando se cortó la corriente y con ello se apagaron los hornos, estas piezas quedaron inutilizables. Sobre los problemas de la producción de alimentos ya se nos ha informado. En el suministro de energía existen embudos. Alrededor del diez por ciento de las centrales eléctricas disponibles han sufrido daños graves, que se tardará varios meses en arreglar. Esto significa que las ramas de la industria muy dependientes de la energía como la producción de papel, cemento o aluminio, tendrán que someterse a un periodo de espera. Siempre que sea posible, tendremos que permitir que centrales nucleares que fueron desconectadas hace poco, se pongan de nuevo en funcionamiento.

-¡Ni hablar! -le interrumpió la ministra de Naturaleza, Protección Ambiental y Seguridad Nuclear-. Después de los accidentes de Philippsburg y Brokdorf queda totalmente descartado.

-De la industria se planteará esta exigencia con medidas de seguridad. Nos tenemos que preparar para ello. El apagón también ha afectado a empresas pequeñas y medianas que forman la espina dorsal de la economía alemana. Se enfrentan a problemas aún más grandes porque se les presta menos atención que a los grandes conglomerados y obtienen de los bancos una financiación más cara. Para evitar el colapso de la economía alemana en los próximos meses y años, debemos establecer un gigantesco programa de fomento. Pero aún así -prosiguió lúgubre-, sigue sin estar claro que la economía alemana pueda recuperar el puesto mundial que ocupaba. Porque esta vez no podemos esperar un Plan Marshall desde los Estados Unidos, que están casi tan mal como nosotros. Además, no sólo nosotros, sino todos los países europeos necesitan apoyo. Esto significa que muchos de nuestros socios comerciales

más importantes nos fallarán y se recuperarán con mucha lentitud, si es que lo consiguen. Pero esto es sólo el principio. A medio plazo, a los países emergentes les faltarán los mercados europeos y norteamericanos como clientes, al menos en las circunstancias actuales. Eso quiere decir que China, India, Brasil y otros países tendrán que enfrentarse a un desempleo creciente y como consecuencia a conflictos sociales e inestabilidad política. Con ello caerán los grandes mercados en crecimiento durante los últimos años: un círculo vicioso. También en nuestro caso crecerá de manera exponencial la tasa de paro sin programas de apoyo. Las consecuencias sociales no se pueden prever en este momento. Algunos economistas plantean una situación latinoamericana, con una clase superior muy rica y escasa, una clase media en retroceso y gran parte de la población empobrecida y con condiciones de vida inseguras.

-Con las medidas políticas correspondientes está claro que se podría frenar esta situación -intervino el canciller federal.

-Si se encuentran mayorías para ello... Me temo que muchas personas, incluidas algunas en esta sala, no saben aún qué consecuencias a largo plazo pueden tener estos acontecimientos, ni qué ocurrió en el pasado cuando se produjeron situaciones sociales y económicas similares. Pero me gustaría añadir en este punto que estos efectos no son inevitables.

-¿Y de dónde va a salir el dinero para los programas coyunturales? -preguntó el ministro de Asuntos Exteriores-. La mayoría de los Estados afectados ya estaban muy endeudados o en bancarrota.

Domscheidt respondió a la mirada del ministro de Asuntos Exteriores con una expresión indescifrable.

-Espero que eso se lo pueda aclarar el ministro de Finanzas.

La Haya

-¿Qué es ese código de bloqueo y qué ocurrirá si no se activa? -preguntó Bollard, inclinado sobre la mesa, apoyándose en un brazo, mientras que con el índice de la mano libre daba golpecitos sobre la página impresa.

-Ya le he dicho que no lo sé -le contestó su interlocutor, uno de los franceses detenidos.

Bollard podía hablar en su lengua materna con su compatriota. Estaba furioso porque el sospechoso francés formaba realmente parte del grupo de atacantes. Sus compatriotas siempre habían exigido los cambios en voz muy alta y habían utilizado la violencia para conseguirlos.

-Escuche -siseó Bollard en voz tan baja que las cámaras que estaban filmando no lo pudieron grabar y lo cogió por el cuello-, si en algún lugar de Europa o de los Estados Unidos vuelve a haber un apagón y muere más gente porque no me ha dicho para qué sirve el código de bloqueo, entonces puedo adoptar otra actitud. Una muy diferente. Y no le va a faltar sólo el sueño.

Bollard sabía que por amenazas como ésas te podían llevar delante de los tribunales. Se separó del hombre y se enojó consigo mismo.

-No puede -gritó el terrorista- amenazarme con torturas.

-¿Quién lo está amenazando?

-¡Usted! ¡Eso atenta contra los derechos humanos!

Bollard se inclinó hacia él y la frente casi tocó la del otro hombre.

-¿Ahora se acuerda de los derechos humanos? Las millones de personas hambrientas, sedientas, muertas de frío y que han perdido la cabeza por enfermedades que no se pueden tratar, ¿no tenían ningún derecho? ¿Para qué sirve este código de bloqueo?

-De verdad que no lo sé -insistió el otro.

Tenía la cara pálida y el sudor le cubría la frente. El hombre no estaba entrenado para soportar un interrogatorio duro. En algún momento se rompería. Bollard se preguntó hasta dónde tendría que llegar para conseguirlo.

Pero ¿y si el tipo no sabía realmente nada?

Berlín

-La buena noticia -anunció Volker Bruhns, secretario de Estado del Ministerio de Finanzas- es que la mayoría de las oficinas bancarias han vuelto a abrir. La disposición de dinero por parte de la población está asegurada. Y después tenemos algunas menos buenas. Para evitar el desabastecimiento de los bancos, las cantidades que se pueden retirar se han limitado a ciento cincuenta euros por persona y día. Las bolsas europeas permanecerán cerradas hasta mediados de la semana que viene, al igual que los mercados en los Estados Unidos. La parte técnica estará preparada mucho antes, pero será mejor que los mercados tomen aire y puedan digerir las novedades antes de reabrir. Hasta el último día hábil, el viernes pasado, los índices europeos y americanos más importantes habían perdido un setenta por ciento de su valor. Algunas empresas alemanes, que hace dos semanas valían miles de millones, pudieron resistir que tantos súper ricos salieran de su accionariado. El euro se desplomó, aunque el Banco Central Europeo inundó los mercados. Naturalmente, esto es una catástrofe para las imprescindibles importaciones de petróleo y gas, que se encarecerán de manera extraordinaria y esta vez no podemos compensar, por otro lado, la caída del suministro energético porque no nos podemos permitir las importaciones. Afortunadamente, si se puede ser así de cínico, esta semana nos ha seguido el dólar, después de los ataques contra los Estados Unidos. Esto ha hecho que las importaciones se hayan abaratado un poco, porque el petróleo y el gas se pagan en dólares. A esto se debe añadir que nuestras reservas estratégicas de petróleo y combustibles cubren varios meses y que los aumentos de precios no serán efectivos hasta dentro de unos cuantos meses, porque en la mayoría de los casos los precios se fijan en contratos a largo plazo.

Tomó aire y continuó sin que interviniese nadie.

-No se puede prever el desarrollo de los mercados de acciones y de materias primas. Quizá se produzca una reacción positiva después del final del apagón. Por otro lado, los mercados no pudieron reaccionar ante el empeoramiento de la situación durante las últimas semanas. Así, por ejemplo, los golpes militares en Portugal, España y Grecia tendrán consecuencias. La cotización de la deuda pública, incluso de la deuda pública alemana, se encuentran muy por encima del nivel de la deuda griega, irlandesa, italiana o española de los peores momentos de la crisis financiera. De hecho en estos momentos no nos podemos financiar a través del mercado de capitales. Eso quiere decir que Alemania no podrá hacer frente a sus créditos dentro de unos pocos meses y no podrá pagar a funcionarios ni pensionistas. Muchos Estados europeos se tendrán que enfrentar mucho antes a esta situación. Con ello los mercados financieros internacionales, a los que no afectaron las oleadas de la crisis financiera, se enfrentan a una quiebra. Ahora se le pide a la política que evite

al menos lo más grave. Los escenarios posibles se deberán presentar y discutir -se miró el reloj- dentro de cuatro horas en una videoconferencia con los jefes de gobierno de los Estados del G-20, los representantes del Banco Central Europeo, de la Reserva Federal, del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

París

El viaje en tren de Orléans a París duró una eternidad. Para sorpresa de Annette Doreuil se detuvo en todos los pueblos grandes a lo largo del trayecto, pero al menos estaba camino a casa. Y habían conseguido sentarse. Los Bollard se habían quedado dormidos casi inmediatamente en sus asientos. Doreuil miró la mayor parte del tiempo por la ventanilla. ¿Cuántos muertos seguían tirados en los campos, descomponiéndose con rapidez? Al final consiguió desconectar del jaleo que había dentro del tren, sobre todo por parte de los niños. Esperaba que Bernadette y Georges estuvieran bien.

Bien pasado el mediodía llegaron a París. Junto con algunas decenas de viajeros, los Bollard esperaron en la parada de taxis, mientras Doreuil volvía al vestíbulo para preguntar a alguien que les pudiera ayudar. Pero había tanta gente a su alrededor, que Doreuil regresó a la parada de taxis. Cuando al final apareció realmente un coche, los que estaban esperando se empezaron a empujar sin consideración. Después llegaron dos vehículos más. No llevaban ningún indicativo de que fueran taxis, pero se detuvieron de todas formas, uno de ellos delante de Vincent Bollard. El conductor bajó la ventanilla del lado del acompañante y preguntó:

-¿A dónde?

Annette Doreuil le dijo la dirección.

-Ciento cincuenta euros -exigió el hombre.

-Eso es... -protestó Doreuil, pero se contuvo.

La tarifa habitual del trayecto eran unos treinta euros.

-De acuerdo -aceptó con una expresión pétrea.

-Suban.

El conductor levantó el cierre centralizado. Los otros que estaban esperando se les echaron encima y ofrecieron aún más dinero al sinvergüenza, pero los Bollard ya estaban sentados.

-La mitad por adelantado -exigió el hombre y estiró una mano hacia atrás.

Doreuil pagó.

-¿De dónde vienen? -preguntó el hombre con curiosidad, mientras arrancaba a toda velocidad.

-Orléans -respondió Doreuil escueta, porque no tenía ningunas ganas de hablar con el usurero.

-¡Por el amor de Dios...! -exclamó-. Creía que era zona prohibida. Lo han dicho en las noticias.

Doreuil tuvo que pensar en el cabello que se le había quedado entre los dedos

-Orléans, no -le aclaró-. Estuvimos esperando allí en un alojamiento de emergencia.

-Vaya, vaya -insistió el hombre.

Las calles estaban más sucias que en Orléans e incluso se podían ver los cadáveres destripados de animales. También aquí circulaban principalmente vehículos de emergencias y blindados, pero aún así el cuentakilómetros marcaba ochenta kilómetros por hora. El hombre rio.

-¡Bueno, aquí en París no nos va mucho mejor!

Doreuil lo odiaba por sus comentarios, pero ahora le tuvo que preguntar:

-¿Por qué?

-Una nube procedente de la explosión de la central ahí abajo ha llegado hasta aquí. Pero las fuentes oficiales dicen que no es tan grave. -Se encogió de hombros-. Las próximas lluvias lo limpiarán todo y no habrá ningún peligro, o eso es al menos lo que suponen. -Hizo el gesto de apartar algo con la mano-. Bueno, prefiero creérmelo, porque en caso contrario no podría seguir viviendo con tranquilidad.

Doreuil no dijo nada. Como por casualidad se pasó los dedos por el cabello y se miró la mano a hurtadillas.

-¿Necesitan algo más? -preguntó el hombre de manera despreocupada-. ¿Alimentos? ¿Bebidas? Se lo puedo conseguir. En estos momentos no es fácil obtener nada de eso.

-No, gracias -respondió Doreuil envarada.

Delante de su casa le pagó la tarifa desproporcionada y tomó nota de la matrícula. Esperaba que en la vivienda no oliera tan mal como en el exterior. Los Bollard y ella tuvieron que pasar por encima de una montaña de basura para llegar a la entrada.

Al abrir la puerta de la casa, suspiró:

-¡Por fin!

En el interior el aire estaba un poco estancado, pero los olores más desagradables habían permanecido por el momento en el exterior. Dejó la maleta y se acercó al teléfono. La línea estaba muerta. Fue a buscar el ordenador en el despacho de Bertrand. Los Bollard la siguieron. Desde que los niños se habían mudado con los nietos a La Haya se había tenido que acostumbrar a los medios de comunicación modernos. Encendió el aparato, activó Skype y seleccionó el nombre de su hija. Al cabo de unos segundos apareció realmente en pantalla la imagen ligeramente pixelada de Marie. A Doreuil le saltaron las lágrimas. A través del micrófono escuchó cómo Marie llamaba:

-¡Niños! ¡Venid! ¡La abuela y el abuelo están llamando!

Su hija se volvió de nuevo hacia la pantalla.

-¡Dios mío, *maman*, cómo me alegro de verte! ¿Estáis bien?

Bruselas

-Son millones -gritó Shannon-. Vais a necesitar años para revisarlos todos.

Manzano tecleó enfebrecido.

-Eso ya lo deberías haber sabido. Estoy escribiendo una secuencia de comandos. Te acuerdas de la que redacté para el acceso a mi *firewall*, en el que encontramos la dirección IP de RESET. Casi he terminado.

-¿Qué busca esa secuencia?

-Lo mismo o algo parecido que en mi *firewall*. Entregas de datos a la misma dirección IP en intervalos de cuarenta y ocho horas o menos. Y ya está.

Apretó la tecla de retorno y el programa empezó a buscar en la base de datos.

Manzano pasó al videochat y llamó a Bollard. Esperó, pero Bollard no respondió a la llamada.

Estambul

-¿François? ¡François! ¿Sigues ahí?

Bollard oyó como a través del agua la voz de Marie que salía del ordenador. Se quedó mirando en el monitor cómo se emborronaba el rostro delgado y pálido de su esposa. Bollard hizo un esfuerzo para que no se le saltasen las lágrimas.

-Él... -se le rompió la voz-, habrá que... desenterrarlo, para que lo podamos enterrar en París.

Ella lo repitió por segunda vez. El hecho la conmovía casi tanto como la noticia de la muerte de su padre.

-Yo... lo siento tanto -respondió Bollard con la voz tomada-. Ahora tengo que colgar. Cuidaos. Nos veremos pronto. Os quiero.

Durante un par de segundos Bollard se quedó sentado sin moverse. Pensó en sus hijos, en Marie. Tenía que volver a casa. Él había enviado allí a sus padres. Donde creía que estarían seguros. En las colinas idílicas a orillas del Loira. Durante un instante se vio como un niño en una pradera delante del castillo de Chambord, persiguiendo a una mariposa. Nunca iba a poder volver al lugar de su infancia. Ni Bernadette ni Georges volverían nunca a vagabundear por allí.

Se puso en pie de un salto, salió hacia las salas de interrogatorio y entró en la primera que encontró. Dos agentes americanos estaban apretando las clavijas a uno de los griegos. Bajo las axilas y el cuello de la camisa se marcaban oscuras manchas de sudor y le temblaban los labios.

Sin preocuparse de los americanos, Bollard levantó al hombre de la silla agarrándolo por el cuello de la camisa.

Con un susurro ronco se lo explicó:

-Mi suegro murió hace un par de días en las cercanías de Saint Laurent. Un infarto. Nadie pudo llamar al servicio de emergencias. Saint Laurent. ¿Sabe lo que ha ocurrido allí?

El griego se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos y no se atrevió a moverse. Por supuesto que lo sabía.

-Mis padres -continuó Bollard jadeando-, tuvieron que abandonar la casa en la que vivía mi familia desde hacía generaciones. Yo crecí allí. A mis hijos les encanta el sitio. Ahora no podremos volver nunca más.

Apretó los nudillos contra la laringe del hombre y pudo oler su miedo.

-¿Conoces la sensación -prosiguió Bollard- cuando sabes que vas a morir de la manera más cruel posible y que nadie te va a ayudar?

Sintió cómo el griego intentaba librarse de él y afirmó el agarre. Los ojos del hombre empezaron a brillar y se llenaron de lágrimas. En su mirada pudo ver que el griego había entendido que estaba hablando muy en serio.

-Ese código de bloqueo -preguntó Bollard en voz aún más baja y ronca- que

se tiene que enviar cada cuarenta y ocho horas. ¿Para qué sirve? ¿Qué es lo que impide? ¿Cuánto tiempo nos queda? ¡Habla, hijo de puta!

Al hombre le temblaba todo el cuerpo y las lágrimas le rodaban sobre las mejillas redondeadas.

-Yo... no lo sé -gimió-. ¡De verdad que no lo sé!

Bruselas

Se acercó con rapidez a la recepcionista, con tanta prisa que casi ni se dirigió a la joven, sino que colocó una mano simbólicamente en el mostrador, mientras su cuerpo seguía su camino. ¿En qué habitación se encuentra Piero Manzano?, le preguntó. Ella llevaba una especie de uniforme azul con pañuelo para el cuello, casi como una azafata. Para subrayar sus prisas, lanzó una mirada al reloj de pulsera. Sorprendida, la mujer miró en el ordenador. Era tan fácil cuando se actuaba con confianza.

Habitación 512.

Gracias.

-Sigue habiendo algunas -afirmó Manzano.

-¿Qué? -preguntó Shannon, que no dejaba de filmar.

-Conexiones regulares con las mismas IP.

Manzano señaló algunas de las direcciones de la red. Shannon y Angström se inclinaron sobre sus hombros, y Bondoni acercó la silla para ver mejor.

-Ésta, ésta y ésta, las conocemos. Pertenecen a la central en Ciudad de México.

Con el programa de videochat llamó a Christopoulos en La Haya. Al cabo de un par de segundos contestó el colaborador de Bollard.

-Tengo una lista de direcciones IP -explicó Manzano-. Necesito lo más rápidamente posible una revisión para confirmar las que ya sabemos que tienen algo detrás.

Al mismo tiempo había enviado por e-mail la lista a Europol.

-Es muy urgente.

-¿Por sus sospechas?

-Sí.

-Voy a ver qué puedo hacer.

Manzano pensó que era una bendición que volvieran a funcionar sin problemas las conexiones a Internet. Mientras corriera la electricidad.

-Mientras tanto vamos a buscar más -informó Manzano y cortó la comunicación.

-Yo no enviaría la orden de bloqueo siempre en el último momento -reflexionó en voz alta-. Para que no hubiera ninguna posibilidad de olvidarme.

-Además -añadió Shannon-, existe la posibilidad de que puedan enviarla varias personas, por si una falla.

-Si hubiésemos estado sentados en esa central -razonó Angström en voz alta- y hubiéramos sido los responsables de bloquear la espoleta, ¿qué habríamos hecho?

-Yo hubiera enviado la orden en algún momento del día -respondió Shannon-. Para estar segura.

-Si lo pueden hacer varias personas, podemos deducir que el bloqueo

persiste mientras la central esté ocupada.

-Yo habría incorporado además una alarma -sugirió Manzano-. Por si antes de cumplirse el plazo no se hubiera renovado el bloqueo.

-Pero ¿para qué el bloqueo? -preguntó Bondoni-. Sin él se habría desencadenado un segundo apagón eléctrico, que era lo que querían esos tipos de todas formas.

-Para no malgastar la pólvora innecesariamente -replicó Manzano-. El bloqueo impide que las bombas de relojería se activen en el sistema eléctrico y provoquen un apagón. Mientras no había corriente, no era necesaria encenderlas. Están pensadas precisamente para la situación en la que nos encontramos: las redes vuelven a funcionar y los atacantes están detenidos. Si ahora las bombas de relojería activan nuevos programas maliciosos, todo volverá a empezar desde el principio.

-¿No podemos buscar un patrón parecido? -preguntó Shannon.

-Por supuesto -respondió Manzano-. Pero sigue estando la cuestión de si nuestra tesis es la correcta. Primera vamos a probar con la posibilidad más sencilla.

Mientras hablaban había cambiado los parámetros de búsqueda.

-Primero voy a probar en las IP restantes si una de ellas se pone en contacto en periodos regulares.

Dio la orden. Al cabo de unos segundos el monitor reflejó el resultado.

-Nada. Entonces la otra variante. Varias personas se ponen en contacto a intervalos irregulares con la misma IP.

Su ventana con el videochat avisó de una llamada. Christopoulos. Manzano respondió.

-¿Sí?

-Le he enviado la lista de IP. Están marcadas las IP conocidas.

-Muchas gracias.

Manzano abrió el documento y más de la mitad de las líneas estaban marcadas en amarillo.

-Bien. Esto reduce aún más la selección. Vamos a compararlas con el resultado de la última búsqueda.

Actualizó las listas en su base de datos.

-Siguen siendo demasiadas.

Volvió a llamar a Christopoulos.

-Le envío una lista de accesos -le explicó-. Compruebe lo más rápidamente posible qué tipo de datos han ido a cada una de las IP. Estamos buscando una orden de bloqueo.

-Tenemos todos nuestros recursos ocupados -replicó Christopoulos-. Le envío las claves de acceso a la base de datos y lo puede buscar usted mismo.

-¡Pero así tardaremos mucho!

-¡Lo siento! ¡Pero estamos sobrecargados!

-Envíemelas -gruñó Manzano.

Casi al instante llegó un e-mail al ordenador. Accedió a la base de datos en

la que la policía había reunido para su análisis todos los datos de los servidores y los ordenadores de las dos centrales terroristas.

Controló los datos que en los diferentes momentos de la lista IP habían sido enviados a la primera dirección. Al principio sólo iba a revisar un dato por IP. Lo más probable era que la IP solo se utilizara para el mecanismo de activación de las bombas de relojería. Al menos así lo habría hecho él.

Alguien llamó a la puerta.

-Voy yo -se ofreció Angström.

Laborioso, pensó Manzano. De esta manera tenía que ir cada vez a la lista IP para buscar una hora y un ordenador, para comprobar después los datos de seguridad de los datos correspondientes. Y peligroso. Si tenía razón, cada minuto contaba. Desde el exterior Manzano oyó que alguien decía:

-Servicio de habitaciones.

Al séptimo intento obtuvo la recompensa.

-Esto podría ser -informó Manzano y miró la hora en la que habían enviado la última orden.

Hacía cuarenta y siete horas y veinticinco minutos.

-Cifras y letras -musitó Bondoni-. Quién pudiera leer algo ahí...

-Él puede -le interrumpió una voz en inglés a su espalda.

Manzano se dio la vuelta. Angström estaba delante de la puerta y en su cuello brillaba un cuchillo. Detrás de su cabeza apareció el cabello oscuro y rizado de un hombre. A pesar del bigote, Manzano reconoció enseguida la cara. La había visto con bastante frecuencia durante los últimos días en el centro de mando de Bollard.

Jorge Pucao empujó a Angström delante de él y la tiró sobre Manzano. En sus ojos pudo ver el pánico y sentir cómo todo su cuerpo se tensaba.

-Lauren Shannon, coja las cuerdas de las cortinas y ate con ellas a sus amigos.

Shannon cumplió la orden con dedos temblorosos. Arrancó las cuerdas y en primer lugar le ató a Bondoni las manos a la espalda.

-Aún podría trabajar con nosotros -le ofreció Pucao a Manzano.

-Ya no existe un nosotros -replicó Manzano.

Pucao sonrió condescendiente.

-Por supuesto que existe un nosotros. Miles de millones. Personas que están hartas de ver cómo la civilización occidental y el capitalismo ladrón las somete y roba. Que están cansados de estar dominadas, sometidas y desplumadas por un pequeño grupo de criminales que se llaman políticos, banqueros y ejecutivos. Que no soportan ni un día más la rutina en las urbanizaciones de casas adosadas, en los suburbios residenciales y en las fábricas y oficinas. Y tú, Piero, perteneces a esas personas que han dicho hasta aquí hemos llegado. -Sostuvo el cuchillo bajo la nariz de Manzano. Su voz perdió el tono de predicador y adoptó otro bastante amistoso-. Eres uno de nosotros. Y lo sabes. ¿O te has olvidado cómo saliste a la calle en Italia contra la corrupta casta política? ¿Cómo luchaste en Génova contra la injusticia de la

globalización? Quizá te has hecho mayor. Quizás estás desilusionado. Pero no me digas que has perdido tus sueños.

-En mis sueños no mueren centenares de miles de personas a causa del hambre, la sed, la falta de atención médica.

-¡En tus sueños no, pero en la realidad eso es lo que ocurre! Desde hace décadas, cada día, en todo el mundo. ¡Contra eso te manifestaste en Génova! ¡Por eso te indignas en la actualidad! Pero sólo con los antiguos camaradas de lucha alrededor de una buena copa de vino.

Miró a Manzano y concluyó:

-¿No es así?

Manzano tuvo que reconocer que Pucao había tocado un punto sensible. Pero ahora no se podía ocupar de eso. Tenían que enviar la orden de bloqueo.

-Aunque mis sueños fueran los mismos que los suyos -replicó-. Mis métodos para hacerlos realidad seguro que no lo son.

-Por eso no ha cambiado nada hasta este momento -le recordó Pucao condescendiente-. Eso es lo que ocurrió con los del sesenta y ocho. Se manifestaron, formaron comunas, tiraron piedras... ¿y hoy? Son directores de banco, médicos, abogados o lobistas de la industria para pagar sus mansiones. ¿Qué han conseguido? Los ricos son más ricos, los pobres más pobres. La juventud actual es tan conservadora, apolítica y pusilánime como sus bisabuelos. Destruimos el medio ambiente más que nunca. ¿Es necesario que continúe?

Comprobó los cordeles que ataban las muñecas de Manzano y que Shannon había ajustado durante su discurso. Entonces prosiguió:

-¿Cuándo y cómo han tenido lugar los cambios de verdad? ¿Cuándo cambiaron realmente las sociedades y se establecieron sistemas nuevos? ¿Cuándo venció la democracia en Europa a la aristocracia y después al fascismo, y el dominio colonial en los Estados Unidos? Sólo después de grandes catástrofes. La gran masa necesita adquirir la experiencia de la amenaza existencial. Hasta que no tienen nada más que perder que la vida, no están preparados para luchar por lo nuevo.

-¡Eso es sólo palabrería! -le interrumpió Shannon a gritos-. ¿Qué pasa con la caída del comunismo en Europa oriental? ¿Con el cambio de dictaduras militares a democracias en muchos países de América Latina? ¿O la primavera árabe? ¡Para eso no fue necesaria una guerra mundial!

-Calle la boca y siga con su tarea -le ordenó Pucao y movió el cuchillo en su dirección-. La caída del comunismo estuvo precedida por una guerra por todo el mundo que duró décadas. ¿Ha olvidado la guerra fía? Ah, por entonces sólo era una niña pequeña.

-¿Y usted era un anciano sabio? -replicó Shannon.

Manzano intentó frenarla con la mirada.

Pero parecía que a Pucao le gustaba la discusión y era posible que disfrutase de tener una audiencia.

-No tiene ni idea de lo que es una guerra -amonestó Pucao a Shannon-. En

América Latina los Estados Unidos y Europa desarrollaron campañas brutales con cientos de miles de víctimas a través de sus regímenes marioneta. Después fueron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial los instrumentos de los Estados establecidos para frenar la competencia de los llamados países en desarrollo. Algo parecido ocurrió en los países árabes. Por eso se levantaron las poblaciones. Sólo en Europa y América del Norte el sufrimiento no era lo suficientemente fuerte para provocar un levantamiento, para cambiar a mejor. Ahora ha ocurrido. Pero no podemos detenernos demasiado pronto. Si lo conseguimos, cambiará todo.

Pucao comprobó la firmeza de los nudos de Angström.

-¿Se está escuchando? -preguntó la sueca-. Suena exactamente igual que los que pretende atacar. Palabrerío sin sentido sobre víctimas necesarias para llegar al paraíso, de la limpieza a través del fuego, de medida dolorosas antes de que todo mejore...

Se tuvo que sentar en el sofá.

-Tráigame también un cordel para usted -ordenó Pucao a Shannon.

-Con eso no me va a provocar -le replicó a Angström mientras ataba a Shannon-. Hablo de la sabiduría que ya poseían los antiguos. Pongamos por ejemplo a Séneca. «Non est ad astra mollis e terris via», «El camino a las estrellas no es cómodo». En los mitos antiguos hay que recurrir a lo monstruoso para conseguir el tesoro.

-¡Ahí fuera está muriendo gente!

-Eso es lamentable, terrible, pero inevitable. Es como en el caso de un avión secuestrado que hay que derribar para que no ocurra algo peor. Algunos deben morir para salvar a muchos.

-¡Hijo de puta! -bramó Shannon-. ¡Usted no es quien debe decidir el derribo, sino el secuestrador!

-Está loco -le susurró Angström a Manzano.

Pucao apretó la cuerda alrededor de las muñecas de Shannon y la empujó hacia los demás.

-Espero que no la tenga que dejar sin sentido. Como vuelva a gritar, morirán todos de inmediato.

Sea razonable, quería decir Manzano, pero sabía que era inútil apelar a la razón de un hombre así.

-No se preocupe -replicó Shannon impertinente-, con usted ya he hablado lo suficiente.

Pucao ignoró el comentario, se sentó delante del ordenador y estudió los datos. Manzano valoró con rapidez lo que podía hacer.

-Bastardo -susurró Pucao, que se volvió hacia él de repente-. No has entendido nada, ¿verdad? Nada de nada. Ni siquiera después de que te disparase la policía.

Manzano sintió cómo se iba enfureciendo, pero sabía que era el momento más inoportuno para perder los estribos.

-Está bien informado -replicó fingiendo tranquilidad.

-Lo hemos estado todo el tiempo. La mayor parte del tiempo... -se corrigió. Durante un instante se quedó mirando el vacío-. ¿Cómo nos has encontrado? -preguntó al fin.

Manzano pensó rápidamente si le debía decir la verdad. El hombre que tenía delante era como todos los locos un narcisista despiadado. La más mínima crítica lo podía volver incontrolable.

-¿Colocó usted los e-mails en mi ordenador?

-¿Eres tan...?

Manzano no respondió. Si realmente había sido Pucao, acababa de darse cuenta de su gran error.

Mientras Manzano hablaba con él, intentaba librarse de la atadura a sus espaldas. Pero Shannon las había anudado con fuerza.

-Los redacté -reconoció Pucao-. Pero los colocó otra persona.

-Buen texto -lo alabó Manzano-. Engañó a la policía. Pero al tipo que estuvo jugueteando con el ordenador desde su servidor central de comunicaciones, lo tendría que despedir.

Pucao siseó algo en español que Manzano no pudo entender. Sonó como una maldición.

-Y ya puestos, también podría despedir a todos los responsables de la seguridad del servidor -continuó Manzano-. Resulta tremendamente difícil conseguir personal cualificado, ¿verdad?

-Déjalo ya -Pucao hizo un gesto de desprecio-. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que estás intentando hacer? ¿Me estás dorando la píldora?

-También le podemos insultar -le propuso Shannon con frialdad-. De hecho me gustaría mucho más. ¡Maldito loco!

Pucao soltó una risita.

-Ah, usted es el *bad cop*. Ya le he dicho que no me dejo provocar.

Se puso en pie.

-Esta conversación me aburre. Despídanse. Siento mucho que estén todos aquí, porque en realidad sólo he venido a por Piero. ¿Sabes que has sido un verdadero incordio?

-Últimamente lo he oído varias veces.

-Bueno, damas y caballeros, ahora ya deben de haber comprendido que no tengo ningún problema con los daños colaterales.

-Prefiere la compañía de otros caballeros -murmuró Bondoni.

Pucao se colocó detrás del sofá con el cuchillo en la mano e intentó agarrar el cabello de Angström.

Manzano se puso de pie de un salto. Después de un segundo de terror en el que un Pucao sorprendido no se movió, lo siguieron los demás. En lugar del cabello de Angström, Pucao agarró el vacío. Manzano se alejó unos pasos y los demás también pusieron distancia.

Pucao había recuperado la compostura, cerró la puerta que daba a la otra habitación y rodeó lentamente el sofá.

-¿Crees que te vas a librar de mí?

Manzano siguió retrocediendo hasta llegar al lado de la mesa sobre la que estaba el ordenador. Shannon y Angström se desplazaron en la otra dirección, repartiéndose la habitación.

Pucao se dirigió hacia Bondoni.

-El viejo es el más lento -comentó.

Bondoni se dio prisa en colocarse al otro lado del sofá, que ahora los separaba de nuevo.

Pucao saltó encima del asiento.

-¡Juntos! -bramó Manzano, que se precipitó sobre el hombre y le dio un cabezazo con todas sus fuerzas en los riñones.

Pucao perdió el equilibrio y cayó al suelo por encima del respaldo, pero se rehizo. En lugar de alejarse, Bondoni lo golpeó con fuerza con la rodilla. Pucao se derrumbó. Manzano había conseguido levantarse del sofá, lo que no era nada fácil con las manos atadas, se inclinó por encima del respaldo y con el tronco golpeó el hombro de Pucao. Juntos lo empujaron contra la pared y Manzano sintió un dolor agudo en el pecho. Una fuerte patada de Shannon acertó desde atrás entre las piernas de Pucao. El hombre se derrumbó y Manzano vio el cuchillo en la mano con la hoja ensangrentada hasta la empuñadura, antes de que Shannon volviera a golpear. Manzano no conseguía respirar, pero a pesar de eso se lanzó con todo su peso sobre Pucao, de manera que los dos hombres cayeron al suelo. Al lado de su cabeza, Manzano vio cómo el pie de Angström impactaba contra la cara de Pucao y saltaba la sangre de los labios partidos. Manzano luchó para ponerse de rodillas. La camisa de Pucao estaba empapada en sangre. Mientras Angström volvía a darle una patada a Pucao, Manzano se dejó caer de rodillas sobre él.

-¡El cuchillo! -tosió Manzano-. ¿Dónde está el cuchillo?

Se mareaba. No lo pudo ver en las manos de Pucao, que se estaba protegiendo la cabeza.

Manzano se arrodilló pesadamente sobre Pucao, que ya no se movía, mientras que Shannon, que ya se había conseguido liberar, tenía un pie encima de su cabeza y apoyaba en él todo su peso. Cortó las ataduras de Bondoni y Angström, y después las de Manzano. Con el resto de los cordones ataron las muñecas y los tobillos de Pucao. Sangraba por una herida en los labios y un corte por encima de los ojos. Le temblaron los párpados, respiraba con dificultades y se le abrieron los ojos.

-Demasiados errores -jadeó Manzano y apretó una mano sobre la parte izquierda del pecho, donde había impactado contra Pucao. Debía de tener una costilla rota-. Demasiados para alguien tan infalible como usted.

Se acercó al ordenador. Lo vio todo negro y se tambaleó, pero se repuso.

Quedaban diez minutos. ¿Dónde estaba la orden? Aquí. Enviar. Esperaba que fuera el código correcto. ¿De dónde salía tanta sangre sobre el teclado? Esperaba que lo hubiera hecho todo bien. La pantalla se desvaneció delante de sus ojos. La ventana del videochat. Christopoulos.

-¿Sí?

-Le he enviado una dirección IP -respondió sin aliento- y un código de bloqueo. Creo que es lo que estaba buscando. -¿Por qué no conseguía respirar?

-¿Qué le ha pasado? -gritó Christopoulos.

-Compruébelo de todas formas -ordenó Manzano en lugar de contestar-. Por favor. Rápido. Ahora mismo. -Casi golpea la mesa con la cabeza. La levantó y murmuró excitado-: Aún nos quedan nueve minutos.

-¿Qué?

-¡Hágalo!

-¡Piero! -gritó Angström, que se precipitó sobre él, seguida de Shannon.

Angström lo agarró por el pecho, donde manaba la sangre de un corte debajo de la camisa rajada y apretó la mano sobre la herida.

Manzano se dejó llevar por el dolor y sintió cómo se deslizaba sin fuerzas de la silla y caía en las manos de Shannon. Sintió frío. Angström se inclinó sobre él, ¿por qué veía pánico en sus ojos? Desde lejos oyó cómo gritaban su nombre, una y otra vez, cada vez más bajo, sólo quería dormir, sólo dormir. Dejó que se le cerraran los párpados.

¿Lo habrá conseguido Christopoulos?, pensó. Frío. Sueño.

Día 19. Miércoles

París

Una tormenta de rayos y truenos saludó a Bollard cuando pisó el vestíbulo. Se quedó quieto y tuvo que protegerse los ojos con la mano mientras se preguntaba a qué celebridad debían de estar esperando. Entonces oyó cómo gritaban su nombre. Los periodistas le pusieron los micrófonos delante y lo bombardearon con preguntas, de las que no entendió casi ninguna a causa del ruido. Bollard extendió los brazos para proteger a los niños. Bernadette pasó saltando a su lado, le sonrió a las cámaras y al final, para horror de Bollard, les enseñó la lengua. Los periodistas siguieron haciendo fotos con más entusiasmo y muchos de ellos rieron, lo que redujo un poco la tensión en Bollard. ¿Cómo conocían los reporteros su llegada y por qué les interesaba?

Entre los que lo estaban esperando descubrió a sus padres y a la madre de Marie. Bernadette y Georges salieron corriendo hacia los tres y se abrazaron a ellos. La imagen perfecta. Durante un par de segundos todas las cámaras se concentraron en el reencuentro del grupo. Bollard y su esposa aprovecharon la oportunidad para librarse de los periodistas.

-¿Es verdad que le van a conceder la Gran Cruz de la Legión de Honor? -oyó en medio del caos.

-¿Han detenido a todos los autores del atentado?

-¿Cómo ha pasado su familia esta semana en La Haya?

-¡James Turner, CNN! ¿Es verdad que quiere abandonar Europol?

-¿Cuándo lo recibirá el presidente?

-¿Qué puede decir del rumor que lo sitúa como el próximo ministro del Interior?

Bollard no le respondió a nadie. Del brazo de Marie consiguió reunirse con el resto de la familia. Los niños hablaban excitados con sus abuelos. Para ellos la muerte del abuelo era algo muy remoto. Bollard apretó el brazo de Marie, como señal de apoyo, antes de que abrazase a su madre.

Finalmente llegaron un par de agentes de seguridad para ayudarlo a librar a su familia del acoso de los medios. Con su escolta consiguieron llegar a la parada de los taxis. Con su familia dentro de un minibús, Bollard se dirigió finalmente a la horda.

-Les agradezco su cálido recibimiento. Pero sólo he sido uno de los que le han parado los pies a los atacantes. Agradézcanselo a ellos. No tengo nada más que decir.

Subió al vehículo, que arrancó de inmediato y acalló las preguntas formuladas a gritos.

Día 23. Domingo

Milán

En el tejado de la catedral soplaba una vientecillo fresco. Por debajo brillaban las luces de la ciudad. En la plaza delante de la iglesia se manifestaban desde hacía días miles de personas contra el gobierno y por la mejora en los suministros. A veces incluso llegaban a ahogar el ruido del tráfico, que les llegaba amortiguado.

-¿Te puedes creer que nunca había estado aquí? -preguntó Manzano.

-¿No ocurre siempre lo mismo? -respondió Angström-. Cuando se vive en un sitio, se piensa que siempre habrá tiempo de hacerlo. Pero no lo hacemos hasta que no viene alguien de visita.

El cuchillo había traspasado el músculo en el pecho de Manzano y le había atravesado el pulmón, pero no se trataba de una herida grave. Tuvo que pasar un par de días en el hospital, que había podido abrir con el equipamiento de emergencia. Después de eso se habían quedado en Bruselas. Angström había cogido vacaciones y se habían quedado en el hotel, donde habían telefoneado e intercambiado e-mails con amigos y familiares para saber cómo habían pasado las dos semanas de terror.

Internet y la televisión funcionaban sin descanso y los medios sólo conocían un tema. Jorge Pucao fue interrogado, al igual que sus cómplices en Ciudad de México y Estambul. El fugitivo Balduin von Ansen fue detenido en Ankara por la policía del aeropuerto. A Siti Jusuf lo iban a detener en cualquier momento. La instrucción de los casos iba a llevar años. Superar las consecuencias iba a llevar mucho más.

A pesar de un suministro básico de electricidad, la situación de avituallamiento de muchas regiones seguía siendo mala, los accidentes en las centrales nucleares y en las fábricas químicas habían dejado grandes zonas inhabitables y habían expulsado a millones de personas de sus casas. La economía tardaría años en recuperarse y se esperaba una depresión muy severa. Seguía sin existir una cifra total de muertos, aunque se hablaba de millones cuando se sumaban Europa y los Estados Unidos, pero sin contar las víctimas a largo plazo. No obstante, podría haber sido peor. En los días siguientes a la detención de Jorge Pucao, los analistas IT habían encontrado programas maliciosas que podrían haber inutilizado de nuevo muchas redes en Europa y Estados Unidos. Cuando la gente se enteró de los motivos de los autores, se sintieron indignados y se levantaron voces a favor de su linchamiento. Pero al cabo de unos pocos días la ira se dirigió contra los organismos oficiales que no habían sido capaces de prever ni evitar la catástrofe y no habían conseguido restablecer la situación anterior a la velocidad que esperaba la población. Aumentaron la inquietud y ninguno de los nuevos regímenes militares en Portugal, España y Grecia devolvió el poder a los órganos legítimos.

Manzano se preguntaba si al final no habrían triunfado Pucao y sus compañeros con su obra de destrucción. Por el momento no quería pensar en ello. Abrazó a Angström y notó la herida en el pecho, pero pudo disfrutar del panorama por encima de los tejados y de las luces brillantes bajo el cielo del anochecer. Desde abajo llegaban amortiguados los gritos de la multitud. Así se quedaron un par de minutos en silencio.

En el bolsillo del pantalón Manzano oyó el sonido amortiguado de su nuevo teléfono móvil que le anunciaba la llegada de un mensaje.

Manzano sacó el móvil y leyó el SMS.

-Lauren ha llegado bien a los Estados Unidos -le susurró a Angström al oído.

-No creo que Pucao tenga razón -comentó y contempló a los manifestantes, diminutos como hormigas, en la plaza de la catedral.

-Yo tampoco. Lo podemos hacer de una manera diferente, mejor.

Dejó vagar la mirada sobre el paisaje y le puso el brazo alrededor de la cintura.

-Creo que en el futuro voy a venir más a menudo.

El brazo de ella se cerró alrededor de sus caderas.

-Yo también.

Epílogo y agradecimientos

Blackout es ficción. Pero mientras estaba trabajando en el manuscrito mi fantasía quedó varias veces superada por la realidad. Mi primer borrador en 2009 planteaba una manipulación de los sistemas SCADA de las centrales eléctricas. En aquel momento los expertos consideraban que eso era prácticamente imposible o directamente impensable... hasta que en 2010 se descubrió Stuxnet. Lo mismo ocurría con el peligro inherente en los sistemas de refrigeración de emergencia de las centrales nucleares... hasta la catástrofe de Fukushima.

Espero que la realidad se conforme con esos casos de superación de mi ficción.

En la investigación para este libro he utilizado muchas fuentes. He hablado con expertos tanto del ramo de la energía y las IT, como de la protección contra catástrofes. Normalmente les gusta que los citen, pero no en este caso. Me ofrecieron de buen grado todos sus conocimientos, pero no querían que los citase por su nombre. No me extraña, dada la información que me facilitaron.

Una fuente de información inagotable es evidentemente Internet y me gustaría citar algunas de las más destacadas.

Sin la enciclopedia en línea Wikipedia y sus diez mil autores y autoras, un escritor como yo habría tenido que dedicar mucho más tiempo a la investigación (y antes de que pregunte alguien: sí, apoyo económicamente a Wikipedia).

Mis investigaciones se vieron confirmadas poco antes de la finalización del manuscrito en mayo de 2010 por el informe del Ausschusses für Bildung, Forschung und Technikfolgenabschätzungen [Comisión para la evaluación de los consecuencias de la Formación, la Investigación y la Técnica] conforme al artículo 56a de la Geschäftsordnung zum Technikfolgenabschätzung-Projekt: «Gefährdung und Verletzbarkeit moderner Gesellschaften - am Beispiel eines grossräumigen und lang andauerden Ausfalls der Stromversorgung» [Orden ministerial para el proyecto de valoración de las consecuencias de la Técnica: «Peligros y vulnerabilidades de las sociedades modernas: por ejemplo ante un apagón eléctrico de gran afectación territorial y larga duración»]. En el libro he recogido los resultados de este estudio. El informe se puede descargar desde la página del Ministerio del Interior de la República Federal de Alemania. Los autores del informe también han publicado los resultados bajo el título *Was bei einem Blackout geschieht: Folgen eines lang andauernden und grossflächigen Stromausfalls* [*Lo que ocurre durante un apagón: las consecuencias de un apagón eléctrico de larga duración y gran extensión*] en Edition Sigma.

Un estímulo para la situación en los hospitales fue el artículo ganador de un

premio Pulitzer, publicado por Sheri Finks el 25 de agosto de 2009 en el *New York Times* sobre los días dramáticos en el Memorial Medical Center de Nueva Orléans durante el huracán Kathrina en 2005.

Pero en la historia también aparecen los recuerdos de mis abuelos y padres, que en aquel momento eran unos niños, sobre la época de hambruna después de la Segunda Guerra Mundial.

El escenario que he descrito es uno de los muchos posibles. En realidad nadie puede predecir lo que puede ocurrir en un caso semejante. Como no quería publicar una guía para un atentado terrorista he omitido o cambiado algunos detalles técnicos importantes. He simplificado algunos procesos por razones dramáticas y para facilitar la lectura; por ejemplo he omitido algunos puntos de control de las redes en los centros fabriles, las conexiones telefónicas y de Internet, que resisten más tiempo del que parece razonable, o diversos detalles técnicos. Las incongruencias o inexactitudes se deben a esta circunstancia o a que se me han pasado algunos errores, por los que pido perdón.

Me gustaría dar las gracias a todas las fuentes nombradas o no. Sin ella no hubiera podido escribir este libro.

Un agradecimiento muy especial está destinado a mi agente Michael Gaeb y a su equipo, que creyeron en el manuscrito; a mi editora Eléonore Delari y a mi directora editorial Nicola Bartels, así como a la redactora Kerstin von Dobschütz, que me han ayudado a hacer este libro, y a todo el equipo editorial de Blanvalet. Un agradecimiento muy especial también a mi ayudante anónimo que me proporcionó incasablemente información sobre temas de IT y que incluso leyó una versión del manuscrito. También doy las gracias a mi mis padres por esas cosas que sólo se pueden agradecer a los padres. Por último, pero por encima de todo, le doy las gracias a mi esposa por la paciencia infinita, las acertadas críticas, los numerosos comentarios y el estímulo incesante.

Y también le quiero dar las gracias a usted, querida lectora, querido lector, por su interés y su valioso tiempo.

MARC ELSBERG